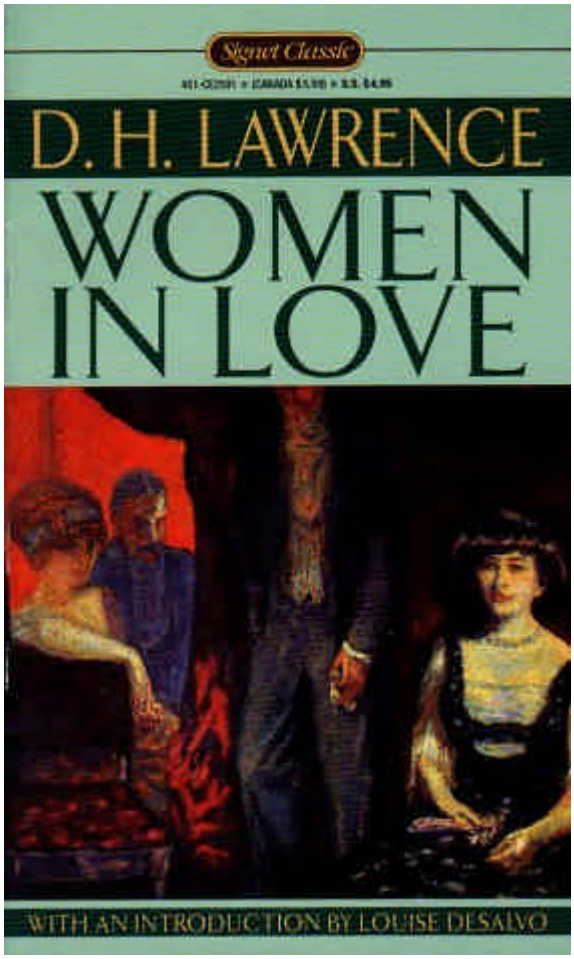
LIBRO dot.com

Mujeres enamoradas

D. H. Lawrence



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1. HERMANAS

Ursula y Gudrun Brangwen se sentaban una mañana en el balcón de su casa paterna, en Beldover, hablando y trabajando. Ursula estaba haciendo un bordado de colores vivos y Gudrun estaba dibujando sobre un tablero que sujetaba con las rodillas. Estaban silenciosas la mayor parte del tiempo, y hablaban a medida que sus pensamientos vagaban por sus mentes.

-Ursula -dijo Gudrun-, ¿no deseas realmente casarte?

Ursula puso el bordado sobre su regazo. Su rostro era tranquilo y atento.

-No sé -contestó—. Depende de lo que quieras decir.

Gudrun se retrajo levemente. Contempló a su hermana durante algunos momentos.

-Bien -dijo irónicamente-. ¡Suele significar una cosa! Pero ¿no piensas, en cualquier caso, que estarías... -se ensombreció levemente- en una posición mejor que la que tienes ahora?

Apareció una sombra sobre el rostro de Ursula.

-A lo mejor -dijo-. Pero no estoy segura.

Gudrun se detuvo otra vez, ligeramente irritada. Quería ser precisa.

-¿No piensas que una necesita la experiencia de casarse? -preguntó.

-¿Crees que ha de ser una experiencia? -repuso Ursula.

-Es forzoso, de un modo u otro -dijo Gudrun tranquilamente-. Es posible que no sea deseable, pero es forzoso que sea una experiencia de algún tipo.

-No realmente -dijo Ursula-. Es más probable que sea el fin de la experiencia.

Gudrun se quedó muy quieta, atendiendo a esto.

-Naturalmente -dijo-, hay eso a considerar.

Aquello cerró la conversación.

Gudrun, casi irritadamente, cogió la goma y empezó a borrar parte de su dibujo. Ursula cosía absorta.

-¿No tomarías en -consideración una buena oferta? -preguntó Gudrun.

-Pienso que he rechazado varias -dijo Ursula.

-¡De verdad! -Gudrun se sonrojó-. ¿Pero algo que mereciese realmente la pena? ¿De verdad lo has hecho?

-Mil cada año, y a un hombre terriblemente agradable. Me gustaba terriblemente -dijo Ursula.

-¡De verdad! ¿Pero no te sentiste espantosamente tentada?

-En abstracto, no en concreto -dijo Ursula-. Cuando llega el caso, una no resulta tentada siquiera. Oh, si me viese tentada me casaría en el acto. Pero lo único que me tienta es no hacerlo.

Los rostros de ambas hermanas se encendieron de repente. Estaban divertidas.

-¡Verdad que es algo asombroso -exclamó Gudrun- lo fuerte que es la tentación de no hacerlo!

Ambas rieron, mirándose entre sí. Estaban asustadas en sus corazones.

Hubo una larga pausa mientras Ursula cosía y Gudrun continuaba con su dibujo.

Las hermanas eran mujeres; Ursula tenía veintiséis años y Gudrun veinticinco. Pero ambas tenían el aspecto virginal y remoto de las chicas modernas, hermanas de Artemisa más que de Hebe. Gudrun era muy hermosa, pasiva, de miembros y piel suaves. Llevaba un vestido de tela sedosa azul oscuro con fruncidos de encaje de hilo azul y verde en el cuello y las mangas, y llevaba medias verde esmeralda. Su aspecto de confianza y modestia contrastaba con la sensible actitud expectante de Ursula. Las gentes de provincias, intimidadas por la perfecta sangre fría y la sencillez de maneras de Gudrun, decían de ella: «Es una mujer lista.» Acababa de volver de Londres, donde había pasado varios años trabajando en una academia de arte como estudiante y viviendo una vida de artista.

-Estaba deseando ahora que apareciese un hombre -dijo Gudrun cogiéndose de repente el labio inferior entre sus dientes y haciendo un gesto extraño, mezcla de risa maliciosa y angustia. Ursula estaba asustada.

-¿Así que has venido a casa a esperarle? -rió.

-Oh, querida -exclamó estridentemente Gudrun-, no me saldría jamás de mi camino para buscarle. Pero si resultase que apareciera un individuo muy atractivo con medios suficientes... bien... -y recortó irónicamente la frase. Miró entonces con atención a Ursula, como si deseara sondearla-. ¿No te descubres aburrida? -preguntó a su hermana-. ¿No descubres que las cosas fra- casan a la hora de materializarse? ¡Nada se materializa! Todo se aja en el capullo.

-¿Qué se aja en el capullo? -preguntó Ursula.

-Oh, todo... una misma... las cosas en general.

Hubo una pausa mientras cada hermana consideraba vagamente su destino.

-Realmente le asusta a una -dijo Ursula, y de nuevo hubo una pausa-. ¿Pero acaso esperas llegar a alguna parte por el simple hecho de casarte?

-Parece ser el próximo paso inevitable -dijo Gudrun.

Ursula meditó esto con algo de amargura. Era maestra en la escuela de Willey Green hacía ya algunos años.

-Lo sé -dijo-; así parece cuando una sólo piensa en abstracto. Pero imagínalo realmente: imagina a cualquier hombre que conozcas, imagínale viniendo a casa de una todas las noches y diciendo «hola» y dándole a una un beso...

Hubo una pausa vacía.

-Sí -dijo Gudrun con una voz reducida-. Es sencillamente imposible. El hombre lo hace imposible.

-Naturalmente, hay niños... -dijo Ursula de manera vacilante.

El rostro de Gudrun se endureció.

-¿Quieres realmente niños, Ursula? -preguntó fríamente.

Un gesto de sorpresa y desconcierto invadió el rostro de Ursula.

-Una siente que todavía está más allá de una -dijo.

-¿De verdad sientes eso? -preguntó Gudrun-. El pensamiento de parir, a mí, no me proporciona sentimiento alguno.

Gudrun miró a Ursula con un rostro inexpresivo, como de máscara. Ursula frunció el ceño.

-Quizá no es auténtico -concedió-. Quizá no los queremos realmente en el alma... sólo superficialmente.

Una dureza se apoderó del rostro de Gudrun. No quería ser demasiado precisa.

-Cuando una piensa en los hijos de otras gentes... -dijo Ursula.

Gudrun miró nuevamente a su hermana, casi hostil.

-Exactamente -dijo para cerrar la conversación.

Las dos hermanas continuaron trabajando en silencio, teniendo siempre Ursula ese extraño brillo de una llama esencial que hubiese sido cazada, envuelta en redes, contravenida. Vivía en gran medida gracias a sí misma, y para sí misma, trabajando, pasando de un día a otro y pensando siempre, intentando sujetarse a la vida, aferrarla en su propio entendimiento. Su vida activa estaba en suspenso, pero por debajo, en la oscuridad, algo se estaba gestando. ¡Si solamente pudiera atravesar las últimas capas! Parecía intentar sacar las manos como un niño en el útero, y no podía, no aún. A pesar de todo, poseía una extraña presciencia, la intuición de algo aún venidero.

Dejó su trabajo y miró a la hermana. Consideraba tan encantadora a Gudrun, tan infinitamente encantadora, en su suavidad, en su fina, exquisita riqueza de textura y delicadeza de líneas. Había también alrededor de ella cierta jovialidad, tanta gracia picante o sugestión irónica, tanta reserva sin tocar. Ursula la admiraba con toda su alma.

-¿Por qué viniste a casa, guapa? -preguntó.

Gudrun sabía que estaba siendo admirada. Se echó hacia atrás, abandonando el dibujo, y miró a Ursula desde debajo de sus pestañas hermosamente curvas.

-¿Que por qué volví, Ursula? -repitió-. Me lo he preguntado mil veces.

-¿Y no lo sabes?

-Sí, creo que sí. Creo que volver a casa para mí fue simplemente reculer pour mieux sauter.

Y miró con una mirada lenta y larga a Ursula.

-¡Lo sé! -exclamó Ursula con aspecto ligeramente desconcertado y artificioso, como si no lo supiera-. ¿Pero adónde puede una saltar?

-Oh, no importa -dijo Gudrun con algo de arrogancia-. Si una salta sobre el borde se verá obligada a aterrizar en alguna parte.

-Pero ¿no resulta muy arriesgado? -preguntó Ursula.

Una lenta sonrisa burlona se insinuó sobre el rostro de Gudrun.

-¡Ah! -dijo riendo-. ¡No son más que palabras! -y cerró así la conversación una vez más. Pero Ursula seguía rumiando.

-¿Y qué te parece la casa ahora que has vuelto? -preguntó.

Gudrun se detuvo algunos momentos, fríamente, antes de responder. Entonces, con una voz fría y convincente, dijo:

-Me encuentro completamente ajena a ella.

-¿Y padre?

Gudrun miró a Ursula casi con resentimiento, como si hubiera sido acorralada.

-No he pensado en él: lo he evitado -dijo fríamente.

-Sí -dijo Ursula titubeando; y la conversación se terminaba realmente. Las hermanas se veían enfrentadas a un abismo vacío y aterrador, como si hubiesen mirado más allá del borde.

Trabajaron en silencio durante algún tiempo. Las mejillas de Gudrun estaban sonrojadas por la emoción reprimida. Le molestaba haberla suscitado.

-¿Qué te parece si salimos y vemos esa boda? -acabó preguntando, con una voz demasiado de circunstancias.

-Sí -exclamó Ursula con demasiada avidez, apartando la costura y saltando para

ponerse en pie como si escapara de algo, traicionando así la tensión de la situación y haciendo que una flexión de desagrado recorriese los nervios de Gudrun.

Al subir las escaleras Ursula se hizo consciente de la casa, del hogar que la rodeaba. ¡Y ella odiaba ese lugar sórdido y demasiado familiar! Le daba miedo la profundidad de su sentimiento hostil a la casa, al medio, a toda la atmósfera y las condiciones de esa vida anacrónica. Sus sentimientos le asustaban.

Pronto caminaron deprisa las dos muchachas por la calle principal de Beldover, una vía ancha compuesta en parte por tiendas y en parte por residencias, radicalmente informe y sórdida, sin nobleza. Gudrun, re cién llegada de su vida en Chelsea y Sussex, se hundió cruelmente en esta fealdad amorfa de una pequeña ciudad minera en los Midlands. Pero siguió adelante, a través de toda la gama sórdida de insignificancias, la larga calle amorfa y polvorienta. Estaba expuesta a todas las miradas, pasó como atravesando una extensión de tormento. Era extraño que hubiese decidido volver y probar todo el efecto de esa fealdad informe y baldía sobre ella. ¿Por qué quiso someterse a ello? ¿Quería aún someterse a ello, a la insufrible tortura de esas gentes feas y sin sentido, a ese paisaje desvirtuado? Se sintió como un escarabajo trabajando en el polvo. Estaba llena de repulsión.

Se desviaron de la calle principal pasando por un trozo negro de césped comunal donde se erguían desvergonzadamente cubos de basura recubiertos de hollín. Nadie pensaba avergonzarse. Nadie se avergonzaba de todo ello.

-Es como un país de un mundo subterráneo -dijo Gudrun-. Los mineros se lo traen a la superficie con ellos, a golpes de carretilla. Ursula, es maravilloso, es realmente maravilloso... es realmente admirable, otro mundo. Todos son vampiros, y todo es fantasmagórico. Todo es una réplica vampírica del mundo real, una réplica, un vampiro; todo manchado, todo sórdido. Es como estar demente, Ursula.

Las hermanas estaban cruzando un sendero negro a través de un campo oscuro, sucio. A la izquierda se abría un amplio paisaje, un valle con minas, y frente a él, colinas con campos de maíz y bosques, oscurecidos todos por la distancia como si fuesen vistos a través de un velo de crespón. El humo blanco y negro se ele. vaba en columnas inmóviles, mágicas, dentro del aire oscuro. Cerca estaban las largas filas de casas, levantadas en líneas rectas siguiendo la ladera de la colina. Eran de ladrillo rojo oscurecido, frágiles, con techos de pizarra oscura. El sendero sobre el cual caminaban las hermanas era negro, apisonado por los pies de mineros recurrentes, y separado del campo por vallas de hierro; la portilla con escalones que llevaba de vuelta a la calle estaba reluciente por el frote de las pieles de topo de los mineros que pasaban. Ahora las dos muchachas pasaban entre algunas filas de casas del tipo más pobre. Mujeres con los brazos cruzados sobre sus toscos delantales, chismorreando de pie al final de su bloque, miraron a las hermanas Brangwen con esa mirada larga y ajena al cansancio de los aborígenes; los niños gritaron insultos.

Gudrun continuó su camino medio aturdida. Si esto era vida humana, si éstos eran seres humanos que vivían en un mundo completo, ¿qué era entonces su propio mundo, fuera? Era consciente de sus medias verdes hierba, de su gran sombrero de terciopelo verde hierba, de su grueso y suave abrigo azul fuerte. Y se sintió como si estuviera caminando en el aire, inestablemente, con el corazón contraído, como si en cualquier momento pudiera verse precipitada al suelo. Estaba asustada. Se colgó de Ursula, que, a fuerza de costumbre, estaba hecha a esta violación de un mundo oscuro, increado y hostil.

Pero su corazón gritaba todo el tiempo como si se encontrara en medio de alguna ordalía: «Quiero volverme, quiero irme, quiero no saberlo, no saber que esto existe.» Pero debía seguir adelante. Ursula podía percibir su sufrimiento.

-Odias esto, ¿verdad? -preguntó.

-Me deja atónita -murmuró Gudrun.

-No te quedarás mucho -repuso Ursula.

Y Gudrun continuó, aferrándose a la liberación.

Se retiraron de la región minera siguiendo la curva de la colina y adentrándose en el campo, más puro del otro lado, hacia Willey Green. Persistía aún el débil tinte de negrura sobre los campos y las colinas boscosas, pareciendo brillar oscuramente en el aire. Era un día de primavera, gélido, con jirones de luz solar. Margaritas amarillas aparecían desde el fondo de los setos, y en los jardines de Willey Green los arbustos de arándanos estaban soltando las hojas, y unas florecillas se iban poniendo blancas sobre el gris aliso que colgaba desde los muros de piedra.

Torciendo, atravesaron la carretera que discurría entre los altos taludes hacia la iglesia. Allí, en la curva más baja del camino, bajo los árboles, había un pequeño grupo de gente expectante, aguardando ver la boda. La hija del principal propietario del distrito, Thomas Crich, iba a casarse con un oficial de marina.

-Volvamos -dijo Gudrun apartándose-. Está ahí toda esa gente.

Y se quedó vacilando en el camino.

-No te preocupes -dijo Ursula-, son buena gente. Todos me conocen. No importan.

-¿Pero debemos cruzar entre ellos? -preguntó Gudrun.

-De verdad que son bastante buena gente –dijo.

Ursula adelantándose.

Y las dos hermanas se aproximaron juntas al grupo de gente común inquieta y curiosa. Eran principalmente mujeres, esposas de mineros del tipo más perezoso.

Tenían rostros curiosos, subterráneos.

Las dos hermanas se mantuvieron tensas y fueron directas hacia la puerta. Las mujeres se abrieron para dejarlas pasar, pero de modo apenas suficiente, como si les molestase ceder terreno. Las hermanas pasaron en silencio a través del pórtico de piedra y subieron los escalones hasta la alfombra roja, donde un policía las contemplaba.

-¡Vaya precio que tendrán las medias! -dijo una voz a espaldas de Gudrun.

Una súbita y feroz rabia se apoderó de la muchacha, violenta y homicida. Le hubiese gustado aniquilar a todos, limpiar el lugar a fin de que el mundo quedase despejado para ella. Odiaba caminar por el sendero del patio de la iglesia, siguiendo la alfombra roja, continuando su movimiento a la vista de todos.

-No entraré en la iglesia -dijo de repente con tal
decisión que Ursula se detuvo inmediatamente, giró y tomó por un pequeño sendero lateral que conducía a la pequeña puerta privada de la escuela, cuyos terrenos lindaban con los de la iglesia.

Para descansar, Ursula se sentó un momento en el umbral de la puerta, sobre el muro bajo de piedra sombreado por los arbustos de laurel. Tras ella, el gran edificio rojo de la escuela se levantaba pacíficamente, abiertas todas sus ventanas por la fiesta. Sobre los arbustos, ante ella, se encontraban los tejados pálidos y la torre de la vieja iglesia. Las hermanas estaban ocultas por el follaje.

Gudrun se sentó. en silencio. Su boca estaba cerrada, su rostro apartado. Se arrepentía amargamente de haber vuelto. Ursula la miró y pensó en lo sorprendentemente hermosa que era arrebatada por la turbación. Pero Gudrun provocaba una tensión en la naturaleza de Ursula, cierto cansancio. Ursula deseaba estar sola, liberada de la tirantez y el cerco de la presencia de Gudrun.

-¿Vamos a quedarnos aquí? -preguntó Gudrun.

-Sólo estaba descansando un minuto -dijo Ursula, levantándose como si hubiese sido reñida-. Iremos al rincón de la cancha y veremos todo desde allí.

En ese momento el sol caía luminosamente sobre el patio de la iglesia, había un vago aroma de resina y primavera, quizá de violetas creciendo sobre las tumbas. Habían brotado algunas margaritas blancas, luminosas como ángeles. En el aire las ramas rígidas de un haya cobriza tenían color rojo sangre.

Los carruajes empezaron a llegar puntualmente a las once. Hubo un estremecimiento en la muchedumbre de la puerta, una concentración al subir un carruaje; los invitados a la boda ascendían por los peldaños y pasaban sobre la alfombra roja hasta la iglesia. Todos estaban alegres y excitados porque brillaban el sol.

Gudrun los observó cuidadosamente, con curiosidad objetiva. Vio a cada uno como una figura completa, como el personaje de un libro, como el tema de un retrato o una marioneta en un teatro, una creación terminada. Le encantaba reconocer sus variadas características, situarlas a su verdadera luz, proporcionarles sus propios ambientes, definir a esa gente para siempre según pasaban delante de ella siguiendo el sendero hacia la iglesia. Ella les conocía, estaban terminados, sellados y estampados a los efectos de ella. Ninguno tenía algo desconocido, sin resolver, hasta que empezaron a aparecer los propios Crich. Entonces se despertó su interés. Aquí había algo no tan preconcluido.

Llegó la madre, la señora Crich, con su hijo mayor, Gerald. Era una figura singular y descuidada, a pesar de los esfuerzos que obviamente se habían hecho para ponerla a la altura del día. Su rostro era pálido, amarillento, con una piel clara, transparente; iba inclinada más bien hacia adelante, sus rasgos eran muy marcados, bonitos, con una mirada tensa, ciega, depredadora. Su pelo descolorido estaba despeinado, y algunas guedejas flotaban sobre su abrigo de seda azul oscuro provenientes del interior de su sombrero de seda azul. Parecía una mujer con una monomanía, casi furtiva, pero sólidamente orgullosa.

Su hijo era un tipo apuesto, tostado por el sol, más bien por encima de la media en altura, bien hecho y casi exageradamente bien vestido. Pero había a su alrededor también la mirada extraña, guardada, el brillo inconsciente, como si no perteneciese a la misma creación que la gente de su alrededor. Gudrun se fijó en él al instante. Había en él algo septentrional que la magnetizaba. En su clara piel norteña y en su rubio cabello había un destello solar refractado por cristales de hielo. Y su aspecto era tan nuevo, tan no descorchado puro como una cosa ártica. Tenía quizá treinta años, quizá más. Su resplandeciente belleza, su virilidad como de lobo joven, jovial y sonriente, no la cegó para la significativa y siniestra fijeza de su porte, el amenazante peligro de su genio sin subyugar. «Su tótem es el lobo», se repitió ella. «Su madre es un lobo viejo y sin romper.» Y entonces experimentó un paroxismo agudo, un transporte, como si hubiese hecho algún descubrimiento horrible, conocido únicamente por ella en toda la Tierra. Un extraño transporte se apoderó de ella, todas sus venas estaban en un paroxismo de sensación violenta. «¡Buen Dios! -exclamó para sí-, ¿qué es esto?» Y entonces, un mo-

mento después, estaba diciendo con convicción: «Sabré más de ese hombre.» Le torturaba el deseo de verle otra vez, una nostalgia, una necesidad de verle otra vez, de estar segura de que no era todo un error, de que no se estaba engañando, de que sentía realmente esta sensación extraña y abrumadora a causa de él, este conocimiento de él en su esencia, esa poderosa aprehensión de él. «¿Estoy realmente elegida específicamente para él de algún modo, hay realmente algún oro pálido, alguna luz ártica que sólo nos envuelva a ambos?», se preguntó a sí misma. Y no podía creerlo; quedó abstraída, apenas consciente de lo que acontecía alrededor.

Las damas de la novia estaban allí, pero el novio no había llegado todavía. Ursula se preguntó si algo iba mal y si la boda se estropearía por completo. Se sentía turbada, como si descansase eso sobre ella. Las principales damas de la novia habían llegado. Ursula las miró subir las escaleras. Conocía a una de ellas. Una mujer alta, lenta y renuente, con una cabellera rubia y un rostro pálido y largo. Era Hermione Roddice, una amiga de los Crich. Ahora se aproximaba con la cabeza alta, equilibrando un enorme sombrero plano de terciopelo amarillo pálido donde aparecían rayas de plumas de avestruz, naturales y grises. Se adelantó como si fuera apenas consciente, levantado su largo rostro blanqueado, para no ver el mundo. Era rica, llevaba un traje de terciopelo sedoso y frágil, color amarillo pálido, y de ella pendían' muchos pequeños ciclámenes de color rosa. Sus zapatos y medias eran de un gris amarronado, como las plumas de su sombrero; su cabello era pesado, y ella se movía hacia adelante con una peculiar fijeza de las caderas, un extraño movimiento involuntario. Era impresionante en su encantador amarillo pálido y rosa amarronado, pero al mismo tiempo macabra, algo repulsiva. Las gentes estaban silenciosas cuando ella pasaba, impresionadas, deseando lanzar vivas, pero por alguna razón silenciadas. Su rostro, largo y pálido, que llevaba algo levantado, al estilo de Rossetti, parecía casi drogado, como si una extraña masa de pensamientos se enroscasen dentro de ella en la oscuridad y nunca le permitiesen escapar.

Ursula la contempló con fascinación. La conocía poco. Era la mujer más notable de los Midlands. Su padre era un barón de Derbyshire de la vieja escuela, ella era una mujer de la nueva escuela, densa y llena de intelectualidad, roídos los nervios por la consciencia. Estaba apasionadamente interesada por la reforma, su alma estaba entregada a la causa pública. Pero era mujer de un hombre, el mundo varonil era lo que le prestaba apoyo.

Tuvo diversas intimidades de mente y alma con varios hombres de capacidad. Entre esos hombres Ursula sólo conocía a Rupert Birkin, que era uno de los inspectores escolares del condado. Pero Gudrun había conocido a otros en Londres. Moviéndose con sus amigos artistas en diferentes niveles sociales, Gudrun había llegado a conocer ya a muchas gentes de renombre y posición. Se había encontrado dos veces con Hermio- ne, pero no simpatizaron la una con la otra. Sería raro encontrarse de nuevo allí en los Midlands, donde su posición social era tan diversa, tras haberse conocido en términos de igualdad en las casas de varios conocidos en la ciudad. Porque Gudrun había sido un éxito social, y sus amigos pertenecían a la aristocracia ociosa que se mantiene en contacto con las artes.

La propia Hermione sabía que estaba bien vestida; sabía que era socialmente igual, si no muy superior, que 'cualquiera de quienes podría encontrar en Willey Green. Sabía que era aceptada en el mundo de la cultura y del intelecto. Era una Kulturträger, un médium para el cultivo de las ideas. Ella se sentía unida a todo lo más elevado en la

sociedad, en el pensamiento, en la acción pública o incluso en el arte; se movía entre los primeros, estaba en su casa con ellos. Nadie podía rebajarla, nadie podía burlarse de ella, porque ella pertenecía entre los mejores, y los que estaban contra ella estaban por debajo de ella, bien en rango o en riqueza, o en elevada asociación de pensamiento, progreso y entendimiento. En consecuencia, era invulnerable. Toda su vida había intentado hacerse invulnerable, inasaltable, más allá del alcance del juicio mundanal.

Y, con todo, su alma se sentía torturada, expuesta. Incluso al caminar el sendero hacia la iglesia, por confiada que estuviese en que a todos los efectos estaba más allá de todo juicio vulgar, sabiendo perfectamente que su apariencia era completa y perfecta con arreglo a las primeras pautas, sufrió una tortura bajo su confianza y su orgullo, sintiéndose expuesta a heridas, a burla y a desprecio. Siempre se sintió vulnerable; siempre había un secreto resquicio en su armadura. Ella misma no sabía lo que era. Era una falta de yo robusto; carecía de suficiencia natural, había un vacío terrible, una deficiencia de ser dentro de ella.

Quería alguien que cerrase esta deficiencia, que la cerrase para siempre. Ansiaba a Rupert Birkin. Cuando él estaba ella se sentía completa, era suficiente, íntegra. Durante el resto del tiempo ella se encontraba establecida sobre la arena, construida sobre un abismo, y a despecho de toda su vanidad y seguridades cualquier criado común de temperamento positivo y robusto podría lanzarla por ese pozo sin fondo de insuficiencia con el más leve movimiento de burla o de des precio. Y durante todo el tiempo la pensativa y torturada mujer apilaba sus propias defensas de conocimiento estético, cultura, visiones del mundo y filantropía desinteresada. Pero nunca pudo cerrar el terrible agujero de la insuficiencia.

Si sencillamente Birkin formara con ella una conexión estrecha y segura, ella estaría a salvo durante este peligroso viaje de la vida. El era capaz de hacer que ella fuese sensata y triunfadora, triunfadora sobre los ángeles mismos del cielo. ¡Solamente si él quisiera! Pero estaba torturada por el miedo, por los recelos. Se ponía guapa, luchaba muy duro por alcanzar aquel grado de belleza y ventaja capaz de convencerle a él. Pero había siempre una deficiencia.

El era perverso también. Luchaba por quitársela de encima, siempre intentaba quitársela de encima. Cuanto más se esforzaba ella por acercársele, más luchaba él para rechazarla. Y habían sido amantes durante años. Oh, era tan cansado, tan doloroso; y ella estaba

El carruaje bajó ruidosamente por la colina y se aproximó. Las gentes lanzaron un grito. La novia, que apenas había alcanzado la parte superior de los escalones, se volvió alegremente para ver la causa de esa conmoción. Vio una confusión entre la gente, un vehículo ascendiendo y a su amante saltando del carruaje, esquivando los caballos y penetrando en la muchedumbre.

-¡Tibs! ¡Tibs! -exclamó con súbita y burlona excitación mientras permanecía en lo alto del sendero, bañada por la luz del sol y agitando su ramo. El, que se infiltraba con el sombrero en la mano, no escuchó-. ¡Tibs! -exclamó ella otra vez mirando hacia él.

El echó una ojeada hacia arriba, sin darse cuenta, y vio a la novia y al padre de pie sobre el sendero situado encima de él. Una mirada extraña y sorprendida invadió su rostro. Vaciló durante un momento. Luego reunió fuerzas para unirse a ellos de un salto.

-¡Ah-h-h! -llegó el grito extraño y ahogado de ella cuando, por reflejo, se dio la vuelta y salió corriendo con agilidad impensable hacia la iglesia, acompañada por el ruido

de sus pies blancos y su blanco traje. El joven se lanzó tras ella como un perdiguero, subiendo de dos en dos los escalones y adelantando al padre de la novia, sus caderas ágiles como las de un perdiguero que se aproxima a su presa.

-¡Cómo va tras ella! -gritaron las mujeres vulgares debajo, súbitamente arrastradas al juego.

Ella, con sus flores desparramadas como espuma, se apresuraba a doblar por el ángulo de la iglesia. Echó una ojeada atrás y, con un grito salvaje de risa y desafío, torció sin perder el equilibrio, desapareciendo tras el contrafuerte de piedra gris. Un segundo más tarde, el novio, inclinado hacia adelante por la carrera, había cogido el ángulo de la piedra silenciosa con la mano y se había lanzado fuera de vista, desapareciendo en la persecución sus ágiles y fuertes caderas.

Gritos y exclamaciones de excitación estallaron inmediatamente entre la multitud que se agolpaba en la puerta. Y entonces Ursula percibió de nuevo la figura oscura y más bien inclinada del señor Crich esperando suspendida sobre el sendero, contemplando con rostro inexpresivo la carrera hacia la iglesia. Había terminado, y se volvió para mirar la figura de Rupert Birkin, que al instante se adelantó y se le unió.

-Iremos a retarguardia -dijo Birkin con una leve sonrisa sobre el rostro.

-¡Ay! -repuso lacónicamente el padre.

Y los dos hombres caminaron juntos hacia arriba, por el sendero.

Birkin era tan delgado como el señor Crich, pálido y de aspecto enfermizo. Su cuerpo era estrecho pero bien formado. Caminaba con una ligera desviación de un pie, que provenía exclusivamente del azoramiento. Aunque estaba vestido correctamente para su papel, había una incongruencia innata que provocaba un leve matiz de ridículo en su aspecto. Su naturaleza era lúcida y separada, no pegaba para nada en la ocasión convencional. Sin embargo, él se plegaba a la idea común, disfrazándose.

Aparentaba ser persona común, perfecta y maravillosamente normal. Y lo hacía tan bien, adoptando el tono de sus ambientes, ajustándose tan rápidamente a su interlocutor y a su circunstancia, que lograba una verosimilitud de normalidad común que habitualmente ponía de su parte a los espectadores y les desarmaba, evitando que atacasen su singularidad.

Ahora hablaba de modo fluido y agradable con el señor Crich, a .medida que caminaban por el sendero; jugaba con las situaciones como un hombre sobre una cuerda floja, pero siempre sobre una cuerda floja, pretendiendo únicamente un cómodo descanso.

-Lamento que nos hayamos retrasado tanto -iba diciendo-. No pudimos encontrar una hebilla, por lo cual nos tomó mucho tiempo abrocharnos las botas. Pero ustedes no se retrasaron.

-Somos puntuales habitualmente -dijo el señor Crich.

-Y yo llego siempre tarde -dijo Birkin-. Pero hoy era realmente puntual, sólo un accidente me lo impidió. Lo lamento.

Los dos hombres desaparecieron, no había nada más que ver por el momento. Ursula quedó pensando en Birkin. El la picaba, la atraía y la molestaba.

Deseaba conocerle más. Había hablado con él una o dos veces, pero sólo al nivel profesional de su función como inspector. Ella pensaba que él parecía reconocer algún parentesco entre ambos, una comprensión natural, tácita, el uso de un mismo lenguaje. Pero la comprensión no había tenido tiempo para desarrollarse. Y algo la mantenía

distante de él, al mismo tiempo que la atraía a él. Había cierta hostilidad, una última y escondida reserva en él, fría e inaccesible.

A pesar de todo, ella deseaba conocerle.

-¿Qué piensas de Rupert Birkin? -preguntó, algo a disgusto, a Gudrun. No quería ponerle en tela de juicio.

-¿Que qué pienso de Rupert Birkin? -repitió Gudrun-. Pienso que es atractivo... decididamente atractivo. Lo que no puedo soportar de él son sus modales con otras gentes, su manera de tratar a cualquier pequeña estúpida como si la respetase absolutamente. Una se siente espantosamente vendida.

-¿Por qué lo hará? -dijo Ursula.

-Porque carece de una verdadera facultad crítica con la gente en cualquier caso -dijo Gudrun-. Ya te lo digo, trata a cualquier tontita como nos trata a ti o a mí... y eso es demasiado insulto.

-Oh, lo es -dijo Ursula-. Es preciso discriminar.

-Uno debe discriminar -repitió Gudrun-. Pero en otros aspectos es un tío estupendo, una personalidad maravillosa. Sólo que no se puede confiar en él.

-Sí -dijo Ursula distraída. Se veía siempre forzada a asentir a los pronunciamientos de Gudrun, incluso cuando no estaba totalmente de acuerdo.

Las hermanas se sentaban silenciosas, esperando que saliese la comitiva de la boda. Gudrun estaba impaciente por hablar. Deseaba pensar en Gerald Crich. Deseaba ver si era real el poderoso sentimiento que le había producido. Deseaba estar preparada.

Dentro de la iglesia se celebraba la boda. Hermione Roddice sólo pensaba en Birkin. El estaba de pie junto a ella. Ella parecía inclinarse físicamente hacia él. Deseaba tocarle. Apenas podía estar segura de que él se encontraba cerca si no le tocaba. Con todo, se mantuvo dominada a lo largo de la ceremonia.

Ella había sufrido tan amargamente cuando él no vino, que seguía aún atónita. Seguía aún roída como por una neuralgia, atormentada por su posible ausencia. Le había esperado en un débil delirio de tortura nerviosa. Mientras estaba allí de pie, pensativa, el gesto arrebatado de su rostro -que parecía espiritual y angélico pero que provenía de la tortura- le proporcionaba un cierto patetismo que desgarraba de piedad el corazón de él. Birkin vio su cabeza inclinada, su rostro arrebatado, el rostro de un éxtasis casi demoníaco. Al notar que él miraba, ella levantó la cara y buscó sus ojos, lanzándole una gran señal desde sus propios y hermosos ojos grises. Pero él evitó su mirada y ella hundió su cabeza en el tormento y la vergüenza, mientras continuaba royéndose el corazón. Y él también estaba torturado por la vergüenza y un definitivo desagrado, sintiendo hacia ella una aguda piedad, porque no deseaba encontrarse con sus ojos, no deseaba recibir su llamarada de reconocimiento.

La novia y el novio se casaron, el grupo penetró en la sacristía. Hermione se aplastó involuntariamente contra Birkin para tocarle. Y él lo soportó.

Fuera, Gudrun y Ursula oían a su padre tocando el órgano. Con certeza disfrutaba tocando una marcha nupcial. ¡Ahora estaba saliendo la pareja de recién casados! Las campanas tañían estremeciendo el aire. Ursula se preguntaba si los árboles y las flores podían sentir la vibración y qué pensaban de este extraño movimiento en el aire. La novia parecía bastante recatada del brazo del novio, que contemplaba el cielo abriendo y cerrando inconscientemente los ojos, como si no estuviese ni aquí ni allá. Su aspecto era más bien cómico, parpadeando e intentando estar a tono, cuando emocionalmente era

violado por su exposición a una muchedumbre. Tenía el aspecto de un marino 'típico, varonil y voluntarioso.

Birkin llegó con Hermione. Ella tenía una mirada arrebatada y triunfante, como de ángel caído restaurado pero sutilmente demoníaco aún, y sujetaba a Birkin por el brazo. El estaba inexpresivo, neutralizado, poseído por ella como si fuese su destino indiscutible.

Salió Gerald Crich, rubio, guapo, saludable, con una gran reserva de energía. Se mantenía derecho y completo, había algo extrañamente furtivo brillando a través de su aspecto amistoso, casi feliz. Gudrun se levantó bruscamente y partió. No podía soportarlo. Deseaba estar sola, conocer esa inoculación extraña y aguda que había cambiado todo el humor de su sangre.

2. SHORTLANDS

Las Brangwen se fueron a su casa en Beldover; el grupo de la boda se reunió en Shortlands, la casa de los Crich. Era una vieja casa larga y baja, una especie de granja que se diseminaba por la cumbre de una ladera, justamente más allá del estrecho y pequeño lago de Willey Water. Shortlands contemplaba un prado descendente que podría ser un parque por los árboles grandes y solitarios diseminados aquí y allá, frente al agua del estrecho lago y la boscosa colina que ocultaba con éxito el valle minero situado más allá, aunque no ocultara del todo el humo ascendente. Sin embargo, el escenario era rural y pintoresco, muy pacífico, y la casa poseía un encanto peculiar.

Estaba ahora atiborrada por la familia y los invitados a la boda. El padre, que no se sentía bien, se retiró a descansar. Gerald era el anfitrión. Estaba de pie en el hogareño vestíbulo, amistoso y fluido, atendiendo a los hombres. Parecía disfrutar con sus funciones sociales, sonreía y era abundante en su hospitalidad.

Las mujeres daban vueltas algo confusas, perseguidas aquí y allá por las tres hijas casadas de la casa. Todo el tiempo podía oírse la voz característica, imperiosa, de una u otra Crich diciendo: «Helen, ven un minuto.» «Marjory, te quiero aquí.» «Oh, vaya, la señora Witham... » Sonaban las faldas rozando, habla destellos de mujeres elegantemente vestidas, una criatura recorría el vestíbulo danzando, una doncella del servicio entraba y salía con prisa.

Mientras tanto, los hombres se mantenían en pequeños grupos tranquilos charlando, fumando, pretendiendo no atender a la susurrante animación del mundo femenino. Pero no podían hablar realmente, debido al bullicio cristalino de las voces apresuradas y excitadas de las mujeres con sus risas frías. Los hombres esperaban, incómodos, suspendidos, más bien aburridos. Pero Gerald permanecía como jovial y feliz, no consciente de que estaba esperando o desocupado, sabiéndose el centro mismo de la ocasión.

De repente, la señora Crich penetró sin ruido en el cuarto, mirando aquí y allá con su rostro fuerte y claro. Llevaba aún su sombrero y su abrigo de seda azul.

-¿Qué pasa, madre? -dijo Gerald.

-¡Nada, nada! -repuso distraídamente. Y se encaminó directamente hacia Birkin, que estaba hablando con un cuñado de los Crich.

-¿Qué tal está usted, señor Birkin? -dijo con su voz profunda, que parecía no tomar en cuenta a sus huéspedes.

Le tendió la mano.

-¡Oh, señora Crich! -contestó Birkin con su voz tan dúctil para los cambios-, me fue imposible acercarme a usted antes.

-No conozco a la mitad de las personas que hay aquí -dijo con su voz profunda.

Su cuñado, incómodo, se alejó.

-,¿Y no le gustan los extraños? -dijo Birkin riendo-. Personalmente, jamás pude entender por qué ha de tomar uno en cuenta a personas simplemente porque resultan encontrarse en el mismo cuarto con uno: ¿por qué debería saber yo que están ahí?

-¡Cierto, muy cierto! -dijo la señora Crich con su voz baja y tensa-. Si no fuese porque están allí. Yo no conozco a gentes que descubro en la casa. Los niños me las presentan, me dicen: «Madre, éste es fulanito de tal.» De poco me sirve. ¿Qué relación tiene fulanito de tal con su propio nombre? ¿Y qué tengo yo que ver con él o con su nombre?

Elevó los ojos hacia Birkin. La señora Crich le sorprendía. También le halagaba que ella viniese a hablar con él, porque apenas se fijaba en nadie. El miró su rostro claro, intenso, de rasgos graves, pero le intimidaba mirar los ojos azules cargados de visión. En vez de ello observó cómo le caía el cabello en guedejas desaliñadas sobre las orejas, más bien hermosas pero no del todo limpias. Tampoco estaba perfectamente limpio su cuello. Incluso en eso parecía ella pertenecerse a sí misma más que al resto de la compañía; aunque -pensó para sí- él estaba siempre bien aseado, cuando menos en el cuello y las orejas.

Sonrió débilmente pensando esas cosas. Con todo, estaba tenso, sintiendo que él y la mujer mayor, desplazada, estaban confabulando juntos como traidores, como enemigos dentro del campamento de los otros. El parecía un venado que vuelve una oreja hacia la senda dejada atrás y la otra hacia adelante para saber lo que le esperaba.

-Las gentes no importan realmente -dijo con poco deseo de continuar.

La madre le miró con una súbita y oscura interrogación, como dudando de su sinceridad.

-¿Qué quiere usted decir con importar? -preguntó agudamente.

-No muchas gentes son algo en absoluto -respondió forzado a entrar más profundamente de lo que desearía-. Alborotan. Sería mucho mejor que fuesen sencillamente barridos. Esencialmente, no existen, no están aquí.

Ella le contempló fijamente mientras hablaba.

-Pero no nos lo imaginamos -dijo ella secamente.

-No hay nada que imaginar, por eso no existen.

-Bien -dijo ella-, no me atrevo a llegar a tanto. Allí están, existan o no. No depende de mí decidir sobre su existencia. Sólo sé que no puede esperarse de mí que los tome en cuenta a todos. Nadie puede esperar que le conozca simplemente porque resulta estar ahí. En cuanto a mí respecta, igualmente podría no estar.

-Exactamente -contestó él.

-¿Verdad que sí? -preguntó ella otra vez.

-Igualmente -repitió él.

Hubo una breve pausa.

-Si no fuese porque están allí, y eso es un engorro -dijo-. Allí están mis yernos -prosiguió en una especie de monólogo-. Ahora Laura se casó, hay otro. Y realmente no sé todavía distinguirlos. Se me acercan y me llaman madre. Sé lo que van a decirme: «¿Cómo está usted, madre?» Yo debería decir: «No soy su madre, en ningún sentido.» Pero de qué sirve. Allí están. He tenido hijos míos. Supongo que sé distinguirlos de los hijos de otra mujer.

-Sí, es de suponer -dijo él.

La mujer lo miró algo sorprendida, quizá olvidando que estaba hablándole, y perdió el hilo.

Miró distraídamente por el cuarto. Birkin no pudo conjeturar qué estaba buscando, ni qué pensaba. Evidentemente, observaba a sus hijos.

-¿Están ahí todos mis hijos? -le preguntó abruptamente.

El sonrió sorprendido, quizá temeroso.

-Apenas les conozco, a excepción de Gerald -repuso.

-¡Gerald! -exclamo-. Es el más necesitado de todos ellos. Jamás lo pensaría uno mirándolo ahora, ¿verdad?

-No -dijo Birkin.

La madre miró hacia su hijo mayor, contemplándole gravemente durante algún tiempo.

-Ay -dijo en un monosílabo incomprensible que sonó profundamente cínico.

Birkin se sintió asustado, como si no se atreviera a comprender. La señora Crich se alejó, olvidándole. Pero volvió sobre sus pasos.

-Me gustaría que tuviese un amigo -dijo-. Nunca ha tenido un amigo.

Birkin miró sus ojos, que eran azules y contemplaban gravemente. No podía entenderlos. «¿Soy yo el guardián de mi hermano?», se dijo para sí, casi frívolamente.

Entonces, con una ligera conmoción, recordó que ése fue el grito de Caín. Y Gerald era Caín, si alguien lo era. Pero tampoco era Caín, aunque hubiese matado a su hermano. Había cosas semejantes a puros accidentes, y las consecuencias no podían atribuirse a la persona aunque hubiese matado a su propio hermano. Siendo muchacho, Gerald había matado por accidente a su hermano. ¿Y qué? ¿Por qué intentar grabar una marca y una maldición sobre la vida que había provocado el accidente? Un hombre puede vivir por accidente y morir por accidente. ¿O acaso no? ¿Está sujeta la vida de todo hombre al puro accidente? ¿Es sólo la raza, el género, la especie, quien posee una referencia universal? ¿O acaso no es esto cierto y no existe cosa semejante al accidente puro? ¿Tiene un significado universal todo cuanto acontece? ¿Lo tiene? Birkin, reflexionando mientras estaba allí de pie, se olvidó de la señora Crich y ella de él.

No creía que hubiese cosa semejante a un accidente. Todo estaba junto, en el más profundo de los sentidos.

Justamente cuando había decidido esto, una de las hijas de los Crich se aproximó diciendo:

-¿Por qué no vienes y te quitas el sombrero, querida madre? Dentro de un minuto nos sentaremos a comer y es un momento solemne, ¿verdad, querida?

Cogió a su madre del brazo y se alejaron. Birkin fue inmediatamente a conversar con el hombre más próximo.

El gong tocó invitando al almuerzo. Los hombres miraron hacia arriba, pero nadie

inició movimiento alguno hacia el comedor. Las mujeres de la casa no parecieron percibir que el sonido tuviese algún significado para ellas. Pasaron cinco minutos. El criado de más edad, Crowther, apareció exasperado en el umbral de la puerta. Miró a Gerald con gesto de súplica. Este cogió una gran caracola curva que yacía sobre una estantería y sin más contemplaciones sopló con arrolladora fuerza. Fue un ruido extraño y turbador que hizo latir el corazón. La llamada resultó casi mágica. Todos vinieron corriendo, como si se tratase de una señal. Y entonces la muchedumbre se desplazó en un impulso hacia el comedor.

Gerald esperó un momento para que su hermana hiciese el papel de anfitriona. Sabía que su madre no prestaría atención alguna a sus deberes. Pero su hermana se limitó a apretujarse hasta alcanzar un asiento. En consecuencia, con un gesto levemente demasiado dictatorial, el joven dirigió a los huéspedes hasta sus lugares.

Hubo un momento de silencio, mientras todos miraban los «hors d'oeuvres» que iban pasando. Y en este silencio una chica de trece o catorce años, con el cabello muy largo y suelto, dijo en una voz tranquila y segura:

-Gerald, te olvidas de nuestro padre cuando haces ese ruido infernal.

-¿Tú crees? -repuso. Y luego, dirigiéndose a la gente, añadió-: Mi padre está tumbado, no se encuentra muy bien.

-¿Cómo está realmente? -preguntó una de las hijas casadas, intentando esquivar el inmenso pastel nupcial que se levantaba como una torre en mitad de la mesa, derramando sus flores artificiales.

-No tiene dolores, pero se siente cansado -repuso Winifred, la chica del pelo largo sobre la espalda.

Se sirvió el vino, y todos hablaban tumultuosamente. En el extremo más lejano de la mesa se sentaba la madre, con su cabello despeinado. Tenía a Birkin como vecino. A veces miraba con gesto de furia las filas de rostros, inclinándose hacia adelante y observando sin ceremonias. Y entonces decía en voz baja a Birkin:

-¿Quién es ese joven?

-No lo sé -respondió distraídamente Birkin.

-¿Le he visto antes? -preguntó ella.

-No creo. Yo no -repuso.

Y ella quedó satisfecha. Sus ojos se cerraban cansinamente, una paz invadía su rostro, parecía una reina reposando. Luego empezaba, una pequeña sonrisa social aparecía en su rostro, durante un momento tenía el aspecto de la agradable anfitriona. Durante un momento se inclinaba graciosamente, como si todos fuesen bienvenidos y encantadores. "Y luego, inmediatamente, regresaba a la sombra; una mirada hosca y de águila aparecía sobre su rostro, contemplaba desde debajo de sus cejas como una criatura siniestra y ajena, odiándolos a todos.

-Madre -dijo Diana, una muchacha bonita algo mayor que Winifred-, puedo tomar vino, ¿verdad?

-Sí, puedes tomar vino -repuso automáticamente la madre, porque la pregunta le resultaba completamente indiferente.

Y Diana hizo señas al criado para que llenase su vaso.

-Gerald no debería prohibírmelo -dijo tranquilamente al grupo en general.

-De acuerdo, Di -dijo amistosamente su hermano.

Y ella le miró con desafío mientras bebía del vaso.

Había una extraña libertad en la casa, que casi equivalía a anarquía. Más que libertad era una resistencia a la autoridad. Gerald tenía algún mando por mera fuerza de su personalidad, no debido a ninguna posición otorgada. En su voz había un tono amistoso pero dominante que intimidaba a los otros, todos ellos más jóvenes.

Hermione mantenía una discusión con el novio sobre la nacionalidad.

-No -dijo-, pienso que apelar al patriotismo es un error. Es como un comercio rivalizando con otro.

-Vamos, me parece que mal puedes decir eso, ¿no? -exclamó Gerald, que tenía una auténtica pasión por la disputa-. No puedes llamar asunto comercial a una raza, ¿verdad? Y pienso que la nacionalidad corresponde a grandes rasgos a la raza. Pienso que eso se pretende.

Hubo una pausa momentánea. Gerald y Hermione eran siempre extraña pero educada y uniformemente enemigos.

-¿Piensas que la raza corresponde a la nacionalidad? -pretendió ella con aire meditativo y vacilación inexpresiva.

Birkin sabía que ella estaba esperando su participación. Y habló, cumpliendo su deber.

-Me parece que Gerald está en lo cierto. La raza es el elemento esencial en la nacionalidad, al menos en Europa -dijo.

Hermione se detuvo nuevamente, como para permitir que esta afirmación se enfriase. Entonces dijo con una extraña asunción de autoridad:

-Sí, pero incluso entonces, ¿es la apelación patriótica una apelación al instinto racial? ¿No es más bien una forma de apelar al instinto de propiedad, el instinto comercial? ¿Y no es esto lo que llamamos nacionalidad?

-Probablemente -dijo Birkin, para quien semejante discusión estaba fuera de tiempo y lugar.

Pero Gerald seguía ahora la pista a la discusión.

-Una raza puede tener su aspecto comercial -dijo-. De hecho es preciso. Es como una familia. Tienes que almacenar. Y para almacenar tienes qué luchar contra otras, familias, otras naciones. No veo por qué no.

Hermione hizo una nueva pausa, dominadora y fría, antes de contestar:

-Sí, creo que siempre es equivocado provocar un espíritu de rivalidad. Genera mala sangre. Y la mala sangre se acumula.

-Pero no puedes prescindir del espíritu de emulación en su conjunto -dijo Gerald-. Es uno de los incentivos necesarios para la producción y el progreso.

-Sí -respondió tranquilamente Hermione-. Creo que se puede prescindir de él.

-Debo decir -intervino Birkin- que detesto el espíritu de emulación.

Hermione estaba mordiendo un trozo de pan, sacándoselo de entre los dientes con los dedos en un movimiento lento, levemente menospreciador. Se volvió hacia Birkin.

-Tú sí que lo odias, sí -dijo íntima y satisfecha.

-Lo detesto -repitió él.

-Pero -insistió Gerald- si no permites que un hombre lleve los medios de vida de su vecino, ¿por qué ibas a permitir que una nación se lleve los medios de vida de otra?

Hubo un largo y lento murmullo por parte de Hermione antes de que rompiese a hablar, diciendo con lacónica indiferencia:

-No siempre es una cuestión de posesiones, ¿verdad? ¿Verdad que no todo es una

cuestión de mercan cías?

Gerald quedó molesto con esta suposición de materialismo vulgar.

-Sí, más o menos -contestó-. Si voy y le quito a un hombre el sombrero de la cabeza, ese sombrero se convierte en un símbolo de la libertad de ese hombre. Cuando lucha contra mí por su sombrero está luchando por su libertad.

Hermione no quedó cortada.

-Sí -dijo con irritación-. Pero ese modo de argumentar con casos imaginarios no parece auténtico, ¿verdad? Un hombre no viene y me quita el sombrero de la cabeza, ¿no es así?

-Sólo porque la ley se lo prohíbe -dijo Gerald.

-No sólo -dijo Birkin-. De cien hombres, noventa y nueve no quieren mi sombrero.

-Ese es un asunto de gustos -dijo Gerald.

-O del sombrero -dijo riendo el novio.

-Y si él quiere mi sombrero tal como es -dijo Birkin-, sin duda queda abierto para m(decidir qué me representará una mayor pérdida, mi sombrero o mi libertad como hombre libre o indiferente. Si me veo impulsado a ofrecer lucha, pierdo esto último. Es una cuestión de determinar qué tiene más valor para mí, si mi agradable libertad de conducta o mi sombrero.

-Si -dijo Hermione contemplando extrañamente a Birkin-. Sí.

-¿Pero dejarías que alguien viniera y te quitase el sombrero de la cabeza? -preguntó la novia a Hermione.

El rostro de la empertigada mujer se volvió lentamente, como si estuviera drogado, hacia su nueva interlocutora.

-No -repuso en un tono bajo e inhumano que parecía contener algo de ironía-. No, no dejaría que nadie me quitase el sombrero de la cabeza.

-¿Y cómo lo evitarías? -preguntó Gerald.

-No lo sé -repuso lentamente Hermione-. Probablemente le mataría.

Había una extraña risa ahogada en su tono, un humor peligroso y convincente en su aspecto.

-Naturalmente -dijo Gerald-, entiendo lo que dice Rupert. Para él es toda una cuestión saber si es más importante su sombrero o su paz de espíritu.

-Paz de cuerpo -dijo Birkin.

-Bien, como gustes -repuso Gerald-. Pero ¿cómo vas a decidir eso para una nación?

-El cielo me ayude -rió Birkin.

-Sí, pero supón que te ves obligado -insistió Gerald.

-Entonces es lo mismo. Si la moneda nacional es
un viejo sombrero, la gentuza ladrona puede quedarse con él.

-Pero ¿puede ser un viejo sombrero el sombrero nacional o racial? -insistió Gerald.

-Creo que bien podría ser así -dijo Birkin.

-No estoy tan seguro -dijo Gerald.

-No estoy de acuerdo, Rupert -dijo Hermione.

-Muy bien -dijo Birkin.

-Estoy completamente de parte del viejo sombrero nacional -rió Gerald.

-Y pareces un tonto con él -exclamó Diana, su respondona y adolescente hermana.

-Oh, nos hemos perdido en lo profundo con esos viejos sombreros -exclamó Laura Crich-. Cállate ahora. Vamos a beber unas copas. Bebamos unas copas. Copas... vasos, vasos... ¡Copas! ¡Discurso! ¡Discurso!

Pensando sobre la raza o la muerte nacional, Birkin vio cómo le llenaban el vaso de champagne. Las burbujas estallaban en el borde, el criado se retiró y Birkin bebió, sintiendo una súbita sed ante la visión del líquido fresco. Una pequeña pero extraña tensión en el cuarto le activaba. Sintió un agudo constreñimiento.

«¿Lo hice por accidente o a propósito?», se preguntó. Y decidió que, siguiendo el refrán, lo había hecho «accidentalmente a propósito». Miró al camarero de alquiler. Y el camarero alquilado vino, con un paso silencioso de servil desaprobación. Birkin decidió que le horrorizaban las fiestas, y los sirvientes, y las reuniones, y la humanidad en su conjunto en la mayoría de sus aspectos. Se incorporó entonces para hacer un discurso. Pero estaba de alguna manera a disgusto.

Acabó terminando la comida. Varios hombres salieron al jardín. Había un césped con macizos de flores, y en los lindes una verja de hierro que cerraba el pequeño campo o parque. La vista era agradable; un camino de montaña curvándose alrededor del borde de un lago poco profundo, bajo los árboles. En el aire primaveral el agua brillaba y los bosques del lado opuesto estaban purpúreos con nueva vida. Encantadoras reses de Jersey llegaban a la verja, respirando roncamente a través de sus aterciopelados hocicos en dirección a los seres humanos, esperando quizá un pedazo de pan.

Birkin se apoyó sobre la verja. Una vaca le soplaba calor húmedo sobre la mano.

-Bonito ganado, muy bonito -dijo Marshall, uno de los yernos-. Dan la mejor leche que pueda uno encontrar.

-Sí -dijo Birkin.

-¡Eh, preciosa, eh, encanto! -dijo Marshall con una extraña voz de falsete agudo que provocó en Birkin convulsiones de risa.

-¿Quién ganó la carrera, Lupton? -preguntó al novio, tratando de esconder el hecho de que estaba riendo.

El novio se quitó el cigarro de la boca.

-¿La carrera? -exclamó. Entonces una sonrisa más bien delgada apareció en su rostro. No quería decir nada sobre el «sprint» hacia la puerta de la iglesia-. Llegamos juntos. Como mucho, ella llegó primero, pero yo le tenía ya la mano puesta sobre el hombro.

-¿Qué decís? -preguntó Gerald.

Birkin le contó la carrera de la novia y el novio.

-¡Hum! -dijo Gerald con aire desaprobatorio-. ¿Qué te hizo llegar tarde?

-Lupton hablaba sobre la inmortalidad del alma -dijo Birkin-, pero luego le faltaba la hebilla del zapato.

-¡Dios mío! -exclamó Marshall-. ¡La inmortalidad del alma el día de su matrimonio! ¿No tenías nada mejor para ocupar la mente?

-¿Qué hay de malo en ello? -preguntó el novio, un marino bien afeitado, sonrojándose sensiblemente.

-Da la impresión de que ibas a ser ejecutado y no a casarte. ¡La inmortalidad del alma! -repitió el cuñado muy enfáticamente.

Pero el chiste no tuvo éxito.

-¿Y qué decidiste? -preguntó Gerald, levantando al punto las orejas ante el

pensamiento de una discusión metafísica.

-No desearías un alma hoy, muchacho -dijo Marshall-. Sería un obstáculo en tu camino.

-¡Por Cristo! Marshall, vete y habla con algún otro -exclamó Gerald con súbita impaciencia.

-Vive Dios que lo estoy deseando -dijo Marshall encolerizado-. Demasiadas maldita alma y charla juntas...

Se retiró indignado, mientras Gerald le miraba con ojos de ira que fueron haciéndose gradualmente tranquilos y amistosos a medida que la figura corpulenta del otro iba alejándose.

-Una cosa, Lupton -dijo Gerald volviéndose de repente hacia el novio-. Laura no habría traído a la familia a alguien tan estúpido como hizo Lottie.

-Consuélate con eso -dijo Birkin riendo.

-No les tomo en cuenta -dijo riendo también el novio.

-¿Qué hay entonces sobre esa carrera? ¿Quién la inició? -preguntó Gerald.

-Llegábamos tarde. Laura estaba en lo alto de las escaleras de la iglesia cuando llegó nuestro carruaje. Vio a Lupton corriendo hacia ella y se puso ella a correr también. Pero ¿a qué viene ese aspecto tan enfadado? ¿Acaso hiere tu sentido de la dignidad familiar?

-Pues sí -dijo Gerald-. Si estás haciendo algo, hazlo bien, y si no vas a hacerlo, déjalo.

-Excelente aforismo -dijo Birkin.

-¿No estás de acuerdo? -preguntó Gerald.

-Bastante -dijo Birkin-. Sólo que me aburre cuando te pones aforístico.

-Maldita sea, Rupert, te gusta que todos los aforismos sean a tu manera -dijo Gerald.

-No. Quiero librarme de ellos, y tú los estás metiendo siempre a toda costa.

Gerald sonrió ácidamente ante esta broma. Hizo entonces un pequeño gesto de abandono con las cejas.

-¿Verdad que no crees en ninguna pauta de conducta? --lijo de modo desafiante, censurando a Birkin.

-Pauta... no. Odio las pautas. Pero son necesarias para la plebe. Todo el que es algo puede sencillamente ser él mismo y hacer lo que desee.

-Pero ¿qué quieres decir con ser él mismo? -dijo Gerald-. ¿Es eso un aforismo o un cliché?

-Quiero decir sencillamente hacer lo que deseas hacer. Creo que Laura hizo perfectamente bien escapando de Lupton en dirección a la puerta de la iglesia. Creo que fue casi una obra maestra, La cosa más difícil del mundo es actuar espontáneamente a partir de los propios impulsos, y es la única cosa caballerosa que puede hacerse, suponiendo, claro, que esté uno preparado para hacerlo.

-No esperarás que te tome en serio, ¿verdad? -preguntó Gerald.

-Sí, Gerald, eres una de las muy pocas personas de quienes espero eso.

-Pues entonces temo no poder estar a la altura de tus espectativas aquí en ningún caso. Piensas que las personas debieran actuar justamente como desearían.

-Pienso que así lo hacen siempre. Pero me gustaría que deseasen lo puramente individual en ellos mismos, lo que les hace actuar singularmente. Y a ellos sólo les gusta

hacer lo colectivo.

-Y a mí -dijo ácidamente Gerald- no me gustaría estar en un mundo de personas que actuaran individual y espontáneamente, como dices. Todos estarían cortando la garganta de todos en cinco minutos.

-Eso significa que a ti te gustaría cortar la garganta de todos -dijo Birkin.

-¿Cómo se deduce eso? -preguntó irritadamente Gerald.

-Ningún hombre -dijo Birkin- corta la garganta de otro salvo que lo desee y salvo que el otro hombre lo desee también. Esta es una verdad completa. Hacen falta dos personas para un crimen: un criminal y una víctima. Y una víctima es alguien a quien se puede matar. Y un hombre a quien se puede matar es un hombre que con una pasión oculta pero profunda desea ser muerto.

-A veces dices puros disparates -dijo Gerald a Birkin-. De hecho, ninguno de nosotros quiere que le corten el cuello, y a la mayoría de las otras personas les gustaría cortárnoslo en uno u otro momento...

-Es una fea forma de mirar las cosas, Gerald -dijo Birkin-, y no me sorprende que tengas miedo de ti mismo y de tu propia infelicidad.

-¿Cómo que tengo miedo de mí mismo? -dijo Gerald-, y no creo ser infeliz.

-Pareces tener al acecho un oscuro deseo de que te
rebanen el gaznate, e imaginas que todo hombre tiene un cuchillo en la manga para ti -dijo Birkin.

-¿En qué te basas? -dijo Gerald.

-En ti -dijo Birkin.

Hubo una pausa de extraña enemistad entre ambos hombres, muy próxima al amor. Siempre les sucedía lo mismo; su conservación les llevaba siempre a una mortal proximidad de contacto, a una intimidad extraña, peligrosa, que no era odio o amor, ni ambas cosas. Se separaron con despreocupación aparente, como si fuese una ocurrencia trivial. Sin embargo, el corazón de cada uno estaba herido por el del otro. Ardían uno con otro, interiormente. Jamás lo admitirían. Pretendían mantener su relación como una amistad casual y sin complicaciones, no iban a ser tan poco viriles y naturales como para permitir ningún incendio pasional entre ellos. No creían ni por lo más remoto en una relación profunda entre hombres, y su falta de creencia impedía cualquier desarrollo de su poderosa pero reprimida afinidad amistosa.

3. AULA

Un día de escuela se estaba terminando. En el aula, la última lección progresaba apacible y fija. Era botánica elemental. Los pupitres estaban cubiertos de amen tos, avellana y sauce, que los niños habían estado dibujando. Pero el cielo se había oscurecido a medida que se aproximaba el fin de la tarde: apenas había luz para dibujar nada más. Ursula estaba de pie frente a la clase, llevando con preguntas a los niños a comprender la estructura y el significado de los amentos.

Un rayo de luz denso y color cobre penetró por la ventana del oeste, inundando los perfiles de las cabezas de los niños con oro rojo y cayendo sobre el muro opuesto. Sin

embargo, Ursula apenas se dio cuenta, estaba ocupada, llegaba el fin del día, el trabajo proseguía como una marca pacífica que se remansa y a la que toca retirarse.

Ese día había transcurrido de modo semejante a muchos otros, en una actividad que semejaba un trance. Al final había un poco de prisa por terminar lo que tenía entre manos. Estaba urgiendo a los niños con preguntas, a fin de enseñarles todo lo que debían saber, cuando sonó la campana. Estaba de pie, en sombra, frente a la clase, con amentos en la mano, y se inclinó hacia los niños absorta en la pasión de instruir.

Oyó -pero sin percibirlo el clic de la puerta. Miró de repente. Vio el rostro de un hombre en la franja de luz color cobre próxima a ella. Brillaba como el fuego contemplándola, esperando que ella se diese cuenta. Ursula quedó terriblemente sorprendida. Pensó que iba a desmayarse. Todo su miedo reprimido y subconsciente brotó a la existencia con angustia.

-¿La he asustado? -dijo Birkin dándole la mano-. Pensé que me había oído entrar.

-No -mintió ella, apenas capaz de hablar.

El rió, diciendo que lo sentía. Ella se preguntó por qué parecía él divertido.

-Está tan oscuro -dijo él-. ¿Encendemos la luz?

Y moviéndose a un lado conectó la potente luz eléctrica. El aula era nítida y dura, un lugar extraño tras la magia suave y difusa que la llenaba antes de venir él. Birkin se volvió con curiosidad para mirar a Ursula. Sus ojos eran redondos e interrogativos, desconcertados; su boca temblaba levemente. Parecía una persona despertada de repente. Había una belleza viva y tierna, como una cálida luz de amanecer brillando desde su rostro. El la contempló con un nuevo placer, sintiéndose alegre en su corazón, irresponsable.

-¿Están ustedes estudiando los amentos? -preguntó mientras cogía una avellana del pupitre de un alumno situado frente a él-. ¿Están ya tan adelantados? No los había observado este año.

Miró absorto la espiga de avellana en su mano.

-!También los rojos¡ -dijo mirando los destellos que provenían del capullo hembra.

Caminó entonces entre los pupitres para ver los libros de los alumnos. Ursula contempló sus medios movimientos. Había una fijeza en él que apresuraba las actividades del corazón de ella. Ursula parecía apartada en un silencio detenido, contemplándole mientras se movía en otro mundo concentrado. Su presencia era tan apacible, casi como un vacío en el aire corpóreo.

De repente él levantó el rostro hacia ella, y el corazón de Ursula se aceleró ante el eco de su voz.

-Déles algunos lápices de pastel, ¿quiere? -dijo él-, para que puedan hacer rojas las flores del gineceo y amarillas las andróginas. Yo las pintaría sencillamente con tiza, añadiéndoles sólo el rojo y el amarillo. El contorno apenas importa en este caso. Sólo hay un hecho a destacar.

-No tengo lápices de pastel -dijo Ursula.

-Algunos habrá en alguna parte... basta encontrar los rojos y amarillos.

Ursula envió a un muchacho a buscarlos.

-Ensuciará los libros -dijo a Birkin, sonrojándose profundamente.

-No mucho -dijo él-. Es preciso destacar estas cosas. Lo que debe grabarse es el hecho que se desea enfatizar, no la impresión subjetiva. ¿Cuál es el hecho? Pequeños

estigmas rojos y puntiagudos en la flor hembra, amento amarillo colgante masculino, polen amarillo volando de uno a otra. Registre pictóricamente el hecho, como hace un niño cuando dibuja un rostro: dos ojos, una nariz, boca con dientes... así...

Y dibujó una figura en la pizarra.

En ese momento otra visión apareció a través de los paneles acristalados de la puerta. Era Hermione Roddice. Birkin fue y la abrió.

-Vi tu coche -dijo ella-. ¿Te importa que haya entrado a buscarte? Me gustaba verte aplicado a tu deber.

Ella le miró durante largo tiempo, íntima y juguetona, y luego emitió una risita corta. Sólo entonces se volvió hacia Ursula, que, con toda la clase, había estado contemplando la escenita entre los amantes.

-¿Qué tal está usted, señorita Brangwen? -cantó Hermione a su manera extraña, musical, que sonaba casi a broma-. ¿Le importa que entre?

Sus ojos grises, casi sardónicos, permanecían en el ínterin sobre Ursula, como si la estuviese evaluando.

-Oh, no -dijo Ursula.

-¿Está usted segura? -repitió Hermione con completa sangre fría y un descaro raro, medio intimidador.

-Oh, no, me encanta terriblemente -rió Ursula un poco excitada y sorprendida porque Hermione parecía presionarla aproximándose mucho, como si fueran íntimas, y, con todo, ¿cómo podían ser íntimas?

Esta fue la respuesta que quería Hermione. Se volvió satisfecha hacia Birkin.

-¿Qué estás haciendo? -cantó a su manera casual, inquisitiva.

-Amentos -repuso él.

-¡Vaya! -dijo ella-. ¿Y qué se aprende sobre ellos?

Hablaba todo el tiempo de un modo burlón y medio insolente, como si estuviese tomando a broma todo el asunto. Cogió una ramita del amento, interesada por la atención que le dispensaba Birkin.

Hermione era una figura extraña en la clase, con su vieja capa grande de tela verdosa con un dibujo en oro mate. El cuello alto y la parte interior de la capa estaban forrados de piel oscura. Debajo llevaba un vestido de bella tela color lavanda festoneado en piel, y su sombrero bien encajado estaba hecho de piel y de la tela mate verde y oro. Ella era alta y extraña; parecía salida
de algún cuadro nuevo, pintoresco.

-¿Conoces las pequeñas flores rojas de ovario que producen las nueces? ¿Las has observado alguna vez? -preguntó él. Y se aproximó, indicándoselas sobre la espiga que ella mantenía.

-No -repuso ella-. ¿Qué son?

-Son las pequeñas flores que producen semillas, los largos amentos sólo producen el polen que las fertiliza.

-¡De modo que así es¡ -dijo Hermione mirando de cerca.

-Las nueces provienen de esos pequeños trocitos rojos, si reciben polen de los largos colgantes.

-Pequeñas llamitas rojas, pequeñas llamitas rojas -murmuró Hermione para sí. Y durante algunos momentos quedó mirando sólo los pequeños capullos de donde salían los -destellos rojos de los estigmas.

-¿Verdad que son hermosos? Me parecen tan hermosos -dijo ella acercándose a Birkin y apuntando hacia los filamentos rojos con su dedo largo, blanco.

-¿Los hablas visto antes alguna vez? -preguntó él.

-No, nunca antes -repuso ella.

-Desde ahora los verás siempre -dijo él.

-Ahora los veré siempre -repitió ella-. Muchas gracias por enseñármelo. Me parecen tan hermosas esas llamitas rojas...

Su enfrascamiento era extraño, casi rapsódico. Tanto Birkin como Ursula estaban en suspenso. Las pequeñas flores ropas pistiladas tenían alguna atracción extraña, casi místico-apasionada para ella.

La lección terminó, los libros fueron apartados y la clase despedida al fin. Pero Hermione seguía sentada a la mesa con la barbilla en la mano, el codo sobre la mesa y su rostro largo y blanco alzado, sin atender a nada. Birkin se había ido a la ventana y miraba desde el cuarto brillantemente iluminado hacia el exterior gris, descolorido, donde la lluvia caía silenciosamente. Ursula se llevó sus cosas al armario.

Tras algún tiempo, Hermione se levantó y se aproximó a ella.

-¿Su hermana ha vuelto a casa? -dijo.

-Sí -dijo Ursula.

-¿Le gusta estar de vuelta en Beldover?

-No -dijo Ursula.

-No, me asombra que pueda soportarlo. Cuando estoy aquí tengo que usar toda mi fuerza para soportar la fealdad de este distrito. ¿Por qué no vienen a verme? ¿Por qué no viene con su hermana a pasar unos días en Breadalby? Hágalo...

-Muchas gracias -dijo Ursula.

-Entonces le escribiré -dijo Hermione-. ¿Piensa que vendrá su hermana? Me alegraría tanto. Pienso que es maravillosa. Pienso que parte de su trabajo es realmente maravilloso. Tengo dos aves acuáticas suyas, esculpidas en madera y pintadas. ¿A lo mejor las conoce?

-No -dijo Ursula.

-Pienso que son perfectamente maravillosas... como un relámpago de instinto...

-Sus pequeñas tallas son extrañas -dijo Ursula.

-Perfectamente hermosas... llenas de pasión primitiva...

-¿No es sorprendente que le gusten siempre cosas pequeñas? Siempre debe trabajar con cosas pequeñas, cosas que uno puede ponerse en la mano, como pájaros o animales minúsculos. Le gusta mirar por el lado equivocado de los gemelos y ver así el mundo. ¿Por qué piensa usted que será así?

Hermione miró hacia Ursula con esa mirada larga, despegada y espía que excitaba a la mujer más joven.

-Sí -acabó diciendo Hermione-. Es curioso. Las cosas pequeñas parecen ser más sutiles para ella...

-Pero no lo son, ¿verdad? Un ratón no es para nada más sutil que un león, ¿verdad?

Hermione miró otra vez a Ursula con ese largo escrutinio, como si estuviese siguiendo alguna línea propia de pensamientos y apenas atendiese al discurso de la otra.

-No lo sé -repuso.

-Rupert, Rupert -cantó suavemente, atrayéndole a ella. El se aproximó en silencio.

-¿Son más sutiles las cosas pequeñas que las grandes? -preguntó ella con un extraño gruñido de risa en su voz, como si le estuviese tomando el pelo con la pregunta.

-No sé -dijo él.

-Odio las sutilezas -dijo Ursula.

Hermione la miró lentamente.

-¿Es así? -dijo.

-Siempre pienso que son un signo de debilidad -dijo Ursula alzada en armas, como si estuviese amenazado su prestigio.

Hermione no la tomó en consideración. De repente su rostro se arrugó, su ceño se frunció con pensamiento, pareció retorcida en un dificultoso esfuerzo de expresión.

-¿Piensas realmente, Rupert -preguntó como si Ursula no estuviese presente-, piensas realmente que vale la pena? ¿Piensas realmente que los niños son mejores por haber sido despertados a la conciencia?

Un relámpago oscuro cruzó el rostro de él, una furia silenciosa. Tenía las mejillas hundidas y pálidas, su rostro casi no era terrenal. La mujer le perturbaba vivamente con una pregunta seria y trascendental.

-No son despertados a la conciencia -dijo él-. La conciencia les llega, quieran que no.

-¿Pero crees que son mejores por verla acelerada, estimulada? ¿No sería mejor que permaneciesen inconscientes de la avellana; no sería mejor que la conociesen como una totalidad, sin toda esta separación en partes, todo este conocimiento?

-¿Tú preferirías no saber que las pequeñas flores rojas están allí esperando el polen? -preguntó ásperamente él. Su voz era brutal, burlona, cruel.

Hermione permaneció con el rostro levantado, abstraído. El quedó irritado silenciosamente.

-No lo sé -repuso balanceándose levemente-. No lo sé.

-Pero conocer es todo para ti, es toda tu vida -interrumpió él.

Ella le miró lentamente.

-¿Y si lo es?

-Conocer es tu todo, ésa es tu vida... sólo tienes eso, este conocimiento -exclamó él-. Sólo hay un árbol, sólo hay un fruto en tu boca.

Ella estuvo de nuevo silenciosa por algún tiempo.

-¿Tú crees? -acabó diciendo con la misma tranquilidad imperturbable. Y luego en un tono de interrogación irónica-: ¿Qué fruto, Rupert?

-La eterna manzana -repuso él exasperado, odiando sus propias metáforas.

-Sí -dijo ella.

Tenía aspecto de agotamiento. Hubo silencio durante unos momentos. Entonces, recomponiéndose con un movimiento convulsivo, Hermione reanudó la conversación con voz cantarina, despreocupada.

-Pero, dejándome aparte, Rupert, ¿piensas que los niños son mejores, más ricos y más felices con todo este conocimiento? ¿Piensas que lo son realmente? ¿Acaso es mejor dejarlos sin tocar, espontáneos? Quizá les convendría ser animales, simples animales, rudos, violentos, cualquier cosa antes que esta autoconciencia, esta incapacidad para ser espontáneos.

Ellos pensaron que Hermione había terminado. Pero con un extraño trueno en la garganta recomenzó:

-Quizá sería mejor cualquier cosa que crecer tullidos, tullidos en sus almas, tullidos en sus sentimientos..., tan vueltos hacia atrás..., tan desviados sobre sí mismos... incapaces... -Hermione apretó los puños como alguien en un trance- de cualquier acción espontánea, siempre deliberados, siempre con el peso de la elección, nunca arrastrados.

De nuevo pensaron que había terminado. Pero justamente cuando él iba a contestar, ella reanudó su extraña rapsodia:

-Nunca arrastrados fuera de sí memos, siempre conscientes, siempre azorados, siempre tomándose en cuenta. ¿No es mejor que eso' cualquier cosa? Mejor ser animales, meros animales sin mente alguna, que esto, esta nada...

-Pero ¿acaso piensas que es el conocimiento lo que nos hace desvivir y ser azorados? -preguntó irritado.

Ella abrió los ojos y le miró lentamente.

-Sí -dijo. Se detuvo, mirándole mientras tanto con ojos vagos. Luego se pasó los dedos por el entrecejo con un vago cansancio. Eso irritaba a Birkin amargamente-. Es la mente -dijo ella-, y eso es muerte -levantó los ojos lentamente hacia él-: La mente... -prosiguió ella con el movimiento convulso de su cuerpo-, ¿no es nuestra muerte? ¿No destruye toda nuestra espontaneidad, todos nuestros instintos? Los jóvenes que crecen hoy en día, ¿no están realmente muertos antes de tener una oportunidad de vivir?

-No porque tengan demasiada mente, sino por tener demasiado poca -dijo él brutalmente.

-¿Estás seguro? -exclamó ella-. A mí me parece lo contrario. Son demasiado conscientes, están demasiado abrumados hasta la muerte por la conciencia.

-Aprisionados dentro de un grupo limitado y falso de conceptos -gritó él.

Pero Hermione no se dio por enterada, continuó con su propia interrogación rapsódica.

-Cuando tenemos conocimiento, ¿no perdemos todo excepto el conocimiento? -preguntó patéticamente-. Si sé sobre la flor, ¿no pierdo la flor y tengo sólo el conocimiento? ¿No estamos cambiando la sustancia por la sombra? ¿No estamos perdiendo la vida por esta cualidad muerta del conocimiento? ¿Y qué significa para mí después de todo? ¿Qué significa para mí todo este saber? No significa nada.

-Eso son sólo palabras -dijo él-; el conocimiento lo es todo para ti. Hasta tu animalismo lo quieres en tu cabeza. No quieres ser un animal, quieres observar tus propias funciones animales, obtener un excitante mental con ellas. Es todo puramente secundario y más decadente que el más solapado intelectualismo. Este amor tuyo por la pasión y los instintos animales, ¿qué es sino la forma peor y última del intelectualismo? Desde luego que deseas con fuerza, pasión e instintos, pero es a través de tu cabeza, en tu conciencia. Todo acontece en tu cabeza, bajo ese cráneo tuyo. Sólo que no serás consciente de lo que realmente es: deseas la mentira, casará bien con el resto de tus muebles.

Hermione se endureció y envenenó ante el ataque. Ursula quedó cubierta de asombro y vergüenza. Le asustaba ver cómo se odiaban el uno al otro.

-Todo es ese asunto de la Dama de Chaillot -dijo él con su fuerte voz abstracta. Parecía estar cargando contra ella en el aire invisible-. Tienes ese espejo, tu propia voluntad fija, tu entendimiento inmortal, tu tirante mundo consciente, y no hay nada más allá. Luego, ante el espejo, debes tener todo. Pero ahora debes llegar a todas tus conclusiones, deseas retroceder y ser como un salvaje, sin conocimiento. Deseas una vida de pura sensación y pasión.

Dijo satíricamente la última palabra. Ella quedó convulsa de furia y violación, muda, como una herida pitonisa del oráculo griego.

-Pero tu pasión es una mentira -siguió violentamente él-. No es para nada pasión, es tu voluntad. Es tu arrogante voluntad. Quieres agarrar cosas y tenerlas en tu poder. Deseas tener cosas en tu poder. ¿Y por qué? Porque no tienes cuerpo real, porque careces de cualquier cuerpo oscuro y sensual viviente. No tienes sensualidad. Para conocer sólo tienes tu voluntad y su desprecio por la conciencia, y tu ansia de poder.

La miró con mezcla de odio y desprecio, sufriendo también porque ella sufría, y avergonzado porque sabía que estaba torturándola. Sintió el impulso de arrodillarse y suplicar perdón. Pero una amarga y roja rabia se incendiaba en furia dentro de él. Perdió conciencia de ella, era sólo una voz apasionada hablando.

-¡Espontánea! -gritó-. ¡Tú y la espontaneidad! Tú, ¡la cosa más deliberada que jamás anduvo o' se arrastró! Serías muy deliberadamente espontánea..., así eres tú. Porque quieres tener todo en tu propia volición', en tu deliberada conciencia voluntaria. Lo quieres todo en ese espantoso cerebrito tuyo que debiera ser cascado como una nuez. Porque serás la misma hasta que acontezca, como un insecto en su caparazón. Quizá si uno te cascara el cráneo podría obtener una mujer espontánea, apasionada, con verdadera sensualidad. Tal como eres, lo que deseas es pornografía, mirarte en espejos, contemplar tus desnudas acciones animales en espejos para poderlo tener todo así en tu conciencia, para hacerlo todo mental.

Había una sensación de violación en el aire, como si se dijese demasiado, lo imperdonable. Sin embargo, a Ursula sólo le preocupaba entonces resolver sus propios problemas a la luz de esas palabras. Estaba pálida y abstraída.

-¿Pero quiere usted realmente sensualidad? -preguntó sorprendida, perpleja.

Birkin la miró y se concentró en su explicación.

-Sí -dijo-, eso y nada más, en este punto. El oscuro ser involuntario es un cumplimiento..., el gran conocimiento oscuro que uno no puede tener en su cabeza. Es la muerte para el yo de uno, pero es el brotar de otro.

-Pero ¿cómo? ¿Cómo puede uno tener conocimiento en otro lugar que la cabeza? -preguntó ella, bastante incapaz de interpretar sus frases.

-En la sangre -respondió él-; cuando la mente y el mundo conocido son ahogados en oscuridad... todo debe desaparecer..., debe venir el Diluvio. Entonces se encontrará a sí misma en un cuerpo palpable de oscuridad, un demonio...

-Pero ¿por qué habría de ser yo un demonio...? -preguntó ella.

-Mujer gimiendo por su demonio amante... -citó él-; por qué, no lo sé.

Hermione se incorporó como de una muerte: aniquilación.

-Es un satanista tan horrible, ¿verdad? -dijo a Ur sula, arrastrando las palabras, con una extraña voz resonante que terminaba en una risita aguda de puro ridículo. Las dos mujeres se estaban mofando de él, lanzándole con su burla a la nada. La risa estridente, triunfante, de la mujer sonaba desde Hermione mofándose de él como si fuese un neutro.

-No -dijo-. Tú eres el verdadero demonio que no permitirá a la vida existir.

Ella le miró con una mirada larga, lenta, malévola, altiva.

-Lo sabes todo sobre el asunto, ¿verdad? -dijo con burla lenta, fría, astuta.

-Basta -repuso él con rostro de una fijeza aguda y clara como el acero.

Una espantosa desesperación y al mismo tiempo una sensación de liberación

invadieron a Hermione. Se volvió con agradable intimidad hacia Ursula.

-¿Está segura de que vendrá a Breadalby? -dijo, urgiendo.

-Sí, me gustará mucho -repuso Ursula.

Hermione la miró desde su altura, satisfecha, reflexionando y extrañamente ausente, como si estuviese poseída y no se encontrara del todo allí.

-Me alegra tanto -dijo recobrándose-. Como dentro de un par de semanas. ¿Sí? Escribiré aquí, a la escuela, ¿puedo?... Sí. ¿Y seguro que vendrá? Sí. Me encantará. ¡Adiós! ¡Adiós!

Hermione tendió su mano y miró a los ojos de la otra mujer. Sabía que Ursula era una rival inmediata, y ese conocimiento la alegraba extrañamente. También estaba yéndose. Siempre le proporcionaba una sensación de fuerza, de ventaja, estar partiendo y dejar al otro atrás. Por lo demás, se estaba llevando al hombre con ella, aunque sólo fuese en el odio.

Birkin quedó apartado, fijo e irreal. Pero ahora que le tocaba despedirse empezó a hablar de nuevo.

-Hay toda la diferencia del mundo -dijo- entre el verdadero ser sensual y el libertinaje vicioso mentaldeliberado que persigue nuestro lote. Por las noches siempre tenemos la luz puesta, nos contemplamos, lo metemos todo en la cabeza realmente. Es preciso saltar fuera antes de poder saber qué es realidad sensual, saltar hacia la ignorancia y abandonar tu voluntad. Tienes que hacerlo. Tienes que aprender este no-ser antes de poder entrar en el ser. Pero estamos demasiado pagados de nosotros mismos, en eso consiste. Estamos demasiado pagados de nosotros mismos y somos tan poco orgullosos. No tenemos orgullo, somos todo vanidad, vanidad en nuestros yos realizados sobre nuestro propio «papiermâché». Preferiríamos morir antes que abandonar nuestra pequeña voluntad yoica, farisea y terca.

Hubo silencio en el cuarto. Ambas mujeres eran hostiles y rencorosas. El sonaba como si se estuviera diririgiendo a una reunión. Hermione simplemente no atendía, estaba de pie con los hombros tensos en un gesto de desagrado.

Ursula le contemplaba como furtivamente, no del todo consciente de lo que estaba viendo. Había en él un gran atractivo físico, una curiosa riqueza escondida que atravesaba su delgadez y su palidez como otra voz,' transportando otro conocimiento de él. Estaban las curvas de sus cejas y su mandíbula, curvas ricas, hermosas, exquisitas, con la poderosa belleza de la vida misma. Ella no podía decir lo que era. Pero había una sensación de riqueza y de libertad.

-Pero somos lo bastante sensuales sin necesidad de forzarnos, ¿no es así? -preguntó volviéndose hacia él con cierta risa dorada temblando bajo sus ojos verdosos, como un reto. E inmediatamente la sonrisa rara, descuidada y terriblemente atractiva vino sobre los ojos y las cejas de él, aunque su boca no se relajara.

-No -dijo-, no es así. Estamos demasiado llenos de nosotros mismos.

-Con certeza no es un asunto de vanidad -exclamó ella.

-Eso y nada más.

Ella estaba francamente desconcertada.

-¿No piensa que las gentes se envanecen ante todo de sus poderes sensuales? -preguntó ella.

-Por eso no son sensuales, son sólo sensibles, lo cual es otro asunto. Las gentes son siempre conscientes de sí mismas, y tienen tanta vanidad que antes de liberarse y

vivir en otro mundo, desde otro centro...

-Querrá su té, ¿verdad? -dijo Hermione volviéndose hacia Ursula-. Ha trabajado usted todo el día...

Birkin se detuvo en seco. Un espasmo de rabia y aflicción recorrió a Ursula. El rostro del hombre quedó clavado. Y dijo adiós como si hubiese dejado de tenerla presente.

Se fueron. Ursula quedó mirando por la puerta durante algunos momentos. Apagó entonces las luces. Tras haberlo hecho se sentó de nuevo en su sillón, absorta y perdida. Y entonces empezó a llorar, a llorar amarga, amargamente: pero nunca supo si de pesar o de goce.

4. EL SALTADOR

Transcurrió la semana. Llovió el sábado, una suave llovizna que se detenía de vez en cuando. En uno de los intervalos Gudrun y Ursula se fueron a dar un paseo hacia Willey Water. La atmósfera era gris y translúcida, los pájaros cantaban agudamente sobre las ramas jóvenes, la tierra comenzaba a darse prisa en su crecimiento. Las dos muchachas caminaban raudas, alegremente, debido a la brisa sutil de la mañana que llenaba la niebla húmeda. Junto a la carretera estaba floreciendo el endrino, blanco y empapado, con sus minúsculos granos de ámbar ardiendo débilmente en el humo blanco de la flor. Pequeñas ramas eran oscuramente luminosas en el aire gris, altos setos brillaban como sombras vivas, acercándose, llegando a la creación. La mañana estaba llena de una nueva creación.

Cuando las hermanas llegaron a Willey Water, el lago yacía todo gris y visionario, extendiéndose en el paisaje húmedo, translúcido, de árboles y prado. Había un zumbido de buenos motores eléctricos a distancia, los pájaros se trinaban unos a otros y un misterioso chapoteo llegaba del agua.

Las dos muchachas se movieron rápidamente por la ribera. Frente a ellas, en un rincón del lago, cerca de la carretera, había un musgoso embarcadero bajo un nogal, y un pequeño malecón donde estaba atracado un bote que se balanceaba como una sombra sobre la quieta agua gris bajo mástiles verdes y corroídos. Todo era frondoso con el próximo verano.

De repente salió corriendo del embarcadero una figura blanca, asustadora en su rapidísimo tránsito sobre las viejas tablas. Se lanzó en un arco blanco por el aire, hubo un estallido del agua y entre las suaves ondas un nadador estaba abriéndose al espacio en un centro de leve vaivén. Tenía para sí todo el otro mundo húmedo y remoto, podía moverse dentro de la pura translucidez del agua gris, increada.

Gudrun estaba junto al muro de piedra, contemplando.

-Cómo le envidio -dijo en tonos bajos, de deseo.

-¡Ugh! -se estremeció Ursula-. ¡Tanto frío!

-Sí, pero ¡qué bueno, que excelente nadar allí!

Las hermanas quedaron contemplando cómo progresaba el nadador en el espacio

gris, húmedo y lleno del
agua, pulsando con su propio movimiento pequeño, invasor, abovedado por la bruma y bosques oscuros.

-¿No te gustaría ser él? -preguntó Gudrun, mirando a Ursula.

-Sí -respondió-. Pero no estoy tan segura..., está tan húmedo.

-No -dijo Gudrun de mala manera.

Se quedó contemplando el movimiento sobre el seno del agua, como fascinada. El, tras nadar cierta distancia, se había dado la vuelta y nadaba de espaldas, mirando desde el agua a las dos muchachas junto al muro. Envuelto en el débil salpicar del movimiento podían ver su rostro sonrosado y notar que él las contemplaba.

-Es Gerald Crich -dijo Ursula.

-Lo sé -repuso Gudrun.

Y quedó inmóvil, contemplando el agua que le salpicaba el rostro mientras andaba rítmicamente. El las vio desde su elemento separado y quedó exultante por su propia ventaja, su posesión de un mundo para sí. Era inmune y perfecto. Le encantaba su propio empuje vigoroso y el violento impulso del agua muy fría contra sus miembros haciéndole flotar. Podía ver a las muchachas observándole desde fuera, lejos, y eso le complacía. Levantó su brazo desde el agua en un signo hacia ellas.

-Está saludando -dijo Ursula.

-Sí -replicó Gudrun.

Le contemplaron. El saludó de nuevo con un extraño movimiento de reconocimiento a través de la diferencia.

-Como un nibelungo -rió Ursula.

Gudrun no dijo nada, se quedó sencillamente inmóvil mirando el agua.

Gerald torció de repente y comenzó a alejarse nadando deprisa, con una brazada lateral. Estaba solo ahora, solo e inmune en mitad de las aguas que le pertenecían sólo a él. Se sintió feliz con su aislamiento en el nuevo elemento, no inducido y no condicionado. Era feliz empujando con las piernas y todo su cuerpo, sin atadura o conexión en parte alguna, simplemente él mismo en el mundo acuático.

Gudrun le envidiaba casi dolorosamente. Incluso esa posesión momentánea del puro aislamiento y la fluidez le parecía tan terriblemente deseable que se sentía como maldita allí, sobre el camino.

-¡Dios, lo que es ser un hombre! -exclamó.

-¿Qué? -exclamó Ursula sorprendida.

-¡La libertad, la autonomía, la movilidad! -exclamó Gudrun, extrañamente sonrojada y resplandeciente-. Eres un hombre, quieres hacer algo y lo haces. No tienes los mil obstáculos que una mujer se encuentra.

Ursula se preguntó qué habría en la mente de Gudrun para ocasionar ese estallido. No podía entender.

-¿Qué quieres hacer? -le preguntó.

-Nada -exclamó Gudrun con sequedad-. Pero supongamos que quisiera. Supongamos que deseara nadar en ese agua. Es imposible, es una de las imposibilidades de la vida, que yo me quite la ropa y salte. Pero ¿no es eso ridículo, no nos impide sencillamente vivir?

Estaba tan caliente, tan arrebatada, tan furiosa, que Ursula quedó aturdida.

Las dos hermanas continuaron ascendiendo por la carretera. Estaban pasando

entre los árboles justamente por debajo de Shortlands. Miraron hacia la casa larga y baja, oscura y glamorosa en la mañana húmeda, con sus cedros inclinándose ante las ventanas. Gudrun parecía estar estudiándola minuciosamente.

-¿No te parece atractiva, Ursula? -preguntó Gudrun.

-Mucho -dijo Ursula-. Muy pacífica y encantadora.

-Tiene estilo también..., tiene un período. -¿Qué período?

-Oh, seguro que siglo dieciocho; Dorothy Wordsworth y Jane Austen, ¿no crees?

Ursula rió.

-¿No crees? -repitió Gudrun.

-Quizá. Pero no me parece que los Crich casen con el período. Sé que Gerald está instalando una planta eléctrica privada para iluminar la casa y que está haciendo todo tipo de mejoras modernas.

Gudrun se encogió de hombros rápidamente.

-Naturalmente -dijo-, es bastante inevitable.

-Bastante -rió Ursula-. El concentra varias generaciones de juventud. Le odian por ello. Les lleva a todos por la nuca y luego los va dejando por ahí a su antojo. Tendrá que morir pronto, cuando haya hecho posible todas las mejoras y nada más pueda perfeccionarse. En cualquier caso, tiene luz verde.

-Desde luego, tiene luz verde -dijo Gudrun-. De hecho, nunca he visto a un hombre que mostrase signos de tener tanta. La desgracia es que ¿adónde va con esa luz verde? ¿Qué acaba sucediendo?

-Oh, lo sé -dijo Ursula-. ¡Se emplea poniendo las últimas instalaciones!

-Exactamente -dijo Gudrun.

-¿Sabes que mató de un tiro a su hermano? -dijo Ursula.

-¿Mató a su hermano? -exclamó Gudrun, frunciendo el ceño como en desaprobación.

-¿No lo sabías? ¡Oh, sí! Pensé que lo sabías. El y su hermano estaban jugando con un arma. El le dijo a su hermano que mirase por el cañón, y como estaba cargada le voló la tapa de los sesos. ¿Verdad que es una historia horrible?

-¡Qué espanto! -exclamó Gudrun-. ¿Sucedió hace mucho tiempo?

-¡Oh, sí!, eran muchachos -dijo Ursula-. Creo que es una de las historias más horribles que conozco.

-Y, naturalmente, él no sabía que el arma estaba cargada, ¿verdad?

-Sí. Era un trasto viejo que había estado durante años en el establo. Nadie soñaba siquiera que pudiese disparar y, por supuesto, nadie imaginaba que estuviese cargado. Pero es desde luego espantoso que llegara a suceder.

-¡Qué horrible! -exclamó Gudrun-. Y es horrible pensar que una cosa semejante le suceda a uno siendo niño, y tener que cargar con la responsabilidad durante toda la vida. Imagínate, dos muchachos que juegan juntos y entonces les cae eso del aire, sin razón alguna. ¡Asusta mucho, Ursula! Oh, es una de las cosas que no puedo soportar. El crimen es pensable porque existe tras él una voluntad. Pero que una cosa semejante le sucede a una...

-Quizá había una voluntad inconsciente tras ello -dijo Ursula-. Estos juegos de matar contienen algún deseo primitivo de hacerlo, ¿no crees?

-¡Deseos! -dijo Gudrun fríamente, envarándose un poco-. No puedo imaginar que estuvieran siquiera jugando a la guerra. Supongo que un muchacho le dijo al otro: «Mira

por el cañón mientras yo le doy al gatillo y veremos lo que pasa.» Me parece la forma más pura del accidente.

-No -dijo Ursula-. Yo sería incapaz de darle al gatillo, aunque se tratase del arma más vacía del mundo, y mucho menos si alguien estaba mirando por el cañón. Instintivamente no lo hace uno, no puede.

Gudrun quedó silenciosa algunos momentos, en agudo desacuerdo.

-Naturalmente -dijo con frialdad-. Si una es mujer, y crecida, se lo impide el instinto. Pero no puedo ver cómo se aplica eso a una pareja de muchachos que juegan juntos.

Su voz era fría y enfadada.

-Sí -persistió Ursula.

En ese momento oyeron la voz de una mujer a unos pocos metros de ellas diciendo sonoramente:

-¡Oh, maldita sea!

Se movieron hacia adelante y vieron a Laura Crich y a Hermione Roddice en el campo, al otro lado del seto, y a la primera luchando con el portón para salir.

Ursula se apresuró al instante y ayudó a levantar el portón.

-Muchas gracias -dijo Laura, con aspecto de amazona y sonrojada, aunque más bien confusa-. No están bien metidos los goznes.

-No -dijo Ursula-. Y pesa tanto.

-Es sorprendente -exclamó Laura.

-¿Qué tal están? -cantó Hermione desde la parte exterior tan pronto como pudo oír su voz-. Se está agradable ahora. ¿Van ustedes de paseo? Sí. ¿No es hermoso el verde joven? Tan hermoso..., casi ardiente. Buenos días..., buenos días... ¿Vendrán a verme? Muchas gracias... La semana próxima..., sí..., adiós, a-d-i-ó-s.

Gudrun y Ursula la contemplaron mientras saludaba lentamente con la cabeza y la mano, sonriendo una extraña y afectada sonrisa, componiendo una figura alta, rara, asustadora, mientras se le metía en los ojos su pesado pelo rubio. Se marcharon entonces, como si hubiesen sido echadas al modo de los inferiores. Las cuatro mujeres se separaron.

Tan pronto como hubieron caminado lo bastante, Ursula dijo con las mejillas ardiendo:

-Pienso que ella es impúdica.

-¿Quién? ¿Hermione Roddice? -preguntó Gudrun-. ¿Por qué?

-Por el modo como trata a la gente... ¡Impudicia!

-¿Qué cosa tan impúdica observaste, Ursula? -preguntó Gudrun de modo más bien frío.

-Toda su actitud. Oh, es imposible el modo en que intenta intimidarla a una. Pura intimidación. Es una mujer impúdica. «Vendrán a verme...» Como si debiéramos estar rendidas por el privilegio.

-No puedo entender, Ursula, qué te saca tanto de quicio -dijo Gudrun algo exasperada-. Una sabe que esas mujeres son impúdicas..., esas mujeres libres que se han emancipado de la aristocracia.

-Pero es tan innecesario..., tan vulgar -exclamó Ursula.

-No, no lo veo. Y aunque así fuese..., pour moi elle n'existe pas. No le otorgo el poder de ser impúdica conmigo.

-¿Crees que le gustas? -preguntó Ursula.

-Pues bien, no, no lo pensaría así.

-Entonces, ¿por qué te pide que vayas a Breadalby y te quedes con ella?

Gudrun levantó sus hombros con un movimiento lento.

-Después de todo, quizá tiene sensibilidad para saber que no pertenecemos al tipo vulgar -dijo Gudrun-. Sea lo que fuere, ella no es una estúpida. Y prefiero alguien a quien deteste que a la mujer vulgar aferrada a su propio grupo. Hermione Roddice se arriesga realmente en algunos aspectos.

Ursula reflexionó sobre esto algún tiempo.

-Lo dudo -repuso-. No arriesga nada en realidad. Supongo que deberíamos admirarla por saber que ella puede invitarnos a nosotras, maestras de escuela, sin arriesgar nada.

-¡Precisamente! -dijo Gudrun-. Piensa en las miríadas de mujeres que no se atreven a hacerlo. Ella utiliza al máximo sus privilegios..., ya es algo. Realmente, supongo que nosotras haríamos lo mismo en su lugar.

-No -dijo Ursula-. No. Me aburriría. No podría perder el tiempo jugando como ella. Es infrahumano.

Las dos hermanas eran como un par de tijeras, cortaban todo lo que se les aproximaba; o como un cuchillo y una piedra de afilar, sacándose una filo contra la otra.

-Naturalmente -exclamó Ursula de repente-; ella debería agradecer su suerte si fuésemos a verla. Tú eres perfectamente hermosa, mil veces más hermosa de lo que ella nunca ha sido o es, y a mi entender mil veces mejor vestida, porque ella nunca parece lozana y natural, como una flor, sino siempre vieja, repensada; y nosotras somos más inteligentes que la mayoría de la gente.

-¡Sin duda! -dijo Gudrun.

-Y debería admitirse sencillamente -dijo. Ursula.

-Desde luego que sí -dijo Gudrun-. Pero descubrirás que la cosa realmente «chic» es ser absolutamente vulgar, tan perfectamente común y similar a la gente de la calle como para ser una obra maestra de humanidad, no realmente la persona de la calle, sino su recreación artística...

-¡Qué horror! -exclamó Ursula.

-Sí, Ursula, es horroroso en la mayoría de los aspectos. No te atreves a ser nada que no esté sorprendentemente á terre, tan á terre que es la recreación artística de la ordinariez.

-Es muy soso recrearse en algo no mejor -rió Ursula.

-¡Muy soso! -repuso Gudrun-. Realmente, Ursula, es soso, ésa es justo la palabra. Una ansía altos vuelos y hacer discursos como Corneille por lo mismo.

Gudrun se estaba animando y excitando con su propia sagacidad.

-Pavonearse -dijo Ursula-. Una desea pavonearse, ser el cisne entre gansos.

-Exactamente -exclamó Gudrun-, un cisne entre gansos.

-Están todos ellos tan ocupados jugando al patito feo -exclamó Ursula con risa burlona-. Y yo no me siento para nada un patito feo humilde y patético. Me siento un cisne entre gansos..., no puedo evitarlo. La hacen a una sentirse así. Y no me importa lo que ellos piensan de mí. Je m'en fiche.

Gudrun miró hacia Ursula con una rara e incierta envidia y desagrado.

-Naturalmente, lo único que se puede hacer es despreciarlos a todos..., justamente

a todos -dijo.

Las hermanas volvieron a su casa para leer, conversar y hablar, y para esperar al lunes y la escuela. Ursula se preguntaba a menudo qué otra cosa esperaba aparte del comienzo y el fin de la semana escolar y el comienzo y el fin de las vacaciones. ¡Esto era toda una vida! A veces tenía períodos de tenso horror, cuando le parecía que su vida pasaría y desaparecería sin haber sido más que esto. Pero nunca lo aceptó realmente. Su espíritu era activo, su vida como un brote que crece regularmente pero que todavía no ha alcanzado la superficie.

5. EN EL TREN

Por entonces, Birkin fue llamado un día a Londres. No estaba fijado en una residencia. Tenía una habitación en Nottingham porque su trabajo estaba principalmente en esa ciudad. Pero estaba a menudo en Londres o en Oxford. Se desplazaba mucho, su vida parecía incierta, sin ningún ritmo definido, ningún significado orgánico.

Vio sobre la plataforma de la estación de ferrocarril a Gerald Crich leyendo un periódico y esperando, evidentemente, el tren. Birkin se quedó a alguna distancia, entre la gente. Era contrario a su instinto abordar a nadie.

De cuando en cuando, de un modo peculiar, Gerald levantaba la cabeza y miraba alrededor. Aunque estaba leyendo con atención el periódico debía mantener un ojo vigilante sobre el medio externo. Parecía haber en él una conciencia dual. Estaba pensando vigorosamente en algo que leía en el periódico, y al mismo tiempo sus ojos corrían sobre las superficies de la vida circundante, sin perderse nada. Birkin, que le estaba observando, quedó irritado por su dualidad. Observó también que Gerald siempre parecía distante de todos, a pesar de su rara actitud afable y social cuando se le estimulaba.

En ese momento, Birkin se estremeció violentamente viendo esa mirada afable brillar desde el rostro de Gerald, que se acercaba extendiendo la mano.

-Hola, Rupert, ¿dónde vas?

-Londres. Tú también, supongo.

-Sí...

Los ojos de Gerald recorrieron el rostro de Birkin con curiosidad.

-Viajaremos juntos, si te parece bien -dijo.

-¿No sueles ir en primera? -preguntó Birkin. -No puedo soportar a la masa -repuso Gerald-.

Pero iremos bien en tercera. Hay un vagón restaurante, podemos tomar algo de té.

Los dos hombres miraron el reloj de la estación sin tener nada más' que decirse.

-¿Qué estabas leyendo en el periódico? -preguntó Birkin.

Gerald le miró rápidamente.

-Es gracioso lo que ponen efectivamente en los periódicos -dijo-. Aquí hay dos líderes... -prosiguió, tendiendo su Daily Telegraph- llenos del habitual fariseísmo periodístico -echando un vistazo a las columnas-, y aquí hay este pequeño, no sé cómo lo

llamarías, casi ensayo, apareciendo junto a los líderes y diciendo que debe brotar un hombre capaz de dar nuevos valores a las cosas, nuevas verdades, una nueva actitud ante la vida, porque en caso contrario seremos una ruina desvaneciente en pocos años, un país quebrado...

-Supongo que eso es un trozo de fariseísmo periodístico igualmente -dijo Birkin.

-Suena como si el hombre lo dijese en serio y bastante sinceramente -dijo Gerald.

-Dámelo -dijo Birkin, tendiendo la mano hacia el periódico.

El tren vino y fueron a una mesa junto a la ventana, en el vagón restaurante. Birkin echó una ojeada a su periódico y luego miró a Gerald, que le estaba esperando.

-Creo que el hombre es sincero -dijo-, si eso es algo.

-¿Y crees que es verdad? ¿Piensas que necesitamos realmente un nuevo evangelio? -preguntó Gerald. Birkin se encogió de hombros.

-Pienso que la gente que dice necesitar una nueva religión es la última en aceptar nada nuevo. Desde luego, quieren novedad. Pero mirar de frente esta vida que nos hemos cargado sobre los hombros y rechazado, aplastar absolutamente los viejos ídolos de nosotros mismos, no lo haremos jamás. Has de desear mucho librarte de lo viejo antes de que cualquier cosa nueva aparezca... incluso en el sí mismo.

Gerald le observaba detenidamente.

-¿Piensas que deberíamos romper con esta vida, sencillamente empezar y dejar volar? -preguntó.

-Esta vida. Sí lo creo. Necesitamos hacerla estallar por completo o arrugarnos dentro de ella como si fuese una segunda piel. Porque no se expandirá más.

Hubo una extraña sonrisita en los ojos de Gerald, una mirada de diversión, tranquila y furiosa.

-¿Y cómo propones empezar? Supongo que hablas de una reforma de todo el orden de la sociedad -preguntó.

Birkin tenía el ceño levemente fruncido y tenso. También él se impacientaba con la conversación.

-No propongo para nada -repuso-. Cuando realmente deseemos buscar algo mejor, aplastaremos lo viejo. Hasta entonces, cualquier especie de propuesta, o el mero hecho de hacerla, no es más que un juego cansado para petulantes.

La sonrisita empezó a desvanecerse de los ojos de Gerald, y mirando con ojos tranquilos dijo a Birkin:

-Así, ¿piensas realmente que las cosas están muy mal?

-Completamente mal.

La sonrisa apareció de nuevo.

-¿En qué sentido?

-En todos los sentidos -dijo Birkin-. Somos tan condenadamente mentirosos. Nuestra única idea es mentirnos a nosotros mismos. Poseemos el ideal de un mundo perfecto, !impio, recto y suficiente. Así que cubrimos la Tierra con inmundicia; la vida es un grumo de trabajo, como insectos correteando en la basura, a fin de que nuestro minero pueda tener un pianoforte en su piso y que tú puedas tener un criado y un automóvil en tu modernizada casa, y que, como nación, podamos enseñar el Ritz o el Empire, Gaby Deslys y los periódicos del domingo. Es muy triste.

A Gerald le tomó un poco de tiempo reajustarse tras esta tirada.

-¿Te gustaría que viviésemos sin casas..., retornar a la naturaleza? -preguntó.

-No me gustaría nada. La gente sólo hace lo que quiere hacer... y lo que es capaz de hacer. Si la gente fuera capaz de alguna otra cosa, habría alguna otra cosa.

Gerald reflexionó nuevamente. No iba a ofenderse con Birkin.

-¿No piensas que el pianoforte del minero, como lo llamas, es un símbolo de algo muy real, un verdadero deseo de algo más elevado en la vida del minero?

-¡Más elevado! -exclamó-. Sí. Sorprendentes alturas de farisea grandeza. Lo hacen mucho más alto a los ojos de sus vecinos mineros. El se ve reflejado en la opinión de la vecindad, como en una niebla de Brocken, varios pies más arriba por la fuerza del pianoforte, y queda satisfecho. Vive por ese espectro de Brocken, su reflejo en la opinión humana. Tú haces lo mismo. Si tienes gran importancia para la humanidad, tienes gran importancia para ti. Por eso trabajas tanto en las minas. Si puedes producir carbón que permita cocinar cinco mil almuerzos cada día, eres cinco mil veces más importante que si sólo cocinases tu propio almuerzo.

-Así lo supongo -rió Gerald.

-¿No puedes ver -dijo Birkin- que ayudar a comer a mi vecino no es más que comer yo mismo? «Yo como, tú comes, él come, nosotros comemos, vosotros coméis, ellos comen», ¿y qué? ¿Por qué debe todo hombre declinar el verbo entero? A mí me basta con la primera persona del singular.

-Debes empezar con cosas materiales -dijo Gerald. Birkin Ignoró esta afirmación.

-Y hemos de vivir por algo, no somos sencillamente ganado que pueda pastar y sentirse satisfecho con eso -dijo Gerald.

-Dime -dijo Birkin-, ¿para qué vives?

El rostro de Gerald quedó sorprendido.

-¿Que para qué vivo? -repitió-. Supongo que vivo para trabajar, para producir algo en la medida que soy un ser de propósitos. A partir de esto, vivo porque estoy vivo.

-¿Y cuál es tu trabajo? Conseguir extraer tantas más toneladas de carbón de la tierra cada día. Y cuando tengamos todo el carbón que necesitamos, y todo el lujoso mobiliario, y los pianofortes, y cuando todos los conejos estén guisados y comidos, y cuando todos estemos calientes y con nuestros estómagos llenos escuchando a la damita tocar el pianoforte, entonces ¿qué? ¿Qué pasará entonces, cuando hayáis hecho un verdadero buen comienzo con vuestras cosas materiales?

Gerald se sentaba riendo ante las palabras y el humor burlón del otro hombre. Pero estaba pensando tara bién.

-No hemos llegado allí todavía -repuso-. Mucha gente está esperando todavía el conejo y el fuego donde guisarlo.

-¿Así que, mientras consigues el carbón, deberé cazar el conejo? -dijo Birkin, mofándose.

-Algo así -dijo Gerald.

Birkin le contempló estrechamente. Vio la callosidad perfectamente bienhumorada, incluso una extraña y resplandeciente malicia en Gerald, brillando a través de la plausible ética productivista.

-Gerald, más bien te odio.

-Ya lo sé -dijo Gerald-. ¿Por qué?

Birkin se quedó absorto inescrutablemente durante algunos minutos.

-Me gustaría saber si eres consciente de odiarme -acabó diciendo-. ¿Me has

detestado alguna vez conscientemente? ¿Me has odiado con odio místico? Hay momentos en que te odio estelarmente.

Gerald quedó más bien apocado, incluso un poco desconcertado. No sabía del todo qué decir.

-Naturalmente, puedo odiarte a veces -dijo-. Pero no soy consciente de ello..., quiero decir nunca agudamente consciente.

-Tanto peor -dijo Birkin.

Gerald le miró con ojos curiosos. No lograba entenderle del todo.

Hubo entre los dos hombres silencio durante algún tiempo, mientras el tren avanzaba. En el rostro de Birkin había una pequeña tensión irritable, un nudo agudo del entrecejo, penetrante y difícil. Gerald le contemplaba cautelosa, cuidadosamente, más bien calculadoramente, porque no podía decidir a dónde iba.

De repente, los ojos de Birkin miraron derechos e irresistibles a los del otro hombre.

-¿Cuál es la meta y el objetivo de la vida según tú, Gerald? -preguntó.

Gerald se apocó de nuevo. No podía imaginarse las intenciones de su amigo. ¿Estaría tomándole el pelo? ¿O no?

-En este momento no me 'sería fácil improvisar una respuesta -repuso con humor levemente irónico.

-¿Piensas que vivir es toda la realidad y la finalidad de la vida? -preguntó Birkin con una seriedad directa y atenta.

-¿De mi propia vida? -dijo Gerald.

-Sí.

Hubo una pausa de verdadero desconcierto.

-No lo sé -dijo Gerald-. No lo ha sido hasta ahora.

-¿Qué ha sido tu vida hasta ahora?

-Oh..., descubrir cosas por mí mismo... y conseguir experiencias... y hacer que las cosas marchen.

Birkin frunció el ceño como acero finamente moldeado.

-Encuentro -dijo- que uno necesita una actividad realmente singular... llamaría el amor una actividad singular pura. Pero realmente no amo a nadie..., no ahora.

-¿Has amado realmente a alguien alguna vez? -preguntó Gerald.

-Sí y no -repuso Birkin.

-¿No finalmente? -dijo Gerald.

-Finalmente..., finalmente, no -dijo Birkin. -Ni yo -dijo Gerald.

-¿Y quieres? -dijo Birkin.

Gerald miró los ojos del otro con una mirada larga, chispeante, casi burlona.

-No sé -dijo.

-Yo sí... Quiero amar -dijo Birkin.

-¿De verdad?

-Sí. Quiero la finalidad del amor.

-La finalidad del amor -repitió Gerald. Y esperó un momento.

-¿Sólo una mujer? -añadió.

La luz de la tarde que inundaba de amarillo los campos encendió el rostro de Birkin con una resolución tensa, abstracta. Gerald seguía sin comprender.

-Sí, una mujer -dijo Birkin.

Pero a Gerald le sonó insistente más que confiado.

-No creo que una mujer y sólo una mujer llegue a ser alguna vez mi vida -dijo Gerald.

-¿No su centro y su núcleo..., el amor entre tú y una mujer? -preguntó Birkin.

Los ojos de Gerald se estrecharon con una sonrisa rara y peligrosa mientras contemplaba al otro hombre.

-Nunca me siento del todo así -dijo.

-¿No? ¿Dónde está entonces el centro de la vida para ti?

-No sé..., eso es lo que quiero que alguien me cuente. Por lo que puedo entender, no centra para nada. Es algo artificialmente «unido» por el mecanismo social.

Birkin reflexionó como si quisiera romper algo.

-Ya sé -dijo- que no centra. Los viejos ideales están más muertos que los clavos..., no hay nada allí. Me parece que sólo queda esa unión perfecta con una mujer, una especie de último matrimonio, y que no hay nada más.

-¿Y quieres decir que si no hay la mujer no hay nada? -dijo Gerald.

-Más bien eso..., viendo que no existe Dios.

-Entonces estamos forzados a ello -dijo Gerald.

Y se volvió para mirar por la ventana el paisaje dorado que iba desapareciendo.

Birkin no podía dejar de percibir lo hermoso y militar que era su rostro, con cierto coraje para ser indiferente.

-¿Piensas que tenemos pocas probabilidades? –dijo Birkin.

-Si hemos de construir nuestra vida a partir de una mujer, una mujer y sólo una mujer, sí lo creo –dijo Gerald-. No creo que construya jamás mi vida así, a ese precio.

Birkin le miró casi enfadado.

-Eres un descreído nato -dijo.

-Sólo siento lo que siento -dijo Gerald. Y miró de nuevo a Birkin casi burlonamente, con sus ojos azules, viriles e intensamente iluminados. Los ojos de Birkin estaban llenos de rabia en ese momento, pero pronto se tornaron preocupados, dubitativos, y luego llenos de risa y de un afecto cálido, rico.

-Me preocupa mucho, Gerald -dijo frunciendo el ceño.

-Ya lo veo -dijo Gerald descubriendo los dientes en una risa varonil, rápida, militar.

Gerald era atraído inconscientemente por el otro hombre. Deseaba estar cerca de él, deseaba estar dentro de su esfera de influencia. En Birkin había algo muy afín a él. Sin embargo, más allá de esto no se daba mucha cuenta. Gerald se sentía en posesión de verdades más sólidas y duraderas que ninguna de las conocidas por el otro hombre. Se sentía mayor, más conocedor. Lo que amaba en su amigo era el calor y la vitalidad rápidamente cambiantes, la expresión brillantemente cálida. Lo que disfrutaba era el rico juego de palabras y el rápido intercambio de sentimientos. Nunca consideró el contenido real de las palabras: no necesitaba que le ayudasen a pensar.

Birkin sabía esto. Sabía que Gerald quería apreciarle sin tomarle en serio. Y esto era la causa de su dureza y frialdad. Mientras el tren avanzaba él estaba sentado mirando los campos y Gerald desapareció, se convirtió en nada para él.

Birkin miró el paisaje a última hora de la tarde e iba pensando: «Bueno, si la humanidad es destruida, si nuestra raza es destruida como Sodoma y hay esta hermosa tarde, con la tierra y los árboles luminosos, estoy satisfecho. Lo que informa todo está allí

y jamás puede perderse. Después de todo, ¿qué es la humanidad sino simplemente una expresión de lo incomprensible? Y si la humanidad desaparece, eso sólo significará que esta específica expresión se ha completado y concluido. Lo que es expresado y lo que ha de ser expresado no pueden disminuirse. Allí está, en la tarde brillante. Que la humanidad desaparezca..., ya es hora.

Las explosiones creativas no cesarán, sencillamente estarán allí. La humanidad no encarna ya la expresión de lo incomprensible. La humanidad es una carta sin destinatario. Habrá una nueva encarnación de un nuevo modo. Dejemos que la humanidad desaparezca lo antes posible.»

Gerald le interrumpió preguntando:

-¿Dónde vas a quedarte en Londres?

Birkin levantó los ojos.

-Con un amigo, en Soho. Pago parte de la renta de la casa y paro allí cuando me apetece.

-Buena idea la de tener un lugar más o menos tuyo -dijo Gerald.

-Sí. Pero no me preocupa mucho. Me cansa la gente que me veré obligado a encontrar allí.

-¿Qué tipo de gente?

-Arte..., música..., bohemia londinense la bohemia más mezquina y calculadora que jamás existió. Pero hay unas pocas personas decentes, en algunos aspectos. Son realmente individuos que rechazan concienzudamente el mundo..., quizás viven sólo en el gesto de rechazo y negación..., pero al menos se atienen negativamente a algo.

-¿Qué son? ¿Pintores, músicos?

-Pintores, músicos, escritores, modelos, gente joven avanzada, cualquiera abiertamente contrario a las convenciones y que no pertenezca específicamente a ninguna parte. Suelen ser tipos jóvenes provenientes de la Universidad y chicas que están viviendo sus propias vidas, como ellas dicen.

-¿Todos libres? -dijo Gerald.

Birkin vio que había despertado su curiosidad.

-En un sentido. Muy atados en otro. Todos sobre la misma nota de escándalo.

Miró a Gerald y vio que sus ojos azules se encendían con una llamita de deseo curioso. Vio también qué apuesto era. Gerald era atractivo, su sangre parecía fluida y eléctrica. Sus ojos azules ardían con una luz intensa aunque fría; había cierta belleza, una hermosa pasividad en todo su cuerpo, en su molde.

-Podríamos vernos algo..., estaré en Londres dos o tres días -dijo Gerald.

-Sí -dijo Birkin-, no quiero ir al teatro, ni al music-hall...; mejor sería que vinieses y vieses qué tal te va con Halliday y su gentío.

-Gracias..., me gustaría -rió Gerald-. ¿Qué vas a hacer esta noche?

-Prometí encontrarme con Halliday en el Pompadour. Es un mal sitio, pero no hay otro. -¿Dónde está? -preguntó Gerald.

-Piccadilly Circus.

-Oh, sí..., bueno, ¿debo aparecer por allí?

-Desde luego, podría divertirte.

Estaba cayendo la tarde. Habían cruzado Bedford. Birkin contempló el paisaje y quedó lleno de una especie de desesperación. Siempre sentía eso cuando se aproximaba a Londres. Su desagrado ante la humanidad, la masa de humanidad, equivalía casi a una

enfermedad.

«Donde e! tranquilo fin coloreado de la tarde ríe millas y millas... »

iba murmurándole como un condenado a muerte. Gerald, que estaba muy sutilmente alerta, despiertos todos sus sentidos, se inclinó hacia adelante y preguntó sonriendo:

-¿Qué estabas diciendo?

Birkin le miró, sonrió y repitió:

«Donde el tranquilo fin coloreado de la tarde sonríe millas y millas, sobre pastos donde el algo gregario yace medio dormido...»

También Gerald miró el paisaje. Y Birkin, que por alguna razón se encontraba ahora cansado y desanimado, le dijo:

-Siempre me siento condenado cuando el tren está entrando en Londres. Me noto tan desesperado y afligido como si fuese el fin del mundo.

-¡Vaya! -dijo Gerald-. ¿Y te asusta el fin del mundo?

Birkin se sacudió lentamente de hombros.

-No sé -dijo-. Así es cuando cuelga inminente y no acaba de caer. Pero la gente me da un mal sentimiento..., muy malo.

Hubo una forzada sonrisa en los ojos de Gerald.

-¿Es así? -dijo. Y contempló al otro hombre críticamente.

A los pocos minutos el tren estaba atravesando a la carrera la desgracia del desparramado Londres. Todos los del vagón estaban alerta, esperando escapar. Al fin estuvieron bajo el inmenso arco de la estación, en la tremenda sombra de la ciudad. Birkin se acorazó..., estaba dentro ahora.

Los dos hombres fueron juntos en un taxi.

-¿No te sientes uno de los condenados? -preguntó Birkin mientras se sentaban en una pequeña cápsula que corría velozmente, contemplando la repulsiva gran calle.

-No -rió Gerald.

-Es verdadera muerte -dijo Birkin.

6. "CREME DE MENTHE"

Volvieron a encontrarse en el café varias horas después. Gerald penetró por la puerta giratoria al cuarto grande y de techo muy alto, donde los rostros y las cabezas de los bebedores aparecían vagamente a través de la niebla de humo, se reflejaban más vagamente aún y repetían ad infinitum en los grandes espejos de los muros, con lo cual uno parecía penetrar en un mundo difuso y vago de bebedores nebulosos murmurando dentro de una atmósfera de humo azulado de tabaco. Sin embargo, la felpa roja de los asientos proporcionaba sustancia dentro de la burbuja de placer.

Gerald se movió con su paso lento, observador, reluciente-atento entre las mesas y

las gentes, cuyos sombreados rostros se levantaban a su paso. Parecía estar entrando en algún extraño elemento, pasando a una nueva región iluminada entre un gentío de almas licenciosas. Se sentía complacido y entretenido. Miró sobre todos los rostros vagos, evanescentes, extrañamente iluminados que se inclinaban sobre las mesas. Entonces vio a Birkin levantarse y hacerle señas.

En la mesa de Birkin hacía una muchacha de pelo rubio y corto peinado siguiendo la moda artista, colgando derecho y curvándose levemente para dentro hacia sus orejas. Era pequeña y estaba delicadamente hecha, con ojos azules grandes, inocentes, y la piel clara. Había una delicadeza casi floral en toda ella y, al mismo tiempo, cierta atractiva grosería de espíritu que encendió
instantáneamente una pequeña chispa en los ojos de Gerald.

Birkin, que parecía enmudecido, irreal, sin presencia, la presentó como señorita Darrington. Ella le dio la mano con un movimiento brusco, indeseado, mirando todo el tiempo a Gerald de modo oscuro, expuesto. Una incandescencia vino sobre él cuando se sentó.

Apareció el camarero. Gerald miró los vasos de los otros dos. Birkin estaba bebiendo algo verde. La señorita Darrington tenía una pequeña copa de licor prácti-camente vacía.

-¿No querrá usted más...?

-Brandy -dijo ella bebiéndose la última gota y des jando el vaso.

El camarero desapareció.

-No -dijo ella a Birkin-. El no sabe que he vuelto. Quedará aterrorizado cuando me vea aquí.

Ella pronunciaba sus erres como uves dobles, ceceando, con una pronunciación levemente infantil que era al mismo tiempo afectada y sincera para con su carácter. Su voz era monótona y sin timbres.

-¿Dónde está él entonces? -preguntó Birkin.

-Está haciendo un show privado en casa de lady Snellgrove -dijo la muchacha-. Warens está allí también.

Hubo una pausa.

-Bueno, entonces -dijo Birkin de un modo desapasionadamente protector-, ¿qué piensas hacer?

La muchacha se detuvo hoscamente. Odiaba la pregunta.

-No pretendo hacer nada -repuso-. Buscaré algún alojamiento mañana.

-¿A quién acudirás? -preguntó Birkin.

-Iré primero donde Bentley. Pero creo que estará enfadado conmigo por escaparme.

-¿Eso proviene de la Madonna?

-Sí. Y si entonces él no me quiere, sé que puedo obtener trabajo con Carmarthen.

-¿Carmarthen?

-Frederick Carmarthen... hace fotografías.

-Chiffon y hombros...

-Sí. Pero es terriblemente decente.

Hubo una pausa.

-¿Y qué vas a hacer con Julius? -preguntó él.

-Nada -dijo ella-. Simplemente lo ignoraré.

-¿Has terminado del todo con él?

Pero ella se volvió, apartó hoscamente el rostro y no respondió a la pregunta.

Otro joven llegó con prisa hasta la mesa.

-¡Hola, Birkin! Hola, Minette, ¿cuándo volviste? -dijo ávidamente.

-Hoy.

-¿Lo sabe, Halliday?

-No lo sé. Tampoco me importa.

-¡Ja! ¡Ja!, ¿verdad que hay viento todavía en ese rincón? ¿Os molesta si vengo a esta mesa?

-Estoy hablando con Wupert, ¿te importa? -contestó ella tranquila pero apelante, como un niño.

-Confesión abierta..., bueno para el alma, ¿eh? -dijo el joven-. Bien, hasta luego.

Y el joven se alejó tras lanzar una aguda mirada a Birkin y a Gerald, con un movimiento de los faldones de su abrigo.

Gerald había sido completamente ignorado todo este tiempo. Y, no obstante, sentía que la chica era físicamente consciente de su proximidad. Esperó, escuchó e intentó organizar los fragmentos de conversación.

-¿Te quedas en la casa? -preguntó la chica a Birkin.

-Durante tres días -repuso Birkin-. ¿Y tú?

-No lo sé todavía. Siempre puedo ir a casa de Bertha.

Hubo un silencio.

De repente, la chica se volvió hacia Gerald y dijo en una voz más bien formal, educada, con los modales distantes de una mujer que acepta su posición socialmente inferior pero supone camaraderie íntima con el varón a quien se dirige:

-¿Conoces Londres bien?

-Es difícil de decir -rió él-. He estado muchas veces, pero nunca aquí antes.

-¿No eres entonces un artista? -dijo ella en un tono que le situaba como un desplazado.

-No -repuso él.

-Es un militar y un explorador, y un Napoleón de la industria -dijo Birkin, dando a Gerald sus credenciales para la bohemia.

-¿Eres militar? -preguntó la muchacha con una curiosidad fría aunque animada.

-No, renuncié a mi puesto -dijo Gerald- hace algunos años.

-Estuvo en la última guerra -dijo Birkin.

-¿Estuviste de verdad?

-Y luego exploró el Amazonas -dijo Birkin-, y ahora está reinando sobre minas de carbón.

La muchacha miró a Gerald con curiosidad sostenida y tranquila. El rió al oírse descrito. También se sentía orgulloso, lleno de vigor varonil. Sus ojos azules, agudos, estaban encendidos de risa; su rostro rubicundo con el duro pelo rubio estaba lleno de satisfacción y brillante de vida. El la intrigaba.

-¿Cuánto vas a quedarte? -le preguntó.

-Un día o dos -repuso él-. Pero no hay prisa especial.

Ella seguía contemplándole con esa mirada lenta y plena que resultaba tan curiosa y excitante para él. Gerald era aguda y deliciosamente consciente de sí, de su propio atractivo. Se sentía lleno de fuerza, capaz de emanar una especie de poder eléctrico. Y era

consciente de los ojos azules y descarados de ella sobre él. Minette tenía ojos hermosos, como flores, plenamente abiertos, desnudados cuando le miraba. Y sobre ellos parecía flotar una iridiscencia curiosa, una especie de película de desintegración y hosquedad, como aceite sobre agua. Ella no llevaba sombrero en el caldeado café y llevaba una blusa suelta y simple cogida por una cinta alrededor del cuello. Pero estaba hecho de suntuoso crépe-de-chine amarillo, que colgaba pesada y suavemente desde su joven garganta y sus esbeltas muñecas. Su aspecto era sencillo y completo, realmente hermoso por su regularidad y formas; el pelo amarillo y brillante cayendo curvo y uniforme a cada lado de su cabeza; sus rasgos, correctos, pequeños, suavizados, provocantes en la leve plenitud de sus curvas; su cuello, esbelto, y la blusa, simple y de color intenso que colgaba de sus esbeltos hombros. Era de modales muy tranquilos, casi nula, apartada y observadora.

Le gustaba mucho a Gerald. El sintió un poder terrible, gozoso, sobre ella; un amor instintivo muy próximo a la crueldad. Porque Minette era una víctima. Sintió que ella estaba en su poder, y él era generoso. La electricidad era turgente y voluptuosamente rica en los miembros de Gerald. Hubiera sido capaz de destruirla completamente con la fuerza de su descarga. Pero ella estaba esperando en su separación, entregada.

Hablaron de banalidades durante algún tiempo. De repente, Birkin dijo:

-¡Allí está Julius! -y medio se levantó, haciendo señas al recién llegado.

La muchacha, con un movimiento de curiosidad casi maligna, miró por encima del hombro sin mover el cuerpo. Gerald miró el pelo corto y rubio ondear sobre sus orejas. Notó que observaba intensamente al hombre que se estaba aproximando, por lo cual miró él también. Vio a un joven moreno, esbelto, de pelo negro más bien largo y sólido colgando desde un sombrero negro, moviéndose incómodamente por la habitación, encendido el rostro con una sonrisa a la vez ingenua, cálida e insípida. Se aproximó hacia Birkin con las prisas de la bienvenida.

No percibió a la chica hasta estar bastante cerca. Retrocedió, se puso verde y dijo con voz chillona:

-¿Qué estás tú haciendo aquí, Minette?

Los parroquianos del café levantaron los ojos cuando escucharon su grito. Halliday estaba allí inmóvil, con una sonrisa casi imbécil brillando pálidamente sobre el rostro. La muchacha se limitó a mirarle con frialdad de hielo donde ardía un insondable infierno de conocimiento y cierta impotencia. Ella estaba limitada por él.

-¿Por qué volviste? -repitió Halliday en la misma voz alta, histérica-. Te dije que no volvieras.

La muchacha no respondió, sólo le miró de frente, de la misma manera gélida, fría, grave, mientras él permanecía apoyado -momo buscando seguridad- sobre la mesa contigua.

-Sabes que querías que ella volviese..., ven y siéntate -le dijo Birkin.

-No, no quería que ella volviese, y le dije que no lo hiciera. ¿Para qué has venido, Minette?

-Para nada que venga de ti -dijo con una voz densa de resentimiento.

-¿Para qué has venido entonces? -gritó Halliday, elevando la voz hasta una especie de chillido.

-Ella viene porque quiere -dijo Birkin-. ¿Vas a sentarte o no?

-No, no me sentaré con Minette -exclamó Halliday.

-No te haré daño; no necesitas temer -dijo ella muy secamente, pero con una

especie de sentimiento protector en su voz.

Halliday vino y se sentó en la mesa, poniéndose la mano sobre el corazón y gimoteando:

-¡Oh, cómo me ha cambiado el humor! Minette, desearía que no hicieses estas cosas. ¿Por qué volviste?

-No, por nada que dependa de ti -repitió ella.

-Ya me lo has dicho -exclamó él con voz aguda.

Ella se desentendió completamente de él y se puso a hablar con Gerald Crich, cuyos ojos brillaban al sentirse sutilmente divertido.

-¿Tuviste alguna vez mucho miedo de los salvajes? -preguntó con su voz tranquila, monótona, infantil.

-No..., nunca tuve mucho miedo. En conjunto son inofensivos...; no han nacido todavía, es imposible tenerles realmente miedo. Sabes que puedes controlarles.

-¿De verdad? ¿No son muy feroces?

-No mucho. No hay muchas cosas feroces, por otra parte. No hay muchas cosas, personas o animales que sean realmente peligrosas.

-Excepto en manadas -interrumpió Birkin.

-¿De verdad que no? -dijo ella-. Oh, pensé que los salvajes eran todos muy peligrosos, que te quitarían la vida al menor descuido.

-¿Sí? -rió él-. Los salvajes están valorados demasiado alto. En realidad son demasiado parecidos a la otra gente, nada excitantes tras el primer contacto.

-Oh, ¿entonces no es necesario un valor maravilloso para ser explorador?

-No. Es más un asunto de penalidades que de terrores.

-¡Oh! ¿Y nunca tuviste miedo?

-¿En mi vida? No sé. Sí, tengo miedo de algunas
cosas..., de ser encerrado, de quedar cogido en cualquier parte... o de ser atado. Tengo miedo de que me esposen de pies y manos.

Ella le miraba continuamente con esos ojos ingenuos que descansaban sobre Gerald y le atraían tan profundamente como para dejar bastante tranquilo su yo superior. Era bastante delicioso sentirla extrayendo de él sus autorrevelaciones como si fuera del tuétano más interior y oscuro de su cuerpo. Ella quería saber. Y sus ojos parecían atravesarle hasta su organismo desnudo. El sintió que ella se veía impulsada hacia él, que estaba destinada a entrar en contacto con él, que necesitaba verle y conocerle. Y eso despertó un curioso júbilo. También sintió que ella debería abandonarse en sus manos y estarle sometida. Ella era tan profana, tan servil, cuando le contemplaba absorta. No es que estuviera interesada en lo que él decía; estaba absorbida por su autorrevelación, por él, quería su secreto, la experiencia de su ser masculino.

Pero el rostro de Gerald estaba iluminado por una sonrisa misteriosa, llena de luz y animación, aunque inconsciente. Se sentaba con los brazos sobre la mesa, empujando hacia ella sus manos tostadas por el sol, más bien siniestras, que eran animales pero con mucha forma y atractivo. Y la fascinaban. Y ella lo sabía, contemplaba su propia fascinación.

Habían llegado a la mesa otros hombres para hablar con Birkin y Halliday. Gerald dijo en voz baja, aparte, a Minette:

-¿De dónde has venido?

-Del campo -repuso Minette en voz muy baja pero llena de resonancia.

Su rostro se cerró con dureza. Miraba continuamente hacia Halliday, y luego sus ojos fueron invadidos por un fulgor. El joven sólido y apuesto la ignoraba completamente; tenía realmente miedo de ella. Durante algunos momentos ella no fue consciente de Gerald. No la tenía conquistada todavía.

-¿Y qué tiene que ver con ello Halliday? -preguntó él con la voz todavía alterada.

Ella no respondió durante algunos segundos. Luego, con desgana, dijo:

-Hizo que me fuese a vivir con él, y ahora quiere echarme. Y, sin embargo, no me deja ir a casa de nadie más. Quiere que viva escondida en el campo. Y luego dice que le persigo, que no puede librarse de mí.

-No conoce su propia mente -dijo Gerald.

-No tiene mente alguna, así que no puede conocerla -dijo ella-. Espera siempre que alguien le diga lo que debe hacer. Nunca hace algo que quiere hacer por sí mismo... porque no sabe lo que quiere. Es un perfecto bebé.

Gerald miró a Halliday durante algunos momentos, contemplando el rostro suave y más bien degenerado del joven. Su misma suavidad era un atractivo; era naturaleza suave y cálida donde uno podría bucear con recompensa.

-Pero él no puede retenerte, ¿verdad? -preguntó Gerald.

-Mira, hizo que me fuese a vivir con él cuando yo no quería -repuso ella-. Vino y me lloró con lágrimas en los ojos, nunca habrás visto tantas, diciendo que no podía soportarlo si no volvía con él. Y no quería irse, se habría quedado para siempre. Hizo que volviese. Y entonces se comporta cada vez de esta manera. Y ahora que voy a tener un hijo quiere darme cien libras y mandarme al campo, para no volver a verme ni a oír hablar de mí jamás. Pero yo no voy a hacerlo, después...

Una extraña mirada invadió el rostro de Gerald.

-¿Vas a tener un hijo? -preguntó incrédulamente. Parecía imposible; era tan joven y estaba espiritualmente tan lejos de cualquier maternidad.

Ella le miró de lleno a la cara, y sus ojos azules, inacabados, tenían ahora un gesto furtivo y la mirada de un conocimiento indomable de la maldad y la oscuridad. Una llama corrió secretamente hacia el corazón de él.

-Sí -dijo ella-. ¿Verdad que es una animalada?

-¿No lo quieres? -preguntó él.

-No -repuso ella con énfasis.

-Pero... -dijo- ¿cuánto hace que lo sabes?

-Diez semanas -dijo ella.

Mantenía todo el tiempo los ojos puestos de lleno sobre él. El quedó silencioso, pensando. Luego, desco-
nectando y poniéndose frío, preguntó con una voz llena de amable consideración:

-¿Hay algo aquí que podamos comer? ¿Hay algo que te gustaría?

-Sí -dijo ella-, me encantarían unas ostras.

-Muy bien -dijo él-. Tomaremos ostras -y llamó al camarero.

Halliday no se dio cuenta hasta que el pequeño plato fue colocado delante de ella. Entonces exclamó súbitamente:

-Minette, no puedes comer ostras bebiendo coñac.

-¿Qué tiene eso que ver contigo? -preguntó ella.

-Nada, nada -exclamó él-. Pero no puedes comer ostras cuando estás bebiendo coñac.

-No estoy bebiendo coñac -repuso ella, rociándole la cara con las últimas gotas de su licor.

El lanzó un extraño chillido. Ella se quedó mirándole, como indiferente.

-Minette, ¿por qué haces eso? -gritó él aterrado.

Gerald tuvo la impresión de que ella le aterrorizaba y que a él le encantaba ese terror. Parecía disfrutar con su propio horror y odio hacia ella, dándole vueltas y extrayendo cada uno de los aromas, verdaderamente aterrado. Gerald le consideró un loco raro, aunque intrigante.

-Pero, Minette -dijo otro hombre con una voz muy pequeña y rápida de Eton-, prometiste no hacerle daño.

-No le he hecho daño -respondió ella.

-¿Qué vas a beber? -preguntó el hombre joven. Era de complexión oscura, piel suave y llena de un sano vigor.

-No me gusta el oporto, Maxim -repuso ella.

-Debes pedir champagne -susurró la aristocrática voz del otro.

Gerald comprendió de repente que era una indirecta.

-¿Tomaremos champagne? -preguntó sonriendo.

-Sí, por favor, ceco -dijo ella ceceando infantilmente.

Gerald la contempló comiendo las ostras. Era delicada y educada en su modo de comer; sus dedos eran bellos y parecían muy sensibles en las yemas, por lo cual separaba su comida con movimientos bellos y pequeños; comía cuidadosa, delicadamente. Le gustaba mucho verla e irritaba a Birkin. Estaban todos bebiendo champagne. Maxim, el ruso joven y peripuesto con el rostro suave, de color pálido, y el pelo negro aceitado era el único que parecía perfectamente tranquilo y sobrio. Birkin parecía blanco y abstracto, artificial. Gerald estaba sonriendo con una luz fría, brillante y divertida en sus ojos, inclinándose algo protectoramente hacia Minette, que era muy bonita y suave, abierta como alguna hermosa flor del norte en pavorosa desnudez de florecimiento, entregada ahora a la vanagloria, arrebatada con el vino y la excitación de los hombres. Halliday parecía atontado. Un vaso de vino bastó para ponerle borracho y risueño. Sin embargo, había siempre una ingenuidad agradable y cálida a su alrededor que le hacía atractivo.

-No le tengo miedo a nada, excepto a los escarabajos negros -dijo Minette, levantando los ojos de repente y mirando de lleno a Gerald con el gesto de ver una película espantosa.

El rió peligrosamente, desde la sangre. Su infantil charla le acariciaba los nervios, y sus ojos ardientes, velados, vueltos ahora plenamente sobre él, olvidando todos sus antecedentes, le proporcionaron una especie de licencia.

-No -protestó ella-, no le tengo miedo a otras cosas. Pero los escarabajos negros... ¡Ug! -se encogió de hombros convulsivamente, como si el mero pensamiento le fuese insoportable.

-¿Quieres decir -dijo Gerald con la puntillosidad de un hombre que ha estado bebiendo- que te asusta la visión de un escarabajo negro, o que tienes miedo de que te muerda, o te haga algún daño?

-¿Muerden? -exclamó la chica.

-¡Qué perfectamente odioso! -exclamó Halliday.

-No sé -repuso Gerald mirando, por la mesa-. ¿Muerden los escarabajos negros? Pero ésa no es la cuestión. ¿Tienes miedo de que te muerdan o se trata de una antipatía

metafísica?

La chica le estaba mirando de lleno todo el tiempo con ojos rudimentarios.

-¡Oh, pienso que son bestiales, horrendos! -exclamó ella-. Si veo a uno me recorre todo el cuerpo un escalofrío. Si uno fuese a arrastrarse sobre mí estoy segura de que moriría..., estoy segura.

-Espero que no -susurró el joven ruso.

-Estoy segura, Maxim -aseveró ella.

-Entonces no nos arrastraremos sobre ti -dijo Gerald sonriendo y sabiéndolo. De algún extraño modo la entendía.

-Es metafísico, como dice Gerald -afirmó Birkin.

Hubo una pequeña pausa de incomodidad.

-¿Y ninguna otra cosa te da miedo? -preguntó el joven ruso con sus modales rápidos, sosegados, elegantes.

-No realmente -dijo ella-. Me asustan algunas cosas, pero no es realmente lo mismo. No me da miedo la sangre.

-¡No teme a la sangre! -exclamó un hombre joven con rostro grueso, pálido y burlón que acababa de llegar a la mesa y estaba bebiendo whisky.

Minette le dirigió una hosca mirada de desagrado, baja y fea.

-¿No tienes realmente miedo de la sangre? -persis tió el otro, con chunga en el rostro.

-No, no tengo -repuso ella.

-Vamos a ver, ¿has visto alguna vez sangre salvo en la escupidera de un dentista? -bromeó el joven.

-No estaba hablando contigo -repuso ella con bastante altivez.

-Pero puedes contestarme, ¿verdad? -dijo él.

Como respuesta ella pasó súbitamente un cuchillo por su mano gruesa y pálida. El se apartó de la mesa lanzando una maldición vulgar.

-Muéstranos lo que eres -dijo Minette con desprecio.

-Maldita seas -dijo el hombre joven de pie junto a la mesa mientras la miraba con acre malevolencia.

-Basta ya -dijo Gerald con una orden rápida e instintiva.

El joven quedó mirándola con desprecio burlón y un gesto acobardado, azorado, sobre su rostro pálido. La sangre empezó a fluir desde su mano.

-¡Oh, qué horrible, apártalo! -chilló Halliday, volviéndose verde y escondiendo el rostro.

-¿Te sientes mal? -preguntó el joven mordaz con algo de preocupación-. ¿Te sientes enfermo, Julius? No es nada, hombre, no le des el placer de permitirle pensar que ella ha hecho una proeza..., no le des la satisfacción, hombre..., es justamente lo que quiere.

-¡Oh! -chilló Halliday.

-Va a vomitar, Maxim -dijo previsoramente Minette.

El suave joven ruso se incorporó y cogió a Halliday del brazo alejándole. Birkin, blanco y disminuido, miraba como si estuviese disgustado. El joven mordaz herido se alejó, ignorando su mano sangrante del modo más conspicuo.

-Es realmente un cobarde horrible -dijo Minette a Gerald-. Tiene mucha

influencia sobre Julius.

-¿Quién es? -preguntó Gerald.

-Es un judío; realmente, no puedo soportarle.

-Bueno, él tiene bastante poca importancia. Pero ¿qué le pasa a Halliday?

-Julius es el más horrible cobarde que hayas visto jamás -exclamó ella-. Se desmaya siempre que levanto un cuchillo..., está aterrorizado conmigo.

-¡H'm! -dijo Gerald.

-Todos ellos me tienen miedo -dijo ella-. Sólo el judío piensa que va a demostrar su valor. Pero es el mayor cobarde de todos, realmente, porque tiene miedo de lo que pensará la gente de él... y a Julius eso no le importa.

-Tienen mucho valor entre los dos -dijo Gerald con buen-humor.

Minette le miró con una sonrisa lenta, lenta. Estaba muy mona, ruborizada y confiando en su horrible conocimiento. Dos pequeños puntos de luz refulgían sobre los ojos de Gerald.

-¿Por qué te llaman Minette? ¿Porque eres como un gato?

-Supongo que sí -dijo.

La sonrisa se hizo más intensa sobre el rostro de él.

-Lo eres bastante... o una pantera hembra joven.

-¡Dios mío, Gerald! -dijo Birkin con cierto desagrado.

Ambos miraron incómodamente a Birkin.

-Estás silencioso esta noche, Wupert -dijo ella con una leve insolencia, sintiéndose protegida por el otro
hombre.

Halliday estaba volviendo, con aspecto ajado y enfermo.

-Minette -dijo-, desearía que no hicieses estas cosas... ¡Oh! -se hundió con un gruñido en su silla. -Harías bien yéndote a casa -le dijo ella.

-Iré a casa -dijo él-. Pero venid todos. ¿Queréis venir un rato al piso? -dijo a Gerald-. Me gustaría tanto que lo hicieseis. Sí..., espléndido.

Buscó alrededor al camarero.

-Consígame un taxi -entonces gimió nuevamente-.Oh, me siento... ¡completamente hecho papillas! Minette, ya ves lo que me haces.

-¿Por qué eres entonces tan idiota? -dijo ella con calma adusta.

-¡Pero no soy un idiota! ¡Oh, qué terrible! Venid, todos, será tan espléndido. Minette, vente. ¿Qué? Oh, pero debes venir, sí, debes. ¿Qué? Oh, mi querida muchacha, no provoques un incidente ahora; me siento perfectamente, oh, tan hecho papilla... ¡Jo...! ¡Oh! ¡Oh!

-Sabes que no puedes beber -le dijo ella fríamente.

-Te digo que no es la bebida..., es tu repugnante conducta, Minette, nada más. ¡Oh, qué horror! Libídnikov, déjanos salir.

-Sólo ha bebido un vaso..., sólo un vaso -llegó la voz rápida y tranquila del joven ruso.

Se desplazaron todos hacia la puerta. La chica se mantuvo cerca de Gerald, y parecía estar sincronizada con él en sus movimientos. El era consciente de ello y le llenaba de una satisfacción demoníaca el hecho de que su movimiento fuera bueno para dos. La mantuvo en el hueco de su voluntad, y ella era suave, secreta, invisible, agitándose allí.

Se apiñaron cinco en el taxi. Halliday penetró primero y se sentó junto a la otra ventanilla. Luego Minette tomó su lugar y Gerald se sentó junto a ella.
Oyeron al ruso joven dando órdenes al conductor; después quedaron todos sentados en la oscuridad, apretados, con Halliday gimiendo y sacando la cabeza por la ventanilla. Los viajeros sintieron el ágil y amortiguado movimiento del coche.

Minette se sentaba junto a Gerald y pareció suavizarse, fundirse sutilmente en los huesos de él, como si estuviera pasando a él en un flujo negro, eléctrico. Su ser se insufló en las venas de él como una oscuridad magnética, concentrándose en la base de su columna vertebral como una temible fuente de poder. Entretanto, la voz de Minette sonaba silbante y despreocupada, mientras conversaba indiferentemente con Birkin y con Maxim. Entre ella y Gerald había ese silencio y esa comprensión negra, eléctrica, en la oscuridad. Entonces ella encontró la mano de él y la aferró firmemente con la suya. La oscuridad era tan total y, con todo, era una expresión tan desnuda que rápidas vibraciones recorrieron la sangre y el cerebro de Gerald; ya no era responsable. Pero la voz de ella seguía sonando como una campana, matizada por un tono de burla. Y al mover ella la cabeza, su hermosa mata de pelo barrió justamente dentro de él, y todos sus nervios se pusieron a arder como si fuese una sutil fricción de electricidad. Pero el gran centro de su fuerza se mantenía firme -un magnifico orgullo para él- en la base de su columna.

Llegaron a una calle de casas tranquilas, subieron el sendero de un jardín y les abrió una puerta un criado de piel oscura. Gerald miró sorprendido, preguntándose si se trataba de un caballero, quizá uno de los orientales provenientes de Oxford. Pero no, era el criado masculino.

-Haz té, Hasan -dijo Halliday.

-¿Hay un cuarto para mí? -dijo Birkin.

A ambas cuestiones sonrió el hombre y murmuró.

Hizo sentirse inseguro a Gerald, porque siendo alto, esbelto y reticente parecía un caballero.

-¿Quién es tu criado? -preguntó a Halliday-. Parece un señor.

-Oh sí..., es porque se viste con las ropas de otro. Realmente es todo menos un señor. Le encontramos en
la calle, muriéndose de hambre. Por lo cual le traje aquí, y otro hombre le dio ropa. Es todo menos lo que parece; su única ventaja es que no puede hablar inglés y no puede entenderlo, con lo cual es perfectamente seguro.

-Es muy sucio -dijo rápida y silenciosamente el joven ruso.

El hombre apareció inmediatamente en la puerta.

-¿Qué pasa? -dijo Halliday.

El hombre sonrió y murmuró tímidamente:

-Quiero hablar con amo.

Gerald observó con curiosidad. El tipo de la puerta tenía buen aspecto y era esbelto de miembros. Su aspecto era tranquilo, parecía elegante, aristocrático. Pero era un medio salvaje que sonreía estúpidamente. Halliday salió al corredor para hablar con él.

-¿Qué? -escucharon su voz-. ¿Qué? ¿Qué dices? Dímelo otra vez. ¿Qué? ¿Quieres dinero? ¿Quieres más dinero? ¿Pero para qué quieres el dinero?

Hubo el ruido confuso de las palabras del árabe, luego Halliday apareció en el cuarto riendo también estúpidamente y diciendo:

-Dice que quiere dinero para comprarse ropa interior. ¿Puede alguien prestarme

un chelín? Oh, gracias; un chelín comprará todas las prendas interiores que quiere -tomó el dinero de Gerald y se fue otra vez al pasaje, donde le oyeron decir-: No puedes querer más dinero, ya te di ayer tres y luego seis. No debes pedir nada más. Trae el té rápidamente.

Gerald miró por el cuarto. Era un salón común londinense en una casa alquilada evidentemente con muebles, más bien desordenada aunque agradable. Pero había allí varias estatuas, tallas provenientes del Pacífico occidental, extrañas y perturbadoras; los nativos esculpidos casi parecían el feto de un ser humano. Una era una mujer sentada desnuda en una extraña postura y con aspecto torturado, dilatado su abdomen. El joven ruso explicó que se estaba sentando para el parto, aferrando los extremos de la banda que colgaba de su cuello, uno en cada mano, a fin de ayudar al alumbramiento. El rostro extraño, paralizado, rudimentario, de la mujer recordó otra vez a Gerald un feto, y era también bastante maravilloso al contener la sugestión de la sensación física extrema, más allá de los límites de la conciencia mental.

-¿No son bastante obscenos? -preguntó él, desaprobando.

-No sé -murmuró el otro rápidamente-. Nunca he definido lo obsceno. Pienso que son muy buenas.

Gerald se apartó. Había uno o dos cuadros nuevos en el cuarto, futuristas; había un gran piano. Y esto, junto con algún mobiliario común en casa de alquiler londinense del mejor tipo, completaba el conjunto.

Minette se había quitado el sombrero y el abrigo y estaba sentada sobre el sofá. Se encontraba evidentemente en su casa allí, pero al mismo tiempo incierta, suspendida. No conocía del todo su posición. Su alianza, por el momento, era con Gerald, y no sabía hasta qué punto esto era admitido por ninguno de los hombres. Estaba considerando cómo llevaría adelante la situación. Estaba decidida a tener su experiencia. Ahora, a esas horas, no iba a verse frustrada. Su rostro tenía colores como de batalla; sus ojos eran meditativos pero inevitables.

El hombre entró con té y una botella de Kümmel. Puso la bandeja sobre una mesita situada ante el sofá.

Ella no se movió.

-¿No vas a hacerlo? -repitió Halliday en un estado de temor nervioso.

-No he vuelto aquí como era antes -dijo ella-. Sólo vine porque los otros querían, no por ti.

-Mi querida Minette, sabes que eres tu propia dueña. Yo no quiero que hagas nada sino usar el piso para tu propia conveniencia..., ya lo sabes, te lo he dicho tantas veces.

Ella no contestó, pero silenciosa, reservadamente, se aproximó a la tetera. Todos se sentaron en círculo y bebieron té. Gerald podía sentir la conexión eléctrica entre él y ella tan fuertemente, mientras ella se sentaba allí tranquila y retraída, que brotaba otro grupo completo de condiciones. Su silencio y su inmutabilidad le dejaban perplejo. ¿Cómo llegaría él a ella? Y, sin embargo, lo sentía bastante inevitable. Confiaba completamente en la corriente que los unía. Su perplejidad fue sólo superficial, reinaban nuevas condiciones, las viejas fueron sobrepasadas; aquí uno hacía lo que se sentía inclinado a hacer, fuese lo que fuese.

Birkin se levantó. Era casi la una de la madrugada.

-Me voy a la cama -dijo-. Gerald, te llamaré por la mañana a tu sitio... o tú me puedes llamar aquí.

-Bien -dijo Gerald, y Birkin salió.

Después de transcurrir un rato, Halliday dijo a Gerald con voz estimulada:

-¿No querrías quedarte aquí? ¡Hazlo!

-No puedes albergar a todos -dijo Gerald.

-Claro que sí, perfectamente...; hay aquí tres camas además de la mía; quédate, por favor. Todo está preparado..., siempre hay alguien aquí, siempre albergo a alguien...; me encanta tener atestada la casa.

-Pero sólo hay dos cuartos -dijo Minette con voz fría, hostil- y ahora Rupert está aquí.

-Sé que sólo hay dos cuartos -dijo Halliday con su extraño y agudo modo de hablar-. ¿Pero qué importa eso? Está el estudio...

Sonreía más bien estúpidamente y hablaba con avidez, con una determinación insinuante.

-Julius y yo compartiremos un. cuarto -dijo el ruso con su voz discreta, precisa. Halliday y él eran amigos desde Eton.

-Es muy simple -dijo Gerald levantándose y echando los brazos hacia atrás como para desperezarse. Entonces volvió a mirar uno de los cuadros. Todos sus miembros estaban turgentes de fuerza eléctrica y su espalda estaba tensa como la de un tigre junto a un fuego adormecedor. Se sentía muy orgulloso.

Minette se levantó. Lanzó su mirada negra a Halliday, feroz y mortal, provocando en el rostro del joven la sonrisa más bien estúpida y complacida. Luego salió del cuarto con un frío buenas noches para todos en general. Hubo un breve intervalo, oyeron una puerta cerrarse y luego Maxim dijo en su voz refinada:

-Eso está muy bien.

Miró significativamente a Gerald y dijo de nuevo con
un silencioso movimiento afirmativo de la cabeza:

-Está muy bien..., estás muy bien.

Gerald miró el rostro suave, rubicundo y hermoso;
los ojos extraños, significativos, y le pareció como si la voz del joven ruso, tan pequeña y perfecta, sonara más en la sangre que en el aire.

-Entonces estoy bien erijo Gerald.

-¡Sí! ¡Sí! Estás muy bien -dijo el ruso.

Halliday continuaba sonriendo sin decir nada. De repente, Minette apareció de nuevo en la puerta, con su rostro pequeño e infantil cubierto por una expresión adusta y vengativa.

-Sé que queréis ponerme fuera de juego -dijo su voz fría y bastante resonante-. Pero no me importa, no me importa para nada.

Se dio la vuelta y desapareció una vez más. Llevaba una bata suelta de seda violeta atada alrededor de la cintura. Parecía tan pequeña, infantil y vulnerable, casi digna de compasión. Y, sin embargo, la mirada de sus ojos hizo que Gerald se sintiese ahogado en una potente oscuridad que casi le asustaba.

Los hombres encendieron otro pitillo y hablaron despreocupadamente.

7. TOTEM

Gerald se despertó tarde por la mañana. Había dormido profundamente. Minette seguía dormida, infantil y patéticamente. Había algo pequeño, contraído e indefenso en ella que despertaba una llama de pasión insatisfecha en la sangre del joven, una piedad árida, devoradora. La miró de nuevo. Pero sería demasiado cruel despertarla. Se reprimió y salió del cuarto.

Al oír voces provenientes del cuarto de estar -Halliday hablando con Libídnikov- fue hacia la puerta y miró. Llevaba puesta una bata de seda de hermoso color azulado con un dobladillo amatista. Para su sorpresa vio a los dos jóvenes junto al fuego, totalmente desnudos. Halliday miró hacia él con aspecto complacido.

-Buenos días -dijo-. Oh, ¿querías toallas?

Y fue al vestíbulo como estaba, totalmente desnudo, componiendo una figura blanca extraña entre el mobiliario sin vida. Volvió con las toallas y adoptó su posición anterior, sentado sobre almohadones junto al fuego.

-¿No te encanta sentir el fuego sobre la piel? -preguntó.

-Sí que es agradable -dijo Gerald.

-Qué espléndido debe ser vivir en un clima donde pueda uno prescindir de la ropa completamente -dijo Halliday.

-Sí -dijo Gerald-, si no hubiese tantas cosas que pican y muerden.

-Eso es una desventaja -murmuró Maxim.

Gerald le miró y vio con una leve repulsión el animal humano, desnudo y de piel dorada, algo humillante. Halliday era distinto. Tenía una belleza más bien sólida, descuidada y rota, oscura y firme. Era como un Cristo en una Pietá. El animal no estaba allí para nada, sólo la belleza sólida y rota.

Y Gerald vio también que hermosos eran los ojos de Halliday, tan amarillos avellana y cálidos y confusos, rotos también en su expresión. El resplandor del fuego caía sobre sus hombros fuertes y más bien arqueados; se sentaba instalado descuidadamente junto a la chimenea; su rostro mostraba una especie de fervor débil, quizá ligeramente desintegrado, pero con una móvil belleza propia.

-Naturalmente -dijo Maxim-, has estado en países calientes donde las personas andan desnudas.

-¿De verdad? -exclamó Halliday-. ¿Dónde?

-América del Sur... Amazonas -dijo Gerald.

-¡Oh, pero qué perfectamente espléndido! Es una de las cosas que más deseo hacer..., vivir todo un día sin ponerme un solo instante nada de ropa. Si pudiese hacerlo sentiría que había vivido.

-¿Pero por que? -dijo Gerald-. No veo que haga tanta diferencia.

-Oh, pienso que sería perfectamente espléndido. Estoy seguro de que la vida sería una cosa completamente distinta..., completamente diferente y perfectamente maravillosa.

-Pero ¿por qué? -preguntó Gerald-. ¿Por qué habría de serlo?

-Oh..., uno sentiría las cosas en vez de mirarlas simplemente. Yo sentiría el aire moverse a mi alrededor, y sentiría las cosas que tocaba en vez de poderlas mirar tan sólo. Estoy seguro de que la vida está toda equivocada porque se ha hecho demasiado visual...; no podemos oír, ni sentir, ni comprender, sólo podemos ver. Estoy seguro de que eso es

completamente equivocado.

-Sí, es cierto, es cierto -dijo el ruso.

Gerald le miró y le vio, su cuerpo suave y dorado con el pelo negro que crecía hermosa y libremente como zarcillos; sus miembros como suaves tallos de planta.
Siendo, como era, tan saludable y bien hecho, ¿por qué le avergonzaba a uno, por qué repelía? ¿Por qué habría de desagradar a Gerald, por qué le parecía atentar contra su propia dignidad? ¿Acaso equivalía a eso todo un ser humano? ¡Tan falto de inspiración!, pensó Gerald.

Birkin apareció de repente en el umbral de la puerta con pijama blanco, el pelo, mojado y una toalla sobre el brazo. Parecía distante y blanco, algo evanescente.

-Disponéis del baño ahora, si lo deseáis -dijo en general, y se estaba yendo de nuevo cuando Gerald llamó:

-¿Qué?

La figura blanca singular apareció de nuevo como presencia en el cuarto.

-¿Qué piensas de esa figura de ahí? Quiero saberlo -preguntó Gerald.

Blanco y extrañamente fantasmagórico, Birkin se dirigió a la estatua de la mujer salvaje pariendo. Su cuerpo desnudo y protuberante adoptaba una posición extraña, aferrada, con las manos asidas a los extremos de la banda situada sobre su pecho.

-Es arte -dijo Birkin.

-Muy bello, es muy bello -dijo el ruso.

Todos se acercaron a mirar. Gerald observó al grupo de hombres; dorado y como una planta acuática, el ruso; alto y pesado, con una belleza rota, Halliday; Birkin, muy blanco e indefinido, difícil de clasificar mientras miraba minuciosamente a la mujer esculpida. Sintiéndose extrañamente jubiloso, Gerald levantó también los ojos hacia el rostro de la figura de madera. Y su corazón se contrajo.

Vio vívidamente con su espíritu el rostro gris distendido hacia adelante de la mujer salvaje, oscura y tensa, abstraída en un puro esfuerzo físico. Era un rostro terrible, vacío, anguloso, abstraído casi hasta la falta de sentido por el peso de la sensación subyacente. Vio a Minette en él. La reconoció como en un sueño.

-¿Por qué es arte? -preguntó Gerald escandalizado, resentido.

-Transporta a una verdad completa -dijo Birkin-.
Contiene la verdad completa de ese estado, sientas tú lo que sientas.

-Pero no puedes llamarlo arte elevado -dijo Gerald.

-¡Elevado! Hay siglos y cientos de siglos de desarrollo en línea recta tras esa talla; es una cumbre cultural bien definida.

-¿Qué cultura? -preguntó Gerald, oponiéndose. Odiaba lo puramente bárbaro.

-Pura cultura en sensación, cultura en la conciencia física; realmente conciencia física última, sin mente, radicalmente sensual. Es tan sensual que es final, supremo.

Pero a Gerald no le gustó. Quería mantener ciertas ilusiones, ciertas ideas como vestuario.

-Te gustan las cosas equivocadas, Rupert -dijo-, cosas opuestas a ti mismo.

-Oh, ya lo sé; esto no es todo -repuso Birkin alejándose.

Cuando Gerald volvió a su cuarto desde el baño llevaba también sus ropas. Era tan convencional en su casa que cuando estaba de verdad fuera y libre -como ahora- nada disfrutaba tanto como el completo escándalo. Así que caminó con la bata de seda azul sobre el brazo y se sintió desafiante.

Minette yacía en la cama, inmóvil, con sus ojos redondos y azules como piscinas estancadas, infelices. El sólo pudo ver las piscinas muertas, sin fondo, de sus ojos. Quizás ella sufría. La sensación de su sufrimiento incubado despertó la vieja llama aguda en él, una piedad mordiente, una pasión casi de crueldad.

-Estás despierta ahora -le dijo.

-¿Qué hora es? -vino su voz alterada.

Ella parecía fluir hacia atrás, casi como un líquido con respecto a la aproximación de él, hundirse inevitablemente lejos de él. Su mirada rudimentaria de esclava violada, cuyo cumplimiento reside en ulteriores y ulteriores violaciones, hizo estremecerse los nervios de él con una sensación agudamente deseable. Después de todo, suya era la única voluntad, ella era la sustancia pasiva de su voluntad. Gerald vibró con la sensación sutil, triunfante. Y entonces supo que debía apartarse de ella, que entre ellos debía existir pura separación.

Fue un desayuno tranquilo y común, los cuatro hombres con aspecto de muy limpios y bañados. Gerald y el ruso eran ahora correctos y comme il faut en aspecto y modales; Birkin parecía huesudo y enfermo, con aire de fracasar en su esfuerzo por ser un hombre adecuadamente vestido, como Gerald y Maxim. Halliday llevaba pantalones de tweed, una camisa de franela verde y una corbata estrecha que resultaba justamente adecuada para él. El árabe trajo muchas tostadas y tenía un aspecto exactamente idéntico al de la noche anterior, estáticamente el mismo.

Al terminar el desayuno apareció Minette envuelta en una bata de seda violeta, con un cinto reluciente. Se había recuperado algo, pero seguía estando muda y sin vida. Era para ella un tormento cuando nadie le hablaba. Su rostro era como una máscara pequeña y fina, siniestra también, enmascarado de sufrimiento no querido. Era casi mediodía. Gerald se incorporó y partió a sus negocios, feliz de alejarse. Pero no había acabado. Iba a volver por la noche, todos iban a cenar juntos y él había reservado asientos para la fiesta del music-hall, donde irían todos, a excepción de Birkin.

Por la noche volvieron a la casa muy tarde otra vez y otra vez arrebatados por la bebida. Una vez más, el árabe -que invariablemente desaparecía entre las diez y las doce de la noche- venía silenciosa e inescrutablemente con té, inclinándose de un modo lento, extraño, como de leopardo, para situar la bandeja suavemente sobre la mesa. Su rostro era inmutable, de aspecto aristocrático, teñido ligeramente de gris bajo la piel; era joven y apuesto. Pero Birkin notó una leve incomodidad al mirarle y sentir su leve gris como una ceniza o una corrupción, percibiendo en la inescrutabilidad aristocrática de la expresión una estupidez nauseabunda, bestial.

Una vez más hablaron cordial y animadamente juntos. Pero cierta fragilidad estaba invadiendo ya al grupo; Birkin estaba loco de irritación; Halliday se entregaba cada vez más a un odio demente contra Gerald; Minette se estaba endureciendo y enfriando como un cuchillo de piedra, y Halliday se estaba exponiendo a ella. Y la última intención de ella era capturar a Halliday, tener completo poder sobre él.

Por la mañana, todos ellos vagaron y rondaron por la casa nuevamente. Pero Gerald pudo sentir una extraña hostilidad hacia él en el aire. Excitaba su obstinación y se rebeló contra ella. Se mantuvo allí dos días más. El resultado fue una escena fea y demencial con Halliday la cuarta noche. Halliday demostró una absurda animosidad hacia Gerald en el café. Hubo una trifulca. Gerald estaba a punto de pegar un puñetazo a Halliday en la cara cuando, de repente, se sintió lleno de asco e indiferencia y

desapareció, dejando a Halliday en un estado estúpido de gozoso triunfo, a Minette dura y establecida y a Maxim al margen. Birkin estaba ausente, había dejado la ciudad de nuevo.

Gerald estaba molesto porque había partido sin dar dinero a Minette. Cierto, no sabía si ella deseaba o no dinero. Pero le habrían alegrado diez libras, y a él le hubiese puesto muy contento dárselas. Ahora se sentía en una posición falsa. Se fue mordiéndose los labios para tocarse las puntas de su bigote corto y fino. Sabía que Minette estaba sencillamente contenta librándose de él. Había conseguido a su Halliday, que era lo que deseaba. Deseaba tenerlo completamente en su poder. Entonces se casaría con él. Deseaba casarse con él. Había puesto su voluntad en casarse con Halliday. No deseaba oír hablar nunca más de Gerald, salvo, quizá, si se veía en dificultades, porque después de todo Gerald era lo que ella llamaba un hombre, y esos otros, Halliday, Libídnikov, Birkin, todo el grupo de bohemios, eran sólo medio hombres. Pero ella se manejaba mucho mejor con medios hombres. Se sentía segura de sí misma con ellos. Los hombres verdaderos, como Gerald, la ponían demasiado en su lugar.

Con todo, ella respetaba a Gerald, le respetaba realmente. Había logrado conseguir su dirección, a fin de que le fuese posible apelar a él en tiempo de miseria. Sabía que él deseaba darle dinero. Quizás ella le escribiría ese día inevitablemente lluvioso.

8. BREADALBY

Breadalby era una casa de estilo georgiano con pilares corintios, situada entre las colinas más suaves y verdes de Derbyshire, no lejos de Cromford. De frente miraba a un prado con pocos árboles que se perdía en una sucesión de estanques con peces situados en mitad del silencioso parque. En la parte de atrás había árboles, entre los cuales se encontraban los establos y el gran huerto de la colina, tras el cual había un bosque.

Era un lugar muy tranquilo, situado a algunas millas de la carretera procedente de Derwent Valley, retirado de cualquier circuito turístico. Silencioso y abandonado, el estuco dorado aparecía entre los árboles mirando desde el frente de la casa hacia el parque, incambiado e incambiante.

Hacía tiempo, sin embargo, que Hermione llevaba viviendo en la casa. Había abandonado Londres y Oxford buscando el silencio del campo. Su padre estaba casi siempre ausente, fuera del país; ella o se encontraba sola en casa, con sus visitantes, que siempre eran varios, o tenía con ella a su hermano, soltero y miembro liberal en el Parlamento. El bajaba siempre cuando no había reunión en la Cámara; parecía estar siempre presente en Breadalby, aunque fuese muy concienzudo en el cumplimiento de su deber.

El verano estaba a punto de entrar cuando Ursula y Gudrun fueron a pasar unos días por segunda vez con Hermione. Venían en coche, y tras haber entrado en el parque miraron desde la depresión, donde yacían silenciosos los estanques de peces, a las columnas de la parte delantera de la casa, soleada y pequeña como un dibujo inglés de la vieja escuela sobre la cresta de la colina verde, contra los árboles. Había pequeñas figuras

sobre el césped verde, mujeres vestidas de color lavanda y amarillo moviéndose hacia la sombra del cedro enorme y hermosamente equilibrado.

-¡Es perfecto! -dijo Gudrun-. Es tan definitivo como un viejo aguatinta.

Habló con algo de resentimiento en su voz, como si se viese cautivada a desgana, como forzada a admirar contra su voluntad.

-¿Lo amas? -preguntó Ursula.

-No lo amo, pero pienso que a su manera es bastante perfecto.

El automóvil bajaba por la colina y un momento después estaban rodeando la puerta central. Apareció una doncella y luego Hermione, adelantándose con su pálido rostro levantado y las manos extendidas, avanzando derecha hacia las recién llegadas y cantando la voz:

-Aquí están..., me alegro tanto de verlas -besó a Gudrun, luego a Ursula y mantuvo su brazo rodeándola-. ¿Están muy cansadas?

-No estamos cansadas en absoluto -dijo Ursula.

-¿Está usted cansada, Gudrun?

-Para nada, gracias -dijo Gudrun.

-No... -dijo arrastrando las palabras Hermione.

Luego las contempló. Las dos muchachas estaban en posición embarazosa porque no les hacía entrar en la casa, sino que necesitaba hacer su escenita de bienvenida allí, sobre el sendero. Los criados esperaban.

-Entren -dijo al fin Hermione tras evaluar plenamente a la pareja.

Gudrun era la más hermosa y atractiva, lo había decidido de nuevo; Ursula era más física, más mujer. A ella le gustaba más el vestido de Gudrun. Era de popelín verde con una chaqueta suelta a rayas anchas de color verde oscuro y marrón oscuro. El sombrero era de una paja pálida y verdosa, color del heno nuevo, y llevaba una cinta negra y naranja; las medias eran verde oscuro, y los zapatos, negros. Era un buen atuendo, al tiempo dentro de la moda e individual. Ursula vestía de azul oscuro era más común, aunque también pareciese correcta.

La propia Hermione llevaba un vestido de seda color ciruela con un collar de cuentas coralinas y medias color coral. Pero su vestido estaba arrugado y manchado, incluso sucio.

-¡Supongo que les gustará ver sus cuartos ahora! Sí. Subimos ahora, ¿les parece?

A Ursula le gustó quedarse sola en su cuarto. Hermione se detenía tanto, exigía tal esfuerzo de una. Se ponía tan cerca, apretándose casi, de un modo terriblemente embarazoso y opresivo. Parecía estorbar los movimientos de una.

Se sirvió el almuerzo en el césped, bajo el gran árbol cuyos brazos gruesos bajaban hasta acercarse a la hierba. Estaban presentes una joven italiana leve y a la moda, una señorita joven de aspecto atlético llamada Bradley, un instruido y seco varón de cincuenta años que estaba haciendo siempre juegos de ingenio y riéndose con una risa áspera, de caballo; Birkin y la secretaria femenina, una tal fräulein März, joven y 'esbelta, muy bonita.

La comida era muy buena, ciertamente. Gudrun, crítica con todo, la aprobó plenamente. A Ursula le encantaba la situación. La mesa blanca junto al cedro, el aroma de la renacida luz solar, la pequeña visión del tupido parque con venados distantes pastando apaciblemente. Parecía haber un círculo mágico trazado alrededor del lugar que cerrara las puertas al presente custodiando el pasado delicioso, precioso, árboles y

venados en silencio, como un sueño.

Pero era infeliz espiritualmente. La conversación transcurrió como un tronar de artillería ligera, siempre levemente sentenciosa, con una sentenciosidad que era sólo destacada por las continuas explosiones de alguna ingeniosidad, en la continua rociada de chistes verbales, pretendiendo dar un tono de levedad a un curso de conversación que era enteramente crítico y general, más un canal de conversación que en curso.

La actitud era mental y muy fatigosa. Sólo el maduro sociólogo -cuya fibra mental era tan recia como para ser insensible- parecía estar enteramente feliz.

Birkin estaba bajo de palabra. Hermione, con asombrosa persistencia, parecía desear ponerle en ridículo y hacerle parecer ignominioso a los ojos de todos. Y era sorprendente cómo parecía lograrlo, cuán inerme parecía él contra ella. Parecía completamente insignificante. Ursula y Gudrun, ambas muy poco acostumbradas, estaban la mayor parte del tiempo silenciosas, escuchando la canción lenta y rapsódica de Hermione, las ocurrencias verbales de sir Joshua, la cháchara de fräulein o las respuestas de las otras dos mujeres.

Terminó el almuerzo, trajeron café y lo pusieron sobre la hierba. El grupo dejó la mesa y se sentó en cómodos sillones, a la sombra o al sol, según desease cada cual. Fräulein se marchó hacia la casa, Hermione cogió su labor de costura y la pequeña condesa tomó un libro; la señorita Bradley estaba tejiendo una cesta de fino mimbre, y allí estaban todos sobre el césped al principio de una tarde veraniega, trabajando descansadamente y rociándose de charla medio intelectual, deliberada.

De repente se oyeron unos frenos y las puertas de un automóvil.

-¡Aquí está Salsie! -cantó Hermione con su melodía lenta, divertida. Y dejando su trabajo se levantó lentamente y lentamente cruzó el césped, rodeando los arbustos, hasta perderse de vista.

-¿Quién es? -preguntó Gudrun.

-El señor Roddice..., el hermano de la señora Roddice...; por lo menos, eso supongo -dijo sir Joshua.

-Sí, Salsie es su hermano -dijo la pequeña condesa levantando la vista de su libro por un momento y hablando como para dar información en su inglés levemente asimilado, gutural.

Esperaron todos. Y entonces, rodeando los arbustos, llegó la forma alta de Alexander Roddice, caminando románticamente como un héroe de Meredith que recuerda a Disraeli. Fue cordial con todos y se convirtió al punto en un anfitrión, con una hospitalidad fácil y desenvuelta que había estudiado para los amigos de Hermione. Acababa de llegar de Londres, de la Cámara. La atmósfera de la Cámara de los Comunes se hizo sentir sobre la pradera: el ministro del Interior había dicho
tal y cual cosa, y él, Roddice, por otra parte, pensaba tal y tal cosa, y había dicho eso y aquello otro al primer ministro.

Ahora Hermione llegaba rodeando los arbustos con Gerald Crich. Había venido con Alexander. Gerald fue presentado a todos, mantenido por Hermione durante algunos momentos plenamente a la vista y luego apartado, también por Hermione. El era evidentemente su huésped del momento.

Se había producido una dimisión en el Gabinete; el ministro de Educación había abandonado su cargo debido a críticas adversas. Esto inició una conversación sobre educación.

-Naturalmente -dijo Hermione levantando el rostro como un rapsoda-, no puede haber razón, no puede haber excusa para la educación excepto el disfrute y la belleza del conocimiento en sí mismo -pareció absorta rumiando pensamientos subterráneos durante un minuto, luego continuó-. La educación vocacional no es educación, es el término de la educación.

Gerald, al borde de la polémica, olió el aire con deleite y se preparó para la acción.

-No necesariamente –dijo-. Pero ¿no acaba siendo la educación realmente como la gimnasia? ¿No es el fin de la educación la producción de una mente bien entrenada, vigorosa, enérgica?.

-Tal como el atletismo produce un cuerpo saludable, dispuesto para cualquier cosa -exclamó la señorita Bradley muy de acuerdo.

Gudrun la miró con silencioso desprecio.

-Bien... -dijo Hermione-, no sé. Para mí, el placer de conocer es tan grande, tan maravilloso..., nada ha significado tanto para mí en toda mi vida como cierto conocimiento...; no, estoy segura..., nada.

-¿Qué conocimiento, por ejemplo, Hermione? -preguntó Alexander.

Hermione levantó su rostro y retumbó:

-M... m... m... no lo sé... Pero una cosa fueron las estrellas, cuando comprendí realmente algo sobre las estrellas. Uno se siente tan alzado, tan desatado... Birkin la miró con una furia blanca.

-¿Para qué quieres sentirte desatada? -dijo sarcásticamente-. No quieres estar desatada

Hermione retrocedió ofendida.

-Sí, pero uno tiene ese sentimiento ilimitado -dijo Gerald-. Es como subirte a la cumbre de la montaña y ver el Pacífico.

-Silencioso sobre una peña en Darién -murmuró la italiana levantando el rostro por un momento de su libro.

-No necesariamente en Darién -dijo Gerald mientras Ursula comenzaba a reír.

Hermione esperó que la polvareda pasase y dijo entonces, intocada:

-Sí, es la cosa mayor en la vida... saber. Es realmente ser feliz, ser libre.

-El conocimiento es, naturalmente, libertad -dijo Mattheson.

-En tabletas comprimidas -dijo Birkin mirando el cuerpecito seco y tieso del barón.

Gudrun vio inmediatamente al famoso sociólogo como una botella plana que contuviera tabletas de libertad comprimida. Eso le gustó. Sir Joshua fue etiquetado y situado para siempre en su monte.

-¿Qué significa eso, Rupert? -cantó Hermione, con una tranquila repulsa.

-Estrictamente, sólo puedes conocer cosas concluidas, del pasado. Es como embotellar la libertad del verano pasado en los arándanos hechos conserva.

-¿Puede uno sólo tener conocimiento del pasado? -preguntó mordazmente el barón-. Por ejemplo, ¿podríamos considerar nuestro conocimiento de las leyes gravitatorias conocimiento del pasado?

-Sí -dijo Birkin.

-En mi libro hay una cosa hermosísima -dijo de repente la pequeña mujer italiana-. Cuenta que el hombre llegó a la puerta y lanzó sus ojos hacia abajo por la calle.

Hubo una risotada general en el grupo. La señorita Bradley fue y miró sobre el hombro de la condesa.

-¡Mire! -dijo la condesa.

-""Bazarov llegó a la puerta y lanzó sus ojos apresuradamente hacia abajo por la calle» -leyó.

De nuevo se produjo una sonora risotada, cuya parte más sorprendente fue la del barón, que sonó como un estropicio de piedras en avalancha.

-¿Cuál es el libro? -preguntó rápidamente Alexander.

-Padre e hijos, de Turgeniev -dijo la pequeña forastera, pronunciando nítidamente cada sílaba. Miró la cubierta para asegurarse.

-Una vieja edición americana -dijo Birkin.

-¡Ja!.... por supuesto..., traducido del francés -dijo Alexander con una buena voz declamatoria-. Bazarov ouvra la porte et jeta les yeux dans la rue.

Miró rápidamente en redondo al grupo.

-Me pregunto qué era el «apresuradamente» -dijo Ursula.

Todos empezaron a hacer conjeturas.

Y entonces, para sorpresa general, entró la doncella apresuradamente con una gran bandeja de té. La tarde había pasado muy deprisa. Después del té todos estaban reunidos para dar un paseo.

-¿Les gustaría venir a dar un paseo? -dijo Hermione a cada uno de ellos, uno a uno. Y todos ellos dijeron que sí, sintiéndose de alguna manera como prisioneros a quienes se ordena salir a hacer ejercicio. Sólo Birkin se negó.

-¿Vendrás a dar un paseo, Rupert?

-No, Hermione.

-¿Pero estás seguro?

-Bastante seguro.

Hubo una vacilación de segundos.

-¿Y por qué no? -cantó la pregunta de Hermione.

La respuesta había hecho que su sangre corriese agitadamente por el hecho de ser frustrada, aunque fuese en un asunto tan trivial. Ella pretendía que todos la acompañasen de paseo por el parque.

-Porque no me gusta ir en tropel, como una manada -dijo.

La voz de ella tronó en su garganta durante un momento. Luego dijo con una curiosa calma distraída:

-Entonces dejaremos al muchachito detrás, ya que está enfadado.

Y parecía realmente contenta mientras le insultaba. Pero eso se limitó a ponerle a él rígido.

Ella partió con el resto del grupo, volviéndose sólo para agitarle el pañuelo y hacer ruiditos de risa, cantando:

-Adiós, adiós, muchachito.

-Adiós, bruja impúdica -se dijo él.

Todos cruzaron el parque. Hermione quería enseñarles-los narcisos salvajes que crecían sobre una pequeña ladera.

-Por aquí, por aquí -cantaba a intervalos su perezosa voz. Y todos tenían que ir por ese lado.

Los narcisos eran hermosos, pero ¿quién pudo verlos? Ursula estaba toda rígida

de resentimiento por entonces, resentimiento ante el conjunto de la atmósfera. Gudrun, burlona y objetiva, contemplaba y registraba todo.

Miraba a la tímida cierva, y Hermione hablaba al ciervo como si él también fuese un muchacho a quien ella quisiera dirigir y acariciar. Era un macho, por lo cual ella debía ejercer algún tipo de poder sobre él. Volvieron a la casa a través de los estanques con peces, y Hermione les habló de la pelea entre los cisnes machos, que habían luchado por el amor de la única dama. Ella estallaba de risa mientras contaba cómo el amante rechazado se había sentado con la cabeza escondida bajo el ala sobre la arenilla.

Cuando estuvieron de vuelta en la casa, Hermione se plantó en el césped y cantó con una voz extraña, pequeña y alta, capaz de llegar muy lejos:

-¡Rupert! ¡Rupert! -la primera sílaba era alta y lenta, la segunda caía rápidamente-. ¡R-u-u-u-pert!

Pero no hubo respuesta. Apareció una doncella.

-¿Dónde está el señor Birkin, Alice? -preguntó la suave y distraída voz de Hermione. Pero bajo la voz distraída ¡qué voluntad persistente, casi enfermiza!

-Creo que está en su cuarto, madame.

-¿Es así?

Hermione subió lentamente las escaleras y recorrió el pasillo cantando su pequeña y aguda llamada:

-¡Ru-u-u-pert! ¡Ru-u-u-pertl

Llegó a su puerta y tocó mientras seguía gritando:

-¡Ru-u-u-pertl

-Sí -sonó su voz al fin.

-¿Qué estás haciendo?

La pregunta era suave y curiosa.

No hubo respuesta. Entonces él abrió la puerta.

-Hemos vuelto -dijo Hermione-. Los narcisos están tan bonitos.

-Sí -dijo él-. Los he visto.

Ella le contempló con su mirada larga, lenta, impasible.

-¿De verdad? -dijo. Y quedó mirándole. Pero estimulada por encima de todas las cosas por el conflicto con él, cuando Birkin era como un muchacho enfadado, indefenso, y ella le tenía seguro en Breadalby. Pero por debajo ella sabía que la ruptura estaba llegando, y su odio hacia él era subconsciente e intenso.

-¿Qué estabas haciendo? -repitió con su tono suave, indiferente.

El no contestó, y ella penetró casi inconscientemente en su cuarto. El había cogido un dibujo chino de gansos que había en el tocador y estaba copiándolo con mucha habilidad y viveza.

-¿Estás copiando el dibujo? -dijo de pie junto a la mesa, mirando su trabajo-. Sí. ¡Qué hermosamente lo haces! Te gusta mucho, ¿verdad?

-Es un dibujo maravilloso -dijo él.

-¿No crees? Me encanta que te guste, porque siempre le he tenido cariño. Me lo dio el embajador chino.

-Lo sé.

-¿Pero por qué lo copias? -preguntó melodiosa y casualmente-. ¿Por qué no hacer algo original?

-Quiero conocerlo -repuso él-. Uno aprende más de China copiando este cuadro

que leyendo todos los libros.

-¿Y qué aprendes tú?

Ella quedó atraída al punto, puso manos casi violentas sobre él para extraer sus secretos. Ella debía conocer. Era una espantosa tiranía, una obsesión en ella conocer todo lo que él conocía. El quedó silencioso durante un tiempo, odiando contestarla. Luego, forzado, comenzó:

-Sé a partir de qué centros viven..., lo que perciben y sienten..., la centralidad caliente y punzante de un ganso en el flujo de agua fría y barro..., el curioso calor amargo y punzante de la sangre de ganso entrando en su propia sangre como una inoculación de fuego corruptor..., fuego del barro ardiente de frío..., el misterio del loto.

Hermione le contempló desde sus estrechas y pálidas mejillas. Sus ojos eran extraños y drogados, pesados bajo sus pesados y fláccidos párpados. Su estrecho busto se sacudió convulsivamente. El la miró a su vez, diabólico e incambiante. Ella se volvió con otra extraña convulsión, como de mareo, sintiendo la disolución establecerse en su cuerpo. Porque con su mente ella era incapaz de comprender sus palabras; él la atacaba por debajo de todas sus defensas, la destruía con alguna insidiosa potencia oculta.

-Sí -dijo como si no supiera lo que estaba diciendo-. Sí -y tragó e intentó recuperar su mente. Pero no lo conseguía, su ingenio había desaparecido, estaba descentrada. Aunque pusiese en acción toda su voluntad, no lograba recobrarse. Sufría los espantos de la disolución, rota y desaparecida en una horrible corrupción. Y él estaba allí, mirándola impasible. Salió descarriada, pálida y perseguida como un fantasma, como alguien atacado por las influencias sepulcrales que nos persiguen. Y desapareció como un cadáver sin presencia ni conexión. El permaneció duro y vengativo.

Hermione bajó a cenar extraña y sepulcral, pesados y llenos de oscuridad sepulcral, de fuerza, los ojos. Se había puesto un vestido de viejo brocado verdoso tieso que la ceñía mucho, haciéndola parecer alta y más bien terrible, mortífera. Bajo la alegre luz del cuarto de estar parecía horrenda y opresiva. Pero sentada a la media luz del comedor, bien derecha entre las velas ensombrecidas de la mesa, parecía tan poder, una presencia. Escuchaba y atendía con una atención drogada.

El grupo era alegre y extravagante de aspecto; todos se habían puesto ropa de noche, excepto Birkin y Joshua Mattheson. La pequeña condesa italiana llevaba un traje de terciopelo naranja, oro y negro en suaves bandas anchas. Gudrun llevaba verde esmeralda con un extraño bordado; Ursula iba de amarillo recubierto por velo plateado mate; la señorita Bradley llevaba gris, rojo y azabache; fräulein März iba de azul pálido. Proporcionaba a Hermione una súbita sensación convulsiva de placer ver esos ricos colores bajo la luz de las velas. Era consciente de la conversación que discurría sin cesar, dominando la voz de Joshua; era consciente del incesante gorgoteo de la risa ligera y las respuestas femeninas; de los colores brillantes, de la mesa blanca y de la sombra por encima y por debajo, y parecía estar en un éxtasis de gratificación, convulsa de placer y a pesar de todo enferma, como una revenant. Tomó muy poca parte en la conversación, aunque la oyese toda, pues era toda suya.

Se fueron todos juntos al salón, como si fuesen una familia, fácilmente, sin ninguna atención a ceremonias. Fräulein preparó el café, todos fumaron cigarrillos o pipas de arcilla blanca que aparecieron en un paquete.

-¿Fumará? ¿Cigarrillos o pipa? -preguntaba con gracia fräulein.

Allí había un círculo de personas: sir Joshua, con su aspecto dieciochesco; Gerald,

el joven inglés apuesto y divertido; Alexander, el político alto y apuesto, democrático y lúcido; Hermione, extraña como una larga Casandra, y las mujeres, brillantes de color, fumando debidamente todas ellas sus largas pipas blancas y sentándose en semicírculo en el confortable cuarto de estar, iluminado suavemente, alrededor de los leños que chisporroteaban sobre la chimenea de mármol.

La conversación era muy a menudo política o sociológica, e interesante, curiosamente anarquista. Había una acumulación de fuerza en el cuarto, poderosa y destructiva. Todo parecía ir siendo arrojado en el horno, y a Ursula le parecían todos brujos que ayudasen a servir el caldero. Hubo un frenesí y una satisfacción en ello, pero fue cruelmente agotadora para los recién llegados esa inmisericorde presión mental, esa, mentalidad poderosa, devoradora, destructiva, que emanaba de Joshua, Hermione y Birkin y dominaba al resto.

Pero un mareo, una terrible náusea se posesionó de Hermione. Se produjo una pausa en la conversación, como si hubiese sido detenida por su voluntad inconsciente pero todopoderosa.

-Salsie, ¿por qué no tocas algo? -dijo Hermione separándose completamente de lo anterior-. ¿No querrá alguien bailar? Usted bailará, Gudrun, ¿verdad? Me gustaría que lo hiciese. Anche tu, Palestra, ballerai?... si, per piacere.

Hermione se levantó y tiró lentamente de la banda bordada en oro que colgaba junto a la chimenea, colgándose a ella durante un momento y soltándola luego de repente. Parecía una sacerdotisa, inconsciente, hundida en un pesado semitrance.

Entró un criado y pronto reapareció con los brazos llenos de trajes de seda, chales y pañuelos, en su mayoría cosas orientales que Hermione había coleccionado gradualmente con su gusto por hermosas ropas extravagantes.

-Las tres mujeres bailarán juntas -dijo.

-¿Qué será? -preguntó Alexander levantándose enérgicamente.

-«Vergini delle rochette» -dijo al punto la condesa.

-Son tan lánguidas -dijo Ursula.

-Las tres brujas de Macbeth -sugirió fräulein útilmente.

Finalmente decidieron hacer Naomi, Ruth y Orpah. Ursula era Naomi; Gudrun, Ruth, y la condesa, Orpah.

La idea era hacer un pequeño ballet, al estilo del ballet ruso de Pavlova y Nijinski. La condesa fue quien se preparó de nuevo; Alexander fue hacia el piano y se despejó un espacio. Orpah, con hermosas ropas orientales, comenzó a bailar lentamente la muerte de su esposo. Entonces llegó Ruth y lloraron juntas, lamentándose; luego Naomi vino a consolarlas. Todo ello se hizo sin palabras; las mujeres danzaron su emoción con gestos y movimientos. El pequeño drama prosiguió durante un cuarto de hora.

Ursula estaba muy bien como Naomi. Todos los hombres habían muerto, sólo le quedaba permanecer sola con indomable decisión, sin exigir nada. Ruth, que amaba a las mujeres, la quería. Orpah era una viuda animada, sensacional, sutil, que volvería a su vida anterior, una repetición. La interacción entre las mujeres era real y bastante asustadora. Era extraño ver cómo se colgaba Gudrun con pasión densa y desesperada de Ursula, aunque sonriese contra ella con sutil malevolencia, cómo aceptaba silenciosamente Ursula, incapaz de conseguir nada más para sí o para la otra, pero peligrosa e indomable, refutando su pesar.

A Hermione le encantaba contemplar. Podía ver el rápido sensacionalismo, como

de comadreja, de la condesa; la adhesión última pero traicionera de Gudrun a la mujer en su hermana; la peligrosa indefensión de Ursula, como si fuese sopesada contra su voluntad y retenida.

-Ha sido muy bello -gritaron todos unánimemente.

Pero Hermione se estremeció en su alma, sabiendo lo que no podía saber. Gritó pidiendo más danza, y fue su voluntad quien puso a moverse burlescamente a la condesa y a Birkin como Malbrouk.

Gerald estaba excitado por la desesperada adhesión de Gudrun a Naomi. La esencia de esa temeridad y burla femenina, subterránea, penetraba su sangre. Le era imposible olvidar su gravedad levantada, ofrecida, des. garrada, temeraria pero burlona. Y Birkin, contemplando como un cangrejo ermitaño desde su agujero, había visto la brillante frustración e indefensión de Ursula. Ella era rica, llena de poder peligroso. Era como un capullo extrañamente inconsciente de poderosa femineidad. Se sentía inconscientemente arrastrado hacia ella. Ella era su futuro.

Alexander tocó algo de música húngara y bailaron todos, cautivados por el espíritu. Gerald se encontraba maravillosamente feliz en movimiento, moviéndose hacia Gudrun, bailando con pies que no podían aún escapar del vals y los dos pasos, pero notando arder la fuerza a lo largo de sus miembros y su cuerpo, libre de cautividad. No sabía aún cómo bailar su danza convulsiva, especie de rag-time, pero sabía cómo empezar. Birkin, cuando pudo liberarse del peso de los presentes, que le desagradaban, bailó rápidamente y con verdadera jovialidad. Y cómo le odió Hermione por esa jovialidad irresponsable.

-Ahora veo -exclamó excitadamente la condesa,
contemplando su movimiento puramente jovial-. El señor Birkin es un cambiante.

Hermione la miró lentamente y se estremeció, sabiendo que sólo una extranjera podría haber visto y dicho eso.

-Cosa vuol 'dire, Palestra? -preguntó canturreando.

-Mire -dijo la condesa en italiano-. El no es un hombre, es un camaleón, una criatura de cambio.

-No es un hombre, es un traidor, no es de los nuestros -se dijo la conciencia de Hermione.

Y su alma sufría en el negro sometimiento a él, debido a su capacidad para escapar, para existir de modo distinto al de ella, porque no era consistente, no era un hombre, era menos que un hombre. Ella le odiaba con una desesperación que conmovía y demolía, de tal manera que sufría una aguda disolución como si fuese un cadáver y no era consciente de nada, excepto la horrible enfermedad corruptora que estaba ocurriendo dentro de ella, cuerpo y alma.

Estando la casa llena, Gerald recibió el cuarto más pequeño -realmente un vestidor-, que comunicaba con el dormitorio de Birkin. Cuando todos cogieron sus velas y subieron las escaleras, donde las lámparas ardían con llama mínima, Hermione capturó a Ursula y se la '.levó a su propio dormitorio para hablar con ella. Una especie de presión cayó, sobre Ursula en el dormitorio grande y extraño. Hermione, terrible y germinal, parecía solicitar algo de ella, hacer alguna petición. Estaba mirando algunas camisas indias de seda espléndidas y sensuales, casi corruptas. Hermione se aproximó, su busto tembló, y Ursula quedó por un momento vacía, poblada únicamente por el pánico. Y por un momento los ojos ojerosos de Hermione vieron el miedo sobre el rostro de la otra,

hubo de nuevo una especie de choque, un derrumbamiento. Ursula recogió una camisa de rica seda roja y azul, hecha para una joven princesa de catorce años, y estaba exclamando mecánicamente:

-¿Verdad que es maravillosa? ¿Quién se atrevería a juntar dos colores tan fuertes como éstos...?

Entonces penetró silenciosamente la doncella de Hermione, y Ursula, abrumada por el espanto, escapó transportada por un poderoso impulso.

Birkin se fue directo a la cama. Se estaba sintiendo feliz y somnoliento. Estaba feliz desde que bailara. Pero Gerald quería hablar con él. Con ropa de dormir, Gerald se sentó sobre la cama de Birkin cuando el otro ya estaba dentro e insistió en hablar.

-¿Quiénes son las dos Brangwen? -preguntó Gerald.

-Viven en Beldover.

-¡En Beldover! ¿Quiénes son entonces?

-Profesoras en la escuela.

Hubo una pausa.

-¡Vaya! -acabó exclamando Gerald-. Me pareció haberlas visto antes.

-¿Te decepciona? -dijo Birkin.

-¡Cómo que si me decepciona! No..., pero ¿por que las tiene aquí Hermione?

-Conoció a Gudrun en Londres..., la más joven, con el pelo más oscuro..., que es una artista..., hace escultura y modelado.

-Entonces no es profesora de la escuela, sólo la otra.

-Ambas. Gudrun da clases de arte, y Ursula es maestra.

-¿Y qué es el padre?

-Instructor de trabajos manuales en las escuelas.

-¡Realmente!

-¡Las barreras de clase se están derrumbando!

Gerald se sentía siempre incómodo ante el tono levemente burlón del otro.

-¡Su padre es instructor de trabajos manuales en una escuela! ¿Y a mí qué me importa?

Birkin rió. Gerald miró su rostro mientras reía amargo e indiferente sobre la almohada, y no pudo marcharse.

-Supongo que no verás mucho más a Gudrun. Es un pájaro inquieto, se habrá ido en una semana o dos -dijo Birkin.

-¿Dónde irá?

-Londres, París, Roma... Dios sabe. Siempre espero que se escape a Damasco o a San Francisco; es un ave del paraíso. Dios sabe qué tiene que ver con Beldover. Va por contrarios, como los sueños.

Gerald reflexionó unos pocos momentos.

-¿Cómo la conoces tan bien? -preguntó.

-La conocí en Londres -repuso él-, en el grupo del Algernon Strange. Habrá oído hablar de Minette, Libídnikov y el resto, aunque a lo mejor no les conoce personalmente. Ella nunca fue de ese grupo realmente..., es más convencional de alguna manera. Supongo que la conozco hace un par de años.

-¿Y gana ella dinero aparte de sus clases? -preguntó Gerald.

-Algo... irregularmente. Puede vender sus tallas. Tiene cierto reclamo.

-¿Por cuánto?

-Una guinea, diez guineas.

-¿Y son buenas? ¿Qué son?

-A veces pienso que son maravillosamente buenas. Suyos son los aguzanieves del vestidor de Hermione, los has visto, tallados en madera y pintados.

-Pensé que era también una talla salvaje.

-No, suya. Eso es lo que hace: pájaros y animales, a veces gente pequeña extraña con ropa cotidiana; realmente maravillosos cuando resultan. Tiene una especie de humor bastante inconsciente y sutil.

-¿Crees que algún día podrá ser una artista conocida? -reflexionó Gerald.

-Podría. Pero no creo. Abandona el arte si cualquier otra cosa se apodera de ella. Su espíritu de contradicción impide que lo tome en serio... Ella nunca debe ser demasiado seria, siente que así podría perderse. Y no quiere perderse..., está siempre a la defensiva. Eso es lo que no puedo soportar en las gentes de su tipo. Por cierto, ¿cómo terminaron las cosas con Minette después de que me fui? No he oído nada.

-Oh, más bien mal. Halliday se puso inaguantable, y me pude salvar por poco de pegarle saltos sobre el estómago en una verdadera pelea pasada de moda.

Birkin estaba silencioso.

-Naturalmente -dijo-. Julius es algo demente. Por una parte, ha padecido manía religiosa, y por otra, le fascina la obscenidad. O bien es un puro criado que lava los pies de Cristo o bien está haciendo dibujos obscenos de Jesús, acción y reacción, y entre las dos cosas no hay nada. Está realmente loco. Quiere un puro lirio, otra chica con un rostro de Botichelli por un lado, y por el otro ha de tener a Minette, sencillamente para envilecerse con ella.

-Eso es lo que no logro entender -dijo Gerald-. ¿Ama o no ama a Minette?

-Ni la ama ni deja de amarla. Ella es la ramera, la efectiva ramera del adulterio para él. Y él ansía lanzarse sobre su inmundicia. Entonces se levanta e invoca en nombre del lirio de la pureza a la muchacha de rostro infantil, y así disfruta toda la gama. Es la vieja historia, acción y reacción, sin nada entre medias.

-No le he visto -dijo Gerald tras una pausa- insultar tanto a Minette. Ella me choca por lo infame.

-Pues a mí me parecía que te gustaba -exclamó Birkin-. Yo siempre le tuve cariño. También es cierto que nunca tuve nada que ver con ella a nivel personal.

-Sí que me gustó un par de días -dijo Gerald-. Pero una semana hubiese sido demasiado. En la piel de esas mujeres hay cierto olor que acaba siendo indescriptiblemente desagradable... aunque al principio te guste.

-Lo sé -dijo Birkin. Luego añadió, más bien con mal humor-. Pero es mejor que te vayas a la cama, Gerald. Dios sabe qué hora será.

Gerald miró su reloj y acabó por levantarse de la cama e irse a su cuarto. Pero volvió a los pocos minutos, en camisa.

-Una cosa -dijo sentándose de nuevo sobre la cama-. Terminamos de manera más bien tormentosa, y no tuve tiempo de darle nada.

-¿Dinero? -dijo Birkin-. Ella obtendrá lo que quiere de Halliday- o de alguno de sus conocidos.

-Pero entonces -dijo Gerald-, preferiría darle su estipendio y zanjar la cuenta.

-A ella no le importa.

-No, quizá no. Pero uno siente que la cuenta quedó abierta, y preferiría tenerla

cerrada.

-¿Lo preferirías? -dijo Birkin.

Estaba mirando las piernas blancas de Gerald mientras éste se sentaba al lado de la cama sólo con la camisa puesta. Eran piernas de piel blanca, llenas, fuertes, bellas y musculosas, bien hechas y decididas. Sin embargo, emocionaban a Birkin con una especie de pathos de ternura, como si fuesen infantiles.

-Pienso que preferiría cerrar la cuenta -dijo Gerald repitiéndose vagamente.

-Da igual un modo u otro -dijo Birkin.

-Siempre dices que no importa -dijo Gerald algo asombrado, mirando el rostro del otro hombre afectuosamente.

-Y así es -dijo Birkin.

-Pero ella era del tipo decente, realmente...

-Da a la mujer del César las cosas que son de la mujer del César -dijo Birkin volviéndose hacia un lado. Le pareció que Gerald hablaba por hablar-. Vete, me fatiga..., es demasiado tarde -dijo.

-Me gustaría que me contases algo que efectivamente importase -dijo Gerald mirando todo el tiempo el rostro del otro hombre, esperando algo. Pero Birkin desvió su rostro.

-De acuerdo, vete a dormir -dijo Gerald, y poniendo afectuosamente la mano §obre el hombro del otro hombre se marchó.

Por la mañana, cuando Gerald se despertó y oyó moverse a Birkin, dijo:

-Sigo pensando que le debía dar a Minette algo de dinero.

-¡Buen Dios! -dijo Birkin-. No seas tan positivista. Cierra la cuenta en tu propia alma, si quieres. Es allí donde no la puedes cerrar.

-¿Cómo sabes que no?

-Conociéndote.

Gerald meditó algunos momentos.

-Sabes que con las Minettes lo que me parece correcto es pagarlas.

-Y la cosa correcta con las amantes es mantenerlas. Y la cosa correcta con las esposas es vivir bajo el mismo techo que ellas.. Integer vitae scelerisque urus... -dijo Birkin.

-No hace falta ser malévolo -dijo Gerald.

-Me aburre. No me interesan tus pecadillos.

-Y a mí no me importa si te interesan o no..., me interesan a mí.

La mañana era soleada otra vez. La doncella había entrado trayendo agua y descorriendo las cortinas. Sentado en la cama, Birkin miraba perezoso y satisfecho el parque tan verde y desierto, romántico, perteneciente al pasado. Estaba pensando qué encantadoras, qué seguras, qué formadas, qué definitivas eran las cosas del pasado -el encantador pasado cumplido-; esa casa tan inmutable y dorada, durmiendo el parque sus siglos de paz. Pero ¡qué cepo y qué ilusión eran esa belleza de las cosas estáticas, qué prisión muerta y realmente horrible era Breadalby, qué intolerable confinamiento su paz! Sin embargo, era mejor que el sórdido y revuelto conflicto del presente. $i solamente uno pudiese crear el futuro de acuerdo con el corazón de uno..., el corazón pedía incesantemente una pequeña verdad pura, una pequeña aplicación firme de simple verdad a la vida.

-No sé qué me dejarás para que me interese -vino la voz de Gerald desde el cuarto

inferior-. Ni las Minettes, ni las minas, ni nada.

-Interésate por lo que puedas, Gerald. Sólo que yo no estoy interesado -dijo Birkin.

-¿Qué debo hacer entonces? -vino la voz de Gerald.

-Lo que quieras. ¿Qué debo hacer yo?

Birkin notaba a Gerald reflexionando sobre esto en el silencio.

-Maldito si lo sé -vino la respuesta bienhumorada.

-Ya ves -dijo Birkin-, parte de ti desea a Minette y sólo a Minette, parte de ti desea las minas, el negocio y nada sino el negocio..., y ahí estás, todo fragmentado...

-Y parte de mí quiere otra cosa -dijo Gerald con una voz rara, tranquila, real.

-¿Qué? -dijo Birkin, más bien sorprendido. -Eso es lo que esperaba que me dijeses -dijo Gerald.

Hubo silencio durante algún tiempo.

-No puedo decírtelo..., no logro encontrar mi propio camino, mucho menos el tuyo. Podrías casarte -repuso Birkin.

-¿Quién..., Minette? -preguntó Gerald.

-Quizá -dijo Birkin.

Se levantó y fue hacia la ventana.

-Esa es tu panacea -dijo Gerald-. Pero no la has probado contigo mismo y estás bastante enfermo.

-Lo estoy -dijo Birkin-. Pero saldré de ello con bien.

-¿A través del matrimonio?

-Sí -repuso parcamente Birkin.

-Y no -añadió Gerald-. No, no, no, muchacho.

Hubo un silencio entre ellos y una extraña tensión de hostilidad. Siempre mantenían un vacío, una distancia entre ellos. Deseaban siempre ser libres uno con respecto del otro. Sin embargo, había una curiosa tirantez sentimental recíproca.

-Salvator femininus -dijo Gerald satíricamente.

-¿Por qué no? -dijo Birkin.

-No hay inconveniente alguno -dijo Gerald-, si funciona realmente. Pero ¿con quién te casarás?

-Una mujer -dijo Birkin.

-Bien -dijo Gerald.

Birkin y Gerald fueron los últimos en bajar a desayunar. A Hermione le gustaba que todos estuviesen pronto. Sufría cuando pensaba que su día resultaba disminuido, sentía que había perdido vida. Parecía coger por la garganta las horas, extraer a la fuerza su vida de ellas. Estaba más bien pálida y demacrada, como abandonada, por la mañana. Sin embargo, tenía su poder, su voluntad era extrañamente penetrante. Con la entrada de los dos jóvenes se sintió una súbita tensión.

Ella levantó el rostro y dijo con su divertido canturreo:

-¡Buenos días! ¿Dormisteis bien? Me alegra tanto.

Y se giró, ignorándoles. Birkin, que la conocía bien, vio que pretendía actuar como si no existieran.

-¿Cogerán ustedes lo que deseen de la mesa lateral? -dijo Alexander con una voz que sugería levemente reproche-. Espero que las cosas no estén frías. ¡Oh, no! ¿Le importa a usted apagar la llama que hay debajo del plato calentador, Rupert?

Incluso Alexander estaba más bien autoritario allí donde Hermione se mostraba distante. Era inevitable que adoptase su tono a partir de ella. Birkin se sentó y miró a la mesa. Estaba tan acostumbrado a esta casa, a este cuarto, a esta atmósfera, tras años de intimidad, y ahora se sentía completamente opuesto a todo ello, no tenía nada que ver con él. ¡Qué bien conocía a Hermione, sentada allí, derecha, silenciosa y algo estúpida aunque tan potente, tan poderosa! La conocía estáticamente, tan definitivamente que era casi como una locura. Era difícil creer que uno no estaba loco, que uno no era una figura en el vestíbulo de reyes de alguna tumba egipcia, donde los muertos se sentaban todos inmemoriales y tremendos. ¡Qué profundamente conocía a Joshua Matheson, que estaba hablando con su voz áspera pero más bien afectada, inacabablemente, siempre haciendo funcionar una mentalidad fuerte, siempre interesante y, sin embargo, siempre conocido, siempre sabido de antemano lo que decía, por novedoso que fuese e ingenioso! Alexander, el anfitrión al día, tan exangüemente libre y fácil; fräulein interrumpiendo tan monamente las conversaciones para asentir justamente cuando debería; la pequeña condesa italiana anotando allí a todos, jugando su jueguecito objetivo y frío, como una comadreja que contemplase todo y extrajese su propio pasatiempo, sin entregarse nunca lo más mínimo, y luego la señorita Bradley, pesada y más bien servil, tratada con desprecio frío y casi divertido por Hermione y, en consecuencia, ignorada por todos...; qué conocido era todo ello, como un juego con las figuras preparadas, las mismas figuras, la reina del ajedrez, los alfiles, los peones; igual ahora que hace cientos de años, las mismas figuras dando vueltas en una de las innumerables permutas que constituyen el juego. Pero el juego era conocido, que continuase era una locura, de tan agotado como se encontraba.

Estaba Gerald, con una mirada divertida en el rostro; el juego le gustaba. Estaba también Gudrun, contemplando con los ojos fijos, grandes, hostiles; el juego la fascinaba y al mismo tiempo la asqueaba. Estaba Ursula, con una mirada levemente sorprendida, como si estuviera dolida y el dolor se encontrase justamente fuera de su conciencia.

Birkin se levantó de repente y salió.

-Basta -se dijo involuntariamente a sí mismo.

Hermione conocía su movimiento, aunque no conscientemente. Levantó sus pesados ojos y lo vio desaparecer de repente sobre una marea súbita, desconocida, y las olas romper sobre ella. Sólo su voluntad indomable permaneció estática y mecánica mientras ella quedaba sentada en la mesa haciendo sus observaciones meditabundas, extraviadas. Pero una oscuridad la había cubierto, ella era como un barco que se había ido a pique. Estaba terminado para ella también, había naufragado en la oscuridad. Pero el mecanismo sin fallo de su voluntad siguió funcionando, ella tenía esa actividad.

-¿Nos bañaremos esta mañana? -dijo, mirando de repente a todos.

-Espléndido -repuso Joshua-. Es una mañana espléndida.

-Oh, es hermosa -dijo fräulein.

-Sí, bañémonos -dijo la mujer italiana.

-No tenemos traje de baño -dijo Gerald.

-Use el mío -dijo Alexander-. Debo ir a la iglesia y leer los oficios. Me esperan.. -

-¿Es usted cristiano? -preguntó la condesa italiana con súbito interés. "

-No -dijo Alexander-. No lo soy. Pero creo en la conservación de las viejas instituciones.

-Son tan hermosas -dijo fraülein delicadamente.

-Oh, lo son -exclamó la señorita Bradley.

Todos ellos salieron al césped. Era una mañana suave y soleada del comienzo del verano, cuando la vida corre sutilmente por el mundo como una reminiscencia. Las campanas de la iglesia estaban tocando a alguna distancia; no había una nube en el cielo;. los cisnes eran como lirios sobre los estanques; los pavos reales caminaban con pasos largos y airosos cruzando la sombra hacia la parte soleada del césped. Uno deseaba hundirse en la pasada perfección de todo ello.

-Adiós -dijo Alexander, agitando sus guantes alegremente, y desapareció tras los arbustos, de camino hacia la iglesia.

-Ahora -dijo Hermione-, ¿nos bañaremos todos?

-Yo no -dijo Ursula.

-¿No quiere usted? -dijo Hermione mirándola lentamente.

-No. No quiero -dijo Ursula.

-Ni yo -dijo Gudrun.

-¿Qué hay de mi traje de baño? -preguntó Gerald.

-No sé -rió Hermione con una entonación rara, divertida-. ¿Servirá un pañuelo..., un pañuelo grande?

-Servirá -dijo Gerald.

-Venga entonces -cantó Hermione.

La primera en correr cruzando el prado fue la pequeña italiana, reducida y como un gato, brillando sus piernas blancas y con la cabeza levemente agachada, envuelta en un pañuelo de seda oro. Pasó por la puerta, recorrió la hierba y se quedó como una minúscula figura de marfil y bronce ante la orilla del agua sin su toalla, contemplando a los cisnes que se aproximaron sorprendidos. Entonces salió corriendo la señorita Bradley, como una ciruela grande y suave en su traje azul oscuro. Luego vino Gerald con un pañuelo de seda escarlata alrededor de los riñones y con la toalla sobre los brazos. Parecía pavonearse un poco bajo el sol, caminando al azar y riendo, moviéndose fácilmente y pareciendo blanco pero natural en su desnudez. Entonces vino sir Joshua con un albornoz, y por último, Hermione, caminando con rígida gracia desde una gran túnica de seda púrpura, cogido el pelo con cintas púrpura y oro. Su cuerpo rígido y largo era esbelto, como sus piernas blancas y derechas; hubo una magnificencia estática a su alrededor mientras dejaba que los faldones flotasen sueltos al caminar. Cruzó el césped como algún recuerdo extraño y pasó lenta y majestuosamente hacia el agua.

Había tres estanques en terrazas que bajaban hacia el valle, grandes, suaves y bellos bajo el sol. El agua corría sobre un pequeño muro de piedra con pequeños cantos cayendo a borbotones desde un estanque al de nivel inferior. Los cisnes se habían ido a la orilla opuesta, los juncos oían dulcemente, una débil brisa tocaba la piel.

Gerald había buceado después de sir Joshua, nadando hasta el otro lado del estanque. Allí se subió al muro y quedó sentado sobre él. El agua era profunda en ese lugar, y la pequeña condesa estaba nadando como una rata para unírsele. Se sentaron ambos al sol, riendo y cruzando los brazos sobre sus pechos. Sir Joshua nadó hacia ellos y quedó cerca, metido en el agua hasta las axilas. Entonces Hermione y la señorita Bradley se acercaron nadando y se sentaron formando círculo sobre el margen.

-¿No te dan terror? ¿No te dan realmente terror? -dijo Gudrun-. ¿No parecen saurios? Son justamente como grandes reptiles. ¿Has visto alguna vez cosa parecida a sir Joshua? Pero realmente, Ursula, él pertenece al mundo primordial, cuando iban por ahí

arrastrándose grandes lagartos.

Gudrun miraba con espanto a sir Joshua, que estaba de pie con el agua llegándole al pecho, aplastado su pelo largo y grisáceo contra los ojos y creciéndole el cuello en hombros espesos, crudos. Estaba hablando con la señorita Bradley, que, sentada sobre el banco superior, maciza, grande y mojada, parecía capaz de rodar y deslizarse hacia el agua casi como uno de los resbalosos leones marinos del zoológico. Ursula observaba en silencio. Gerald estaba riendo alegremente entre Hermione y la italiana. El le recordaba a Dionisos, porque su pelo era realmente amarillo, su figura tan llena y sonriente. Hermione, con su gracia amplia, tiesa, siniestra, se inclinaba cerca de él, asustadora, como si no fuese realmente responsable de lo que pudiera hacer. El sabía que había cierto peligro en ella, una demencia convulsiva. Pero sólo le hacía reír más, girándose a menudo hacia la pequeña condesa, que tenía vuelto hacia él un rostro deslumbrado.

Se metieron todos en el agua y nadaron juntos como una manada de focas. Hermione era poderosa e inconsciente en el agua, grande, lenta y poderosa; Palestra era rápida y silenciosa como una rata acuática; Gerald movía los brazos y centelleaba, una blanca sombra natural. Entonces salieron uno detrás de otro y se dirigieron a la casa.

Pero Gerald se detuvo un momento para hablar con Gudrun.

-¿No le gusta el agua? -dijo él.

Ella le miró de modo lento, largo, inescrutable, mientras él estaba ante ella negligentemente, con gotas de agua sobre toda su piel.

-Me gusta mucho -repuso ella.

El se detuvo, espetando algún tipo de explicación.

-¿Y nada?

-Sí, nado.

Pero él siguió sin preguntarle por qué no se había metido entonces. Podía notar algo irónico en ella. Se alejó, picado por primera vez.

-¿Por qué no se quiso usted bañar? -le preguntó de nuevo, más tarde, cuando era una vez más el joven inglés bien vestido.

Ella vaciló un momento antes de contestar, frenando su persistencia.

-Porque no me gusta la muchedumbre -repuso ella.

El rió, la frase parecía levantar ecos en su conciencia. El aroma del acento de ella le resultaba picante. Quisiera o no, ella significaba el mundo real para él. El deseaba estar a la altura de las pautas de ella, cumplir las expectativas de ella. Sabía que el criterio de ella era el único que importaba. Los otros eran todos desplazados, instintivamente, fuesen lo que fuesen socialmente. Y Gerald no podía evitarlo, estaba abocado a luchar por adecuarse al criterio de ella, a cumplir la idea de ella sobre un hombre y un ser humano.

Tras el almuerzo, cuando todos los demás se retiraron, Hermione, Gerald y Birkin se quedaron terminando su charla. Había habido alguna discusión, en conjunto bastante intelectual y artificial, sobre un nuevo estado, un nuevo mundo del hombre. Suponiendo que este viejo estado social estuviese roto y destruido, ¿qué surgiría entonces del caos?

-La gran idea social -dijo sir Joshua- era la igualdad social del hombre.

-No -dijo Gerald-, la idea era que todo hombre era idóneo para su propia y pequeña parte de una tarea..., déjesela hacerla y luego que se complazca como quiera. El principio unificador era el trabajo a mano. Sólo el trabajo, el asunto de la producción, mantenía unidos a los hombres. Era mecánico, pero la sociedad es un mecanismo. Aparte del trabajo, los hombres quedaban aislados, libres para hacer lo que quisieran.

-¡Oh! -exclamó Gudrun-. Entonces ya no tendremos hombres..., seremos como los alemanes, nada sino
herr Obermeister y herr Untermeister. Puedo imaginarlo... -Soy la señora Directora de-Minas Crich, soy la señora Miembro-del-Parlamento Roddice. Soy la señorita Profesora de Arte Brangwen.i Muy bonito eso.

-Las cosas funcionarían mucho mejor, señorita Profesora-de-Arte Brangwen -dijo Gerald.

-¿Qué cosas, señor Director-de-Minas Crich? ¿La relación entre usted y yo par exemple?

-Sí, por ejemplo -exclamó la italiana-. ¡Lo que es entre hombres y mujeres...!

-Eso es no-social -dijo sarcásticamente Birkin.

-Exactamente -dijo Gerald-. Entre una mujer y yo la cuestión social no penetra. Es mi propio asunto.

-Apuesto un billete de diez libras -dijo Birkin.

-¿No admite usted que una, mujer es un ser social? -preguntó Ursula a Gerald.

-Es ambas cosas -dijo Gerald-. Es un ser social en lo que se refiere a la sociedad. Pero en cuanto a su propio ser privado es un agente libre, lo que hace es cosa suya.

-¿Pero no será bastante difícil combinar las dos mitades? -preguntó Ursula.

-Oh, no -repuso Gerald-. Se componen naturalmente..., lo vemos aquí, ahora, en todas partes.

-No rías tan complacido antes de salir del bosque -dijo Birkin.

Gerald frunció el ceño con irritación momentánea.

-¿Me estaba riendo? -dijo.

-Si -dijo al fin Hermione- pudiéramos simplemente comprender que en el espíritu somos todos uno, todos iguales en el espíritu, todos hermanos allí..., el resto no importaría, no habría ya esta capciosidad, esta envidia y esta lucha por el poder que destruye, sólo destruye.

Este discurso fue recibido en silencio y casi inmediatamente el grupo se levantó de la mesa. Pero cuando los otros se marcharon, Birkin se dio la vuelta con amarga declamación, diciendo:

-Es justamente lo opuesto, justamente lo contrario, Hermione. Todos somos diferentes y desiguales en espíritu..., las únicas diferencias basadas sobre condiciones materiales, accidentales son las diferencias sociales.

Todos somos abstracta, temáticamente iguales, si prefieres. Todo hombre tiene hambre y sed, dos ojos, una nariz y dos piernas. Somos todos lo mismo en cuanto a número. Pero espiritualmente hay pura diferencia y no cuenta ni la igualdad ni la desigualdad. Sobre estos dos trozos de conocimiento debes fundar un estado. Tu democracia es una mentira absoluta, tu fraternidad humana una pura falsedad, si la aplicas más allá de la abstracción matemática. Todos bebimos leche primero, todos comemos pan y carne, todos queremos conducir coches de motor...; allí yace el comienzo de la fraternidad humana, pero nada de igualdad. Pero yo, yo mismo, ¿quién soy, qué me importa la igualdad respecto de cualquier otro hombre o mujer? En espíritu estoy tan separado como una estrella de otra, tan diferente en cantidad y cualidad. Establece un estado sobre eso. Un hombre no es para nada mejor que otro, no porque sean iguales, sino porque son intrínsecamente otros, porque no hay término de comparación. Tan pronto como empiezas a comparar un hombre resulta ser mucho mejor que otro; toda la

desigualdad que puedas imaginar se encuentra allí por naturaleza. Yo quiero que todo hombre participe en los bienes del mundo, de manera que me vea librado de esta inoportunidad, de manera que pueda decirle: «Ahora tienes lo que deseas..., tienes tu parte justa del mundo. Ahora, estúpido parlanchín, ocúpate de ti mismo y no me estorbes.»

Hermione le estaba mirando de soslayo. Birkin podía sentir violentas olas de odio y asco ante todo cuanto él decía saliendo de ella. Eran odio y asco dinámicos que surgían fuertes y negros de la inconsciencia. Ella escuchó sus palabras en su yo inconsciente, conscientemente fue como si estuviese sorda, no les prestó atención.

-Suena a megalomanía, Rupert -dijo Gerald jovialmente.

Hermione dejó escapar un ruido extraño, ronco. Birkin se echó hacia atrás.

-Sí, déjalo -dijo de repente, sin tono alguno en la voz que había sido tan insistente y grave para todos. Y se fue.

Pero luego sintió algo de remordimiento. Había sido violento, cruel con el pobre Hermione. Quería recompensarla, arreglarlo. Le había hecho daño, había sido vengativo. Quería estar en buenas relaciones con ella otra vez.

Entró en su vestidor, un lugar remoto y muy almohadillado. Ella estaba sentada ante su mesa, escribiendo cartas. Levantó el rostro abstraídamente cuando él entró, le miró ir hacia el sofá y sentarse. Entonces fijo la vista de nuevo sobre su papel.

El cogió un gran volumen que había estado leyendo antes y se enfrascó inmediatamente en la lectura. Tenía la espalda vuelta hacia Hermione. Ella no podía continuar escribiendo. Toda su mente era un caos golpeado por la oscuridad, donde lucha con un remolino de agua. Pero a pesar de sus esfuerzos estaba exhausta, la oscuridad pareció romper sobre ella, se sentía como si su corazón fuese a estallar. La terrible tensión se hizo más y más fuerte, era la más espantosa de las agonías, como ser emparedado.

Y entonces comprendió que la presencia de él era la pared, que su presencia la estaba destruyendo. A menos que pudiese escapar, ella moriría del modo más espantoso, emparedada en horror. Y él era la pared. Ella debía romper la pared..., debía romperle ante ella, la horrenda obstrucción de él que obstruía la vida de ella absolutamente. Tenía que hacerse o ella perecería del modo más horrible.

Recorrían su cuerpo terribles descargas semejantes a calambres, como si muchos voltios de electricidad la hubiesen alcanzado de repente. Era consciente de él, sentado allí silenciosamente, una obstrucción maligna impensable. Sólo eso ocupaba su mente, oprimiendo su respiración; esa presencia silenciosa y de espaldas, la parte de atrás de su cabeza.

Un estremecimiento voluptuoso terrible recorrió sus brazos..., ella iba a conocer su consumación voluptuosa. Sus brazos temblaron y eran fuertes, inconmensurables e irresistiblemente fuertes. ¡Qué deleite, qué deleite en la fuerza, qué delirio de placer! Ella iba a lograr la consumación del éxtasis voluptuoso. ¡Estaba llegando! Con el terror y la agonía más extremos sabía que estaba ahora sobre ella, en forma de pura fruición. Su mano se cerró sobre una bola azul y hermosa de lapislázuli, usada como pisapapeles en su escritorio. La hizo girar en su mano y se levantó silenciosamente. El corazón era una pura llama en su pecho, ella estaba en éxtasis puramente inconsciente. Se movió hacia él y quedó de pie detrás durante un momento, en éxtasis. El, encerrado dentro del hechizo, permaneció inmóvil e inconsciente.

Entonces, rápidamente, en una llama que inundó su cuerpo como relámpago fluido y le proporcionó una impronunciable consumación perfecta, una satisfacción impronunciable, bajó la bola de piedra preciosa con toda su fuerza sobre la cabeza de él. Pero sus dedos amortiguaron el golpe. Sin embargo, la cabeza bajó hasta la mesa donde yacía su libro, la piedra resbaló lateralmente sobre su oreja; fue una convulsión de puro éxtasis para ella, encendida por el dolor aplastado de sus dedos. Pero de algún modo no era completo. Levantó alto el brazo para apuntar, una vez más, directamente sobre la cabeza que yacía aturdida en la mesa. Debía aplastarla, era necesario aplastarla para que su éxtasis se consumase, se cumpliese para siempre. Mil vidas, mil muertes, nada importaban ahora, sólo el cumplimiento de ese éxtasis perfecto.

No fue rápida, sólo se podía mover lentamente. Un espíritu fuerte en él le despertó, haciéndole levantar el rostro y volverlo en dirección a ella. Su brazo estaba levantado, aferrando con la mano la bola de lapislázuli. Era su mano izquierda, él comprendió una vez más con horror que ella era zurda. Rápidamente, con un movimiento de enterrarse, se cubrió la cabeza bajo el espeso volumen de Tucídides, y el golpe bajó rompiéndole casi el cuello y conmoviendo su corazón.

Estaba conmovido, pero no asustado. Girándose para hacerle frente, tiró la mesa y se alejó de ella. El era como un frasco pulverizado, se sentía todo en fragmentos, aplastado en trozos. Sin embargo, sus movimientos fueron perfectamente coherentes y claros, su alma estaba entera y sin sorprender.

-No lo harás, Hermione -dijo con una voz baja-. No te dejo.

La vio de pie, alta, lívida y atenta, aferrando tensamente la piedra en su mano.

-Apártate y deja que me vaya -dijo él acercándose.

Ella se apartó como si hubiese sido movida por alguna mano, contemplándole todo el tiempo sin cambiar, como un ángel neutralizado haciéndole frente.

-No sirve -dijo él cuando ya había pasado por delante de ella-. No seré yo quien muera. ¿Oyes?

Siguió mirándola hasta salir, para que no pudiese golpear de nuevo. Mientras él estaba en guardia ella no osó moverse. Y él estaba en guardia, ella sin poder. Así se fue, y ella se quedó de pie.

Permaneció perfectamente rígida durante un largo tiempo. Luego se fue tambaleando hacia la cama y se tumbó, durmiéndose profundamente. Cuando despertó recordó lo que había hecho, pero le pareció que se había limitado a golpearle, como cualquier mujer podría haberlo hecho, porque la torturaba. Ella había obrado perfectamente. Sabía que, espiritualmente, estaba en lo cierto. El su propia pureza infalible había hecho lo que debía hacerse. Estaba en lo cierto, era pura. Una expresión religiosa drogada, casi siniestra, se hizo permanente en su rostro.

Birkin, apenas consciente pero perfectamente directo en su movimiento, salió de la casa y, cruzando el parque, se dirigió a campo abierto, hacia las colinas. El día brillante se había estropeado, caían gotas de lluvia. Paseó por una ribera salvaje donde había macizos de avellano, muchas flores, setos de brezo y pequeños haces de abetos jóvenes con suaves agujas, Estaba bastante húmedo por todas partes; había un riachuelo corriendo por el fondo del valle, que era sombrío o lo parecía. Birkin era consciente de que no podía recuperar su conciencia, de que se estaba moviendo en una especie de oscuridad.

Sin embargo, deseaba algo. Era feliz en la ladera húmeda, demasiado crecida y oscura de arbustos y flores. Quería tocarlos todos, saturarse con el tacto de todos. Se

quitó la ropa y se sentó desnudo entre las flores, moviendo suavemente su pie entre ellas, sus piernas, sus rodillas, sus brazos hasta las axilas, tumbándose y dejando que tocasen su vientre y su pecho. Su tacto era tan fino, fresco y sutil en toda la piel que le pareció que se saturaba con su contacto.

Pero eran demasiado suaves. Fue cruzando la larga hierba hasta un grupo de abetos jóvenes no más altos que un hombre. Las ramas suaves y afiladas le golpearon mientras se movía en agudos dolores contra ellas, lanzaron pequeñas duchas frías de gotas sobre su vientre y le castigaron los riñones con sus enjambres de agujas afiladas. Hubo un cardo que le pinchó sensiblemente pero no demasiado, porque todos sus movimientos eran muy precisos y suaves. Tumbarse y rodar sobre los pegajosos y frescos jacintos jóvenes, tumbarse sobre el vientre y cubrirse la espalda con manojos de fina hierba húmeda, suave como un aliento, suave y más delicada y más hermosa que el tacto de cualquier mujer, y luego pincharse un muslo contra las oscuras cortezas vivientes de las ramas de abeto, y luego sentir el leve látigo del avellano sobre el hombro de uno, picando, y aferrar luego el tronco del plateado abedul contra el pecho de uno, con su suavidad, su dureza, sus nudos y vetas vitales...; esto era bueno, era todo muy bueno, muy satisfactorio. Ninguna otra cosa serviría, nada podría satisfacer excepto esta frescura y sutileza de la vegetación viajando hacia la sangre de uno. ¡Qué afortunado era de que hubiese esa vegetación encantadora, sutil, atenta, esperándole como él la esperaba, qué cumplido estaba, qué feliz!

Mientras se secaba un poco con el pañuelo, pensó en Hermione y el golpe. Notaba dolor a un lado de la cabeza. Pero, después de todo, ¿qué más daba? ¿Qué más daba Hermione, qué más daba toda la gente? Allí estaba esta soledad perfectamente fresca, tan encantadora e inexplorada. Realmente, qué error había cometido pensando que deseaba gente, pensando que deseaba una mujer. No deseaba una mujer... para nada. Las hojas, las flores y los árboles, ellos eran realmente encantadores, frescos y deseables; ellos entraban realmente en la sangre y se le añadían. Estaba ahora enriquecido inconmensurablemente y muy alegre.

Fue bastante correcto por parte de Hermione querer matarle. ¿Qué tenía que ver con ella? ¿Por qué iba a pretender que tenía algo que ver con los seres humanos en general? Allí estaba su mundo; no quería a nadie ni a nada excepto a la vegetación encantadora, sutil, atenta, y a sí mismo, a su propia ley de ser viviente.

Era necesario volver al mundo, eso era cierto. Pero eso no importaba, uno sabía a qué lugar pertenecía. El sabía ahora a qué lugar pertenecía. Ese era su sitio, su lugar marital. El mundo era extrínseco.

Ascendió hasta salir del valle, preguntándose si estaba loco. Pero si era así prefería su propia locura a la salud normal. Se regocijó en su propia locura, era libre. No quería esa vieja salud del mundo, que se había hecho tan repulsiva. Se regocijó en el mundo recién descubierto de su locura. Era tan fresco, delicado y satisfactorio.

En cuanto a la cierta pena que al mismo tiempo sentía en su alma, era sólo el resto de una vieja ética que ordenaba a un ser humano adherirse a la humanidad. Pero estaba cansado de la vieja ética, del ser humano y de la humanidad. Amaba ahora la vegetación suave y delicada, que era tan fresca y perfecta. Pasaría por alto la pena antigua, apartaría la vieja ética, sería libre en su nuevo estado.

Era consciente de que el dolor de su cabeza se hacía más y más difícil cada minuto. Caminaba ahora por la carretera hacia la estación más próxima. Estaba lloviendo

y no tenía sombrero. Pero multitud de chalados salían por entonces sin sombrero bajo la lluvia.

Se preguntó nuevamente qué parte de su pesadumbre, cierta depresión, era debida, al miedo de que alguien le hubiese visto desnudo tumbado contra la vegetación. ¡Qué pavor tenía a la humanidad, a otras gentes! Era prácticamente horror, una especie de terror onírico, el espanto que le producía ser observado por otras personas. Si estuviese en una isla, como Alexander Selkirk, solo, con las criaturas y los árboles, sería libre y feliz; no existiría nada de esa pesadumbre, ese temor. Podría amar la vegetación y ser dichoso e incuestionado por sí mismo.

Más le valdría enviar una nota a Hermione; ella podría preocuparse por él, y él no quería la responsabili-
dad de eso. Así pues, escribió desde la estación diciendo:

«Iré a la ciudad..., por ahora no quiero volver a Breadalby. Pero todo va perfectamente...; no quiero que te preocupes por haberme golpeado en lo más mínimo. Di a los otros que es simplemente una de mis ventoleras. Fuiste bastante correcta atacándome... porque sé que lo deseabas. Eso es todo.»

Sin embargo, en el tren se sintió enfermo. Cada movimiento era dolor insufrible y estaba mareado. Se arrastró desde la estación a un taxi, palpando su camino paso a paso, como un ciego, mantenido sólo por una tenue voluntad.

Estuvo enfermo una o dos semanas, pero no permitió que Hermione lo supiese, y ella pensó que estaba enfadado; hubo un completo extrañamiento entre ellos. Ella se hizo estática, abstraída en su convicción de detentar exclusivamente la virtud. Vivía en y por su propia estima, convencimiento de su propia rectitud de espíritu.

9. POLVO DE CARBON

Volviendo a casa desde la escuela, por la tarde, las muchachas Brangwen descendían la colina entre los pintorescos caseríos de Willey Green hasta llegar a la encrucijada del ferrocarril. Encontraron allí cerrado el portón, porque el tren de la mina se estaba acercando. Podían escuchar el áspero jadeo de la pequeña locomotora a medida que avanzaba con precaución entre los taludes. El hombre de una sola pierna que ocupaba la pequeña garita de señales situada junto a la carretera sacó el cuerpo para mirar desde su refugio, como un caracol lo haría saliendo de su concha.

Mientras las dos muchachas esperaban apareció Gerald Crich trotando sobre una' yegua árabe roja. Montaba bien y suavemente, complacido con el delicado temblor de la criatura entre sus rodillas. Y era muy pintoresco, al menos a los ojos de Gudrun, sentándose suave y próximo a la esbelta yegua roja, cuya larga cola fluía sobre el aire. Saludó a las dos muchachas y se acercó al cruce para esperar la apertura del portón, mirando por los carriles hacia el tren que se acercaba.

A pesar de su sonrisa irónica ante lo pintoresco de su aspecto, a Gudrun le gustaba mirarle. Estaba bien puesto y suelto; el cálido moreno de su rostro hacía resaltar el bigote blanquecino, áspero, y sus ojos azules estaban llenos de luz aguda mientras miraba la distancia.

La locomotora resopló lentamente entre los bancos, escondida. A la yegua no le gustaba. Comenzó a encabritarse, como si le doliese el ruido desconocido. Pero Gerald la sujetó y mantuvo su cabeza junto al portón. Las explosiones del ruidoso motor rompían sobre ella con más y más fuerza. Los golpes agudos y repetidos de ruido desconocido, aterrorizante, la golpearon hasta que se puso a temblar de terror. Saltó hacia adelante como un muelle súbitamente suelto. Pero una mirada brillante y sonriente llegó al rostro de Gerald. La trajo de vuelta otra vez, inevitablemente.

El ruido se liberó; la pequeña locomotora, con su ruidosa polea de acero, emergió estruendosamente. La yegua rebotó como una gota de agua sobre hierro caliente. Ursula y Gudrun se echaron hacia atrás sobre el seto. Pero Gerald estaba sólidamente sobre la yegua y la forzó a ponerse de nuevo en su sitio. Parecía como si él se hundiese en ella magnéticamente y pudiera empujarla en contra de ella misma.

-¡Estúpido! -exclamó en alta voz Ursula-. ¿Por qué no se aleja hasta que haya pasado?

Gudrun le estaba mirando con ojos dilatados, fascinados. Pero él se mantenía brillante y obstinado, forzando a la yegua, que giraba y se torcía como un viento, pero sin lograr zafarse de la voluntad de él ni escapar del enloquecido clamor de pánico que la recorría resonante mientras los vagones pasaban lenta, pesada, pavorosamente uno después del otro, uno persiguiendo al otro, sobre los raíles del cruce.

Como si quisiera saber lo que podía hacerse, la locomotora apretó los frenos y los vagones rebotaron sobre los parachoques de hierro, golpeando como horribles timbales, chocando más y más cerca con golpes aterradoramente estridentes. La yegua abrió la boca y se alzó lentamente, como elevada sobre un viento de terror. Entonces, de repente, sus patas delanteras cocearon mientras ella se convulsionaba estremecedoramente escapando del horror. Se echó hacia atrás sobre las patas traseras, y las dos muchachas se abrazaron sintiendo que caería de espaldas sobre el jinete. Pero él se inclinó hacia adelante, con el rostro divertido brillando muy fijo, y al final la hizo bajar, la hundió y estaba arrastrándola de vuelta a su sitio. Pero tan fuerte como era la presión de su orden era la repulsión de su puro terror, lanzándola lejos de la vía, con lo cual giró dando vueltas y vueltas sobre dos patas, como si estuviese en el centro de algún remolino. Eso hizo que Gudrun se desmayase con un agudo mareo que pareció penetrar hasta su corazón.

¡No...! ¡No...! ¡Deje que se vaya! ¡Deje que se vaya, estúpido, estúpido! -exclamó Ursula al limite de su voz, completamente fuera de sí.

Y Gudrun la odiaba amargamente por estar fuera de sí. Era insufrible que la voz de Ursula fuese tan poderosa y desnuda.

Una mirada agudizada apareció sobre el rostro de Gerald. Cayó sobre la yegua como un borde afilado y la forzó a dar la vuelta. El animal rugía al respirar, sus narices eran dos agujeros anchos, calientes; su boca estaba abierta; sus ojos, en un frenesí. Era una visión repulsiva. Pero él se mantuvo sobre ella sin relajarse, con una tenacidad casi mecánica, presionando con el filo de una espada. Tanto hombre como caballo sudaban con violencia. Con todo, él parecía sereno como un rayo de fría luz solar.

Mientras tanto, los eternos vagones pasaban tronando, muy lentamente,

tropezando uno con el otro y sucediéndose como un sueño desagradable que no termina. Las cadenas de conexión sonaban a medida que variaba la tensión. La yegua pateaba y coceaba mecánicamente ahora, cumplido en ella su terror, porque ahora el hombre la rodeaba; sus pezuñas eran ciegas y patéticas mientras golpeaba el aire; el hombre se cerraba alrededor de ella y la reducía, casi como si ella fuese parte de su propio físico.

-¡Y está sangrando! ¡Está sangrando! -exclamó Ursula, frenética de oposición y odio hacia Gerald. Sólo ella le comprendía perfectamente, en pura oposición.

Gudrun miró, vio dos hilillos de sangre sobre los flancos de la yegua y se puso blanca. Y entonces sobre la herida misma cayeron las brillantes espuelas, apretando tenazmente. El mundo giró y se desvaneció para Gudrun, no pudo percibir nada más.

Cuando se recobró, su alma estaba tranquila y fría, sin sentimiento. Los vagones seguían pasando estruendosamente, y el hombre y la yegua seguían luchando.
Pero ella estaba fría y separada, no tenía ya sentimiento hacia ellos. Estaba bastante dura, fría e indiferente.

Pudieron ver el techo del coche cubierto del guarda aproximándose; el sonido de los vagones estaba disminuyendo, había esperanzas de alivio para el intolerable ruido. El pesado jadeo de la yegua medio aturdida sonaba automáticamente, el hombre parecía estar relajándose con confianza, brillante e impecable voluntad. Apareció el último vagón y cruzó lentamente, con el guarda mirando el espectáculo de la carretera. Y a través del hombre del vagón cerrado Gudrun pudo ver toda la escena espectacularmente, aislada y momentánea, como una visión aislada en eternidad.

Un silencio grato, encantador, pareció perseguir al tren que se alejaba. ¡Qué dulce es el silencio! Ursula miró con odio los parachoques del último vagón. El guardagujas estaba preparado en la puerta de su cubículo para abrir el portón. Pero Gudrun saltó de repente hacia adelante, frente al pugnaz caballo, levantó el pasador y abrió de par en par las puertas, lanzando una mitad hacia el hombre cojo y corriendo con la otra mitad hacia adelante. Gerald soltó súbitamente al caballo y saltó hacia adelante, casi sobre Gudrun. Ella no tuvo miedo. Mientras él apartaba la cabeza de la yegua, Gudrun exclamó con una voz extraña, aguda, como de gaviota o como una bruja, gritando desde el lado de la carretera:

-Pensaría que es usted orgulloso.

Las palabras eran nítidas y formadas. El hombre, girándose sobre su danzante caballo, la miró con algo de sorpresa y curioso interés. Las herraduras de la yegua bailaron tres veces como tambores sobre las traviesas del cruce, y entonces hombre y caballo galopaban con ligereza, desigualmente, ascendiendo por la carretera.

Las dos muchachas les vieron irse. El guardaagujas cojeó pasando sobre los maderos del cruce con su pierna de madera. Había cerrado la puerta. Entonces también él se volvió y dijo a las muchachas:

-Un joven jockey magistral que se abrirá camino.

-Sí -exclamó Ursula en su voz caliente, imperiosa-. ¿Por qué no apartó el caballo hasta que hubiesen cruzado los vagones? Es un estúpido y un chulo. ¿Acaso piensa que es varonil torturar a un caballo? Es una cosa viva, ¿por qué forzarla y torturarla?

Hubo una pausa, luego el guardaagujas sacudió su cabeza y repuso:

-Sí, es una yegüita admirable, una cosita hermosa, hermosa. Desde luego hubiera sido imposible ver a su padre tratar así a ningún animal. Son todo lo diferentes que podían ser; Gerald Crich y su padre..., dos hombres diferentes, hechos diferentemente.

Hubo luego una pausa.

-¿Pero por qué lo hace? -exclamó Ursula-. ¿Por qué? ¿Pensará él que es grandioso maltratando a una criatura sensible, diez veces más sensible que él?

Hubo de nuevo una cautelosa pausa. Entonces el hombre volvió a sacudir su cabeza como si no fuese a decir nada, sino a pensar más.

-Supongo que necesita enseñar a la yegua a que soporte cualquier cosa -repuso-. Un caballo árabe de pura sangre... no es el tipo de raza habitual por aquí..., es una clase distinta por completo de la nuestra. Dicen que se la consiguió en Constantinopla.

-¡Lo creo! -dijo Ursula-. Mejor hubiera hecho dejándosela a los turcos, estoy segura de que se hubieran comportado con más decencia hacia ella.

El hombre entró para beber su taza de té; las muchachas continuaron por la vereda cubierta con suave polvo negro. Gudrun estaba como atontada mentalmente por la sensación de indomable peso suave del hombre ciñéndose al cuerpo viviente del caballo: los muslos fuertes, indomables, del hombre rubio aferrando el cuerpo palpitante de la yegua en puro control; una especie de dominación magnética blanca y suave desde las nalgas, los muslos y las pantorrillas, rodeando y cubriendo a la yegua pesadamente hasta obligarla a una subordinación de sangre suave, terrible.

A la izquierda, mientras las muchachas caminaban silenciosamente, la mina de carbón levantaba sus grandes montones. El tren negro con los vagones en descanso parecía un puerto justamente debajo, una amplia bahía de ferrocarril con vagones aislados.

Cerca del segundo paso a nivel, que cruzaba sobre muchos raíles brillantes, había una granja perteneciente a las minas y un gran globo redondo de hierro, viejo horno en desuso, inmenso, oxidado y perfectamente redondo, que permanecía silenciosamente en un prado junto al camino. Las gallinas picoteaban a su alrededor, algunos pollos hacían equilibrios sobre el gollete, los aguzanieves volaban desde el agua hasta los vagones.

Al otro lado del amplio cruce, junto a la carretera, había un montón de piedras gris pálido para reparar los firmes y un carro. Un hombre de edad madura con grandes patillas estaba inclinado sobre su pala, hablando con otro hombre joven con polainas que se mantenía de pie junto a la cabeza del caballo. Ambos hombres miraban de frente el cruce.

Vieron aparecer a las dos muchachas, figuras pequeñas, brillantes en la escasa distancia, a la fuerte luz de la tarde avanzada. Ambas portaban trajes leves y alegres de verano. Ursula llevaba una chaqueta tejida de color naranja; Gudrun, una amarillo pálido. Ursula usaba medias de color amarillo canario; Gudrun, rosa brillante. Las figuras de las dos mujeres parecían lanzar destellos a medida que progresaban sobre la amplia bahía del cruce de ferrocarril; blanco, naranja, amarillo y rosa centelleando en movimiento a través de un mundo caliente cubierto por polvo de carbón.

Los dos hombres se quedaron quietos en el calor, contemplando. El mayor era un hombre joven, de rostro duro, enérgico y edad madura; el más joven, un trabajador de veintitrés años o así. Quedaron contemplando en silencio el avance de las dos hermanas. Miraron mientras las chicas se acercaban, cuando pasaron y mientras se alejaban por la polvorienta carretera, que tenía viviendas a un lado y un maíz joven y polvoriento al otro.

Entonces el hombre mayor de las patillas dijo con malicia al joven:

-¿Qué precio ésa, eh? Valdrá, ¿verdad?

-¿Cuál? -preguntó ávidamente el joven, con una risa.

-La de las medías rojas. ¿Qué me dices? Daría mi sueldo de una semana por cinco minutos. ¡Sí!..., sólo por cinco minutos.

El joven rió otra vez.

-Tu señora ya te diría algo -repuso.

Gudrun se había vuelto y miraba a los dos hombres. Para ella eran criaturas siniestras que se la quedaban mirando junto al montón de escoria gris pálida. Le horrorizaba el hombre con patillas.

-Eres de primera, de veras -le dijo el hombre desde la distancia.

-¿Crees que valdría el sueldo de una semana? -dijo reflexionando el hombre más joven.

-¿Que si lo creo? Me lo sacaba ahora mismo del bolsillo, maldita sea...

El hombre más joven volvió a mirar hacia Gudrun y Ursula objetivamente, como si desease calcular qué podrían tener para valer su salario semanal. Sacudió la cabeza con una duda fatal.

-No -dijo-. Para mí no vale eso.

-¿Que no? -dijo el hombre mayor-. ¡Válgame Dios si no lo vale para mí!

Y continuó recogiendo sus piedras con la pala.

Las muchachas descendieron entre las casas con tejados de pizarra y muros de ladrillo ennegrecido. La pesada plenitud dorada del crepúsculo próximo yacía sobre todo el distrito minero, y la fealdad cubierta de belleza era como un narcótico para los sentidos. Sobre los caminos alfombrados de polvo negro la luz generosa caía más cálida y pesadamente, lanzando una especie de magia sobre la amorfa sordidez desde el brillante ocaso.

-Este lugar tiene una repugnante especie de belleza -dijo Gudrun, pareciendo evidentemente fascinación-. ¿No puedes sentir de algún modo una atracción espesa, caliente en él? Yo sí. Y me deja bastante estupefacta.

Estaban pasando entre bloques de casas de mineros. En los patios traseros de varias viviendas podía verse a un minero lavándose al aire libre de esa tarde caliente, desnudo hasta la cintura, con sus grandes pantalones de piel de topo cayéndosele casi. Los mineros ya lavados estaban sentados sobre los talones, con las espaldas próximas a los muros, hablando o silenciosos en puro bienestar físico, cansados y tomándose un descanso físico.

Sus voces sonaban con entonación fuerte, y el amplio dialecto acariciaba curiosamente la sangre; parecía envolver a Gudrun en la caricia de un trabajador. En toda la atmósfera había una resonancia de hombres físicos, una espléndida densidad de trabajo y varonilidad sobrecargada. Pero era universal en el distrito y, por tanto, pasaba desapercibida para los habitantes.

Sin embargo, para Gudrun era potente y medio repulsiva. Nunca podía decir por qué Beldover era tan radicalmente distinto de Londres y del Sur, por qué todos los sentimientos de uno eran distintos, por qué parecía uno vivir en otra esfera. Ahora comprendía que éste era el mundo de hombres poderosos, subterráneos, que pasaban la mayor parte de su tiempo en la oscuridad. En sus voces podía ella oír la voluptuosa resonancia de la oscuridad, el mundo subterráneo fuerte, peligroso, despreocupado, inhumano. Sus ruidos eran también como de extrañas máquinas, pesadas, afeitadas. La voluptuosidad era como la de la maquinaria, fría y férrea.

Era lo mismo todas las tardes cuando volvía a casa; parecía moverse a través de

una ola de fuerza disgregadora surgida de la presencia de miles de mineros vigorosos, subterráneos, medio automatizados; ola que penetraba hasta el cerebro y el corazón despertando un deseo y una callosidad fatal.

La invadió entonces una nostalgia hacia el lugar. Lo odiaba, sabía lo radicalmente desgajado que estaba, lo repulsivo que era y su mareante falta de espíritu. A veces ella batía sus alas como una nueva Dafne que no se convirtiese en árbol, sino en máquina. Y, con todo, era sobrepasada por la nostalgia. Luchaba por conseguir más y más de acuerdo con la atmósfera del lugar, ansiaba obtener su satisfacción de él.

Se sintió arrastrada de noche a la calle principal de la ciudad, que era increada y fea, pero sobrecargada con esa misma atmósfera potente de inhumanidad intensa, oscura. Había siempre mineros por los alrededores. Se morían con su dignidad extraña, distorsionada, con cierta belleza y fijeza no natural en su porte, un aspecto de abstracción y semi-resignación en sus rostros pálidos, a menudo huesudos. Pertenecían a otro mundo. Tenían un extraño esplendor, sus voces estaban llenas de una intolerable resonancia profunda semejante al zumbido de una máquina, música más enloquecedora que la de las sirenas de antaño.

Se encontró, con el resto de las mujeres comunes, arrastrada las noches de los viernes al pequeño mercado. El viernes era día de cobro para los mineros, y la noche del viernes era la noche del mercado. Todas las mujeres estaban fuera de casa, todos los hombres también, comprando con la mujer o reuniéndose con sus compadres. Las aceras estaban oscurecidas a lo largo de millas y millas por la gente que venía. El pequeño mercado situado sobre la cresta de la colina y la calle principal de Beldover estaban negros con la espesa muchedumbre de hombres y mujeres.

Estaba oscuro, el mercado se calentaba con lámparas de queroseno que arrojaban una luz rojiza sobre los rostros graves de las esposas compradoras y sobre los rostros pálidos y abstraídos de los hombres. El aire estaba lleno del sonido de los que gritan y de personas hablando. Espesas corrientes de personas se movían sobre las aceras hacia la sólida muchedumbre del mercado. Las tiendas lanzaban destellos y estaban atiborradas de mujeres; en las calles había hombres, sobre todo hombres, mineros de todas las edades. El dinero se gastaba con libertad casi pródiga.

Los carros que llegaban no podían cruzar. Tenían que esperar, con el conductor llamando y gritando, hasta que la densa muchedumbre les abría paso. Por todas partes los jóvenes de los distritos periféricos entablaban conversación con las muchachas, de pie en la carretera y en los rincones. Las puertas de las casas de zorras estaban abiertas y llenas de luz, los hombres entraban y salían en una corriente continua; por todas partes los hombres se llamaban unos a otros, o cruzaban para encontrarse, o estaban de pie en pequeños grupos y círculos, hablando, hablando incesantemente. El ruido de conversaciones zumbando, chirriando semisecretos sobre el interminable oficio de la mina y las disputas políticas, vibraba en el aire como una maquinaria discordante. Y fueron sus voces las que afectaron a Gudrun casi hasta el extremo de desvanecerse. Avivaban un extraño, nostálgico, dolor de deseo, algo casi demoníaco, jamás realizable.

Como cualquier otra muchacha común del distrito, Gudrun paseó de arriba abajo los doscientos metros de acera más próximos al mercado. Sabía que hacerlo era una cosa vulgar; su padre y su madre no podían soportarlo; pero cayó sobre ella la nostalgia, debía estar entre las gentes. A veces se sentaba entre los patanes en el cine: eran patanes de aspecto licencioso y sin atractivo. Sin embargo, ella debía estar entre ellos.

Y, como cualquier otra chica común, encontró su «muchacho». Era un técnico electricista, uno de los electricistas venidos cumpliendo el nuevo plan de Gerald. Era un hombre honesto, sagaz, un científico con pasión por la sociología. Había vivido solo en un caserío de Willey Green, alquilando una habitación. Era un caballero sin problemas económicos. Su patrona corría los informes sobre él; deseaba tener una gran bañera de madera en su dormitorio, y cada vez que venía del trabajo necesitaba cubos y cubos de agua para bañarse; luego se ponía camisa y ropa interior limpias, todos los días, y calcetines limpios de seda; era incómodo y exigente en esos aspectos, pero en todo lo demás resultaba de lo más sencillo y modesto.

Gudrun sabía todas esas cosas. La casa de los Brangwen era un lugar donde el chismorreo llegaba natural e inevitablemente. Palmer fue primero amigo de Ursula. Pero su rostro pálido, elegante y serio mostraba la misma nostalgia que Gudrun sentía.

También él debía andarse la calle de arriba abajo los viernes por la noche. Así que caminó con Gudrun, y brotó una amistad entre ellos. Pero él no estaba enamorado de Gudrun; a quien deseaba realmente era a Ursula, pero por alguna extraña razón nada podía acontecer entre ella y él. Le gustaba tener a Gudrun cerca, como mente amiga, pero eso era todo. Y ella tampoco tenía verdadero sentimiento hacia él. El era un científico, necesitaba una mujer para respaldarle. Pero era realmente impersonal, con la finura de una elegante pieza de maquinaria. Era demasiado frío, demasiado destructivo para preocuparse realmente por las mujeres, demasiado egoísta. Estaba polarizado por los hombres. Individualmente los detestaba y despreciaba. En masa le fascinaban, como le fascinaba la maquinaria. Para él era una nueva especie de maquinaria... pero incalculable, incalculable.

Así que Gudrun recorría las calles con Palmer o iba al cine con él. Y su rostro largo, pálido, más bien elegante, le temblaba mientras hacía sus observaciones sarcásticas. Allí estaban los dos, dos elegantes en un sentido, y en otro sentido dos unidades que se adherían absolutamente al pueblo, mezclándose con los distorsionados mineros. Parecía haber el mismo secreto en las almas de todos ellos, Gudrun, Palmer, los jóvenes gamberros, los angulosos hombres de edad madura. Todos tenían un sentido secreto de poder, de indestructividad inexpresable y de fatal bondad a medias, una especie de podredumbre en la voluntad.

A veces Gudrun se separaba, lo veía todo, veía cómo se estaba hundiendo en ello. Y entonces se llenaba de una furia despreciativa y rabiosa. Sentía que se estaba hundiendo en una masa fundida con el resto, todos muy cerca, entremezclados y sin aliento. Era horrible. Se ahogaba. Se preparó para escapar volando, corrió enfebrecida hacia su trabajo. Pero pronto cedió. Comenzó a ir al campo, el oscuro y esplendoroso campo. El hechizo estaba empezando a funcionar de nuevo.

10. CUADERNO DE DIBUJO

Una mañana, las hermanas estaban dibujando en la orilla de Willey Water, en el

extremo remoto del lago. Gudrun había vadeado hasta un banco pedregoso y estaba sentada como un budista, mirando fijamente las plantas acuáticas que se alzaban gruesas y carnosas desde el barro de las orillas bajas. Lo que podía ver era barro, suave y untuoso barro acuoso, y de su amarga gelidez las plantas acuáticas se alzaban gruesas, frescas y carnosas, muy derechas y turgentes, empujando hacia afuera con sus hojas en ángulo recto, teniendo oscuros colores cárdenos, verde oscuro y manchas de púrpura, negro y bronce. Pero ella podía sentir la turgente estructura carnosa como si fuera en una visión sensual, sabía cómo se alzaban del barro, sabía cómo se empujaban hacia afuera desde si mismos, cómo se erguían tiesos y suculentos contra el aire.

Ursula estaba contemplando las mariposas que pululaban por docenas cerca del agua; unas azules pequeñas que de repente brotaban de la nada a una vida de joya, una negra y roja grande posada sobre una flor, respirando intoxicada con sus alas suaves, pura y etérea luz solar; dos blancas que luchaban en el aire bajo; había un halo a su alrededor; ah, cuando se acercaron dando tumbos había puntos naranjas, y el naranja era lo que producía el halo. Ursula se levantó y se alejó, inconsciente como las mariposas.

Gudrun, absorta en el estupor de captar las nacientes plantas acuáticas, se sentada dibujando sobre la orilla, sin mirar hacia arriba durante largo tiempo y luego mirando inconscientemente, absorta ante los tallos rígidos, desnudos, suculentos. Sus pies estaban descalzos, su sombrero yacía sobre la orilla opuesta.

Salió de su trance oyendo el chapalear de remos. Miró a su alrededor. Había un bote con un llamativo parasol japonés y un hombre de blanco remando. La mujer era Hermione y el hombre era Gerald. Lo supo instantáneamente. E instantáneamente sucumbió al agudo frisson de anticipación, a una intensa vibración eléctrica en sus venas, mucho más intensa que la que estaba siempre zumbando a bajo nivel en la atmósfera de Beldover.

Gerald era su escapatoria para el pesado cenagal de los mineros pálidos, subterráneos, automáticos. El partió del barro. Era un maestro. Ella veía su espalda, el movimiento de sus riñones blancos. Pero no era eso, era la blancura que parecía encerrar él mientras se inclinaba hacia adelante, remando. Parecía bajarse en busca de algo. Su pelo brillante y blanquecino parecía como la electricidad del cielo.

-Allí está Gudrun -llegó la voz de Hermione flotando nítida sobre el agua-. Iremos a hablar con ella. ¿Te importa?

Gerald miró a su alrededor y vio a la muchacha de pie junto al borde del agua, mirándole. Dirigió el barco hacia ella, magnéticamente, sin pensar. En su mundo, en su mundo consciente, ella era todavía nadie. El sabía que Hermione tenía un curioso placer pisoteando todas las diferencias sociales, al menos aparentemente, y se lo dejó a ella.

-¿Qué tal está usted? -cantó Hermione, usando su nombre a la manera entonces de moda-. ¿Qué está haciendo?

-¿Qué tal está usted, Hermione? Estaba dibujando.

-¿Ah, sí? -el barco se acercó más, hasta que la quilla encalló con el banco arenoso-. ¿Podemos verlo? Me gustaría tanto.

No servía de nada resistirse a la intención deliberada de Hermione.

-Bien... -dijo Gudrun renuente, porque siempre de-
testaba ver expuesto su trabajo sin terminar-, no hay nada interesante en absoluto.

-¿De verdad? Pero déjeme ver... ¿Me dejará?

Gudrun tendió el cuaderno de dibujo, Gerald, se estiró desde el barco para

cogerlo. Mientras lo hacía recordó las últimas palabras que Gudrun le había dicho y el rostro de ella levantado en su dirección cuando él cabalgaba la yegua enloquecida. Una intensificación de orgullo recorrió sus nervios, porque sintió que de alguna manera ella estaba atraída por él. El intercambio de sentimientos entre ellos era fuerte y separado de sus conciencias.

Y, como si fuese en un hechizo, Gudrun era consciente del cuerpo de él estirándose y surgiendo como el fuego del pantano, tendiéndose hacia ella con la mano brotando recta hacia adelante como un tallo. Su aprehensión voluptuosa, aguda, de él hizo que la sangre se le desmayase en las venas, su mente se tornó oscura e inconsciente. Y él se mecía perfectamente sobre el agua, como el balanceo de la fosforescencia. Gerald miró alrededor del barco. Se estaba alejando un poco. Levantó el remo para traerlo de vuelta. Y el exquisito placer de detener lentamente el barco en el agua suave, pesada, era completo como un desvanecimiento.

-Eso es lo que ha hecho -dijo Hermione mirando inquisitivamente las plantas de la orilla y comparándolas con el dibujo de Gudrun. Gudrun miró en la dirección del largo dedo indicador de Hermione-. ¿Eso es, verdad? -repitió buscando confirmación.

-Sí -dijo Gudrun automáticamente, sin atender realmente.

-Déjeme ver -dijo Gerald alargando la mano en dirección al cuaderno.

Pero Hermione le ignoró, no debía tomarse libertades antes de que ella terminase. Pero él, con una voluntad tan acostumbrada a no verse frustrada y tan tenaz como la suya, siguió alargando la mano hasta tocar el libro. Una pequeña conmoción, una tormenta de revulsión contra él sacudió inconscientemente a Hermione. Soltó el libro cuando él no lo había cogido propiamente; cayó contra un lado del bote y rebotó hasta el agua.

-¡Ya ves! -cantó Hermione con un extraño timbre de victoria malévola-. Lo siento tanto, lo siento tan terriblemente. ¿No podrías cogerlo, Gerald?

Esto último fue dicho con un tono de angustiada burla que hizo arder brevemente las venas de Gerald con un buen odio hacia ella. Se inclinó fuera del bote todo lo que pudo, buscando en el agua. Podía sentir que su posición era ridícula, con los riñones expuestos.

-No tiene importancia ninguna -llegó la voz fuerte y sonora de Gudrun. Ella parecía tocarle. Pero él se estiró más, el bote osciló violentamente. Sin embargo, Hermione permaneció imperturbada. Gerald cogió el libro de debajo del agua y lo subió chorreando.

-Lo siento tantísimo..., tantísimo -repetía Hermione-. Temo que fue todo culpa mía.

-No tiene importancia... realmente, se lo aseguro...; no tiene la menor importancia -dijo Gudrun en voz alta, con énfasis y el rostro arrebatado vivamente. Y tendió impacientemente la mano hacia el libro mojado para terminar la escena. Gerald se lo dio. No estaba del todo en sí mismo.

-Lo siento tantísimo -repetía Hermione hasta que Gerald y Gudrun se exasperaron-. ¿Hay algo que pueda hacerse?

-¿En qué sentido? -preguntó Gudrun con tranquila ironía.

-¿No podemos salvar los dibujos?

Hubo una pausa momentánea, mediante la cual Gudrun hizo evidente toda su refutación de la persistencia de Hermione.

-Le aseguro -dijo Gudrun con cortante nitidezque los dibujos valen prácticamente

igual ahora que antes, en cuanto a mis propósitos. Sólo los quiero como referencia.

-¿Pero no puedo darle un cuaderno nuevo? Me gustaría que me permitiese hacerlo. Lo siento realmente tantísimo. Pienso que fue todo culpa mía.

-Por lo que yo vi -dijo Gudrun-, no fue para nada su culpa. Si hubo alguna culpa fue la del señor Crich. Pero todo el asunto es completamente trivial y es realmente ridículo seguir tomándolo en cuenta.

Gerald observó de cerca a Gudrun mientras repelía a Hermione. Había en ella un cuerpo de poder frío. La contempló con una visión profunda que equivalía a clarividencia. Vio en ella un espíritu peligroso, hostil, que podría erguirse sin disminución ni abatimiento. Era tan terminado y de un gesto tan perfecto además.

-Me alegra muchísimo que no importe -dijo él-, si no se ha causado un perjuicio real.

Ella le miró con sus bellos ojos azules y alcanzó de lleno su espíritu mientras decía con una voz resonante de intimidad y casi acariciadora, ahora que se le dirigía:

-Por supuesto, no importa lo más mínimo.

La conexión quedó establecida entre ellos en esa mirada, en su tono. En su tono ella explicitaba la comprensión; eran ambos del mismo tipo, una especie de masonería diabólica subsistía entre ellos. En lo sucesivo, ella sabía que tendría poder sobre él. Allí donde se encontrasen estarían secretamente asociados. Y él estaría indefenso en la asociación con ella. El alma de ella se sentía llena de júbilo.

-¡Adiós! Me alegra tanto que me perdone. ¡Adiooós!

Hermione cantó su despedida y saludó con la mano. Gerald cogió automáticamente el remo y desembarrancó. Pero miraba todo el tiempo con una admiración trémula, sutilmente sonriente, los ojos de Gudrun, que permanecía sobre la orilla, sacudiendo el cuaderno mojado con la mano. Ella se volvió e ignoró el bote que se alejaba. Pero Gerald miró hacia atrás mientras remaba, contemplándola y olvidándose de lo que hacía.

-¿No estamos yendo demasiado hacia la izquierda? -cantó Hermione mientras se sentaba, ignorada bajo su parasol coloreado.

Gerald miró a su alrededor sin contestar, levantados los remos y mirando al sol.

-Me parece que vamos bien -dijo él de buen humor, empezando a remar de nuevo sin pensar en lo que estaba haciendo. Y Hermione le detestó extremadamente por su olvido bienhumorado; quedó anulada, no pudo recobrar ascendencia.

11. UNA ISLA

Mientras tanto, Ursula había paseado desde Wílley Water siguiendo el curso del brillante arroyuelo. La tarde estaba llena de cantos de alondra. Sobre las brillantes laderas había un fuego latente de enebro. Unas pocas flores de nomeolvides floreadas por el agua. Había un despertar y una contemplación por todas partes.

Ella vagó absorta sobre los arroyos. Quería ir al estanque del molino situado más

arriba. El gran molino estaba desierto, a excepción de un trabajador y su esposa, que vivían en la cocina. De modo que cruzó el patio vacío y sin jardín salvaje, remontando el talud por la exclusa. Cuando llegó a la parte superior, para contemplar la superficie vieja y aterciopelada del estanque, vio a un hombre sobre el banco, arreglando una batea. Era Birkin, que serraba y martilleaba.

Ursula se puso a mirarle desde la exclusa. El ignoraba la presencia de nadie. Tenía un aspecto muy atareado, como un animal salvaje, activo y resuelto. Ella sintió que debía irse, él no la desearía allí. Parecía estar tan ocupado. Pero ella no deseaba irse. Por consiguiente, se movió a lo largo del talud hasta que él acabase mirando.

Cosa que hizo pronto. Tan pronto como la vio dejó caer sus herramientas y se adelantó, diciendo:

-¿Qué tal está usted? Estoy calafateando la batea. Dígame si le parece que lo estoy haciendo bien.

Ella le acompañó.

Es usted la hija de su padre, por eso sabrá decirme si funcionará -dijo él.

Ella se inclinó para mirar la batea remendada.

-Estoy segura de que soy la hija de mi padre -dijo temiendo tener que juzgar-. Pero no sé nada de carpintería. Parece bien, ¿no cree?

-Sí, lo creo. Espero que no me llevará al fondo, eso es todo. Pero aunque pase eso tampoco importa mucho, porque subiría otra vez. Ayúdeme a meterla en el agua, ¿querrá?

Su esfuerzo combinado les permitió girar la pesada batea y ponerla a flote.

-Ahora -dijo él- la probaré, y .puede usted observar lo que sucede. Luego, si va bien, la llevaré a la isla.

-Hágalo -exclamó ella mirando con ansiedad.

El estanque era grande y tenía esa fijeza perfecta y el brillo oscuro del agua muy profunda. Había dos pequeñas islas cubiertas de maleza y unos pocos árboles hacia el medio. Birkin se impulsó y viró patosamente en el estanque. Afortunadamente, la batea se movió de manera que pudo agarrarse a una rama de sauce y atraerla hacia la isla.

-Bastante salvaje -dijo él mirando el interior-, pero muy agradable. Iré a recogerla. El barco tiene alguna filtración.

En un momento estaba junto a ella de nuevo, y ella pisó la mojada batea.

-Nos aguantará bien -dijo él y maniobró de nuevo en dirección a la isla.

Desembarcaron debajo de un sauce. Ursula se echó atrás ante la pequeña jungla de plantas exuberantes, entre ellas las malolientes cicutas y mandrágoras. Pero él se aventuró.

-Arrancaré todo esto -dijo- y entonces será ro-mántico..., como Pablo y Virginia.

-Sí, uno podría celebrar aquí encantadores picnics de Watteau -exclamó Ursula con entusiasmo.

El rostro de él se ensombreció.

-No quiero picnics de Watteau aquí -dijo.

-Sólo su Virginia -rió ella.

-Basta con Virginia -sonrió él tristemente-. No, tampoco la quiero a ella.

Ursula le miró de cerca. No lo había visto desde Breadalby. Estaba muy delgado y demacrado, con un rostro horrible.

-Ha estado enfermo, ¿verdad? -preguntó ella, algo repelida.

-Sí -repuso él fríamente.

Se habían sentado debajo del sauce y estaban mirando el estanque desde su retiro en la isla.

-¿Le ha asustado? -preguntó ella.

-¿Qué? -preguntó él volviendo los ojos para mirarla.

Algo en él, inhumano e inmitigado, trastornaba a Ursula, sacándola de su yo cotidiano.

-Es asustador estar muy enfermo, ¿no es cierto? -dijo ella.

-No es agradable -dijo él-. Nunca he decidido si uno teme realmente o no a la muerte. Para nada desde un ánimo, mucho desde otro.

-¿Pero no le hace sentirse avergonzado? Pienso que a veces uno se avergüenza mucho estando enfermo...; la enfermedad es tan terriblemente humillante, ¿no piensa así?

El reflexionó durante unos minutos.

-Puede ser -dijo-. Aunque se sabe todo el tiempo que la vida de uno no es realmente correcta en la fuente. Esa es la humillación. Yo no veo que la enfermedad cuente tanto, comparado con lo otro. Uno está enfermo porque no vive apropiadamente..., no puede. Es el fracaso a la hora de vivir lo que le pone a uno enfermo, le humilla.

-Pero ¿fracasa usted en vivir? -preguntó ella, casi bromeando.

-Bueno, sí..., no saco mucho éxito de mis días. Uno parece estarse dando siempre de narices contra el muro en blanco situado delante.

Ursula rió. Estaba asustada, y cuando estaba asustada siempre reía y pretendía mostrarse cordial.

-¡Su pobre nariz! -dijo ella mirando ese rasgo de su rostro.

-No me asombra que sea fea -repuso él.

Ella quedó silenciosa algunos minutos, luchando con su propio autoengaño. En ella era un instinto engañarse.

-Pero soy feliz..., pienso que la vida es horriblemente divertida -dijo ella.

-Bueno -respondió él con cierta indiferencia fría.

Ella se buscó un trozo de papel que envolvía un pedazo de chocolate que se había encontrado en el bolsillo y empezó a hacer un barco. El miró sin prestar interés. Había algo extrañamente patético y tierno en sus yemas móviles, inconscientes, que realmente estaban agitadas y heridas.

-Yo disfruto de las cosas. ¿Usted no? -preguntó ella.

-¡Oh, si!, pero me enfurece no poder ponerme derecho en la parte de mí que realmente crece. Me siento todo enredado y confundido, no puedo enderezarme en cualquier caso. No sé qué hacer realmente. Uno debe hacer algo en algún momento.

-¿Por qué ha de estar uno haciendo siempre? -repuso ella-. Es tan plebeyo. Pienso que es mucho mejor ser realmente patricio y no hacer nada, salvo ser uno mismo, como una flor andante.

-Estoy bastante de acuerdo -dijo él-, si uno ha llegado a florecer. Pero yo no consigo que mi flor madure. Es un capullo frustrado, o tiene una plaga, o le falta alimento. Maldita sea, no es un capullo siquiera. Es un nudo contravenido.

Ella rió otra vez. El estaba tan irritable y exasperado. Pero ella sentía ansiedad y desconcierto. En cualquier caso, ¿cómo iba uno a salir? Tenía que haber una escapatoria.

Hubo un silencio, donde ella deseaba llorar. Cogió otro trozo de papel de chocolate y empezó a doblar otro barco.

-¿Y por qué -acabó preguntando ella- no hay florecimiento, no hay dignidad de la vida humana hoy?

-Toda la idea ha muerto. La propia humanidad está corrompida hace tiempo realmente. Hay miríadas de seres humanos por ahí... y parecen muy agradables y rosados; son hombres y mujeres jóvenes y saludables, pero son manzanas de Sodoma, de hecho, frutos del Mar Muerto, manzanas de hiel. No es verdad que tengan significado alguno..., sus entrañas están llenas de ceniza amarga, corrupta.

-Pero hay buenas gentes -protestó Ursula.

-Lo bastante buenas para la vida de hoy en día. Pero la humanidad es un árbol muerto, cubierto con bellas hieles brillantes de personas.

Ursula no pudo evitar ponerse rígida contra eso, era demasiado pintoresco y definitivo. Pero tampoco podía evitar estimularle a que prosiguiese.

-Y si eso es así, ¿por qué? -preguntó hostil.

Se estaban excitando uno al otro a una buena pasión de oposición.

-¿Por qué, por qué son todas las gentes pelotas de polvo amargo? Porque no caerán del árbol cuando están maduras. Se cuelgan a sus viejas posiciones cuando la posición está sobrepasada, hasta que se ven infectados de gusanitos y podredumbre seca.

Hubo una larga pausa. La voz de él se había hecho caliente y muy sarcástica. Ursula estaba turbada y aturdida, ambos olvidaban todo, excepto su propia inmersión.

-Pero aunque todos estén equivocados..., ¿dónde está usted en lo cierto? -exclamó-, ¿acaso es algo mejor?

-¿Yo...?, yo no estoy en lo cierto -gritó él, contestando-. Por lo menos mi único estar en lo cierto reside en el hecho de que lo sé. Detesto lo que soy, exteriormente. Me doy asco como ser humano. La humanidad es una inmensa mentira acumulada, y una mentira inmensa es menos que una pequeña verdad. La humanidad es menos, mucho menos que el individuo, porque el individuo puede a veces ser capaz de verdad, y la humanidad es un árbol de mentiras. Y ellos dicen que el amor es la mayor de las cosas; persisten diciendo esto los inmundos mentirosos ¡y mira sencillamente lo que hacen! Mira los millones de personas que se repiten cada minuto que el amor es lo más grande, que la caridad es lo más grande..., y mira lo que están haciendo todo el tiempo. Por sus obras los conocerás como sucios, embusteros y cobardes, que no osan atenerse a sus propias acciones y mucho menos a sus propias palabras.

-Pero -dijo Ursula tristemente- eso no altera el hecho de que el amor sea lo más grande, ¿verdad? Lo que ellos hacen no altera la verdad de lo que dicen, ¿o sí?

-Completamente porque si lo que dicen fuese, verdad, no podrían evitar cumplirlo. Pero mantienen una mentira, y con ello se cavan su tumba a la larga. Es una mentira decir que el amor es lo más grande. Se podría igualmente decir que el odio es lo más grande, puesto que lo opuesto de todo equilibra. Lo que las gentes quieren es odio..., odio y nada más que odio. Y lo consiguen en el nombre de la virtud y el amor. Se destilan a sí mismos con nitroglicerina, todo el lote de ellos, a partir de puro amor. Lo que mata es la mentira. Si deseamos odio, tengámoslo; tengamos muerte, crimen, turtura, destrucción violenta, pero no en nombre del amor. Aborrezco a la humanidad, desearía que fuese barrida. Podría desaparecer y no habría ninguna pérdida absoluta, aunque todo ser humano pereciese mañana. La realidad quedaría intacta. Más aún, quedaría mejor. El verdadero árbol de la vida quedaría libre entonces de la cosecha más horrenda y gravosa de frutos del Mar Muerto, la intolerable losa de millones de simulacros de gentes, un peso

infinito de mentiras morales.

-Entonces, ¿querría que todas las personas del mundo fuesen destruidas? -dijo Ursula.

-Ciertamente.

-¿Y que el mundo quedase vacío de gente?

-Sí, en verdad. A usted misma ¿no le parece un pensamiento hermosamente limpio el de un mundo vacío de personas, vacío de gente, sólo hierba ininterrumpida y una liebre sentada?

La agradable sinceridad de su voz hizo a Ursula detenerse para considerar su propia proposición. Y realmente era atractiva: un mundo limpio, encantador, sin humanos. Era el realmente deseable. Su corazón vaciló y sintió júbilo. Pero seguía estando insatisfecha con él.

-Pero -objetó- usted estaría muerto, ¿de qué le serviría entonces?

-Yo me moriría en el acto sabiendo que la Tierra quedaría limpia de toda la gente. Es el pensamiento más hermoso y liberador. Que nunca habría otra humanidad hedionda creada para una profanación universal.

-No -dijo Ursula-, no habría nada.

-¿Qué? ¿Nada? ¿Sólo por que la humanidad fuese barrida? Se engaña a sí misma. Existiría todo.

-Pero ¿cómo, si no había gente?

-¡Piensa que la creación depende del hombre! Sencillamente no es así. Están los árboles, y la hierba, y los pájaros. Prefiero con mucho pensar en la alondra despertándose de mañana sobre un mundo sin humanos. El hombre es un error, debe desaparecer. Está la hierba, y las liebres, y las víboras, y los anfitriones invisibles, verdaderos ángeles que se mueven libremente cuando una humanidad sucia no les interrumpe..., y buenos demonios de tejido puro: muy agradable.

Gustó a Ursula lo que él dijo, le gustó mucho, como una fantasía. Por supuesto, era sólo una fantasía agradable. Ella sabía demasiado bien la realidad de la humanidad, su horrenda realidad. Sabía que no podía desaparecer tan limpia y convenientemente. Le quedaba todavía mucho camino por hacer, un camino largo y espantoso. Su alma sutil, femenina, demoníaca lo sabía bien.

-Sólo con que el hombre fuese borrado de la faz de la Tierra, la creación proseguiría maravillosamente, con un nuevo comienzo no humano. El hombre es uno de los errores de la creación..., como el ictiosaurio. Bastaría con que desapareciese otra vez y surgirían cosas encantadoras de los días liberados, cosas salidas directamente del fuego.

-Pero el hombre nunca desaparecerá -dijo ella con conocimiento insidioso, diabólico, de los errores de la persistencia-. El mundo se irá con él.

-Ah, no -respondió él-, no es así. Creo en' los orgullosos ángeles y demonios, que son nuestros herederos. Ellos nos destruirán porque no somos lo bastante orgullosos. Los ictiosaurios no eran orgullosos: se arrastraban y tropezaban como nosotros. Y, además, mire las flores y las campanillas, son un signo de que ocurre la pura creación, incluso la mariposa. Pero la. humanidad nunca supera el estadio del gusano..., se corrompe en la crisálida, jamás tendrá alas. Es anticreación, como los monos y los bubuinos.

Ursula le contemplaba mientras hablaba. Parecía haber en él cierta furia impaciente todo el tiempo y, a la vez, una gran diversión en todo y una tolerancia final. Y lo que le hacía desconfiar a ella era esa tolerancia, no la furia. Vio que, a pesar de sí

mismo, él se pasaría todo el tiempo intentando salvar el mundo. Y este conocimiento, aunque confortaba el corazón de ella en alguna parte con un poco de autocomplacencia y estabilidad, le llenaba de cierto desprecio agudo y odio hacia él. Ella le quería para sí, odiaba el toque de Salvator Mundi. Era en él algo difuso y generalizado, que a ella le resultaba insoportable. El se comportaría del mismo modo, diría las mismas cosas, se entregaría igual de completamente a cualquier que apareciese, a cualquiera y a todos los que deseasen apelar a él. Era despreciable. Una forma muy insidiosa de prostitución.

-Pero -dijo ella- ¿cree en el amor individual, aunque que no crea en el amor a la humanidad...?

-No creo en el amor para nada..., es decir, no creo más en él que en el odio o en el pesar. El amor es una de las soluciones, como todas las otras..., y todo está muy bien mientras uno lo siente. Pero no puedo ver cómo se convierte en un absoluto. No es más que una parte de las relaciones humanas. ¿Y por qué ha de exigirse de uno siempre que lo sienta más de lo que uno siente siempre pena o alegría distante? No lo puedo concebir. El amor no es algo que uno pueda proponerse..., es una emoción, uno la siente o no la siente, según la circunstancia.

-¿Por qué entonces se preocupa en absoluto por la gente -preguntó ella- si no cree en el amor? ¿Por qué de la humanidad?

-¿Que por qué? Porque no me puedo librar de ello.

-Porque la ama -persistió ella. Le irritó.

-Sí, la amo -dijo él-, es mi enfermedad.

-Pero es una enfermedad de la que no quiere curarse -dijo ella con algo de fría burla.

El quedó silencioso ahora, sintiendo que ella deseaba insultarle.

-Y si no cree en el amor, ¿en qué cree? -preguntó ella irónicamente-. ¿Simplemente en el fin del mundo y la hierba?

El estaba empezando a sentirse un tonto.

-Creo en los anfitriones invisibles -dijo él.

-¿Y nada más? ¿No cree en nada visible, salvo hierba y pájaros? Su mundo es un espectáculo pobre.

-Quizá lo sea -dijo él ahora, tranquilo y superior cuando ya estaba ofendido, adoptando cierta insufrible superioridad distante y retirándose a su lejanía.

Le desagradaba a Ursula. Pero ella sentía también que había perdido algo. Le miró mientras él se sentaba sobre la orilla. Había cierta rigidez mojigata de escuela dominguera sobre él, mojigata y detestable. Y sin embargo, al mismo tiempo, su molde era tan rápido y atractivo, proporcionaba una sensación tan grande de libertad: el molde de sus cejas, de su mandíbula, de todo su cuerpo, era tan vivo en alguna parte, a pesar de su aspecto enfermizo.

Y era esa realidad de sentimientos que él creaba en ella la que hacía crecer un bello odio hacia él. Había su maravillosa y deseable rapidez vital, la rara cualidad de un hombre radicalmente deseable, y había al mismo tiempo el ridículo y maligno borrarse en un Salvator Mundi y un profesor de escuela dominical, un mojigato del tipo más tieso.

El miró hacia ella. Vio su rostro extrañamente arrebatado, como inflamado desde dentro por un poderoso y dulce fuego. Su calma quedó paralizada de asombro. Ella estaba rodeada y calentada por su propio fuego viviente. Paralizado de asombro y de atracción pura, perfecta, él se movió hacia ella. Estaba sentada como una reina extraña, casi

sobrenatural en su centelleante riqueza sonriente.

-La cuestión respecto del amor -dijo él mientras se ajustaba rápidamente su conciencia- es que odiamos el mundo porque lo hemos vulgarizado. Su expresión debiera ser prescrita, prohibida por tabú durante muchos años, hasta que consigamos una idea nueva, mejor.

Hubo un rayo de comprensión entre ellos.

-Pero siempre significa la misma cosa.

-Ah, por Dios, no, que no signifique eso ya -exclamó él-. Deje que desaparezcan los viejos significados.

-Pero sigue siendo amor -persistió ella.

Una luz extraña, perversa, le brillaba desde los ojos de ella.

El vaciló, frustrado, retrayéndose.

-No -dijo él-, no es así. Dicho de ese modo, jamás. Jamás en el mundo. No tiene sentido pronunciar la palabra.

-Debo dejarle a usted la decisión de sacarlo del Arca del Pacto en el momento adecuado -se burló ella.

Se miraron de nuevo. Ella se puso de pie repentinamente, le volvió la espalda y se alejó caminando. El se levantó también lentamente y fue hacia el borde del agua, donde poniéndose en cuclillas comenzó a entretenerse inconscientemente. Cogiendo una margarita la dejó caer sobre el estanque, de manera que el tallo era como una quilla y la flor flotaba como un pequeño lirio acuático, mirando con su rostro abierto hacia el cielo. Dio una lenta vuelta alrededor de sí misma, con una danza lenta de derviche, a medida que se alejaba. El la miró y lanzó luego otra margarita al agua, y otra después de ésa, y se sentó contemplándolas con ojos brillantes, absueltos, sentado sobre la orilla. Ursula se volvió para mirar. Era poseída por un sentimiento extraño, como si estuviese ocurriendo algo. Pero todo era intangible. Y estaba instalándose sobre ella alguna especie de control. Ella no podía saberlo. Sólo podía contemplar los pequeños discos brillantes de las mariposas derivando lentamente sobre el agua oscura, lustrosa. La pequeña flotilla se movía hacia la luz, una compañía de puntos blancos en la distancia.

-Vamos a la orilla para seguirlos -dijo ella, temerosa de estar más tiempo aprisionada en la isla. Y desembarrancaron la batea.

A ella le gustó estar de nuevo sobre la tierra libre. Caminó a lo largo del talud hacia la esclusa. Las margaritas estaban desparramadas sobre el estanque, pequeñas cosas radiantes como una exaltación, puntas de exaltación aquí y allá. ¿Por qué le emocionaban a ella tan fuerte y místicamente?

-Mire -dijo él-, su barco de papel púrpura las escolta y forman un convoy de balsas.

Algunas de las margaritas se acercaron lentamente hacia ella, vacilando, creando un pequeño cotillón tímido y brillante sobre la oscura agua clara. Su candor alegre y brillante la emocionó tanto cuando se acercaron que casi estalló en lágrimas.

-¿Por qué son tan encantadoras? -exclamó-. ¿Por qué me parecen tan encantadoras?

-Son flores preciosas -dijo él, sintiéndose comprimido por los tonos emocionales de ella-. Sabe que una margarita es una compañía de florecillas, un concurso hecho individual. ¿No las sitúan los botánicos en el lugar más alto de la línea de desarrollo? Creo que sí.

-Las compuestas sí, pienso -dijo Ursula, que nunca estaba muy segura de nada. Cosas que sabía perfectamente bien en un momento parecían hacerse dudosas al siguiente.

-Explíquelo entonces -dijo él-. La margarita es una perfecta democracia pequeña, por lo cual es la más alta de las flores, y de ahí su encanto.

-No -exclamó ella-, no..., nunca. No es democrática.

-No -admitió él-. Es la muchedumbre dorada del proletariado, rodeada por una espectacular valla blanca de ricos ociosos.

-¡Qué odiosos... sus odiosos órdenes sociales! -exclamó ella.

-¡Bastante! Es una margarita..., la dejaremos tranquila.

-Hágalo. Déjela ser una vez caballo oscuro -dijo ella-, si algo puede ser un caballo oscuro para usted -añadió satíricamente.

Quedaron uno junto a otro olvidadizos. Como si estuviesen algo aturdidos, ambos estaban inmóviles, apenas conscientes. El pequeño conflicto en el que habían caído desgarraba su conciencia, les había dejado como dos fuerzas impersonales allí en contacto.

El se hizo consciente del lapso. Deseaba decir algo, volver a un terreno nuevo y más común.

-¿Sabe -dijo- que vivo aquí en el molino? ¿No piensa que podemos pasar algunos buenos ratos?

-¿Es así? -dijo ella, ignorando toda su implicación de intimidad admitida.

El se recompuso al punto, se hizo normalmente distante.

-Si descubro que puedo vivir suficientemente por mí mismo -continuó él-, abandonaré mi trabajo. Ha llegado a morir para mí. No creo en la humanidad de la cual pretendo ser parte, me importan un bledo los ideales sociales, odio la forma orgánica agonizante de la humanidad social..., por lo cual trabajar en la educación no puede ser distinto de hacer trampas. Abandonaré ese trabajo tan pronto como tenga las cosas bastante claras, mañana quizás, y esté solo.

-¿Tiene bastante para vivir? -preguntó Ursula.

-Sí..., tengo aproximadamente cuatrocientas libras anuales. Eso me lo pone fácil.

Hubo una pausa.

-¿Y qué hay de Hermione? -preguntó Ursula.

-Se terminó, finalmente..., un puro fracaso, y nunca habría podido ser de otro modo.

-¿Pero se siguen conociendo el uno al otro?

-Mal podríamos pretender ser extraños, ¿verdad?

Hubo una pausa obstinada.

-¿Pero no es eso una medida a medias? -acabó preguntando Ursula.

-No lo pienso así -dijo él-. Usted podrá decirme si lo es.

Hubo otra vez una pausa de algunos minutos. El estaba pensando.

-Uno debe arrojar lejos todo, todo...; dejar que todo se vaya para conseguir esa y última cosa que desea.

-¿Qué cosa? -preguntó ella con desafío.

-No lo sé..., libertad juntos -dijo él.

Ella hubiese deseado que él hubiera dicho «amor». Se oyó un ladrido fuerte de los perros situados más

abajo. El pareció molesto por el ruido. Ella no lo tomó
en cuenta. Sólo pensó que él parecía incómodo.

-De hecho -dijo él con una sola voz más bien pequeña- creo que ahora viene Hermione con Gerald
Crich. Quería ver los cuartos que tengo en el molino antes de ser amueblados.

-Lo sé -dijo Ursula-. Ella le supervisará el amueblado.

-Probablemente. ¿Acaso importa?

-Oh, no, no creo -dijo Ursula-. Aunque personalmente ella me resulta insoportable. Pienso que es una mentira, si quiere, usted que siempre está hablando de mentiras -luego rumió un momento y dejó escapar-. Sí, y me molesta si le amuebla sus habitaciones..., me i molesta. Me molesta que la tenga rondando.

El quedó silencioso, con el ceño fruncido.

-Quizá -dijo él-. Yo no deseo que ella amueble y mi vivienda aquí... y no la mantengo rondando a mi alrededor. Sólo que no necesito ser grosero con ella, ¿verdad? En cualquier caso tendré que bajar y verles ahora. Vendrá, ¿eh?

-No lo creo -dijo ella fría y titubeantemente.

-¿No? Sí, hágalo. Venga y vea también la vivienda. Venga.

12. ALFOMBRANDO

El se puso a bajar por la ladera y ella le acompañó a desgana. Sin embargo, tampoco se hubiese mantenido apartada.

-Ya nos conocemos bien el uno al otro -dijo él. Ella no, respondió.

En la amplia cocina oscura del molino la esposa del obrero hablaba con voz estridente a Hermione y Gerald, que parecían extrañamente luminosos en las tinieblas del cuarto, él de blanco y ella con un foulard azulado brillante; mientras tanto, una docena o más de canarios trinaban con todas sus fuerzas desde jaulas colgadas de las paredes. Las jaulas estaban situadas todas alrededor de una pequeña ventana cuadrada en la parte de atrás, por donde entraba un hermoso rayo de sol filtrándose a través de las hojas verdes de un árbol. La voz de la señora Salmon chirriaba contra el ruido de los pájaros, que se alzaba más y más salvaje y triunfante, y la voz de la mujer subía y subía contra ellos, y los pájaros replicaban con salvaje animación.

-¡Aquí está Rupert! -gritó Gerald en medio de la algarabía. Estaba sufriendo mucho porque tenía el oído muy sensible.

-¡O-o-h los pájaros, no les dejarán hablar...! -chilló la mujer del obrero disgustada-. Los cubriré.

Y se movió de una parte a otra lanzando un trapo del polvo, un delantal o un mantel sobre las jaulas de los pájaros.

-Ahora os callaréis y dejaréis hablar -dijo en una voz que era todavía demasiado alta.

El grupo la contempló. Pronto las jaulas estuvieron cubiertas, adoptando un extraño aspecto funerario. Pero desde debajo de los trapos seguían saliendo desafiantes

trinos y gorjeos.

-Oh, ya se callarán -dijo tranquilizadoramente la señora Salmon-. Ahora se irán a dormir.

-¿Realmente? -dijo Hermione educadamente.

-Lo harán -dijo Gerald-. Se irán a dormir automáticamente, ahora que les han producido la impresión de noche.

-¿Se les engaña tan fácilmente? -exclamó Ursula.

-Oh sí -repuso Gerald-. ¿No conoce la historia de Fabre, que cuando era muchacho puso la cabeza de una gallina bajo su ala y el animal se puso a dormir al instante? Es cierto.

-¿Y eso hizo de él un naturalista? -preguntó Birkin.

-Probablemente -dijo Gerald.

Mientras tanto, Ursula estaba mirando bajo uno de los trapos. El canario estaba sentado en un rincón, recogido para dormir.

-¡Qué ridículo! -exclamó ella-. ¡Piensa realmente que ha llegado la noche! ¡Qué absurdo! Realmente es difícil tener ningún respeto por una criatura que resulta tan fácil de engañar!

-Sí -cantó Hermione acercándose a mirar también. Puso su mano sobre el brazo de Ursula y dejó escapar una risa grave-. Sí, ¿verdad que tiene un aspecto cómico? Como un marido estúpido.

Entonces, con la mano todavía sobre el brazo de Ursula, se la llevó aparte diciendo en su suave canturreo:

-¿Cómo vino aquí? También vimos a Gudrun.

-Vine a mirar el estanque -dijo Ursula- y encontré allí al señor Birkin.

-¿Es así? Esta es una tierra bastante Brangwen, ¿verdad?

-Temo que así lo esperaba -dijo Ursula-. Corrí aquí en busca de refugio, cuando les vi abajo, en el lago, justamente comenzando su paseo.

-¡Vaya. Y ahora la hemos obligado a aterrizar.

Los párpados de Hermione se alzaron con un movimiento misterioso, divertido pero agotado. Siempre tenía su mirada extraña, arrebatada, artificial e irresponsable.

-Me estaba yendo -dijo Ursula-. El señor Birkin deseaba que viese su alojamiento, ¿verdad que es encantador vivir aquí? Es perfecto.

-Sí -dijo Hermione abstraídamente. Se alejó entonces de Ursula, dejó de conocer su existencia.

-¿Cómo te encuentras, Rupert? -cantó con un tono nuevo, afectuoso, a Birkin.

-Muy bien -repuso él.

-¿Estuviste cómodo?

La mirada curiosa, siniestra, arrebatada, estaba sobre el rostrO de Hermione; estremeció el busto en un movimiento convulso y pareció como alguien medio en trance.

-Bastante cómodo -repuso él.

Hubo una larga pausa, mientras Hermione le miraba durante largo tiempo desde debajo de sus párpados pesados, drogados.

-¿Y piensas que serás feliz aquí? -dijo ella al fin.

-Estoy seguro de que lo seré.

-Estoy segura de que yo haré cualquier cosa por él de las que estén en mi mano -dijo la mujer del obrero-. Y estoy segura de que nuestro señor lo hará, por lo cual espero

que se encuentre cómodo.

Hermione se volvió y la miró lentamente.

-Se lo agradezco tanto -dijo y se dio la vuelta completamente de nuevo. Recuperó su posición y levantando el rostro hacia él, dirigiéndose a él exclusivamente, dijo:

-¿Has medido los cuartos?

-No -dijo él-, estuve calafateando la batea.

-¿Lo hacemos ahora? -dijo ella lentamente, equilibrada y desapasionada.

-¿Tiene usted una cinta métrica, señora Salmon? -dijo él volviéndose a la mujer.

-Sí, señor, espero que podré encontrar una -repuso la mujer saliendo al punto en dirección a una cesta-. Esto es lo único que tengo, si les sirve.

Hermione cogió el objeto, aunque había sido ofrecido a Birkin.

-Se lo agradezco tanto -dijo ella-. Servirá muy bien. Muchas gracias -luego se volvió hacia Birkin, diciendo con un pequeño movimiento jovial-: ¿Lo hacemos ahora, Rupert?

-¿Y qué hay de los otros? Se aburrirán -dijo con desgana.

-¿Les importa? -dijo Hermione volviéndose vagamente hacia Ursula y Gerald.

-Ni lo más mínimo -repusieron.

-¿Qué cuarto haremos primero? -dijo ella volviéndose de nuevo hacia Birkin con la misma jovialidad, ahora que iba a hacer algo con él.

-Lo haremos según vayan viniendo -dijo él.

-¿Les voy preparando el té mientras hacen eso? -dijo la mujer del obrero, jovial también porque tenía, ella, algo que hacer.

-¿Sería tan amable? -dijo Hermione volviéndose hacia ella con el curioso movimiento de intimidad que parecía envolver a la mujer, atraerla casi al pecho de Hermione, y que dejaba a los otros aparte-. Me encantaría. ¿Dónde lo tomaremos?

-¿Dónde le gustaría? Será aquí o en el césped.

-¿Dónde tomaremos el té? -cantó Hermione al grupo en general.

-Sobre la orilla y junto al estanque. Y nosotros llevaremos las cosas en cuanto las tenga preparadas, señora Salmon -dijo Birkin.

-Muy bien -dijo la complacida mujer.

El grupo se desplazó al cuarto del frente. Estaba vacío, pero limpio y soleado. Había una ventana que daba al enmarañado jardín frontal.

-Este es el comedor -dijo Hermione-. Lo mediremos de este lado, Rupert..., vete allí...

-¿No puedo sustituirte? -dijo Gerald, acercándose para coger el extremo de la cinta.

-No, gracias -exclamó Hermione, agachándose hasta el suelo con su foulard brillante y azulado.

Era para ella un gran goce hacer cosas, y tener la dirección del trabajo, con Birkin. El obedecía mansamente. Ursula y Gerald observaban. Era una peculiaridad de Hermione tener en cada momento un íntimo, convirtiendo a todo el resto de los presentes en espectadores. Esto la elevó a un estado de triunfo.

Midieron y comentaron el comedor, y Hermione decidió cómo iba a cubrirse el suelo. El hecho de ser frustrada provocó en ella una rabia extraña, convulsa. Birkin siempre le permitía hacer las cosas a su modo, por el momento.

Entonces, cruzando el vestíbulo, fueron hacia el otro cuarto frontal de la casa, un

poco menor que el primero.

-Este es el estudio -dijo Hermione-. Rupert, tengo una alfombra que quiero que tengas aquí. ¿Me dejarás que te la dé? Sí..., deseo dártela.

-¿Cómo es? -preguntó el desagradecidamente.

-No la has visto. Es principalmente rojo rosa, luego azul, un azul medio metálico y un azul oscuro muy suave. Me parece que te gustaría. ¿Te gustaría?

-Suena muy bien -repuso él-. ¿Qué es? ¿Oriental? ¿De pelo?

-Sí. ¡Persa! Está hecha de pelo de camello, sedoso. Me parece que se llama Bergamos... Doce pies por siete... ¿Crees que te servirá?

-Serviría -dijo él-. Pero ¿por qué ibas a darme una alfombra cara? Yo me arreglo perfectamente bien con mi vieja turca de Oxford.

-Pero ¿puedo regalártela? Déjame hacerlo.

-¿Cuánto costó?

Ella le miró y dijo:

-No recuerdo. Fue bastante barata.

El la miró con el rostro preparado.

-No quiero tomarla, Hermione -dijo.

-Permíteme que se la dé a los cuartos -dijo ella acercándose a él y poniéndole la mano sobre el brazo leve, implorante-. Me decepcionaría tanto no poder hacerlo.

-Sabes que no deseo que me des cosas -repitió con indefensión él.

-Yo no quiero darte cosas -dijo ella provocativamente-. Pero ¿te quedarás con ésta?

-Bueno -dijo él derrotado, y ella triunfó.

Se fueron escaleras arriba. Había dos dormitorios
que correspondían a los cuartos de abajo. Uno de ellos estaba a medio amueblar, y Birkin había dormido allí evidentemente. Hermione recorrió el cuarto cuidadosamente, mente, anotando cada detalle, como si absorbiera la certeza de su presencia en todas las cosas inanimadas. Tocó la cama y examinó la colcha.

-¿Estás seguro de que estuviste cómodo? -dijo ella apretando la almohada.

-Perfectamente -repuso él fríamente.

-¿Y no tuviste frío? No tienes edredón. Estoy segura de que necesitas uno. No te conviene tener mucho peso de mantas.

-Tengo uno -dijo él-. Está llegando.

Midieron los cuartos y se detuvieron en cada consideración. Ursula estaba de pie junto a la ventana y contemplaba a la mujer llevando el té ladera arriba hasta el estanque. Odiaba la palabrería de Hermione, deseaba beber té, deseaba cualquier cosa excepto ese bullicio y comercio.

Al fin todos ellos ascendieron la ladera verde hacia el picnic. Hermione sirvió el té. Ahora ignoraba la presencia de Ursula. Y Ursula, recobrándose de su mal humor, se volvió hacia Gerald diciendo:

-Oh, le odié tanto el otro día, señor Crich.

-¿Por qué? -dijo Gerald dando un ligero respingo.

-Por tratar tan mal a su caballo. Oh, ¡le odié tanto!

-¿Qué hizo él? -cantó Hermione.

-Hizo que su yegua árabe, maravillosamente sensible, se quedase con él en el cruce del ferrocarril mientras pasaba una cantidad horrible de vagones, y la pobre estaba

completamente frenética, absolutamente torturada. Fue la visión más horrible que puedan imaginarse.

-¿Por qué lo hiciste, Gerald? -preguntó Hermione, serena e interrogativa.

-La yegua tiene que aprender a soportarlo..., ¿de qué me sirve en esta región si se atolondra y escapa cada vez que silva una locomotora?

-¿Pero por qué infligir tortura innecesaria? -dijo Ursula-. ¿Por qué hacer que se mantuviese todo ese tiempo junto al cruce? Bien podía haberse echado unos metros atrás, evitándole todo ese horror. Sus flancos estaban sangrando cuando la espoleaba. ¡Fue demasiado horrible...

Gerald se puso tieso.

-Tengo que usarla -replicó él-. Y si he de fiarme algo de ella tendrá que aprender a soportar ruidos.

-¿Por qué? -exclamó Ursula apasionadamente-. Ella es una criatura viviente, ¿por qué habría de soportar algo solamente porque usted lo decide? Tiene tanto derecho a su propio ser como usted al suyo.

-En eso no estoy de acuerdo -dijo Gerald-. Considero que esa yegua está allí para mi uso. No porque la compré, sino porque ése es el orden natural. Para un hombre es más natural hacerse con un caballo y usarlo como prefiera que arrodillarse ante él suplicándole que haga lo que desee y cumpla su propia naturaleza maravillosa.

Ursula estaba estallando ya cuando Hermione levantó el rostro y empezó con su reflexivo canturreo:

-Realmente pienso..., realmente pienso que hemos de tener el coraje de usar la vida animal inferior para nuestras necesidades. Pienso que hay algo erróneo cuando contemplamos a toda criatura viviente como si fuésemos nosotros mismos. Pienso que es falso proyectar nuestros propios sentimientos sobre toda criatura animada. Es una falta de discriminación, una falta de sentido crítico.

-En cierto modo -dijo Birkin de modo cortante-. Nada es tan detestable como el sensiblero que atribuye a los animales sentimientos y conciencia humana.

-Sí -dijo Hermione fatigadamente-, debemos realmente adoptar postura. O bien usaremos a los animales o bien ellos nos usarán.

-Eso es un hecho -dijo Gerald-. Un caballo tiene voluntad como un hombre, aunque no posea mente en sentido estricto. Y si nuestra voluntad no domina será el caballo quien domine, y esto es algo que no puedo evitar. No puedo evitar ser el señor del caballo.

-Si simplemente pudiésemos aprender a usar nuestra voluntad -dijo Hermione-, podríamos hacer cualquier cosa. La voluntad puede curar cualquier cosa, corregir cualquier cosa..., siempre que usemos la voluntad adecuadamente, inteligiblemente.

-¿Qué quieres decir con usar la voluntad adecuadamente? -dijo Birkin.

-Un médico muy grande me enseñó -dijo dirigiéndose vagamente a Ursula y a Gerald-. Por ejemplo, me contó que para curarse uno de una mala costumbre debe forzarse a hacerlo cuando no lo haría..., forzarse a hacerlo... y entonces el hábito desaparecerá.

-¿Qué quieres decir? -dijo Gerald.

-Si uno se come las uñas, por ejemplo; cuando no tiene ganas de comérselas, que se las coma, que se obligue a ello. Y descubrirá que el hábito queda roto.

-¿Es eso así? -dijo Gerald.

-Sí. Y en muchas cosas me he hecho a mí misma bien. Era una muchacha muy rara y nerviosa. Y aprendiendo a usar mi voluntad, simplemente usando mi voluntad me hice bien.

Ursula miraba todo el tiempo a Hermione mientras hablaba con su voz lenta, desapasionada, aunque extrañamente tensa. Un curioso escalofrío recorrió a la mujer más joven. Algún poder oscuro, extraño, convulsivo, vivía en Hermione, fascinante y repelente.

-Es fatal usar la voluntad así -exclamó ásperamente Birkin-, repugnante. Semejante voluntad es una obscenidad.

Hermione le miró durante largo tiempo con sus ojos sombreados, graves. Su rostro era suave, pálido y estrecho, casi. fosforescente; su mandíbula, enjuta.

-Estoy segura de que no -acabó diciendo.

Siempre parecía haber un intervalo, una extraña separación entre lo que ella parecía sentir y experimentar y lo que efectivamente decía y pensaba. Parecía capturar sus pensamientos, principalmente en la superficie de un maelstrom de emociones y reacciones negras, caóticas, y Birkin quedaba siempre lleno de repusión; ella capturaba tan infaliblemente, su voluntad nunca le fallaba. Su voz era siempre desapasionada y tensa, perfectamente confiada. Sin embargo, temblaba con una sensación de náusea, una especie de mareo que siempre amenazaba con abrumar su mente. Pero su mente permanecía intacta, su voluntad era aún perfecta. Eso casi enloquecía a Birkin. Pero nunca, nunca se atrevía él a romper su voluntad liberando el maelstrom de su subconsciente para verla en su última locura. Sin embargo, estaba siempre fustigándola.

-Y naturalmente -dijo ella a Gerald- los caballos no tienen una voluntad completa, como los seres humanos. Un caballo no tiene una voluntad. Siendo estrictos, cada caballo tiene dos voluntades. Con una voluntad desea ponerse completamente en manos del poder humano..., y con la otra desea ser libre, salvaje. Las dos voluntades se traban a veces...; uno sabe eso si alguna vez ha sentido encabritarse a un caballo que montaba.

-He visto encabritarse caballos mientras los montaba -dijo Gerald-, pero no pensé por eso que tuvieran dos voluntades. Sólo sabía que estaban asustados.

Hermione había dejado de escuchar. Se olvidaba, sencillamente, una vez que comenzaba esos temas.

-¿Por qué iba a querer un caballo ponerse en manos del poder humano? -preguntó Ursula-. Eso me resulta bastante incomprensible. No creo que jamás lo desease.

-Sí. Es el impulso amoroso último, quizás el más alto: abandonar la propia voluntad al ser superior -dijo Birkin.

-Qué curiosas ideas tiene sobre el amor -bromeó Ursula.

-Y la mujer es igual que los caballos: dentro de ella actúan dos voluntades opuestas. Con una voluntad desea someterse radicalmente. Con la otra quiere encabritarse y llevar la perdición a su conductor.

-Entonces yo soy una encabritada -dijo Ursula con una explosión de risa.

-Es cosa peligrosa domesticar siquiera a los caballos, prescindiendo de las mujeres -dijo Birkin-. El principio dominante tiene algunos antagonistas raros.

-Buena cosa también -dijo Ursula.

-En cierto modo -dijo Gerald con una débil sonrisa- es más divertido.

Hermione no podía soportar más. Se incorporó diciendo en su canturreo fácil:

-¡Qué hermosa está la tarde! A veces me llena un sentimiento tan grande de

belleza que apenas puedo soportarlo.

Ursula, a quien ella había apelado, se levantó con ella, movida hasta las últimas profundidades impersonales. Y Birkin le pareció casi un monstruo de arrogancia odiosa. Fue con Hermione alrededor del estanque, hablando de cosas hermosas, consoladoras, recogiendo las amables prímulas.

-¿No le gustaría tener un vestido -dijo Ursula a Hermione- de esté amarillo, con lunares naranjas..., un vestido de algodón?

-Sí -dijo Hermione agachándose y mirando la flor, dejando que el pensamiento penetrase en ella y le aliviara-. ¿Verdad que sería bonito? Me encantaría.

Y se volvió sonriente a Ursula con un sentimiento de verdadero afecto.

Pero Gerald permaneció con Birkin, queriendo sondearle hasta el fondo, saber lo que quería decir con la voluntad doble en los caballos. Un destello de entusiasmo bailaba sobre el rostro de Gerald.

Hermione y Ursula vagaron juntas, unidas en un vínculo súbito de afecto profundo y proximidad.

-Realmente no deseo ser empujada a toda esta crítica y análisis de la vida. Lo que realmente quiero es ver las cosas en su integridad, sin que se les haya quitado su belleza y totalidad, su santidad natural. ¿No siente usted que ya no puede ser torturada con ningún conocimiento más? -dijo Hermione deteniéndose delante de Ursula y volviéndose hacia ella con los puños apretados mirando hacia abajo.

-Sí -dijo Ursula-. Así me siento. Me ponen enferma tanto hurgar y fisgar.

-Me alegra tanto saberlo. A veces -dijo Hermione deteniéndose de nuevo en su progreso y volviéndose hacia Ursula-, a veces me pregunto si debiera someterme a toda esta comprensión, si no estoy siendo débil por rechazarla. Pero siento que no puedo..., no puedo. Parece destruir todo. Toda la belleza y la... la verdadera santidad son destruidas..., y siento que no puedo vivir sin ellas.

-Y sería sencillamente equivocado vivir sin ellas -exclamó Ursula-. No, es tan irreverente que todo deba cumplirse en la cabeza. Realmente, algo debe ser apartado para el Señor, siempre hay algo y siempre lo habrá.

-Sí -dijo Hermione confortada como una criatura-. Así debiera ser, ¿verdad?, y Rupert... -dijo levantando el rostro hacia el cielo, reflexivamente-, sólo puede romper las cosas en trozos. Realmente és como un muchacho que necesita destripar todo para ver cómo está hecho. Y no puedo pensar que haga bien..., como usted dice: parece tan irreverente.

-Como rasgar un capullo para ver lo que será la flor -dijo Ursula.

-Sí. Y eso mata todo, ¿verdad? No permite ninguna posibilidad de florecimiento.

-Por supuesto que no -dijo Ursula-. Es puramente destructivo.

-Lo es, ¿verdad?

Hermione miró larga y lentamente a Ursula, pareciendo aceptar confirmación de ella. Entonces las dos mujeres quedaron silenciosas. Tan pronto como estuvieron de acuerdo empezaron a desconfiar la una de la otra. A pesar de sí misma, Ursula sintió que se alejaba de Hermione. Era todo cuanto podía hacer para controlar su repulsión.

Volvieron hacia los hombres como dos conspiradores que se han retirado para llegar a un acuerdo. Birkin las miró. Ursula le odió por su fría curiosidad. Pero él no dijo nada.

-¿Nos vamos yendo? -dijo Hermione-. Rupert, ¿vendrás a cenar a Shortlands?

¿Vendrás en seguida, ahora, con nosotros?

-No estoy vestido -repuso Birkin-. Y sabes que Gerald es muy convencional.

-No soy convencional -dijo Gerald-. Pero si te hubiese mareado tanto como a mí el alborotador hazlo-que-quieras en la casa, preferirías que las personas fuesen apacibles y convencionales, por lo menos en las comidas.

-Muy bien -dijo Birkin.

-Pero ¿no podemos esperar mientras te vistes? -persistió Hermione.

-Si lo preferís.

Se levantó para entrar en la casa. Ursula dijo que iba a marcharse.

-Sólo -dijo volviéndose hacia Gerald- debo decir que, aunque el hombre sea señor de la bestia y las aves, sigo creyendo que no tiene derecho alguno a violar los sentimientos de la creación inferior. Sigo creyendo que habría sido mucho más sensible y amable de su parte haberse alejado algo por la carretera mientras el tren pasaba, siendo considerado.

-Ya veo -dijo Gerald sonriendo pero algo molesto-. Debo recordarlo para otra vez.

«Todos piensan que soy una mujer entrometida», pensó para sí Ursula mientras se marchaba. Pero estaba en guerra contra ellos.

Corrió a su casa hundida en pensamientos. Hermione le había emocionado mucho; había entrado realmente en contacto con ella, de manera que había una especie de liga entre las dos mujeres. Y, con todo, no la podía soportar. Pero apartó el pensamiento. «Ella es realmente buena», se dijo. «Ella realmente quiere lo justo». E intentó sentirse hermanada con Hermione y desvinculada de Birkin. Era estrictamente hostil hacia él. Pero estaba sujeta a él por algún vínculo, algún principio profundo. Esto la irritó y la salvó al tiempo.

Sólo de cuando en cuando la recorrían pequeños escalofríos violentos provenientes de su subconsciente, y ella sabía que eran debidos al hecho de que había expresado a Birkin su reto y él había aceptado, consciente o inconscientemente. Era una lucha a muerte entre ellos... o a nueva vida, aunque nadie pudiera decir en qué consistía el conflicto.

13. «MINO»

Los días pasaban y no recibía signo alguno. ¿Iba él a olvidarla, iba a no tomar más en cuenta el secreto de ella? Un fatigoso peso de ansiedad y ácida amargura se aposentaron en Ursula. Y, sin embargo, sabía que sólo se estaba engañando y que él acabaría actuando. No dijo palabra a nadie.

Entonces, por supuesto, vino una nota suya preguntando si vendría a tomar el té, con Gudrun, a su domicilio en la ciudad.

«¿Por qué se incluye también a Gudrun?», se preguntó ella al punto. «¿Quiere protegerse a sí mismo o acaso piensa que yo no iría sola?»

Estaba atormentada por el pensamiento de que él deseaba protegerse. Pero, tras

mucho considerar, se limitó a decirse:

«No quiero que Gudrun esté allí, porque deseo que me diga algo más a mí. Así es que no le diré nada a Gudrun e iré sola. Entonces sabré.»

Se encontró sentada en el tranvía, remontando la colina por donde se salía de la ciudad, en dirección al lugar donde él tenía su alojamiento. Parecía haber entrado en una especie de mundo de sueño, absuelto de las condiciones de realidad. Contemplaba las calles sórdidas de la ciudad debajo, como si fuese un espíritu desconectado del universo material. ¿Qué tenía que ver con ella todo? Ella era palpitante e informe dentro del flujo de la vida fantasmal. No tomaría ya en cuenta lo que ninguna persona dijese o pensase sobre ella. Las gentes habían desaparecido de su horizonte, estaba absuelta. Extraña y tenue, había caído de la vaina de la vida material como cae un arándano del único mundo que ha llegado a conocer en su vaina a lo verdaderamente desconocido.

Birkin estaba de pie en mitad del cuarto cuando el ama de llaves la introdujo. También estaba fuera de sí con la emoción. Ella le vio agitado y conmovido, el cuerpo frágil, insustancial, silencioso, como el nudo de alguna fuerza violenta que brotase de él y la conmoviese a ella hasta casi el desfallecimiento.

-¿Viene usted sola? -dijo él.

-Sí..., Gudrun no pudo acudir.

El sospechó por qué instantáneamente.

Y ambos quedaron sentados en silencio, en la terrible tensión del cuarto. Ella era consciente de que se trataba de un cuarto agradable, lleno de luz y muy descansado de formas..., consciente también de un árbol fucsia con flores colgantes de color escarlata y púrpura.

-¡Qué preciosas son las fucsias! -dijo ella para romper el silencio.

-¿Verdad? ¿Pensaba que había olvidado lo que dije?

Un desfallecimiento invadió la mente de Ursula.

-No quiero que lo recuerde... si no lo desea -luchó ella por decir entre la oscura niebla que la cubría.

Hubo silencio durante algunos momentos.

-No -dijo él-. No es eso. Pero si vamos a conocernos el uno al otro debemos compremeternos para siempre. Si vamos a tener una relación, incluso de amistad, debe haber en ella algo final e irrevocable.

Había un eco de desconfianza y casi de rabia en su voz. Ella no contestó. Su corazón estaba demasiado contraído. No habría podido hablar.

Viendo que no iba a contestar, él continuó casi amargamente, entregándose:.

-No puedo decir que sea amor lo que puedo ofrecer... y no es amor lo que deseo. Es algo más impersonal y más duro... y más raro.

Hubo un silencio desde el cual ella dijo:

-¿Quieres decir que no me amas?

Ella sufrió furiosamente al decir eso.

-Sí, si quieres expresarlo de ese modo. Aunque quizá no sea cierto. No lo sé. En cualquier caso, no siento hacia ti la emoción del amor..., no, y no lo deseo. Porque nos abandona en última instancia.

-¿El amor abandona en última instancia? -preguntó ella, sintiéndose entumecida hasta los labios.

-Así es. En última instancia uno está solo, más allá de la influencia del amor. Hay

un yo impersonal y real que está más allá del amor, más allá de cualquier relación emocional. Igual sucede contigo. Pero queremos engañarnos diciendo que el amor es la raíz. ¿No lo ves?

Es sólo las ramas. La raíz está más allá del amor, es una especie de aislamiento desnudo, un yo aislado que no se junta ni mezcla y que jamás podrá hacerlo.

Ella le contempló con ojos abiertos, turbados. El rostro de él era incandescente en su honestidad abstracta.

-¿Quieres decir que no puedes amar? -preguntó ella temblando.

-Sí, si quieres. He amado. Pero hay un más allá donde no existe amor.

Ella no podía aceptarlo. Lo notaba flotando sobre ella. Pero no podía admitirlo.

-¿Pero cómo lo sabes... si nunca has amado realmente?

-Lo que digo es cierto; en ti, en mí, hay un más allá que está allende el amor, allende el campo, tal como las estrellas están algunas más allá del campo de visión.

-Entonces no hay amor -exclamó Ursula.

-En definitiva, no, hay otra cosa. En definitiva, no hay amor.

Ursula se concentró en esta afirmación en esos momentos. Luego medio se levantó de su silla diciendo con una voz final, repelente:

-Entonces deja que me vaya a casa..., ¿qué estoy haciendo aquí?

-Ahí está la puerta -dijo él-. Eres un agente libre.

El estaba suspendido fina y perfectamente en este rigor. Ella se mantuvo inmóvil durante algunos segundos y luego se sentó de nuevo.

-Si no hay amor, ¿qué hay? -exclamó, casi bromeando.

-Algo -dijo él mirándola, batallando con su alma con todas sus fuerzas.

-¿Qué?

El quedó silencioso largo tiempo, incapaz de comunicarse con ella mientras se encontrase en ese estado de oposición.

-Hay -dijo él en una voz de pura abstracción- une yo mismo final que es poderoso, impersonal y más allá de la responsabilidad. Allí está, un tú final. Y allí es donde me gustaría encontrarte..., no en el plano emocional, amoroso, sino allí, más allá, donde no hay palabras ni términos de acuerdo. Allí somos dos seres poderosos, desconocidos, dos criaturas radicalmente extrañas. A mí me gustaría acercarme a ti, y a ti, acercarte a mí. Y allí no podría haber obligación alguna porque no hay pautas de acción, porque ningún entendimiento ha sido cosechado en ese plano. Es bastante inhumano, con lo cual no puede haber ningún llamamiento a pagar en ninguna forma, porque uno está fuera de todo lo aceptado y no se aplica nada conocido. Uno sólo puede conseguir el impulso, tomando lo que está delante, y no ser responsable de nada, que no se le pida a uno nada, sin dar nada, sólo tomando cada uno de acuerdo con el deseo primordial.

Ursula escuchó este discurso con la mente aturdida y casi insensible; lo que él decía era tan inesperado e inconveniente.

-Es simple y puro egoísmo -dijo ella.

-Sí, es puro, sí. Pero no es egoísta para nada. Porque no sé lo que quiero de ti. Me entrego a lo desconocido yendo hacia ti, estoy sin reservas ni defensas, totalmente desnudado para penetrar en lo desconocido. Sólo es necesario el compromiso entre nosotros de apartar todo, incluso a nosotros mismos, y dejar de ser para que aquello que es absolutamente nosotros pueda ocurrir en nosotros.

Ella reflexionó siguiendo su propia línea de pensamiento.

-Pero ¿es porque me amas por lo que me deseas? -persistió.

-No. Es porque creo en ti..., si es que efectivamente creo en ti.

-¿No estás seguro? -rió ella, herida de repente.

El la miraba fijamente, sin atender apenas a lo que decía.

-Sí, debo creer en ti o no estaría aquí diciendo esto -repuso él-. Pero ésa es toda la prueba que tengo. No siento ninguna creencia muy fuerte en este específico momento.

A ella le desagradó él por esa súbita recaída en la fatiga y el descreimiento.

-Pero ¿no piensas que tengo buen aspecto? -persistió ella con voz burlona.

El la miró para ver si sentía que tenía buen aspecto. -No siento que tengas buen aspecto -dijo él.

-¿Ni siquiera atractiva? -bromeó ella mordazmente. El frunció el ceño con exasperación repentina.

-¿No ves que no es un asunto de apreciación visual para nada? -exclamó-. No deseo verte. He visto muchas mujeres, estoy harto y cansado de verlas. Deseo una mujer que no se vea.

-Lamento no poder comprometerte siendo invisible -rió ella.

-Sí -dijo él-, eres invisible para mí si no me fuerzas a ser visualmente consciente de ti. Pero no deseo verte o escucharte.

-¿Por qué me invitaste a tomar el té entonces? -se burló ella.

Pero él no le prestó atención. Estaba hablando consigo mismo.

-Quiero encontrarte allí donde no conozcas tu propia existencia, quiero el tú que tu yo común niega radicalmente. Pero no deseo tu belleza, y no deseo tus sentimientos femeninos, y no deseo tus pensamientos, ni tus opiniones, ni tus ideas..., son todo bagatelas para mí.

-Es usted muy engreído, monsieur -dijo ella burlonamente-. ¿Cómo es que conoces mis sentimientos femeninos, o mis pensamientos, o mis ideas? Ni siquiera sabes lo que pienso de ti ahora.

-Ni me importa lo más mínimo.

-Pienso que eres muy tonto. Pienso que deseas decirme que me amas y que das todo este rodeo para hacerlo.

-Muy bien -dijo él levantando la cabeza con exasperación repentina-. Vete entonces y déjame tranquilo. Estoy harto de tu tomadura de pelo procaz.

-¿Es realmente una tomadura de pelo? -se burló ella, relajándose realmente su rostro en la risa.

Interpretaba la escena como si él te hubiese hecho una profunda confesión de amor. Pero también resultaban tan absurdas sus palabras.

Quedaron silenciosos durante muchos minutos, ella estaba complacida y entusiasmada como una criatura. La concentración de él se rompió, comenzó a mirarla simple y naturalmente.

-Lo que deseo es una extraña conjunción contigo... -dijo apaciblemente-; no encontrarse y mezclarse..., estás bastante en lo cierto..., pero yo quiero un equilibrio, un puro equilibrio de dos seres singulares..., tal como se equilibran unas a otras las estrellas.

Ella le miró. El era muy sincero, y para ella la sinceridad era siempre más bien ridícula, tópica. Le hacía sentirse forzada e incómoda. Sin embargo, él le gustaba mucho. Pero ¿para qué irse por las estrellas?

-¿No es esto algo repentino? -bromeó ella.

El comenzó a reír.

-Antes de que firmemos más vale leer las cláusulas del contrato -dijo él.

Un joven gato gris que había estado durmiendo sobre el sofá saltó al suelo y se desperezó, levantándose sobre sus largas patas y arqueando la esbelta espalda. Luego se sentó un momento, considerando, erecto y majestuoso. Entonces salió disparado del cuarto como un rayo, a través del balcón abierto, hacia el jardín.

-¿Qué buscará? -dijo Birkin levantándose.

El joven gato trotaba señorialmente por ,el sendero meneando la cola. Era un felino común, de patas blancas, un esbelto y joven caballero. Una gata acurrucada, peluda y de color gris pardo estaba deslizándose por debajo de la valla. «Mino» anduvo hasta ella de modo imponente, con varonil despreocupación. La gata se acurrucó ante él y se apretó contra el suelo en gesto de humildad, como una paria suave y peluda, mirándole con ojos salvajes que eran verdes y encantadores como joyas grandes. El gato miró distraídamente en su dirección. Ella reptó unos pocos centímetros más, siguiendo en su camino hacia la puerta trasera, agazapándose de una manera maravillosa, suave, olvidada de sí, moviéndose como una sombra.

El, caminando majestuoso sobre sus esbeltas patas, fue tras ella y repentinamente, por puro exceso, le dio un golpe leve con la pata a un lado de su rostro. Ella se alejó unos pocos pasos, como una hoja llevada por el viento sobre el suelo, y luego se acurrucó con modestia, sumisa, con la paciencia de lo salvaje. «Mino» hacía como si no la percibiese. Parpadeó magníficamente ante el paisaje. Al poco rato ella se recompuso y dio suavemente unos pocos pasos hacia adelante, como una lanuda sombra gris parda. Empezó a acelerar el paso, y en un momento habría desaparecido como un sueño cuando el joven señor gris saltó delante de ella y le dio un leve y grácil golpe. Ella se detuvo al punto sumisa.

-Es una gata salvaje -dijo Birkin-. Ha venido de los bosques.

Los ojos de la gata vagabunda centellearon mirando a su alrededor durante un momento, como grandes fuegos verdes, contemplando a Birkin. Entonces, con una carrera suave y rápida, recorrió la mitad del jardín. Allí se detuvo para mirar en torno. «Mino» volvió su rostro de pura superioridad hacia su dueño y cerró lentamente los ojos, con una joven perfección estatuaria. Los ojos redondos, verdes y curiosos de la gata salvaje estaban mirando todo el tiempo como fuegos misteriosos. Entonces, como una sombra, se deslizó de nuevo hacia la cocina.

Con un encantador salto y como impulsado por un muelle, semejante a un viento, «Mino» cayó sobre ella y la abofeteó por dos veces, muy definitivamente, con un puño blanco, delicado. Ella se acurrucó retrocediendo, sin discutir. El caminó tras ella y la golpeó una o dos veces más, pausadamente, con golpecitos súbitos de sus patas blancas mágicas.

-¿Por qué hace eso? -exclamó indignada Ursula.

-Son íntimos -dijo Birkin.

-¿Y por eso la golpea?

-Sí -rió Birkin-, creo que él desea poner las cosas claras con ella.

-¡Es horrendo! -exclamó ella, y saliendo al jardín increpó a «Mino»-: Detente, no te hagas el gallito. Deja de pegarle.

La gata vagabunda se desvaneció como una sombra ligera, invisible. «Mino» miró a Ursula y luego apartó la vista desdeñosamente para acabar fijándola sobre su dueño.

-¿Eres un gallito, «Mino»? -preguntó Birkin.

El joven y esbelto gato le miró, entrecerrando lentamente sus ojos. Luego puso la vista en el paisaje, mirando la distancia como si olvidara completamente a los dos seres humanos.

-«Mino» -dijo Ursula-, no me gustas. Eres un gallito, como todos los machos.

-No -dijo Birkin-, está justificado. No es un gallito. Simplemente insiste con la pobre vagabunda para que ella le reconozca como una especie de destino, su propio destino: porque puedes ver que ella es sedosa y promiscua como el viento. Estoy con él por completo. Desea una estabilidad superfina.

-¡Ya lo sé! -exclamó Ursula-. Quiere las cosas a su modo..., sé lo que acaban significando tus bonitas palabras: mangoneo, lo llamo mangoneo.

El gato joven miró una vez más a Birkin con desdén hacia la mujer ruidosa.

-Estoy bastante de acuerdo contigo, Miciotto -dijo Birkin al gato-. Mantén tu dignidad de macho y tu entendimiento superior.

El gato entrecerró otra vez los ojos, como si estuviese mirando al sol. Entonces, pretendiendo de repente no tener conexión alguna con las dos personas, se alejó trotando con espontaneidad y jovialidad fingidas, erecta la cola y alegres sus patas blancas.

-Ahora encontrará una vez más a la bella salvaje y la entretendrá con su sabiduría superior -rió Birkin.

Ursula miró al hombre que estaba en el jardín con el pelo revuelto y los ojos sonriendo irónicamente y exclamó:

-¡Oh, me pone tan furiosa esa fingida superioridad masculina! ¡Y es una mentira tan grande! No me importaría admitirla si tuviese alguna justificación.

-A la gata salvaje -dijo Birkin- no le importa. Percibe que está justificada.

-¿Tú crees? -exclamó Ursula-. Cuéntaselo a tu tía.

-También a ella.

-Es justamente como Gerald Crich con su caballo..., una pasión por imponerse..., una verdadera Wille zur Macht..., tan vil, tan mezquina.

-Estoy de acuerdo en que la Wille zur Mach es una cosa vil y mezquina. Pero tratándose de «Mino» es el deseo de llevar a su gata a un equilibrio puro y estable, un rapport trascendente y vinculante con el macho singular. Mientras que sin él, como ves, ella es una mera vagabunda, un trozo lanudo y esporádico de caos. Es una volonté de pouvoir, si lo prefieres, un éxito para la habilidad, tomando pouvoir como un verbo.

-¡Ah ...! ¡Sofismas! Es el viejo Adán.

-¡Oh, sí! Adán mantuvo a Eva en el paraíso indestructible cuando estaba sola con él como una estrella en su órbita.

-Sí..., sí... -exclamó Ursula apuntándole con el dedo-. ¡Eso eres..., una estrella en su órbita! Un satélite... Un satélite de Marte..., ¡eso es lo que debe ser ella! Vaya..., vaya... ¡Te has descubierto! ¡Quieres un satélite, Marte y su satélite! ¡Lo has dicho..., lo has dicho..., te has puesto en evidencia!

El quedó sonriendo, frustrado, divertido, irritado, admirado y enamorado. Ella era tan rápida, y tan centelleante, como fuego discernible, y tan vengativa, y tan rica en su peligrosa sensibilidad llameante.

-No he dicho eso para nada -repuso él-, si me concedes la oportunidad de hablar.

-¡No, no! -exclamó ella-. No te dejaré hablar. Lo has dicho, un satélite, no vas a escaparte. Lo has dicho.

-Ahora nunca creerás que no lo he dicho -repuso él-. Yo ni quería decir, ni indiqué, ni mencioné un satélite, ni jamás pretendí uno.

-¡Prevaricator! -exclamó ella, realmente indignada.

-El té está listo, señor -dijo el ama de llaves desde el umbral de la puerta.

Ambos la miraron de modo muy parecido a como les habían mirado los gatos un poco antes.

-Gracias, señora Daykin.

Un silencio interrumpido cayó sobre ambos, un momento de tregua.

-Ven, tomemos el té -dijo él.

-Sí, me encantaría -contestó ella recomponiéndose.

Se sentaron el uno frente al otro en la mesa de té.

-Ni mencioné ni quise significar un satélite. Hablo de dos estrellas únicas e iguales equilibradas en conjunción...

-Te descubriste, descubriste completamente tu jueguecito -exclamó ella, comenzando a comer al instante.

El vio que ella no atendería más a su explicación, con lo cual empezó a servir el té.

-¡Qué buenas cosas de comer! -exclamó ella.

-Sírvete tú el azucar -dijo él.

Le tendió su taza. Todas sus cosas eran tan preciosas; las tazas y platos, pintados con esmalte malva y gris, y también fuentes de hermosa forma y platos de cristal y viejas cucharas, sobre un mantel bordado en gris pálido, negro y púrpura. Era todo muy opulento y fino. Pero Ursula podía percibir la influencia de Hermione.

-¡Tus cosas son tan encantadoras! -dijo casi enfadada.

-A mí me gustan. Me proporciona verdadero placer usar cosas que son atractivas en sí mismas..., cosas agradables. Y la señora Daykin es buena. Ella piensa que todo es maravilloso.

-Realmente -dijo Ursula-, las amas de llaves son mejores que las esposas hoy en día. Desde luego cuidan mucho más. Esto es mucho más hermoso y completo ahora que si estuvieses casado.

-Pero piensa en el vacío interior -rió él.

-No -dijo ella-. Estoy celosa de que los hombres tengan amas de llave tan perfectas y domicilios tan hermosos. Ya no les queda nada que desear.

-Esperamos que no sea así a nivel doméstico. Son asquerosas las gentes que se casan para tener una casa.

-Sin embargo -dijo Ursula-, hoy en día un hombre necesita muy poco una mujer, ¿verdad?

-Quizá en las cosas externas..., excepto compartir
su cama y parir sus hijos. Pero esencialmente existe hoy la misma necesidad que siempre. Sólo que nadie se toma el trabajo de ser esencial.

-¿Cómo esencial? -dijo ella.

-Pienso -dijo él- que el mundo sólo se mantiene unido por la conjunción mística, el acuerdo último entre personas..., un vínculo. Y el vínculo inmediato existe entre hombre y mujer.

-Pero está tan pasado de moda -dijo Ursula-. ¿Por qué habría de ser un vínculo el amor? No, yo no tengo ninguno.

-Si estás andando en dirección Oeste -dijo él-, prescindes de la dirección Norte, Este y Sur. Si admites un acuerdo, excluyes todas las posibilidades de caos.

-Pero el amor es libertad -declaró ella.

-No me seas hipócrita -repuso él-. El amor es una dirección que excluye todas las otras direcciones. Es una libertad juntos, si prefieres.

-No -dijo ella-, el amor incluye todo.

-Fariseísmo sentimental -repuso él-. Sencillamente deseas el estado de caos. Es nihilismo en última instancia este asunto del amor libre, esta libertad que es amor y este amor que es libertad. De hecho, si penetras en un puro acuerdo será irrevocable y nunca es puro hasta que resulta irrevocable. Y cuando resulta irrevocable tiene un solo camino, como la senda de una estrella.

-¡Ja! -exclamó amargamente ella-. Es la vieja moralidad muerta.

-No -dijo él-, es la ley de la creación. Uno se ve comprometido. Uno debe comprometerse a una conjunción con el otro... para siempre. Pero no es altruismo..., es un mantener el yo en equilibrio místico e integridad..., como una estrella equilibrada con otra estrella.

-No confío en ti cuando recurres a las estrellas -dijo ella-. Si fueses sincero no resultaría necesario buscar tan lejos.

-No confíes en mí entonces -dijo él, irritado-. Basta con que yo confíe en mí mismo.

-Y ahí es donde te equivocas otra vez -repuso ella-. Tú no confías en ti mismo. No crees plenamente
en lo que estás diciendo. No deseas realmente esa conjunción; en otro caso, en vez de hablar tanto sobre ella la obtendrías.

El quedó suspendido un momento, detenido.

-¿Cómo? -dijo él.

-Simplemente amando -repuso ella, retadora.

El quedó inmóvil un momento, rabioso. Luego dijo:

-Te digo que no creo en el amor de ese modo. Te digo que deseas el amor para administrar tu egoísmo, para tus fines. El amor es un proceso útil para ti... y para todos. Lo odio.

-No -exclamó ella, echando hacia atrás la cabeza como una cobra, centelleando sus ojos-. Es un proceso de orgullo..., deseo estar orgullosa...

-Orgullosa y servil, orgullosa y servil, reconozco -repuso él secamente-. Orgullosa y servil, luego servil para con la orgullosa...; os conozco a ti y a tu amor. Es un tic-tac, tic-tac, una danza de opuestos.

-¿Estás seguro? -bromeó ella malignamente-. ¿Estás seguro de lo que es mi amor?

-Sí, lo estoy -respondió él.

-¡Tan virilmente seguro! -dijo ella-. ¿Cómo puede alguien estar en lo cierto si está tan virilmente seguro? Eso demuestra que estás equivocado.

El quedó silencioso en su tristeza.

Habían hablado y luchado hasta quedar hartos ambos.

-Cuéntame cosas sobre ti y tu gente -dijo él.

Y le habló de los Brangwen, y de su madre, y de Skrebensky, su primer amor, y sobre sus experiencias posteriores. El se sentaba muy quieto contemplándola mientras hablaba. Y parecía escuchar con reverencia. El rostro de ella era hermoso y lleno de

deslumbrante luz mientras contaba todas las cosas que le habían hecho daño o le habían dejado profundamente perpleja. El parecía calentar y consolar su alma con la hermosa luz de su naturaleza.

«Si ella pudiese comprometerse realmente», pensó él para sí, con apasionada insistencia pero casi sin esperanza alguna. No obstante, apareció en su corazón una curiosa risita irresponsable.

-Todos hemos sufrido tanto -bromeó él irónicamente.

Ella le miró y cayó sobre su rostro un relámpago de jovialidad salvaje, un extraño destello de luz amarilla proveniente de los ojos.

-¡Ciertol -exclamó ella con un grito agudo, despreocupado-. Es casi absurdo, ¿verdad?

-Bastante absurdo -dijo él-. El sufrimiento me aburre, en lo sucesivo.

-A mí me pasa lo mismo.

El sentía casi miedo ante la burlona despreocupación de su rostro espléndido. Aquí estaba una que iría hasta el final del cielo o del infierno, donde tuviese que ir. Y él desconfiaba de ella, temía una mujer capaz de semejante abandono, de una destructividad tan concienzudamente peligrosa. Sin embargo, se reía por dentro también.

Ella se le acercó y puso la mano sobre su hombro, mirándole con extraños ojos iluminados de oro, muy tiernos, pero con una curiosa mirada diabólica brillando por debajo.

-Di que me amas, llámame «mi amor» -suplicó ella.

El fijó los ojos en los suyos y vio. Su rostro brilló de comprensión irónica.

-Desde luego que te amo -dijo él tristemente-. Pero deseo que sea algo más.

-Pero ¿por qué? Pero ¿por qué? -insistió ella, inclinando su maravilloso rostro luminoso hacia él-. ¿Por qué no es suficiente?

-Porque podemos conseguir algo mejor -dijo él rodeándola con sus brazos.

-No, no podemos -repuso ella con una voz fuerte y voluptuosa de sometimiento-. Sólo podemos amarnos el uno al otro. Di «mi amor», dilo, dilo.

Ella le puso los brazos alrededor del cuello. El la abrazó y la besó sutilmente, murmurando con una voz sutil de amor, ironía y sumisión:

-Sí..., mi amor; sí..., mi amor. Que sea bastante el amor, pues. Te amo por tanto... te amo. Lo demás me aburre.

-Sí -murmuró ella acurrucándose cerca de él muy dulcemente.

14. FIESTA ACUATICA

Todos los años el señor Crich daba una fiesta acuática más o menos pública en el lago. Había un pequeño barco de placer en Willey Water y varios botes de remos, con lo cual los invitados podían tomar el té bajo el entoldado que se levantó en los terrenos de la casa o merendar a la sombra del gran nogal situado junto al lago. Este año invitaron al personal de la escuela, junto con los principales empleados de la firma. Gerald y los Crich más jóvenes no se preocupaban de su fiesta, pero había llegado a ser habitual, y complacía al padre, porque era la única ocasión para reunirse en fiesta con gentes del

distrito, y le encantaba proporcionar placeres a sus empleados y a los más pobres que él. Pero sus hijos preferían la compañía de sus iguales en opulencia. Odiaban la humildad, la gratitud o el desmañamiento de sus inferiores.

Sin embargo, estaban deseosos de acudir a este festival, no sólo porque lo habían hecho casi desde su niñez, sino porque todos se sentían un poco culpables ahora y se negaban a contrariar en nada más a su padre, que estaba tan mal de salud. Por consiguiente, Laura se preparó con bastante alegría para asumir el puesto de su madre como anfitriona, y Gerald asumía la responsabilidad por los pasatiempos sobre el agua.

Birkin había escrito a Ursula diciendo que esperaba verla en la fiesta, y Gudrun, aunque se burlaba del patronazgo de los Crich, acompañaría a su madre y a su padre si hacía buen tiempo.

El día llegó azul y lleno de sol, con pequeñas ráfagas de viento. Ambas hermanas llevaban trajes de crepé blanco y sombreros de hierba suave. Pero Gudrun se ceñía la cintura con un cinto de color negro brillante, rosa y amarillo, y llevaba medias de seda rosa, con una decoración blanca, rosa y amarilla sobre el borde de su sombrero que le daba cierto peso. También llevaba sobre el brazo una chaqueta de seda amarilla, con lo cual tenía un aspecto notable, como una pintura proveniente del Salón. Su aspecto era una amarga prueba para su padre, que dijo irritadamente:

-¿No crees que más te valdría presentarte a un cotillón de Navidad?

Pero Gudrun parecía bonita y brillante y llevaba sus prendas con un puro desafío. Cuando las gentes miraban y se reían, ella decía en voz alta a Ursula:

-Regarde, regarde ces gens-1d1 Ne sont-ils pas des hiboux incroyables?

Y con las palabras francesas en la boca miraba por encima del hombro al grupo de los que se reían.

-¡No, realmente es imposible! -replicaba nítidamente Ursula.

Y así se bandeaban las dos muchachas con su enemigo universal. Pero el padre iba encolerizándose más y más.

Ursula vestía toda de níveo blanco, con excepción del sombrero rosa, sin adorno alguno; sus zapatos eran de un rojo oscuro, y llevaba una chaqueta de color naranja. Caminaban de esta guisa toda la distancia que les separaba de Shortlands, con el padre y la madre delante.

Se estaban riendo de su madre, que, vestida con una tela veraniega de rayas negras y violetas y un sombrero de paja violeta también, se movía con una nitidez y trepidación mucho más propia de una muchacha que la sentida alguna vez por sus propias hijas, caminando recatada tras su esposo, que -como de costumbreparecía más bien arrugado en su mejor traje, como si fuese el padre de una familia joven y hubiese estado sujetando al bebé mientras se vestía su esposa.

-Mira la joven pareja que está delante -dijo Gudrun tranquilamente.

Ursula miró a su padre y a su madre y fue repentinamente presa de una risa incontrolable. Las dos muchachas quedaron riendo en la carretera hasta que las lágrimas surcaron sus rostros, viendo de nuevo la pareja tímida y no terrenal de sus padres caminando delante.

-Nos estamos partiendo de risa contigo, madre -dijo Ursula, siguiendo inevitablemente a sus padres.

La señora Brangwen se dio la vuelta con una mirada levemente sorprendida y exasperada.

-¡Vaya! -dijo-. ¿Qué es tan divertido en mí? Me gustaría saberlo.

No podía entender que pudiese haber algo inconveniente en su aspecto. Tenía una suficiencia perfectamente tranquila, una indiferencia fácil hacia cualquier tipo de crítica, como si estuviese más allá de ella. Sus ropas eran siempre más bien insólitas, y por regla general entalladas, aunque ella las llevara con perfecta soltura y satisfacción. Llevase lo que llevase, mientras estuviera levemente aseada, se sentía correcta, más allá de la crítica; era una aristócrata por instinto.

-Tienes un aspecto tan imponente, como una baronesa rural -dijo Ursula, riendo con un poco de ternura ante el ingenuo aire desorientado de su madre.

-¡Justamente como una baronesa rurall -intervino Gudrun.

-¡Id a casa, par de idiotas burlonas! -exclamó el padre, inflamado de irritación.

-¡Mm-m-er! -respondió Ursula en tono de burla, gesticulando ante la furia del padre.

El se inclinó hacia adelante con verdadera ira, bailando en sus ojos las luces amarillas.

-No seas tan tonto como para hacer el más mínimo caso de las grandes parlanchinas -dijo la señora Brangwen, dándose la vuelta y siguiendo su camino.

-Que me aspen si dejo que me siga una pareja de arrogantes chillonas... -exclamó él vengativamente.

Las chicas se quedaron paradas, riendo sin poder evitarlo ante su furia, en el sendero junto al seto.

-Eres tan tonto como ellas dándote por enterado -dijo la señora Brangwen, enfadándose también, ahora que él estaba realmente furioso.

-Vienen algunas gentes, padre -exclamó Ursula con una burlona advertencia. El miró alrededor rápidamente y dio unos pasos para unirse a su esposa, caminando tieso de rabia. Y las muchachas siguieron, débiles de risa.

Cuando las gentes pasaron, Brangwen gritó con voz alta y estúpida:

-Me vuelvo a casa si se repite algo de esto. Que me maldigan si dejo que me tomen el pelo de esta manera en la vía pública.

Estaba realmente fuera de sus casillas. Oyendo su voz ciega, vengativa, la risa abandonó de repente a las muchachas y sus corazones se contrajeron de desprecio.

Odiaban sus palabras: «en la vía pública». ¿Y qué les importaba a ellas la vía pública? Pero Gudrun fue conciliadora.

-No nos reíamos para herirte -exclamó, con una amabilidad sencilla que hizo a sus padres sentirse incómodos-. Nos estábamos riendo porque os queremos.

-Iremos delante si son tan quisquillosos -dijo Ursula, enfadada.

Y así llegaron a Willey Water. El lado estaba azul y hermoso, los prados descendían bajo el sol a un lado, los espesos bosques oscuros cesaban bruscamente al otro. El pequeño barco de recreo ardía en bullicio y música, atestado de gente, chapaleando sus palas. Cerca del embarcadero había una muchedumbre de personas vestidas alegremente, pequeñas en la distancia. Y sobre la carretera algunas de las gentes del pueblo estaban de pie a lo largo del seto mirando la fiesta de enfrente, envidiosos, como almas no admitidas al paraíso.

-¡Dios mío! -dijo Gudrun en voz baja mirando la muchedumbre multicolor de invitados-. ¡Vaya gentío¡ Imagínate en mitad de eso, querida.

- El horror de Gudrun a las masas desasosegó a Ursula.

-Parece bastante horrible -dijo angustiadamente.

-E imagínate cómo serán..., ¡imagina! -dijo Gudrun aún con la voz acobardada, apagada. Sin embargo, avanzaba con determinación.

-Supongo que podremos alejarnos de ellos -dijo Gudrun.

-En buena hora nos habremos metido si no lo logramos -dijo Gudrun. Su aprensión y aversión irónica extremas eran muy penosas para Ursula.

-No necesitamos quedarnos -dijo ella.

-Yo, desde luego, no me quedaré cinco minutos entre ese pequeño lote -dijo Gudrun.

Se aproximaron más, hasta que vieron policías en las puertas.

-¡Hay también policías para retenerte dentro! -dijo Gudrun-. Palabra que es un hermoso asunto.

-Más nos valdría cuidarnos de padre y madre -dijo Ursula ansiosamente.

-Madre es perfectamente capaz de pasar por esta pequeña celebración -dijo Gudrun con algún desprecio.

Pero Ursula sabía que su padre se sentía inferior, enfadado e infeliz, y eso hacía que se sintiese incómoda. Esperaron fuera hasta que sus padres llegaron. El hombre alto y delgado con la ropa arrugada estaba tan acobardado e irritable como un muchacho, descubriéndose al margen de su función social. No se sentía un caballero, no sentía nada, excepto pura exasperación.

Ursula se puso a su lado, dieron las entradas al policía y penetraron en el prado de hierba, los cuatro a la vez; el hombre alto y de tez oscura, con su estrecho ceño juvenil fruncido de irritación; la mujer, desenvuelta y lozana, perfectamente recogida, aunque se le saliera el pelo por un lado del sombrero; Gudrun, con los ojos redondos, oscuros y fijos, impasible su rostro lleno, suave y casi adusto, por lo cual parecía estar retrocediendo de antagonismo incluso cuando avanzaba, y por último, Ursula, con la mirada extraña, brillante y aturdida de su rostro, esa mirada que aparecía siempre que se encontraba en alguna situación falsa.

Birkin era el ángel bueno. Vino sonriendo hacia ellos con su gracia social afectada que, de algún modo, nunca era del todo correcta. Pero se quitó el sombrero y le sonrió con una sonrisa verdadera en los ojos, por lo cual Brangwen exclamó de corazón y aliviado:

-¿Cómo está? ¿Está mejor?

-Sí, estoy mejor. ¿Cómo está usted, señora Brangwen? Conozco a Gudrun y a Ursula muy bien.

Sus ojos sonreían llenos de calor natural. Tenía unos modales suaves y halagadores con las mujeres, especialmente con mujeres que no eran jóvenes.

-Sí -dijo la señora Brangwen, tranquila pero complacida-. Las he oído hablar de usted con bastante frecuencia.

Birkin rió. Gudrun miró hacia otra parte, sintiendo que se le concedía poca importancia. Había gentes en grupos; algunas mujeres estaban sentadas a la sombra del nogal, con tazas de té en las manos; un camarero con traje de ceremonia iba y venía con prisa. Algunas muchachas sonreían bobamente con sombrillas; algunos hombres jóvenes, que acababan de estar remando, se sentaban con las piernas cruzadas sobre la hierba, sin chaqueta, remangadas las camisas de modo varonil y con las manos descansando sobre sus pantalones de franela blanca, flotando en el aire las vistosas corbatas mientras reían e

intentaban ser ingeniosos con las jóvenes damiselas.

«¿Por qué -pensó provincianamente Gudrun- no tendrán la educación de ponerse las chaquetas, en vez de pretender semejante intimidad en su aspecto?»

Detestaba al joven común, con su pelo apelmazado por la brillantina hacia atrás y su fácil camaradería.

Hermione Roddice se aproximó vestida con un bonito traje de encaje blanco, arrastrando un enorme chal de seda bordado con grandes flores y equilibrando un enorme sombrero plano que llevaba en la cabeza. Parecía llamativa, asombrosa, casi macabra, tan alta, con la orla de su gran chal color crema parcheado en vivos colores arrastrándose por el suelo tras ella; el cabello brotando cerca de los ojos; su rostro extraño, largo y pálido y las manchas de color brillante arrastradas a su alrededor.

-¡Vaya si parece rara! -oyó Gudrun murmurar a algunas chicas tras ella. Y podría haberlas matado.

-¿Qué tal están? -cantó Hermione acercándose muy amablemente, mirando muy lentamente hacia el padre y la madre de Gudrun.

Fue un momento penoso, exasperante para Gudrun. Hermione estaba realmente tan atrincherada en su superioridad de clase que podía acercarse y conocer gente por simple curiosidad, como si fueran criaturas de una exposición. Gudrun hubiera hecho lo mismo. Pero le molestaba encontrarse en una posición donde alguien pudiera hacérselo a ella.

Hermione, muy notable y distinguiendo mucho a los Brangwen, los condujo hacia donde estaba Laura Crich recibiendo a los invitados.

-Esta es la señora Brangwen -imantó Hermione, y Laura, que llevaba un traje de encaje almidonado, le tendió la mano diciendo que se alegraba de verla.

Entonces se acercó Gerald vestido de blanco, con una blazer negra-marrón y aspecto apuesto. También él fue presentado a los padres Brangwen, e inmediatamente habló a la señora Brangwen como si fuese una señora y a Brangwen como si no fuese un caballero. Tan obvio era Gerald en sus modales. Tuvo que dar la mano con la izquierda, porque se había hecho daño en la derecha y la llevaba vendada en el bolsillo de su chaqueta. Gudrun agradeció mucho que ninguno de su grupo le preguntase qué pasaba con la mano.

El barco de vapor ardía en bullicio, resonando toda su música, recorrido por los excitados, gritos de los que estaban a bordo. Gerald fue a inspeccionar el desembarco; Birkin iba a buscar té para la señora Brangwen; Brangwen se había unido al grupo de la escuela; Hermione se sentaba junto a la madre, y las chicas fueron a la plataforma del muelle para ver atracar al vapor.

El barco pitó alegremente, sus palas se detuvieron, las maromas fueron lanzadas a tierra y finalmente se acercó hasta toparse con un pequeño golpe. Inmediatamente los pasajeros se apretaron, excitados por llegar a la orilla.

-Esperen un minuto, esperen un minuto -gritó Gerald con tono agudamente conminatorio.

Debían esperar hasta que el barco estuviese bien sujeto por las sogas, hasta que afirmasen la pequeña pasarela. Entonces cruzaron, armando un clamor como si llegaran de América.

-¡Oh, es tan agradable! -estaban gritando las jovencitas-. Es encantador.

Los camareros del barco se apresuraron a ir a la casa de botes con cestas; el

capitán permanecía relajadamente sobre el puente pequeño. Viendo todo seguro, Gerald fue hacia Gudrun y Ursula.

-¿No les molestaría subir a bordo para el próximo viaje y tomar el té allí? -preguntó.

-No, gracias -dijo Gudrun fríamente.

-¿Le da miedo el agua?

-¿El agua? Me encanta el agua.

El la miró, inquisitivos sus ojos.

-¿Entonces no quiere embarcarse un rato?

Ella tardó en contestar, y luego habló lentamente.

-No -dijo ella-. No puedo decir que sí.

Se le habían subido los colores, parecía enfadada por algo.

-Un peu trop de monde -dijo Ursula, explicando.

-¿Eh? Trop de monde! -él rió brevemente-. Sí, hay aquí un buen número de gente.

Gudrun se volvió hacia él brillantemente.

-¿Ha ido alguna vez desde el puente de Westminster a Richmond en uno de los vapores del Támesis? -exclamó.

-No -dijo él-, no puedo decir que sí.

-Bien, es una de las experiencias más viles que haya tenido jamás -molla hablaba rápida y excitadamente, arrebatadas de color sus mejillas-. No había absolutamente ningún lugar donde sentarse, ninguno; un hombre situado justamente encima cantaba «Mecido en la cuna de lo profundo» todo el camino; era ciego y tenía un órgano pequeño, uno de esos órganos portátiles, y esperaba dinero; puede imaginar cómo fue aquello; llegaba un olor constante de comida desde el piso inferior con bocanadas de maquinaria caliente aceitosa; el viaje duró horas y horas, y durante millas, literalmente durante millas, horribles muchachos corrían con nosotros desde la orilla en ese espantoso barro del Támesis que les llegaba hasta el pecho... Tenían los pantalones remangados y se metían hasta la cadera en ese indescriptible barro del Támesis, siempre vueltos sus rostros hacia nosotros y gritando exactamente como criaturas carroñeras: «aí tamos, señor»; «aí tamos, señor»; Raí tamos, señor», exactamente como nauseabundos objetos carroñeros, perfectamente obscenos; y paterfamilias a bordo, riendo cuando los muchachos se hundían en ese horrendo barro, tirándoles ocasionalmente medio penique. Y si hubiera visto la mirada intencionada en los rostros de esos muchachos y el modo en que buceaban en la hediondez cuando tiraban una moneda...; realmente, ningún buitre ni chacal soñaría con aproximarse a ese piélago, por repugnancia. Yo jamás volvería a montar en un barco de placer..., jamás.

Gerald la contempló todo el tiempo que habló, centelleando sus ojos con débil activación. No era tanto lo que decía ella; era ella misma quien le activaba, le activaba con una punzada pequeña, intensa.

-Naturalmente -dijo él-, todo cuerpo civilizado tiene por destino tener su gusano.

-¿Por qué? -exclamó Ursula-. Yo no tengo gusano.

-No es eso..., es la cualidad de toda la cosa..., paterfamilias riendo y pasándolo divertido arrojando los medios peniques; materfamilias desparramando sus gordas rodillitas y comiendo, comiendo continuamente... -replicó Gudrun.

-Sí -dijo Ursula-. No son tanto los muchachos el gusano o la plaga; son las propias gentes, todo el cuerpo político, como usted lo llama.

Gerald rió.

-No se preocupe -dijo él-. No embarcará.

Gudrun se arrebató rápidamente ante el reproche.

Hubo unos pocos momentos de silencio. Gerald, como un centinela, estaba observando a las personas que iban hacia el barco. Era muy apuesto y controlado. Pero su aire de alerta soldadesca era más bien irritante.

-¿Tomarán té aquí entonces o cruzarán hacia la casa, donde hay una tienda sobre el césped? -preguntó él.

-¿No podemos conseguir un bote de remos y escapar? -preguntó Ursula que siempre estaba obrando demasiado de prisa.

-¿Para escaparse? -sonrió Gerald.

-Ya ve -dijo Gudrun sonrojándose ante la solapada rudeza de Ursula-, no conocemos a la gente, somos casi completos extraños aquí.

-Oh, pronto puedo proporcionarles unos pocos conocidos -dijo él fácilmente.

Gudrun le miró para ver si hablaba con mala intención. Entonces le sonrió.

-Ah -dijo ella-, sabe lo que queremos decir. ¿No podemos ir hasta allí y explorar esa costa? -indicó hacia un bosque sobre la colina del lado cubierto por prados, cerca de la orilla, a mitad del camino bajando por el lago-. Eso parece perfectamente encantador. Podríamos incluso bañarnos. ¡En verdad es hermoso a esta luz! Realmente es como uno de los parajes del Nilo..., como una imagina el Nilo.

Gerald sonrió ante su entusiasmo artificioso por el lugar distante.

-¿Está segura de que se encuentra lo bastante lejos? -preguntó irónicamente, añadiendo al punto- Sí, podrían ir allí si lográsemos encontrar un bote. Parecen haber salido todos.

Miró alrededor del lago y contó los barcos de remo sobre su superficie.

-¿Qué encantador sería? -exclamó Ursula con ansia.

-¿Y no quieren té? -dijo él.

-Oh -dijo Ursula-, podríamos sencillamente beber una taza y marcharnos.

El miró a una y a otra, sonriendo. Estaba algo ofendido... pero caballeroso.

-¿Pueden gobernar un bote lo bastante? -preguntó él.

-Sí -repuso Gudrun fríamente-, bastante bien.

-Oh, sí -exclamó Ursula-. Ambas podemos remar como arañas de agua.

-¿Pueden? Tengo una canoa pequeña y ligera, mía, que no saqué por miedo de que alguien pudiera ahogarse. ¿Piensan que estarían seguras en eso?

-Oh, perfectamente dijo Gudrun.

-¡Qué ángel! -exclamó Ursula.

-Por favor, por mí no tengan un accidente..., porque estoy como responsable del agua.

-Seguro -prometió Gudrun.

-Además, ambas podemos nadar bastante bien -dijo Ursula.

-Bueno..., entonces haré que les traigan una cesta de té y pueden acampar ustedes mismas..., ¿ésa es la idea, verdad?

-¡Qué horriblemente bien! ¡Qué terriblemente magnífico si pudiera! -exclamó cálidamente Gudrun, arrebatándose de nuevo.

La sangre de Gerald se estremeció en sus venas ante el modo sutil en que ella se volvió hacia él infundiéndole en el cuerpo su gratitud.

-¿Dónde está Birkin? -dijo él con los ojos centelleando-. Podría ayudarme a traerlo.

-Pero ¿qué hay de su mano? ¿No está herida? -preguntó Gudrun como cambiada, evitando la intimidad.

Este fue el primer momento en que se mencionó la herida. El modo curioso como ella rodeó el tema envió una caricia nueva y sutil a través de sus venas. El sacó la mano del bolsillo. Estaba vendada. La miró y volvió a meterla en su bolsillo. Gudrun se estremeció ante la visión de la zarpa envuelta.

-Oh, puedo manejarme con una mano. La canoa es ligera como una pluma -dijo -. ¡Ahí está Rupert!... ¡Rupert!

Birkin abandonó sus deberes sociales y se acercó hacia ellos.

-¿Qué le ha pasado? -preguntó Ursula, que había estado ardiendo por hacer la pregunta durante la última media hora.

-¿A mi mano? -dijo Gerald-. Me la atrapé con cierta maquinaria.

-¡Ugh! -dijo Ursula-. ¿Y le dolió mucho?

-Sí -dijo él-. En su momento. Ahora está poniéndose mejor. Aplastó los dedos.

-Oh -exclamó Ursula como sufriendo- odio a las personas que se hacen daño a sí mismas. Puedo sentirlo -y se sacudió la mano.

-¿Qué quieres? -dijo Birkin.

Los dos hombres transportaron el esbelto bote marrón y lo pusieron sobre el agua.

-¿Están seguras de que estarán a salvo en él? -preguntó Gerald.

-Bien seguras -dijo Gudrun-. No sería tan malvada como para tomarlo si hubiese la más remota duda. Pero en Arundel he tenido una canoa y le aseguro que sé manejarme perfectamente.

Diciendo esto, y tras haber dado su palabra como un hombre, ella y Ursula entraron en la frágil embarcación y se alejaron gentilmente. Los dos hombres quedaron contemplándolas. Gudrun estaba dándole a los remos. Sabía que los hombres estaban contemplándola, y eso hacía que fuese lenta y más bien torpe. El color voló en su rostro como una bandera.

-Muchísimas gracias -dijo a Gerald desde el agua, mientras el bote se alejaba deslizando-. Es encantador..., como sentarse en una hoja.

El rió ante la fantasía. La voz de ella era aguda y extraña, llamando desde la distancia. La contempló mientras se alejaba remando. Había algo infantil en ella, confiado y respetuoso como una criatura. La contempló todo el tiempo mientras ella remaba. Y para Gudrun fue un verdadero deleite imaginarse criatura, mujer del hombre que permanecía allí en el embarcadero, tan apuesto y eficiente en su ropa blanca, y además el hombre más importante que conocía por entonces. No se apercibió para nada del gesticulante, borroso y ondulante Birkin, que permanecía a su lado. El campo de su atención estaba ocupado por una figura cada vez.

El barco se deslizó levemente sobre el agua. Pasaron a los bañistas, cuyas tiendas rayadas se levantaban entre los sauces del borde del prado, y continuaron siguiendo la orilla abierta, pasando los prados que descendían dorados a la luz ya avanzada de la tarde. Otros barcos se escabullían bajo la orilla boscosa opuesta, podían escuchar risas y voces de gente. Pero Gudrun remó hacia el grupo de árboles que se equilibraban perfectos en la distancia bajo la luz dorada.

Las hermanas encontraron un pequeño lugar donde fluía un minúsculo arroyo

hacia el lago; había juncos y vegetación con muchas flores de sauce rosa y una ladera pedregosa al lado. Allí se acercaron delicadamente a tierra con su frágil bote; se quitaron los zapatos y las medias y cruzaron el borde del agua hacia la hierba. Las pequeñas ondas del lago eran cálidas y claras, levantaban el bote aproximándolo a la orilla y parecían redondas del goce. Ellas estaban solas en una olvidada pequeña desembocadura de riachuelo, y sobre el otero situado justamente detrás estaba el grupo de árboles.

-Nos bañaremos sólo un momento -dijo Ursulay luego tomaremos té.

Miraron alrededor. Nadie podía verlas, ni llegar a tiempo para ello. En menos de un minuto Ursula se había quitado las botas, se había deslizado desnuda en el agua y estaba nadando hacia fuera. Gudrun se unió a ella rápidamente. Nadaron silenciosa y extáticamente durante unos pocos minutos, describiendo círculos alrededor de su pequeña desembocadura. Entonces se deslizaron hacia tierra y corrieron de nuevo hacia la espesura como ninfas.

-Qué encantador es ser libre -dijo Ursula corriendo velozmente de aquí para allá entre los troncos de los árboles, desnuda, con el pelo flotando suelto. El bosque era de hayas, grandes y espléndidas, como un andamio gris acero de troncos y arbustos, con verde fuerte desparramado aquí y allá, mientras por el lado norte la distancia brillaba abierta como a través de una ventana.

Cuando se hubieron secado corriendo y bailando, las muchachas se vistieron rápidamente y se sentaron para el aromático té. Se sentaron en el lado norte del bosque, bajo la amarilla luz solar y frente a la ladera de la colina cubierta de césped, solas en un pequeño mundo salvaje propio. El té era caliente y aromático, había pequeños sandwiches deliciosos de pepinillos y caviar y bizcochos borrachos.

-¿Estás contenta, preciosa? -exclamó Ursula con deleite, mirando a su hermana.

-Ursula, soy perfectamente feliz -repuso Gudrun gravemente, mirando hacia el sol de poniente.

-Lo mismo me pasa a mí.

Cuando estaban juntas haciendo las cosas que disfrutaban, las dos hermanas eran completas en un mundo perfecto, propio. Y éste fue uno de los momentos perfectos, de libertad y deleite, como sólo los niños conocen..., cuando todo parece una aventura perfecta y extática.

Cuando terminaron el té, las dos chicas se sentaron, silenciosas y serenas. Entonces Ursula, que tenía una hermosa voz fuerte, comenzó a cantar suavemente: Annchen von Tharau. Gudrun escuchaba sentada bajo los árboles y el anhelo entró en su corazón. Ursula parecía tan pacífica y suficiente dentro de sí, sentada allí inconsciente, cantando su canción, fuerte e incuestionada en el centro de su propio universo. Y Gudrun se sentía fuera. Siempre este sentimiento desolador, agónico, de que estaba fuera de la vida, de que era un espectador mientras Ursula comulgaba; eso hacía a Gudrun padecer una sensación de su propia negación, haciendo al mismo tiempo que siempre exigiera a la otra ser consciente de ella, estar en conexión con ella.

-¿Te importa si hago de Dalcroze a esa tonada, Hurtler? -preguntó en un tono curiosamente cambiado, sin mover apenas los labios.

-¿Qué has dicho? -preguntó Ursula, mirando con apacible sorpresa.

-¿Cantarás mientras yo hago de Dalcroze? -dijo Gudrun, sufriendo por tener que repetirse.

Ursula meditó un momento, organizando sus anárquicos pensamientos.

-¿Mientras tú...? -preguntó vagamente.

-Movimientos Dalcroze -dijo Gudrun padeciendo torturas de azoramiento, incluso a causa de su hermana.

-¡Oh, Dalcroze! No podía coger el nombre. Hazlo... me encantaría verte -exclamó Ursula con una brillantez sorprendida, infantil-. ¿Qué debo cantar?

-Canta cualquier cosa que quieras y yo le cogeré un ritmo.

Pero Ursula no podía en modo alguno pensar nada que cantar. Sin embargo, empezó de repente con una voz sonriente, provocante:

-Mi amor... es una dama de alta cuna...

Gudrun, con aspecto de llevar alguna cadena invisible sobre manos y pies, empezó lentamente a bailar al modo eurítmico, girando rítmicamente con los pies, haciendo gestos más lentos y regulares con las manos y los brazos, luego elevándolos por encima de su cabeza y ahora apartándolos suavemente y levantando su rostro, golpeando y corriendo sus pies todo el tiempo, siguiendo la medida de la canción, como si hubiese algún encantamiento extraño, moviéndose aquí y allá su forma blanca, vehemente, en una extraña rapsodia impulsiva, pareciendo ser levantada por una brisa de encantamiento, estremeciéndose con extrañas correrías pequeñas. Ursula se sentaba sobre la hierba, abierta la boca al cantar, riendo sus ojos como si pensase que era muy gracioso e iluminados por un destello de luz amarilla mientras captaba algo de la sugestión ritual inconsciente del complejo estremecimiento, la ondulación y el movimiento del cuerpo blanco de su hermana, que estaba apresado por un ritmo puro, sin mente, provocador, y una voluntad hecha poderosa en una especie de influencia hipnótica.

-Mi amor es una dama de alta cuna... Ella es-s-s... más oscura que en sombras... -decía la sonriente canción de Ursula, y más rápida y arrogante se metía Gudrun en la danza, golpeando el suelo como si estuviese intentando liberarse de algún vínculo, alzando de repente las manos y pataleando de nuevo, luego corriendo con el rostro levantado hacia arriba y la garganta llena y hermosa, los ojos semicerrados, sin visión. El sol estaba bajo y amarillo, hundiéndose, y en el cielo flotaba una luna delgada, ineficaz.

Ursula estaba absorta en su canción cuando, de repente, Gudrun se detuvo y dijo suave, irónicamente:

-¡Ursula!

-¿Sí? -dijo Ursula saliendo del trance al abrir los ojos.

Gudrun estaba de pie, inmóvil, y apuntando hacia el lado, con una sonrisa de broma en el rostro.

-¡Ugh! -gritó Ursula súbitamente aterrorizada, poniéndose en pie.

A la izquierda había una pequeña manada de reses Highland, con lanas de vivos colores a la luz de la tarde, sus cuernos como ramas en el cielo, empujando hacia adelante inquisitivamente los hocicos para saber de qué se trataba todo. Sus ojos lanzaban destellos a través de la maraña de pelo, sus desnudos belfos estaban llenos de sombra.

-¿No nos harán nada? -exclamó Ursula, asustada.

Gudrun, que habitualmente se asustaba de las vacas, sacudió ahora la cabeza con un movimiento raro, me-
dio vacilante y medio irónico, mientras una sonrisa dé. bil rodeaba su boca.

-¿Verdad que tienen un aspecto encantador, Ursula? -exclamó Gudrun con una voz alta, estridente, algo parecido al grito de una gaviota.

-Encantadoras -exclamó Ursula temblando-. Pero ¿no nos harán nada?

Gudrun volvió a mirar a su hermana con una sonrisa enigmática y sacudió la cabeza.

-Estoy segura de que no -dijo, como si debiera convencerse ella misma también, pero como si confiase en algún poder secreto suyo y quisiera ponerlo a prueba-. Siéntate y canta otra vez -pidió con su voz alta, estridente.

-Tengo miedo -exclamó Ursula con voz patética, contemplando el grupo de reses robustas y paticortas que la miraba con ojos oscuros y perversos a través de su mata de pelo. Sin embargo, se dejó caer de nuevo, adoptando su postura anterior.

-Son inofensivas -llegó la llamada aguda de Gudrun-. Canta algo, sólo tienes que cantar algo.

Era evidente que ella tenía una extraña pasión por danzar ante el ganado robusto y hermoso.

Ursula empezó a cantar con una voz falsa y temblorosa:

-Allí en Tennessee...

Sonaba puramente angustiada. No obstante Gudrun, con los brazos extendidos y el rostro alzado, se aproximó a las reses con una extraña danza palpitante, le vantando el cuerpo hacia ellas como en un hechizo, pulsando sus pies como si estuviesen en algún pequeño frenesí de sensación inconsciente, estirando, alzando y bajando los brazos, las muñecas, las manos; levantando y sacudiendo los senos hacia el ganado; expuesta su garganta como en algún éxtasis voluptuoso mientras se acercaba imperceptiblemente, como una misteriosa figura blanca arrastrada por su propio trance apasionado, refluyendo en extrañas fluctuaciones hacia las reses, que esperaban y agachaban un poco la cabeza en contracción súbita ante ella, contemplando todo el tiempo como hipnotizados los cuernos desnudos dividiéndose en la luz clara, mientras la figura blanca de la mujer fluctuaba ante ellos en la convulsión lenta, hipnótica de la danza. Ella podía sentir a los animales justo enfrente, era como si tuviese la pulsación eléctrica de sus pechos corriéndole por las manos. Pronto los tocaría, los tocaría efectivamente. Un terrible escalofrío de miedo y placer la recorrió. Y Ursula, hechizada, mantenía todo el tiempo su canción aguda, tenue e irrelevante que atravesaba la tarde en ocaso como un encantamiento.

Gúdrun podía oír al ganado respirar pesadamente con inevitable miedo y fascinación. Oh, eran valientes bestezuelas esas reses escocesas salvajes, salvajes y la-nudas. De repente, una de ellas resopló, agachó la cabeza y retrocedió.

-¡Jue! ¡Ji-eee! -llegó un súbito grito sonoro desde el borde del bosque. El ganado se desperdigó espontáneamente, echándose a correr colina arriba con su pelambrera ondeando como fuego debido al movimiento. Gudrun quedó sorprendida sobre la hierba; Ursula se levantó.

Eran Gerald y Birkin que venían a buscarlas, y Gerald había gritado para asustar a los animales.

-¿Qué está haciendo? -gritó él ahora en un tono alto, sorprendido y vejado.

-¿Por qué han venido? -repuso el estridente grito rabioso de Gudrun.

-¿Qué pensaba estar haciendo? -repitió automáticamente Gerald.

-Estábamos haciendo euritmia -rió Ursula con una voz conmovida.

Gudrun se mantenía alejada, mirándoles con grandes ojos oscuros de resentimiento, suspendida durante unos pocos momentos. Se alejó entonces, caminando hacia arriba por la colina tras el ganado, que se había reunido en una pequeña manada

hechizada algo más arriba.

-¿Dónde va? -preguntó Gerald, siguiéndola en su ascensión por la colina. El sol había desaparecido tras ella y las sombras iban colgándose de la tierra mientras el cielo se llenaba de luz viajera.

-Una canción pobre para una danza -dijo Birkin a Ursula, quedando ante ella con una sonrisa irónica, chispeante, sobre el rostro.

Un segundo más tarde él cantaba suavemente, bailando una grotesca danza de pasos frente a ella, sacudiendo con desparpajo el cuerpo y los miembros, brillando pálidamente su rostro, cosa constante, mientras sus pies ejecutaban un rápido zapateado en broma y el cuerpo parecía colgar todo suelto y tembloroso entremedias, como una sombra.

-Me parece que nos hemos vuelto locos todos -dijo ella, riendo más bien asustada.

-Pena que no estemos más locos -contestó él, mientras mantenía la incesante danza estremecida.

Entonces se inclinó de repente hacia ella y besó levemente sus dedos, acercando el rostro al suyo y mirándola a los ojos con una sonrisa pálida. Ella retrocedió, afrentada.

-¿Ofendida? -preguntó él irónicamente, poniéndose de repente tieso y reservado de nuevo-. Pensé que te gustaba la fantasía luminosa.

-No así -dijo ella confusa y ofendida, casi afrentada.

Sin embargo, en algún rincón de su interior estaba fascinada por la visión de su cuerpo suelto, vibrante, perfectamente abandonado a su propio balanceo, y por el rostro pálido, de sonrisa irónica. No obstante, se puso tiesa automáticamente, desaprobatoria. Parecía casi una obscenidad en un hombre que por regla general hablaba tan seriamente.

-¿Por qué no así? -bromeó él.

E inmediatamente cayó de nuevo en la danza increíblemente rápida, mirándola con malevolencia. Y moviéndose con la danza rápida, estacionaria, se aproximó un poco más adelantándose con un destello increíblemente burlón y satírico en el rostro, y la hubiese besado nuevamente de no haber retrocedido ella.

-¡No! -exclamó realmente asustada.

-Cordelia después de todo -dijo él satíricamente.

Ella quedó dolida, como si eso fuese un insulto. Sabía que él la pretendía así, y le aturdía.

-Y tú -exclamó en respuesta-, ¿por qué llevas siempre el alma en la boca, tan espantosamente llena?

-Para poder escupirla más fácilmente -dijo él, complacido por su propia respuesta.

Gerald Crich, con el rostro afilándose con un destello de resolución, subió a la colina a paso rápido, inmediatamente después de Gudrun. El ganado se agolpaba sobre el saliente de una ladera contemplando la escena que transcurría abajo, los hombres de blanco revoloteando alrededor de las formas blancas de las mujeres, contemplando sobre todo a Gudrun, que avanzaba lentamente. Se detuvo un momento, mirando hacia atrás a Gerald y luego al ganado.

Entonces, con un movimiento súbito, levantó sus brazos y se lanzó a la carrera hacia las reses de largos cuernos, deteniéndose un segundo y mirándolas, luego levantando las manos y corriendo hacia adelante a toda velocidad hasta que los animales dejaron de pastar. y se alejaron, resoplando de terror, levantando sus cabezas del suelo y huyendo, galopando hasta perderse en la tarde, haciéndose minúsculas en la distancia,

pero sin detenerse.

Gudrun quedó mirando las reses con un rostro desafiante, como de máscara.

-¿Por qué quiere enloquecerlas? -preguntó Gerald acercándose.

Ella no le prestó atención, se limitó a volver el rostro hacia otra parte.

-Sabe que es peligroso -persistió él-. Son animales malos cuando embisten.

-¿Embestir? ¿Huir? -se burló ella en voz alta.

-No -dijo él-, embestirla a usted.

-¿Embestirme a mí? -se burló ella.

El no entendía nada.

-Como fuere, cornearon a una de las vacas del granjero hasta matarla el otro día -dijo él.

-¿Y a mí qué me importa? -dijo ella.

-A mí me importa -repuso él-, dado que son mis reses.

-¿Cómo que son suyas? No se las ha tragado usted. Deme una de ellas ahora -dijo extendiendo la mano.

-Ya sabe dónde están -dijo él apuntando hacia la colina-. Puede quedarse con una, si desea que se la envíe más adelante.

Ella le miró con rostro inescrutable.

-Piensa que le tengo miedo a usted y a sus reses, ¿verdad? -preguntó ella.

Los ojos de él se estrecharon peligrosamente. Había una débil sonrisa dominante en su rostro.

-¿Por qué habría de pensar eso? -dijo él.

Ella le contemplaba todo el tiempo con sus ojos oscuros, dilatados, primitivos. Se inclinó hacia adelante y movió su brazo en círculo, alcanzándole con un leve golpe al rostro con el revés de la mano.

-Por esto -dijo, burlona.

Y sintió en su alma un deseo inconquistable de violencia profunda contra él. Cortó el miedo y el desaliento que llenaban su mente consciente. Deseaba hacer lo que hizo, no iba a tener miedo.

El retrocedió debido al leve golpe en el rostro. Se puso mortalmente pálido y una llama peligrosa oscureció sus ojos. No pudo hablar durante unos segundos, sus pulmones estaban demasiado inundados de sangre, su corazón se dilataba casi hasta estallar con un gran torrente de emoción ingobernable. Era como si hubiese explotado en su interior algún depósito de emoción negra, inundándole.

-Ha dado usted el primer golpe -dijo al fin, forzando las palabras a salir de sus pulmones con una voz tan suave y baja que sonó dentro de ella como un sueño, no proferida en el aire externo.

-Y daré el último -repuso ella involuntariamente, con confiada seguridad.

El estaba silencioso, no la contradijo.

Ella permaneció en postura negligente, mirando hacia otra parte, hacia la distancia. En el borde de su conciencia se estaba planteando automáticamente la pregunta: «¿Por qué te estás comportando de esta manera imposible y ridícula?» Pero estaba irritada y medio apartó de sí la pregunta. No logró borrarla por completo, por lo cual se sintió azorada.

Gerald, muy pálido, la contemplaba de cerca. Sus ojos estaban encendidos con destellos de determinación, absortos y brillantes. Ella se volvió de repente hacia él.

-Eres tú quien hace que me comporte de este modo, lo sabes -dijo ella, casi sugerente.

-¿Yo? ¿Cómo? -dijo él.

Pero ella se alejó, dirigiéndose hacia el lago. Abajo, sobre el agua, empezaban a encenderse las linternas como débiles fantasmas de llama cálida cubierta por una oscuridad como laca, encima había un cielo pálido, rosado, y el lago era en una parte pálido como la leche. Lejos, en el puerto, minúsculos puntos de rayos coloreados se ensartaban en el ocaso. El puerto estaba siendo iluminado. Las sombras se reunían desde los árboles en todas las demás direcciones.

Gerald, blanco como una aparición en sus ropas de verano, bajaba siguiendo a Gudrun por la ladera cubierta de césped. Gudrun esperó que llegase a su altura. Entonces extendió suvamente la mano y le tocó, diciendo suavemente:

-No estés enfadado conmigo.

Una llama voló sobre él y quedó inconsciente. Pero balbuceó:

-No estoy enfadado contigo. Estoy enamorado de ti.

Su mente había desaparecido, trató de lograr un control mecánico suficiente para salvarse. Ella rió con una plateada y pequeña burla, aunque intolerablemente acariciadora.

-Es una manera de expresarlo -dijo ella.

La terrible losa que tenía sobre su mente, el horrible desfallecimiento, la pérdida de todo su control, eran demasiado para él. Aferró el brazo de ella con su única mano como si fuera de hierro.

-¿Todo bien entonces? -dijo él, manteniéndola detenida.

Ella miró la cara de ojos finos y se le heló la sangre.

-Sí, está todo bien -dijo suavemente, como si estuviera drogada, musical y algo bruja su voz.

El caminó junto a ella, cuerpo móvil sin mente. Pero se recobró un poco a medida que continuaba. Sufría intensamente. Había matado a su hermano siendo un muchacho y estaba. apartado, como Caín.

Encontraron a Birkin y a Ursula sentados juntos al lado de los botes, hablando y riendo. Birkin había estado provocando a Ursula.

-¿Hueles este pequeño marjal? -dijo él olfateando el aire.

Era muy sensible a los aromas y rápido en comprenderlos..

-Es agradable -dijo ella.

-No -repuso él-, alarmante.

-¿Por qué alarmante? -rió ella.

-Hierve y hierve un río de oscuridad -dijo él-, haciendo brotar lirios y culebras, y el ignis fatuus, rodando todo el tiempo hacia adelante. Eso es lo que nunca tomamos en cuenta..., que rueda hacia adelante.

-¿Qué?

-El otro río, el río negro. Consideramos siempre el río plateado de la vida, que rueda acelerando todo el mundo a una claridad, más y más hacia el cielo, fluyendo en un brillante mar eterno, un cielo de ángeles apiñándose. Pero nuestra verdadera realidad es la otra...

-Pero ¿qué otra? No veo ninguna otra -dijo Ursula.

-Sin embargo, es tu realidad -dijo él-; ese río oscuro de disolución. Ves que rueda

en nosotros tal . como rueda el otro..., el río negro de la corrupción. Y nuestras flores son de ese río... Nuestra Afrodita nacida del mar, todas nuestras fosforescentes flores blancas de perfección sensual, toda nuestra realidad en estos tiempos.

-¿Quieres decir que Afrodita es realmente mortífera? -preguntó Ursula.

-Quiero decir que ella es el misterio floreciente del proceso mortal, sí -repuso él-. Cuando cesa la corriente de creación sintética descubrimos que somos parte del proceso inverso, la sangre de la creación destructiva. Afrodita nace en el primer espasmo de disolución universal..., luego los cisnes, las serpientes y los lotos..., las flores del marjal... y Gudrun y Gerald... nacidos en el proceso de creación destructiva.

-¿Y tú y yo...? -preguntó ella.

-Probablemente -replicó él-. Desde luego en parte. No sé todavía si somos eso in toto.

-Quieres decir que somos flores de disolución..., fleurs du mal? Yo no me siento como si lo fuese -protestó ella.

El quedó silencioso un tiempo.

-Yo no siento que lo seamos juntos -repuso él-. Algunas gentes son puras flores de corrupción oscura..., lirios. Pero deben existir algunas rosas, cálidas y llameantes. Ya sabes que, según Heráclito, «un alma seca es la mejor». Yo entiendo perfectamente lo que eso significa. ¿Y tú?

-No estoy segura -repuso Ursula-. Pero ¿qué pasa si las gentes son todas flores de disolución... cuando son flores en absoluto..., qué diferencia hay?

-Ninguna diferencia... y toda la diferencia. La disolución rueda justamente como la producción -dijo él-. Es un proceso progresivo... y termina en la nada universal..., el fin del mundo si prefieres. Pero ¿por qué no ha de ser el fin del mundo tan bueno como el comienzo?

-Supongo que no lo es -dijo Ursula más bien irritada.

-Oh sí, en última instancia -dijo él-. Significa después un nuevo ciclo de creación..., pero no para nosotros. Si es el fin, entonces nosotros pertenecemos al fin..., fleurs du mal si prefieres. Si somos fleurs du mal, no somos rosas de felicidad, y eso es todo.

-Pero yo pienso que lo soy. Pienso que soy una rosa de felicidad.

-¿Prefabricada? -preguntó él irónicamente.

-No..., real -dijo ella, dolida.

-Si somos el fin no somos el comienzo -dijo él.

-Sí, lo somos -dijo ella-. El comienzo brota del fin.

-Viene después de él, no de él. Después de nosotros, no de nosotros.

-Realmente, sabes, eres un sabio -dijo ella-. Quieres destruir nuestra esperanza. Deseas que seamos mortíferos.

-No -dijo él-, sólo deseo que sepamos lo que somos.

-¡Ja! -exclamó rabiosa-. Lo único que deseas es que conozcamos la muerte.

-Estás bastante 'en lo cierto -dijo la voz suave de Gerald desde la penumbra.

Birkin se levantó. Gerald y Gudrun irrumpieron. Empezaron todos a fumar en los momentos de silencio. Birkin les encendió los cigarrillos uno tras otro. La cerilla temblaba en el ocaso y todos fumaban pacíficamente junto a la orilla del agua. El lago estaba en tinieblas, la luz estaba desapareciendo en mitad de la tierra oscura. Todo el aire circundante era intangible, había un ruido irreal de banjos o música semejante. A medida

que moría la luz dorada ganaba brillo la luna, pareciendo empezar a mostrar sonriente su predominio. Los bosques oscuros de la orilla opuesta se fundían en la sombra universal. Y a lo largo de esta sombra universal había una intrusión desparramada de luces. A lo lejos había en el lago fantásticas cuerdas pálidas de color, como cuentas de fuego descolorido, verdes, rojas y amarillas. La música llegaba con un ruido apagado mientras el vapor, todo iluminado, se enderezaba hacia la gran sombra, sacudiendo sus perfiles de luces semivivientes, expulsando su música a pequeños impulsos.

Por todas partes se encendían luces. Aquí y allá, cerca del agua difusa y en el extremo más lejano del lago, donde el agua yacía lechosa en la última blancura del cielo y no había sombra alguna, flotaban llamas solitarias y débiles de linternas desde los invisibles botes. Había un sonido de remos, y un bote pasó de la difusa claridad a la oscuridad bajo el bosque, donde sus linternas parecieron encenderse colgando de encantadores globos rojizos. Y una vez más revolotearon en el lago rayos rojos oscuros como reflejos alrededor del bote. Estaban por todas partes esas rosadas y silenciosas criaturas de fuego deslizándose cerca de la superficie del agua, captadas por los reflejos más raros, apenas visibles.

Birkin trajo las linternas del bote mayor y las cuatro sombras blancas se reunieron en círculo para encenderlas. Ursula sujetó la primera, Birkin bajó la luz desde la taza rosada y brillante de sus manos a las profundidades de la linterna. Fue encendida y todos retrocedieron para mirar la gran luna azul de luz que colgaba de la mano de Ursula, lanzando un extraño resplandor sobre su rostro. Parpadeó y Birkin se inclinó sobre el pozo de luz. Su rostro brilló como una aparición, tan inconsciente y, una vez más, algo demoníaca. Ursula estaba difusa y velada, asomando por detrás de él.

-Así está bien -dijo suavemente su voz.

Ella sujetó la linterna. Hubo una bandada de cigüeñas que cruzaron un cielo de luz turquesa sobre una tierra oscura.

-Esto es hermoso -dijo ella.

-Encantador -añadió Gudrun, que deseaba sujetar también una linterna y levantarla llena de belleza.

-Enciende una para mí -dijo.

Gerald estaba a su lado, incapaz. Birkin encendió la linterna que ella sujetaba. El corazón de Gudrun latía de ansiedad por ver lo hermosa que sería. Era de un amarillo rosado, con grandes flores derechas creciendo oscuramente de hojas oscuras, levantando sus cabezas hacia el rosado día mientras revoloteaban mariposas por encima, en la pura luz clara.

Gudrun lanzó un pequeño grito excitado, como si hubiera sido atravesada por el deleite.

-¡Qué hermoso, oh, qué hermoso!

Su alma estaba realmente transida de belleza, se sentía transportada más allá de sí misma. Gerald se inclinó cerca de ella entrando en su zona de luz, como para ver. Se acercó y quedó tocándola, mirando con ella el brillante globo rosa. Y ella volvió su rostro hacia el de él, que brillaba débilmente a la luz de la linterna, y quedaron juntos en una unión luminosa, próximos y rodeados de luz, excluido todo el resto.

Birkin apartó la vista y fue a encender la segunda linterna de Ursula. Representaba un fondo marino sonrojado pálido, con cangrejos negros y algas marinas moviéndose sinuosamente bajo un mar transparente, que se transformaba más arriba en

llameante rojo.

-Tienes los cielos arriba y las aguas debajo de la tierra -le dijo Birkin.

-Cualquier cosa salvo la propia tierra -rió ella, contemplando las ágiles manos de él que se cernían atendiendo a la luz.

-Me muero por ver mi segunda -exclamó Gudrun con una voz vibrante y más bien estridente, que parecía repeler a los otros.

Birkin fue y la encendió. Tenía un encantador color azul profundo, con un suelo rojo y una gran jibia blanca fluyendo con suaves corrientes blancas por en-
cima. La jibia tenía un rostro que miraba derecho desde el corazón de la luz, muy fijo y fríamente resuelto.

-¡Qué verdaderamente pavoroso! -exclamó Gudrun con voz de horror. A su lado. Gerald profirió una risa grave.

-¡Pero da realmente miedo! -exclamó ella, apenada. El rió de nuevo y dijo:

-Cámbiasela a Ursula por los cangrejos.

Gudrun quedó silenciosa un momento.

-Ursula -dijo ella-. ¿Podrías soportar esta temible cosa?

-Me parece que tiene un colorido encantador -dijo Ursula.

-Y a mí también -dijo Gudrun-. Pero ¿podrías soportar llevarla colgando de tu bote? ¿No deseas destruirla al instante?

-Oh, no -dijo Ursula-. No deseo destruirla.

-Entonces, ¿te importa quedarte con ella en vez de los cangrejos? ¿Estás segura de que no te importa?

Gudrun se aproximó para intercambiar linternas.

-No -dijo Ursula, entregando los cangrejos y recibiendo la jibia.

Sin embargo, no pudo evitar sentirse algo resentida por el modo en que Gudrun y Gerald suponían tener derechos sobre ella, precedencia.

-Vamos entonces -dijo Birkin-. Las pondré sobre los botes.

El y Ursula se alejaron hacia el bote grande.

-Supongo que me llevarás de vuelta remando, Rupert -dijo Gerald desde la pálida sombra de la noche.

-¿No vas a ir con Gudrun en la canoa? -dijo Birkin-. Será más interesante.

Hubo una pausa momentánea. Birkin y Ursula estaban en penumbras al borde del agua, con las oscilantes linternas. Todo el mundo era ilusorio.

-¿Te parece bien? -le dijo Gudrun.

-A mí me parece muy bien -dijo Gerald-. Pero ¿qué hay de ti y de los remos? No veo por qué debieras tirar de mí.

-¿Por qué no? -dijo ella-. Puedo llevarte igual que llevé a Ursula.

El sabía, por el tono de ella, que deseaba tenerle
para sí en el bote y que se sentía sutilmente satisfecha pudiendo tener poder sobre ambos. El se entregó con una sumisión extraña, eléctrica.

Ella le tendió las linternas mientras fue a fijar la vara al final de la canoa. El la siguió y quedó con las linternas colgando contra sus muslos de franela blanca, perfilando con nitidez la oscuridad circundante.

-Bésame antes de que nos vayamos -llegó suavemente la voz de él desde la sombra.

Ella detuvo su trabajo con estupor real, momentáneo.

-¿Pero por qué? -exclamó, puramente sorprendida.

-¿Por qué? -repitió él irónicamente.

Y ella le miró con fijeza durante algunos momentos. Entonces se inclinó hacia delante y le besó demorándose en boca con un beso lento, lujoso. Luego le cogió las linternas mientras él quedaba desfalleciendo con el fuego perfecto que ardía en todas sus articulaciones.

Levantaron la canoa para llevarla hasta el agua, Gudrun ocupó su lugar y Gerald desatracó.

-¿Estás seguro de que no te haces daño en la mano haciendo eso? -preguntó ella con solicitud-. Porque yo podría haberlo hecho perfectamente.

-No me hago daño -dijo él en una voz baja, suave, que la acarició con inexpresable belleza.

Y ella le contemplaba sentada cerca, muy cerca, en la popa de la canoa, con las piernas acercándose a las suyas y los pies de ambos tocándose. Y remaba suave, perezosamente, anhelando que él le dijese algo lleno de significado. Pero él permaneció silencioso.

-Te gusta esto, ¿verdad? -dijo ella con voz amable, solícita.

El rió brevemente.

-Hay un espacio entre nosotros -dijo él con la misma voz grave, inconsciente, como si algo estuviese hablando desde él.

Y ella era como mágicamente consciente de que estaban equilibrados en separación dentro del bote. Gudrun desfallecía de comprensión aguda y placer.

-Pero estoy muy cerca --dijo acariciadoramente, jovial.

-Pero distante, distante -dijo él.

De nuevo quedó silenciosa de placer, antes de contestar con voz conmovida y algo estridente -Pero no podemos cambiar muy bien mientras estemos sobre el agua.

Ella le acariciaba sutil y extrañamente, teniéndole completamente a su merced.

Una docena de botes o más llevaban colgadas sus linternas rosadas y como lunas cerca del agua, que se reflejaba como un fuego. A lo lejos, el vapor emitía música y los chapoteos de su lentas palas, arrastrando los cables de luces coloreadas y encendiendo toda la escena ocasional pero vivamente con una efusión de fuegos artificiales, iluminando la superficie del agua y mostrando los botes que se deslizaban alrededor, a ras de agua. Entonces cayó de nuevo la encantadora oscuridad, las linternas y las pequeñas luces ensartadas parpadearon suavemente, hubo un sonido amortiguado de remos y un ondear de música.

Gudrun remaba casi imperceptiblemente. Gerald podía ver a no mucha distancia los intensos globos azul y rosa de las linternas de Ursula balanceándose suavemente mejilla con mejilla mientras Birkin remaba, y destellos iridiscentes, evanescentes, persiguiendo la estela. Era consciente también de sus propias luces delicadamente coloreadas arrojando su suavidad tras él.

Gudrun descansó los remos y miró alrededor. La canoa se movía con la más mínima ondulación del agua. Las rodillas blancas de Gerald estaban muy cerca de ella.

-¡Qué hermoso¡ -dijo ella suavemente, como reverencialmente.

Le miró mientras él se recostaba contra el frágil cristal de la linterna. Podía ver su rostro, aunque fuese una pura sombra. Pero era un trozo de crepúsculo. Y su pecho ardía agudamente de pasión por él, tan hermoso en su fijeza y misterio varonil. Había cierto

efluvio puro de virilidad, como un aroma proveniente de sus contornos suave y firmemente moldeados, cierta perfección rica de su presencia que la tocaba con un éxtasis, un estremecimiento de pura intoxicación. Le encantaba mirarle. Por ahora no deseaba tocarle, conocer la sustancia interior, satisfactoria, de su cuerpo viviente. Era puramente intangible, era tan próximo. Sus manos yacían sobre los remos como dormidas, sólo deseaba verle como una sombra de cristal, sentir su presencia esencial.

-Sí -dijo él vagamente-. Es muy hermoso.

Estaba escuchando los débiles sonidos próximos, el gotear del agua desde las palas de los remos, el leve tamborileo de las linternas situadas detrás de él cuando se frotaban una con otra, el sonido ocasional de la falda espesa de Gudrun, un ruido extraño de tierra firme. Su mente estaba casi sumergida, casi exangüe, derrumbada por primera vez en su vida, hundida en las cosas que le rodeaban. Porque él siempre mantenía una atención tan aguda, concentrado y rebelde en sí mismo. Ahora había soltado amarras, se estaba fundiendo imperceptiblemente con la totalidad. Era como un sueño puro y perfecto, el primer gran sueño de la vida. Había sido tan insistente, tan precavido toda su vida. Pero aquí estaba el sueño, y la paz, y la desaparición perfecta.

-¿Remo hasta el embarcadero? -preguntó Gudrun ansiosamente.

-Hacia donde quieras -contestó él-. Deja que el bote derive.

-Dime entonces si vamos a toparnos con algo -repuso ella con esa voz muy apacible y sin entonaciones de la pura intimidad.

-Nos lo dirán las luces -dijo él.

Derivaron casi inmóviles, en silencio. El deseaba silencio, puro y total. Sin embargo, a ella le faltaba todavía alguna palabra, alguna confirmación.

-¿Nadie te echará de menos? -preguntó ella, ansiosa de alguna comunicación.

-¿Echarme de menos? -repitió él-. ¡No! ¿Por qué?

-Me preguntaba si alguien andaría buscándote.

-¿Por qué habrían de buscarme? -y él recordó entonces sus modales-. Pero quizá tú deseas volver =dijo él con una voz cambiada.

-No, no deseo volver -repuso ella-. No, te lo aseguro.

-¿Estás segura de que todo va bien para ti?

-Perfectamente bien.

Se quedaron de nuevo muy quietos. El vapor hizo sonar la sirena, alguien estaba cantando. Entonces, como rasgando la noche, hubo súbitamente un gran grito, una confusión de voces estridentes, agitación en el agua y el horrendo sonido de las grandes palas del barco invertidas y agitándose violentamente.

Gerald se incorporó y Gudrun le miró asustada.

-Alguien se ha caído al agua -dijo él irritada y desesperadamente, mirando fijamente a través de la penumbra-. ¿Puedes remar hacia allá?

-¿Hacia dónde? ¿Hacia el barco? -preguntó Gudrun con un pánico nervioso.

-Sí.

-Adviérteme si pierdo la dirección -dijo ella con aprensión nerviosa.

-Te mantienes bien -dijo él, y la canoa se apresuró.

Continuaron los gritos y ruidos, con un sonido horrendo a través de la penumbra y sobre la superficie del agua.

-¿No era forzoso que esto sucediera? -dijo Gudrun con una ironía pesada y odiosa.

Pero él apenas escuchaba, y ella miró sobre su hombro para ver el camino. Las

aguas semioscuras estaban jalonadas por encantadoras burbujas de luces cabeceantes, el vapor no parecía distante. Sus luces se balanceaban en la noche reciente. Gudrun remó con toda la fuerza que pudo. Pero ahora que era un asunto serio parecía insegura y torpe, le era difícil remar con rapidez. Miró el rostro de él. Gerald estaba contemplando la oscuridad con los ojos fijos, muy alerta y singular en sí mismo, instrumental. El corazón de ella se hundió, parecía morir una muerte. «Naturalmente -se dijo a sí misma-, no se ahogará nadie. Naturalmente que no. Sería demasiado extravagante y sensacional.» Pero su corazón estaba frío, debido al rostro afilado e impersonal del hombre. Era como si él perteneciese naturalmente al pesar y a la catástrofe, como si fuera él mismo de nuevo.

Llegó entonces una voz infantil, el alarido agudo y penetrante de una muchacha:

-¡Di... Di... Di..., oh Di..., oh Di..., oh Di...!

La sangre se heló en las venas de Gudrun.

-Es Diana -murmuró Gerald-. Ese mico rancio
debe haber hecho una de sus travesuras.

Miró de nuevo los remos, porque el barco no iba lo bastante rápido para él. Esa tensión nerviosa entorpecía casi completamente la acción de remar por parte de Gudrun. A pesar de ello, siguió intentándolo con todas sus fuerzas. Las voces continuaban llamando y respondiendo.

-¿Dónde, dónde? Allí estás..., eso es. ¿Cuál? No..., no-o-o. Maldita sea, aquí, aquá...

Los botes se apresuraban a llegar desde todas las direcciones hacia la escena, podían verse linternas de colores ondeando cerca de la superficie del lago, con sus reflejos persiguiéndolas apresuradamente. El vapor hizo sonar nuevamente las sirenas por alguna razón desconocida. El bote de Gudrun se desplazaba rápidamente, las linternas pscilaban a la espalda de Gerald.

Llegó entonces de nuevo el grito agudo de la niña, con una nota de llanto e impaciencia ahora:

-¡Di..., oh Di..., oh Di... Di...!

Era un sonido terrible, que atravesaba el aire oscuro de la noche.

-Estarías mucho mejor en la cama, Winnie -murmuró para sí Gerald.

Se había inclinado para desabrocharse los zapatos, quitándoselos con el pie. Luego lanzó su sombrero al fondo del bote.

-No puedes meterte en el agua con la mano herida -dijo Gudrun jadeando, con una voz baja de horror.

-¿Qué? No dolerá.

Luchó por quitarse la chaqueta y, tras conseguirlo, puso la prenda entre sus pies. Se sentó con la cabeza desnuda, todo de blanco ahora. Notó el cinturón en sus caderas. Se estaban acercando al barco, que se alzaba aún grande sobre ellos, con sus miles de lámparas que creaban dardos encantadores y sinuosas lenguas corredizas de fea luz roja, verde y amarilla sobre la lustrosa agua oscura, bajo la sombra.

-¡Oh, sacadla! ¡Oh Di, querida! ¡Oh, sacadla! ¡Oh papá, papá! -gemía la voz infantil, desesperada.

Alguien estaba en el agua con un salvavidas. Dos botes remaban cerca, balanceándose ineficazmente sus linternas y describiendo círculos.

-¡Eh.., Rockley!... ¡Eh, allí!

-¡Señor Gerald! -llegó la voz aterrorizada del capitán-. La señorita Diana está en

el agua.

-¿Alguien ha saltado a buscarla? -llegó la voz aguda de Gerald.

-El joven doctor Brindell, señor. -¿Dónde?

-No puedo ver signo alguno de ellos, señor. Todos estamos mirando, pero no hay nada por el momento.

Hubo una pausa amenazadora momentánea.

-¿Dónde cayeron?

-Me parece... que aproximadamente donde está el bote -llegó la respuesta dubitativa-; aquél con luces rojas y verdes.

-Rema hacia allí -dijo Gerald tranquilamente a Gudrun.

-Sácala, Gerald; oh, sácala -gritaba ansiosamente la voz de la niña.

El no se dio por enterado.

-Echate hacia ese lado -dijo Gerald a Gudrun mientras se levantaba en el frágil bote-. No volcará.

Un momento después se había sumergido limpiamente, suave y plomizo, en el agua. Gudrun cabeceaba violentamente en su bote, el agua agitada se estremecía con luces móviles, comprendió que había una débil luz de luna y que él había desaparecido. Así que era posible desaparecer. Una terrible sensación de fatalidad le robó todo sentimiento y pensamiento. Ella sabía que él había desaparecido del mundo, que había sencillamente el mismo mundo y ausencia, su ausencia. La noche parecía grande y vacía. Las linternas oscilaban aquí y allá; las gentes hablaban en tonos bajos desde el barco y los botes. Gudrun pudo oír a Winifred gimiendo:

-Oh, encuéntrala; Gerald, encuéntrala.

Y alguien intentando consolar a la criatura. Gudrun remaba sin rumbo aquí y allá. La superficie terrible, inmensa, fría y sin límites del agua la aterrorizaba indescriptiblemente. ¿Volvería él alguna vez? Ella sentía que debía saltar al agua también, para conocer igualmente el horror.

Se detuvo al oír que alguien decía:

-Allí está.

Vio el movimiento suyo de nadar como una rata de agua. Y remó involuntariamente hacia él. Pero él estaba cerca de otro bote, uno mayor. Sin embargo, remó hacia él. Ella debía estar muy cerca. Le vio..., parecía una foca. Parecía una foca cuando se sujetó a un costado del bote. Su pelo rubio se pegaba a la cabeza redonda y el rostro parecía brillar suavemente. Pudo oírle jadear.

Entonces él subió a la embarcación. Oh, y la belleza del sometimiento de sus riñones, blancos y vagamente luminosos mientras trepaba por el costado de la embarcación hicieron que ella desease morir, morir. La belleza de sus riñones difusos y luminosos mientras trepaba al bote, su espalda redondeada y suave..., ah, era demasiado para ella, una visión demasiado definitiva. Ella lo supo, y fue fatal. La terrible inevitabilidad del destino y de la belleza, ¡tal belleza!

El no era un hombre para ella, era una encarnación, una gran fase de la vida. Le vio sacudirse el agua del rostro y miró el vendaje de su mano. Y supo que de nada servía todo y que jamás iría ella más allá de él, que él era para ella la aproximación final de la vida.

-Apaga las luces, veremos mejor -llegó su voz repentina y mecánica, perteneciente al mundo del hombre.

Ella apenas podía creer que existiese un mundo del hombre. Se inclinó dando un giro y apagó las linternas de un soplo. No eran fáciles de apagar. Las luces habían desaparecido de todas partes, con excepción de los puntos coloreados de los flancos del barco. La noche reciente, azulada-gris, se desparramaba uniformemente alrededor, la luna brillaba en lo alto y había sombras de botes aquí y allá.

Hubo de nuevo un chapoteo y él desapareció bajo el agua. Gudrun quedó sentada con el corazón apretado, asustada por la superficie grande y uniforme del agua, tan pesada y mortífera. Estaba muy sola, con el campo nivelado y sin vida del agua extendiéndose debajo de ella. No era un buen aislamiento, era una separación terrible y fría de suspense. Ella estaba suspendida sobre la superficie de la insidiosa realidad hasta que también acabase desapareciendo debajo.

Entonces supo por un ruido de voces que él se había subido de nuevo a un bote. Quedó sentada, deseando conexión con él. Clamó dolorosamente por su conexión con él sobre el espacio invisible del agua. Pero alrededor de su corazón había un intolerable aislamiento a través del cual nada penetraba.

-Atraque el vapor. De nada sirve mantenerlo aquí. Consiga sogas para el arrastre -llegó la voz decisiva, instrumental, llena del sonido del mundo.

El vapor empezó a remover gradualmente las aguas.

-¡Gerald! ¡Gerald! -llegó la voz de Winifred gritando salvajemente.

El no respondió. El barco giró lentamente describiendo un círculo torpe, patético, y se escabulló hacia tierra, retirándose a las tinieblas. El chapoteo de sus palas se hizo más monótono. Gudrun se balanceó en su canoa ligera y sumergió automáticamente los remos para afirmarse.

-¿Gudrun? -llamó la voz de Ursula.

-¡Ursula!

Los barcos de las dos hermanas se unieron.

-¿Dónde está Gerald? -dijo Gudrun.

-Ha buceado otra vez -dijo Ursula, quejumbrosa-. Y sé que no debería, con su mano lastimada y todo lo demás.

-Me lo llevaré a su casa esta vez -dijo Birkin.

Los botes se mecieron de nuevo, movidos por las ondas del vapor. Gudrun y Ursula se mantuvieron atentas, buscando a Gerald.

-Ahí está -exclamó Ursula, que tenía la mejor vista.

El no había pasado mucho tiempo bajo el agua. Birkin remó hacia él, siguiéndole Gudrun. Gerald nadaba lentamente y se sujetó al bote con la mano herida. La mano resbaló y volvió a hundirse.

-¿Por qué no le ayudáis? -exclamó agudamente Ursula.

El subió otra vez y Birkin se inclinó para ayudarle a subir al bote. Gudrun contempló nuevamente a Gerald saliendo del agua, pero esta vez lenta, pesadamente, con los movimientos ciegos de trepar propios de un torpe animal anfibio. La luna brilló una vez más con luminosidad débil sobre su figura blanca y empapada, sobre la espalda inclinada y los redondeados riñones. Pero su cuerpo parecía derrotado ahora; trepó y cayó dentro con torpeza lenta. Respiraba con dificultad, como un animal que está sufriendo. Se sentó inmóvil y descuidadamente en el bote, con la cabeza embotada y ciega como la de una foca, inhumano e ignorante todo su aspecto. Gudrun se estremeció mientras seguía mecánicamente a su bote. Birkin remaba sin hablar hacia el malecón.

-¿Dónde vas? -preguntó Gerald de repente, como si acabara de despertarse.

-A casa -dijo Birkin.

-¡Oh, nol -dijo imperiosamente Gerald-. No podemos ir a casa mientras siguen en el agua. Da la vuelta. Voy a encontrarles.

Las mujeres estaban asustadas, su voz era tan imperativa y peligrosa, casi demente, que no osaban oponerse.

-No -dijo Birkin-. No puedes.

Había una extraña compulsión fluida en su voz. Gerald quedó silencioso en una batalla de voluntades. Era como si quisiese matar al otro hombre. Pero Birkin remó uniformemente y sin vacilar, con una inevitabilidad inhumana.

-¿Por qué interfieres? -dijo Gerald con odio.

Birkin no respondió. Remó hacia tierra. Y Gerald se sentaba mudo, como un animal aturdido, jadeando y entrechocando los dientes, inertes sus brazos y con la cabeza semejante a la de una foca.

Llegaron al embarcadero. Gerald trepó los escasos escalones mojado y con aspecto desnudo. Allí estaba su padre, en la noche.

-¡Padre! -dijo él.

-¿Sí, muchacho? Ve a casa y cámbiate.

-No les salvaremos, padre -dijo Gerald.

-Todavía hay esperanza, muchacho.

-Temo que no. No hay manera de saber dónde es tán. Es imposible encontrarles. Y hay una corriente endiabladamente fría.

-Dejaremos que salga el agua -dijo el padre-. Tú, ve a casa y cuídate. Asegúrese de que le cuidan, Rupert -añadió con voz neutra.

-Bien, padre, lo siento. Lo siento. Temo que es culpa mía. Pero de nada sirve ya; hice lo que pude por
ahora. Naturalmente, podría seguir buceando -aunque no mucho- y temo que con pocos resultados.

Se alejó descalzo sobre las planchas de la plataforma. Entonces tropezó con algo agudo.

-Naturalmente, no llevas zapatos -dijo Birkin.

-¡Sus zapatos están aquí! -exclamó Gudrun desde abajo. Estaba atando su canoa.

Gerald esperó que se los trajesen. Gudrun vino con ellos. El se los metió en los pies.

-Si mueres una vez -dijo él-, cuando se ha terminado, se acabó. ¿Por qué volver a la vida de nuevo? Bajo ese agua hay espacio para miles.

-Basta con dos -dijo ella en un murmullo.

El se metió su segundo zapato. Estaba temblando violentamente y su mandíbula tiritaba al hablar.

-Es cierto -dijo él-, quizá. Pero es curioso cuánto espacio parece haber, todo un universo, allí abajo, y tan frío como el infierno. Estás tan indefenso como si te hubiesen decapitado -apenas podía hablar debido a los violentos temblores-. Hay una cosa respecto de nuestra familia, sabes -continuó él-. Una vez que algo va mal nunca puede enderezarse nuevamente..., no entre nosotros. Lo he observado toda mi vida..., no puedes enderezar una cosa que se ha torcido.

Estaban caminando por la carretera hacia la casa.

-Y, sabes, cuando estás allí abajo es realmente tan frío, tan interminable, tan distinto de lo que hay arriba, tan interminable..., que uno se pregunta cómo están vivos tantos...; vaya, hemos llegado. ¿Os vais? Os veré de nuevo, ¿verdad? Buenas noches, y gracias. Muchas gracias.

Las dos muchachas esperaron un rato, para ver si había alguna esperanza. La luna brillaba con claridad en el cielo, con un brillo casi impertinente. Los pequeños botes oscuros se arracimaban sobre el agua, había voces y gritos sofocados. Pero no sirvió de nada. Gudrun se fue a su casa cuando Birkin volvió.

Se le había encargado abrir la compuerta que dejaba salir el agua del lago; el lago estaba perforado en un extremo cerca de la carretera, sirviendo así como reserva de agua para las minas distantes en caso de necesidad.

-Ven conmigo -dijo a Ursula- y luego te llevaré a casa, cuando haya terminado.

Llamó a la casa del encargado del agua y cogió la llave de la esclusa. Atravesaron una pequeña puerta desde la carretera hasta el manantial, donde había una gran cuenca de piedra que recibía el excedente y una escalinata de peldaños de piedras descendía a las profundidades del agua misma. Al comienzo de los escalones se encontraba el cierre de la puerta-esclusa.

La noche era gris plata y perfecta, si no fuese por el incansable ruido de voces desparramadas. El brillo gris de la luna caía sobre la extensión de agua, botes oscuros se movían y chapoteaban. Pero la mente de Ursula dejó de ser receptiva, todo era sin importancia e irreal.

Birkin sujetó el asa de hierro de la esclusa y la hizo girar de un tirón. Los dientes empezaron a elevarse lentamente. Giró y giró como un esclavo, su figura blanca se hizo nítida. Ursula miraba hacia otra parte. No podía soportar verle trabajando pesada y laboriosamente, inclinándose y elevándose mecánicamente como un esclavo mientras giraba la manivela.

Entonces -para gran conmoción de ella- se produjo un chapoteo sonoro de agua proveniente de la hondonada oscura y llena de árboles situada más allá del camino, un ruido de agua que rápidamente se profundizó hasta constituir un rugido áspero, convirtiéndose entonces en el sonido pesado y estruendoso de un gran volumen de agua cayendo sólidamente todo el tiempo. Ocupaba la totalidad de la noche este gran rugido continuo del agua; todo quedaba ahogado dentro de él, ahogado y perdido. Ursula parecía tener que luchar por su vida. Se puso las manos sobre los oídos y miró hacia la luna alta y dulce.

-¿No podemos marcharnos ahora? -gritó a Birkin, que estaba mirando el agua sobre los peldaños para ver si bajaría más.

Parecía fascinarle. Miró hacia ella y asintió.

Los pequeños botes oscuros se habían acercado, se aglomeraban curiosos a lo largo del seto situado junto a la carretera para ver lo que hubiera de visible. Birkin y Ursula fueron a la casa del encargado con la llave, luego volvieron sus espaldas al lago. Ella tenía mucha prisa. No podía soportar el terrible estruendo avasallador del agua escapándose.

-¿Piensas que han muerto? -exclamó con una voz aguda, para hacerse oír.

-Sí -repuso él.

-¡Es horrible!

El no prestó atención. Terminaron subiendo la colina, más y más lejos del ruido.

-¿Te importa mucho? -le preguntó ella.

-No me preocupan los muertos -dijo él- una vez que han muerto. Lo peor de todo es que se cuelgan de los vivos y no sueltan.

Ella meditó algún tiempo.

-Sí -dijo-. El hecho de la muerte no parece importar realmente mucho, ¿verdad?

-No -dijo él-. ¿Qué importa que Diana Crich esté viva o muerta?

-¿No importa? -dijo ella, escandalizada.

-No, no, ¿por qué habría de importar? Mejor que esté muerta.. , será mucho más real. Será positiva en la muerte. En vida era un ser quejoso, negado.

-Eres bastante horrible -murmuró Ursula.

-¡No! Prefiero que Diana Crich esté muerta. Su vida era una completa equivocación, de algún modo. En cuanto al joven, pobre diablo..., encontrará su salida rápida en vez de lentamente. La muerte está muy bien..., nada mejor.

-Pero tú no quieres morir -le retó ella.

El quedó silencioso durante algún tiempo. Luego dijo en una voz que era asustadora para ella por su cambio:

-Me gustaría haberla pasado..., me gustaría haber cumplido ya el proceso de la muerte.

-¿Y no va a ser así? -preguntó nerviosamente Ursula.

Caminaron un trecho en silencio, bajo los árboles. Luego él dijo lentamente, como si temiese:

-Hay una vida que pertenece a la muerte, y hay una vida que no es muerte. Uno está cansado de la vida que pertenece a la muerte..., nuestro tipo de vida. Pero si ha terminado o no, sólo Dios lo sabe. Deseo un amor que sea como el sueño, como nacer otra vez, vulnerable como un bebé que acaba de surgir al mundo.

Ursula escuchaba en parte atenta y en parte evitando lo que él decía. Parecía captar el significado de su _ afirmación, pero luego se alejaba. Deseaba oír, pero no - deseaba verse implicada. No tenía ganas de rendirse allí, donde él deseaba que ella se rindiese, como si se tratara de su identidad misma.

-¿Por qué tendría que ser el amor como el sueño? -preguntó ella con tristeza.

-No lo sé. Así será como la muerte..., yo deseo realmente morir esta vida... y, sin embargo, es más que la vida misma. Uno se ve proyectado a la libertad como un infante desnudo desde el útero, desaparecidas todas las viejas defensas y el viejo cuerpo, con un nuevo aire alrededor que nunca había sido respirado antes.

Ella escuchaba, tratando de entender lo que él decía. Sabía, como él, que las palabras mismas no transportan significado, que sólo son un gesto que hacemos, un estúpido espectáculo como cualquier otro. Y a ella le parecía notar el gesto de él en su sangre, y se retiró, - aunque su deseo enviaba hacia adelante.

-Pero -repuso ella gravemente-, ¿no dijiste que deseabas algo que no fuese amor..., algo más allá del amor?

El se volvió hacia ella, confuso. Siempre había confusión en las palabras. Pero era necesario hablar. Fuese cual fuere el camino, si uno estaba obligado a moverse hacia adelante se vería forzado a abrírselo. Y saber, dar expresión, era abrirse un camino entre los muros de la cárcel, tal como la criatura se esfuerza en el parto por atravesar los muros del útero. No hay ningún movimiento nuevo sin pasar desgarrando por el viejo cuerpo, deliberadamente, en el conocimiento, en la lucha por salir.

-No deseo amor -dijo él-. No deseo conocerte. Quiero desaparecer paró mí mismo, y que tú te pierdas para ti misma, con lo cual nos descubriremos diferentes. Uno no debiera hablar cuando está cansado y afligido. Uno hamletiza, y parece una mentira. No me creas sino cuando te muestro un poco de saludable orgullo y despreocupación. Me odio a mí mismo cuando estoy serio.

-¿Por qué no ibas a ser serio? -dijo ella.

El pensó un minuto y luego dijo toscamente:

-No lo sé -entonces caminaron en silencio, aislados. El estaba difuso y perdido.

-¿No es extraño -dijo, poniendo de repente la mano sobre el brazo de Ursula con un impulso amorosocómo hablamos siempre así? Supongo que, de algún modo, nos amamos efectivamente el uno al otro.

-Oh, sí -dijo ella-, demasiado.

Rió casi alegremente.

-Tú has de tenerlo a tu propio modo, ¿verdad? -provocó ella-. Jamás lo darías por supuesto.

El cambió, rió suavemente, se volvió y la tomó en sus brazos, en mitad del camino.

-Sí -dijo suavemente.

Y besó su rostro y su entrecejo, lenta, delicadamente, con una especie de gentil felicidad que la sorprendió extremadamente y a la cual no podía responder. Eran besos suaves, ciegos, perfectos en su fijeza. Sin embargo, ella se retraía. Era como si hubiese extrañas luciérnagas, muy suaves y silenciosas, posándose sobre ella desde la oscuridad de su alma. Se sentía incómoda. Se alejó.

-¿No viene alguien? -dijo.

Por lo cual miraron ambos el camino oscuro y continuaron caminando de nuevo hacia Beldover. Entonces, de repente, para demostrarle que no era una mojigata superficial, se detuvo y se apretó con fuerza contra él, cubriéndole el rostro con besos duros y salvajes de pasión. A pesar del desapego de Birkin, la vieja sangre latió dentro de él.

-No esto, no esto -se susurró a medida que el ánimo perfecto de suavidad y encanto somnoliento refluía empujado por la marea de pasión que invadía sus miembros y su rostro mientras ella le estrechaba.

Y pronto fue él una llama dura, perfecta, de deseo apasionado hacia ella. Sin embargo, en el pequeño núcleo de la llama había una angustia sin rendir u otra cosa. Pero también esto se perdió; sólo la deseaba a ella, con un desea extremo que parecía inevitable como la muerte, incuestionable.

Entonces, satisfecho y conmovido, cumplido y destruido, se fue a su casa, lejos de ella, vagando difusamente a través de la oscuridad, hundido en el viejo fuego de la pasión ardiente. Lejos, muy lejos, parecía escucharse en la oscuridad un pequeño lamento. Pero ¿qué importaba? Qué importaba, qué importaba nada excepto esta experiencia última y triunfante de pasión física que había rebrotado como un nuevo hechizo de la vida.

-Me estaba convirtiendo en un muerto-vivo, en un mero saco de palabras -dijo él en triunfo, burlándose de su otro yo. Sin embargo, aunque distante y pequeño, el otro se cernía.

Los hombres seguían rastreando el lago cuando retornó. Estaba junto a la orilla y oyó la voz de Gerald. El agua seguía resonando en la noche, la luna era hermosa, las

colinas elusivas. El lago se estaba hundiendo.

En el aire de la noche llegaba el olor húmedo y frío de las orillas.

En Shortlands se veían luces en las ventanas, como si nadie se hubiese ido a la cama. Sobre el embarcadero estaba el viejo doctor, el padre del joven ahogado. Estaba silencioso, esperando. Birkin se quedó también - y observó; Gerald llegó en un bote.

-¿Todavía aquí, Rupert? -dijo-. No logramos encontrarles. Ya sabes que el fondo tiene una pendiente muy pronunciada. El agua yace entre dos pendientes muy pronunciadas, con pequeños valles transversales, y Dios sabe dónde llevará la corriente. No es como si se tratase de un fondo nivelado. Con la resaca nunca sabes dónde estás.

-¿Hay alguna necesidad de que estés trabajando? -dijo Birkin-. ¿No sería mucho mejor que te fueses a la cama?

-¡A la cama! Buen Dios, ¿piensas que dormiría? Los encontraremos antes de que me vaya de aquí.

-Pero los hombres los encontrarán igualmente sin ti..., ¿por qué insistes?

Gerald le miró. Luego puso afectuosamente su mano sobre el hombro de Birkin, diciendo:

-No te preocupes por mí, Rupert. Si alguna salud
nos preocupa es la tuya, no la mía. ¿Cómo te encuentras?

-Muy bien. Pero tú, tú te estropeas tus propias posibilidades de vida..., pierdes tu mejor yo.

Gerald quedó silencioso un momento. Luego dijo:

-¿Lo pierdo? ¿Qué otra cosa puede hacerse?

-Pero deja esto, ¿quieres? Te metes a ti mismo a la fuerza en horrores, te cuelgas del cuello una piedra de molino con espantosos recuerdos. Vete ya.

-¡Una piedra de molino con recuerdos espantosos! -repitió Gerald. Entonces puso de nuevo la mano sobre el hombro de Birkin, afectuosamente-. Dios mío, tienes realmente una manera expresiva de decir las cosas, Rupert.

El corazón de Birkin se hundió. Se sentía irritado y cansado de tener una manera expresiva de decir las cosas.

-¿Dejarás esto? Ven a mi casa -dijo Birkin, pidiendo como se pide a un borracho.

-No -dijo Gerald cariñosamente, con el brazo sobre el hombro del otro-. Muchas gracias, Rupert..., me gustará ir mañana, si te va bien. Entiendes, ¿verdad? Quiero ver terminada esta tarea. Pero iré mañana, estáte seguro. Oh, bien me gustaría ir y charlar contigo... mucho más que ninguna otra cosa, créeme. Lo haría desde luego. Significas mucho para mí, Rupert, más de lo que sabes.

-¿Qué quiere decir más de lo que sé? -preguntó Birkin irritadamente.

Tenía una conciencia aguda de la mano de Gerald sobre su hombro. Y no deseaba ese altercado. Deseaba que el otro hombre saliese de la fea miseria.

-Te lo diré otra vez -dijo Gerald cariñosamente.

-Ven conmigo ahora..., deseo que vengas -dijo Birkin.

Hubo una pausa, intensa y real. Birkin se preguntaba por qué le latía con tanta fuerza el corazón. Entonces los dedos de Gerald se aferraron fuertes y comunicativos al hombro de Birkin mientras decía:

-No, veré de que se termine esta tarea, Rupert. Gracias..., sé lo que quieres decir. Estamos muy bien, ya lo sabes, tú y yo.

-Yo puedo estar muy bien, pero estoy seguro de que tú no, mientras sigas

llenándote de mierda aquí -dijo Birkin. Y se alejó.

Los cuerpos de los muertos no fueron recobrados hasta casi el amanecer. Diana tenía los brazos estrechamente apretados alrededor del cuello del joven, ahogándole.

-Ella le mató -dijo Gerald.

La luna se deslizó hacia abajo por el cielo y acabó hundiéndose. El lago se había reducido a un cuarto de su tamaño, presentaba horribles bancos húmedos y fríos de arcilla que olían a agua medio podrida. El alba brotó débilmente tras la colina oriental. El agua seguía rugiendo a través de la esclusa.

Mientras los pájaros silbaban a la primera mañana y las colinas del lago desolado se erguían radiantes con las nuevas brumas hubo una procesión desparramada hacia Shortlands. Los hombres transportaban los cuerpos sobre una camilla; Gerald iba a su lado, y seguían en silencio los dos padres de barba gris. En la casa, la familia estaba toda sentada, esperando. Alguien debía ir a decírselo a la madre, en su cuarto. El doctor luchó en secreto por traer de vuelta a su hijo hasta quedar exhausto.

Todo el distrito enmudeció de miedosa excitación esa mañana de domingo. Los mineros se sentían como si la catástrofe les hubiese acontecido directamente a ellos; de hecho, estaban más conmovidos y asustados que estarían si sus propios hombres hubiesen perecido. ¡Semejante tragedia en Shortlands, la casa más alta del distrito! Una de las jóvenes señoritas, persistiendo en bailar sobre el techo de la cabina del barco, se había ahogado en mitad del festival con el joven doctor! Los mineros se paseaban por todas partes la mañana del domingo hablando de la calamidad. En todos los almuerzos domingueros de las gentes parecía haber una extraña presencia. Era como si el ángel de la muerte estuviese muy cerca, había una sensación de lo sobrenatural en el aire. Los hombres tenían rostros excitados, sorprendidos; las mujeres parecían solemnes, algunas habían estado llorando. Los niños disfrutaron al principio con la excitación. Había en el aire una intensidad casi mágica. ¿La disfrutaron todos? ¿Disfrutaron todos de la emoción?

Gudrun tenía locas ideas de salir corriendo para con. solar a Gerald. Estaba pensando todo el tiempo en lo más perfectamente consolador, en la cosa más tranquilizadora que decirle. Estaba conmovida y asustada, pero apartó esos ánimos pensando en cómo debería portarse con Gerald y hacer su papel. Esa era la verdadera emoción: cómo debería hacer su papel.

Ursula estaba enamorada profunda y apasionadamente de Birkin y no era capaz de nada. Era perfectamente impermeable a todas las charlas sobre el accidente, pero su aire alienado presagiaba problemas. Se limitaba a sentarse sola siempre que podía, deseando verle de nuevo. Deseaba que él fuese a la casa..., no lo aceptaría de otro modo; él debía venir al punto. Ella le estaba esperando. Permaneció todo el día en su casa, espe. rando que él llamase a la puerta. Cada minuto lanzaba automáticamente una mirada por la ventana. Le buscaba.

15. NOCHE DE DOMINGO

A medida que pasaba el día, el fluido vital pareció retirarse de Ursula, y dentro

del vacío se congregó una densa desesperación. Su pasión parecía desangrarse, y no había nada. Se sentaba suspendida en un estado de nulidad completa, más difícil de soportar que la muerte.

«Si no pasa algo -se dijo a sí misma en la lucidez perfecta del último sufrimiento- moriré. Estoy al final de la línea de mi vida.»

Se sentaba aplastada y olvidada en una oscuridad que era el borde de la muerte. Comprendía cómo se había pasado la vida acercándose más y más a este borde, a partir del cual no había más allá, a partir del cual era necesario saltar -como Safo- a lo desconocido. El conocimiento de la muerte inminente era como una droga. Oscuramente, sin pensar para nada, ella sabía que estaba cerca de la muerte. Había viajado toda su vida siguiendo la línea del cumplimiento y estaba a punto de concluir. Sabía todo cuanto tenía que saber, había experimentado todo cuanto tenía que experimentar, estaba colmada por una especie de sazón amarga, sólo quedaba caer del árbol a la muerte. Y era necesario cumplir hasta el final el propio desarrollo, era necesario llevar la aventura a su conclusión. Y el paso siguiente estaba más allá de la frontera de la muerte. ¡Resolución! Había cierta paz sabiéndolo.

Después de todo, cuando uno estaba cumplido, el colmo de la felicidad era caer en la muerte, como un fruto amargo se hunde en su sazón. La muerte es una gran consumación, una experiencia que consuma. Es un desarrollo a partir de la vida. Eso sabemos, mientras estamos vivos. ¿Para qué pensar más entonces? Uno jamás podrá ver más allá de la consumación, Basta con que la muerte sea una experiencia grande y concluyente. ¿Por qué habríamos de pedir lo que viene después de la experiencia, cuando la experiencia nos es todavía desconocida? Muramos, porque la gran experiencia es la que ahora sigue a todo el resto, la muerte, que es la próxima gran crisis frente a la cual hemos acabado encontrándonos. Si esperamos, si rehuimos la cuestión, sólo lograremos vagar por las puertas de un desasosiego indigno. Allí está, frente a nosotros, como frente a Safo, el espacio ilimitable. Allí penetra el viaje. ¿Acaso no tenemos coraje para continuar nuestro viaje, acaso debemos gritar «no quiero»? Seguiremos adelante, hacia la muerte y hacia todo lo que pueda ella significar. Si un hombre puede ver el próximo paso a tomar, ¿por qué habría que temer al penúltimo? ¿Por qué preguntar por el penúltimo? Estamos seguros del próximo paso. Es el paso hacia la muerte.

«Moriré..., moriré rápidamente» se dijo Ursula, clara como en un trance, clara, tranquila, con una certeza más allá de la certeza humana. Pero en alguna parte, por detrás, en la penumbra, había un llanto amargo y una desesperación. Era preciso no atender a ello, era preciso ir donde va el espíritu constante, no debe esquivarse la cuestión debido al miedo. No escapar de la cuestión, no escuchar las voces menores. Si el deseo más profundo es ahora continuar hacia lo desconocido de la muerte, ¿cambiará uno la verdad más profunda por otra con menos fondo?

«Que termine entonces», se dijo a sí misma. Era una decisión. No era cuestión de quitarse la vida..., ella jamás se mataría, era repulsivo y violento. Era una cuestión de saber el próximo paso. Y el paso siguien- te conducía al espacio de la muerte. ¿Así era...? ¿O acaso... ?

Sus pensamientos resbalaron hacia la inconsciencia, quedó sentada como dormida ante el fuego. Y entonces volvió el pensamiento. ¡El espacio de la muerte! ¿Podía ella entregarse a él? Ah, sí..., era un sueño. Había tenido bastante. Hasta entonces se había aferrado y resistido. Ahora era el tiempo de abandonar, de no resistirse ya más.

En una especie de trance espiritual, se rindió, cedió y todo quedó oscuro. Podía sentir en la oscuridad la terrible afirmación de su cuerpo, la inexpresable angustia de la disolución, la única angustia que es excesiva, la remota náusea pavorosa de la disolución instalada dentro del cuerpo.

«¿Corresponde el cuerpo tan inmediatamente al espíritu?», se preguntó. Y sabía, con la claridad del último conocimiento, que el cuerpo es sólo una de las manifestaciones del espíritu, que la transmutación del espíritu integral es también la transmutación del cuerpo físico. «Salvo que afirme mi voluntad, salvo que me absuelva del ritmo de la vida, me fije y permanezca estática, separada de la vida, absuelta dentro de mi propia voluntad. Pero mejor morir que vivir mecánicamente una vida que es una repetición de repeticiones. Morir es moverse con lo invisible. Morir es también un goce, el goce de someterse a aquello que desborda lo conocido: a saber, lo desconocido puro. Eso es un goce. Pero vivir mecanizado y desgajado dentro del movimiento de la voluntad, vivir como una entidad absuelta de lo desconocido, eso es vergonzoso e ignominioso. No hay ignominia en la muerte. Hay ignominia completa en una vida sin llenar, mecanizada. La vida puede ciertamente ser ignominiosa y vergonzosa para el alma. Pero la muerte no es jamás una vergüenza. La muerte misma, como el espacio ilimitable, está más allá de nuestro ensuciar.»

Mañana era lunes, el comienzo de otra semana escolar. Otra semana vergonzosa, estéril, mera rutina y actividad mecánica. ¿No era infinitamente preferible la aventura de la muerte? ¿No era la muerte infinitamente más encantadora y noble que una vida. semejante? Una vida de rutina baldía, sin significado interior, sin ningún sentido real. ¡Qué sórdida era la vida, qué terrible vergüenza era para el alma vivir entonces! ¡Cuánto más limpio y digno estar muerto! Era imposible soportar más esa vergüenza de la rutina sórdida y la nulidad mecánica. A lo mejor era posible florecer en la muerte. Ella estaba harta. Porque ¿dónde iba a encontrarse la vida? Ninguna flor crece sobre maquinaria en funcionamiento, no hay cielo para una rutina, no hay espacio para un movimiento rotativo. Y toda la vida era un movimiento rotativo, mecanizado, desgajado de la realidad. Desde la vida no había nada que procurar..., era lo mismo en todos los países y en todos los pueblos. La única ventana era la muerte. Uno podía mirar hacia el gran cielo de la muerte con emoción, como había mirado por la ventana del aula siendo un niño, viendo libertad perfecta en el exterior. Ahora uno ya no era un niño, sabía que el alma era prisionera dentro de este edificio vasto y sórdido de la vida y que no había escapatoria, salvo la muerte.

¡Pero qué goce! Qué alegría pensar que, hiciese lo que hiciese la humanidad, no podría apoderarse del reino de la muerte, anular eso. Habían convertido el mar en un patio de criminales y una sucia senda comercial, habían disputado en cada pulgada de tierra sucia de una ciudad. También reclamaban el aire, lo compartían y lo parcelaban, entregándolo a ciertos propietarios, violaban sus fronteras invisibles para luchar por él. Todo había desaparecido, todo estaba tapiado, con puntas de lanza en lo alto de los muros, y era preciso arrastrarse ignominiosamente entre los puntiagudos muros, cruzando un laberinto de vida.

Pero ante el reino de la muerte, grande, oscuro, ilimitable, la humanidad era forzosamente escarnecida. Los hombres podían afanarse sobre la tierra, como variados diosecillos que eran, pero el reino de la muerte se burlaba de todos ellos; frente a él se reducían a su verdadera y vulgar necedad.

¡Qué hermosa, qué grandiosa era la muerte, qué benéfica como futuro! Allí uno podía lavar todas las mentiras, la ignominia y la inmundicia que aquí acumulara; un baño perfecto de limpieza y alegre reposo para seguir desconocido, incuestionado, inmaculado. Después de todo, uno era rico, aunque sólo fuese por la promesa de una muerte perfecta. Era una alegría incomparable que quedase eso por delante, la pura otreidad inhumana de la muerte.

Fuese lo que fuese la vida, no podría hacer desaparecer la muerte, la muerte inhumana trascendente. Oh, no hagamos preguntas sobre ella, ni sobre lo que es o no es. Saber es humano, y en la muerte no sabemos, no somos humanos. Y este goce compensa toda la amargura del conocimiento y la sordidez de nuestra humanidad. En la muerte no seremos humanos y no sabremos. Esta promesa es nuestra herencia, miramos hacia adelante como los herederos esperan la mayoría de edad.

Ursula se sentaba inmóvil y medio olvidada, sola junto al fuego en el cuarto de estar. Los niños jugaban en la cocina, todos los demás se habían ido a la iglesia. Y ella estaba perdida en la oscuridad última de su propia alma.

Se sorprendió oyendo sonar la campanilla a lo lejos, en la cocina; los niños vinieron corriendo por el pasillo en deliciosa alarma.

-Ursula, hay alguien.

-Lo sé. No seáis tontos -repuso.

Estaba sorprendida, casi asustada. Apenas osaba ir a la puerta.

Birkin estaba de pie en el umbral, con el cuello de su impermeable desdoblado hacia arriba. Llegaba ahora, ahora que ella se había ido lejos. Ursula era consciente de la noche lluviosa tras él.

-Oh, ¿eres tú? -dijo ella.

-Me alegra que estés en casa -dijo él con voz grave, penetrando.

-Se fueron todos a la iglesia.

El se quitó la gabardina y la colgó. Los chicos le estaban espiando desde un rincón.

-Id a desnudaros ahora, Billy y Dora -dijo Ursula-. Nuestra madre volverá pronto y quedará decepcionada si no estáis metidos en la cama.

Los niños se retiraron sin decir una palabra, en un estado de ánimo súbitamente angélico. Birkin y Ursula pasaron al cuarto de estar. El fuego ardía mortecino. El la miró, asombrado ante la delicadeza luminosa de su hermosura y el amplio brillo de sus ojos. Observaba a distancia, con asombro en su corazón, porque ella parecía transfigurada por la luz.

-¿Qué has estado haciendo todo el día? -le preguntó.

-Sentada aquí y allá, solamente -dijo ella.

El la miró. Había un cambio en ella. Pero ella estaba separada de él. Permanecía aparte, en una especie de brillo. Ambos se sentaban silenciosos bajo la suave luz de la lámpara. El sintió que debería marcharse de nuevo, que no debía haber venido. Sin embargo, no conseguía reunir decisión suficiente para moverse. Pero estaba de trop, el estado de ánimo de ella era ausente y separado.

Entonces llegaron las voces de los dos niños llamando tímidamente desde el otro lado de la puerta, suavemente, con un apocamiento autoprovocado:

-¡Ursula! ¡Ursula!

Ella se levantó y abrió la puerta. Los dos niños estaban en el umbral con sus

camisones largos, rostros angélicos y grandes ojos. Estaban siendo muy buenos por el momento, haciendo perfectamente el papel de dos niños obedientes.

-¿Nos llevarás a la cama? -dijo Billy en un susurro audible.

-Vaya, sois realmente ángeles esta noche -dijo ella suavemente-. ¿No queréis entrar y darle las buenas noches al señor Birkin?

Los niños penetraron tímidamente en el cuarto, descalzos. El rostro de Billy era ancho y sonriente, pero había una gran solemnidad de estar siendo bueno en sus redondos ojos azules. Dora, observando desde su mata de pelo rubio, se mantenía detrás como una minúscula dríada.

-¿Me daréis las buenas noches? -preguntó Birkin con una voz que era extrañamente dulce y suave.

Dora se escabulló al instante, como una hoja levantada por un soplo de viento. Pero Billy se adelantó suavemente, lento y deseoso, levantando su boca fruncida implícitamente para ser besado. Ursula contempló los labios llenos y juntos del hombre tocar levemente los del niño, tan levemente. Entonces Birkin levantó los dedos y tocó leve y amorosamente la mejilla redonda y confiada del niño. Ninguno de los dos habló. Billy parecía
angélico como un querubín, o como un acólito; Birkin
era un ángel alto y grave que le miraba desde arriba.

-¿Vienes a que te den un beso? -dijo Ursula a la muchachita.

Pero Dora se alejó como una minúscula dríada que no será tocada.

-¿No vas a darle las buenas noches al señor Birkin?

-Ven, te está esperando -dijo Ursula.

Pero la criatura se limitó a hacer un pequeño movimiento de alejarse.

-¡Tonta, Dora; tonta! -dijo Ursula.

Birkin notó cierta desconfianza y antagonismo en la niña pequeña. No podía comprenderlo.

-Venid entonces -dijo Ursula-. Vámonos antes de que venga nuestra madre.

-¿Quién nos oirá decir nuestras oraciones? -preguntó ansiosamente Billy.

-Quien quieras.

-¿Tú?

-Sí.

Birkin se sonreía sentado frente al fuego. Cuando Ursula vino estaba inmóvil, con las manos sobre sus rodillas. Ella le vio inmóvil y sin edad, como algún ídolo sentado, alguna imagen de una religión mortífera. El miró hacia ella y su rostro, muy pálido e irreal, pareció brillar con una blancura casi fosforescente.

-¿No te sientes bien? -preguntó ella, con indefinible repulsión.

-No había pensado en ello.

-Pero ¿no lo sabes sin pensar en ello?

El la miró con ojos oscuros y veloces y vio su repugnancia. No contestó a su pregunta.

-¿No sabes si estás bien o no sin necesidad de pensar en ello? -persistió ella.

-No siempre -dijo fríamente.

-Pero ¿no piensas que eso es muy perverso?

-¿Perverso?

-Sí. Pienso que es criminal tener tan poca conexión con el cuerpo propio como

para no saber siquiera cuándo uno está enfermo.

El la contempló oscuramente.

-Sí -dijo.

-¿Por qué no te quedas en la cama cuando estás indispuesto? Tienes un aspecto perfectamente horrible.

-¿Hasta el punto de ser ofensivo? -preguntó él irónicamente.

-Sí, bastante ofensivo. Bastante repelente.

-¡Ah! Bueno, qué lástima.

-Y está lloviendo, y es una noche horrible. Realmente, no debería perdonársete tratar así el cuerpo..., deberías sufrir siendo un hombre tan despreocupado de su cuerpo.

-... tan despreocupado de su cuerpo -repitió él mecánicamente.

Esto cortó a Ursula y hubo silencio.

Llegaron los otros de la iglesia, y los dos tuvieron que saludar a las chicas, luego a la madre y a Gudrun y por fin al padre y al muchacho.

-Buenas noches -dijo Brangwen, débilmente sorprendido-. ¿Vino a verme?

-No -dijo Birkin-, no vine por nada en especial; el día era lúgubre y pensé que no le importaría que me presentase.

-Ha sido realmente un día depresivo -dijo amablemente la señora Brangwen.

En ese momento se oyeron desde el piso de arriba las voces de los niños llamando:

-¡Madre! ¡Madre!

Ella levantó el rostro y respondió suavemente en la distancia:

-Subiré dentro de un momento, Doysie.

Luego a Birkin:

-Supongo que no hay nada nuevo en Shortlands, ¿verdad? Ah -suspiró-, no, pobrecillos, me lo imaginaba.

-Estuvo allí hoy, supongo -preguntó el padre.

-Gerald vino a casa a tomar el té conmigo y caminé de vuelta con él. Pensé que la casa está sobreexcitada e insalubre.

-Yo pensaría que eran gentes sin mucha contención -dijo Gudrun.

-O con demasiada -repuso Birkin.

-Oh, sí, estoy segura -dijo Gudrun, casi vengativamente-, una cosa o la otra.

-Todos ellos sienten que deberían comportarse de algún modo artificial -dijo Birkin-. Cuando las gentes están afligidas, harían mejor cubriéndose los rostros y manteniéndose retiradas, como en los viejos tiempos.

-¡Ciertamente! -exclamó Gudrun, arrebatada e inflamable-. ¡No puede haber nada más horrible que esa aflicción pública! ¡No hay nada más horrible, ni más falso! Si la aflicción no es privada y oculta, ¿qué es?

-Exactamente -dijo él-. Me sentí avergonzado cuando estaba allí y todos se comportaban de un modo falsamente lúgubre, sintiendo que no debían ser naturales o comunes.

-Bien... -dijo la señora Brangwen, ofendida por esta crítica-, no es tan fácil soportar un trastorno semejante.

Y subió las escaleras en dirección a los niños.

El se quedó sólo unos minutos más y luego partió. Cuando se había ido, Ursula sintió un odio hacia él tan punzante que todo su cerebro pareció convertirse en un agudo

cristal de fino odio. Toda su naturaleza parecía agudizada e intensificada hasta formar un puro dardo de odio. No podía imaginar lo que era. Sencillamente se apoderó de ella el odio más punzante y definitivo, puro, claro y allende el pensamiento. No podía pensar para nada en ello, estaba fuera de sí. Era como una posesión. Sentía que estaba poseída. Y durante varios días siguió poseída por esa exquisita fuerza del odio hacia él. Sobrepasaba todo cuanto ella había conocido antes, parecía lanzarla fuera del mundo hacia alguna región terrible donde no estaba vigente nada de su vieja vida. Estaba perdida y aturdida, realmente muerta para su propia vida.

Era tan completamente incomprensible e irracional. No sabía por qué le odiaba, su odio era más bien abstracto. Sólo había comprendido, con una conmoción que la desorientaba, el hecho de estar vencida por esa pura emoción. El era el enemigo fino, duro y precioso como un diamante, quintaesencia de todo lo hostil.

Pensó en su rostro blanco y moldeado con pureza y en los ojos animados por una voluntad de afirmación tan oscura y constante, y se tocó ella misma la frente para ver si estaba loca, de tan transfigurada en blanca llama de odio esencial.

Su odio no era temporal, no le odiaba por esto o por aquello; no quería hacerle nada, tener conexión alguna con él. Su relación era definitiva y radicalmente inefable; el odio era tan puro como una gema. Era como si él fuese un rayo de enemistad esencial, un rayo de luz que no la destruía, pero que la negaba por completo, revocando todo su mundo. Le veía como un claro golpe de agudísima contradición, un extraño ser semejante a una gema cuya existencia definía su propia inexistencia. Cuando supo que él estaba enfermo otra vez, su odio se limitó a intensificarse unos pocos grados, si tal cosa era posible. La aturdía y la aniquilaba, pero no podía escapar a él. No podía escapar a esta transfiguración del odio que había caído sobre ella.

16. DE HOMBRE A HOMBRE

El yacía enfermo e impasible, en pura oposición a todo. Sabía lo cerca que estaba de romperse el vaso que sujetaba su vida. Sabía también lo fuerte y duradero que era. Y no le importaba. Mil veces mejor arriesgarse con la muerte que aceptar una vida indeseada. Pero lo mejor de todo era persistir, y persistir, y persistir para siempre, hasta que uno estuviese satisfecho en la vida.

Sabía que Ursula le había sido enviada. Sabía que su vida estaba con ella. Pero prefería no vivir a aceptar el amor que ella profesaba. El viejo camino del amor le parecía una servidumbre espantosa, una especie de reclutamiento. No sabía qué le pasaba, pero el pensamiento del amor, el matrimonio, los hijos y una vida vivida en común, en la horrible privaticidad de la satisfacción doméstica y conyugal, le era repulsiva. Deseaba algo más claro, más abierto, más lozano por así decirlo. La caliente y estrecha intimidad entre el hombre y su esposa era abominable. Le repelía el modo en que esas personas casadas cerraban sus puertas y se encerraban a sí mismos dentro de su alianza exclusiva, incluso estando enamorados. Era toda una comunidad de parejas desconfiadas, aisladas en casas o habitaciones privadas, siempre por parejas, sin vida ulterior, sin admitir ninguna otra

relación inmediata, no presidida por el inte- rés: un caleidoscopio de parejas descoyuntadas, separatistas y sin sentido. El, desde luego, odiaba la promiscuidad todavía más que el matrimonio, y una relación sexual era sólo otra especie de emparejamiento, una reacción ante el matrimonio legal. La reacción era un engorro superior aún a la acción.

En conjunto, odiaba el sexo, le parecía demasiado limitado. Era el sexo quien convertía al hombre en la mitad rota de una pareja, y a la mujer, en la otra mitad rota. Y él quería estar solo y singular en sí mismo, y que la mujer fuese igual. Quería que el sexo revirtiera al nivel de los otros apetitos, que fuese considerado como un proceso funcional y no como un cumplimiento. Creía en el matrimonio sexual. Pero más allá de esto deseaba una conjunción ulterior, donde el hombre tuviera ser y la mujer también, dos entes puros, constituyendo cada uno la libertad del otro, equilibrándose recíprocamente como polos de una fuerza, como dos ángeles o dos demonios.

Deseaba tanto ser libre, no estar bajo la compulsión de ninguna necesidad de unificarse, ni torturado por el deseo insatisfecho. El deseo y la aspiración encontrarían su objeto sin toda esa tortura actual; en un mundo lleno de agua la simple sed no es siquiera considerable, se satisface casi inconscientemente. Y él deseaba estar con Ursula tan libre como consigo mismo, 'singular, claro y sereno, aunque equilibrado, polarizado con ella. La fusión, el aferramiento, el mezclarse del amor, habían llegado a resultarle locamente abominables.

Le parecía que la mujer era siempre horrible y pegajosa, que tenía una pasión posesiva, una avidez de autoimportancia en el amor. Deseaba tener, poseer, controlar, ser dominante. Todo debía retrotraerse a ella, a la Mujer, a la Gran Madre de todo, de quien procedía. todo y a quien todo debería finalmente ser devuelto.

Le llenaba de una furia casi demente esa tranquila asunción de la Magna Mater, de que todo era suyo porque ella lo había parido. El hombre era suyo porque ella lo había parido. Como Mater Dolorosa lo había parido, como Magna Mater lo reclamaba ahora de nuevo, alma y cuerpo, sexo, significado y todo lo demás. Sentía horror ante la Magna Mater, era detestable.

Ella estaba de nuevo sobre un caballo muy alto, era de nuevo mujer, la Gran Madre. El la conocía en Hermione. Hermione, la humilde, la servil, que no era sino
la Mater Dolorosa en su servilismo, pretendiendo con arrogancia horrible, insidiosa, y con tiranía femenina obtener lo suyo de vuelta, reclamando al hombre que había parido con sufrimiento. Por su sufrimiento y humildad mismas cargaba a su hijo de cadenas, le mantenía como prisionero perpetuo.

Y Ursula, Ursula era lo mismo... o lo inverso. También ella era la reina horrenda y arrogante de la vida, como si fuese una abeja reina de quien dependiese todo lo demás. El veía el destello amarillo en sus ojos, conocía la altiva e impensable suposición de primacía en ella. Ella misma no era consciente. Estaba demasiado dispuesta a inclinar la cabeza hacia el suelo delante de un hombre. Pero esto sólo cuando estaba tan segura de ese hombre como para poder adorarle al modo en que una mujer adora a su propio hijo, con una veneración de posesión total.

Era intolerable esta posesión, este estar en manos de la mujer. Un hombre debía considerarse siempre como el fragmento desgajado de una mujer, y el sexo era la cicatriz todavía dolorosa de la laceración. El hombre debía sumarse a una mujer antes de poder alcanzar ningún lugar verdadero o integridad.

¿Y por qué? ¿Por qué habríamos de considerarnos los hombres y las mujeres fragmentos desgajados de una totalidad? Eso no es cierto. No somos fragmentos desgajados de un todo. Somos más bien la individuación, el ser puro y claro de cosas que estaban mezcladas. El sexo es más bien lo que permanece en nosotros de lo mezclado, lo irresuelto. Y la pasión es la separación ulterior de esta mezcla, pasando lo que es masculino al ser del hombre y pasando lo femenino al ser de la mujer, hasta que ambos son claros y totales como ángeles, sobrepasada la mezcla del sexo en el sentido más alto, dejando dos seres singulares que forman juntos constelación como dos estrellas.

En los viejos tiempos, antes del sexo, estábamos mezclados, cada uno era una mezcla. El proceso de individuación desembocó en la gran polarización del sexo. Lo femenino se agrupó en un lado, lo masculino en el otro. Pero la separación era imperfecta incluso entonces. Y así pasó nuestro ciclo mundanal. Queda ahora por llegar el nuevo día, donde seamos seres cada uno, cumplidos en la diferencia. El hombre será puro hombre, la mujer pura mujer, perfectamente polarizados. Pero ya no habrá nada de la horrible confusión, del mezclarse autoabnegado del amor. Sólo habrá la pura dualidad de polarización, libre cada uno de cualquier contaminación debida al otro. En cada uno el individuo será primordial y el sexo subordinado, aunque perfectamente polarizado. Cada uno tendrá un ser singular, separado, con sus propias leyes. El hombre, su pura libertad; la mujer, la suya. Cada uno reconocerá la perfección del circuito sexual polarizado. Cada uno admitirá la diferente naturaleza del otro.

Así meditaba Birkin mientras estaba enfermo. A veces le gustaba estar lo bastante enfermo como para meterse en la cama, porque entonces mejoraba muy rápidamente y las cosas le llegaban claras y seguras.

Mientras estaba tumbado vino Gerald a verle. Los dos hombres estaban unidos por un sentimiento profundo, incómodo. Los ojos de Gerald eran rápidos e inquietos, su actitud en general tensa e impaciente, parecía colgado de alguna actividad. Cediendo a lo convencional llevaba ropas oscuras, parecía serio, apuesto y comme il faut. Su pelo rubio era casi blanco, agudo como astillas de luz; su rostro, marcado y rubicundo; su cuerpo parecía lleno de energía septentrional.

Gerald quería realmente a Birkin, aunque nunca creyese del todo en él. Birkin era demasiado irreal; agudo, ingenioso, maravilloso, pero no lo bastante práctico. Gerald sentía que su propio entendimiento era mucho más sensato y seguro. Birkin era encantador, un espíritu maravilloso, pero después de todo no convenía tomarle en serio, no debería contársele como un hombre entre hombres.

-¿Por qué estás en la cama de nuevo? -preguntó amablemente, cogiendo la mano del enfermo.

Gerald era siempre el protector, el que ofrecía el abrigo cálido de su fuerza física.

-Por mis pecados, supongo -dijo Birkin, sonriendo algo irónicamente.

-¿Por tus pecados? SI, probablemente es por eso. ¡Más te valdría pecar, menos y cuidar mejor la salud!

-Ya puedes empezar a enseñarme.

Miró a Gerald con ojos irónicos.

-¿Qué tal van las cosas contigo? -preguntó Birkin.

-¿Conmigo?

Gerald miró a Birkin, vio que estaba serio, y una luz cálida apareció en sus ojos.

-Me parece que no han cambiado nada. No veo cómo podrían cambiar. No hay

nada que cambiar.

-Supongo que estarás dirigiendo el negocio con el éxito de siempre e ignorando la exigencia del alma.

-Eso es -dijo Gerald-. Por lo menos en lo que respecta al negocio. Seguro que no podría decir lo mismo del alma.

-No.

-¿Seguro que no esperas eso de mí? -rió Gerald.

-No. ¿Qué tal progresan el resto de tus asuntos, prescindiendo del negocio?

-¿El resto de mis asuntos? ¿De qué se trata? No puedo decirte nada hasta no saber a qué te refieres.

-Sí lo sabes -dijo Bírkin-. ¿Estás pesaroso o alegre? ¿Y qué hay de Gudrun Brangwen?

-¿Qué hay? -una mirada confusa se apoderó de Gerald-. Bien -añadió-, no lo sé. Sólo puedo decirte que me dio una bofetada la última vez que la vi.

-¡Una bofetada! ¿Para qué?

-Tampoco podría explicártelo.

-¡Vaya! Pero ¿cuándo?

-La noche de la fiesta..., cuando se ahogó Diana. Ella estaba echando a las reses colina arriba y yo la seguí..., ¿recuerdas?

-Sí, lo recuerdo. Pero ¿qué le hizo hacer eso? Supongo que no se lo pediste claramente, ¿verdad?

-¿Yo? No, no que yo sepa. Me limité a decirle que era peligroso acercarse a esos terneros Highland..., como en realidad es. Ella se volvió y me dijo: «Supongo que piensas que tengo miedo de ti y de tus reses, ¿verdad?» Con lo cual le pregunté:: «¿Por qué?», y en respuesta me lanzó un revés a la cara.

Birkin rió rápidamente, como si le complaciese. Gerald le miró, inquisitivo, y empezó a reír también diciendo:

-No me reí en aquel momento, te lo aseguro. Nunca me he sentido más retraído en mi vida.

-¿Y no estabas furioso?

-¿Furioso? Pienso que sí. La habría matado.

-¡H'ml -profirió Birkin-. ¡Pobre Gudrun, seguro que luego sufrió por haberse delatado!

Estaba inmensamente complacido.

-¿Crees que sufrió? -preguntó Gerald, también divertido ahora.

Ambos hombres sonrieron con malicia, divertidos.

-Me parece que mucho, viendo lo fácilmente que se azora.

-¿Te parece apocada? Entonces, ¿qué la impulsó? Porque a mí me parece, desde luego, que fue bastante injustificado, bastante inmotivado.

-Supongo que fue un impulso repentino.

-Sí, pero ¿cómo te explicas que tuviese semejante impulso? No le había hecho daño alguno.

Birkin sacudió la cabeza.

-Supongo que brotó de repente en ella la amazona -dijo él.

-Bien -repuso Gerald-, hubiese preferido estar en el Orinoco.

Ambos rieron ante el chiste malo. Gerald estaba pensando en Gudrun cuando dijo

que daría también el último golpe. Pero cierta reserva hizo que no se lo contara a Birkin.

-¿Y te dolió? -preguntó Birkin.

-No me dolió. No me importó un bledo -quedó silencioso un momento y luego añadió, sonriendo-:

-No, veremos qué pasa, eso es todo. Ella parecía lamentarlo después.

-¿De veras? ¿No volvisteis a encontraros desde esa noche?

El rostro de Gerald se ensombreció.

-No -dijo-. Hemos estado..., puedes imaginar lo que ha sido, desde el accidente.

-Sí. ¿Se está calmando la cosa?

-No lo sé. Desde luego, es una conmoción. Pero no creo que le importe a mi madre. Realmente no creo que se entere siquiera. Y lo más divertido es que solía vivir completamente para los niños..., nada le importaba, nada en absoluto, exceptuando a los niños. Y ahora no lo toma más en cuenta que si se tratara de uno de los criados.

-¿No? ¿Te trastornó a ti mucho?

-Fue una conmoción. Pero, realmente, no lo siento mucho. No me siento para nada distinto. Todos tenemos que morir, y no parece constituir ninguna gran diferencia que muramos o no, en cualquier caso. No puedo sentir ningún pesar, ¿sabes? Me deja frío. No puedo explicármelo.

-¿No te importa morir o no? -preguntó Birkin.

Gerald le miró con ojos azules como el empavonado acero de un arma. Se sentía extraño, pero indiferente. De hecho, le importaba terriblemente, con un gran miedo.

-Oh -dijo él-, no deseo morir, ¿por qué habría de desearlo? Pero no me preocupa. El asunto no parece estar sobre el tapete, para mí en absoluto. No me interesa, ¿sabes?

-Timor mortis conturbat me -citó Birkin, añadiendo-: No, la muerte no parece ser realmente el punto. Curiosamente, no nos concierne. Es como un común mañana.

Gerald miró detenidamente a su amigo. Los ojos de ambos hombres se encontraron, intercambiando una comprensión implícita.

Gerald estrechó los ojos; su rostro era sereno y sin escrúpulos mientras miraba impersonalmente a Birkin, con una visión que terminaba en un punto del espacio, extrañamente aguzados los ojos aunque ciegos.

-Si la muerte no es el punto -dijo en una voz extrañamente abstracta, fría y hermosa-, ¿qué es?

Le sonaba la voz como si hubiese sido descubierto.

-¿Qué es? -repuso Birkin como un eco, y hubo un silencio burlón.

-Tras el punto de la muerte intrínseca y antes de desaparecer hay un largo camino -dijo Birkin.

-Lo hay -dijo Gerald-. ¿Pero qué tipo de camino?

Parecía urgir al otro hombre buscando un conocimiento que él ya poseía y en mayor grado.

-El que baja las laderas de la degeneración... la degeneración mística, universal. Hay muchos estadios
de pura degradación a recorrer, épocas enteras. Vivimos largamente después de nuestra muerte, y progresivamente, en devolución progresiva.

Gerald le escuchaba con una sonrisa débil y bella sobre el rostro todo el tiempo, como si de alguna manera supiese mucho más que Birkin acerca de todo eso: como si su propio conocimiento fuese directo y personal, mientras el de Birkin fuera un asunto de

observación y deducción que no daba de lleno en el clavo, aunque apuntase bastante cerca. Pero no iba a delatarse. Si Birkin conseguía llegar a los secretos, que así fuese. Gerald nunca le ayudaría. Gerald sería un caballo oscuro hasta el fin.

-Naturalmente -dijo, con un sorprendente giro en la conversación-, es mi padre quien realmente lo siente. Acabará con él. Para él el mundo se hunde. Lo único que le preocupa ahora es Winnie..., debe salvar a Winnie. Dice que deberían mandarla a la escuela, pero yo no quiero oír hablar del asunto, y él no lo hará nunca. Naturalmente, ella es algo rara. Pero todos nosotros somos curiosamente defectuosos a la hora de vivir. Podemos hacer cosas..., pero no logramos acostumbrarnos a la vida en absoluto. Es curioso... un fallo familiar.

-No debieron enviarla a la escuela -dijo Birkin, que estaba considerando una posición nueva.

-¿No? ¿Por qué?

-Es una criatura rara..., una criatura especial, incluso más especial que tú. Y en mi opinión las criaturas especiales jamás deberían ser enviadas a la escuela. Sólo los niños moderadamente comunes debieran ser enviados a la escuela..., me parece.

-Me siento inclinado a pensar justamente lo contrario. Creo que probablemente se haría más normal si saliera de casa y se mezclase con otros niños.

-No se mezclaría. Tú nunca te mezclaste realmente, ¿verdad? Y ella tampoco desearía pretenderlo siquiera. Es orgullosa, y solitaria, y naturalmente apartada. Si tiene una naturaleza singular, ¿por qué quieres hacerla gregaria?

-No, no deseo hacer que sea gregaria ni nada. Pero me parece que la escuela le vendría bien.

-¿Te vino bien a ti?

Los ojos de Gerald se estrecharon feamente. La escuela había sido una tortura para él. Sin embargo, no había puesto en cuestión si uno debiera o no atravesar esa tortura. Parecía creer en la educación mediante sujeción y tormento.

-La odié por entonces, pero puedo ver que era necesaria -dijo él-. Me puso algo en línea..., y no es posible vivir si no entra uno en línea por alguna parte.

-Bien -dijo Birkin-, empiezo a pensar que es imposible vivir, salvo manteniéndose completamente fuera de la línea. De nada sirve pisarla cuando el impulso de uno es aplastarla. Winnie es una naturaleza especial, y las naturalezas especiales necesitan un mundo especial.

-Sí, pero ¿dónde está tu mundo especial? -dijo Gerald.

-Hazlo. En vez de mutilarte para casar con el mundo, mutila el mundo para que case contigo. De hecho, dos personas excepcionales crean otro mundo. Tú y yo creamos un mundo separado. Tú no deseas un mundo igual que tus cuñados. Lo que valoras es justamente la cualidad especial. ¿Deseas ser normal o común? Es mentira. Deseas ser libre y extraordinario, en un extraordinario mundo de libertad.

Gerald miró a Birkin con ojos sutiles de conocimiento. Pero jamás admitiría abiertamente lo que sentía. Sabía más que Birkin en una dirección..., mucho más. Y esto le proporcionaba su gentil amor hacia el otro hombre, como si de alguna manera Birkin fuese joven, inocente como un niño; asombrosamente agudo, pero incurablemente inocente.

-Sin embargo, eres tan banal como para considerarme principalmente un engendro -dijo Birkin intencionadamente.

-¡Un engendro! -exclamó Gerald, atónito. Y su rostro se abrió de repente como iluminado de simplicidad, como cuando una flor se abre a partir del misterioso capullo-. No..., jamás te he considerado un engendro -y miró al otro hombre con ojos extraños que Birkin no pudo comprender-. Siento -continuó Gerald- que siempre hay un elemento de falta de certeza en relación contigo..., quizás no estás seguro acerca de ti mismo. Pero yo nunca estoy seguro de ti. Puedes desaparecer y cambiar tan fácilmente como si no tuvieses alma.

Miró a Birkin con ojos penetrantes. Birkin estaba estupefacto. Pensaba tener todo el alma del mundo. Le miró con asombro. Y Gerald, contemplándole, vio la insólita y atractiva bondad de sus ojos, una bondad joven y espontánea que atraía infinitamente al otro hombre, aunque le llenaba de tristeza amarga, porque desconfiaba mucho de ella. Sabía que Birkin podría pasar sin él..., que podría olvidar y no sufrir. Eso estaba presente siempre en la conciencia de Gerald, llenándole de amargo descreimiento: esa conciencia del desapego joven, con una espontaneidad como animal. Le parecía casi hipocresía y mentira a veces o a menudo por parte de Birkin hablar tan profundamente y con tanta importancia.

Cosas muy otras cruzaban la mente de Birkin. De repente se vio enfrentado con otro problema..., el problema del amor y la conjunción eterna entre dos hombres. Por supuesto, eso era necesario... Había sido una necesidad dentro de él toda su vida... amar a un hombre pura y plenamente. Por supuesto, había estado amando a Gerald todo el tiempo y negándolo todo el tiempo.

Yacía en la cama y se preguntaba esas cosas mientras el amigo se sentaba junto a él, perdido en la meditación. Cada hombre había desaparecido en sus propios pensamientos.

-¿Sabes cómo solían jurar una Blutbruderschaft los viejos caballeros teutones? -dijo a Gerald con una actividad nueva y feliz en los ojos.

-¿Se hacían un pequeño corte en el brazo y se frotaban la sangre de las heridas? -dijo Gerald.

-Sí..., y juraban ser sinceros el uno con el otro, de una sangre, todas sus vidas. Esto es lo que deberíamos hacer. Sin heridas, que son anacrónicas. Pero deberíamos jurarnos amor el uno al otro, tú y yo, implícita y completamente, definitivamente, sin posibilidad alguna de retroceder.

Miró a Gerald con ojos claros y felices de descubrimiento. Gerald le miró, atraído, tan profundamente esclavizado por la atracción fascinada que desconfiaba, temiendo la servidumbre, odiando la atracción.

-Nos juramentaremos el uno al otro algún día, ¿verdad? -suplicó Birkin-. Juraremos defendernos el uno al otro..., ser sinceros el uno con el otro... definitivamente..., infaliblemente...; entregados el uno al otro orgánicamente..., sin posibilidad de echarnos atrás.

Birkin se esforzaba por expresarse. Pero Gerald apenas escuchaba. Su rostro brillaba con cierto placer luminoso. Estaba complacido. Pero mantenía su reserva. Se conservaba retraído.

-¿Nos juramentaremos un día? -dijo Birkin, tendiendo la mano hacia Gerald.

Gerald se limitó a tocar la mano extendida, fina y viviente, como retraído y temeroso.

-Lo dejaremos hasta que lo entienda mejor -dijo con una voz de excusa.

Birkin le observó. Vino a su corazón una pequeña desilusión aguda, quizás un toque de desprecio.

-Sí -dijo-. Debes decirme lo que piensas, más tarde. ¿Entiendes lo que quiero decir? Nada de sentimentalismo baboso. Una unión impersonal que le deja a uno libre.

Cayeron ambos en silencio. Birkin estaba contemplando a Gerald todo el tiempo. Ahora no parecía ver el hombre físico, animal, que habitualmente veía en Gerald y que generalmente le gustaba tanto, sino el hombre mismo, completo y como destinado, condenado, limitado. Esa extraña sensación de fatalidad en Gerald, como si estuviese limitado a una forma de existencia, a un conocimiento, a una actividad, a una especie de unilateralidad fatal que a él le parecía integridad, invadía siempre a Birkin tras sus momentos de acercamiento apasionado, llenándole con una especie de desprecio o aburrimiento. Lo que más aburría a Birkin de Gerald era su insistencia en la limitación. Gerald no podía nunca volar lejos de sí mismo, con una jovialidad verdaderamente indiferente. Tenía un atasco, una especie de monomanía.

Hubo silencio durante un tiempo. Entonces Birkin dijo con un tono más leve, dejando pasar la tensión agotadora del contacto:

-¿No podéis conseguir una buena institutriz para Winifred? ¿Alguien excepcional?

-Hermione Roddice sugirió pedir a Gudrun que le enseñase a dibujar y a modelar con arcilla. Ya sabes que Winnie es asombrosamente capaz con ese material de plastilina. Hermione afirma que es una artista.

Gerald hablaba del modo animado y locuaz usual en él, como si no hubiese acontecido nada infrecuente. Pero la actitud de Birkin estaba llena de recuerdo.

-¡Vaya! No lo sabía. Bueno, pues si Gudrun quisiera enseñarla sería perfecto..., no podría pensarse en nada mejor..., si Winifred es una artista. Porque Gudrun lo es en alguna parte. Y todo verdadero artista es la salvación de todo otro.

-Yo pensaba que por regla general se llevaban mal.

-Quizá. Pero sólo los artistas se producen el uno al otro ese mundo adecuado donde vivir. Si podéis conseguir eso para Winifred, será perfecto.

-Pero ¿piensas que quizá no vendría?

-No lo sé. Gudrun es más bien terca. No irá de barato a ninguna parte. Y si lo hace se arrepentirá bien pronto. Por eso, no sé si se prestaría a la enseñanza privada, especialmente aquí, en Beldover. Pero sería justamente la cosa indicada. Winifred tiene una naturaleza especial. Y si puedes poner en su camino los medios para hacerse autosuficiente, eso será lo mejor. Jamás se adecuará a la vida ordinaria. Tú mismo lo encuentras difícil, y ella tiene varias pieles menos que tú. Es terrible pensar en lo que será su vida si no encuentra un medio de expresión, algún camino de cumplimiento. Puedes ver lo que trae dejarlo a cuenta del destino. Puedes ver cuánto se puede confiar en el matrimonio..., mira tu propia madre.

-¿Piensas que madre es anormal?

-¡No! Sólo pienso que deseaba algo más o distinto del curso normal de la vida. Y al no conseguirlo, quizá, se torció.

-Tras producir una prole de hijos torcidos -dijo Gerald tenebrosamente.

-No más torcidos que el resto de nosotros -repuso Birkin-. Las personas más normales tienen los peores yos subterráneos, tomadas una a una.

-A veces pienso que es una maldición estar vivo -dijo Gerald con súbita rabia

impotente.

-Bueno -dijo Birkin-, ¿por qué no? Deja que a veces sea una maldición estar vivo... En otros momentos es todo menos una maldición. De hecho, tú te aplicas a vivirla con mucho celo.

-Menos del que pensarías -dijo Gerald, revelando una extraña pobreza en su mirada al otro hombre.

Hubo silencio, pensando cada uno sus propios pensamientos.

-No veo por qué tiene ella que !:distinguir entre dar clases en la escuela y venir a enseñar a Win -dijo Gerald.

-La diferencia entre un siervo público y un siervo privado. El único noble y aristócrata hoy es el público, lo público. Uno está bien presto a servir al público..., pero ser un tutor privado...

-Yo tampoco quiero servir...

-¡No! Y Gudrun sentirá probablemente lo mismo.

-En todo caso, nuestro padre no hará que se sienta como una sierva privada. Será meticuloso y agradecido.

-Así debe ser. Igual que todos nosotros. ¿Piensas que puedes alquilar por dinero a una mujer como Gudrun Brangwen? Ella es tu igual..., probablemente tu superior.

-¿Lo es? -dijo Gerald.

-Sí, y si no tienes las agallas para saberlo espero que ella te abandone a tus propios artilugios.

-Sin embargo -dijo Gerald-, si ella es mi igual, deseo que no sea una profesora, porque por regla general no considero a los profesores como iguales míos.

-Ni yo tampoco, malditos sean. Pero ¿soy yo un profesor porque enseño, o un párroco porque predico?

Gerald le rió. Se sentía incómodo en esta cuestión. No deseaba pretender superioridad social, pero tampoco pretendía una superioridad personal intrínseca, porque nunca basaba su pauta de valores sobre el puro ser. Por lo mismo, andaba oscilante sobre una suposición tácita de posición social. Ahora Birkin deseaba que él aceptase el hecho de la diferencia "intrínseca entre seres humanos, cosa que él no pretendía aceptar. Era contrario a su honor social, a su principio. Se levantó para irse.

-He estado descuidando mi negocio todo este tiempo -dijo sonriendo.

-Debí habértelo recordado antes -repuso Birkin, riendo y burlándose.

-Sabía que ibas a decir algo así -rió Gerald algo incómodo.

-¿Lo sabías?

-Sí, Rupert. No serviría que todos fuésemos como eres tú..., pronto estaríamos en la carreta. Cuando esté por encima del mundo ignoraré todos los negocios.

-Naturalmente, no estamos en la carreta ahora -dijo Birkin satíricamente.

-No tanto como tú pretendes. En cualquier caso, tenemos suficiente comida y bebida...

-Para estar satisfechos -añadió Birkin.

Gerald se aproximó a la cama y quedó de pie mirando a Birkin, que tenía expuesta la garganta y el pelo revuelto cayendo atractivamente sobre el cálido entrecejo, encima de aquellos ojos tan no desafiados y fijos en el rostro satírico.

-Así pues -dijo Birkin-, adiós.

Y sacó la mano desde debajo de las mantas, sonriendo con una mirada

resplandeciente.

-Adiós -dijo Gerald, apretando con firmeza la mano cálida de su amigo-. Vendré de nuevo. Te echo de menos en el molino.

-Estaré allí dentro de unos pocos días -dijo Birkin.

Los ojos de ambos hombres' se encontraron de nuevo. Los de Gerald, que eran agudos como los de un águila, estaban ahora bañados de luz cálida y amor no admitido; Birkin devolvió la mirada como desde una oscuridad silenciosa y desconocida, aunque con una especie de calor que pareció fluir sobre el cerebro de Gerald como un sueño fértil.

-Adiós entonces. ¿No hay nada que pueda hacer por ti?

-Nada, gracias.

Birkin contempló la figura vestida de oscuro del otro desplazarse hacia la puerta, y cuando la cabeza brillante desapareció se dio la vuelta para dormir.

17. EL MAGNATE INDUSTRIAL

En Beldover hubo un intervalo tanto para Ursula como para Gudrun. Para Ursula era como si Birkin hubiese salido fuera de ella por el momento. Había perdido su significado, apenas importaba en el mundo de ella. Ella tenía sus propios amigos, sus propias actividades, su propia vida. Se volvía atrás hacia los viejos caminos con celo, lejos de él.

Y Gudrun, tras sentirse cada momento consciente en todas sus venas de Gerald Crich, incluso conectada físicamente con él, era ahora casi indiferente al pensamiento de él. Alimentaba preparativos de marcharse e intentar una nueva forma de vida. Había todo el tiempo en ella algo que la urgía a evitar el establecimiento definitivo de una relación con Gerald. Sentía que sería más sabio y mejor sólo tener con él un contacto casual.

Tenía el plan de ir a San Petersburgo, donde tenía un amigo, escultor como ella, que vivía con un ruso adinerado, cuyo hobby era hacer joyas. La vida emocional y más bien desenraizada de los rusos le atraía. No deseaba ir a París. París estaba seco y era esencialmente aburrido. Le gustaría ir a Roma, a Munich, a Viena o a San Petersburgo y Moscú. Tenía un amigo en San Petersburgo y otro en Munich. Escribió a ambos, preguntando por alojamientos.

Tenía cierta cantidad de dinero. Había vuelto a casa en parte por ahorrar; ahora había vendido varios trabajos y había sido alabada en varias exposiciones. Sabía que podía conseguirse «luz verde» si iba a Londres. Pero conocía Londres, deseaba algo distinto. Tenía setenta libras, sin que nadie lo supiese. Viajaría pronto, tan pronto como recibiese noticias de sus amigos. A pesar de su aparente placidez y tranquilidad, su naturaleza era profundamente inquieta.

Aconteció que las hermanas fueron a un caserío de Willey Green para comprar miel. La señora Kirk, una mujer fuerte, pálida, de nariz afilada, astuta, meliflua, con algo de regañona y de gato por debajo, pidió a las muchachas que pasaran a su demasiado

acogedora cocina. Había un confort como de gato y pulcritud por todas partes.

-Sí, señorita Brangwen -dijo con su voz insinuante, levemente quejumbrosa-. ¿Y cómo se encuentra de vuelta en el viejo lugar, eh?

Gudrun, a quien se dirigía, la odió al momento.

-No me importa -repuso abruptamente.

-¿No? Ah, vaya, supongo que notará diferencia entre esto y Londres. A usted le gusta la vida, y lugares grandes, grandiosos. Alguno de nosotros tiene que estar contento con Willey Green y Beldover. ¿Y qué piensa de nuestra escuela, de la que se habla tanto?

-¿Que qué pienso de ella? -Gudrun miró a su alrededor lentamente-. ¿Pregunta si pienso que es una buena escuela?

-Sí. ¿Cuál es su opinión?

-Pienso que es una buena escuela.

Gudrun era muy fría y repelente. Conocía a la gente común. Sabía que esa gente odiaba la escuela.

-¡Ah, le gusta entonces! He oído hablar tanto, para bien y para mal. Es agradable saber qué piensan los de dentro. Pero las opiniones varían, ¿verdad? El señor Crich está completamente de su parte. Ah, pobre hombre, temo que no va a durar mucho en este mundo. Está muy demacrado.

-¿Se ha puesto peor? -preguntó Ursula.

-Eh, sí..., desde que perdieron a la señorita Diana. Se ha convertido en una sombra. Pobre hombre, vaya cúmulo de problemas.

-¿Sí? -preguntó Gudrun, débilmente irónica.

-Si, un mundo de problemas. Y es un caballero
agradable y amable como el que más. Sus hijos no heredaron eso.

-¿Les viene entonces de la madre? -dijo Ursula.

-En muchos sentidos -la señora Kirk bajó un poco la voz-. Ella era una dama orgullosa y altiva cuando vino por estos lugares..., ¡palabra de honor que lo era! No debía mirársela, y valía la vida hablar con ella.

La mujer puso un rostro seco, malicioso.

-¿La conocía usted cuando se casó?

-Sí, la conocí. Fui ama de tres hijos suyos. Y desde luego que eran auténticos terrorcitos, pequeños malvados... Ese Gerald sí que era demonio, un verdadero demonio ya a los seis meses.

Un tono curiosamente malicioso y socarrón penetró en la voz de la mujer.

-¡Vaya! -dijo Gudrun.

-Ese niño travieso y dominador se había apoderado de un ama a los seis meses. Pataleaba, gritaba y luchaba como un demonio. Muchas veces he pellizcado su culito cuando era niño de pecho. Ay, y habría sido mejor si se lo hubiesen pellizcado más a menudo. Pero ella no deseaba que les corrigiesen..., no-o, no quería ni oír hablar de ello. Palabra que recuerdo las broncas que tenía con el señor Crich. Cuando él se hartaba, cuando se hartaba totalmente y ya no podía soportar más, cerraba la puerta del estudio y les fustigaba. Pero ella paseaba arriba y abajo todo el tiempo al otro lado de la puerta, como un tigre, con el asesinato mismo dibujado en el rostro. Era una cara que podía parecer muerte. Y cuando la puerta se abría, ella entraba con las manos levantadas: «¡Qué has estado haciendo a mis hijos, cobarde!» Parecía que no estaba en sus cabales. Creo que él quedaba asustado viéndola; era necesario volverle loco antes de que levantase un

dedo. ¡Poco se aprovechan de ello los criados! Y agradecíamos muchísimo cuando se llevaba su merecido alguno de los críos. Eran el tormento de nuestra vida.

-¡Vaya! -dijo Gudrun.

-De todas las maneras posibles. Si no les dejabas romper sus tazas sobre la mesa, si no les permitías arrastrar al gato recién nacido con una cuerda atada al cuello, si no les dabas cualquier cosa que pidieran, cualquier mortal cosa, armaban un escándalo y la madre entraba preguntando: «¿Qué pasa? ¿Qué le ha hecho? ¿Qué te pasa, cariño?» Y entonces ella se volvía hacia una como si quisiera pisotearla. Pero no me pisoteó. Fui la única a quien permitía hacer lo que quisiera con sus demonios..., porque ella desde luego no deseaba tener que preocuparse de ellos. No, ella no se sacrificó jamás por ellos. Pero ellos debían tener las cosas a su manera, no se les debía chistar. Y el señor Gerald era la belleza. Yo dejé la casa cuando tenía año y medio, incapaz de aguantar más. Pero le pellizqué el culito cuando todavía era un niño de pecho, lo hice cuando no era cosa de cogerle en brazos, y no me arrepiento.

Gudrun se alejó con furia y repugnancia. La frase «le pellizqué el culito» provocaba en ella una furia blanca, pétrea. No podía soportarlo, deseaba que sacasen al punto a la mujer y la estrangulasen. Y, sin embargo, allí estaba alojada para siempre, sin escapatoria, la frase en su mente. Un día sintió que tendría que decírselo a él para ver cómo lo tomaba. Y se repugnaba ella misma ante el pensamiento.

Pero en Shortlands la lucha permanente estaba llegando a un fin. El padre se encontraba enfermo e iba a morir. Padecía de malos dolores internos, que se llevaban toda su atención y sólo le dejaban un vestigio de conciencia. Un silencio cayó sobre él más y más; era menos y menos agudamente consciente de su alrededor. El dolor parecía absorber su actividad. Sabía que estaba allí, sabía que volvería. Era como alguien escondiéndose en la oscuridad dentro de él. Y él no tenía el poder o la voluntad para perseguirlo y conocerlo. Allí permanecía en la oscuridad el gran dolor, desgarrándole a veces y luego quedando silencioso. Y cuando le desgarraba, él se agazapaba en sometimiento silencioso debajo de él; y cuando le dejaba solo otra vez, se negaba a conocerle. Estaba dentro de la oscuridad, debía permanecer desconocido. Por eso nunca lo admitió, salvo en un rincón secreto de sí mismo, donde se acumulaban todos los miedos y secretos jamás revelados. En cuanto al resto, tenía un dolor, desaparecía, no representaba diferencia. Incluso le estimulaba, le excitaba.

Pero absorbió su vida gradualmente. Gradualmente
minó su capacidad, desangrándole en lo oscuro, privándole de vida y arrastrándole hacia la oscuridad. Y en ese crepúsculo de su vida poco permanecía visible para él. El negocio, su trabajo, había desaparecido completamente. Sus intereses públicos se desvanecieron como si no hubiesen existido nunca. Incluso su familia se convirtió en algo extraño para él; sólo podía recordar en alguna parte leve y no esencial de sí mismo que tal y cual eran hijos suyos. Pero era un hecho histórico, no vital para él. El tenía que hacer un esfuerzo para conocer la relación que guardaba con ellos. Incluso su esposa apenas existía. Era de hecho como la oscuridad, como el dolor en su interior. Por alguna asociación extraña, la oscuridad que contenía el dolor y la oscuridad que contenía su mujer eran idénticas. Todos sus pensamientos y reflexiones se hacían borrosos y difusos, y ahora su esposa y el dolor que roía eran el mismo poder secreto y oscuro a quien jamás hacía frente. Nunca expulsó el terror de su madriguera dentro de él. Sólo sabía que había un lugar oscuro y algún habitante de esta oscuridad que de cuando en cuando brotaba para lacerarle. Pero él

no se atrevía a penetrar y llevar a la bestia a campo abierto. Prefería ignorar su existencia. Pero, a su difusa manera, el terror era su esposa, la destructora, y era el dolor, la destrucción, una oscuridad que era uno y ambos.

Rara vez veía a su esposa. Ella se mantenía en su cuarto. Sólo ocasionalmente salía con la cabeza estirada hacia adelante, preguntándole con voz grave, poseída, cómo se encontraba. Y él le respondía, con la costumbre de más de treinta años: «Bueno, no me parece que esté peor, querida.» Pero a él le asustaba ella por debajo de esa conservación del hábito, le asustaba casi hasta el borde de la muerte.

Pero él había sido toda su vida tan constante en sus capacidades, jamás se había venido abajo. Ahora iba a morir sin venirse abajo tampoco, sin saber cuáles eran sus sentimientos hacia ella. Toda su vida había dicho: «Pobre Christiana, tiene un temperamento tan fuerte.» Se había mantenido con voluntad inconmovible en su posición con respecto a ella, había sustituido por piedad toda su hostilidad, la piedad había sido su escudo, su salvaguarda, su arma infalible. Y aún ahora, en su conciencia, él se compadecía de ella, de su naturaleza tan violenta e impaciente. Sólo que ahora su piedad, como su vida, se estaba adelgazando y un temor que casi equivalía a horror estaba naciendo. Pero antes de romperse efectivamente la armadura de su piedad moriría, como un insecto cuando se le rompe la cáscara. Este era su recurso final. Otros seguirían viviendo y conocerían la muerte en vida, el proceso ulterior de irremediable caos. El no. El le negaba a la muerte su victoria.

El había sido tan constante con sus capacidades, tan constante con la caridad y el amor a su prójimo. Quizás había amado a su prójimo aún más que a sí mismo..., lo cual es ir un paso más allá del mandamiento. Esa llama había ardido siempre en su corazón, manteniéndole a través de todo, y esa llama era el bienestar de la gente. Era un gran empresario, un gran propietario de minas que empleaba a muchos hombres. Y nunca había olvidado su corazón que en Cristo era idéntico a sus obreros. Más aún, se había sentido inferior a ellos, como si por medio de la pobreza y el esfuerzo ellos se acercasen más a Dios que él. Siempre tuvo la creencia no reconocida de que sus obreros, los mineros, eran quienes tenían en sus manos los medios de salvación. Para acercarse más a Dios era necesario que se acercase a sus mineros, su vida debía inclinarse hacia la suya. Ellos eran inconscientemente su ídolo, su dios hecho aparente. En ellos adoraba lo más elevado, la divinidad grande, simpática y sin mente de la humanidad.

Y mientras tanto, todo el tiempo, su esposa se había opuesto a él como uno de los grandes demonios del infierno. Extraña, como un ave de presa, con la belleza fascinante y la abstracción de un águila, había golpeado contrá los barrotes de su filantropía y se había hundido en silencio como un águila en una jaula. Debido a las circunstancias, porque todo el mundo se aunaba para hacer irrompible la jaula, él había sido demasiado fuerte para ella, había logrado mantenerla prisionera. Y porque ella era su prisionera su pasión hacia ella había permanecido siempre aguda como la muerte. Siempre la había amado, amado con intensidad. Dentro de la
jaula no se le negó nada, se le otorgaron todas las licencias.

Pero ella se había vuelto casi loca. Teniendo un temperamento salvaje e impositivo no podía soportar la humillación de la bondad suave y medio suplicante de su esposo para con todos. A él no le engañaban los pobres. Sabía que venían a gorronear y a gimotearle los de peor calaña; la mayoría, afortunadamente para él, eran demasiado orgullosos para pedir nada, demasiado independientes para venir a llamar a su puerta.

Pero en Beldover, como en cualquier otra parte, existían seres humanos gimoteantes, parasitarios y nauseabundos, que se arrastraban buscando caridad y se cebaban sobre el cuerpo vivo como piojos. Una especie de fuego atravesaba el cerebro de Christiana Crich cuando veía dos o más mujeres de rostro pálido arrastrándose en ropas negras gastadas por el sendero ascendente hacia la puerta. Deseaba echarles los perros: «¡Ji Rip! ¡Ji Rip! ¡Ranger! ¡A ellas chicos, echadlas!.

Pero Crowther, el mayordomo, como todo el resto de los sirvientes, era hombre del señor Crich. Sin embargo, cuando su esposo estaba fuera ella descendía como un lobo sobre los arrastrados suplicantes: «¿Qué quieren? No hay nada aquí para ustedes. No tienen nada que hacer aquí. Simpson, lléveselos y no permita que ninguno cruce el portón.»

Los criados tenían que obedecerla. Y ella se quedaba observando con ojo como de águila mientras el mayordomo conducía con torpe confusión a las lúgubres gentes camino abajo, como si fuesen gallinas oxidadas escabulléndose ante él.

Pero aprendieron a saber por el portero cuándo estaba fuera el señor Crich y calcularon sus visitas. Cuántas veces en los primeros años tocaba suavemente a la puerta Crowther:

-Alguien quiere verle, señor.

-¿Qué nombre?

-Grocock, señor.

-¿Qué quieren?

La pregunta era medio impaciente, medio satisfecha. Le gustaba atender llamamientos a su caridad.

-Es sobre un niño, señor.

-Hágales pasar a la librería y dígales que no debieran venir después de las once de la mañana.

-¿Por qué te levantas de la mesa...?, échalos -solía decir abruptamente su mujer.

-Oh, no puedo hacer eso. No me cuesta nada simplemente oír lo que tengan que decirme.

-¿Cuántos más han estado aquí hoy? ¿Por qué no les abres la casa del todo? Pronto me echarían a mí y a los niños.

-Ya sabes, querida, que no me duele escuchar lo que tengan que decirme. Y si están realmente en problemas..., bien, es mi deber ayudarles a salir de ellos.

-Es tu deber invitar a todas las ratas del mundo para que se pongan a roer tus huesos.

-Vamos, Christiana, no es así. Sé caritativa.

Pero ella abandonaba de repente el cuarto y salía corriendo hacia el estudio. Allí se sentaban los enjutos solicitantes de caridad, con aspecto de estar en la consulta de un médico.

-El señor Crich no puede recibirles. No puede recibirles a estas horas. ¿Piensan que él es su propiedad, que pueden venir cuando quieran? Deben irse, no hay nada aquí para ustedes.

Las pobres gentes se levantaban confusas. Pero el señor Crich, pálido, con barba negra y gesto crítico, venía detrás de ella diciendo:

-Sí, no me gusta que vengan tan tarde. Recibiré a cualquiera por la mañana, pero realmente no puedo hacerlo después. Hola, Gittens, ¿cómo está tu niña?

-Bueno, ha decaído mucho, amo Crich. Está casi ida. Está...

A veces a la señora Crich su esposo le parecía algún sutil pájaro funerario, que se alimentaba con las miserias del pueblo. Le parecía que jamás estaba satisfecho si no le estaban derramando algún cuento estúpido, que él bebía con una especie de satisfacción doliente y compasiva. El no tendría raison d'étre si no hubiese miserias lúgubres en el mundo, como no tendría sentido un empresario de pompas fúnebres si no hubiese funerales.

La señora Crich se retrajo en sí misma, se retiró de ese mundo de rastrera democracia. Se ciñó con una banda apretada de maligna exclusión; su aislamiento era fiero y duro; su antagonismo, pasivo pero terriblemente puro, como el de un águila en una jaula. A medida que pasaban los años perdió más y más atención por el mundo; parecía arrebatada por alguna abstracción resplandeciente, casi puramente inconsciente. Vagaba por la casa y por los campos circundantes mirando agudamente, sin ver nada. Rara vez hablaba, no tenía conexión con el mundo. Y ni siquiera pensaba. Estaba consumida por una feroz tensión de oposición, como el polo negativo de un imán.

Y alumbró muchos hijos. Porque a medida que pasaba el tiempo jamás se opuso a su esposo en palabras o acciones. No le tomaba en cuenta exteriormente. Se sometía a él, le dejaba tomar lo que deseaba y hacer lo que quería con ella. Era como un águila que se somete hoscamente a todo. La relación entre ella y el esposo era desconocida y sin palabras, pero profunda, terrible, una relación de rigurosa interdestrucción. Y él, que triunfaba en el mundo, se hizo más y más hueco en su vitalidad; su vitalidad le fue sangrada desde dentro, como por alguna hemorragia. Ella estaba presa como un águila en una jaula, pero su corazón era fiero e íntegro, aunque su mente estuviese destrozada.

Así iba él hasta el final a ella, tomándola en sus brazos a veces, antes de que su fuerza desapareciese por completo. La luz blanca, terrible, destructiva, que ardía en los ojos de ella se limitaba a excitarle y estimularle. Hasta que quedó totalmente sangrado, y entonces temió a su esposa más que a nada. Pero siempre se dijo a sí mismo lo feliz que había sido, cómo la había amado con amor puro y ardiente desde el momento de conocerla. Y pensaba en ella como mujer pura, casta; la llama blanca que sólo él conocía, la llama de su sexo, era una flor blanca de nieve para su mente. Ella era una maravillosa flor blanca como la nieve, que él había deseado infinitamente. Y ahora él estaba muriendo con todas sus ideas e interpretaciones intactas. Sólo se hundirían cuando el último aliento dejase su cuerpo. Hasta entonces para él serían verdades puras. Sólo la muerte mostraría la perfecta integridad de la mentira. Hasta la muerte, ella era su rosa blanca de nieve. El la había sometido, y el sometimiento de ella era para él una infinita castidad suya, una virginidad que él jamás podría romper y que le dominaba como mediante un hechizo.

Ella se había despreocupado del mundo exterior, pero dentro de sí estaba intacta y sin lesión. Se quedaba en su cuarto como un águila melancólica y desgreñada, inmóvil, indiferente. Los hijos, que había defendido con tanta fiereza en su juventud, apenas significaban ahora nada para ella. Había perdido todo eso, estaba sola. Sólo Gerald, el resplandeciente, tenía alguna existencia para ella. Pero en los últimos años, desde que había pasado a dirigir los negocios, también él quedó olvidado. El padre, en cambio, ahora que iba a morir se volvió hacia Gerald en busca de compasión. Siempre existió oposición entre ambos. Gerald había temido y despreciado a su padre, y en gran medida lo había evitado a lo largo de toda la adolescencia y la primera madurez. Y el padre había

sentido muy a menudo un verdadero desagrado ante su hijo mayor, a quien se negó a reconocer por su obstinación rebelde. Había ignorado todo lo posible a Gerald, dejándole solo.

Sin embargo, desde que Gerald volvió a la casa y asumió responsabilidad en la firma, demostrando ser un director tan maravilloso, el padre -harto y fatigado de todas las preocupaciones externas- había puesto toda su confianza en el hijo implícitamente, dejándole todo y asumiendo una dependencia bastante chocante con respecto al joven enemigo. Eso despertó inmediatamente una aguda piedad y lealtad en el corazón de Gerald, ensombrecido siempre por desprecio y enemistad no admitida. Porque Gerald reaccionaba contra la caridad, y, sin embargo, estaba dominado por ella, que asumía supremacía en la vida interna. No era capaz de resistirse a ella. Con lo cual se encontraba parcialmente sujeto a aquello que defendió su padre, aunque él se encontrase en reacción contra ello. Ahora no podía escapar. Le invadieron cierta piedad, pena y ternura hacia su padre, a pesar de la hostilidad más profunda y sombría.

El padre se ganó cobijo de Gerald por compasión. Pero para amar tenía a Winifred. Ella era su hija menor, la única de sus hijos a quien amara de cerca alguna vez. Y la amaba con todo el amor grande, arrogante, protector, de un moribundo. Deseaba protegerle infinitamente, infinitamente, envolverla en calidez, amor y refugio, completamente. Si de él dependiese, jamás conocería un dolor, una pena, una herida. El había sido tan recto en su vida, tan constante en su afabilidad y bondad. Y su última apuesta apasionada de virtud era su amor hacia la niña Winifred. Pero algunas cosas seguían turbándole. El mundo había pasado por encima de él, alejándose a medida que su fuerza disminuía. Ya no había pobres, heridos y humildes a quienes proteger y socorrer. Todos se habían perdido para él. Ya no había hijos e hijas que le molestasen, ni que pesasen sobre él como una responsabilidad artificial. También ellos se habían desvanecido de la realidad. Todas esas cosas habían caído de sus manos, dejándole libre.

Quedaba el miedo y el horror encubierto a su esposa, indiferente y extraña sentada en su cuarto o cuando se adelantaba con paso lento y cauteloso, inclinada hacia delante su cabeza. Pero apartaba esto. Sin embargo, incluso su virtud de toda una vida no lograba librar le del horror interno. No obstante, lograba mantenerlo a suficiente distancia. Nunca irrumpiría abiertamente. La muerte vendría primero.

¡Y luego estaba Winifred! ¡Si tan sólo pudiera ella estar segura de sí, obtener seguridad! Desde la muerte de Diana y el desarrollo de su enfermedad, su anhelo de seguridad con respecto a Winifred casi equivalía a la obsesión. Era como si, incluso muriendo, debiera cargarse el corazón con alguna ansiedad, alguna responsabilidad de amor o caridad.

Ella era una niña singular, sensible, inflamable, con el rostro oscuro del padre y un porte sereno, pero más bien retraída, momentánea. Efectivamente, era como una niña, como si sus sentimientos no le importasen realmente. Parecía a menudo hablar y jugar como el niño más infantil y alegre, llena del afecto más cálido y delicioso por cosas nuevas, por el padre y por sus animales en especial. Pero si oía que su amado gatito «Leo» había sido atropellado por el automóvil, echaba la cabeza a un lado y replicaba con una leve contracción como de resentimiento sobre el rostro: «¿De veras?» Entonces ya no se preocupaba más. Se limitaba a no querer al criado portador de las malas noticias, que deseaba entristecerla. No quería conocer, y eso parecía ser su principal motivo. Imitaba a su madre y a la mayoría de los miembros de su familia. Amaba a su papá, porque él

quería que estuviese siempre feliz y porque parecía rejuvenecerse y hacerse irresponsable en su presencia. Le gustaba Gerald, porque era tan comedido. Le gustaban las personas que convertían la vida en un juego para ella. Poseía una facultad crítica instintiva sorprendente y era una pura anarquista y una pura aristócrata al mismo tiempo. Porque aceptaba a sus iguales allí donde les encontraba e ignoraba con alegre indiferencia a sus inferiores, ya se tratase de sus hermanos y hermanas, de acaudalados huéspedes de la casa, de gente común o de los criados. Era bastante singular y completa en sí misma, sin derivar de nadie. Era como si estuviese desgajada de todo propósito o continuidad, existiendo simplemente momento a momento.

El padre, como por alguna extraña ilusión final, sentía que su suerte dependía de asegurar la felicidad a Winifred. Ella no podría sufrir nunca porque nunca había formado conexión vital; podía perder las cosas más queridas de su vida y ser justamente la misma al día siguiente. Todos los recuerdos desaparecían como deliberadamente en ella, cuya voluntad era tan extraña y fácilmente libre, anarquista, casi nihilista, flotando como un pájaro sin alma sobre su propia voluntad, sin compromiso ni responsabilidad más allá del momento; ella, que en todos sus movimientos cortaba los hilos de relaciones serias con manos alegres y libres, realmente nihilistas por jamás turbadas, ella debía ser el objeto de la última solicitud apasionada de su padre.

Cuando el señor Crich supo que Gudrun Brangwen podría venir a ayudar a Winifred a dibujar y modelar, vio abierto un camino de salvación para su hija. Creía que Winifred tenía talento, había visto a Gudrun y sabía que era una persona excepcional. Podía poner en sus manos a Winifred como si fuese en manos de la persona correcta. Allí había una dirección y una fuerza positiva aprovechable para su hija, no necesitaba dejarla sin dirección ni defensa. Si solamente pudiera vincular a la niña a algún árbol de expresión antes de morir, habría cumplido con su responsabilidad. Y podía hacerse de ese modo. No vaciló en apelar a Gudrun.

Mientras tanto, a medida que el padre derivaba más y más fuera de la vida, Gerald experimentaba más y más una sensación de encontrarse expuesto. Después de todo, su padre había representado para él el mundo viviente. Mientras vivió, Gerald no fue responsable del mundo. Pero ahora que su padre estaba desvaneciéndose, Gerald se descubrió expuesto y no preparado ante la tempestad de vivir, como el amotinado contramaestre de un barco que ha perdido a su capitán y sólo ve ante él un caos terrible. No había heredado un orden establecido y una idea viviente. Toda la idea unificante de la humanidad. parecía estar muriendo con su padre, hundirse con él la fuerza centralizante que mantenía reunida la totalidad; las partes estaban prestas a desparramarse en desintegración terrible. Gerald se sentía como dejado a bordo de un barco que se hundía bajo sus pies, encargado de una nave cuyas planchas se separan.

Sabía que había pasado toda la vida tirando del marco de la vida para arrancarlo. Y ahora, con algo del terror de una criatura destructiva, se veía en la situación de heredar su propia destrucción. Y durante los últimos meses, bajo la influencia de la muerte, las conversaciones de Birkin y el penetrante ser de Gudrun, había perdido por completo esa certeza mecánica que había sido su triunfo. A veces le invadían espasmos de odio contra Birkin, Gudrun y todo ese grupo. Deseaba retroceder al conservadurismo más insulso, a las personas más estúpidas entre las convencionales. Deseaba volver al torismo más estricto. Pero el deseo no duró lo bastante como para inducirle a la acción.

Durante su infancia y su adolescencia había deseado una especie de salvajismo.

Los días de Homero eran su ideal, cuando un hombre era jefe de un ejército de héroes o empleaba sus años en maravillosa Odisea. Odiaba sin remordimientos las circunstancias de su propia vida, tanto que jamás vio realmente Beldover y el valle minero. Apartaba completamente el rostro de la oscurecida región minera que se extendía a mano derecha de Shortlands, miraba exclusivamente al campo y a los bosques situados más allá de Willey Water. Era cierto que los gemidos y las estridencias de las minas de carbón podían oírse siempre desde Shortlands, pero desde la primera infancia Gerald había aprendido a no prestarle atención. Había ignorado todo el mar industrial que se encrespaba en mareas oscurecidas por el carbón contra los cimientos de la casa. El mundo era realmente una naturaleza salvaje donde uno cazaba, nadaba y montaba. Se rebelaba entonces contra toda autoridad. La vida era un estado de libertad salvaje.

Entonces fue enviado a la escuela, que tanto repre-. sentó para él. Se negó a ir a Oxford, eligiendo una universidad alemana. Pasó cierto tiempo en Bonn, en Berlín y en Frankfurt. Allí fue despertada en su mente una curiosidad. Deseaba ver y conocer de un modo curiosamente objetivo, como si fuese una diversión para él. Luego quiso intentar la guerra. Luego tuvo que viajar hacia las regiones salvajes que le habían atraído tanto.

El resultado fue que descubrió a una humanidad muy semejante en todas partes, y para una mente como la suya, curiosa y fría, el salvaje era más insulso, menos excitante que el europeo. En consecuencia, se apoderó de todo tipo de ideas sociológicas y de reforma. Pero nunca dejaron de ser superficiales, nunca fueron cosa distinta de una diversión mental. Su interés residía básicamente en la reacción contra el orden positivo, la reacción destructiva.

Por último descubrió una aventura real en las minas de carbón. Su padre le pidió que le ayudase en la firma. Gerald había sido educado en la ciencia de la minería y jamás le interesó. Ahora, de repente, con una especie de júbilo, se apoderó del mundo.

Allí estaba, impresa fotográficamente en su conciencia, la gran industria. De repente era real, él era parte de ella. Por el valle discurría el ferrocarril minero vinculando mina con mina. Por el ferrocarril pasaban los trenes; trenes cortos con vagones pesadamente cargados, trenes largos de vagones vacíos, llevando cada uno en grandes letras blancas las iniciales: «C. B. & Co.»

Esas letras blancas las había visto en todos los vagones desde su primera infancia, pero era como si no las hubiese visto nunca de tan familiares e ignoradas hasta entonces. Ahora veía al fin su propio nombre escrito sobre el muro. Ahora tenía una visión de poder.

¡Cuántos vagones con sus iniciales recorrían el país! Los vio al entrar en Londres con el tren, los vio al entrar en Dover. Hasta allí se ramificaba su poder. Miraba Beldover, Selby, Whatmore, Lethley Bank, las grandes aldeas mineras que dependían completamente de sus minas. Eran hediondas y sórdidas, durante su infancia habían sido como ampollas en su conciencia. Y ahora las veía con orgullo. Cuatro nuevas ciudades, húmedas y frías, y muchos pueblos industriales feos se aglomeraban bajo su dependencia. Vio la corriente de mineros que fluían desde las minas hacia el final de la tarde; miles de seres humanos ennegrecidos, levemente distorsionados, con bocas rojas, moviéndose todos bajo el yugo de su voluntad. Se abría paso lentamente con su auto a través del pequeño mercado de Beldover las noches de los viernes, atravesando una masa sólida de seres humanos que hacían sus compras y el gasto semanal. Todos le estaban subordinados. Eran feos y vulgares, pero eran sus instrumentos. El era el dios de la

máquina. Se abrían dejando paso a su coche automática, lentamente.

A él no le importaba que le dejasen paso con ávida y jubilosa disposición o rencorosamente. No le importaba lo que pensasen de él. Su visión había cristalizado súbitamente. Súbitamente había concebido la pura instrumentalidad de la humanidad. Había habido tanto humanitarismo, tanta charla sobre sufrimientos y sentimientos. Era ridículo. Los sufrimientos y los sentimientos de los individuos no importaban lo más mínimo. Eran meras condiciones, estados, como el viento. Lo que importaba era la pura instrumentalidad del individuo. De un hombre como de un cuchillo. ¿Corta bien? Nada más importaba.

Todo en el mundo tiene su función, o es bueno o no en cuanto cumple esa función más o menos perfectamente. ¿Era un minero buen minero? Entonces era completo. ¿Era un empresario buen empresario? Eso bastaba. El propio Gerald, que era responsable de toda esta industria, ¿era un buen director? Si lo era había cumplido su vida. Lo demás, el resto, era digresión o pantomima.

Las minas estaban allí, eran viejas. Se estaban agotando, no compensaba trabajar los filones. Se hablaba de cerrar dos de ellas. Fue entonces cuando entró en escena Gerald.

Miró en torno. Allí estaban las minas. Eran viejas, anacrónicas. Eran como leones viejos, inútiles ya. Volvió a mirar. ¡Bah! Las Tinas no eran sino esfuerzos torpes de mentes impuras. Allí estaban, abortos de una mente formada a medias. Bárrase su idea. Se limpió el cerebro de ellas, pensando sólo en el carbón del subsuelo. ¿Cuánto había?

Había mucho carbón. Los viejos métodos no podían llegar hasta él, eso era todo. Entonces rompámosle el cuello a los viejos procedimientos. El carbón estaba allí en sus filones, aunque los filones fuesen delgados. Allí estaba, materia inerte, como había estado siempre desde el comienzo del tiempo, sometido a la voluntad del hombre. La voluntad del hombre era el factor determinante. El hombre era el archidiós de la Tierra. Su mente era obediente a la hora de servir a su voluntad. La voluntad del hombre era lo absoluto, el único absoluto.

Y su voluntad era subyugar a la Materia, plegándola a sus propios fines. El sometimiento mismo era el punto. La lucha era la meta suprema, los frutos de la victoria eran meros resultados. No fue por dinero que Gerald se dedicó a las minas. Fundamentalmente, no le importaba el dinero. No era ostentativo ni afecto al lujo, ni tampoco alguien preocupado por posición social, no finalmente. Lo que deseaba era la pura realización de su propia voluntad en lucha con las condiciones naturales. Su voluntad era ahora extraer el carbón de la tierra provechosamente. El beneficio era meramente la condición de la victoria, aunque la victoria misma estuviese en la hazaña lograda. Vibraba con celo ante el reto. Estaba todos los días en las minas examinando, verificando, consultando expertos, hasta que gradualmente ordenó toda la situación en su mente, tal como ordena un general el plan de su campaña.

Entonces hubo necesidad de una ruptura completa. Las minas funcionaban siguiendo un sistema viejo, una idea desfasada. La idea inicial había sido obtener de la tierra dinero para hacer confortablemente ricos a los propietarios, permitir salarios suficientes y buenas condiciones a los trabajadores e incrementar la riqueza del país al mismo tiempo. El padre de Gerald, que venía en la segunda generación, teniendo la fortuna suficiente, sólo había pensado en los hombres. Para él las minas eran fundamentalmente grandes campos para producir pan y abundancia a todos los cientos de

seres humanos reunidos en torno a ellas. Había vivido y luchado con los otros copropietarios para beneficiar siempre a los hombres. Y los hombres habían sido beneficiados a su manera. Había pocos pobres, pocos necesitados. Todo era abundancia, porque las minas eran buenas y fáciles de trabajar. Y en esos días, descubriéndose más ricos de lo que podrían haber esperado, los mineros se sentían alegres y triunfantes. Se pensaban bien encaminados, se congratulaban por su buena suerte, recordaban cómo habían padecido hambre y sufrimiento sus padres y sentían que habían venido los tiempos mejores. Estaban agradecidos a esos otros, los pioneros, los nuevos propietarios que habían abierto los pozos, dejando manar esa corriente de abundancia.

Pero el hombre nunca está satisfecho, y así los mineros pasaron de la gratitud a sus dueños a la murmuración. Su suficiencia decrecía con el conocimiento, deseaban más. ¿Por qué tendría que ser el dueño tan desproporcionadamente rico?

Hubo una crisis cuando Gerald era un muchacho, y la patronal cerró las minas porque los hombres se negaron a aceptar una reducción. Este lock-out había impuesto las nuevas condiciones a Thomas Crich. Como miembro de la Federación de Empresarios, se vio obligado por su honor a cerrar los pozos contra sus hombres. El, el padre, el patriarca, se veía forzado a negarle medios de vida a sus hijos, a su pueblo. El, el rico que malamente podría llegar a entrar en el cielo debido a sus posesiones, debía ahora volverse a los pobres, a los más próximos a Cristo que él mismo, los humildes, despreciados y más próximos a la perfección, a los que eran varoniles y nobles en sus labores, para decirles: «Ni trabajaréis ni comeréis pan.»

Fue este reconocimiento del estado de guerra lo que le rompió realmente el corazón. Deseaba que su industria funcionase sobre el amor. Oh, deseaba que el amor fuese el poder dirigente hasta en las minas. Y ahora, bajo la capa del amor se extraía cínicamente la espada, la espada de la necesidad mecánica.

Esto le rompía realmente el corazón. Necesitaba la ilusión, y ahora la ilusión resultaba destruida. Los hombres no estaban contra él, pero estaban contra los patronos. Era una guerra, y sin quererlo ni beberlo se encontró en el lado malo, para su propia conciencia. Mitigar los males de masas de mineros cada día, arrastrado por un nuevo impulso religioso. Fluía a través de ellos la idea: «Todos los hombres son iguales sobre la Tierra», y llevarían la idea a su cumplimiento material. Después de todo, ¿no es ésa la enseñanza de Cristo?, y ¿qué es. una idea sino un germen activo en el mundo material? «Todos los hombres son iguales de espíritu, todos son hijos de Dios. ¿De dónde viene entonces esa obvia desigualdad?» Era un credo religioso empujado a su conclusión material. Thomas Crich, por lo menos, no tenía respuesta. Sólo conseguía admitir -según sus sinceros criterios- que la desigualdad estaba mal. Pero no podía renunciar a sus bienes, que eran el meollo de la desigualdad. Con lo cual los hombres lucharían por sus derechos. Les inspiraban los últimos impulsos de la última pasión religiosa que quedaba sobre la Tierra, la pasión por la igualdad.

Mitigar los males de muchedumbres de hombres en formación, con los rostros iluminados como para la guerra santa, con un humo de avidez. ¿Cómo desenmarañar la pasión de la igualdad y la pasión de la avidez cuando comienza la lucha por la igualdad de posesiones? Pero el dios era la máquina. Cada hombre reclamaba igualdad en la cumbre divina de la gran máquina productiva. Todo hombre era igualmente parte de esa cumbre divina. Pero de algún modo, en alguna parte, Thomas Crich sabía que eso era falso. Cuando la máquina es la divinidad y la producción o trabajo es culto, la mente más

mecánica parece la más pura y elevada, el representante de Dios sobre la Tierra. Y el resto está subordinado, cada uno con arreglo a su grado.

Estallaron disturbios, se incendió la cabeza de pozo de Whatmore. Era el pozo más metido en el campo, próximo a los bosques. Vinieron soldados. Desde las ventanas de Shortlands ese día fatal podía verse el fulgor del fuego en el cielo no muy distante, y el pequeño tren minero con los vagones de trabajadores que se usaba para transportar a los mineros al distante Whatmore estaba cruzando el valle lleno de soldados, lleno de chaquetas rojas. Se oyó entonces el ruido distante de disparos, luego las noticias posteriores de que la muchedumbre se dispersó, un hombre fue muerto a tiros y se apagó el fuego.

Gerald, que era un muchacho, quedó lleno del placer y la excitación más salvajes. Deseaba ir con los soldados a disparar contra los hombres. Pero no se le permitió que pasase las puertas del jardín. Alrededor había estacionados centinelas con armas. Gerald quedó cerca de ellos, encantado, mientras grupos de mineros irónicos se paseaban arriba y abajo por las veredas, gritando y burlándose: «Vamos, valientes, veamos cómo disparáis vuestras armas.» Pintaban insultos en los muros y vallados; los criados se fueron.

Y todo este tiempo Thomas Crich se estaba rompiendo el corazón y dando cientos de libras por caridad. En todas partes había comida gratis, había una sobreabundancia de comida gratis. Cualquiera podía conseguirse un pan simplemente pidiéndolo, y una loncha sólo costaba tres medios peniques. Había todos los días un té gratis en alguna parte; los niños jamás recibieron tantas atenciones en su vida. El viernes por la tarde fueron llevados a las escuelas suizos y bollos junto con grandes jarras de leche; así obtuvieron los escolares lo que deseaban. Se pusieron malos de comer tanto pastel y leche.

Y entonces se terminó, y los hombres volvieron al trabajo. Pero nunca fue como antes. Se había creado una, nueva situación, reinaba una nueva idea. Incluso en la máquina habría igualdad. Ninguna parte debía estar subordinada a ninguna otra parte: todas las partes debían ser iguales. El instinto del caos había entrado. La igualdad mística descansa en la abstracción, no en ' tener o hacer, que son procesos. En función y proceso un hombre, una parte, debe necesariamente estar subordinado a otro. Es una condición del ser. Pero se había alzado el deseo del caos, y la idea de la igualdad me. cánica era el arma desintegradora que ejecutaría la voluntad de los hombres, la voluntad del caos.

Gerald era un muchacho cuando la huelga, pero ansiaba ser un hombre para luchar contra los mineros. Sin embargo, el padre estaba atrapado entre dos medias verdades y desgarrado. Deseaba ser un cristiano puro, uno e igual con todos los demás hombres. Incluso deseaba regalar todo lo que tenía a los pobres. Sin embargo, era un gran promotor de industria y sabía muy bien que debía conservar sus bienes y su autoridad. Esta era una necesidad tan divina como la de regalar todo cuanto poseía..., más divina incluso, puesto que era la necesidad desde la cual actuaba. Con todo, justamente porque no actuaba desde el otro ideal, éste le dominaba, estaba muriendo de aflicción por incumplirlo. Deseaba ser un padre de amorosa afabilidad y sacrificada benevolencia. Los mineros le gritaban sus millones anuales. No se dejarían engañar.

Cuando Gerald aprendió los modos del mundo cambió de posición. No le importaba la igualdad. Toda la actitud cristiana de amor y abnegación era prenda vieja. Sabía que posición y autoridad eran lo correcto en el mundo, y era inútil lamentarse sensiblemente por ello. Eran lo correcto por la simple razón de que eran funcionalmente

necesarias. No eran ni el ser supremo ni el fin supremo. Era como ser parte de una máquina. El también resultaba ser una parte central, controladora, y las masas de hombres eran las partes diversamente controladas. Así acontecía, sencillamente. Es lo mismo excitarse porque un cubo central de rueda arrastra cien radios exteriores que porque el universo gira alrededor del Sol. Después de todo, sería simple necedad decir que la Luna, y la Tiera, y Saturno, y Júpiter, y Venus tienen tanto derecho como el Sol a ser el centro del universo, cada uno de ellos separadamente. Tal afirmación se hace simplemente desde el deseo del caos.

Sin preocuparse de pensar en una conclusión, Gerald saltó a una conclusión. Abandonó todo el problema democrático-igualitario como un problema de necedad. Lo que importaba era la gran máquina social productiva. Que eso funcione perfectamente, que produzca lo bastante de todo, que a todo hombre se le entregue una parte racional, mayor o menor según su grado o magnitud funcional, y entonces, con reservas abundantes, permítase que vuelva el diálogo, que cada hombre se busque sus propias diversiones y apetitos mientras no interfiera con nadie.

Así se puso a trabajar Gerald, deseando poner en orden a la gran industria. En sus viajes, y en las lecturas que le acompañaron, llegó a la conclusión de que el secreto esencial de la vida era la armonía. No se definía a sí mismo claramente para nada lo que era «armonía». La palabra-le gustaba, sentía que había llegado a sus propias conclusiones. Y procedía a poner su filosofía en práctica imponiendo orden al mundo establecido, traduciendo la palabra mística «armonía» por la palabra práctica «organización».

Inmediatamente vio la firma, comprendió lo que podía hacer. Tenía que celebrar una lucha con la Materia, con la tierra y el carbón que encerraba. La única idea era ésta: volverse hacia la materia inanimada del subsuelo y reducirla a su voluntad. Y para esta lucha con la materia era preciso tener instrumentos perfectos en perfecta organización, un mecanismo tan sutil y armonioso en su funcionamiento como la mente singular del hombre, que por su incesante repetición del movimiento dado cumplirá un propósito irresistiblemente, inhumanamente. Era este principio inhumano del mecanismo que deseaba construir el que inspiraba una exaltación casi religiosa en Gerald. El, el hombre, podía interponer un medio perfecto, incambiable y divino entre él y la Materia a subyugar. Había dos opuestos: su voluntad y la Materia resistente de la Tierra. Y entre ellos podía establecer la expresión misma de su voluntad, la encarnación de su poder, una máquina grande y perfecta, un sistema, una actividad de orden puro, de repetición mecánica pura ad infinitum, eterna e infinita. Descubrió su eterno y su infinito en el puro principio mecánico de coordinación perfecta en un solo movimiento puro, complejo, infinitamente repetido como el giro de una rueda; pero un giro productivo, tal como se puede considerar productiva la revolución del universo, una repetición productiva a través de la eternidad, hasta la infinitud. Y éste era el movimiento-Dios, esa repetición productiva ad infinitum. Y Gerald era el dios de la máquina, Deus ex machina. Y toda la voluntad productiva del hombre era lo divino.

La obra de su vida era ahora extender sobre la Tierra un sistema grande y perfecto, donde la voluntad del hombre actuara suave y sin frustraciones, intemporal, como algo divino en proceso. Debía comenzar con las minas. Los términos estaban dados: primero, la Materia resistente del subsuelo; luego, los instrumentos de su sometimiento, instrumentos humanos y metálicos; y por último, su propia voluntad pura,

su propia mente. Se necesitaría un maravilloso ajuste de minadas de instrumentos humanos, animales, metálicos, cinéticos y dinámicos, una maravillosa integración de minadas de totalidades minúsculas en una gran integridad perfecta. Y en ese caso se alcanzaba la perfección, se cumplía la voluntad de lo más alto, la voluntad de la humanidad perfectamente realizada, pues ¿no se distinguía místicamente la humanidad frente a la Materia inanimada, no era la historia de la humanidad sencillamente la historia de la conquista de la una por la otra?

Los mineros estaban sobrepasados. Mientras se encontraban aún en las labores de la igualdad divina del hombre, Gerald había pasado, garantizando esencialmente su caso, para seguir en su cualidad de ser humano a cumplir la voluntad de la humanidad en su conjunto. El sencillamente representaba a los mineros en un sentido superior, cuando percibía que el único modo de cumplir perfectamente la voluntad del hombre era establecer la máquina perfecta, inhumana. Pero les representaba muy esencialmente; ellos estaban muy por detrás, desfasados, riñiendo por su igualdad material. El deseo ya se había transmutado en este deseo nuevo y mayor de un perfecto mecanismo interviniente entre hombre y Materia, el deseo de traducir la divinidad en puro mecanismo.

Tan pronto como Gerald entró en la firma recorrió al viejo sistema una convulsión de muerte. El se había visto torturado toda su vida por un demonio furioso y destructivo, que le poseía a veces como una demencia. Ese ánimo penetró ahora como un virus en la firma y se produjeron erupciones crueles. Sus inspecciones eran terribles e inhumanas en todos los detalles; no había intimidad que respetara, ningún viejo sentimiento al que no diese la vuelta. Los viejos directores grises, los viejos escribientes grises, los temblorosos pensionistas ancianos eran para él trastos viejos que movía a su antojo. Todo el asunto le parecía como un hospital de empleados inválidos. No tenía escrúpulos emocionales. Dispuso las pensiones necesarias, buscó sustitutos eficaces, y cuando los encontró sustituyó las viejas manos.

-Tengo aquí una carta lastimera de Letherington -decía a veces su padre con un tono de crítica y apelación-. ¿No crees que el pobre podría mantenerse un poco más? Siempre supuse que lo hacía muy bien.

-Tengo alguien en su lugar ahora, padre. Créeme que estará más contento y será más feliz jubilado, créeme. Piensas que su pensión es generosa, ¿verdad?

-El pobre no desea la pensión. Lo que lamenta mucho es verse jubilado. Dice que pensaba poder trabajar veinte años más todavía.

-No el tipo de trabajo que yo deseo. No comprende.

El padre suspiraba. No deseaba saber más. Pensaba que era necesario hacer un cuidadoso examen de los pozos si iban a seguir funcionando. Después de todo, sería peor a la larga para todos que debieran cerrar. Por lo cual no podía responder a las súplicas de sus criados antiguos y de confianza, sólo podía repetir: «Gerald dice.»

Así se alejaba más y más de la luz el padre. Todo el marco de la vida real estaba roto para él. Había sido correcto de acuerdo con su entendimiento. Y su entendimiento había sido el de la gran religión. Sin embargo, parecía haberse hecho anacrónico, quedar desfasado por el mundo. No lograba comprenderlo. Sólo se retiraba con sus luces a un cuarto interior, al silencio. Las hermosas velas de la fe, incapaces ya de iluminar el mundo, seguirían ardiendo dulces y suficientes en el cuarto interior de su alma, en el silencio de su retiro.

Gerald se apresuró a la reforma de la firma, empezando por el despacho. Era

necesario ahorrar severamente para hacer posibles las grandes alteraciones que debía introducir.

-¿Qué son estas cargas de carbón para viudas? -preguntó.

-Siempre hemos concedido una carga de carbón cada tres meses a las viudas de trabajadores de la firma.

-En lo sucesivo deberán pagar el precio de costo. La firma no es una institución de caridad, como parecen pensar todos.

Las viudas, esas figuras de almacén del humanitarismo sentimental, le producían un sentimiento de desagrado. Eran casi repulsivas. ¿Por qué no se las inmolaba en la pira del esposo, como hacían en la India los sati? En cualquier caso, que pagasen el costo de su carbón.

Redujo los gastos de mil maneras, algunas tan sutiles que los hombres apenas las percibieron. Los mineros debían pagar los portes de su carbón, gravosos portes; debían pagar sus herramientas, el afilado de ellas, el cuidado de las lámparas y las muchas cosas aparentemente triviales que elevaban la cuenta de todos los obreros hasta un chelín o así semanal. Los mineros no lo percibieron con mucha nitidez, aunque les irritase. Pero ahorraba cientos de libras cada semana a la firma.

Gerald se apoderó gradualmente de todo. Y entonces empezó la gran reforma. Se introdujeron ingenieros expertos en todos los departamentos. Se instaló una enorme planta eléctrica, tanto para- luz y fuerza como para el arrastre subterráneo. Todas las minas fueron electrificadas. Trajeron nueva maquinaria de América jamás vista antes por los mineros -.el gran hombre de hierro», como llamaban a las máquinas cortadoras- e instrumentos infrecuentes. Se modificó profundamente el trabajo en los pozos, todo el control fue retirado de manos de los mineros. Todo funcionaba siguiendo el método científico más preciso y delicado, por todas partes controlaban hombres educados y expertos, los mineros se vieron reducidos a meros instrumentos mecánicos. Tenían que trabajar duro, mucho más duro que antes, la faena era terrible y desoladora en su mecanicidad.

Pero se sometieron a todo ello. La alegría desapareció de sus vidas, pareció morir la esperanza a medida que se fueron mecanizando más y más. Y, sin embargo, aceptaron las nuevas condiciones. Incluso obtuvieron una satisfacción adicional de ellas. Al principio odiaban a Gerald Crich, juraban hacerle algo, asesinarle. Pero a medida que pasó el tiempo aceptaron todo con una especie de satisfacción fatalista. Gerald era su sumo sacerdote, representaba la religión que ellos sentían realmente. Su padre ya estaba olvidado. Había un mundo nuevo, un orden nuevo estricto, terrible, inhumano, pero satisfactorio en su destructividad misma. Los hombres estaban satisfechos perteneciendo a la máquina grande y maravillosa, incluso mientras les destruía. Era lo que deseaban. Era lo más alto que el hombre había producido, lo más maravilloso y sobrehumano. Les exaltaba pertenecer a este sistema grande y sobrehumano que estaba más allá del sentimiento o la razón, que era algo realmente afín a la divinidad. Sus corazones se les murieron, pero sus almas estaban satisfechas. Era lo que deseaban. En otro caso, Gerald jamás podría haber hecho lo que hizo. Estaba simplemente algo adelantado a ellos, dándoles lo que deseaban, esa participación en un sistema grande y perfecto que sometía la vida a principios puramente matemáticos. Esto era una especie de libertad, la que realmente deseaban. Fue el primer paso a la hora de deshacer, la primera gran fase de caos, la sustitución del principio orgánico por el mecánico, la destrucción del propósito

orgánico, la unidad orgánica y la subordinación de toda unidad orgánica al gran propósito mecánico. Fue pura desintegración orgánica y pura organización mecánica. Este es el primer y mejor estado de caos.

Gerald estaba satisfecho. Sabía que los mineros decían odiarle. Pero él había dejado de odiarles hacía mucho. Cuando se cruzaban con él por la tarde, arrastrando cansadamente sus pesadas botas sobre el pavimento, con los hombros levemente distorsionados, no parecían apercibirse de él ni le saludaban de ningún modo; cruzaban en una corriente gris-negra de aceptación no emocional. No eran importantes para él salvo como instrumentos, ni él para ellos salvo como supremo instrumento de control. Tenían su ser como mineros y él tenía su ser como director. El admiraba sus cualidades. Pero como hombres, como personalidades, eran simplemente accidentes, pequeños fenómenos esporádicos sin importancia. Y los hombres estaban de acuerdo con eso tácitamente. Porque Gerald estaba de acuerdo con ello incluso para sí mismo.

Había triunfado. Había convertido la industria en una pureza nueva y terrible. Había una producción de carbón mayor que nunca, el maravilloso y delicado sistema funcionaba casi perfectamente. Tenía un grupo de ingenieros de minas y electrónicos realmente competente y no le costaban tanto. Un hombre de alta educación costaba muy poco más que un obrero. Sus directores, que eran todos hombres excepcionales, no resultaban más caros que los viejos estúpidos y chapuceros de los tiempos de su padre, que eran simplemente mineros ascendidos. Su director principal, que cobraba 1.200 libras anuales, ahorraba a la firma por lo menos 500. Todo el sistema era ahora tan perfecto que Gerald resultaba apenas necesario.

Era tan perfecto que a veces le acometía un miedo extraño y no sabía qué hacer. Se mantuvo durante algunos años en una especie de trance de actividad. Lo que estaba haciendo parecía supremo, él era casi una divinidad. Era una actividad pura y exaltada.
Pero ahora había tenido éxito, había triunfado finalmente. Y una o dos veces últimamente, cuando estaba solo por la tarde, sin nada que hacer, se aterrorizó de repente sin saber por qué. Y fue al espejo y miró larga y detenidamente su propio rostro, sus propios ojos, buscando algo. Estaba asustado, tenía un miedo mortal, pero no sabía de qué. Miró su propio rostro. Allí estaba, bien formado y . saludable y como siempre, pero de alguna manera no era real, era una máscara. No se atrevía a tocarlo, por miedo a que resultase ser simplemente una mascarilla. Sus ojos eran tan azules y agudos como siempre y no menos firmes en sus órbitas. Sin embargo, él no estaba seguro de que no fuesen falsas burbujas azules que estallarían en algún momento, dejando tras de sí una aniquilación transparente. Podía ver en ellos la oscuridad como si fuesen sólo burbujas de tinieblas. Tenía miedo de romperse un día, de convertirse en un puro murmullo sin sentido envolviendo una oscuridad.

Pero su voluntad se mantenía aún bien, era capaz de alejarse y leer, de pensar en cosas. Le gustaba leer libros sobre el hombre primitivo, libros de antropología y también obras de filosofía especulativa. Su mente era muy activa. Pero era como una burbuja flotando en la oscuridad. Podía estallar en cualquier momento, dejándole en el caos. No moriría. El sabía eso. Seguiría viviendo, pero el significado habría desaparecido de él, su razón divina se marcharía. Estaba asustado de un modo extrañamente diferente, estéril. Pero no podía reaccionar siquiera ante el miedo. Era como si sus centros de sentimiento estuviesen secándose. Permanecía tranquilo, calculador y saludable, deliberado con bastante libertad incluso mientras sentía -ion un horror débil, pequeño pero finalmente

estéril- que su razón mística estaba desintegrándose, cediendo su lugar ahora a esa crisis.

Y era una tensión. El sabía que no había equilibrio. Tendría que ir en alguna dirección, rápidamente, para encontrar alivio. Sólo Birkin alejaba claramente el miedo de él, le ahorraba su rápida suficiencia en la vida gracias a esa impar movilidad y modificabilidad que parecía contener la quintaesencia de la fe. Pero Gerald debía siempre regresar de Birkin como de un servicio religioso, regresar al mundo exterior real del trabajo y la vida. Allí estaba, no se alteraba, y las palabras eran banales. Tenía que mantenerse en su cálculo con el mundo del trabajo y la vida material. Y se le hacía más y más difícil, había sobre él una presión extraña, como si en su mismo centro existiese un vacío, y fuera, una tensión horrible.

Había encontrado su alivio más satisfactorio en las mujeres. Tras consentirse un exceso con alguna mujer desesperada se mantenía bastante bien y olvidadizo. Lo malo del asunto era que le resultase tan difícil mantener su interés por las mujeres en los últimos tiempos.

Ya no se preocupaba por ellas. Una Pussum estaba bien a su manera, pero era un caso excepcional, e incluso ella importaba muy poco. No, en ese sentido las mujeres le resultaban inútiles ya. Sentía que su mente necesitaba estimulación aguda antes de poderse él excitar físicamente.

18. CONEJO

Gudrun sabía que era crítico para ella ir a Shortlands. Sabía que equivalía a aceptar a Gerald Crich como amante. Y aunque se retraía, por desagradarle esa situación, sabía que acabaría aceptando. Se engañaba a sí misma. Se decía atormentada, recordando la bofetada y el beso: «Después de todo, ¿qué es? ¿Qué es un beso? ¿Qué es incluso una bofetada? Es un instante, que se desvanece al instante. Puedo ir a Shortlands simplemente durante un tiempo antes de irme, aunque sólo sea para ver cómo es.» Tenía una insaciable curiosidad por ver y conocer todo.

También deseaba saber cómo era realmente Winifred. Tras oír a la criatura llamando desde el vapor aquella noche, sentía alguna conexión misteriosa con ella.
Gudrun hablaba con el padre en la biblioteca. Luego él mandó llamar a su hija. Vino acompañada por la mademoiselle.

-Winnie, ésta es la señorita Brangwen, que tendrá la amabilidad de ayudarte a dibujar y modelar tus animales -dijo el padre.

La niña miró a Gudrun durante un momento con interés, antes de adelantarse, y ofreció la mano con el rostro vuelto. Había una completa sang froid e indiferencia bajo la reserva infantil de Winifred, cierta dureza irresponsable.

-¿Cómo está usted? -dijo sin levantar el rostro.

-¿Cómo estás tú? -dijo Gudrun.

Entonces Winifred se apartó un poco y Gudrun fue presentada a mademoiselle.

-Tienen un buen día para su paseo -dijo mademoiselle animadamente.

-Bastante bueno -dijo Gudrun.

Winifred observaba desde su distancia. Estaba como divertida pero aún insegura respecto de esta nueva persona. Veía muchas personas nuevas, pero muy pocas llegaban a ser reales para ella. Mademoiselle era descartada en cualquier caso; la criatura sencillamente trataba con ella de un modo sereno y fácil, aceptando su pequeña autoridad con débil burla, condescendiendo por arrogancia e indiferencia infantil.

-Bien, Winifred -dijo el padre-. ¿No te alegras de que haya venido la señorita Brangwen? Ella hace animales y pájaros en madera y arcilla, y las gentes de Londres escriben sobre ellos en los periódicos alabándolos muchísimo.

Winifred sonrió levemente.

-¿Quién te lo contó, papá? -preguntó.

-¿Quién me lo contó? Hermione me lo contó, y Rupert Birkin.

-¿Los conoces? -preguntó Winifred a Gudrun, volviéndose hacia ella con leve desafío.

-Sí -repuso Gudrun.

Winifred se recompuso un poco. Había estado dispuesta a aceptar a Gudrun como una especie de sirvienta. Ahora veía que su relación habría de estar en términos de amistad. Eso le alegraba. Tenía demasiados inferiores a medias que toleraba con perfecto buen humor.

Gudrun estaba muy tranquila. Tampoco ella se tomaba esas cosas muy en serio. Una ocasión nueva era especialmente espectacular para ella. Sin embargo, Winifred era una niña desapegada, irónica, que nunca se vincularía. A Gudrun le gustó e intrigó. Los primeros encuentros transcurrieron dentro de cierta patosería humillante. Ni Winifred ni su institutriz poseían gracia social alguna.

Sin embargo, pronto se encontraron en una especie de mundo artificial. Winifred no percibía los seres humanos si no eran como ella misma, juguetones y levemente irónicos. No aceptaba sino el mundo divertido, y las personas serias de su vida eran los animales, que tenía como mascotas. Sobre ellos descargaba, casi burlonamente, su afecto y su compañerismo de modo liberal. Se sometía al resto del esquema humano con una débil indiferencia aburrida.

Tenía un pequinés llamado «Lulú», al que adoraba.

-Llevémonos a «Lulú» -dijo Gudrun- para ver si podemos hacernos con su «luluidad», ¿te parece?

-¡Querido! -exclamó Winifred corriendo hacia el perro, que se sentaba con tristeza contemplativa frente a la chimenea, y besando su prominente ceño-. Querido, ¿te dejarás dibujar? ¿Dibujará mamá su retrato?

Luego lanzó una risita alegre y volviéndose hacia Gudrun dijo:

-¡Hagámoslo!

Cogieron papel y lápices y se prepararon.

-Preciosidad -exclamó Winifred abrazando al perro-, siéntate mientras tu mamá te pinta un hermoso retrato.

El perro miró hacia ella con apesadumbrada resignación en sus ojos grandes, prominentes. Ella le besó con pasión y dijo:

-Me pregunto cómo será el mío. Seguro que horroroso.

Mientras dibujaba reía para sí, exclamando de vez en cuando:

-¡Oh, querido, eres tan hermoso!

Y riendo otra vez corría a abrazar al perro en penitencia, como si le estuviese

causando algún daño sutil. El se sentaba todo el tiempo con la resignación y el mal humor de milenios sobre su rostro oscuro y aterciopelado. La niña dibujaba lentamente, con una concentración maligna en los ojos, inclinada hacia un lado la cabeza y dominada por una intensa fijeza. Era como si estuviese haciendo el hechizo de alguna brujería. De repente terminó. Miró al perro, luego al dibujo y por último exclamó con verdadero pesar por el perro, traviesamente exultante al mismo tiempo:

-Precioso mío, ¿qué te hicieron?

Llevó su papel al perro y lo mantuvo bajo su hocico. El animal volvió la cabeza hacia un lado, como afligido y mortificado, y ella besó impulsivamente su frente, aterciopeladamente prominente.

-¡Es un «Luli», un pequeño «Luli»! Mira su retrato, querida, mira el retrato que le ha hecho su madre.

Miró el papel y lanzó una risita. Luego, besando una vez más al perro, se levantó y fue hacia Gudrun con gesto grave, ofreciéndole la hoja.

Era un pequeño diagrama grotesco de un animalito grotesco, muy travieso y muy cómico. Una sonrisa lenta invadió el rostro de Gudrun inconscientemente. Junto a ella, Winifred sonreía con júbilo, diciendo:

-¿Verdad que no se le parece? El es mucho más encantador. Es tan hermoso... Mmm, «Lulú», mi dulce cariño.

Y se abalanzó para abrazar al perrito irritado. El animal la miró con ojos de reproche, taciturnos, derrotado en la extremada vejez del ser. Entonces la niña voló de vuelta hacia su dibujo y rió con satisfacción.

-No se le parece, ¿verdad? -dijo a Gudrun.

-Sí, se le parece mucho -repuso Gudrun.

La criatura trataba su dibujo como un tesoro, lo llevaba con ella a todas partes y lo mostraba a todos con una vergüenza silenciosa.

-Mira -dijo poniendo el papel en la mano de su padre.

-¡Vaya, es «Lulú»! -exclamó él. Y miró con sorpresa, escuchando la risa casi inhumana de la criatura junto a él.

Gerald no estaba en la casa cuando Gudrun fue por primera vez a Shortlands. Pero la primera mañana de su retorno estaba esperándola. Era una mañana soleada y suave y él se demoraba en los senderos del jardín, mirando las flores que habían brotado durante su ausencia. Estaba limpio y cuidado, como siempre, afeitado, peinado su pelo rubio escrupulosamente con raya al lado, brillante al sol, con el mostacho rubio y ralo cuidadosamente recortado y ese destello humorístico y afable de sus ojos que resultaba tan engañoso. Iba vestido de negro, la ropa le caía bien sobre el cuerpo bien alimentado. Sin embargo, mientras se demoraba ante los macizos de flores bajo el sol matutino, había cierto aislamiento y miedo a su alrededor, una especie de carencia.

Gudrun llegó rápidamente, sin ser vista. Iba vestida
de azul, con medias de lana amarilla, como los exploradores. El miró con sorpresa. Sus medias siempre le desconcertaban, las medias amarillo pálido y los zapatos negros pesados, pesados. Winifred, que había estado jugando por el jardín con mademoiselle y los perros, vino volando hacia Gudrun. La criatura llevaba un traje de rayas blancas y negras. Su pelo era más bien corto, cortado en redondo y colgando uniformemente en su cuello.

-Vamos a dibujar a «Bismarck», ¿verdad? -dijo, metiendo la mano por el brazo de

Gudrun.

-Sí, vamos a dibujar a «Bismarck». ¿Quieres?

-¡Oh, sí..., desde luego! Deseo terriblemente dibujar a «Bismarck». Tiene un aspecto tan espléndido esta mañana, tan fiero. Es casi tan grande como un león -y la criatura rió irónicamente ante su propia hipérbole-. Es un verdadero rey realmente.

-Bon jour, mademoiselle -dijo la pequeña gobernanta francesa saludando con una leve inclinación, una inclinación insolente, del tipo que repugnaba a Gudrun.

-Winifred, veut tant faire le portrait de «Bismarck»...! Oh, mais toute la mátinee... «Bismarck», «Bismarck», toujours «Bismarck»! C'est un lapin, n'estce pas, mademoiselle?

-Oui, c'est un grand lapin blanc et noir. Vous ne l'avez pas vu? -dijo Gudrun en un francés bueno pero algo espeso.

-Non, mademoiselle, Winifred n'a jamais voulu me le faire voir. Tant de fois je le lui al demande Qu'est ce donc que ce «Bismarck», Winifred? Mais elle n'a pas voulu me le dire. Son «Bismarck», c'était un mystére.

-Oui, c'est un mystére, vraiment un mystére! La señorita Brangwen dice que «Bismarck» es un misterio -exclamó Winifred.

-«Bismarck» es un misterio, «Bismarck» c'est un mystére, der «Bismarck» er ist ein wunder! -dijo Gudrun con un encantamiento bromista.

-Ja, er ist ein wunder -repitió Winifred con rara ansiedad, bajo la cual se adivinaba una risa traviesa.

-Ist et auch ein wunder? -sonó la burla levemente insolente de mademoiselle.

-¡Doch! -dijo Winifred brevemente, indiferente.

-Doch ist er nicht ein König. Bismarck no era un rey, Winifred, como decías. Era sólo... il n'etait que
Chancelier.

-¿Qu'est ce qu'un Chancelier? -dijo Winifred con una indiferencia levemente despreciativa.

-Un Chancelier es un Canciller, y un Canciller es, según creo, una especie de juez -dijo Gerald acercándose y estrechando la mano de Gudrun-. Pronto le haréis una canción a Bismarck -dijo.

Mademoiselle esperaba, e hizo discretamente su inclinación y su saludo.

-¿Así que no le dejan ver a «Bismarck», mademoiselle? -dijo él.

-Non, monsieur.

-Ay, qué malvadas. ¿Qué va usted a hacerle, señorita Brangwen? Quiero que lo lleven a la cocina y lo guisen.

-Oh, no -exclamó Winifred.

-Vamos a dibujarle -dijo Gudrun.

-Pues lo dibujáis, lo partís en trozos y lo guisáis -dijo él con voluntaria fatuidad.

-Oh, no -exclamó Winifred con énfasis, soltando una risita.

Gudrun detectó el matiz burlón de él, le miró a la cara y sonrió. El sintió acariciados sus nervios. Sus ojos se encontraron, avisados.

-¿Te gusta Shortlands? -preguntó.

-Oh, mucho -dijo ella con despreocupación.

-Me alegro. ¿Has visto esas flores?

La condujo por el sendero. Ella le seguía con decisión. Winifred vino y la

gobernanta se mantuvo distante. Se detuvieron ante algunas flores venadas de salpiglosis.

-¿Verdad que son maravillosas? -exclamó ella mirándolas absorta.

Era extraño cómo su admiración reverencial y extática de las flores acariciaba los nervios de él. Ella se inclinó y tocó los cálices con yemas infinitamente finas y delicadas al tacto. Verla le llenó de bienestar. Cuando volvió a incorporarse sus ojos miraron a los suyos, calientes con la hermosura de las flores.

-¿Qué son? -preguntó ella.

-Supongo que una especie de petunia -repuso él-. No las conozco realmente.

-Me son bastante nuevas -dijo ella.

Quedaron de pie, juntos, en una falsa intimidad, un contacto nervioso. Y él estaba enamorado de ella.

Ella era consciente de la proximidad de mademoiselle como si fuera un pequeño escarabajo francés, observador y calculador. Se alejó con Winifred, diciendo que irían a buscar a «Bismarck».

Gerald las vio marcharse mirando todo el tiempo el cuerpo suave, lleno y quieto de Gudrun en su sedosa cachemira. Qué sedoso, rico y suave debía ser su cuerpo. Una oleada de aprecio invadió su mente; ella era la más deseable, la más hermosa. Sólo quería llegar a ella y nada más. El era sólo eso, un ser que debía llegar a ella y serle entregado.

Al mismo tiempo captaba con finura y agudeza las formas nítidas y frágiles de mademoiselle. Parecía algún escarabajo elegante con tobillos finos, subida sobre sus tacones altos, perfectamente correcta en su traje negro brillante, recogido el pelo oscuro de modo admirable. ¡Qué repulsivos eran su integridad y su dogmatismo! Le daba náuseas.

Sin embargo, admiraba a esa mujer. Era perfectamente correcta. Y casi le molestaba que Gudrun viniese vestida de colores chillones, como un guacamayo, cuando la familia estaba de luto. ¡Menudo guacamayo era! Contempló el modo lento en que ella levantaba los pies del suelo. Y sus tobillos eran amarillo pálido, y su vestido, azul profundo. Sin embargo, a él le gustaba. Le gustaba mucho. Sentía el reto hasta en su atuendo mismo..., ella desafiaba al mundo entero. Y él sonrió como ante la nota de una trompeta.

Gudrun y Winifred atravesaron la casa para llegar a la parte de atrás, donde se encontraban los establos y las construcciones adyacentes. Todo estaba quieto y desierto. El señor Crich había salido en coche a dar una vuelta corta, el hombre de los establos acababa de llevarse el caballo de Gerald. Las dos muchachas fueron a la conejera que había en un rincón y miraron al gran conejo negro y blanco.

-¡Verdad que es guapo! ¡Oh, mírale escuchando! ¿Verdad que tiene aspecto de tonto? -rió ella rápidamente, añadiendo luego-: Oh, dibujémosle escuchando, hagámoslo, escucha con tanto interés..., ¿verdad, querido «Bismarck»?

-Es muy fuerte. Es realmente muy fuerte.

La niña miró a Gudrun con la cabeza inclinada a un lado, con una extraña desconfianza calculadora. -Pero lo intentaremos, ¿no?

-Sí, si quieres. ¡Pero pega unas patadas de miedo!

Cogieron la llave para abrir la puerta. El conejo estalló en una salvaje carrera por la conejera.

-A veces pega unos arañazos terribles -exclamó Winifred excitada-. Oh, mírale, ¿no es maravilloso? -el conejo se subía por las paredes de la conejera en su agitación-.

¡«Bismarck»! -exclamó la niña, cada vez más excitada-. ¡Qué horrible eres! Eres bestial.

Winifred miró hacia Gudrun con cierto recelo en su salvaje excitación. Gudrun sonreía irónicamente con la boca. Winifred hizo un extraño ruido musical de indescriptible excitación.

-Ahora está quieto -exclamó, viendo que el conejo se agazapaba en el rincón más lejano de la jaula-. ¿Le cogemos ahora? -susurró excitada, misteriosamente, mirando a Gudrun y aproximándose mucho-. ¿Le cogemos ahora? -rió maliciosamente para sí.

Abrieron la puerta de la conejera. Gudrun metió el brazo y cogió al conejo grande y lustroso por las largas orejas, mientras permanecía aún agazapado. Aplastó entonces sus cuatro patas y empujó hacia atrás. Hubo un largo sonido como de rascar mientras Gudrun tiraba, y un instante después lo tenía en el aire, debatiéndose salvajemente, con el cuerpo volando como un muelle enroscado y liberado mientras daba latigazos suspendido por las orejas. Gudrun sujetó la tempestad blanca y negra lo más lejos de sí que pudo, volviendo el rostro. Pero el conejo tenía una fuerza mágica, todo cuanto ella podía hacer era mantenerlo asido. Casi perdió su sangre fría.

-«Bismarck», «Bismarck», te estás comportando terriblemente -dijo Winifred con una voz más bien asustada-. Oh, suéltale, es bestial.

Gudrun quedó un momento atónita por la tormenta que había brotado al ser en su mano. Entonces se arrebató y cayó sobre ella como una nube de rabia densa. Quedó de pie, conmovida como una casa en una tempestad y totalmente sobrepasada. Su corazón estaba detenido con furia ante la estupidez bestial de esta lucha; sus muñecas estaban heridas feamente por las garras de la bestia, una densa crueldad brotó en ella.

Gerald apareció cuando estaba intentando sujetar al volandero conejo bajo el brazo. El vio con sutil reconocimiento su adusta pasión de crueldad.

-Deberías dejar que alguno de los hombres hiciese eso por ti -dijo él, apresurándose.

-¡Oh, es tan horrible! -exclamó Winifred, casi frenética.

El tendió su mano nerviosa y fuerte, cogiendo al conejo por las orejas y alejándolo de Gudrun.

-Tiene una fuerza temible -exclamó ella con una voz aguda parecida al grito de una gaviota, extraña y vengativa.

El conejo se hizo una pelota en el aire para luego abrirse con un latigazo hasta adoptar la forma de un arco. Parecía realmente demoníaco. Gudrun vio que el cuerpo de Gerald se apretaba, que una aguda ceguera llegaba a sus ojos.

-Conozco a estos rufianes de antiguo -dijo él.

La bestia larga y demoníaca lanzó un nuevo latigazo, desparramándose sobre el aire como si volase, algo semejante a un dragón, y luego cerrándose de nuevo, inconcebiblemente poderosa y explosiva. El cuerpo del hombre, crispado con el esfuerzo, vibraba fuertemente. Entonces se apoderó de Gerald una ira súbita, aguda. Con la rapidez del rayo sacó y disparó su mano libre hacia abajo como un águila, golpeando al conejo en el cuello. Al mismo tiempo llegó el grito horrendo y como no terrenal de un conejo ante el temor de la muerte. El animal se estremeció inmensamente, le desgarró las muñecas y las mangas con una convulsión final, todo su vientre lanzó un destello blanco en un remolino de patas, pero un instante después él lo tenía atrapado bajo el brazo. El animal temblaba, al acecho. El rostro de Gerald brillaba con una sonrisa.

-Quién pensaría que había toda esa fuerza en un conejo -dijo mirando a Gudrun.

Y vio los ojos de ella, negros como la noche, en su rostro pálido, casi no terrenal. El grito del conejo tras el violento forcejeo parecía haber rasgado el velo de la conciencia de Gudrun. El la miró y se intensificó el destello blanquecino, eléctrico, de su rostro.

-No le quiero realmente -cantaba Winifred-. No le cuido como hago con «Lucy». Es realmente odioso.

Una sonrisa torció el rostro de Gudrun mientras se recobraba. Sabía que se había revelado.

-¿Verdad que hacen un ruido espantoso cuando gritan? -exclamó ella, con esa nota alta en la voz semejante al grito de una gaviota.

-Abominable -dijo él.

-No debiera ser tan tonto cuando tienen que sacarlo -estaba diciendo Winifred, mientras con la mano se acercaba cautelosamente al conejo retenido bajo el brazo de Gerald, inmóvil, como si estuviese muerto.

-No está muerto, ¿verdad, Gerald? -preguntó.

-No, debería estarlo -dijo él.

-¡Sí que debería estarlo -exclamó la niña, ruborizándose de repente con la diversión. Y tocó al conejo con más confianza-. El corazón le está latiendo tan rápido. ¿Verdad que es gracioso? De verdad que sí.

-¿Dónde le queréis? -preguntó Gerald.

-En el pequeño patio verde -dijo ella.

Gudrun miró a Gerald con ojos extraños, oscurecidos, tensos de conocimiento subterráneo, casi suplicantes, como los de una criatura que está a su merced pero que es en última instancia el vencedor. El no sabía qué decirle. Sentía el infernal reconocimiento mutuo. Y sentía que debía decir algo para cubrirlo. Tenía el poder del relámpago en sus nervios, ella parecía un recipiente suave de su fuego blanco mágico,- espantoso. El estaba inseguro, sentía desfallecimientos de miedo.

-¿Te hizo daño? -preguntó.

-No -dijo ella.

-Es un animal insensible -dijo él, desviando el rostro.

Llegaron al pequeño patio circundado por viejos muros rojos, en cuyos huecos crecían enredaderas. La hierba era suave, fina y vieja, un suelo uniforme que alfombraba el patio; el cielo estaba azul sobre las cabezas. Gerald lanzó el conejo al suelo. Se quedó acurrucado e inmóvil. Gudrun lo contempló con débil horror.

-¿Por qué no se mueve? -exclamó.

-Está al acecho -dijo él.

Ella le miró, y una leve sonrisa siniestra contrajo su rostro blanco.

-¡Vaya tonto! -exclamó-. ¿Verdad que es tonto de remate?

La vengativa burla de su voz hacía estremecerse el cerebro de él. Mirándole a los ojos ella reveló de nuevo el reconocimiento burlón, blanco-cruel. Había una liga entre ellos, abominable para ambos. Estaban implicados en misterios abominables.

-¿Cuántos rasguños tienes? -preguntó él, mostrando un antebrazo blanco, fuerte y desgarado por arañazos rojos.

-¡Verdaderamente qué vil! -exclamó ella, arrebatándose con una visión siniestra-. Lo mío no es nada.

Levantó el brazo y mostró un rasguño profundamente rojo que surcaba la sedosa carne blanca.

-¡Qué diablo! -exclamó él.

Pero era como si él la hubiese conocido en el largo rasguño rojo de. su antebrazo, tan sedoso y suave. No deseaba tocarla. Habría tenido que formarse el propósito deliberado de tocarla. El arañazo largo, rojo y superficial parecía haberle desgarrado su propio cerebro, haber desgarrado la superficie de su conciencia última, dejando pasar lo siempre inconsciente, el impensable éter rojo del más allá, el obsceno más allá.

-¿No duele mucho, verdad? -preguntó solícito.

-Nada en absoluto -exclamó ella.

Y, de repente, el conejo, que había estado agazapado como si fuese una flor, tan quieto y suave, brotó a la vida. Comenzó a dar vueltas y vueltas al patio como si hubiese sido disparado desde un cañón, vueltas y vueltas como un peludo meteorito en un tenso círculo duro que parecía atar sus cerebros. Todos quedaron atónitos, sonriendo misteriosamente, como si el conejo estuviese obedeciendo algún encantamiento desconocido. Daba vueltas y vueltas volando sobre la hierba, como una tormenta bajo los viejos muros rojos.

Y entonces, de repente, se detuvo, dio unos pasos torpes por la hierba- y se sentó a reflexionar, arrugando la nariz como un trozo de pelusa en el viento. Tras considerar durante unos pocos minutos un macizo suave con un ojo negro abierto, que quizás estaba mirándoles y quizá no, dio unos tranquilos pasos hacia adelante y comenzó a mordisquear la hierba con ese movimiento malvado de un conejo cuando come rápidamente.

-Está loco -dijo Gudrun-. Está loco con toda se- guridad.

El rió.

-La cuestión es -dijo- saber qué quiere uno de. cir con locura. No creo que esté loco como conejo.

-¿No crees? -preguntó ella.

-No. Eso es lo que es ser un conejo.

Hubo una sonrisa rara, débil, obscena, sobre su rostro. Ella le miró, le vio y supo que estaba iniciado como ella. Esto la frustró y la contravino, por el momento.

-Gracias a Dios no somos conejos -dijo ella con, una voz alta y áspera.

La sonrisa se intensificó un poco en el rostro de él.

-¿No somos conejos? -dijo él, mirándola fijamente.

El rostro de Gudrun se relajó lentamente hasta con. vertirse en una sonrisa de reconocimiento obsceno.

-Ah, Gerald -dijo de un modo fuerte, lento, casi viril.

-... Todo eso y más.

Sus ojos le miraban con escandalosa despreocupación.

El sintió de nuevo como si ella le hubiese abofeteado..., o más bien como si le hubiese desgarrado el pecho lenta, definitivamente. Se volvió hacia un lado.

-¡Come, come, querido!

Winifred estaba conjurando suavemente al conejo, arrastrándose hacia adelante para tocarlo. El animal se alejó de ella con pasos torpes.

-Deja entonces que tu madre te acaricie el pelo, querido, porque es tan misterioso...

19. BAJO LA LUNA

Tras su enfermedad, Birkin se marchó al sur de Francia durante algún tiempo. No escribió, nadie supo nada de él. Abandonada a la soledad, Ursula sentía que todo iba espaciándose. No parecía haber esperanza en el mundo. Uno era una minúscula piedrecita arrastrada por la creciente marca de nulidad. Ella misma era real y sólo ella misma..., justamente como una roca en un aluvión. El resto era nada en su totalidad. Ella estaba dura e indiferente, aislada en sí misma.

No había ahora sino indiferencia despreciativa, resistente. Todo el mundo se estaba hundiendo en una insípida nada gris, ella carecía de contacto y conexión alguna. Despreciaba y detestaba todo el espectáculo. Desde el fondo de su corazón, desde el fondo de su alma despreciaba y detestaba a la gente, a la gente adulta. Sólo amaba a los niños y a los animales; a los niños los amaba apasionada pero fríamente. Hacían que desease achucharles, protegerles, darles vida. Pero este mismo amor, basado sobre la piedad y la desesperación, era únicamente una servidumbre y un dolor para ella. Amaba ante todo a los animales, que eran singulares y asociales, como ella misma. Amaba a los caballos y vacas del campo. Cada uno estaba solo y para sí mismo, era mágico. No se refería a ningún detestable principio social. Era incapaz de sentimentalismo y tragedia, cosas que ella detestaba profundamente.

Podía comportarse de modo muy afable y halagador, casi servil, con las personas a quienes encontraba. Pero no se abría a nadie. Todos notaban instintivamente su burla despreciativa del ser humano en sí mismo. Ella tenía un profundo rencor al ser humano. Aquello que mentaba la palabra «humano» era despreciable y repugnante para ella.

Su corazón estaba casi por completo encerrado en esta tensión oculta, casi inconsciente del ridículo despreciativo. Pensaba que amaba, pensaba que estaba llena de amor. Esta era la idea que se hacía de sí misma. Pero el extraño brillo de su presencia, un maravilloso esplendor de vitalidad intrínseca, era una luminosidad de repudio supremo, sólo repudio.

Con todo, en algunos momentos cedía y se suavizaba, deseaba amor puro, sólo amor puro. Lo otro, ese estado de repudio constante, infalible, era una tensión, un sufrimiento también. Se apoderó de ella nuevamente un terrible deseo de puro amor.

Salió una tarde, embotada por este sufrimiento esencial constante. Los que están abocados a la destrucción han de morir va. Saber esto alcanzaba una finalidad, un término en ella. Y la finalidad era liberadora. Si el destino se llevase a la muerte o al hundimiento a todos los que tenían las horas contadas, ¿por qué necesitaba ella preocuparse ni repudiar más? Estaba libre de todo ello, podía buscar en cualquier parte una nueva unión.

Ursula se puso en camino hacia Willey Green, hacia el molino. Llegó a Willey Water. El lago estaba casi lleno de nuevo, tras su vaciamiento. Luego se desvió cruzando los bosques. Había caído la noche, estaba oscuro. Pero se olvidó de sentir miedo, ella que tenía fuentes tan grandes de temor. Entre los árboles, lejos de cualquier ser humano, había una especie de paz mágica. Cuanto más podía uno encontrar una soledad pura, sin mácula de gente, mejor se sentía. Ella estaba en realidad aterrorizada, horrorizada en su aprehensión de la gente.

Dio un respingo al notar algo sobre su mano derecha, entre los troncos de los árboles. Era como una gran presencia que la contemplase esquivamente. Ursula se estremeció violentamente. Era sólo la luna alzándose a través de los delgados árboles. Pero parecía muy misteriosa con su sonrisa blanca y mortífera. Y no había medio de evitarla. Ni de noche ni de día era posible escapar de un rostro siniestro, triunfante y radiante como el de esta luna con una sonrisa alta. Ursula se apresuró, acobardada ante el planeta blanco. Se limitaría a ver el estanque del molino antes de volver a casa.

Como no deseaba cruzar el patio debido a los perros, dio la vuelta siguiendo la ladera de la colina para descender sobre el estanque desde arriba. La luna trascendía en el espacio desnudo y abierto, ella padecía viéndose expuesta a ella. Había un tenue resplandor de conejos nocturnos cruzando la tierra. La noche era clara como el cristal. Pudo oír la voz distante de una oveja.

Se desvió por la ladera pronunciada y cubierta de árboles que había sobre el estanque, donde los alisos retorcían sus raíces. Le gustaba pasar a la sombra, lejos de la luna. Allí se quedó, sobre la ladera derrumbada, con la mano en el tronco áspero de un árbol, mirando el agua en su quietud perfecta donde flotaba la luna. Pero por alguna razón no le gustaba, no le proporcionaba nada.. Escuchó buscando el áspero rugido de la esclusa. Deseaba alguna otra cosa de la noche, deseaba otra noche, sin esa dureza de la luna brillante. Notaba que su alma gritaba en ella, lamentándose desoladamente.

Vio una sombra moviéndose junto al agua. Debía ser Birkin. Entonces es que había vuelto sin que nadie lo supiese. Ella lo aceptó sin hacerse observaciones, nada le importaba. Se sentó entre las raíces del aliso, difusas y veladas, escuchando el sonido de la esclusa como rocío que se destilase audiblemente en la noche. Las islas estaban oscuras y reveladas a medias, como los juncos; sólo algunas tenían un pequeño fuego de tenue reflejo. Un pez saltó secretamente, revelando la luz en el estanque. Le repelía este fuego de la gélida noche rompiendo constantemente en pura oscuridad. Deseaba que estuviese perfectamente oscuro, perfectamente, sin ruido alguno y sin movimiento. Birkin, pequeño y oscuro también, teñido el pelo con luz de luna, se acercaba paseando. Estaba bastante próximo, pero no existía en ella. No sabía que ella estaba allí. ¿Y si él hiciese algo que no querría contemplado por nadie, considerándolo privado? Pero ¿qué importaba? ¿Qué importaban las pequeñas intimidades? ¿Qué podría importar lo que él hiciese? ¿Cómo pueden existir secretos si todos tenemos los mismos organismos? ¿Cómo puede haber algún secreto cuando todo es conocido para todos?

El tocaba inconscientemente los cálices muertos de las flores mientras pasaba, hablándose inconexamente.

-No puedes irte -estaba diciendo-. No hay lugar donde ir. Sólo es posible retraerse sobre uno mismo.

Lanzó el cáliz de una flor muerta al agua.

-Una antífona..., ellos mienten y tú les cantas de vuelta. No habría verdad alguna si no hubiese mentiras. Entonces uno no necesitaría aseverar nada...

Se quedó inmóvil mirando el agua, tirando los cálices de las flores.

-¡Cibeles.... maldita seas! ¡La maldita Siria Dea! ¿Le tendremos envidia? ¿Qué otra cosa hay?

Ursula deseaba reír estentórea e histéricamente, oyendo hablar a su voz aislada. Era tan ridículo.

El quedó mirando el agua. Luego se inclinó y cogió una piedra, que lanzó con

fuerza al estanque. Ursula vio la luna brillante saltando y oscilando toda distorsionada. Parecía disparar brazos de fuego como una jibia, como un pólipo luminoso palpitando fuertemente ante ella.

La sombra de él sobre el borde del estanque quedó contemplando unos pocos momentos, luego se agachó y buscó a tientas por el suelo. Hubo entonces de nuevo un estallido de sonidos y de luz brillante, la luna había explotado sobre el agua y estaba volando dispersa en copos de fuego blando y peligroso. Rápidamente, como pájaros blancos, los fuegos rotos se alzaron a lo largo del estanque volando en clamorosa confusión, batallando con la manada de ondas oscuras que se abrían camino a la fuerza. Las ondas más lejanas de luz, escapando, parecían tropezarse clamorosamente contra la orilla buscando escapatoria; las ondas de oscuridad llegaban pesadamente, corriendo por debajo hacia el centro. Pero en el centro, en el corazón de todo ello, había todavía el temblor intenso, incandescente, de una luna blanca no destruida del todo, un cuerpo blanco de fuego retorciéndose, luchando y ni siquiera entonces abierto a la fuerza, no violado aún. Parecía reagruparse con espasmos extraños, violentos, en un esfuerzo ciego. Se estaba haciendo más fuerte, se estaba reafirmando la luna inviolable. Y los rayos se apresuraban en delgadas líneas de luz para retornar a la luna fortalecida, que se sacudía sobre el agua en triunfante reapropiación.

Birkin contemplaba inmóvil hasta que el estanque quedó casi tranquilo, hasta que la luna quedó casi serena. Entonces, satisfecho de haber conseguido tanto, buscó más piedras. Ella notó su tenacidad invisible. Y al momento las luces rotas se desparramaron en explosión sobre el rostro de Ursula, aturdiéndola, y entonces, casi inmediatamente, vino el segundo tiro. La luna saltó blanca y estalló a través del aire. Dardos de luz brillante se dispararon desordenadamente, la oscuridad barrió el centro. No había luna, sólo un campo de batalla de luces rotas y sombras corriendo muy cerca unas de otras. Sombras oscuras y densas golpeaban una y otra vez el lugar donde había estado el corazón de la luna barriéndolo por completo. Los fragmentos blancos pulsaban arriba y abajo, sin encontrar lugar donde ir, separados y brillantes sobre el agua como los pétalos de una rosa que un viento ha desparramado muy lejos.

Sin embargo, una vez más encontraban entre destellos su camino hacia el centro, descubriendo el sendero ciegamente, envidiosos. Y de nuevo todo quedó quieto mientras Birkin y Ursula contemplaban. Las aguas eran sonoras en la orilla. El vio a la luna reagrupándose insidiosamente, vio el corazón de la rosa entrelazándose vigorosa y ciegamente, llamando de vuelta a los fragmentos desparramados, trayéndolos a casa con un pulso y un esfuerzo de retorno.

Y no quedó satisfecho. Como en una locura, sintió que debía continuar. Cogió piedras grandes y las lanzó una tras otra al centro blanco, ardiente de la luna hasta que no hubo sino un ruido hueco de balanceo y se alzó un estanque sin luna, con apenas unos pocos copos desgarrados, dispersos y brillantes en la oscuridad, sin meta ni significado, una confusión oscurecida, como un caleidoscopio sacudido al azar. La noche hueca se balanceaba sonoramente, y desde la esclusa llegaban destellos agudos y regulares de sonido. Copos de luz aparecieron aquí y allá, centelleando atormentados entre las sombras lejos, en lugares extraños, entre la goteante sombra del sauce de la isla. Birkin quedó escuchando, satisfecho.

Ursula estaba aturdida. Su mente había desaparecido por completo. Notó que se había caído al suelo y estaba desparramada, como agua sobre la tierra. Permaneció en las

tinieblas inmóvil y gastada. Aunque incluso ahora era consciente, sin verlo, de que en la oscuridad había un pequeño tumulto de copos de luz refluyentes, un enjambre danzando secretamente en un rincón, ariemolinándose y agrupándose firmemente de nuevo. Estaban reuniendo un corazón nuevamente otra vez, volvían una vez más al ser. Los fragmentos se unieron gradualmente, alzándose, balanceándose, danzando, cayendo de nuevo como en pánico pero logrando abrirse camino a casa de nuevo persistentemente, aparentando escapar cuando habían avanzado, pero siempre lanzando destellos más próximos, un poco más próximos a la meta, aumentando el enjambre misteriosamente hasta hacerse mayor y más luminoso, mientras rayo tras rayo caían dentro del todo hasta que una luna tosca, distorsionada y raída estuvo temblando de nuevo sobre las aguas, reafirmada, renovada, tratando de recobrarse de su convulsión, de superar la desfiguración y la agitación, de ser completa y compuesta, de estar en paz.

Birkin permanecía vagamente junto al agua..Ursula temía que lanzase piedras a la luna nuevamente. Se deslizó desde su asiento y bajó hacia él diciendo:

-No le tirarás ya más piedras, ¿quieres?

-¿Hace cuánto que estás ahí?

-Todo el tiempo. No tirarás más piedras, ¿verdad?

-Deseaba ver si lograba llevármela del estanque -dijo él.

-Sí, fue realmente horrible. ¿Por qué tienes que odiar a la luna? No te ha hecho ningún daño, ¿verdad?

-¿Era odio?

Y quedaron silenciosos durante unos pocos minutos.

-¿Cuándo volviste? -dijo ella.

-Hoy.

-¿Por qué no escribiste nunca?

-No encontraba nada que decir.

-¿Por qué no había nada que decir?

-No lo sé. ¿Por qué no hay narcisos en esta época?

-No.

Hubo de nuevo un espacio de silencio. Ursula miró la luna. Se había agrupado y estaba temblando levemente.

-¿Te vino bien estar solo? -preguntó.

-Quizá. No mucho, que yo sepa. Pero dejé atras bastante. ¿Hiciste tú algo importante?

-No. Miré a Inglaterra y pensé que había terminado con ella.

-¿Por qué Inglaterra? -preguntó él sorprendido.

-No lo sé, resultó así.

-No es una cuestión de naciones -dijo él-, Francia es mucho peor.

-Sí, lo sé. Sentí que había terminado con todo ello. Fueron a sentarse sobre las raíces de los árboles, a la sombra. Y al quedar silenciosos él recordó la hermosura de sus ojos, que a veces estaban llenos de luz, como la primavera, inflamados con una maravillosa promesa. Por eso le dijo lentamente, con dificultad:

-Hay en ti una luz dorada que desearía que me dieses.

Es como si él hubiese estado pensando en esto durante algún tiempo.

Ella quedó atónita. Parecía presta a alejarse de un salto. Pero también estaba complacida.

-¿Que clase de luz? -preguntó.

Pero él estaba tímido y no dijo nada más. Así que el momento pasó. Y un sentimiento de pesar invadió gradualmente a Ursula.

-Mi vida está incumplida -dijo ella.

-Sí -repuso él secamente, no deseando escuchar eso.

-Y me siento como si nadie pudiese realmente amarme -dijo ella.

Pero él no respondió.

-Sé que piensas -dijo ella lentamente- que yo sólo deseo cosas físicas. No es verdad. Deseo que sirvas mi espíritu.

-Lo sé. Sé que no deseas cosas físicas por sí mismas. Pero yo deseo que me des tu espíritu..., esa luz dorada que eres tú..., que no conoces..., dámela...

Tras un momento de silencio ella repuso:

-¡Pero cómo puedo hacerlo, no me amas! Sólo deseas tus propios fines. No deseas servirme a mí, pero deseas que yo te sirva. ¡Es tan unilateral!

Fue para él un gran esfuerzo mantener esta conversación y presionar por la cosa que deseaba de ella, la rendición de su espíritu.

-Es diferente -dijo él-. Las dos clases de servicio son tan diferentes. Yo te sirvo de otra manera..., no a través de ti misma..., en alguna otra parte. Pero deseo que estemos juntos sin preocuparnos por nosotros mismos..., estar realmente juntos porque estamos juntos, . como si fuese un fenómeno, no una cosa que debamos mantener mediante nuestro propio esfuerzo.

-No -dijo ella, meditando-. Tú eres sencillamente egocéntrico. Nunca tienes ningún entusiasmo, nunca te brota ninguna chispa hacia mí. Te deseas a ti mismo, realmente, y tus propios asuntos. Y deseas sencillamente que yo' esté allí, que te sirva.

Pero esto sólo consiguió hacer que él se cerrase a ella.

-Ah, bien -dijo él-, las palabras no importan, en cualquier caso. La cosa existe entre, nosotros o no.

-Ni siquiera me amas -exclamó ella.

-Te amo -dijo él irritadamente-. Pero deseo...

Su mente vio de nuevo la encantadora luz dorada de primavera, transparentándose en sus ojos como a través de alguna maravillosa ventana. Y deseaba que ella estuviese con él allí, en ese mundo de orgullosa indiferencia. Pero ¿de qué le servía decir que deseaba compañía en la orgullosa indiferencia? ¿De qué servía hablar, en cualquier caso? Debería suceder más allá del sonido de las palabras, era sencillamente ruinoso intentar actuar sobre ella mediante convicción. Era un ave del paraíso que jamás podría ser enjaulada, debía volar por sí misma hasta el corazón.

-Siempre pienso que voy a ser amada... y luego
me dejan. Tú no me amas, lo sabes. No deseas servirme. Sólo te deseas a ti mismo.

Un escalofrío de rabia recorrió las venas de Birkin oyendo repetir «No deseas servirme». Todo el paraíso desapareció de él.

-No -dijo él, irritado-, no deseo servirte, porque no hay nada allí que servir. Lo que tú deseas que yo sirva es nada, mera nada. No eres ni siquiera tú, es simplemente tu mera cualidad femenina. Y yo no daría un penique por tu ego femenino..., que es una muñeca de trapo.

-¡Ja! -rió ella en tono de burla-. Eso es todo lo que piensas de mí, ¿verdad? ¡Y encima tienes la desvergüenza de decir que me amas!

Se levantó rabiosa para irse a casa.

-Deseas la ignorancia paradisíaca -dijo ella, dándose la vuelta para mirarle mientras él se mantenía sentado apenas visible en la sombra-. Sé lo que eso significa, gracias. Deseas que yo sea tu cosa, que jamás te critique y que jamás tenga nada propio que decir.

-¡Deseas que sea una mera cosa para ti! ¡No, gracias! Si deseas eso, hay muchas mujeres que te lo darán. Hay muchas mujeres que se tumbarán para que camines sobre ellas...; vete con ellas pues, si eso es lo que deseas..., vete con ellas.

-No -dijo él sobrepasado por la ira-. Deseo que abandones tu voluntad afirmativa, tu asustada y aprensiva autoinsistencia; eso es lo que deseo. Deseo que confíes en ti misma tan implícitamente como para poder dejarte ir.

-¡Dejarme ir! -repitió ella con burla-. Yo puedo dejarme ir bien fácilmente. Eres tú quien no sabe dejarse ir, eres tú quien se cuelga de sí mismo como si fuese su único tesoro. Tú..., tú eres el profesor de escuela dominical..., tú..., el predicador.

La cantidad de verdad encerrada en esto hizo que él se pusiese rígido y dejase de prestarle atención.

-No quiero decir que te dejes ir al modo extático dionisíaco -dijo él-. Sé que puedes hacer eso. Pero yo odio el éxtasis, dionisíaco o cualquier otro. Es como dar vueltas en una jaula de ardilla. Yo deseo que no te preocupes por ti misma, que simplemente estés allí
y no te preocupes por ti misma, no insistas..., que seas feliz, segura e indiferente.

-¿Quién insiste? -se burló ella-. ¿Quién sigue insistiendo? ¡No seré yo!

Había una amargura cansada y burlona en su voz.
El quedó silencioso durante algún tiempo.

-Lo sé -dijo-. Mientras cualquiera de nosotros le insita al otro estaremos completamente equivocados.
Pero henos aquí, el acuerdo no llega.

Se sentaban inmóviles bajo la sombra de los árboles junto a la ladera. La noche era blanca a su alrededor, ellos se encontraban en la oscuridad, apenas conscientes.

Gradualmente, la fijeza y la paz cayeron sobre ellos.
Ella puso a tientas una mano sobre la suya. Sus manos
se cogieron suave y silenciosamente en paz. -¿Me amas realmente? -dijo ella.

El rió.

-Llamo a eso tu grito de guerra -repuso divertido.

-¡Caramba! -exclamó ella, divertida y realmente asombrada.

-Tu insistencia..., tu grito de guerra... «Una Brangwen, una Brangwen un viejo grito de guerra. El tuyo es: «¿Me amas?, ríndete, bellaco, o muere.»

-No -dijo ella, suplicante-, no es así. No es así.

-Pero debo saber que me amas, ¿no?

-Muy bien entonces, ya lo sabes y asunto concluido.

-¿Pero es así?

-Sí, es así. Te amo. Y sé que es definitivo. Es definitivo, con lo cual no hay nada más que decir sobre ello.

Ella quedó silenciosa durante algunos momentos, en deleite y duda.

-¿Estás seguro? -dijo situándose alegremente junto a él.

-Seguro. , de modo que va está .., acéptalo y asunto concluido.

Ella estaba acurrucada muy cerca de él.

-¿Asunto concluido qué? -murmuró alegremente.

-Preocuparse -dijo él.

Ella se acercó aún más. El la mantuvo cerca besándola suave, gentilmente. Era tal paz y libertad celestial. sencillamente rodearla y besarla gentilmente, sin tener ningún pensamiento, deseos o voluntad, simplemente estar inmóvil con ella, estar perfectamente inmóviles y juntos en una paz que no era sueño, sino satisfacción en el júbilo. Estar satisfechos en el júbilo, sin deseo o insistencia de ninguna especie, esto era el cielo: estar juntos en feliz quietud.

Ella se apoyó en él durante largo tiempo y él besó su pelo, su rostro, sus orejas, gentilmente, suavemente, como rocío que cayese. Pero este aliento cálido en sus orejas trastornó de nuevo a Ursula, despertó los viejos fuegos destructivos. Se pegó a él y él notó que la sangre de ella cambiaba como el azogue.

-Pero nos quedaremos inmóviles, ¿verdad? -dijo.

-Sí -dijo ella, como sumisamente.

Y continuó apoyándose contra él. Pero al poco se retiró y le miró.

-Debo irme a casa -dijo ella.

-Debes..., qué pena -repuso él.

Ella se inclinó hacia adelante y levantó la boca para ser besada.

-¿Estás realmente apenado? -murmuró ella, sonriendo.

-Sí -dijo él-, desearía que pudiésemos quedarnos como estábamos, siempre.

-¿Siempre? ¿Es eso cierto? -murmuró Ursula mientras él la besaba. Y entonces, a voz en grito, exclamó-: ¡Bésame! ¡Bésame!

Y se pegó estrechamente a él. El la besó muchas veces. Pero él también tenía su idea y su voluntad. Sólo deseaba una suave comunión, ninguna otra cosa, no la pasión ahora. Así que pronto se retiró ella, se puso el sombrero y se fue a su casa.

Sin embargo, al día siguiente Birkin se sintió pesaroso y nostálgico. Pensó que quizás había obrado mal. Quizás había obrado mal yendo a ella con una idea de lo que él deseaba. ¿Era realmente sólo una idea, o era la interpretación de un anhelo profundo? Si era esto último, ¿cómo es posible que estuviese el hablando siempre de la plenitud sensual? Ambas cosas no concordaban muy bien.

De repente se vio enfrentado con una situación. Era así de simple: fatalmente simple. Por una parte, sabía que no deseaba ninguna experiencia sensual ulterior, algo más profundo y oscuro de lo que pudiera proporcionar la vida ordinaria. Recordaba los fetiches africanos que había visto tan a menudo en casa de Halliday.

Le vino a la mente una estatuilla de unos dos pies de altura, una talla alta, esbelta y elegante de Africa Occidental hecha en madera negra, brillante y suave. Era una mujer con el pelo recogido como una bóveda en forma de melón. Recordó la figura con intensidad: ella era uno de los íntimos de su alma. Su cuerpo era largo y elegante, su rostro estaba aplastado minúsculamente como el de un escarabajo, llevaba filas y filas de collares redondos y pesados, situados como una columna de tejos sobre su cuello. La recordaba: su elegancia asombrosamente culturizada, su rostro disminuido de escarabajo, el sorprendente cuerpo largo y elegante sobre piernas cortas y feas, con nalgas protuberantes, tan voluminosas e inesperadas bajo sus esbeltos y largos riñones. Ella sabía lo que él no sabía. Tenía miles de años de conocimiento puramente sensual, puramente no espiritual tras de sí. Esa raza debía haber muerto hace miles de años,

místicamente, desde que la relación entre los sentidos y la mente explícita se había roto, dejando la experiencia entera en una clase, en un tipo místicamente sensual. Miles de años atrás lo que era inminente en él debió haber ocurrido entre esos africanos: la bondad, la santidad, el deseo de creación y felicidad productiva debió cesar, dejando el impulso específico por el conocimiento de un tipo -progresivo y sin mente, mediante los sentidos; conocimiento detenido y fijado en los sentidos; conocimiento místico en desintegración y disolución; conocimiento como el que tienen los escarabajos, que viven puramente dentro del mundo de la corrupción y la disolución fría-. Por eso su rostro se parecía al de un escarabajo: por eso adoraban los egipcios al escarabajo pelotero, debido al principio del conocimiento en disolución y corrupción.

Podemos hacer un largo camino tras la pausa de la muerte: después del punto en que el alma se rompe en el intenso sufrimiento, se desgaja de su sujeción como una hoja que cae. Caemos desde la conexión con la vida y la esperanza, cesamos desde el puro ser integral, desde la creación y la libertad, y caemos en el largo, largo proceso africano de entendimiento puramente sen- sual, conocimiento en el misterio de la disolución.

Comprendía ahora que éste es un largo proceso..., tomaba miles de años, tras la muerte del espíritu creador. Comprendía que había grandes misterios aún por revelar, misterios sensuales, sin mente, espantosos, mucho más allá del culto fálico. ¿Hasta dónde habían trascendido esos africanos el conocimiento fálico en su cultura invertida? Habían ido muy, muy lejos. Birkin re cordó de nuevo la figura femenina: el cuerpo alargado, largo, largo, las nalgas inesperadamente pesadas, el largo cuello aprisionado, el rostro con rasgos minúsculos como el de un escarabajo. Esto estaba mucho más allá de cualquier conocimiento fálico, eran sutiles realidades sensuales mucho más allá del horizonte de la investigación fálica.

Quedaba ese camino, ese terrible proceso africano, a cumplir. Las razas blancas lo harían de modo distinto. Teniendo tras de sí el norte polar, la vasta abstracción de hielo y nieve, las razas blancas cumplirían el misterio de un conocimiento gélido-destructivo, una aniquilación nívea-abstracta. En cambio, los africanos del Oeste, controlado por la ardiente muerte-abstracción del Sahara, se habían cumplido en destrucción solar, en el pútrido misterio de los rayos solares.

¿Era entonces eso todo cuanto quedaba? ¿Quedaba ahora algo sino desvincularse del feliz creador? ¿Había terminado nuestro tiempo de vida creadora? ¿Acaso sólo nos quedaba el extraño y terrible después del conocimiento en disolución, el conocimiento africano, pero distinto en nosotros, que somos rubios y de ojos azules venidos del Norte?

Birkin pensó en Gerald. El era uno de esos extraños y maravillosos demonios blancos provenientes del Norte, cumplidos en el destructivo misterio de la escarcha. ¿Y estaba destinado a pasar y desaparecer en este conocimiento, este proceso único de escarcha-conocimiento, muerte por frío absoluto? ¿Era él un mensajero, un presagio de la disolución universal en blancura y nieve?

Birkin estaba asustado. Estaba cansado, también, cuando alcanzó este punto de especulación. De repente su atención extraña, tensa, cedió; no pudo atender ya a esos misterios. Había otro camino, el camino de la libertad. Había la paradisíaca entrada en el ser puro, singular, el alma individual adoptando precedencia sobre el amor y el deseo de la unión, más fuerte que ninguno de los espasmos de la emoción, un estado encantador de orgullosa singularidad libre, que aceptaba la obligación de una conexión permanente con otros y con el otro, que se somete al yugo y al látigo del amor, pero que jamás enajena su

propia y orgullosa singularidad individual, incluso cuando ama y se rinde.

Allí estaba el otro modo, el restante. Y debía apresurarse a seguirlo. Pensó en Ursula, en lo sensible y delicada que era realmente, en su piel tan increíblemente fina, como si careciese de piel alguna. Ella era realmente tan maravillosamente gentil y sensible. ¿Por que lo había olvidado él alguna vez? Debía ir donde ella al instante. Debía pedirle que se casase con él. Debían casarse inmediatamente y así hacer una promesa definitiva, entrar en una comunión definitiva. Debía ponerse en camino al instante y pedírselo, en ese mismo momento. No había tiempo que perder.

Se dirigió rápidamente hacia Beldover, apenas consciente de su propio movimiento. Vio la ciudad sobre la ladera de la colina, recogida y como amurallada por las calles rectas y definitivas de los alojamientos de los mineros, que formaban un gran cuadrado, y le pareció como Jerusalén a su imaginación. El mundo era todo extraño y trascendente.

Rosalyn le abrió la puerta. Le miró levemente, como debía mirar una niña, y dijo:

-Oh, se lo diré a padre.

Con lo cual desapareció y dejó a Birkin en el vestíbulo, mirando algunas reproducciones de Picasso traídas últimamente por Gudrun. Estaba admirando la aprehensión casi embrujada, sensual de la tierra, cuando apareció Will Brangwen bajándose las mangas de su camisa.

-Bien -dijo Brangwen-, me pondré una chaqueta -y también él desapareció durante un momento.

Luego volvió y abrió la puerta del cuarto de estar diciendo:

-Ha de perdonarme, estaba trabajando un poco en el cobertizo. ¿Querrá entrar?

Birkin entró y se sentó. Miró el rostro brillante y colorado del otro hombre, el ceño estrecho, los ojos muy luminosos y los labios más bien sensuales, que se desplegaban amplios y expansivos bajo el mostacho corto y negro. ¡Qué curioso que eso fuese un ser humano! Lo que Brangwen pensaba ser ¡qué falto de sentido era, comparado con su realidad! Birkin sólo podía ver una colección extraña, inexplicable y casi sin pautas de pasiones, deseos, supresiones, tradiciones e ideas mecánicas, todo ello mezclado sin afinidad y desunido en este hombre esbelto de rostro brillante y casi cincuenta años, que por entonces estaba tan indeciso como cuando tenía veinte y no menos increado. ¿Cómo podía ser el padre de Ursula cuando no se habría creado a sí mismo? No era un padre. A través de él se había transmitido un desliz de carne viviente, pero el espíritu no había provenido de él. El espíritu no había venido de ningún ancestro, había surgido de lo desconocido. Un niño es el hijo del misterio o es increado.

-El tiempo no está tan malo como estuvo -dijo Brangwen tras esperar un momento. No había conexión entre ambos hombres.

-No -dijo Birkin-. Fue luna llena hace dos días.

-¡Oh! ¿Cree entonces que la luna afecta al tiempo?

-No, no lo creo. Realmente, no sé lo bastante sobre el asunto.

-¿Sabe lo que dicen? La luna y el tiempo pueden cambiar juntos, pero el cambio de la luna no modificará el tiempo.

-¿Es así? -dijo Birkin-. No lo sabía.

Hubo una pausa. Entonces Birkin dijo:

-¿Le estoy interrumpiendo? En realidad vine para ver a Ursula. ¿Está ella en casa?

-No lo creo. Creo que se ha ido a la biblioteca. Lo comprobaré.

Birkin pudo oírle preguntando en el comedor.

-No -dijo él, volviendo-. Pero no tardará mucho. ¿Quería usted hablar con ella?

Birkin miró al otro hombre con ojos curiosamente tranquilos, claros.

-De hecho -dijo-, deseaba pedirle que se casara conmigo.

Un punto de luz apareció sobre los ojos marrón dorado del hombre mayor.

-¿O-oh? -dijo mirando a Birkin y luego bajando los ojos ante la mirada tranquila, firme, del otro-. ¿Le esperaba entonces ella?

-No -dijo Birkin.

-¿No? No sabía nada de todo esto... -dijo Brangwen sonriendo incómodamente.

Birkin le devolvió la mirada y se dijo: «¡Vaya manera de plantear las cosas!» En voz alta dijo:

-No, es quizá más bien repentino.

Ante lo cual, pensando en su relación con Ursula, añadió:

-Pero no sé...

-Bastante repentino, ¿verdad? ¡Oh! -dijo Brangwen más bien desorientado y molesto.

-De un modo, sí -repuso Birkin-, ...no-de otro.

Hubo una pausa momentánea, tras de la cual Brangwen dijo:

-Bueno, ella hace lo que le parece...

-¡Oh, sí! -dijo Birkin tranquilamente.

Una vibración se introdujo en la potente voz de
Brangwen cuando repuso:

-Aunque no me gustaría que se anduviese tampoco con demasiada prisa. De nada sirve mirar en torno después, cuando es demasiado tarde.

-Oh, nunca será demasiado tarde -dijo Birkinpara eso.

-¿Qué quiere decir? -preguntó el padre.

-Si uno se arrepiente de haberse casado, el matrimonio ha terminado -dijo Birkin.

-¿Eso piensa?

-Sí.

-Ah, bien, ésa puede ser una manera de verlo.

Birkin, en silencio, pensó para sí: «Puede ser. En cuanto a tu modo de verlo, William Brangwen, necesita algo de explicación.»

-Supongo -dijo Brangwen- que sabe el tipo de personas que somos. ¿Sabe qué tipo de educación ha recibido Ursula?

«Ella -pensó Birkin para sí, recordando sus correcciones de la infancia- es la madre del gato.»

-¿Que si sé la educación que ha recibido? -dijo en voz alta.

Parecía molestar a Brangwen intencionadamente.

-Bien -dijo éste-, ella ha tenido lo que es correcto que tenga una chica... en la medida de lo posible, tanto como pudimos darle.

-Estoy seguro de que fue así -dijo Birkin, deteniendo el discurso del otro.

El padre estaba empezando a exasperarse. Había algo naturalmente irritante para él en la mera presencia de Birkin.

-Y no deseo verla retrocediendo todo lo andado -dijo con una voz estruendosa.

-¿Por qué? -dijo Birkin.

Estas palabras explotaron en el cerebro de Brangwen como un tiro.

-¡Por qué! Yo no creo en sus nuevos modos y nuevas ideas. Jamás valdrán en mi caso.

Birkin le contempló con ojos firmes y sin emoción. Estaba alzándose el radical antagonismo en ambos hombres.

-Sí, pero ¿acaso son de última moda mis caminos e ideas? -preguntó Birkin.

-¿Lo son? -repuso Brangwen-. No estoy hablando de usted en particular -dijo-. Quiero decir que mis hijos han sido educados para pensar y actuar según la religión donde fui educado, y no deseo que se alejen de eso.

Hubo una pausa peligrosa.

-¿Y más allá de eso...? -preguntó Birkin.

El padre vaciló, estaba en una mala posición.

-¿Eh? ¿Qué quiere decir? Todo lo que deseo aclarar es que mi hija... -pero cayó en el silencio, sobrepasado por la fatuidad. Sabía que estaba de alguna manera fuera de la pista.

-Naturalmente -dijo Birkin-, no deseo herir a nadie, ni influir sobre nadie. Ursula hará exactamente lo que desee.

Hubo un completo silencio, debido al radical fracaso en el entendimiento mutuo. Birkin se sintió aburri-

-¡Oh, qué tal estás! -exclamó cuando vio a Birkin, toda asombrada y como cogida por sorpresa. El se la quedó mirando, sabiendo que ella era consciente de su presencia. Ursula tenía su aspecto extraño, radiante, como sin aliento y confundida por el mundo real, irreal para el, teniendo un mundo completo y brillante para ella sola.

-¿He interrumpido una conversación? -preguntó.

-No, sólo un silencio completo -lijo Birkin. -Oh -dijo Ursula vagamente, ausente.

La presencia le ellos no era vital para ella, estaba retraída, no les hacía entrar. Era un insulto sutil que nunca dejaba le exasperar a su padre.

-El señor Birkin vino a hablar contigo, no conmigo -lijo su padre.

-¡Oh, vaya! -exclamó ella vagamente, como si no le concerniese.

Entonces, recogiéndose, se volvió hacia él con aspen to más bien radiante, pero aún bastante superficial, y dijo:

-¿Se trataba de algo en especial?

-Así lo espero -dijo él irónicamente.

-Para proponerte matrimonio, según parece -dijo su padre.

-Oh -lijo Ursula.

-Oh -se burló el padre, imitándola-. ¿No tienes. nada más que decir?

Ella dio un respingo como si hubiese silo violada.

-¿Viniste realmente a proponerme matrimonio? -preguntó a Birkin, como si se tratase le una broma.

-Sí -lijo él-. Supongo que vine a proponer matrimonio.

Parecía sentirse tímido ante 'las palabras.

-¿De veras? -exclamó ella con su destello vago.

El podría haber estado diciendo cualquier cosa. Ella parecía complacida.

-Sí -repuso él-. Lo deseaba..., deseaba que estuvieras de acuerdo en casarte conmigo.

Ella le miró. Los ojos de él lanzaban destellos de luces mezcladas, deseando algo de ella, pero al mismo tiempo no deseándolo. Se redujo un poco, como si estuviese

expuesta ante sus ojos y eso le fuese doloroso.
Ursula se oscureció, su alma se cubrió, apartándose. Había silo expulsada de su mundo propio, radiante y singular. Y tenía pavor al contacto, era casi antinatural para ella por aquellos tiempos.

-Si -lijo vagamente, con una voz ausente, le duda.

El corazón le Birkin se contrajo rápidamente, con un fuego súbito le amargura. Todo ello no significaba nada para ella. Se había equivocado una vez más. Ella estaba en un mundo propio fiado le sí. El y sus esperanzas eran accidentales, violaciones para ella. La cosa llevaba al padre a un extremo le exasperación loca. Se había pasado toda la vida aguantando eso le ella

-Bien, ¿qué dices? -exclamó.

Ella dio un respingo. Luego miró a su padre, medio asustada, y dijo:

-No he hablado, ¿verdad? -como si temiera haberse comprometido.

-No -lijo su padre, exasperado-. Pero no necesitas poner la cara de una idiota. Estás en tus cabales, ¿o no?

Ella refluyó sobre sí en hostilidad silenciosa.

-Estar en mis cabales, ¿qué quiere decir? -repitió con una voz hosca de antagonismo.

-Escuchaste lo que se te preguntó, ¿no? -gritó el padre, rabioso.

-Naturalmente que lo escuché.

-Entonces, ¿es que no puedes responder? -tronó el padre.

-¿Por qué habría le hacerlo?

Ante la impertinencia le esta respuesta, Brangwen se puso tieso. Pero no dijo nada.

-No -lijo Birkin, tratando le salvar la situación-, no hay necesidad le responder inmediatamente. Puedes hacerlo cuando quieras.

Los ojos le ella lanzaron destellos de una luz poderosa.

-¿Por qué habría le decir algo? -gritó-. Vosotros hacéis esto por vuestro propio impulso, no tiene nada que ver conmigo. ¿Por qué queréis forzarme los dos?

-¡Forzarte!, ¡forzarte! -gritó el padre con rabia amarga, rencorosa-. ¡Forzarte! Vaya, es una pena que no podamos forzarte a tener algún sentido y alguna
do. El padre de ella no era un ser humano coherente, era un cuarto lleno de viejos ecos. Los ojos del hombre más joven descansaron sobre el rostro del más viejo. Brangwen levantó los suyos y vio a Birkin mirándole. Su rostro estaba cubierto de rabia inarticulada, humillación y sentimiento de inferioridad en fuerza.

-Lo de las creencias es una cosa -dijo-. Pero preferiría ver a mis hijas muertas mañana que tenerlas a disposición del primer hombre que venga a llamarlas con un silbido.

Una luz extraña y dolorosa apareció en los ojos de Birkin.

-En cuanto a eso -dijo-, sólo sé que es mucho más probable que sea yo quien esté a disposición de la mujer, en vez de lo contrario.

Hubo de nuevo una pausa. El padre estaba de algún modo desorientado.

-Lo sé -dijo-, ella hará lo que desee..., como siempre. Me he esforzado al máximo por ellas, pero eso no importa. Harán lo que les parezca, y si consiguen evitarlo harán exclusivamente lo que les parezca a ellas. Pero harían bien tomando en cuenta a su madre y a mí...

Brangwen estaba pensando en sus propios pensamientos.

-Y le diré esto. Preferiría enterrarlas que verlas caer en muchos caminos relajados como los que ahora se ven por todas partes. Preferiría enterrarlas.

-Sí, pero ya ve -dijo Birkin lentamente, más bien cansado, aburrido otra vez por este nuevo giro-, ellas no nos darán ni a usted ni a mí la oportunidad de enterrarlas, porque no están para eso.

Brangwen le miró con una súbita llamarada de rabia impotente.

-Mire usted, señor Birkin -dijo-, no sé para qué ha venido aquí y no sé qué está pidiendo. Pero mis hijas son mis hijas... y es asunto mío cuidar de ellas mientras pueda.

El ceño de Birkin se frunció súbitamente, sus ojos se concentraron en la burla. Pero quedó perfectamente tieso e inmóvil. Hubo una pausa.

-No tengo nada contra su matrimonio con Ursula -dijo a la larga Brangwen-. No tiene nada que ver conmigo, ella hará lo que quiera piense yo lo que piense.

Birkin se giró, mirando por la ventana y abandonando la atención. Después de todo, ¿de qué servía eso? Era inútil mantenerlo. Se quedaría sentado hasta que Ursula volviese a casa, le hablaría y luego se iría. No aceptaría problemas a manos del padre. Era todo innecesario, y no necesitaba haberlo provocado.

Los dos hombres se sentaban en completo silencio, Birkin casi inconsciente de su propio paradero. Había venido a pedirle que se casase con él...; bueno, pues entonces seguiría esperando y se lo pediría. En cuanto a lo que ella dijese, aceptara o no, no pensó sobre ello. Diría lo que había venido a decir y que eso era todo lo que sabía. Aceptaba la insignificancia total de esa casa para él. Pero ahora todo parecía predestinado. Sólo podía ver una cosa por delante, nada más. En cuanto al resto, estaba completamente absuelto por el momento. Debía abandonarse al hado y al azar para que resolviesen las cuestiones.

Al final oyeron la puerta. Vieron que Ursula subía las escaleras con un montón de libros bajo el brazo. Su rostro era brillante y abstraído, como de costumbre, con esa mirada de no estar del todo allí, no del todo presente ante los hechos reales, que irritaba tanto a su padre. Tenía una enloquecedora facultad de crear una luz propia que excluía la realidad, y dentro de la cual ella parecía radiante como bajo los rayos del sol.

Oyeron que iba al comedor y dejaba sobre la mesa su manojo de libros.

-¿Me trajiste esa revista? -exclamó Rosalyn.

-Sí, traje una. Pero olvidé qué ejemplar querías.

-Ya sabía que te pasaría -exclamó Rosalyn c un enfado-. Me sorprendes poco.

Entonces oyeron que decía algo en un tono más bajo.

-¿Dónde? -exclamó Ursula.

La voz de la hermana se apagó nuevamente.

Brangwen abrió la puerta y llamó con su voz fuerte y bronca:

-¡Ursula!

Ella apareció tras un momento, con el sombrero puesto aún.

decencia. ¡Forzarte! Tú te las arreglarás para eso, criatura obstinada.

Ella se mantenía suspendida en mitad del cuarto, brillándole el rostro con luz trémula y peligrosa. Estaba colocada en un desafío satisfecho. Birkin la miró. También él estaba enfadado.

-Pero nadie te está forzando -dijo con una voz muy suavemente peligrosa también.

-Oh, sí -exclamó ella-. Los dos queréis forzarme

a algo.

-Eso es una ilusión tuya -dijo él irónicamente.

-¡Ilusión! -exclamó el padre-. Una estúpida terca, eso es lo que es.

Birkin se levantó diciendo:

-Sea como sea, lo dejaremos por ahora.

Y sin decir más salió de la casa.

-¡Estúpida! ¡Estúpida! -gritó el padre a Ursula con extrema amargura.

Ella dejó el cuarto y fue escaleras arriba, canturreando en voz baja. Pero se encontraba terriblemente agitada, como después de alguna espantosa pelea. Desde su ventana pudo ver a Birkin caminando por la calle. Andaba con tal rabia alegre que la mente de ella vagó sobre él. Era ridículo, pero ella le tenía miedo. Era como si ella hubiese escapado de algún peligro.

El padre se sentaba en el piso de abajo, impotente en la humillación y el disgusto. Era como si estuviese poseído por todos los demonios, tras uno de esos indescriptibles conflictos con Ursula. La odiaba como si su única realidad estuviese en odiarla hasta el último grado. Tenía todo el infierno en su corazón. Pero se fue para escapar de sí mismo. Sabía que debía desesperarse, ceder, abandonarse a la desesperación y terminar.

El rostro de Ursula se cerró, ella se acorazó contra todos. Retrocediendo sobre sí misma, se hizo dura y suficiente como una joya. Era brillante e invulnerable, libre y feliz, . perfectamente liberada en su autoposesión. El padre tuvo que aprender a no ver su feliz despreocupación para no volverse loco. Ella era tan radiante con todas las cosas en su posesión de la hostilidad perfecta.

Pasaba días y días así, en este estado luminoso y franco de espontaneidad aparentemente pura, tan esencialmente olvidadiza de la existencia de cosa distinta de ella misma, pero tan presta y fácil en su interés. Ah, era cosa amarga para un hombre estar cerca de ella, y el padre maldecía su paternidad. Pero debía aprender a no verla, a no saber.

Ella era perfectamente estable en su resistencia cuando se encontraba en ese estado: tan brillante, radiante y atractiva en su pura oposición, tan pura realmente, aunque todos los demás desconfiasen y se sintiesen disgustados en todos los aspectos. Era su voz, curiosamente clara y repelente, la que la aislaba. Sólo Gudrun estaba de acuerdo con ella. Fue en esos tiempos cuando resultó más completa la intimidad entre las dos hermanas, como si fuesen - una sola en la inteligencia. Sentían un vínculo fuerte y luminoso de entendimiento entre ellas que sobrepasaba cualquier otra cosa. Y durante todos esos días de ciega abstracción luminosa y de intimidad de sus dos hijas, el padre parecía respirar un aire de muerte, como si se le estuviese destruyendo en su ser mismo. Estaba irritable hasta el extremo de la locura, no podía descansar, sus hijas parecían estar destruyéndole. Pero él se encontraba inconexo e indefenso contra ellas. Se veía obligado a respirar el aire de su propia muerte. Maldecía a las hijas en su alma, y sólo deseaba que fuesen alejadas de él.

Ellas continuaron radiantes en su fácil trascendencia femenina, hermosa de mirar. Intercambiaban confidencias, eran íntimas en sus revelaciones hasta el último grado, entregándose una a otra al fin todos los secretos. No callaban nada, lo contaban todo hasta estar al borde del mal. Y se armaban la una a la otra de conocimiento. Era curioso cómo resultaba complementario su conocimiento, el de una para con el de la otra.

Ursula veía a sus hombres como hijos, se compadecía de su nostalgia y admiraba

su coraje, cuidando de ellos como una madre cuida de su hijo, con cierto deleite en su novedad. Pero para Gudrun eran lo opuesto. Les temía y les despreciaba, aunque respetase incluso demasiado sus actividades.

-Naturalmente -dijo con soltura-, hay una cualidad de vida en Birkin bastante notable. Hay una fuente de vida en él extraordinariamente rica, realmente sorprendente en cuanto al modo en que él puede entregarse a cosas. Pero hay tantas cosas en la vida que él sencillamente desconoce. O bien no es consciente para nada de su existencia, o bien las descarta como meramente despreciables..., cosas que son vitales para la otra persona. En cierto sentido no es lo bastante lúcido, es demasiado intenso en puntos aislados.

-Sí -exclamó Ursula-, es demasiado un predicador. Es realmente un cura.

-¡Exactamente! No puede escuchar nada de lo que el otro tenga que decir..., sencillamente no sabe oír. Su propia voz es demasiado sonora.

-Sí. Te hace callar a gritos.

-Te hace callar a gritos -repitió Gudrun-. Y a fuerza de mera violencia. Y, naturalmente, de nada sirve. Nadie es convencido por la violencia. Eso hace imposible hablar con él..., y creo que vivir con él sería más que imposible.

-¿Piensas que no sería posible vivir con él? -preguntó Ursula.

-Pienso que sería demasiado fatigoso, demasiado agotador. Le estarían gritando a una todo el tiempo, él impondría su modo sin dar ninguna elección. Desearía controlarte completamente. No puede permitir que exista ninguna mente distinta de la suya. Y, además, la verdadera torpeza de su mente es su falta de autocrítica. No, creo que sería perfectamente intolerable.

-Sí -asintió vagamente Ursula. Sólo estaba parcialmente de acuerdo con Gudrun-. Lo molesto es -dijoque a una le resultaría intolerable casi cualquier hombre después de quince días.

-Es perfectamente horrible -dijo Gudrun-. Pero Birkin... es demasiado positivo. No podría soportar que llamaras propia a tu alma. Eso es estrictamente cierto de él.

-Sí -dijo Ursula-. Tienes que tener su alma.

-¡Exactamente! ¿Y qué puede una concebir de más mortífero?

Esto era todo tan cierto que Ursula se sintió sacudida hasta el fondo del alma con fea repugnancia.

Prosiguió en la más estéril de las miserias, con la discordia chirriando y lanzando sacudidas a través de ella.

Entonces comenzó una revulsión hacia Gudrun. Ella terminaba con la vida tan profundamente, presentaba las cosas de un modo tan feo y definitivo; de hecho, aunque fuesen verdad las cosas que habían dicho sobre Birkin, también eran ciertas otra cosas. Pero Gudrun trazaba dos líneas por debajo de él y le tachaba como una cuenta saldada. Allí estaba él, sumado, pagado, establecido, acabado. Y era tal mentira. Ese dogmatismo de Gudrun, ese despachar a las gentes y a las cosas con una frase, era una mentira tan grande. Ursula empezó a rebelarse ante su hermana.

Un día que estaban caminando por el sendero vieron a un gorrión sentado en la rama más alta de un arbusto, trinando agudamente. Las hermanas quedaron mirándole. Una sonrisa irónica brilló en el rostro de Gudrun.

-¿Verdad que se siente importante? -sonrió.

-¡Sí! -exclamó Ursula con una pequeña mueca irónica-. ¡Parece un pequeño Lloyd George del aire!

-¡Cierto! ¡Un pequeño Lloyd George del aire! Eso es justamente lo que son los gorriones -exclamó Gudrun con deleite.

Entonces, durante días, Ursula vio a los pájaros persistentes y entrometidos, como políticos gordos y pequeños elevando sus voces desde la plataforma, hom- brecillos que necesitaban hacerse oír a toda costa.

Pero incluso aquí llegó la revulsión. Algunos embe- rizos salieron volando de repente a lo largo del camino frente a ella. Y le parecieron tan misteriosos e inhumanos, como centelleantes púas amarillas disparadas a través del aire en alguna misión extraña, viviente, que se dijo: «Después de todo, es impúdico llamarles pequeños Lloyd Georges. En realidad nos son desconocidos, son las fuerzas desconocidas. Es impúdico pensar en ellos como si fuesen idénticos a los seres humanos. Son de otro mundo. ¡Que necio es el antropomorfismo! Gudrun es realmente impúdica, insolente, erigiéndose en medida de todo, haciendo que todo se degrade a pautas humanas. Rupert está más en lo cierto, los seres humanos son aburridos pintando el universo a su propia imagen. Gracias a Dios, el universo es no-humano.» Le parecía una irreverencia, destructiva para toda la verdadera vida, hacer pequeños Lloyd Georges de los pájaros. Era una mentira para con los gorriones y una difamación. Sin embargo, provenía de ella misma. Pero bajo la influencia de Gudrun: así se exoneraba a sí misma.

En consecuencia, se retrajo de Gudrun y de sus posiciones, se volvió en espíritu nuevamente hacia Birkin. No le había visto desde el chasco de su propuesta. No lo deseaba, porque no deseaba que le lanzasen la cuestión de su aceptación. Sabía lo que quería decir Birkin cuando le pidió que se casase con él; vagamente, sin ponerlo en palabras, lo sabía. Sabía qué clase de amor, qué clase de rendición deseaba él. Y no estaba para nada segura de que fuese la clase de amor que ella misma deseaba. No estaba para nada segura de desear ese mutuo unísono en la separación. Ella deseaba indecibles intimidades. Deseaba tenerle radicalmente, tenerle definitivamente como algo propio, oh, tan indeciblemente, en intimidad. Beberle.. , ah, como un sorbo de vida. Se hacía a sí misma grandes declaraciones de su disposición a calentarle las plantas de los pies entre los senos, al modo del nauseabundo poema de Meredith. Pero sólo a condición de que él, su amante, la amase absolutamente, con un autoabandono completo. Y, con suficiente sutileza, ella sabía que él nunca se abandonaría definitivamente a ella. No creía en un autoabandono definitivo. Lo había dicho abiertamente. Era su reto. Ella estaba preparada para luchar con él por ello. Porque creía en una absoluta rendición .al amor. Creía que el amor sobrepasaba con mucho al individuo. El decía que el individuo era más que el amor, o que cualquier relación. Para él, el alma brillante y singular aceptaba el amor como una' de sus condiciones, una condición de su propio equilibrio. Ella creía que el amor era todo. El hombre debía entregarse a ella. Debía ser bebido hasta los posos por ella. Que él fuese su hombre radicalmente, y a cambio ella sería su humilde esclava..., quisiera ella o no.

20. GLADIATORIAL

Tras el chasco de la propuesta, Birkin se había ido apresurada y ciegamente de

Beldover, en un remolino de furia. Sentía que había sido un completo estúpido, que toda la escena había sido una farsa. Pero eso no le preocupaba para nada. Estaba enfadado profundamente, irónicamente, de que Ursula persistiese siempre en el viejo lamento: «¿por qué deseas forzarme?» y en su abstraimiento luminoso, insolente.

Se fue derecho a Shortlands. Allí encontró Gerald de pie en la librería con la espalda hacia el fuego, tan inmóvil como un hombre completo y vacuamente desasosegado, radicalmente hueco. Había hecho todo el trabajo que desea hacer... y ahora no había nada. Podía salir en el coche, podía correr hacia la ciudad. Pero no deseaba salir en el coche, no deseaba correr hacia la ciudad, no deseaba llamar a los Thirlby. Estaba inmóvil, suspendido en una agonía de inercia, como una máquina sin poder alimentador.

Era muy amargo para Gerald, que hasta entonces no había conocido jamás ese aburrimiento, que había ido de actividad en actividad sin detenerse jamás. Ahora, gradualmente, todo parecía estar deteniéndose en él. Ya no deseaba hacer las cosas que ofrecían estímulo. Algo muerto dentro de él se negaba simplemente a responder a cualquier sugestión. El rumiaba en su mente qué podría hacer para salvarse de esa miseria de nulidad, para aliviar la tensión de ese vacío. Y sólo había tres cosas capaces de activarle, de hacerle vivir. Una era beber o fumar hashish; la otra, ser calmado por Birkin, y la tercera, las mujeres. Y no había por el momento nadie con quien beber. Ni tampoco había una mujer. Y sabia que Birkin estaba fuera. En consecuencia, todo cuanto podía hacer era sufrir la tensión de su propia vaciedad.

Cuando vio a Birkin su rostro se iluminó con una sonrisa súbita, maravillosa.

-Dios mío, Rupert -dijo-, acababa de llegar a la conclusión de que nada en el mundo me importaba excepto alguien con quien aliviar los rigores de la soledad: el correcto alguien.

Era muy sorprendente la sonrisa en sus ojos mientras miraba al otro hombre. Era el rayo puro del alivio. Su rostro estaba pálido e incluso ajado.

-La mujer correcta, supongo que quieres decir -dijo Birkin rencorosamente.

-Naturalmente, como elección. A falta de eso, un hombre entretenido.

Reía mientras lo dijo. Birkin se sentó junto al fuego.

-¿Qué estabas haciendo? -preguntó.

-¿Yo? Nada. Estaba mal justamente ahora, todo parece venir de canto, y no puedo trabajar ni jugar. No sé si será un signo de vejez.

-¿Quieres decir que estás aburrido?

-No sé si estoy aburrido. No puedo concentrarme en nada. Y siento que el diablo está o muy presente dentro de mí o muerto.

Birkin levantó la vista y le miró a los ojos.

-Podías intentar golpear algo -dijo él. Gerald sonrió.

-Quizá -dijo-, si encuentro algo que merezca ser golpeado.

-¡Cierto! -dijo Birkin con su voz suave.

Hubo una larga pausa durante la cual cada uno pudo sentir la presencia del otro.

-Uno tiene que esperar -dijo Birkin.

-¡Ah Dios, ah Dios! ¡Esperar! ¿Qué estamos esperando?

-Dicen que hay tres curas para el ennui: sueño, bebida y viajar -dijo Birkin.

-Todo agua de borrajas -dijo Gerald-. Al dormir, sueñas; al beber, maldices, y cuando viajas le gritas a un mozo. No, las únicas dos cosas son el trabajo y el amor. Cuando no estás trabajando deberías estar amando.

-Sea pues -dijo Birkin.

-Dame el objeto -dijo Gerald-. Las posibilidades de amor se agotan ellas mismas.

-¿Es así? ¿Entonces qué?

-Entonces te mueres -dijo Gerald.

-Como es debido -dijo Birkin.

-No lo veo -repuso Gerald.

Se sacó las manos de los bolsillos del pantalón y buscó un cigarrillo. Estaba tenso y nervioso. Encendió el cigarrillo sobre una lámpara, acercándose y retirándose rápidamente. Estaba vestido para cenar, como de costumbre por la tarde, aunque se encontraba solo.

-Hay un tercer elemento que añadir a los dos tuyos -dijo Birkin-. Trabajo, amor y lucha. Olvidas la lucha.

-Supongo que sí -dijo Gerald-. ¿Has boxeado alguna vez?

-No, creo que no -dijo Birkin.

-Ay...

Gerald levantó la cabeza y expulsó lentamente el humo en el aire.

-¿Por qué? -dijo Birkin.

-Nada. Pensé que podríamos celebrar un asalto. Quizá es cierto que deseo golpear algo. Es una sugestión.

-¿Y piensas que bien podrías golpearme a mí? –dijo Birkin.

-¿A ti? Bueno..., quizá..., no sé. De un modo amistoso, naturalmente.

-¡Vaya! -dijo Birkin con mordiente.

Gerald estaba de pie apoyándose contra la chimenea. Miró hacia Birkin y sus ojos lanzaron un destello de terror como los de un garañón, inyectados y sobreexcitados, vueltos mirando hacia atrás en un rígido terror.

-Siento que si no me ando con ojo me descubriré haciendo algo estúpido -dijo él.

-¿Por qué no hacerlo? -dijo fríamente Birkin.

Gerald escuchó con rápida impaciencia. Seguía mi rando a Birkin, como si buscase algo en el otro hombre.

-Yo solía hacer algo de lucha japonesa -dijo Birkin-. Vivía conmigo en Heidelberg, en la misma casa, un japonés y me enseñó algo. Pero nunca fui bueno en ella.

-¡Caramba! -exclamó Gerald-. Esa es una de las cosas que jamás he visto. ¿Quieres decir jiu-jitsu?

-Sí. Pero yo no sirvo .para esas cosas..., no me interesan.

-¿Que no? A mí si. ¿Cómo se empieza?

-Te enseñaré lo que pueda, si quieres -dijo Birkin.

-¿Lo harás?

Una mirada rara, sonriente, apretó el rostro de Gerald durante un momento mientras decía:

-Bien, me gustaría mucho.

-Intentaremos entonces el jiu-jitsu. Pero me temo que no podrás hacer mucho dentro de una camisa almidonada.

-Desnudémonos entonces para hacerlo adecuadamente. Espera un minuto...

Tocó el timbre y esperó al mayordomo.

-Traiga un par de bocadillos y un sifón -dijo al hombre-, y luego no me moleste

para . nada más esta noche..., ni permita que lo haga nadie.

El hombre desapareció. Gerald se volvió hacia Birkin con los ojos encendidos.

-¿Y solías luchar con un japonés? -dijo-. ¿Os desnudabais?

-A veces.

-¡Caramba! ¿Qué tal era él entonces, como luchador?

-Creo que bueno. No soy un buen juez. Era muy rápido, resbaladizo y lleno de fuego eléctrico. Es notable la especie curiosa de fuerza fluida que parecen tener esas gentes..., no como una presa humana..., como un pólipo...

Gerald asintió.

-Podría haberlo imaginado -dijo- viéndoles. Más bien me repelen.

-Repelen y atraen, ambas cosas. Son muy repulsivos cuando están fríos, y entonces tienen un aspecto gris. Pero cuando se calientan y se excitan hay una atrae ción definida..., una especie curiosa de denso fluido eléctrico..., como anguilas.

-Bien..., sí..., probablemente.

El criado trajo la bandeja y la depositó sobre una mesa.

-No entre más -dijo Gerald.

La puerta se cerró.

-Entonces -dijo Gerald-, ¿nos desnudaremos y empezaremos? ¿Prefieres beber algo antes?

-No, no deseo beber.

-Ni yo.

Gerald corrió el cerrojo de la puerta y apartó los muebles. El cuarto era grande, con espacio de sobra, espesamente alfombrado. Entonces se quitó rápidamente sus ropas y esperó a Birkin. Este, blanco y delgado, se aproximó a él. Birkin era más una presencia que un objeto visible; Gerald le veía completamente, pero en realidad no de un modo visual. Mientras que Gerald era en cambio concreto y perceptible, un trozo de pura sustancia final.

-Ahora -dijo Birkin- te enseñaré lo que aprendí y lo que recuerdo. Déjame cogerte así...

Y sus manos se cerraron sobre el cuerpo desnudo del otro. Al momento siguiente había volteado con ligereza a Gerald, que quedó cabeza abajo contra su rodilla. Relajado, Gerald se puso en pie de un salto con ojos chispeantes.

-Eso es ingenioso -dijo-. Inténtalo otra vez ahora.

Los dos hombres empezaron a luchar. Eran muy distintos. Birkin, alto y estrecho, de huesos muy finos y delgados. Gerald, mucho más pesado y plástico. Sus huesos eran fuertes y redondos, sus miembros redondeados, todos sus contornos estaban hermosa y plenamente moldeados. Parecía tenerse en pie con un peso adecuado sobre el rostro de la tierra, mientras Birkin parecía tener el centro de gravedad en su propia mitad. Y Gerald tenía una fuerza rica, como friccional y más bien mecánica, pero repentina e invencible, mientras Birkin era abstracto hasta el punto de ser casi intangible. Chocaba con el otro invisiblemente, sin parecer tocarle apenas, como una tela, pero de repente atacaba de un modo tenso y bello que parecía penetrar hasta la médula misma del ser de Gerald.

Se detuvieron, analizaron métodos, practicaron presas y volteos, se acostumbraron el uno al otro, el uno al ritmo del otro y lograron una especie de mutuo entendimiento físico. Y luego celebraron de nuevo una verdadera lucha. Parecían empujar su carne blanca más y más profundamente el uno contra el otro, como si fuesen a acabar

estallando en una singularidad. Birkin tenía una gran energía sutil que presionaba sobre el otro con fuerza misteriosa, sobrecargándole como si fuese un hechizo. Luego se desvanecía, y Gerald respiraba libre, con movimientos blancos, jadeantes, deslumbrantes.

Así se entremezclaron y lucharon el uno contra el otro, más y más cerca. Ambos eran blancos y de piel clara, pero Gerald se arrebataba cuando era tocado, y Birkin permanecía blanco y tenso. Parecía penetrar en la masa más sólida y difusa de Gerald para fundir su cuerpo a través del cuerpo del otro, como si pretendiera someterlo sutilmente, apresando siempre con alguna anticipación necromántica rápida cada movimiento de la otra carne, desviándola y contraatacando, actuando sobre los miembros y el tronco de Gerald como un viento duro. Era como si toda la inteligencia física de Birkin penetrase en el cuerpo de Gerald, como si su energía fina y sublimada penetrase en la carne del hombre más lleno como una especie de potencia, lanzando una red fina, una cárcel, sobre los músculos y hacia las profundidades mismas del ser físico de Gerald.

Así lucharon veloz y apasionadamente, resueltos y sin mente al fin, dos figuras blancas esenciales esforzándose en una singularidad más estrecha y próxima de lucha, con un extraño anudamiento de pulpo y un brillar de miembros bajo la moderada luz del cuarto; un tenso nudo blanco de carne aferrado en silencio entre los muros de viejos libros marrones. Una y otra vez se oía un agudo jadeo o un sonido semejante a un suspiro, luego el rápido sonido amortiguado del movimiento sobre el suelo de alfombra espesa, el ruido extraño de carne escapando bajo carne. En el nudo blanco de violento ser vivo que oscilaba silenciosamente no había a menudo cabeza visible, sólo se divisaban miembros veloces, tensos, las sólidas espaldas blancas, la conjunción física de dos cuerpos aferrados en una singularidad. Entonces aparecía la cabeza centelleante y despeinada de Gerald cuando la lucha cambiaba, y luego durante un momento la cabeza parda y como una sombra del otro hombre se alzaba desde el conflicto, con los ojos abiertos de par en par, terribles y sin visión.

Al final, Gerald quedó tumbado de espaldas, inerte, sobre la alfombra, alzándose su pecho con un gran jadeo lento, mientras Birkin se arrodillaba sobre él casi inconsciente. Birkin estaba mucho más agotado. Respiraba en jadeos pequeños y cortos, apenas podía respirar en absoluto. La tierra parecía balancearse y oscilar, y una oscuridad completa estaba cubriendo su mente. No sabía qué pasaba. Se deslizó hacia adelante, cayendo inconsciente sobre Gerald, y Gerald no se dio cuenta. Luego recuperó una media consciencia, percibiendo sólo el extraño movimiento de balanceo y deslizamiento del mundo. El mundo se estaba deslizando, todo se estaba deslizando hacia la oscuridad. Y él se estaba deslizando interminablemente, interminablemente hacia la lejanía.

Recobró la conciencia al escuchar un inmenso ruido fuera. ¿Qué podía estar sucediendo, qué pasaba, qué era el gran ruido como de martillo resonando por la casa? No lo sabía. Y entonces le vino la idea de que eran los latidos de su propio corazón. Pero eso parecía imposible, el ruido estaba fuera. No, estaba dentro de él, era su propio corazón. Y los latidos eran dolorosos de tan tensos y sobrecargados. Se preguntó si Gerald los escucharía. No sabía si estaba de pie, tumbado o cayendo.

Cuando comprendió que había caído postrado sobre el cuerpo de Gerald se asombró, quedó sorprendido. Pero se incorporó sujetándose con la mano y esperando que su corazón fuese deteniéndose y haciéndose menos doloroso. Le dolía mucho y se llevaba su conciencia.

Sin embargo, Gerald estaba aún menos consciente que Birkin. Esperaron

oscuramente, en una especie de no-ser, durante muchos minutos desconocidos, sin contar.

-Naturalmente... -jadeó Gerald-, yo no necesitaba ser áspero... contigo..., necesitaba retener... mi fuerza...

Birkin escuchó el sonido como si su propio espíritu estuviera de pie tras él, fuera de él, oyéndolo. Su cuerpo estaba en un trance de agotamiento, su espíritu apenas escuchaba. Su cuerpo no podía responder. Sólo sabía que su corazón estaba aquietándose. Estaba completamente dividido entre su espíritu, que permanecía fuera y sabía, y su cuerpo, que era un pulsar inconsciente de sangre.

-Podría haberte tirado... usando violencia... -jadeó Gerald-. Pero me ganaste con bastante corrección.

-Sí -dijo Birkin, endureciendo su garganta y produciendo las palabras en esa tensión-, eres mucho más fuerte que yo..., podrías ganarme... fácilmente.

Se relajó entonces de nuevo a la terrible palpitación de su corazón y su sangre.

-Me sorprendió -jadeó Gerald- la fuerza que tienes. Casi sobrenatural.

-Durante un momento -dijo Birkin.

Seguía escuchando como si fuese su propio espíritu desencarnado el que oyese, situado detrás de él a alguna distancia. Sin embargo, su espíritu se aproximaba. Y la violenta palpitación de la sangre en su pecho estaba aquietándose, permitiendo a su mente el regreso. Comprendió que estaba apoyándose con todo su peso sobre el cuerpo suave del otro hombre. Quedó atónito, porque pensaba haberse retirado. Se recobró y se sentó. Pero seguía vago y sin estabilidad. Sacó la mano para sujetarse. Tocó la mano de Gerald, que yacía en el suelo. Y la mano de Gerald se cerró cálida y repentina sobre la de Birkin, permanecieron exhaustos y sin aliento con las manos entrelazadas estrechamente. Era la mano de Birkin la que, respondiendo rápidamente, se había cerrado en un abrazo fuerte y cálido sobre la del otro. El apretón de Gerald había sido repentino y momentáneo.

Sin embargo, la conciencia normal estaba volviendo, refluyendo. Birkin podía respirar casi naturalmente de nuevo. La mano de Gerald se retiró lentamente; Birkin se puso de pie despacio como aturdido, dirigiéndose hacia la mesa. Se sirvió un whisky con soda. Gerald fue también a procurarse una bebida.

-Fue una verdadera lucha, ¿no? -dijo Birkin, mirando a Gerald con ojos oscurecidos.

-Vive Dios que sí -dijo Gerald.

Miró el cuerpo delicado del otro hombre y añadió: -No fue demasiado para ti, ¿verdad?

-No. Uno debería luchar y esforzarse y estar físicamente cerca. Le pone a uno sano.

-¿Piensas eso?

-Sí. ¿Tú no?

-Sí -dijo Gerald.

Había largos espacios de silencio entre sus palabras.

La lucha tenía algún significado profundo para ellos..., un significado sin terminar.

-Somos íntimos mental, espiritualmente; en consecuencia, debiéramos ser íntimos también físicamente, en mayor o menor medida..., es más completo.

-Ciertamente -dijo Gerald.

Luego sonrió agradablemente, añadiendo:

-Es bastante asombroso para mí. Estiró los brazos con gracia.

-Sí -dijo Birkin-. No sé por qué tendría uno que justificarse.

-No.

Los dos hombres empezaron a vestirse.

-También pienso que eres bello -dijo Birkin a Gerald-, y eso es gozoso. Uno debiera gozar de lo que es dado.

-Piensas que soy bello..., ¿quieres decir físicamente? -preguntó Gerald con destellos en los ojos.

-Sí. Tienes un tipo septentrional de belleza, como luz reflejada desde la nieve, y un cuerpo bello, plástico.

Sí, existe eso también para ser gozado. Deberíamos gozar de todo.

Gerald rió en su garganta y dijo:

-Desde luego es un modo de verlo. Yo puedo decir

que me siento mejor. Me ha ayudado sin duda. ¿Es esto la Bruderschaft que deseabas?

-Quizá. ¿Piensas que esto compromete a algo?

-No sé -rió Gerald.

-En cualquier caso, uno se siente más libre y más abierto ahora..., y eso es lo que deseamos.

-Ciertamente -dijo Gerald.

Se acercaron al fuego con las botellas, los vasos y la comida.

-Siempre como un poco antes de irme a la cama -dijo Gerald-. Duermo mejor.

-Yo no debería dormir tan bien -dijo Birkin.

-¿No? Mira tú que no somos semejantes. Me pondré una bata.

Birkin quedó solo mirando el fuego. Su mente había retornado a Ursula. Ella parecía volver de nuevo a su conciencia. Gerald bajó con una bata de seda con anchas rayas negras y verdes, brillante y escandalosa.

-Estás muy bien -dijo Birkin mirando la prenda.

-Era un caftán en Bokhara -dijo Gerald-. Me gusta.

-A mí también.

Birkin estaba silencioso, pensando lo escrupuloso que era Gerald en su vestuario y cuánto se gastaba también. Llevaba calcetines de seda, pasadores finamente labrados y ropa interior toda de seda. ¡Curioso! Esa era otra de las diferencias entre ellos. Birkin era descuidado y falto de imaginación respecto de su propia apariencia.

-Naturalmente -dijo Gerald como si hubiera estado pensando-, hay algo curioso en ti. Eres curiosamente fuerte. Uno no se lo esperaba, es bastante sorprendente.

Birkin rió. Estaba mirando la hermosa figura del otro hombre, rubio y apuesto en la elegante prenda, y estaba medio pensando en la diferencia entre ellos..., tan diferentes; quizá tan distantes como el hombre de la mujer, aunque en otra dirección. Pero realmente era Ursula, la mujer, quien estaba ganando ascendencia sobre el ser de Birkin en ese momento. Gerald se estaba apagando de nuevo, escapándose fuera de él.

-¿Sabes -dijo de repente- que fui y le propuse matrimonio a Ursula Brangwen esta noche?

Vio el brillante y vacío asombro invadir el rostro de Gerald.

-¿Lo hiciste?

-Sí. Casi formalmente..., hablando primero con el padre, como el mundo manda..., aunque eso fuese un accidente... o un infortunio.

Gerald se limitaba a mirarle asombrado, como sin entender del todo.

-¿Quieres decir que fuiste seriamente y le pediste al padre que te permitiese casarte con ella?

-Sí -dijo Birkin-, lo hice.

-Pero ¿qué?, ¿habías hablado con ella antes sobre el asunto, verdad?

-No, ni una palabra. De repente pensé en ir allí y pedírselo..., y resultó que en vez de ella estaba su padre..., por lo cual se lo pedí a él primero.

-¿Si podías casarte con ella? -concluyó Gerald.

-Síí, eso.

-¿Y no hablaste con ella?

-Sí. Ella vino después. Con lo cual se lo dije también.

-¡Vaya! ¿Y qué dijo ella entonces? ¿Eres ya un hombre comprometido?

-No..., ella sólo dijo que no deseaba verse forzada responder.

-¿Ella qué?

-Dijo que no deseaba verse forzada a contestar.

-¡Dijo que no deseaba verse forzada a contestar! Anda, ¿qué quiso decir con eso?

Birkin se sacudió de hombros.

-No puedo decírtelo -repuso-. Supongo que en ese instante no deseaba ser molestada.

-¿Pero es realmente así? ¿Y qué hiciste tú entonces?

-Me fui de la casa y vine aquí.

-¿Viniste aquí directamente?

-Sí.

Gerald le miró asombrado y divertido. No lograba asimilarlo.

-Pero ¿es esto realmente cierto, como me lo dices ahora?

-Palabra por palabra. -¿Lo es?

Se reclinó en su silla, colmado de deleite y diversión.

-Bueno, eso está bien -dijo-. Así que viniste aquí a luchar con tu ángel bueno, ¿eh?

-¿Eso hice? -dijo Birkin.

-Bueno, eso parece. ¿No es eso lo que hiciste? Ahora era Birkin quien no podía seguir la pista al significado de Gerald.

-¿Y qué va a suceder? -dijo Gerald-. ¿Vas a mantener la proposición abierta, por así decirlo?

-Supongo que sí. Me había prometido mandarles a todos al infierno. Pero supongo que se lo pediré de nuevo, dentro de un poco.

Gerald le contemplaba fijamente.

-¿Entonces la quieres? -preguntó.

-Pienso... que la amo -dijo Birkin mientras su rostro se ponía muy fijo e inmóvil.

Gerald lanzó destellos de placer durante un momento, como si se tratase de algo hecho especialmente para complacerle. Luego su rostro asumió una gravedad adecuada y asintió lentamente con la cabeza.

-Ya sabes -dijo él- que siempre creí en el amor..., en el verdadero amor. ¿Pero

dónde lo, encuentra uno hoy en día?

-No lo sé -dijo Birkin.

-Muy rara vez -dijo Gerald.

Luego tras una pausa:

-Yo nunca lo he sentido..., no lo que yo llamaría amor. He ido detrás de mujeres... y me han atraído bastante algunas de ellas, pero nunca he sentido amor. No creo que haya sentido nunca tanto amor hacia una mujer como el que te tengo..., no amor. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-Sí. Estoy seguro de que nunca has amado a una mujer.

-¿Sientes eso? ¿Y piensas que alguna vez me enamoraré? ¿Entiendes lo que quiero decir?

Se puso la mano en el pecho, cerrando allí el puño como si fuese a sacar algo.

-Quiero decir eso..., eso..., no puedo expresar lo que es, pero lo conozco.

-¿Qué es entonces? -preguntó Birkin.

-Mira, no puedo ponerlo en palabras. En cualquier caso, quiero decir algo comprometedor, algo que no puede cambiar...

Sus ojos estaban brillantes y desorientados.

-¿Piensas que alguna vez sentiré eso por alguna mujer? -dijo ansiosamente.

Birkin le miró y sacudió la cabeza.

-No lo sé -lijo-. No podría decirlo.

Gerald. Había estado sobre el qui vive como esperando su destino. Ahora se reclinó en su silla.

-No -dijo él-, y yo tampoco.

-Somos distintos tú y yo -dijo Birkin-. No puedo saber tu vida.

-No -dijo Gerald-, yo tampoco. Pero te digo que... empiezo a dudarlo.

-¿Que llegues a amar alguna vez a una mujer?

-Bien.. , sí.... lo que llamarías verdaderamente amor...

-¿Lo dudas?

-Bien..., empiezo a dudarlo. Hubo una larga pausa.

-La vida tiene todo tipo de cosas -dijo Birkin-. No hay sólo un camino.

-Sí, yo creo eso también. Lo creo y te aseguro que no me importa lo que vaya a ser de mí..., no me importa..., mientras sienta...

Se detuvo, y una mirada vacía, estéril, cruzó por su rostro para expresar su sentimiento:

-Mientras sienta que he vivido, de algún modo..., no me importa cómo, pero deseo sentirme...

-Cumplido -dijo Birkin.

-Bien, quizá es cumplido; no utilizo las mismas palabras que tú.

-Es lo mismo.

21. UMBRAL

Gudrun estaba en Londres, celebrando una pequeña exposición de sus obras en.la sala de un amigo y haciendo algunas pesquisas, preparándose para escapar de Beldover. Pasase lo que pasase, dentro de muy poco estaría viajando. Allí recibió una carta de Winifred Crich adornada con dibujos.

«Padre ha estado también en Londres para que le viesen los médicos. Se quedó muy cansado. Ellos dicen que debe descansar mucho, por lo cual se pasa la mayor parte del tiempo en la cama. Me trajo un encantador periquito tropical en porcelana de Dresde, así como un hombre arando y dos ratones trepando por un tallo. Los ratones son fayenza de Copenhague. Son los mejores, pero los ratones no brillan tanto, aunque son muy buenos y sus colas finas y largas. Todos brillan casi como el cristal. En el esmalte, naturalmente, pero no me gusta. A Gerald lo que más le gusta es el hombre arando, tiene los pantalones desgarrados y utiliza un buey, supongo que es un campesino alemán. Es todo gris y blanco, camisa blanca y pantalones grises, pero muy brillante y limpio. Al señor Birkin lo que más le gusta es la muchacha bajo el arbusto de espinos florecido con una oveja y narcisos pintados en la falda, que está en el cuarto de estar. Pero es una tontería, porque la oveja no es una oveja verdadera y es tonta igualmente.

»Querida señorita Brangwen, ¿va a volver pronto? Por aquí la echamos mucho de menos. Incluyo un dibujo de mi padre sentado en la cama. Dice que espera que no nos abandone. Oh, querida señorita Brangwen, estoy segura de que no será así. Vuelva y traiga los hurones, son las criaturas más encantadoramente nobles del mundo. Podríamos esculpirlos en madera de acebo, jugando contra un fondo de hojas verdes. Oh, hagámoslo, porque son hermosísimos.

»Padre dice que podríamos tener un estudio. Gerald dice que fácilmente podríamos construir uno sobre los establos; bastaría poner ventanas en el tejado inclinado, cosa sencilla. Entonces podría usted estar allí todo el día y trabajar, y podríamos vivir en el estudio como dos verdaderas artistas, como el hombre del cuadro que hay en el vestíbulo, con la sartén y los muros cubiertos todos de dibujos. Deseo ser libre, vivir la vida libre de un artista. Hasta Gerald dijo a padre que sólo un artista es libre, porque vive en un mundo creativo propio.»

Gudrun captó la dirección de las intenciones familiares en esta carta. Gerald deseaba vincularla a la casa de Shortlands, estaba usando a Winifred como pretexto. El padre sólo pensaba en su hija, veía una piedra de salvación en Gudrun, y Gudrun le admiraba por su perspicacia. Además, la niña era realmente excepcional. Gudrun estaba bastante contenta. Se sentía bastante dispuesta a pasar los días en Shortlands si le daban un estudio. Le desagradaba ya profundamente la escuela, deseaba ser libre. Si le proporcionaban un estudio, seria libre para continuar con su trabajo y podría esperar el giro de los acontecimientos con una serenidad completa. Y estaba realmente interesada en Winifred, le gustaría entender a la muchacha.

En consecuencia, hubo una pequeña fiesta por parte de Winifred el día que Gudrun volvió a Shortlands.

-Deberías preparar un ramo de flores para dárselo a la señorita Brangwen cuando llegue -dijo Gerald sonriendo a su hermana.

-Oh, no -exclamó Winifred-, es una tontería.

-Para nada. Es una atención muy común y encantadora.

-Oh, es una tontería -protestó Winifred con toda la extremada mauvaise honre de

sus años.

Sin embargo, le atraía la idea. Deseaba mucho llevarla adelante. Vagó por los invernaderos contemplando con envidia las flores sobre sus tallos. Y cuanto más miraba y más ansiaba tener un ramo de las flores que veía, más le iba fascinando su pequeña visión de ceremonia y más consumidamente tímida y azorada se iba poniendo, hasta que casi se encontraba fuera de sí. No podía quitarse la idea de la cabeza. Era como si la impulsase algún desafío misterioso y como si no tuviese coraje suficiente para aceptar el reto. Con lo cual vagó nuevamente por los invernaderos, mirando las encantadoras rosas en sus macetas, los virginales ciclámenes y los enjambres blancos místicos de una trepadora. La belleza, oh, la belleza de esas flores, y oh, el júbilo paradisíaco que le daría tener un ramo, perfecto y poder dárselo a Gudrun el día siguiente. Su pasión y su indecisión completa casi la ponían enferma.

Al fin se deslizó junto a su padre.

-Papá... -dijo.

-¿Qué, preciosa?

Pero ella se retrajo en su sensible confusión, con las lágrimas casi brotándole de los ojos. El padre la miró y su corazón quedó calentado de ternura, una angustia de amor punzante.

-¿Qué quieres decirme, amor mío?

-¡Papá...! -los ojos de la niña sonrieron lacónicamente-. ¿No será una tontería si le doy a la señorita Brangwen algunas flores cuando venga?

El hombre enfermo miró los ojos brillantes, conocedores, de su hija y le ardió de amor el corazón.

-No, querida, no es una tontería. Es lo que hacen con las reinas.

Esto no devolvía mucho la confianza a Winifred. Medio sospechaba que las propias reinas eran una tontería. Sin embargo, deseaba muchísimo su pequeña ocasión romántica.

-¿Lo hago entonces? -preguntó.

-¿Darle algunas flores a la señorita Brangwen? Hazlo, pajarito. Dile a Wilson de mi parte que te dé lo que desees.

La criatura sonrió sutil e inconscientemente para sí, anticipando su camino.

-Pero no las cogeré hasta mañana -dijo.

-No hasta mañana, pajarito. Dame un beso entonces.

Winifred besó silenciosamente al enfermo y se deslizó fuera del cuarto. Fue de nuevo a los invernaderos para informar al jardinero con sus modales altivos, perentorios y simples de lo que quería, diciéndole todos los capullos y flores que había seleccionado.

-¿Para qué los quiere? -preguntó Wilson.

-Los quiero -dijo ella.

Deseaba que los sirvientes no hiciesen preguntas.

-Ay, ya lo he oído. Pero ¿para qué los quiere, para decoración de la casa, para enviar fuera o para qué?

-Los quiero para un ramo de presentación.

-¡Un ramo de presentación! ¿Quién va a venir...? ¿La duquesa de Portland?

-No.

-Oh, ¿no es ella? Bueno, si pone todo lo que ha mencionado tendrá un ramo muy extraño.

-Sí, quiero un ramo muy extraño.

-¡Lo quiere! Entonces no hay más que hablar.

Al día siguiente, con un vestido de terciopelo plateado, y sujetando un vistoso ramo de flores en la mano, Winifred esperaba con aguda impaciencia en el cuarto de estudio, mirando hacia el camino en espera de Gudrun. Era una mañana húmeda. Bajo su nariz había la extraña fragancia de las flores del invernadero; el ramo era para ella un pequeño fuego, parecía tener un extraño fuego nuevo en su corazón. Esta leve sensación de aventura la agitaba como una droga.

Al fin vio a Gudrun llegando y bajó las escaleras para prevenir a su padre y a Gerald. Ellos, riendo ante su ansiedad y seriedad, fueron con ella al vestíbulo. El mayordomo llegó apresurándose a la puerta para aliviar a Gudrun de su paraguas y luego de su abrigo. El grupo de bienvenida se mantuvo retraído hasta que el visitante penetró en el vestíbulo.

Gudrun estaba arrebatada con la lluvia, el pelo se le había rizado en pequeños tirabuzones sueltos; era, como una flor recién abierta bajo la lluvia, apenas visible el corazón y pareciendo emitir una calidez de sol retenido. Gerald se estremeció espiritualmente viéndola tan hermosa y desconocida. Llevaba un traje azul suave, y sus medias eran rojo oscuro.

Winifred avanzó con una formalidad rara, majestuosa.

-Nos alegramos tanto de que haya vuelto -dijo-. Aquí están sus flores.

Presentó el ramo.

-¡Mías! -exclamó Gudrun.

Quedó suspendida un instante y luego se sonrojó vivamente, como si hubiese sido cegada durante un momento por una llama de placer. Entonces sus ojos, raros y llameantes, se levantaron y miraron al padre y a Gerald. Y de nuevo Gerald se hundió en su espíritu, como si fuese más de lo que podía soportar el que los ojos calientes y expuestos de ella descansasen sobre él. Había algo tan revelado, ella estaba revelada más allá de lo soportable ante sus ojos. Gerald volvió el rostro hacia un lado. Y notó que sería incapaz de mirarla frente a frente. Y tembló bajo el encarcelamiento.

Gudrun metió el rostro entre las flores.

-¡Pero qué hermosas son! -dijo con voz ahogada.

Entonces, con una pasión extraña, revelada de repente, se inclinó y besó a Winifred.

El señor Crich se adelantó tendiéndole la mano.

-Temía que fuese a escaparse de nosotros -dijo en broma.

Gudrun le miró con un rostro luminoso, pícaro, desconocido.

-¡Vaya! -repuso ella-. No deseaba permanecer en Londres.

Su voz parecía implicar que le alegraba volver a Shortlands, su tono era cálido y sutilmente acariciador.

-Eso es bueno -sonrió el padre-. Como puede ver, es muy bien venida entre nosotros.

Gudrun sólo miró su rostro con ojos azul oscuro, cálidos, tímidos. Se veía arrastrada inconscientemente por su propio poder.

-Y tiene el aspecto de haber vuelto a casa con todos los triunfos -continuó el señor Crich mientras le sujetaba la mano.

-No -dijo ella, brillando extrañamente-. No he tenido ningún triunfo hasta venir

aquí.

-¡Ah, venga, venga! No vamos a escuchar ninguno de esos cuentos. ¿No hemos leído reseñas en el periódico, Gerald?

-Saliste muy bien parada -dijo Gerald estrechándole la mano-. ¿Vendiste algo?

-No -dijo ella-, no mucho.

-Da igual -dijo él.

Ella se preguntó qué quería él decir. Pero estaba toda aturdida por la recepción, arrastrada por esta pequeña ceremonia halagüeña.

-Winifred -dijo el padre-, ¿tienes un par de zapatos para la señorita Brangwen? Más le valdría cambiárselos inmediatamente...

Gudrun salió con el ramo en la mano.

-Notable mujer -dijo el padre a Gerald cuando hubo desaparecido.

-Sí -repuso brevemente Gerald, como si no le gustase la observación.

Al señor Crich le gustaba que Gudrun se sentase con él media hora. Por lo general, estaba ceniciento y enfermizo, vacío de vida. Pero tan pronto como mejoraba le gustaba hacer creer que estaba igual que antes, bastante bien y en mitad de la vida, no la del otro mundo, sino en mitad de una vida fuerte y esencial. Y Gudrun contribuía perfectamente a esta creencia. Con ella, él podía conseguir, mediante estimulación, esas preciosas medias horas de fuerza, exaltación y libertad para donde parecía vivir más de la que había vivido jamás.

Ella se aproximó a él, que permanecía apoyado contra las anaquelerías de libros. El rostro de Crich era como cera amarilla, oscurecidos y como sin visión los ojos. Su barba negra, surcada ahora de gris, parecía brotar de la carne cerúlea de un cadáver. Sin embargo, la atmósfera que le rodeaba era enérgica y muy animada. Gudrun se plegó a esto perfectamente. Para su imaginación él era sencillamente un hombre común. Sólo por debajo de su conciencia aparecía su aspecto más bien terrible fotografiado en el alma de ella. Gudrun sabía que, a pesar de su animación, los ojos no podían variar desde su oscurecida ausencia; eran los ojos de un hombre que está muerto.

-Ah, aquí está la señorita Brangwen -dijo enderezándose de repente cuando ella entraba anunciada por el mayordomo-. Thomas, póngale allí una silla a la señorita Brangwen.

Miró el rostro suave y lozano de ella con placer. Le proporcionaba la ilusión de la vida.

-Ahora se tomará un vaso de coñac y un poquito de pastel. Thomas...

-No, gracias -dijo Gudrun.

Y tan pronto como dijo esto su corazón se hundió horriblemente. El enfermo pareció caer en un abismo de muerte ante su negativa. Ella debía seguirle, sin contradicción. Un instante después estaba sonriendo con su sonrisa más bien pícara.

-No me gusta mucho el coñac -dijo ella-. Pero me gusta casi cualquier otra cosa.

El hombre enfermo se asió instantáneamente a la oportunidad.

-¡Coñac, no! ¡No! ¡Otra cosa! ¿Qué entonces? ¿Qué hay, Thomas?

-Oporto... Curaçao...

-Me encantaría algo de Curaçao -dijo Gudrun mirando confiadamente al enfermo.

-Le gustaría. Bien, Curaçao entonces, Thomas..., y ¿un poco de pastel o una galleta?

-Una galleta -dijo Gudrun. No deseaba nada, pero era sabia.

-Sí.

El esperó hasta que ella estuvo sentada con una pequeña copa y su galleta. Entonces quedó satisfecho.

-¿Ha oído hablar del plan -dijo con cierta excitación- de un estudio para Winifred sobre los establos?

-¡No! -exclamó Gudrun, aparentando gran sorpresa.

-¡Oh...!, ¡pensé que Winnie se lo había dicho en su carta!

-Oh..., si..., desde luego. Pero creí que era quizá sólo una idea suya...

Gudrun sonrió sutil, indulgentemente. El enfermo rió también, jubiloso.

-Oh, no. Es un verdadero proyecto. Hay un cuarto bueno bajo el tejado de los establos.... con techos inclinados. Habíamos pensado convertirlo en un estudio.

-¡Verdaderamente, qué agradabilísimo sería! -exclamó Gudrun con excitado calor.

El pensamiento de los techos inclinados la estimulaba.

-¿Así lo piensa? Bien, puede ser hecho.

-¡Pero qué perfectamente espléndido para Winifred! Desde luego, es justamente lo que hacía falta si ella piensa trabajar seriamente. Una debe tener su propio taller, en otro caso nunca dejará de ser un amateur.

-¿Es eso así? Sí. Naturalmente, me gustaría que lo compartiese con Winifred.

-Muchas gracias.

Gudrun sabía ya todas esas cosas, pero debía parecer tímida y muy agradecida, como abrumada.

-Naturalmente, lo que a mí me gustaría más es que pudiese abandonar su trabajo en la escuela y usara el estudio para su trabajo..., mucho o poco, según prefiera...

Miró a Gudrun con ojos oscuros, vacantes. Ella le devolvió la mirada como si estuviese llena de gratitud. Esas frases de un hombre moribundo eran muy completas y naturales, llegaban como ecos a través de su boca muerta.

-Y en cuanto a sus ingresos..., ¿no le importaría aceptar de mí lo que estaba cobrando del Comité de Educación? No deseo que pierda en el cambio.

-Oh -dijo Gudrun-, si tengo el estudio y puedo trabajar allí me será fácil ganar suficiente dinero, realmente.

-Bien -dijo él, complacido siendo el benefactor-, ya veremos en cuanto a todo eso. ¿No le importaría pasar sus días aquí?

-Si hubiese un estudio donde trabajar -dijo Gudrun-, no podría pedir nada mejor.

-¿Realmente?

El estaba muy satisfecho, pero se estaba fatigando ya. Ella pudo ver la semiconciencia gris y horrenda del mero dolor y la disolución invadiéndole de nuevo, la tortura llegando a la vaciedad de sus ojos oscurecidos. No había terminado aún este proceso de muerte. Ella se levantó suavemente diciendo:

-Quizá se duerma. Debo cuidar de Winifred.

Salió, diciendo a la enfermera que le había dejado solo. Día a día el tejido del enfermo se reducía más y más, el proceso se hacía más y más próximo, acercándose al último nudo que mantenía al ser humano en su unidad. Pero este nudo estaba duro y sin relajar, la voluntad del moribundo no cedía. Podía estar muerto en nueve décimas partes, pero la décima restante permanecía inmodificada hasta que él también se desgarrara. Con la voluntad, él mantenía firme su unidad, pero el círculo de su poder se reducía más y más, se reduciría al final a un punto y luego sería barrido.

Para pegarse a la vida debía pegarse a las relaciones humanas y aprovechar cualquier oportunidad. Winifred, el mayordomo, la enfermera, Gudrun, significaban todo para él, eran los últimos recursos. En presencia de su padre, Gerald se ponía rígido de repulsión. Lo mismo sucedía, en menor grado, con todos los demás niños, excepto Winifred. No podían ver cosa distinta de la muerte cuando miraban a su padre. Era como si les venciese algún desagrado subterráneo. No podían ver él rostro familiar, escuchar la voz familiar. Estaban abrumados por la antipatía ante la muerte visible y audible. Gerald no podía respirar en presencia de su padre. Debía salir inmediatamente. Y por eso, del mismo modo, el padre no podía soportar la presencia de su hijo. Lanzaba una irritación final por el alma del moribundo.

El estudio se preparó, Gudrun y Winifred se mudaron allí. Disfrutaron mucho ordenándolo y disponiéndolo. Y ahora apenas necesitaban estar para nada en la casa. Comían en el estudio y vivían allí tranquilas. Porque la casa estaba empezando a ser horrorosa. Había dos enfermeras de blanco paseando silenciosamente, como heraldos de la muerte. El padre estaba confinado a su cama, había un ir y venir de hermanas, hermanos y niños sotto-voce.

Winifred era la visita constante de su padre. Todas las mañanas después del desayuno iba a su cuarto, cuando él estaba levantado e incorporado en la cama, para pasar media hora con él.

-¿Estás mejor, papaíto? -preguntaba invariablemente.

Y él contestaba invariablemente:

-Sí, creo que estoy un poco mejor, encanto.

Ella le sujetaba una mano entre las dos suyas, amorosa y protectoramente. Y esto le era muy querido a él.

La niña solía entrar de nuevo por regla general a la hora de almorzar, para contarle el curso de los acontecimientos, y todas las noches -cuando las cortinas estaban corridas y el cuarto resultaba acogedor- pasaba largo tiempo con él. Gudrun se había ido,' Winifred estaba sola en la casa; lo que más le gustaba era estar con su padre. Hablaban y charlaban al azar, él siempre como si se sintiese bien, igual que cuando no estaba en la cama. Por lo mismo, Winifred, con el instinto sutil de una criatura para evitar las cosas dolorosas, se comportaba como si no pasase nada serio. Suspendía instintivamente su atención y era feliz. Pero su alma tan remota sabía tanto como los adultos: quizá más.

Su padre estaba complacido con esa mentira piadosa, aunque cuando se iba se hundía bajo la miseria de su disolución. Pero había aún esos momentos brillantes, si bien a medida que su fuerza se desvanecía iba debilitándose también su facultad de atención, y la enfermera tenía que mandar fuera a Winifred para salvarle del agotamiento.

El nunca admitió que iba a morir. Sabía que era así, sabía que era el fin, pero ni siquiera a sí mismo se lo admitió. Odiaba mortalmente el hecho. Su voluntad era rígida. No podía soportar ser vencido por la muerte. Para él no había muerte. Y, sin embargo, sentía a veces una gran necesidad de gritar, y llorar, y quejarse. Le hubiese gustado llorarle a voz en grito a Gerald, para expulsarle con el horror de su compostura. Gerald era instintivamente consciente de esto, y retrocedía evitando cualquier cosa semejante. Esa falta de limpieza de la muerte le repelía demasiado. Uno debería morir rápidamente, como los romanos; uno debería ser el señor del destino propio a la hora de morir tanto como a la hora de vivir. Estaba convulso en manos de esta muerte de su padre, como en los anillos de la gran serpiente del Laoconte. La gran serpiente había cogido al padre, y el

hijo era arrastrado al abrazo de la muerte horrenda junto con él. El se resistía siempre, y de algún extraño modo era una torre de fuerza para su padre.

La última vez que el moribundo pidió ver a Gudrun estaba gris por la muerte próxima. Pero debía ver a alguien, debía en los intervalos de conciencia establecer alguna conexión con el mundo viviente, o en otro caso se vería obligado a aceptar su propia situación. Afortunadamente, se pasaba la mayoría del tiempo aturdido y medio ido. Y pasaba muchas horas pensando en tinieblas sobre el pasado, reviviendo por así decir sus viejas experiencias. Pero a veces era capaz de comprender hasta el final lo que le estaba aconteciendo en el presente, la muerte que estaba sobre él. Y en esos momentos recurría al exterior pidiendo ayuda de quien fuese. Para comprender que esta muerte que estaba muriendo era una muerte más allá de la muerte, sin resurrección futura. Era una admisión que jamás debiera hacerse.

Gudrun quedó conmovido por su aspecto, por los ojos oscurecidos y casi desintegrados que permanecían todavía firmes e inconquistados.

-Bien -dijo él en su voz debilitada-. ¿Y cómo se están llevando Winifred y usted?

-Oh, realmente muy bien -repuso Gudrun.

Había leves espacios muertos en la conversación, como si las ideas invocadas fuesen sólo briznas alusivas flotando sobre el caos tenebroso de la muerte del enfermo.

-¿Responde bien el estudio?

-Espléndidamente. No podría ser más hermoso y perfecto -dijo Gudrun.

Esperó la próxima cosa que dijera él.

-¿Y cree que Winifred tiene hechuras de escultora? Era extraño lo vacías y sin sentido que resultaban las palabras.

-Estoy segura. Un día hará cosas buenas.

-¡Ah! Entonces su vida no se perderá completamente, ¿verdad?

Gudrun estaba más bien sorprendida.

-¡Desde luego que no! -exclamó suavemente.

-Está bien.

Gudrun esperó nuevamente lo que él dijese.

-Encontrará usted agradable la vida, que es bueno vivir, ¿verdad? -preguntó él con una sonrisa débil y digna de compasión que fue casi demasiado para Gudrun.

-Sí -sonrió ella, mintiendo al azar-, lo paso muy bien, según creo.

-Eso está bien. Una naturaleza feliz es una gran ventaja.

Gudrun sonrió de nuevo, aunque su alma estuviese seca de repulsión. ¿Había uno de morir así..., teniendo que extraerle la vida por la fuerza, mientras uno sonreía y daba conversación hasta el final? ¿No había otro camino? ¿Debía uno atravesar todo el horror de esta victoria sobre la muerte, el triunfo de la voluntad íntegra que no se rompería hasta desaparecer radicalmente? Uno debía, era el único camino. Ella admiraba la autoposesión y el control del moribundo muchísimo. Pero temía a la propia muerte. Estaba contenta de que el mundo cotidiano se mantuviese, contenta de no necesitar reconocer ninguna cosa más allá.

-¿Está bien aquí...? ¿No hay nada que podamos hacer por usted? ¿No hay nada que le parezca mal en su posición?

-Excepto que son ustedes demasiado buenos conmigo -dijo Gudrun.

-Ah, bien, la culpa es suya -dijo él, sintiendo una pequeña exaltación ante sus palabras.

¡Era aún tan fuerte y viviente! Pero la náusea de la muerte empezaba a insinuarse de nuevo sobre él, reaccionando.

Gudrun volvió con Winifred. Mademoiselle había dejado la casa; Gudrun pasaba buena parte del tiempo en Shortlands, y había venido un tutor a encargarse de la educación de Winifred. Pero no vivía en la casa, estaba conectado con la escuela.

Un día, Gudrun iba a ir en coche a la ciudad con Winifred, Gerald y Birkin. Era un día lluvioso y oscuro. Winifred y Gudrun estaban listas y esperando en la puerta. Winifred estaba muy silenciosa, pero Gudrun no lo había observado. De repente, la niña preguntó con una voz despreocupada:

-¿Piensa que mi padre va a morirse, señorita Brangwen?

Gudrun dio un respingo.

-No lo sé -repuso.

-¿De verdad que no lo sabe?

-Nadie lo sabe a ciencia cierta. Naturalmente, puede morir.

La niña meditó unos pocos momentos y luego preguntó:

-¿Pero piensa que se morirá?

Se lo planteaba casi como una pregunta de geografía o de ciencia, insistente, como queriendo forzar una admisión por parte del adulto: La criatura, observadora y levemente triunfante, era casi diabólica.

-¿Que si pienso que morirá? -repitió Gudrun-. Sí, lo pienso.

Pero los grandes ojos de Winifred estaban fijos sobre ella y la muchacha no se movió.

-Está muy enfermo -dijo Gudrun.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Winifred, sutil y escéptica.

-Yo no lo creo -afirmó burlonamente la niña, alejándose por el camino.

Gudrun contempló la figura aislada y su corazón se detuvo. Winifred estaba jugando con un pequeño curso de agua, absorta, como si no se hubiese dicho nada.

-He hecho una presa adecuada -dijo desde la húmeda distancia.

Gerald llegó a la puerta viniendo del vestíbulo.

-Es igual que elija no creerlo -dijo él.

Gudrun le miró. Sus ojos se encontraron e intercambiaron una comprensión irónica.

-Es igual -dijo Gudrun.

El la miró de nuevo, y un fuego centelleó en sus ojos.

-Es mejor bailar mientras Roma arde, ya que ha de arder, ¿no piensas? -dijo él.

Ella se sintió más bien repelida, pero, recomponiéndose, repuso:

-Oh..., desde luego, es mejor bailar que llorar.

-Así lo pienso.

Y ambos sintieron el deseo subterráneo de soltar amarras, de abandonar todo y hundirse, el deseo de un puro desenfreno, brutal y licencioso. Brotó una extraña pasión negra con pureza en Gudrun. Se sentía fuerte. Sentía que sus manos eran tan fuertes como para rasgar de cuajo el mundo. Gudrun recordó los abandonos de licenciosidad romana y se le calentó el corazón. Ella sabía que deseaba eso también..., o algo, algo equivalente. Ah, si lo que era desconocido y reprimido en ella se soltase de repente, qué acontecimiento orgiástico y satisfactorio sería. Y ella lo deseaba, temblaba levemente debido a la proximidad del hombre, que permanecía de pie justamente detrás de ella sugi-

riendo la misma licenciosidad negra que brotaba en Gudrun. Ella la deseaba con él, deseaba con él ese frenesí no reconocido. La clara percepción de esto la preocupó durante un momento, nítida y perfecta en su realidad definitiva. Entonces lo cortó por completo diciendo:

-Podríamos ir a la casita del guarda siguiendo a Winifred... y coger el coche allí.

-Podemos -repuso él acompañándola.

Encontraron a Winifred en la casa del guarda admirando la camada de cachorros blancos de pura sangre. La niña miró hacia arriba y hubo un matiz más bien feo y ciego en sus ojos cuando se volvió a Gerald y Gudrun. No deseaba verles.

-¡Mirad! -exclamó-. ¡Tres nuevos cachorros! Marshall dice que éste parece perfecto. ¿No es una ricura? Pero no es tan agradable como la madre.

Se volvió para acariciar a la bella bull-terrier blanca que permanecía inquieta junto a ella.

-Queridísima «lady Crich»» -dijo-. Eres tan hermosa como un ángel sobre la Tierra. Angel..., ángel..., ¿no piensas que es lo bastante buena y hermosa como para ir al cielo, Gudrun? Irán al cielo, seguro..., y espe- cialmente mi querida «lady Crich». ¡Señora Marshalll

-¿Sí, señorita Winifred? -dijo la mujer apareciendo en la puerta.

-Oh, hagan el favor de llamar a esta perrita «lady Winifred», si resulta ser perfecta. ¿Querrán? Dígale a Marshall que la llame «lady Winifred».

-Se lo diré..., pero temo que se trata de un cachorro caballero, señorita Winifred.

-¡Oh, no!

Se oyó el ruido de un coche.

-¡Allí está Rupert! -exclamó la niña corriendo hacia el portón.

Birkin, que conducía su coche, se detuvo fuera del portón de la casa.

-¡Estamos listos! -exclamó Winifred-. Quiero sentarme delante contigo, Rupert. ¿Puedo?

-Temo que te pondrás a jugar y te caerás -dijo él.

-No, no lo haré. Quiero sentarme en la parte delantera junto a ti. El motor me calienta muy bien los pies.

Birkin le ayudó a subir, divertido por mandar a Gerald a sentarse con Gudrun en la parte de atrás.

-¿Tienes alguna noticia, Rupert? -dijo Gerald en voz alta mientras corrían sobre los senderos.

-¿Noticias? -exclamó Birkin.

-Sí.

Gerald miró a Gudrun, que se sentaba a su lado, y dijo mientras se le estrechaban los ojos con la risa:

-Quiero saber si debemos felicitarlo, pero no consigo sacarle nada preciso.

Gudrun se sonrojó vivamente.

-¿Felicitarle por qué? -preguntó ella.

-Se mencionó un compromiso..., por lo menos él me dijo algo sobre el asunto.

Gudrun se arrebató oscuramente.

-¿Quieres decir con Ursula? -dijo desafiante.

-Sí. Es así, ¿verdad?

-No creo que haya compromiso alguno -dijo fríamente Gudrun.

-¿Es así? ¿Sigues sin novedades, Rupert? -gritó.

-¿Dónde? ¿Matrimoniales? No.

-¿Cómo es eso? -chilló Gudrun.

Birkin echó una rápida mirada hacia atrás. Había irritación en sus ojos también.

-¿Por qué? -repuso-. ¿Qué piensas de ello, Gudrun?

-Oh -exclamó, decidida a lanzar también su piedra al estanque, ya que ellos habían empezado-, no creo que ella desee un compromiso. Naturalmente, es un pájaro que prefiere el arbusto a la jaula.

La voz de Gudrun era clara y con resonancias de gong. Le recordaba a Rupert la de su padre, tan fuerte y vibrante.

-Y yo -dijo Birkin con un rostro bromista pero decidido- quiero un contrato vinculante, no me siento interesado en el amor, y especialmente en el amor libre.

Ambos estaban divertidos. ¿Por qué esa confesión pública? Gerald pareció detenerse un momento, divertido.

-¿El amor no es suficiente para ti? -gritó.

-¡No! -gritó Birkin.

-Ja, bien, eso es pasarse de refinado -dijo Gerald, y el coche corrió sobre el barro.

-¿Qué pasa realmente? -dijo Gerald volviéndose hacia Gudrun.

Esto significaba asumir una especie de intimidad que irritaba a Gudrun casi como una afrenta. Le parecía que Gerald estaba insultándola deliberadamente, violentando la decente privaticidad de todos ellos.

-¿Qué? -dijo en su voz alta y repelente-. ¡No me lo preguntes a mí! No sé nada sobre el matrimonio último, te lo aseguro: ni siquiera sobre el penúltimo.

-¡Sólo la marca común ingarantizable! -repuso Gerald-. Justamente así..., lo mismo aquí. No soy experto en matrimonio y en grados de irrevocabilidad. Pareces una abeja que zumba sonoramente en la boina de Rupert.

-¡Exactamente! ¡Pero ése es exactamente su problema! En vez de querer a una mujer por ella, desea que sus ideas se cumplan. Cosa que resulta insuficiente llevada a la verdadera práctica.

-Oh, no. Mejor buscar lo que es femenino en la mujer, como un toro en un portón.

Entonces él pareció brillar con tenue resplandor en sí mismo.

-Piensas que el amor es el billete, ¿no? -preguntó.

-Desde luego, mientras dura... Lo único que no se puede hacer es insistir en la permanencia -llegó la voz de Gudrun estridente por encima del ruido general.

-Matrimonio o no matrimonio, último o penúltimo, u simplemente tal y cual..., toma el amor cuando lo encuentres y como lo encuentres.

-Te guste o no te guste -añadió ella-. El matrimonio es un arreglo social; yo lo acepto, y nada tiene que ver con la cuestión del amor.

Los ojos de él estaban centelleando sobre ella todo el tiempo. Gudrun sentía como si él estuviese besándola libre y malevolentemente. Eso hacía que le ardiesen de rubor las mejillas, pero su corazón estaba libre y sin fallos.

-¿Piensas que Rupert está un poco desquiciado? -preguntó Gerald.

Los ojos de ella lanzaron un destello de reconocimiento.

-Sí, en cuanto concierne á una mujer -dijo ellalo creo. Hay cosa semejante á dos personas que se aman durante todas sus vidas... quizá. Pero el matrimonio no está ni aquí ni allá, incluso entonces. Si están enamorados, muy bien. Si no..., ¿por qué lamentarse

sobre el agua derramada?

-Sí -dijo Gerald-. Así es como lo pienso. Pero ¿qué hay sobre Rupert?

-No puedo explicármelo.... ni puede él, ni nadie. Parece pensar que si te casas puedes llegar a través del matrimonio á un tercer cielo, o algo así..., todo muy confuso.

-¡Mucho! ¿Y quién quiere un tercer cielo? De hecho, Rupert ansía mucho estar seguro, atarse al mástil.

-Sí. También me parece que está equivocado en eso -dijo Gudrun-. Estoy segura de' que una amante tiene muchas más probabilidades de ser fiel que una esposa..., justamente porque es su propia amante. No..., él dice creer que un hombre y una mujer pueden ir más allá que ninguna otra pareja de seres..., pero no explica dónde. Pueden conocerse el uno al otro celestial e infernalmente, aunque particularmente esto segundo de un modo tan ' perfecto que van más allá del cielo y el infierno..., hacia... allí se interrumpe todo..., ninguna parte.

-Hacia el paraíso dice él -rió Gerald. Gudrun se encogió de hombros.

-¡Je m'en fiche de vuestro paraíso! -dijo ella.

-No siendo un mahometano -dijo Gerald.

Birkin estaba sentado inmóvil conduciendo el coche, bastante inconsciente de lo que decían. Y Gudrun, sentada inmediatamente detrás de él, notaba una especie de placer irónico exponiéndole de ese modo.

-El dice -añadió ella con una mueca de ironíaque uno puede encontrar equilibrio eterno en el matrimonio si acepta el unísono y se mantiene a pesar de todo separado, sin intentar fundirse.

-No me inspira -dijo Gerald.

-Justamente -dijo Gudrun.

-Yo creo en el amor, en un verdadero abandon, si eres capaz -dijo Gerald.

-Lo mismo me pasa á mí.

-Y lo mismo le pasa a Rupert también..., aunque esté siempre gritando.

-No -dijo Gudrun-. No se abandonará á la otra persona. No puedes estar seguro de él. Creo que ése es el problema.

-¡Pero desea el matrimonio! Matrimonio..., et puis?

-¡Le paradis! -bromeó Gudrun.

Mientras conducía, Birkin notó una especie de escalofrío por la columna vertebral, como si alguien estuviese amenazando su cuello. Pero se encogió de hombros con indiferencia. Empezó á llover. Aquí había un cambio. Detuvo el coche y se bajó para poner la capota.

22. DE MUJER A MUJER

Llegaron a la ciudad y dejaron a Gerald en la estación de ferrocarril. Gudrun y

Winifred quedaron en tomar el té con Birkin, que esperaba también a Ursula. Sin embargo, la primera persona en aparecer por la tarde fue Hermione. Birkin estaba fuera, de manera que entró en el cuarto de estar y se quedó mirando sus libros y papeles, tocando el piano. Entonces llegó Ursula. Quedó sorprendida -desagradablemente- cuando vio a Hermione, de la cual no había oído hablar durante algún tiempo.

-Es una sorpresa verla -dijo.

-Sí -dijo Hermione-. Estuve en Aix...

-Oh, ¿por su salud?

-Sí.

Las dos mujeres se miraron. Ursula aborrecía el rostro largo, grave y cabizbajo de Hermione. Había en él algo de la estupidez y la propia estima no ilustrada de un caballo. «Tiene cara de caballo -se dijo Ursula-, corre entre anteojeras.» Parecía como si Hermione, semejante a la luna, tuviese sólo un lado de su moneda. No había reverso. Contemplaba todo el tiempo desde el mundo estrecho, pero para ella completo, de la conciencia inmediata. En la oscuridad no existía. Como la luna, una mitad de ella estaba perdida para la vida. Su yo estaba todo en su cabeza, no sabía lo que era correr o moverse espontáneamente, como un pez en el agua o una comadreja sobre la hierba. Para ella era preciso conocer siempre.

Pero Ursula padecía la unilateralidad de Hermione. Sólo sentía la fría evidencia de Hermione, que parecía rebajarla a nada. Hermione, que cavilaba y cavilaba hasta quedar exhausto con el dolor de su esfuerzo de conciencia, gastada y ajada en su cuerpo, que obtenía tan lenta y trabajosamente sus conclusiones definitivas y estériles de conocimiento, podía en presencia de otras mujeres -a quienes consideraba simplemente femeninas- llevar las conclusiones de su amarga certeza como joyas que le conferían una distinción incuestionable, que la establecían en un orden superior de la vida. Era mentalmente apta para condescender con mujeres como Ursula, a quienes consideraba puramente emocionales. Pobre Hermione, su única posesión era esta dolorosa certeza, su única justificación. Debía tener confianza allí, pues Dios sabe que se sentía rechazada y deficiente en todo lo demás. En la vida del pensamiento, del espíritu, era una de las elegidas. Y deseaba ser universal. Pero había un cinismo devastador en su fondo. No creía en sus propios universales..., eran fingidos. No creía en la vida interior..., era un truco, no una realidad. No creía en el mundo espiritual..., era una mera pretensión. En última instancia, creía en Mammon, la carne, y en el diablo..., al menos éstos no eran fingidos. Era una sacerdotisa sin creencia, sin convicción, amamantada en un credo gastado y condenada a la reiteración de misterios que para ella no eran divinos. Sin embargo, no había escapatoria. Era una hoja de un árbol moribundo. ¿Qué podía hacer entonces sino seguir luchando por las verdades viejas y ajadas, morir por la creencia vieja y gastada, ser una sacerdotisa sagrada e inviolable de misterios desacralizados? Las viejas grandes verdades habían sido verdaderas. Y ella era una hoja en el viejo y gran árbol del conocimiento que ahora se marchitaba. En consecuencia, ella debía ser fiel a la vieja y última verdad, aunque el cinismo y la burla tuvieran lugar en el fondo de su alma.

-Me alegro tanto de verla -dijo a Ursula con su voz lenta, semejante a un encantamiento-. Tengo entendido que usted y Rupert se han hecho bastante amigos.

-Oh, sí -dijo Ursula-. El está siempre por algún lugar del fondo.

Hermione se detuvo antes de responder. Captaba perfectamente la jactancia de la otra mujer; parecía verdaderamente vulgar.

-¿No está? -dijo lentamente, con ecuanimidad perfecta-. ¿Y cree que se casarán?

La pregunta era tan tranquila y suave, tan simple, desnuda y desapasionada que Ursula se retrajo, en parte, y, en parte, se sintió atraída. Casi le complacía como una perversidad. Había cierta ironía desnuda deliciosa en Hermione.

-Bueno -repuso-, él lo desea terriblemente, pero yo no estoy tan segura.

Hermione la contempló con sus ojos lentos y tranquilos. Anotó esta nueva expresión de jactancia. ¡Cómo envidiaba a Ursula cierta positividad inconsciente!, ¡incluso su vulgaridad!

-¿Cómo que no está segura? -preguntó con su fácil canturreo.

Estaba perfectamente cómoda, quizás incluso feliz en esta conversación.

-¿No le ama realmente?

Ursula se sonrojó un poco ante la suave impertinencia de la pregunta. Sin embargo, no podía ofenderse de modo definitivo. Hermione parecía tan tranquila y sensatamente franca. Después de todo, era más bien grande poder ser sensato.

-El dice que no desea amor -repuso.

-¿De qué se trata entonces?

Hermione era lenta y uniforme.

-El desea realmente que yo le acepte en matrimonio.

Hermione quedó silenciosa durante algún tiempo, contemplando a Ursula con ojos lentos, pensativos.

-¿Es así? -acabó diciendo, sin expresión. Entonces, interesándose:

-¿Y qué es lo que usted, desea? ¿No desea el matrimonio?

-No..., no realmente. No deseo dar el tipo de sumisión sobre la que él insiste. El desea que yo me rinda.. , y yo, sencillamente, no me siento capaz de hacerlo.

Hubo de nuevo una larga pausa antes de que Hermione repusiera:

-No, si no lo desea.

Hubo entonces silencio nuevamente. Hermione se estremecía con un extraño deseo. ¡Ah, si solamente él le hubiese pedido a ella que le sirviese, que fuese su esclava! Se estremeció de deseo.

-Pues es que yo no puedo...

-Pero exactamente en qué...

Habían comenzado ambas al mismo tiempo y se detuvieron las dos. Entonces, suponiendo prioridad de palabra, Hermione reanudó como cansinamente:

-¿A qué quiere él que se someta?

-El dice que desea que yo le acepte no-emocionalmente y de- modo definitivo... Realmente no sé qué quiere decir. El dice que desea que su parte demoníaca esté emparejada físicamente, no el ser humano. Ya ve, un día dice una cosa y al otro día dice otra distinta..., y siempre se está contradiciendo...

-Y siempre piensa en sí mismo y en su propia insatisfacción -dijo lentamente Hermione.

-Sí -exclamó Ursula-. Como si él fuese el único interesado. Eso lo hace demasiado imposible.

Pero empezó a retractarse inmediatamente.

-El insiste en que yo acepte Dios sabe qué en él -siguió diciendo-. El desea que yo le acepte como... como un absoluto... Pero a mí me parece que no desea dar nada. No desea una verdadera intimidad cálida..., no la aceptará..., la rechaza. No me dejará

realmente pensar y no me dejará sentir..., odia los sentimientos.

Hubo una larga pausa, amarga para Hermione. ¡Ah, si solamente él le hubiese pedido eso a ella! El la conducía al pensamiento, la conducía inexorablemente al pensamiento y luego la detestaba por ello.

-El desea que yo me hunda -siguió diciendo Ursula- para que no tenga ningún ser propio...

-¿Por qué no se casa entonces con una odalisca? -dijo Hermione en su suave canturreo-, si eso es lo que quiere.

Su rostro largo parecía irónico y entretenido.

-Sí -dijo Ursula vagamente.

Después de todo, lo peor es que él no deseaba una odalisca, que no deseaba una esclava. Hermione hubiese sido su esclava-: había en ella un horrible deseo de postrarse ante un hombre..., aunque fuese ante un hombre que la adorase y la admitiese como la cosa suprema. Birkin no deseaba una odalisca. Deseaba una mujer que tomase algo de él y que se diese en la medida suficiente para tomar de él las últimas realidades, los últimos hechos, los últimos hechos físicos, físicos e insufribles.

Y si ella lo hiciese, ¿la reconocería él? ¿Sería él capaz de reconocerla a través de todo o la usaría sencillamente como su instrumento, utilizándola para su propia satisfacción privada, sin admitirla? Eso es lo que habían hecho los otros hombres. Habían querido su propio espectáculo y no la admitieron nunca, transformaron todo lo que ella era en pura nada. Tal como Hermione se traicionaba ahora en cuanto mujer. Hermione era como un hombre, sólo creía en las cosas de ¡os hombres. Traicionaba a la mujer en sí misma. Y Birkin, ¿la reconocería o la negaría?

-Sí -dijo Hermione cuando cada una de las mujeres salió de su propia ensoñación separada-. Sería un error.. , pienso que sería un error...

-¿Casarse con él? -preguntó Ursula.

-Sí -dijo Hermione lentamente-. Pienso que usted necesita un hombre... marcial, de voluntad fuerte... -Hermione extendió la mano y la apretó con intensidad rapsódica-. Debería tener un hombre como los viejos héroes..., necesita quedarse detrás de él cuando se va a la batalla, necesita ver su fuerza y oír su grito... Necesita un hombre físicamente fuerte, de voluntad viril, no un hombre sensible...

Hubo un corte, como si la pitonisa hubiese proferido el oráculo, y la mujer continuó luego con una voz fatigosamente rapsódica:

-Y puede ver que Rupert no es así, no lo es. Es frágil de salud y de cuerpo, necesita muchos, muchos cuidados. Además, es tan cambiante y poco seguro de sí mismo..., ayudarle requiere la mayor de las paciencias y la máxima comprensión. Y no pienso que sea usted paciente. Tendría que estar preparada para sufrir, horriblemente. No puedo explicarle cuánto sufrimiento exigiría hacerle feliz. El vive una vida intensamente espiritual, a veces maravillosa, demasiado maravillosa. Pero luego vienen las reacciones. No puedo contarle lo que he tenido que pasar con él. Hemos estado juntos tanto tiempo que le conozco realmente, conozco lo que es. Y siento que debo decirlo; siento que sería perfectamente desastroso para usted casarse con él..., para usted incluso más que para él -Hermione cayó de nuevo en amarga ensoñación-. Es tan incierto, tan inestable..., se aburre, y entonces reacciona. No podría explicarle cuáles son sus reacciones. No podría explicarle la tortura que implican. Lo que afirma y ama un día..., algo después lo abandona en una furia de destrucción. Nunca es constante, hay siempre esta reacción

terrible, horrible. Siempre el cambio rápido de lo bueno a lo malo, de lo malo a lo bueno. Y nada es tan devastador, nada...

-Sí -dijo Ursula humildemente-, debe usted haber sufrido.

Una luz no terrenal apareció sobre el rostro de Hermione. Apretaba la mano como alguien inspirado.

-Y uno debe estar deseoso de sufrir..., deseoso de sufrir por él hora a hora, diariamente...; si va a ayudarle, si él se va a mantener fiel a algo...

-Y yo no deseo sufrir hora a hora y diariamente -dijo Ursula-. No lo deseo, me avergonzaría. Pienso que es degradante no ser feliz.

Hermione se detuvo y la miró durante largo tiempo.

-¿Lo cree? -acabó diciendo.

Y esa frase le pareció un signo de la gran distancia' entre Ursula y ella. Pues para Hermione el sufrimiento era la mayor de- las realidades, pasase lo que pasase. Sin embargo, ella tenía también un credo de felicidad.

-Sí -dijo-. Uno debería ser feliz.

Pero era un asunto de voluntad.

-Sí -dijo Hermione lánguidamente-, sólo puedo sentir que sería desastroso, desastroso..., por lo menos casarse con prisas. ¿No pueden estar juntos sin matrimonio? ¿No pueden marcharse y vivir en alguna parte sin matrimonio? Siento que el matrimonio sería fatal para los dos. Pienso que para usted aún más que para él... y pienso en la salud de él...

-Naturalmente -dijo Ursula-, a mí no me importa el matrimonio..., no es realmente importante..., es él quien lo desea.

-Es su idea por el momento -dijo Hermione con su dogmatismo fatigoso y una especie de infalibilidad
si jeunesse savait.

Hubo una pausa. Entonces Ursula irrumpió con un desafío vacilante.

-¿Verdad que me considera una mujer meramente física?

-Desde luego que no -dijo Hermione-. ¡Desde luego que no! Pero creo que es vitalista y joven...; no es una cuestión de años, ni siquiera de experiencia..., es casi una cuestión de raza. La raza de Rupert es vieja, proviene de una raza vieja..., y usted me parece tan joven, proveniente de una raza joven y sin experiencia.

-¡Vaya! -dijo Ursula-. Pero, por una parte, pienso que él es terriblemente joven.

-Sí, quizás... infantil en muchos aspectos. Sin embargo...

Ambas cayeron en el silencio. Ursula, que estaba llena de un profundo resentimiento y una punta de desesperación: «No es verdad -dijo para sí, dirigiéndose silenciosamente a su adversaria-. No es verdad. Y eres tú quien desea un hombre físicamente joven, dominante, no yo. Eres tú quien desea un hombre sin sensibilidad, no yo. Tú no sabes nada de Rupert, nada realmente, a pesar de los años que has pasado con él. Tú no le das el amor de una mujer, le das un amor ideal y por eso reacciona alejándose de ti. No sabes. Sólo sabes las cosas muertas. Cualquier cocinera sabría algo de él que tu desconoces. Lo que piensas, tu conocimiento, es sólo entendimiento muerto, que no significa nada. Eres tan falsa, tan infiel, ¿cómo podrías saber algo? ¿De qué sirve que hables sobre el amor, espectro infiel de una mujer? ¿Cómo puedes saber algo cuando no crees? No crees en ti misma ni en tu propia femineidad, ¿de qué sirve entonces tu agudeza trivial y despectiva?

Las dos mujeres permanecían sentadas en un silencio de antagonismo. Hermione se sentía ofendida por el hecho de que sus buenas intenciones y ofertas sólo lograban producir en la otra mujer un antagonismo vulgar. Pero entonces Ursula no podía comprender, jamás comprendería, jamás sería cosa distinta de la mujer celosa, irracional, con una buena cantidad de poderosa emoción femenina, de atractivo femenino y de entendimiento femenino también, pero sin mente. Hermione había decidido hacía mucho tiempo que allí donde no había mente resultaba inútil apelar a la razón..., lo mejor que uno podía hacer era ignorar al ignorante. Y Rupert..., él había reaccionado ahora en dirección a la mujer fuertemente femenina, saludable, egoísta...; era su reacción por el momento..., no había modo de evitarlo. Era todo un estúpido ir hacia adelante y hacia atrás, una oscilación violenta que a la larga sería demasiado violenta para su coherencia, con lo cual acabaría estrellándose y muriendo. No había modo de salvarle. Esa reacción violenta y sin dirección entre el animalismo y la verdad espiritual continuaría en él hasta desgarrarle en dos, haciéndole desaparecer de la vida sin sentido alguno. De nada servía..., él carecía también de unidad, de mente en los últimos estadios de la vida; no era lo bastante hombre como para ser el destino de una mujer.

Estaban sentadas cuando Birkin entró y las encontró juntas. El sintió al instante la atmósfera de antagonismo como algo radical e insuperable y se mordió el labio. Pero fingió desparpajo.

-Hola, Hermione, ¿estás de vuelta ya? ¿Qué tal te encuentras?

-Oh, mejor. ¿Y cómo estás tú...? No tienes buen aspecto...

-¡Oh!... Creo que Gudrun y Winnie Crich van a venir a tomar el té. Por lo menos dijeron que vendrían. Tendremos una pequeña fiesta. ¿En qué tren viniste, Ursula?

Era más bien molesto verle intentado aplacar a ambas mujeres simultáneamente. Ambas le miraban: Hermione, con profundo resentimiento y lástima hacia él; Ursula, muy impaciente. El estaba nervioso y aparentemente de buen humor, charloteando sobre tópicos convencionales. Ursula estaba atónita e indignada ante el modo en que hablaba, ante su trivialidad. Eso la puso
bastante rígida y se negó a contestar. Todo le parecía demasiado falso y superficial. Y Gudrun que seguía sin aparecer.

-Pienso que iré a Florencia para el invierno -dijo Hermione al fin.

-¿Sí? -repuso él-. Pero hace tanto frío allí.

-Sí, pero me quedaré con Palestra. Tiene un lugar bastante confortable.

-¿Qué te lleva a Florencia?

-No lo sé -dijo Hermione lentamente. Luego le miró a su manera lenta, densa-. Barnes está iniciando su academia de estética, y Olandese va a dar un grupo de conferencias sobre la política nacional italiana...

-Basura ambas cosas -dijo él.

-No, no lo creo -dijo Hermione.

-¿Cuál admiras entonces?

-Barnes es un pionero. Y luego estoy interesada en Italia, en su nacer a la conciencia nacional.

-Me gustaría que naciese algo diferente de la conciencia nacional entonces -dijo Birkin-, especialmente porque sólo significa una especie de conciencia comercial-industrial. Odio a Italia y a su cantinela nacional. Y pienso que Barnes es un amateur.

Hermione quedó silenciosa durante algunos momentos, en un estado de

hostilidad. Sin embargo, había logrado traer a Birkin de nuevo a su mundo. Qué sutil era su influencia. Parecía que en un minuto había logrado orientar exclusivamente en su dirección la irritable atención de él. El era su criatura.

-No -dijo-, estás equivocado.

Entonces cayó sobre ella una especie de tensión, alzó el rostro como la pitonisa inspirada con oráculos y dijo de modo rapsódico:

-Il Sandro mi scrive che ha accolto il piu grande entusiasmo, tutti i giovanni e fanciulle e ragazzi, sono tutti... -continuó en italiano, como si por el hecho de pensar en los italianos pensase en su lengua..

El escuchó con una sombra de disgusto su rapsodia, luego dijo:

-No me gusta nada. Su nacionalismo es sólo industrialismo..., detesto completamente eso y una envidia superficial.

-Creo que estás equivocado... Pienso que estás equivocado... -dijo Hermione-. A mí me parece puramente espontánea y hermosa la moderna pasión italiana, porque es una pasión por Italia, L'Italia...

-¿Conoce Italia bien? -preguntó Ursula a Hermione.

Hermione detestaba ser interrumpida de esta manera. Pero respondió suavemente:

-Sí, bastante bien. Pasé varios años de la adolescencia allí con mi madre. Mi madre murió en Florencia.

-Oh.

Hubo una pausa dolorosa para Ursula y Birkin. Sin embargo, Hermione parecía abstraída y tranquila. Birkin estaba blanco, sus ojos brillaban como si estuviese febril, estaba demasiado agotado. ¡Cómo padecía Ursula en esta atmósfera tensa de voluntades forzadas! Su cabeza parecía vendada por cintas de hierro.

Birkin tocó el timbre pidiendo el té. No podían seguir esperando a Gudrun. Cuando abrieron la puerta entró el gato.

-¡«Micio»! ¡«Micio»! -llamó Hermione con su canturreo lento, deliberado.

El joven gato se volvió para mirarla y luego avanzó hacia ella con su paso lento y majestuoso.

-Vieni..., vieni quá -estaba diciendo Hermione en su extraña voz acariciadora, protectora, como si fuese siempre la mayor, la madre superiora-. Vieni dire buon giorno alla zia. Mi ricordi, mi ricordi bene... non é vero, piccolo? E vero che mi ricordi? E vero?

Y le frotó lentamente la cabeza, lentamente y con indiferencia irónica.

-¿Entiende italiano? -dijo Ursula, que ignoraba por completo la lengua.

-Sí -acabó diciendo Hermione-. Su madre era italiana. Nació en mi papelera de Florencia la mañana del cumpleaños de Rupert. Fue su regalo de cumpleaños.

Trajeron el té. Birkin lo sirvió. Era extraño lo inviolable que resultaba la intimidad existente entre él y Hermione. Ursula sintió que estaba desplazada. Las tazas mismas y el viejo servicio de plata eran un vínculo entre Hermione y Birkin. Parecían pertenecer a un viejo mundo pasado que habían habitado juntos, donde Ursula era una extraña. Era casi una advenediza en su viejo medio culto. Su convención no era la convención de ellos, sus pautas no eran las pautas de ellos. Pero las de ellos estaban establecidas, tenían la sanción y la gracia de la edad. El y ella juntos, Hermione y Birkin, eran gentes de la misma vieja tradición, de la misma cultura marchita y moribunda. Y ella, Ursula, era una intrusa. Así hacían que se sintiese siempre.

Hermione puso algo de lata en un platillo. El modo simple en que asumía sus

derechos en el cuarto de Birkin enloquecía y descorazonaba a Ursula. Había una especie - de fatalidad, como si resultase inevitable. Hermione levantó al gato y le puso la lata delante. El animal plantó las dos pezuñas sobre el borde de la mesa e inclinó su graciosa cabeza joven para beber.

-Sicuro che capisce italiano -cantó Hermione-, non l'avrá dimenticato, la lengua delta maroma.

Levantó la cabeza del gato con sus dedos largos, lentos y blancos sin dejarle beber, manteniéndole en su poder. Era siempre lo mismo, ese gozo que manifestaba en el poder, especialmente en el poder sobre cualquier, ser masculino. El gato parpadeó, consintiendo, con una expresión viril y aburrida, relamiéndose los bigotes. Hermione se rió a su manera breve y gutural.

-Ecco, il bravo ragazzo, com'é superbo, questo!

Componía un cuadro intenso, tan tranquilo y extraño, con el gato. Poseía un empaque verdaderamente estático, era en algunos sentidos una artista social.

El gato se negó a mirarla, evitó con indiferencia sus dedos y empezó a beber de nuevo, inclinando la nariz hacia la lata mientras trabajaba con su extraña y pequeña lengua.

-Es malo enseñarle a comer en la mesa -dijo Birkin.

-Sí -dijo Hermione asintiendo fácilmente.

Entonces, mirando hacia el gato, reanudó su viejo canturreo burlón, humorístico.

-Ti imparano Pare brutte cosa, brutte cose...

Levantó lentamente la barbilla blanca del gato con su dedo índice. El joven animal miró alrededor con un aire supremamente tolerante, evitó- ver nada, retiró su mandíbula y empezó a lavarse la cara con su pata. Hermione gruñó su risa, complacida.

-Bel giovanetto... -dijo.

El gato se estiró hacia adelante de nuevo y puso su hermosa pata blanca sobre el borde del platillo. Hermione lo levantó con delicada lentitud. Este cuidado deliberado y delicado en el movimiento hizo que Ursula se acordase de Gudrun.

-¡No! Non é permesso di metiere il zampino nel ondinetto. Non piace al babbo. Un signor gasto cosí selvatico...!

Y mantuvo su dedo sobre la pezuña suavemente plantada del gato, teniendo su voz la misma nota burlona y humorística de dominio.

Ursula estaba harta. Deseaba irse ya. Parecía inútil todo. Hermione estaba establecida para siempre, ella era efímera y no había llegado todavía.

-Me iré ahora -dijo de repente.

Birkin la miró casi con miedo..., tanto le horrorizaba su rabia.

-Pero no hay necesidad de tanta prisa -dijo.

-Sí -repuso ella-. Me iré.

Y volviéndose a Hermione, antes de que hubiese tiempo a decir nada más, tendió su mano y dijo.

-Adiós.

-Adiós... -cantó Hermione, reteniendo la mano-. ¿Debe irse realmente ahora?

-Sí, pienso que me iré -dijo Ursula con el rostro decidido y desviados los ojos de Hermione.

-Piensa que...

Pero Ursula había logrado liberar su mano. Se volvió hacia Birkin con un «adiós»

rápido, casi mordaz, y estaba abriendo la puerta antes de que él tuviese tiempo de hacerlo por ella.

Cuando se encontró fuera de la casa corrió por el camino con furia y agitación. Era extraña la rabia irracional y la violencia que despertaba en ella Hermione con su sola presencia. Ursula sabía que se delataba con la otra mujer, sabía que parecía malcriada, grosera, exasperada. Pero no le importaba. Se limitaba a andar rápidamente por el camino para no tener que retroceder e insultar a la cara a los dos que había dejado atrás. Porque le sacaban de quicio.

23. EXCURSO

Birkin pidió a Ursula que saliese con él al día siguiente. Resultaba ser en la escuela el día de media jornada. El apareció hacia finales de la mañana, preguntándole si querría dar un paseo en coche con él esa tarde. Ella consintió. Pero su rostro estaba cerrado y hosco, y el corazón de él/ se estremeció.

La tarde era hermosa y oscura. El conducía y ella se sentaba a su lado. Pero su rostro seguía todavía cerrado contra él, hosco. Cuando ella se ponía así, como un muro opuesto a él, su corazón se contraía.

Su vida le parecía ahora tan reducida que apenas le importaba ya. En ciertos momentos le parecía que no le. importaba un pimiento que existieran Ursula, Hermione o cualquiera. ¡Para qué preocuparse! ¿Por qué esforzarse buscando una vida coherente, satisfecha? ¿Por qué no derivar en una serie de accidentes..., como una novela picaresca? ¿Por qué no? ¿Por qué no? ¿Por qué preocuparse por las relaciones humanas? ¿Por qué tomarse en serio..., masculinas o femeninas? ¿Por qué crear siquiera conexiones serias para nada? ¿Por qué no ser casual, errático; por qué no tomar todo sencillamente por lo que vale?

Y, sin embargo, estaba condenado y sentenciado al viejo esfuerzo de vivir seriamente.

-Mira lo que he comprado.

El coche se deslizaba sobre una carretera estrecha y blanca, entre árboles de otoño.

Le dio un paquetito de papel arrugado.

Ella lo cogió y lo abrió.

-¡Qué encantador! -exclamó. Examinó el regalo.

-¡Qué absolutamente encantador! -exclamó de nuevo-. Pero ¿por qué me los das?

Hizo la pregunta ofensivamente.

Su rostro brilló de irritación aburrida. Se sacudió ligeramente de hombros.

-Lo deseaba -dijo tranquilamente.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué tenías que hacerlo?

-¿Se me pide que encuentre razones? -preguntó él. Hubo un silencio mientras ella examinaba los anillos que el papel envolvía.

-Pienso que son hermosos -dijo ella-, especialmente éste. Este es maravilloso.

Era un ópalo redondo, rojo y llameante, engastado
en un círculo de minúsculos rubíes.

-¿Ese es el que más te gusta? -dijo él.

-Creo que sí.

-A mí me gusta el zafiro -dijo él.

-¿Este?

Era un hermoso zafiro con forma de rosa y pequeños brillantes.

-Sí -dijo ella-, es encantador -lo levantó a la luz-. Sí, quizás es el mejor...

-El azul... -dijo él.

-Sí, maravilloso...

De repente, él dio un bandazo con el coche para evitar una carreta y el auto basculó un momento sobre la cuneta. El era un conductor descuidado, aunque muy rápido. Pero Ursula estaba asustada. Siempre había ese algo despreocupado en él que la aterrorizaba. Sintió repentinamente que podría matarla causando un horrible accidente con el auto. Quedó durante un momento petrificada de miedo.

-¿No consideras más bien peligrosa tu manera de conducir? -le preguntó.

-No, no es peligrosa -dijo él. Y luego, tras una pausa:

-¿No te gusta para nada el anillo amarillo?

Era un topacio tirando a cuadrado montado en acero o en algún otro metal semejante, finamente trabajado.

-Sí -dijo-, me gusta. Pero ¿por qué compraste estos anillos?

-Los deseaba. Son de segunda mano.

-¿Los compraste para ti?

-No. Los anillos no le van bien a mis manos.

-¿Por qué los compraste entonces?

-Los compré para dártelos.

-Pero ¿por qué? ¡Con certeza deberías dárselos a Hermione! Le perteneces.

El no contestó. Ella quedó con las joyas encerradas en su mano.

Deseaba probarse los anillos, pero había algo en ella que no se lo permitía. Y, además, temía que sus manos fueran demasiado grandes, desfallecía pensando en la mortificación de un fracaso a la hora de meterlos en cualquier dedo distinto del meñique. Viajaron en silencio a través de los senderos vacíos.

Ir en un coche de motor excitaba a Ursula, hacía que olvidase incluso la presencia de él.

-¿Dónde estamos? -preguntó de repente.

-No lejos de Worksop.

-¿Y dónde vamos?

-A cualquier parte.

Era la respuesta que a ella le gustaba.

Abrió la mano para mirar los anillos. Le proporcionaban tal placer esos tres círculos con sus joyas engastadas mezclándose en la palma de su mano. Tendría que probárselos. Lo hizo secretamente, sin querer que él lo viese, para que no supiera que su dedo era demasiado ancho. Pero él vio a pesar de todo. El veía siempre si ella deseaba que no viese. Era otra de sus características odiosas, la de ser sumamente observador.

Sólo el ópalo, con su montura fina, le entraba en el dedo anular. Y ella era supersticiosa. No, ya había malos presagios suficientes, no aceptaría ese anillo de com-

promiso.

-Mira -dijo levantando la mano, que estaba medio cerrada y reduciéndose-. Los otros no me entran.

El miró la piedra suave con destellos rojos sobre su piel supersensible.

-Si -dijo.

-Pero los ópalos dan mala suerte, ¿no es verdad? -dijo ella preocupada.

-No. Prefiero las cosas que dan mala suerte. La suerte es vulgar, ¿quién desea lo que la suerte puede traer? Yo no.

-Pero ¿por qué?

Y, consumida por el deseo de ver qué aspecto tendrían en su mano los otros anillos, se los puso en el dedo meñique.

-Pueden ensancharlos un poco -dijo él.

-Sí -repuso ella dubitativamente.

Y suspiró. Sabía que aceptando los anillos estaba aceptando una promesa. Pero el destino parecía más que ella misma. Miró de nuevo las joyas. Eran hermosas a sus ojos..., no como ornamento, ni como signo de riqueza, sino como minúsculos fragmentos de hermosura.

-Me alegra que las comprases -dijo poniendo la mano sobre el brazo de él, parcialmente contra su propia voluntad.

El rió levemente. Deseaba que ella viniese a él. Pero estaba enfadado en el fondo de su alma e indiferente. Sabía que ella sentía realmente una pasión por él. Pero, en última instancia, no le resultaba interesante. Había profundidades de pasión donde uno llegaba a ser impersonal e indiferente, no emotivo. Mientras que Ursula continuaba al nivel del motivo personal..., siempre tan abominablemente personal. El la había tomado como nunca se había tomado a si mismo. La había tomado en las raíces de su oscuridad y vergüenza..., como un demonio, riendo sobre la fuente de corrupción mística que era uno de los manantiales de su ser; riendo, encogiéndose de hombros, aceptando, aceptando finalmente. En cuanto a ella, ¿cuándo iría más allá de sí misma como para aceptarle en el meollo de la muerte?

Ella se puso bastante contenta ahora. El coche de motor avanzaba, la tarde era suave y difusa. Hablaba con animado interés, analizando gentes y sus motivos... Gudrun, Gerald. El respondía vagamente. Ya no estaba muy interesado en personalidades y personas..., las gentes eran todas distintas, pero estaban todas encerradas en un limite definido, dijo él; sólo había dos grandes ideas, dos grandes corrientes de actividad que permaneciesen, con varias formas de reacción. Las reacciones variaban todas ellas con las distintas gentes, pero seguían unas pocas grandes leyes, e intrínsecamente no había diferencia. Actuaban y reaccionaban involuntariamente de acuerdo con unas pocas grandes leyes, y una vez que las leyes, los grandes principios eran conocidos, la gente ya no resultaba interesante místicamente. Eran todos esencialmente semejantes, las diferencias eran sólo variaciones a partir de un tema. Ninguna de ellas trascendía los términos dados.

Ursula no estaba de acuerdo..., las personas eran para ella una aventura todavía..., pero... quizá no tanto como intentaba hacérselo creer a si misma. Quizás había algo mecánico ahora en su interés. Quizá su interés era destructivo también; sus análisis, una verdadera desintegración. Había un subespacio en ella donde no le preocupaban la gente ni su idiosincrasia, ni siquiera para destruirles. Pareció tocar durante un momento este

subsilencio en sí misma, quedó inmóvil y se volvió durante un instante puramente hacia Birkin.

-¿Verdad que será encantador ir a casa en la oscuridad? -dijo ella-. Podíamos tomar el té más bien tarde..., ¿lo haremos?... ¿Verdad que sería bastante agradable?

-Prometí estar en Shortlands para cenar -dijo él.

-Pero... no importa..., puedes ir mañana.

-Hermione está allí -dijo él con voz más bien incómoda-. Se va en dos días. Supongo que debería decirle adiós. Nunca volveré a verla.

Ursula se retiró, cerrada en un silencio violento. El frunció el entrecejo y sus ojos comenzaron a centellear de nuevo con rabia.

-No te importa, ¿verdad? -preguntó él irritadamente.

-No, me da igual. ¿Por qué habría de importarme? ¿Por qué iba a importarme?

Su tono era burlón y ofensivo.

-Eso es lo que me pregunto yo -dijo él-. ¿Por qué deberías molestarte? Pero parece que sí.

Su entrecejo estaba tenso a causa de la irritación violenta.

-Te aseguro que no, que no me importa lo más mínimo. Vete a tu sitio..., eso es lo que deseo que hagas.

-¡Ah, estúpida! -gritó él-, con tu «vete a tu sitio». Todo ha terminado entre Hermione y yo. Ella significa mucho más para ti, puestos a ello, que para mí. Porque tú sólo puedes rebelarte en pura reacción ante ! ella..., y ser su opuesto es ser su contrapartida.

-¡Ah, opuesto! -exclamó Ursula-. Conozco tus estratagemas. No me dejo engañar con tus juegos de palabras. Tú perteneces a Hermione y a su espectáculo muerto. Pues bien, si es así es así. No te culpo, pero entonces no tienes nada que hacer conmigo.

En su exasperación inflamada, exaltada, él detuvo el coche y quedaron sentados allí, en mitad del sendero campestre, para desfogarse. Era una crisis de guerra entre ellos, por lo cual no veían lo ridículo de su situación.

-Si no fueses una estúpida, si no fuese una estúpida, si solamente no fueses una estúpida -gritó él con amarga desesperación-, verías que uno puede ser de. cente aun cuando haya estado equivocado. Yo estuve equivocado yendo todos esos años con Hermione..., fue un proceso mortífero. Pero, después de todo, uno puede tener un poquito de decencia humana. Pero no, tú rasgarías mi alma con tus celos ante la mera mención del nombre de Hermione.

-¡Yo celosa! ¡Yo... celosa! Estás equivocado si piensas eso. No tengo ningunos celos de Hermione, ella no es nada para mí, no es eso -y Ursula chasqueó los dedos-. No, eres tú el mentiroso. Tú el que tiene que volver como un perro a su vómito. Lo que odio es lo que Hermione representa. Lo odio. Son mentiras, es falso, es muerte. Pero tú lo deseas, no puedes evitarlo, no puedes evitar desearlo. Perteneces a ese modo viejo y mortífero de vida..., vete entonces con él de vuelta. Pero no vengas a mí, porque yo no tengo nada que ver con él.

Y en la tensión de su emoción violenta se bajó del coche y fue hacia un seto, cogiendo inconscientemente algunas bayas color rosa carne, de las cuales algunas estaban abiertas mostrando semillas naranja.

-Ah, eres una estúpida -exclamó él amargamente, con algún desprecio.

-Sí, lo soy. Soy una estúpida gracias a Dios. Soy demasiado estúpida para

tragarme tu inteligencia. Alabado sea Dios, vete con tus mujeres. ., vete con ellas..., son de tu especie.. , siempre has tenido una ristra de ellas siguiéndote... y siempre la tendrás. Vete con tus novias espirituales... pero no vengas también conmigo, porque no voy a tragar nada, gracias. No estás satisfecho, ¿verdad? Tus novias espirituales no pueden darte lo que deseas, no son vulgares y lo bastante carnosas para ti, ¿verdad? Así que vienes a mí ¡y las mantienes a ellas en el fondo! Te casarás conmigo para uso cotidiano. Pero seguirás estando bien provisto de novias espirituales por el fondo. Conozco tu jueguecito sucio.

De repente una llama inflamó a Ursula y se puso a patalear locamente sobre el camino, y él se retrajo, temeroso de ser golpeado por ella.

-¡Y yo, yo no soy lo bastante espiritual, no soy tan espiritual como es Hermione...!

Tenía el ceño fruncido y sus ojos lanzaban destellos como los de un tigre.

-Vete entonces con ella, eso es todo lo que digo; vete con ella, vete. ¡Ja, ella espiritual..., espiritual ella! Una sucia materialista como ella. ¿Ella espiritual? ¿De qué se cuida ella, cuál es su espiritualidad? ¿Cuál es?

Su furia parecía derramarse hacia el exterior y quemarle a él el rostro. Se apocó un poco.

-Te digo que es porquería, porquería, y nada sino porquería. Y es porquería lo que deseas, lo que ansías. ¡Espiritual! ¿Es espiritual su imposición, su desprecio, su materialismo sórdido? Y todo tan sórdido. ¿En qué termina con toda su pasión social, como tú la llamas? Pasión social..., ¿qué pasión social tiene ella?..., ¡muéstramela!..., ¿dónde está? Ella desea un poder petulante inmediato, desea la ilusión de ser una gran mujer, eso es todo. En su alma es una descreída diabólica, vulgar como el polvo. Eso es lo que es en el fondo. Y todo el resto son pretensiones.., pero a ti te encanta. Te encanta la espiritualidad fingida, es tu alimento. ¿Y por qué? Debido a la porquería que hay debajo. ¿Piensas que no conozco la inmundicia de tu vida sexual... y la suya...? Sí lo sé. Y es esa inmundicia la que tú deseas, mentiroso. Tenla entonces, tenla. Eres tal mentiroso.

Se apartó, rasgando espasmódicamente las ramitas con bayas del seto, sujetándoselas en el busto de su i abrigo con dedos vibrantes. El contemplaba en silencio. Ardía en él una maravillosa ternura viendo sus dedos temblorosos, tan sensibles..., y al mismo tiempo esta- ! ba lleno de rabia y dureza.

-Esto es una exhibición degradante -dijo tranquilamente.

-Sí, desde luego que degradante -dijo ella-. Pero más para mí que para ti.

-Puesto que elijes degradarte a ti misma -dijo él.

Una vez más apareció el relámpago sobre el rostro de ella, las luces amarillas se concentraron en sus ojos.

-¡Tú! -gritó ella-. ¡Tú amante de la verdad! ¡Traficante de pureza! Hiede, hieden tu verdad y tu pureza. Hiede a la basura que comes, perro carroñero, devorador de cadáveres. Eres inmundo, inmundo..., y debes saberlo. Tu pureza, tu candor, tu bondad..., sí, gracias, ya hemos visto algo. Eres una cosa inmunda, mortífera, obscena; eso es lo que eres, obsceno y perverso. ¡Tú y el amor! Bien puedes decir que no deseas amor. No, tú te deseas a ti mismo, y a la porquería, y a la muerte...; eso es lo que tú deseas. Eres tan perverso, tan carroñero. Y entonces...

-Viene una bicicleta -dijo él, estremeciéndose bajo su sonora denuncia.

Ella miró la carretera.

-No me importa -exclamó.

Sin embargo, se calló. El ciclista, tras escuchar las voces sonoras del altercado, miró con curiosidad al hombre y a la mujer cuando pasó.

-... tardes -dijo alegremente.

-Buenas tardes -replicó fríamente Birkin.

Quedaron silenciosos a medida que el hombre fue alejándose.

Una mirada más clara apareció sobre el rostro de Birkin. Sabía que ella estaba para lo fundamental en lo cierto. Sabía que era perverso, tan espiritual por una parte y de un modo extraño degradado por la otra. Pero ¿era mejor ella? ¿Era alguien mejor?

-Puede ser verdad todo: mentiras, hedor y lo demás -dijo él-. Pero la intimidad espiritual de Hermione no es más podrida que tu intimidad celoso-emocional. Uno puede ocultar las vergüenzas, incluso de los enemigos propios, por uno mismo. Hermione es mi enemigo... ¡hasta su último aliento! Esa es la razón de que deba borrarla del campo.

-¡Tú! ¡Tú y tus enemigos! ¡Bonito retrato haces de ti mismo! Pero sólo te incluye a ti. ¡Yo celosa! ¡Yo! Lo que digo -su voz se inflamó- lo digo porque es verdad, porque tú eres tú, un inmundo y falso mentiroso, un sepulcro blanqueado. Por eso lo digo. Y tú lo oyes.

-Y estate agradecido -añadió él con una mueca satírica.

-Sí -exclamó ella-, y estate agradecido si te queda una chispa de decencia.

-Aunque no tenga una chispa de decencia... -repuso él.

-No -exclamó ella-, no tienes siquiera una chispa. Por lo cual sigue tu camino, que yo seguiré el mío. No sirve de nada, ni para lo más mínimo. Así que puedes dejarme ahora, no deseo ir a ningún otro lugar contigo..., déjame...

-No sabes siquiera dónde estás -dijo él.

-¡Oh, no te preocupes, te aseguro que no me pasará nada. Tengo diez chelines en el bolso, y eso me devolverá a casa desde cualquier lugar donde tú hayas podido llevarme.

Ursula vaciló. Los anillos seguían en sus dedos, dos en el meñique y uno en el anular. Seguía vacilando.

-Muy bien -dijo él-. Lo único desalentador es un estúpido.

-Tienes mucha razón -dijo ella.

Pero seguía vacilando. Luego invadió su rostro un gesto feo, malévolo, se arrancó los anillos de los dedos y se los tiró. Uno tocó su rostro, los otros golpearon contra su chaqueta y se desparramaron por el barro.

-Y coge tus anillos -dijo- y cómprate una mujer en otra parte.... muchas encontrarás bastante contentas de compartir tu misa espiritual... o para tener tu misa física, dejándole tu misa espiritual a Hermione.

Tras lo cual se alejó sin meta fija, caminando por la carretera. El quedó inmóvil, contemplando su caminar hosco y más bien feo. Cogía y arrancaba hoscamente ramitas del seto según iba pasando. Fue haciéndose más pequeña, pareció desvanecerse. Una oscuridad se apoderó de la mente de él. Sólo flotaba cerca un pequeño destello mecánico de conciencia.

Se sintió cansado y débil. Sin embargo, se sentía aliviado. Abandonaba su vieja posición. Fue y se sentó sobre la cuneta. Ursula estaba indudablemente en lo cierto. Era realmente cierto lo que decía. Sabía que su espiritualidad era concomitante de un proceso de depravación, una especie de placer en la autodestrucción. Había realmente cierto

estímulo para él en la autodestrucción..., especialmente cuando se traducía espiritualmente. Pero entonces él lo sabía..., lo sabía y estaba concluido. ¿No era el camino de intimidad emocional y física de Ursula tan peligroso como la intimidad espiritual abstracta de Hermione? Fusión, fusión, esa horrible fusión de dos seres sobre la cual insistían todas las mujeres y la mayoría de los hombres ¿no era nauseabunda y horrible en cualquier caso, tanto si era una fusión del espíritu como si lo era del cuerpo emocional? Hermione se veía como la Idea perfecta, a la cual debían acudir todos los hombres; y Ursula era el Utero perfecto, el baño natal al que deberían acudir todos los hombres también. Y ambas eran horribles. ¿Por qué no podían permanecer como individuos, limitadas por sus propios límites? ¿Por qué esa horrible omnicomprensión, esa odiosa tiranía? ¿Por qué no dejar libre al otro ser, por qué intentar absorber, fundirse o mezclarse? Uno debería abandonarse radicalmente a los moremos, pero no a ningún otro ser.

No podía soportar ver los anillos yaciendo sobre el barro pálido del camino. Los recogió y los limpió inconscientemente con las manos. Eran los pequeños signos de la realidad de la belleza, la realidad de felicidad en creación cálida. Pero le pusieron las manos todas sucias y arenosas.

Había una oscuridad sobre su mente. El terrible nudo de conciencia que había persistido allí como una obsesión estaba roto, desaparecido. Su vida se había disuelto en oscuridad sobre sus miembros y su cuerpo. Pero había ahora un punto de ansiedad en su corazón. Deseaba que ella volviese. Respiraba leve y regularmente, como un niño que respira inocentemente, más allá del toque de responsabilidad.

Ella estaba volviendo. Vio que se movía sin rumbo fijo bajo el alto seto, avanzando lentamente hacia él. El no se movió ni miró de nuevo. Estaba como dormido, en paz, dormitando y profundamente relajado.

Ella se aproximó hasta quedar delante de él, con la cabeza adelantada.

-Mira qué flor te encontré -dijo mientras sujetaba con aire de remordimiento un trozo de brezo con los pequeños frutos redondos rojo púrpura bajo el rostro de él. Birkin vio el manojo de campanillas coloreadas y la rama minúscula semejante a un árbol: también las manos de ella, con su piel superfina, supersensible.

-¡Bonita! -dijo él mirándola con una sonrisa mientras tomaba la flor. Todo había vuelto a ser simple de nuevo, bastante simple, la complejidad había desaparecido. Pero deseaba mucho llorar: si no fuese porque estaba fatigado y aburrido por la emoción.

Entonces llenó su corazón una pasión caliente de ternura. Se levantó y miró el rostro de ella. Era nuevo y -oh- tan delicado en su asombro luminoso y su miedo. Puso los brazos alrededor de ella, y ella ocultó el rostro en su hombro.

Era paz, sencillamente paz, mientras él permanecía abrazándola tranquilamente allí, en el sendero abierto. Era paz al fin. El viejo y detestable mundo de tensión había desaparecido al fin, su alma era fuerte y estaba a gusto.

Ella le miró. La maravillosa luz amarilla de sus ojos era suave y rendida ahora, estaban en paz el uno con el otro. El la besó suavemente, muchas, muchas veces. Una risa apareció en los ojos de ella.

-¿Me excedí? -preguntó.

El sonrió también, tomando la mano de ella, que era tan suave y entregada.

-No te preocupes -dijo ella-,,no hay mal que por bien no venga.

El volvió a besarla suavemente muchas veces.

-¿No es así? -dijo ella.

-Desde luego -repuso él-. ¡Espera! Quiero que me devuelvan lo mío.

Ella rió súbitamente con algo salvaje en la voz y lanzó sus brazos a rodearle.

-Eres mío, mi amor, ¿verdad? -exclamó apretándole.

-Sí -dijo él suavemente.

Su voz era tan suave y definitiva, ella quedó muy inmóvil, como si estuviese bajo un destino que se hubiera apoderado de ella. Sí, tuvo aquiescencia..., pero se cumplió sin su aquiescencia. El la 'besaba serena, repetidamente, con una felicidad suave, fija, que casi hizo detenerse el corazón de ella.

-¡Mi amor! -exclamó ella levantando el rostro y mirando con un asombro asustado y gentil de encanta. miento.

¿Era todo eso real? Pero los ojos de él eran hermosos y suaves e inmunes ante el agotamiento o la excitación, hermosos y sonriéndole levemente, sonriendo con ella. Ella ocultó el rostro sobre su hombro, escondiéndose delante de él porque estaba completamente expuesta. Sabía que él la amaba, y tenía miedo; estaba en un elemento extraño, rodeada por un nuevo cielo. Deseaba que él fuese apasionado, porque en la pasión ella estaba en su terreno. Pero esto era tan fijo y frágil como el espacio es más asustador que la fuerza.

De nuevo levantó su cabeza rápidamente.

-¿Me amas? -dijo ella deprisa, impulsivamente.

-Sí -repuso él, interesado únicamente por la inmovilidad de ella, no por su movimiento.

Ella sabía que era verdad. Se separó.

-Como debe ser -dijo volviéndose para mirar el camino-. ¿Encontraste los anillos?

-Sí.

-¿Dónde están?

-En mi bolsillo.

Ella le metió la mano entonces en el bolsillo y los sacó.

Estaba inquieta.

-¿Nos vamos? -dijo ella.

-Sí -repuso él.

Y montaron en el coche una vez más, dejando tras ellos este memorable campo de batalla.

Se deslizaron a través de la tarde salvaje y avanzada con un impulso hermoso que era jovial y trascendente. La mente de él estaba dulcemente cómoda, la vida fluía por él como a través de alguna fuente nueva; él se sentía como nacido del calambre de un útero.

-¿Eres feliz? -preguntó ella con su manera extraña, encantada.

-Sí -dijo él.

-Yo también -exclamó ella en éxtasis súbito, rodeándole con sus brazos y apretándose violentamente contra él mientras dirigía el coche.

-No conduzcas mucho más -dijo ella-. No deseo que estés haciendo siempre algo.

-No -dijo él-. Terminaremos este viajecito y luego estaremos libres.

-Lo estaremos, mi amor, lo estaremos -exclamó ella encantada, besándole cuando él volvió el rostro hacia ella.

El condujo en una extraña vigilia nueva, rota la tensión de su conciencia. Parecía ser consciente en toda su superficie; todo su cuerpo estaba despierto con una atención

simple, con un tenue resplandor, como si acabase de despertarse, como una cosa que ha nacido, como un pájaro cuando sale de un huevo a un nuevo universo.

Bajaron una larga colina en el ocaso, y de repente Ursula reconoció a mano derecha, tras la hondonada, la forma de Southwell Minster.

-¡Henos aquí! -exclamó ella con placer.

La catedral rígida, sombría, fea, se aposentaba bajo la tiniebla de la venidera noche mientras penetraron en la ciudad estrecha, reflejándose las luces doradas como losas de revelación en los escaparates de las tiendas.

-Padre vino aquí con madre -dijo ella- cuando se conocieron por primera vez. A él le encanta..., le encanta Minster. ¿Y a ti?

-Sí. Parecen cristales de cuarzo brotando del hueco oscuro. Nos tomaremos el último té en la «Cabeza del Sarraceno».

Mientras descendían oyeron las campanas de Minster tocando con himno, cuando la hora acababa de anunciarse con seis campanadas.

«Gloria a ti mi Dios esta noche
por todas las bendiciones de la luz... »

Así cayó para el oído de Ursula, gota a gota, la melodía desde el cielo no visto sobre la ciudad en crepúsculo. Eran como siglos pasados y difusos resonando. Era todo tan distante. Ella quedó en el viejo patio de la taberna con olor a paja, establos y petróleo. Por encima pudo ver las primeras estrellas. ¿Qué era todo ello? Este no era el mundo real, era el mundo soñado de la propia infancia..., una gran reminiscencia circunscrita. El mundo se había hecho irreal. Ella misma era una realidad extraña, trascendente.

Se sentaron juntos en un cuartito al lado del fuego.

-¿Es? -replicó ella, riendo pero sin mucha seguridad.

-¿Qué?

-Todo..., ¿es cierto todo?

-Lo mejor es cierto -dijo él haciéndole un gesto.

-¿De verdad? -repuso ella, riendo pero sin mucha seguridad.

Le miró. El parecía tan separado aún. En el alma de ella se abrieron nuevos ojos. Vio en él una extraña criatura proveniente de otro mundo. Fue como si ella estuviese encantada y todo se metamorfoseara. Recordó de nuevo la vieja magia del libro de Génesis, donde los hijos de Dios vieron a las hijas de los hombres y vieron que eran bellas. Y él era uno de ellos, una de esas extrañas criaturas del más allá, mirándola y viendo que era bella.

El permaneció mirándola sobre el felpudo de la chimenea, contemplando el rostro vuelto hacia arriba, exactamente como una flor, una flor lozana, luminosa, brillando con una débil luz dorada bajo el rocío del alba. Y él sonreía débilmente, como si no hubiese palabras en el mundo, como si sólo existiese el silencioso deleite de las flores en el otro. Se deleitaban sonrientes el uno en la presencia del otro, en la pura presencia, no para ser pensada, ni siquiera conocida. Pero los ojos de él tenían una contracción levemente irónica.

Y ella se veía arrastrada extrañamente hacia él como bajo un encantamiento. Arrodillándose sobre la alfombra de la chimenea, delante de él, rodeó sus riñones con los brazos y puso el rostro contra su muslos. ¡Riqueza! ¡Riqueza! Estaba abrumada con la

sensación de un cielo lleno de riqueza.

-Nos amamos -dijo feliz.

-Más que eso -repuso él mirándola con su rostro tenuamente resplandeciente, suave.

Inconscientemente, con sus sensibles yemas, Ursula estaba recorriendo la parte de atrás de sus muslos, siguiendo allí cierto flujo vital misterioso. Había descubierto algo, algo más que asombroso, más asombroso que la vida misma. Era el extraño misterio de su movimiento vital, en la parte de atrás de los muslos, bajando por los flancos. Era una realidad extraña de su ser, la pasta misma del ser, situada allí mismo, en la recta caída de los muslos. Fue allí donde ella le descubrió como uno de los hijos de Dios existentes al comienzo del mundo y no como un hombre; algo distinto, algo más.

Esto fue al fin liberación. Ella había tenido amantes, había conocido la pasión, pero esto no era amor ni pasión. Eran las hijas del hombre volviendo con los hijos de Dios, los extraños e inhumanos hijos de Dios que estaban en el comienzo.

El rostro de Ursula era ahora un fulgor de luz dorada puesta en libertad, mirándole y poniendo las manos de lleno sobre los muslos de él, por detrás, mientras quedaba de pie ante ella. Birkin la miró con un ceño luminoso como una diadema sobre su ojos. Ella era hermosa como una nueva flor magnífica abierta ante sus rodillas, una flor paradisíaca más allá de la femineidad, una flor de luminosidad. Pero algo estaba tenso y no liberado en él. No le gustaban la posición arrodillada y el brillo radiante..., no juntos.

Todo se consumó para ella. Había encontrado uno de los hijos de Dios desde el comienzo, y él había encontrado a una de las hijas del hombre más luminosas.

Ella recorrió con sus manos la línea de sus riñones y sus muslos por detrás y fue recorrida por un fuego vivo desde él, oscuramente. Desencadenó en él un flujo oscuro de pasión eléctrica, lo atrajo hacia sí. Había establecido un circuito rico y nuevo, una nueva corriente de energía eléctrica pasional entre ellos, emancipada de los polos más oscuros del cuerpo y establecida en circuito perfecto. Era un fuego oscuro de electricidad que fluía tumultuosamente desde él hacia ella, inundándoles a ambos de satisfacción y rica paz.

-Mi amor -exclamó ella levantando el rostro hacia él, con los ojos y la boca abiertos en un transporte.

-Mi amor -repuso él, inclinándose y besándola, be sándola siempre.

Ella cerró las manos sobre el cuerpo lleno y redondeado de sus riñones; cuando él se inclinó sobre Ursula ella pareció tocar la médula del misterio de oscuridad que era corporalmente él. Parecía desmayarse debajo, y él parecía desmayarse inclinándose sobre ella. Era una perfecta desaparición para ambos y, al mismo tiempo, el más intolerable acceso al ser, la plenitud maravi- ¡losa de la gratificación inmediata, abrumadora, rebosante desde la fuente de la más profunda fuerza vital, la más oscura, profunda y extraña fuente vital del cuerpo humano, en la base de los riñones, por los flancos y detrás de los muslos.

Tras un lapso de quietud, después de que los ríos de riqueza extraña, oscura y fluida pasaron sobre ella inundando, arrastrando su mente e inundándole la columna y bajando por las rodillas hasta los pies un flujo extraño, borrando todo y dejando en ella un nuevo ser esencial, Ursula quedó libre, libre en completa comodidad, en su ser completo. Se incorporó despacio y alegre, sonriéndole. El estaba frente a ella, con un resplandor tenue, tan terriblemente real que el corazón de Ursula casi dejó de latir. El

estaba allí con su cuerpo extraño, total, que tenía sus fuentes maravillosas como los cuerpos de los hijos de Dios que estaban en el comienzo. Había fuentes extrañas en su cuerpo, más misteriosas y potentes de lo que ella jamás había imaginado o conocido, más satisfactorias, ah, definitivas, místico-físicamente satisfactorias. Ella pensaba que no habla fuente más profunda que la fuente fálica y ahora de la castigada roca del cuerpo masculino, de los extraños y maravillosos flancos y muslos, más profundas, más remotas en el misterio que la fuente fálica, llegaban las inundaciones de oscuridad inefable e inefable riqueza.

Estaban contentos, podían olvidar perfectamente. Rieron y se lanzaron sobre la comida. Había una empanada de venado, jamón hervido cortado en lonchas, huevos, berros y remolacha, así como nísperos, tarta de manzana y té.

-¡Qué cosas estupendas! -exclamó ella con placer-. ¡Qué noble aspecto! ¿Sirvo el té?

Solía ponerse nerviosa e insegura al realizar tareas públicas como servir el té. Pero se olvidó entonces completamente, estaba cómoda y olvidaba por completo los recelos. La tetera derramaba hermosamente su líquido desde un tubo orgullosamente esbelto. Los ojos de Ursula estaban pálidos de sonrisas mientras le servía su té. Había aprendido al fin a ser inmóvil y perfecta.

-Todo es nuestro -le dijo.

-Todo -repuso él.

Ella lanzó un pequeño graznido de triunfo.

-¡Estoy tan contenta! -exclamó con alivio inefable.

-Yo también -dijo él-. Pero estoy pensando que deberíamos descargarnos de nuestras responsabilidades lo antes posible.

-¿Qué responsabilidades? -preguntó ella inquisitivamente.

-Debemos abandonar al punto nuestros trabajos.

Una nueva comprensión amaneció en el rostro de ella.

-Naturalmente -dijo ella-, hay eso.

-Debemos escapar -dijo él-. Lo único que podemos hacer es escapar rápidamente.

Ella le miró con vacilación desde el otro lado de la mesa.

-Pero ¿dónde? -dijo.

-No lo sé -dijo él-. Vagaremos por ahí, sencillamente, durante un tiempo.

Ella volvió a mirarle extrañada.

-Yo estaría perfectamente feliz en el molino -dijo ella.

-Está demasiado cerca de lo viejo -dijo él-. Vaguemos un poco.

Su voz podía ser tan suave y regocijante, atravesó las venas de ella como una exaltación de alegría. Sin embargo, ella soñaba con un valle, jardines salvajes y paz. También tenía un deseo de esplendor..., un extravagante esplendor aristocrático. Vagar le parecía desasosiego, insatisfacción.

-¿Dónde quieres que vayamos? -preguntó

-No lo sé. Siento como si acabara de conocerte y partiésemos... simplemente hacia la distancia.

-¿Pero dónde podemos ir? -preguntó ella ansiosamente-. Después de todo, sólo hay el mundo, y nada en él está muy distante.

-A pesar de todo -dijo él-, me gustaría ir contigo... a ninguna parte. Sería más bien vagar hacia ninguna parte. Ese es el lugar donde ir..., ninguna parte. Deseamos alejarnos,

vagando de los lugares del mundo, para entrar en nuestro propio ninguna parte.

Ella seguía meditando.

-Sabes, mi amor -dijo ella-, temo que mientras seamos sólo personas tengamos que aceptar el mundo dado..., porque no hay ningún otro.

-Sí lo hay -dijo él-. Hay un lugar donde podemos ser libres..., un lugar donde no necesitamos llevar muchas ropas..., incluso ninguna..., donde uno se encuentra unas pocas personas que han ido lo bastante lejos y pueden dar las cosas por hechas..., donde puede ser uno mismo, sin preocuparse. Hay ese lugar..., hay una o dos personas...

-¿Pero dónde? -suspiró ella.

-En algún lugar..., en cualquier lugar. Vaguemos. Eso es lo que tenemos que hacer..., vaguemos escapando.

-Sí... -dijo ella emocionada ante el pensamiento del viaje.

Pero para ella era solamente viaje.

-Ser libres -dijo él-. Ser libres en un lugar libre, con unas pocas otras personas.

-Sí -dijo ella algo entristecida.

Esas «pocas otras personas» la deprimían.

-Aunque no es realmente una localidad -dijo él-. Es una relación perfeccionada entre tú y yo y otros..., la relación perfecta para que seamos libres juntos.

-Lo es, amor mío -dijo ella-. Somos tú y yo. Somos tú y yo, ¿verdad?

Ella extendió los brazos hacia él. El se adelantó e inclinó para besar su rostro. Los brazos de ella se cerraron alrededor de él nuevamente, sus manos se desparramaron sobre sus hombros, moviéndose -lentamente allí, lentamente sobre su espalda, con un movimiento extrañamente recurrente, rítmico, pero lentamente descendente, oprimiendo misteriosamente sus riñones, sus flancos. La sensación de esa terrible riqueza que jamás podría ser dañada inundaba la mente de Ursula como un desfallecimiento, una muerte en la más maravillosa de las posesiones, místicamente segura. Le poseía tan profunda e intolerablemente que ella misma se echaba atrás. Pero estaba sólo sentada en una silla, con las manos apretadas sobre él, perdida.

De nuevo la besó suavemente.

-Nunca nos separaremos de nuevo -murmuró tranquilamente.

Y ella no habló, sino que se limitó a apretar con más firmeza las manos sobre la fuente de oscuridad en él.

Cuando se despertaron nuevamente del puro desfallecimiento decidieron escribir sus renuncias al mundo del trabajo allí y entonces. Ella deseaba esto.

El tocó la campanilla y pidió papel de escribir sin membrete. El camarero limpió la mesa.

-Vamos a ver -dijo él-, primero la tuya. Pon el domicilio de tu casa y la fecha..., luego «Director de Educación, Ayuntamiento...». ¡Bueno!, no sé cómo se dirige uno realmente..., supongo que será posible resolverlo en menos de un mes...; en cualquier caso: «Señor..., le ruego acepte mi renuncia al puesto de profesora en la Escuela de Willey Green. Le agradecería mucho que me liberase lo antes posible, sin esperar a que termine el período de un mes.» Eso servirá. ¿Lo has escrito? Déjame verlo. «Ursula Brangwen.» ¡Bien! Ahora escribiré la mía. Debo darles tres meses, pero puedo alegar salud. Podré arreglarlo perfectamente.

Se sentó y escribió su renuncia formal.

-Ahora -dijo él cuando los sobres estaban cerrados y con los domicilios- ¿los

enviaremos juntos desde aquí? Sé que Jackie dirá: «¡vaya coincidencia!», cuando los reciba en toda su identidad. ¿Dejaremos que lo diga o no?

-No me importa -dijo ella.

-¿No...?

-¿Verdad que no importa? -dijo ella.

-Sí -repuso él-. Sus imaginaciones no trabajarán a costa nuestra. Enviaré la tuya desde aquí; la mía, después. No puedo verme implicado en sus suposiciones.

La miró con su singularidad extraña, no humana.

-Sí, tienes razón -dijo ella.

Levantó el rostro hacia él, todo brillante y abierto. Era como si él pudiese entrar derecho a la fuente de su esplendor radiante. El rostro de él se hizo un poco distraído.

-¿Nos vamos? -dijo.

-Como quieras -repuso ella.

Pronto habían salido de la pequeña ciudad y se deslizaban por los senderos abruptos del campo. Ursula se cobijaba junto a su calor constante, contemplando la revelación pálidamente encendida corriendo delante, la noche visible.

A veces era un camino ancho y viejo con espacios de hierba a ambos lados, volando mágico y élfico en la iluminación verdosa; a veces eran árboles cerniéndose desde la altura, a veces zarzas, a veces los muros de un patio comunal o la esquina de un granero.

-¿Vas a ir a cenar a Shortlands? -le preguntó de repente Ursula.

El se sobresaltó.

-¡Buen Dios! -dijo él-. ¡Shortlands! Nunca más. Eso no. Además, debe ser demasiado tarde.

-¿Dónde vamos entonces? ¿Al molino?

-Si te gusta. Es una pena ir a ninguna parte en esta buena noche oscura. Es una pena salir de ella, realmente. Es una pena que no podamos quedarnos en la buena oscuridad. Es mejor de lo que sería ninguna otra cosa jamás... esta buena oscuridad inmediata.

El coche brincaba y se balanceaba. Ella sabía que estaba descartado dejarle, la oscuridad les mantenía juntos conteniéndoles y no debía ser sobrepasada. Además, ella poseía un conocimiento místico pleno de sus suaves riñones de oscuridad, y en ese conocimiento había algo de la inevitabilidad y la belleza del hado, un hado que ella pedía y aceptaba plenamente.

El se sentaba inmóvil como un faraón egipcio conduciendo el coche. Se sentía sentado en potencia inmemorial, como las grandes estatuas talladas del verdadero Egipto, tan real y cumplido con fuerza sutil como ellas, con una vaga sonrisa inescrutable sobre los labios. Sabía lo que era tener la extraña y mágica corriente de fuerza en su espalda y bajando por sus piernas, fuerza tan perfecta que le dejaba inmóvil, con el rostro sonriendo sutil y despreocupadamente. Sabía lo que era estar despierto y potente en esa otra mente básica, la más profunda mente física. Y esta fuente le daba un control puro y mágico, místico, una fuerza oscura como la electricidad.

Era muy difícil hablar, era tan perfecto sentarse en ese puro silencio viviente, sutil, lleno de conocimiento impensable y de fuerza impensable, sostenido inmemorialmente en fuerza sin tiempo, como los egipcios inmóviles y supremamente potentes, sentado para siempre en su silencio sutil, vivo.

-No necesitamos una casa -dijo él-. Este coche tiene asientos abatibles. Podemos hacer una cama y levantar la capota.

Ella estaba contenta y asustada. Se apretujó a él.

-Pero ¿qué pensarán en casa? -dijo.

-Manda un telegrama.

Nada más se dijo. Continuaron desplazándose en silencio. Pero con una especie de segunda conciencia él dirigió el coche hacia el destino. Porque tenía la inteligencia libre para dirigir sus propios fines. Sus brazos, su pecho y su cabeza eran redondeados y vivientes como los de los griegos; no tenía los brazos rectos y sin despertar de los egipcios, ni la cabeza sellada, durmiente. Una inteligencia centelleante jugaba de modo secundario sobre su pura concentración egipcia en la oscuridad.

Llegaron a una aldea que se alineaba siguiendo el camino. El coche se arrastró lentamente por entre las casas hasta ver la oficina de correos. Entonces se detuvo.

-Le enviaré un telegrama a tu padre -dijo él-. Me limitaré a decir: «Pasaré la noche en la ciudad^, ¿te parece?

-Sí -respondió ella.

No deseaba verse distraída por esas cosas.

Le contempló mientras entraba en la oficina de correos. Vio que era también una tienda. Aunque entrase en el lugar público e iluminado, permanecía oscuro y mágico; parecía ser en él la realidad corpórea ese silencio vivo, sutil, potente, indescubrible. ¡Allí estaba! Ella le vio en un ,extraño brote de júbilo como el ser que jamás se revelaría, terrible en su potencia, místico y ,real. Esa realidad oscura, sutil de él, que nunca podría traducirse, la liberaba por completo, hacía perfecto su propio ser. Ella también era oscura y plena en el silencio.

El salió y lanzó algunos paquetes dentro del coche.

-Aquí hay algo de pan, queso, pasas, manzanas y chocolate duro -dijo él, con la voz como riendo debido a la impecable fijeza y fuerza que era la realidad en él.

Ella tenía que tocarle. Hablar y ver no era nada. No pasaba del simulacro mirar e intentar comprender al hombre allí. La oscuridad y el silencio debían caer absolutamente sobre ella, y entonces podría conocer místicamente mediante el pacto sin revelar. Debía conectar con él luego y no intelectualmente, tener el conocimiento que es muerte del conocimiento, la realidad de la certeza de no conocer.

Pronto se habían internado de nuevo en la oscuridad. Ella no preguntó dónde iban, no le importaba. Se sentaba en una plenitud y una potencia pura que eran como apatía, despreocupada e inmóvil. Estaba junto a él y se f mantenía en un puro descanso, como se mantiene una estrella equilibrada impensablemente. Sin embargo, había allí todavía un oscuro centellear de anticipación. Ella deseaba tocarle. Con yemas perfectamente finas de realidad tocaría la realidad en él, la realidad suave, pura e intraducible de sus flancos de oscuridad. Tocar, llegar sin mente en la oscuridad a un puro tacto de su realidad viviente, sus suaves riñones y muslos de oscuridad perfecta; eso era la sustentante anticipación de Ursula. Y él esperaba también en la firmeza mágica de lo suspenso que ella tomase ese conocimiento de él como él lo había tomado de ella. La conocía oscuramente, con la plenitud del conocimiento oscuro. Ahora ella le conocería y él quedaría también liberado. Quedaría nocturnamente liberado, como un egipcio, firme en un equilibrio perfectamente suspendido, puro nudo místico de ser místico. Se darían el uno al otro ese equilibrio estelar que constituye la única libertad.

Ella vio que cruzaron entre árboles..., grandes árboles viejos con una vegetación de helechos agonizantes en la base. Los troncos pálidos y nudosos ofrecían un aspecto fantasmagórico, como viejos sacerdotes en la tenebrosa distancia; el helecho se alzaba mágico y misterioso.

Era una noche de total oscuridad, con las nubes bajas. El automóvil avanzó lentamente.

-¿Dónde estamos? -susurró ella.

-En el bosque de Sherwood.

Era evidente que él conocía el lugar. Condujo despacio, mirando. Cuando llegaron a un camino verde entre los árboles torcieron cautelosamente y avanzaron entre los olmos del bosque, bajando por un sendero verde. El sendero verde se ensanchó hasta formar un pequeño círculo de hierba, donde había un pequeño manantial de agua en el fondo de un talud inclinado. El coche se detuvo.

Apagó al momento y fue pura noche, con sombras de árboles como realidades de otro ser nocturno. Tiró una alfombrilla sobre los helechos y quedaron sentados en silencio inmóvil y desprovisto de mente. Había débiles ruidos provenientes del bosque, pero ninguna perturbación era posible, porque el mundo estaba bajo un extraño bando, se había producido un nuevo misterio. Se quitaron sus ropas, él la atrajo hacia sí y la encontró, encontró la pura realidad centelleante de su carne para siempre invisible. Saciándose, inhumanos, los dedos de él sobre la desnudez sin revelar de ella. Eran los dedos del silencio sobre el silencio, el cuerpo de la noche misteriosa sobre el cuerpo de la noche misteriosa, lo masculino y lo femenino nocturno que jamás se veían con el ojo o conocerían por la mente, lo conocido únicamente como una revelación palpable de una viva otreidad.

Ella tuvo su deseo de él, tocó, recibió el máximo de comunicación inexpresable en pacto oscuro, sutil, positivamente silencioso; un obsequio magnífico que regalar al mismo tiempo, una perfecta aceptación y rendición, un misterio cuya realidad jamás podría ser conocida, realidad vital, sensual, que jamás podría ser transmutada en contenido mental y permanece fuera; cuerpo viviente de oscuridad y silencio y sutileza, el cuerpo místico de la realidad. Ella vio colmado su deseo. El vio colmado su deseo. Porque ella fue para él lo que él fue para ella: el esplendor inmemorial de la oscuridad mística, palpable.

Durmieron la gélida noche bajo la capota del automóvil, una noche de sueño imperturbado. Ya era bien de día cuando él despertó. Se miraron el uno al otro y rieron, luego miraron hacia otra parte llenos de oscuridad y secreto. Entonces se besaron y recordaron el esplendor de la noche. Era tan espléndida esa herencia de un universo de realidad oscura, que tenían miedo de aparentar recordar. Escondieron el recuerdo y el conocimiento.

24. MUERTE Y AMOR

Thomas Crich murió lentamente, con una terrible lentitud. Pareció imposible para

todos que el hilo de la vida pudiese estimarse tanto sin ser roto. El enfermo yacía indescriptiblemente débil y gastado, mantenido en vida gracias a la morfina y a bebidas que sorbía lentamente. Sólo estaba consciente a medias..., una fría hebra de conciencia conectaba la oscuridad de la muerte con la luz del día. Pero su voluntad estaba intacta, él era íntegro, completo. Sólo que necesitaba tener una quietud perfecta a su alrededor. Actualmente cualquier presencia, salvo la de las enfermeras, era un esfuerzo y una tensión para él. Todas las mañanas, Gerald iba al cuarto esperando descubrir que su padre había pasado al otro mundo por fin. Pero siempre veía el mismo rostro transparente, el mismo horrendo pelo oscuro sobre la frente cerúlea, los ojos espantosos, incubados, que parecían estar descomponiéndose en oscuridad informe con sólo un minúsculo grano de ilusión en su interior.

Y siempre que los ojos oscuros e incubados se volvían hacia él, recorría las entrañas de Gerald un ardiente golpe de rebelión que parecían resonar por todo su ser, amenazando romperle la mente con su estrépito y enloqueciéndole.

Cada mañana quedaba allí el hijo, erecto y robusto de vida, brillando con su cabello tan rubio. El rubio brillante de su ser extraño, inminente, lanzaba al padre a una fiebre de furiosa irritación. No podía soportar la mirada extraña y baja de los ojos azules de Gerald. Pero era sólo durante un momento. Situados ambos en el andén de partida, el padre y el hijo se miraban el uno al otro y luego se separaban.

Gerald mantuvo durante largo tiempo una perfecta sang froid, permaneció bastante recogido, pero al final fue minado por el miedo. Temía algún horrible colapso en sí mismo. Necesitaba quedarse y soportarlo. Alguna voluntad perversa le hacía contemplar a su padre extendido sobre las fronteras de la vida. Y ahora, sin embargo, cada día se inflamaba más el gran látigo rojo candente de miedo horrorizado que restallaba por las entrañas del hijo. Gerald se pasaba todo el día con una tendencia a acobardarse, como si tuviese sobre la nuca la punta de una espada de Damocles.

No había escapatoria..., estaba atado a su padre, tenía que quedarse hasta el final. Y la voluntad del padre jamás se relajaría ni se rendiría a la muerte. Tendría que quedarse cuando la muerte la rompiese al fin..., si es que no persistía después de una muerte física. Del mismo modo, la voluntad del hijo jamás se rindió. Permaneció firme e inmune, estaba fuera de esa muerte y de esa agonía.

Era un juicio por ordalía. Para él se trataba de soportar ver a su padre disolverse lentamente y desaparecer en la muerte sin rendir jamás su voluntad, sin jamás ceder ante la omnipotencia de la muerte. Como si fuera un piel roja sufriendo tortura, Gerald experimentaba todo el proceso de la muerte lenta con absoluta impasibilidad. Incluso triunfaba en ello. De alguna manera, él deseaba esa muerte. Era como si él mismo estuviese administrando la muerte, incluso cuando retrocedía con máximo horror. Pero no por ello dejaría de administrarla, triunfaría a través de la muerte.

Pero en la tensión de esta ordalía Gerald perdió también su contacto con la vida exterior, cotidiana. Lo que era mucho para él llegó a significar nada. Trabajo, placer..., todo quedó atrás. Continuó más o menos mecánicamente con su negocio, pero su actividad le era totalmente ajena. La verdadera actividad era esa lucha cadavérica por la muerte en su propia alma. Y su propia voluntad tenía que triunfar. Sucediese lo que sucediese,
él no se inclinaría, ni se sometería, ni reconocería a un señor. El no tenía ningún señor en la muerte.

Pero a medida que proseguía la lucha y todo cuanto él había sido y era continuaba siendo destruido -con lo cual la vida era una caracola hueca rugiendo con el sonido del mar, ruido donde él participaba exteriormente, y dentro de esa concha hueca estaba toda la oscuridad y el espacio temible de la muerte-, sabía que habría de encontrar refuerzos, pues en otro caso se hundiría hacia dentro sobre el gran vacío oscuro que rodeaba el centro de su alma.

Su voluntad sujetaba su vida exterior, su mente exterior; impedía que fuese roto o cambiado su ser externo, pero la presión era demasiado grande. Tendría que encontrar algo para mantener el equilibrio. Debía llegar algo con él al hueco vacío de la muerte en su alma. Algo que lo llenara igualando la presión interior con la presión exterior, porque día a día se sentía más y más como una burbuja llena de oscuridad, alrededor de la cual giraba en; remolino la iridiscencia de su conciencia y sobre la cual rugía vastamente la presión del mundo externo, de la vida externa.

En esa tesitura su instinto le condujo a Gudrun. Abandonó todo entonces..., sólo deseaba que se estableciera la relación con ella. La seguía al estudio para estar cerca de ella, para hablar con ella. Se quedaba por el cuarto cogiendo sin meta fija los instrumentos, los trozos de arcilla, las figurillas que ella había despreciado ; -caricaturescas y grotescas-, mirándolas sin ver. Y ella sentía que él la seguía, pegado a sus tobillos como un destino. Se apartaba de él, pero sabía que él se acercaba cada vez un poco más, un poco más.

-Me preguntaba -le dijo él una noche de un modo raro impensado, inseguro-, ¿por qué no te quedas a cenar esta noche? Me encantaría.

Ella se sobresaltó ligeramente. Le hablaba como un hombre pidiéndole algo a otro hombre.

-Estarán esperándome en casa -dijo ella.

-Oh, ¿crees que les importará? -dijo él-. Me pondría terriblemente contento si te quedases.

Su largo silencio acabó consintiendo.

-¿Se lo digo a Thomas?

Debo irme casi inmediatamente después de cenar -dijo ella.

Era una tarde oscura, fría. No había fuego en el cuarto de estar, se sentaron en la biblioteca. El se pasó la mayor parte del tiempo silencioso, ausente, y Winifred habló poco. Pero cuando Gerald se animaba, sonreía y era amable y llano con ella. Entonces caían sobre él de nuevo las largas lagunas de las que no era consciente.

Ella se sentía muy atraída por él. Tenía un aspecto tan preocupado con sus silencios extraños, lacunarios, indescifrables para ella; eso movía a Gudrun a preguntarse por él, a sentirse reverente hacia él.

Pero él estuvo muy gentil. Le dio las mejores cosas de la mesa; hizo que trajeran una botella de vino levemente dulce y deliciosamente dorado para la cena, sabiendo que lo preferiría al borgoña. Ella se sintió querida, casi imprescindible.

Mientras tomaba el café en la biblioteca oyeron un golpe suave, muy suave, en la puerta. El dio un respingo y dijo:

-Entre.

El timbre de su voz, como algo que vibrase en una tonalidad aguda, desasosegó a Gudrun. Entró una enfermera de blanco que quedó medio parada en el umbral como una sombra. Era muy bonita, pero tímida y sin confianza en sí misma.

-El doctor querría hablarle, señor Crich -dijo con su voz baja, discreta.

-¡El doctor! -dijo él poniéndose en pie de un salto-. ¿Dónde está?

-En el comedor.

-Dígale que voy.

Se bebió el café y siguió a la enfermera, que se había disuelto como una sombra.

-¿Qué enfermera es ésa? -preguntó Gudrun.

-La señorita Inglis... Para mí, la mejor -repuso Winifred.

Gerald volvió al cabo de un rato, con aspecto de estar absorto en sus propios pensamientos y teniendo algo de esa tensión y abstracción que aparecen en un hombre levemente ebrio. No dijo para qué le buscaba el médico, pero quedó ante el fuego con las manos cruzadas a su espalda y el rostro abierto como en un trance. No es que estuviese realmente pensando..., estaba sólo detenido en puro suspenso dentro de sí mismo, y los pensamientos cruzaban su mente sin orden.

-Debo irme ahora, ver a mamá -dijo Winifred- y ver a papá antes de que se vaya a dormir.

Les dio las buenas noches a ambos.

Gudrun se levantó también para partir.

-No necesitas irte todavía, ¿verdad? -dijo Gerald lanzando una ojeada rápida al reloj-. Es pronto aún. Iré contigo caminando cuando vayas. Siéntate, no salgas apresuradamente.

Gudrun se sentó como si, a pesar de encontrarse ausente él, su voluntad tuviese poder sobre ella. Se sentía casi mesmerizada. El era extraño para ella, algo desconocido. ¿Qué estaba pensando, qué estaba sintiendo mientras permanecía allí tan en trance, sin decir nada? El la guardaba..., ella podía sentir eso. No dejaba que se fuese. Ella le contemplaba con humilde sumisión.

-¿Tenía algo nuevo que contarte el médico? -preguntó suavemente al cabo de un rato, con esa simpatía gentil y tímida que tocaba una fibra aguda en el corazón de él.

El levantó las cejas con una expresión negligentemente indiferente.

-No..., nada nuevo -repuso, como si la cuestión fuese bastante casual, trivial-. Dice que el pulso es realmente muy débil, muy intermitente..., pero eso no significa necesariamente gran cosa.

Miró hacia ella. Los ojos de Gudrun eran oscuros, suaves y plegados, con un aire arcanzado que le despertó.

-No -acabó murmurando ella-. No entiendo nada de estas cosas.

-Yo tampoco -dijo él-. ¿No quieres un pitillo? ¡Fúmatelo!

Cogió rápidamente la caja y le dio fuego. Entonces quedó de nuevo frente a ella, de espaldas a la chimenea.

-No -dijo-, nunca hemos tenido mucha enfermedad en la casa..., no hasta padre.

Pareció meditar un rato. Luego, mirándola con ojos azules extrañamente comunicativos que la llenaron de temor, continuó:

-Es algo que uno no reconoce hasta que está allá, ¿sabes? Y entonces comprende que estuvo allí todo el tiempo..., que estuvo allí siempre..., ¿entiendes lo que quiero decir?... La posibilidad de esa enfermedad incurable, esa muerte lenta.

Movió con inquietud los pies sobre el borde marmóreo de la chimenea y se puso un cigarrillo en la boca mirando al techo.

-Lo sé -murmuró Gudrun-, es espantoso.

El fumaba sin saber. Entonces se quitó el cigarrillo de los labios, desnudó sus dientes y poniendo la punta de la lengua entre ellos escupió un pequeño trozo de tabaco volviéndose levemente de lado, como un hombre que está solo o perdido en sus cavilaciones.

-No sé cual es realmente el efecto en uno -dijo mirando de nuevo hacia ella.

Los ojos de ella eran oscuros y tocados por el conocimiento cuando miraban los de él. El la vio sumergida y volvió el rostro hacia otra parte.

-Pero yo, absolutamente, no soy el mismo. No queda nada, si entiendes lo que quiero decir. Uno parece vacío en sí mismo. Y entonces no se sabe qué hacer.

-No -murmuró ella. Un denso escalofrío recorrió sus labios, casi placer y casi dolor en su densidad-. ¿Qué puede hacerse? -añadió.

El se giró y lanzó la ceniza de su cigarrillo sobre las losas de mármol de la chimenea que yacían desnudas en el cuarto sin guardafuegos.

-No lo sé, estoy seguro -repuso él-. Pero pienso que es necesario encontrar algún modo de resolver la situación.. , no porque uno lo desee, sino porque es pre- ciso, o en otro caso estás listo. La totalidad, con uno mismo incluido, está justamente a punto de hundirse, y uno se encuentra justamente sujetándola con sus manos. En fin, es una situación que obviamente no puede continuar. No puede uno seguir sujetando el tejado con las manos para siempre. Uno sabe que antes o después tendrá que soltar. ¿Entiendes lo que quiero decir? Y por eso debe hacerse algo o hay un colapso universal..., al me- nos en cuanto le concierne a uno.

El resbaló levemente al pisar sobre una brasa. Miró el trozo de carbón. Gudrun era consciente de los hermosos paneles viejos de mármol de la chimenea, esculpidos suavemente alrededor y sobre él. Gudrun se sentía como si hubiese sido cazada al fin por el hado, encarcelada en alguna trampa horrible y fatal.

-¿Pero qué puede hacerse? -murmuró ella humildemente-. Debes usarme si puedo servirte de alguna ayuda..., ¿pero cómo puedo ayudar? No se me ocurre cómo puedo ayudarte.

El miró críticamente en su dirección.

-No deseo que ayudes -dijo levemente irritado-, porque nada puede hacerse. Sólo deseo simpatía, ya ves; deseo alguien con quien hablar simpáticamente. Eso afloja la tensión. Y no hay nadie con quien hablar simpáticamente. Eso es lo curioso. No hay nadie. Bueno, está Rupert Birkin. Pero él no es simpático, desea dictar. Y eso no sirve para nada.

Ella estaba capturada en su extraño cepo. Se miró las manos.

Entonces hubo el sonido de la puerta abriéndose suavemente. Gerald dio un respingo. Parecía sufrir como quien es cogido en falta. Fue su respingo el que real. mente sorprendió a Gudrun. Entonces él se adelantó con cortesía rápida, graciosa, intencional.

-¡Ven, madre! -dijo-. Cómo me alegro de que bajes. ¿Qué tal estás?

La anciana, envuelta en una bata púrpura ancha y suelta, se aproximó silenciosamente, algo desgarbada, como de costumbre. Su hijo estaba a su lado. Le acercó una silla diciendo:

-Conoces a la señorita Brangwen, ¿verdad?

La madre miró con indiferencia hacia Gudrun.

-Sí -dijo.

Entonces volvió sus maravillosos ojos de nomeolvides azul hacia su hijo mientras

se sentaba lentamente en la silla que le había traído.

-Vine a preguntarte sobre tu padre -dijo con su voz rápida, apenas audible-. No sabia que tuvieses compañía.

-¿No? ¿No te lo dijo Winifred? La señorita Brangwen se quedó a cenar con nosotros para animarnos un poco...

La señora Crich se dio lentamente la vuelta hacia Gudrun y al miró, pero con ojos que no veían.

-Temo que no le costaría nada -dijo. Luego se volvió de nuevo hacia su hijo-. Winifred me contó que el médico tenía algo que decir sobre tu padre. ¿Qué fue?

-Sólo que el pulso está muy débil..., falla muchas veces..., por lo cual quizá no pase la noche -repuso Gerald.

La señora Crich se sentaba perfectamente impasible, como si no hubiese escuchado. La masa de su cuerpo parecía encorvada en la silla, su pelo rubio le colgaba desaliñado sobre las orejas. Pero su piel era clara y fina, sus manos eran bastante hermosas, allí olvidadas y plegadas, llenas de energía potencial. Una gran masa de energía parecía desintegrarse activamente en esa forma silenciosa, desgarbada.

Miró hacia el hijo, que se mantenía agudo y marcial, próximo a ella. Los ojos de la mujer tenían el azul más maravilloso, un azul más intenso que los nomeolvides. Ella parecía tener cierta confianza en Gerald y sentir cierto recelo maternal hacia él.

-¿Qué tal estás tú? -musitó en su voz extrañamente quieta, como si nadie debiese escuchar excepto él-. No irás a dejarte llevar, ¿verdad? No permitirás que te ponga histérico, ¿verdad?

El curioso reto de las últimas palabras sorprendió a Gudrun.

-No lo creo, madre -repuso él con afectuosidad más bien fría-. Alguien tiene que pasarlo, ya sabes.

-¿Tiene qué? ¿Tiene qué? -repuso rápidamente su madre-. ¿Por qué has de cargar tú con ello? ¿De qué te va a servir pasarlo? Ya pasará por sí mismo. No eres necesario.

-No, no supongo que pueda hacer nada útil -repuso él-. Es simplemente el modo en que nos afecta, ya ves.

-Te gusta ser afectado..., ¿no es cierto? ¿Qué te es indiferente? Tendrías que ser importante. No tienes necesidad de quedarte en casa. ¡Más valdría que te fueses!

Esas frases, evidentemente grano madurado de muchas horas oscuras, cogieron a Gerald por sorpresa.

-No creo que sea nada bueno irse ahora, madre, en el último minuto -dijo él fríamente.

-Cuídate -repuso su madre-. Cuida de ti mismo..., ése es tu asunto. Te cargas con demasiadas cosas. Ocúpate de ti o te encontrarás en la calle de los raros, eso es lo que te sucederá. Eres histérico, lo fuiste siempre.

-Estoy perfectamente bien, madre -dijo él-. Te aseguro que no hay necesidad de preocuparse por mí.

-Deja que los muertos entierren a sus muertos..., no vayas a enterrarte junto con ellos..., eso es lo que te digo. Te conozco bastante bien.

El no contestó a esto por no saber qué decir. La madre se sentaba recogida en silencio, aferrando sus hermosas manos blancas y sin anillo alguno los pomos de su sillón.

-No puedes hacerlo -dijo casi amargamente ella-. No tienes la fibra. Eres tan débil

como un gato en realidad..., siempre lo fuiste. ¿Se va a quedar aquí esta joven?

-No -dijo Gerald-. Se va a su casa esta noche. -Más le valdría entonces coger la tartana. ¿Va lejos? -Sólo a Beldover.

-¡Ah!

La anciana nunca miraba a Gudrun, pero parecía reparar en su presencia.

-Estás inclinado a cargarte en demasía, Gerald -dijo la madre, poniéndose con cierta dificultad en pie.

-¿Vas a irte, madre? -preguntó él educadamente.

-Sí, me subo otra vez -repuso.

Se volvió a Gudrun y dijo:

-Buenas noches.

Luego fue lentamente hacia la puerta, como si no tuviese costumbre de caminar. Al llegar al umbral levantó implícitamente el rostro para él. El la besó.

-Déjame aquí -dijo ella con su voz apenas audible-. No quiero que me sigas más.

El le dio las buenas noches, viéndola subir las escaleras lentamente. Luego cerró la puerta y volvió a Gudrun.

Gudrun se levantó también para marcharse.

-Un ser raro, mi madre -dijo él.

-Sí -replicó Gudrun.

-Tiene sus propios pensamientos.

-Sí -dijo Gudrun.

Quedaron entonces silenciosos.

-¿Quieres irte? -preguntó él-. En medio minuto haré que preparen un caballo...

-No -dijo Gudrun-. Deseo caminar.

El había prometido caminar con ella la larga y solitaria milla de distancia, y ella lo deseaba.

-Podríamos igualmente ir en coche -dijo él.

-Yo preferiría con mucho caminar -afirmó ella con énfasis.

-¡Vaya! Entonces iré contigo. ¿Sabes dónde están tus cosas? Me pondré botas.

Se caló una gorra y se puso un abrigo sobre el smoking. Salieron a la noche.

-Encendamos un cigarrillo -dijo él deteniéndose en un ángulo protegido del porche-. Fúmate uno también.

Así, con el aroma del tabaco sobre el aire de la noche, comenzaron a caminar por la senda oscura que discurría entre setos muy recortados, cruzando prados ascendentes y descendentes.

El deseaba poner su brazo alrededor de ella. Si pudiese poner su brazo alrededor de ella y atraerla contra él mientras caminaban, se equilibraría. Porque ahora se sentía como uno de los platillos de una balanza, que se hundía y hundía en un vacío indefinido. Tenía que recuperar alguna especie de equilibrio. Y allí estaba la esperanza y la recuperación perfecta.

Ciego para ella, pensando sólo en sí mismo, deslizó suavemente su brazo alrededor de la cintura de Gudrun y la atrajo hacia él. El corazón de ella desfalleció cuando se sintió tomada. Pero el brazo de él era tan fuerte que se acobardó bajo su poderosa presa. Murió una pequeña muerte y fue arrastrada contra él mientras caminaban por la tormentosa oscuridad. El parecía equilibrarla a la perfección oponiéndola a sí mismo en su movimiento dual de caminar. De ese modo, repentinamente, era libre y

perfecto, fuerte, heroico.

Se acercó la mano a la boca y tiró el cigarrillo, punto de resplandor en el invisible seto. Entonces quedó más libre para sujetarla.

-Así es mejor -dijo exultante.

El júbilo de su voz era como una droga dulzona y venenosa para ella. ¡Significaba entonces tanto para él! Ella sorbió el veneno.

-¿Te encuentras más feliz? -preguntó con remordimiento.

-Mucho mejor -dijo él con la misma voz exultante-, y me habría ido bien lejos.

Ella se cobijó contra él. El la sintió toda suave y cálida, era la sustancia rica y encantadora de su ser. La calidez y el movimiento de los pasos de Gudrun le penetraban maravillosamente.

-Me alegra tanto poder ayudarte -dijo ella.

-Sí -repuso él-. Nadie más podría salvo tú.

«Eso es cierto», se dijo ella con un escalofrío de júbilo extraño, fatal.

Mientras caminaban, él parecía levantarla y acercarla más y más, hasta que se vio movida sobre el firme vehículo del cuerpo de él. Era tan fuerte, tan sustentante, y no podía ser contradicho. Ella se dejó ir en una maravillosa interfusión de movimiento físico mientras bajaban la colina oscura y ventosa. A lo lejos brillaban las luces amarillas, de Beldover, muchas, diseminadas en una franja ancha sobre otra colina oscura. Pero ella y él estaban caminando en una oscuridad perfecta, aislada, fuera del mundo.

-¡Cuánto te importo! -llegó la voz de ella casi quejumbrosa-. No sé, ¡no entiendo! ¡Cuánto!

Su voz resonaba con un júbilo doloroso.

-Yo tampoco lo sé..., pero es todo.

Quedó atónito ante su propia declaración. Era verdad. Se desnudó por eso de toda cautela admitiéndolo ante ella. Ella le importaba totalmente..., ella era todo. -Pero no puedo creerlo -dijo ella con voz baja, asombrada, temblando.

Estaba temblando con duda y júbilo. Eso era lo que deseaba oír, sólo eso. Pero ahora que lo escuchaba, oía la extraña vibración de la verdad en su voz mientras lo decía y no podía creerlo. No podía creer..., no creía. Pero creía, triunfantemente, con júbilo fatal.

-¿Por qué no? -dijo-. ¿Por qué no lo crees? Es verdad. Es tan verdad como que estamos aquí en este momento... -quedó inmóvil con ella en el viento-; nada me importa sobre la tierra o en el cielo fuera de este lugar donde nos encontramos. Y no me importa mi propia presencia, eres tú completamente. Vendería cien veces mi alma..., pero no podría soportar dejar de tenerte aquí. No podría soportar estar solo. Mi cerebro estallaría. Es verdad.

Con un movimiento definido hizo que ella se acercase más a él.

-No -murmuró ella, temerosa.

Pero esto era lo que deseaba. ¿Por qué perdía coraje entonces?

Reanudaron su extraño paseo. Se eran tan extraños... y, con todo, estaban tan asustadora, impensablemente cerca. Era como una locura. Pero era lo que ella deseaba, era lo que ella deseaba. Habían bajado la colina y llegaban ahora al arco cuadrado donde la carretera pasaba por debajo del ferrocarril minero. Gudrun sabía que el arco tenía muros de piedra cuadrada, musgosa por el lado donde escurría el agua y seca por el otro. Ella había estado debajo oyendo rugir al tren mientras pasaba tronando sobre las gruesas

vigas de madera. Y sabía que bajo este puente oscuro y solitario los mineros jóvenes pasaban el tiempo lluvioso en la oscuridad con sus novias. Por eso deseaba estar bajo el puente con su novio y ser besada bajo el puente en la oscuridad invisible. Sus pasos se arrastraron al aproximarse.

Así, se detuvieron bajo el puente y él la levantó sobre su pecho. Su cuerpo vibraba fuerte y poderoso mientras se cerraba sobre ella aplastándola, dejándola sin aliento, aturdida y destruida. Ah, era terrible y perfecto. Bajo ese puente los mineros apretaban contra su pecho a sus amantes. ¡Y ahora, bajo el puente, el señor de todos ellos la apretaba contra sí! ¡Y cuanto más poderoso y terrible era su abrazo, cuanto más concentrado y supremo era su amor que el de ellos! Ella sintió que se desvanecería, que moriría bajo la tensión vibrante, inhumana, de sus brazos y su cuerpo..., que desaparecería. Entonces la vibración impensamente alta se aflojó y pasó a ser más ondulante. El aflojó, arrastrándola consigo hasta quedar con la espalda apoyada sobre el muro.

Ella estaba casi inconsciente. Así se quedaban los mineros, con la espalda apoyada en el muro, sujetando a sus novias y besándolas como estaban besándola ahora a ella. Ah, ¿pero serían sus besos bellos y poderosos como los del señor de firme boca? Incluso el bigote agudo, ralo..., los mineros no lo tendrían.

Y las novias de los mineros, como ella, dejarían colgar sus fláccidas cabezas sobre los hombros de ellos, mirando desde el oscuro pasaje hacia la franja próxima de luces amarillas sobre la colina invisible en la distancia o contemplando por el otro lado la forma vaga de los árboles y los edificios de la leñera de la mina.

Los brazos de él fueron rápidos sobre ella; parecía estar recogiéndola e introduciéndose su calidez, su suavidad, su peso adorable, bebiendo ávidamente el derrame de su ser físico. La levantó y pareció servírsela como se sirve el vino en una taza.

-Esto vale por todo -dijo él con una voz extraña, penetrante.

Con lo cual ella se relajó y pareció fundirse, fluir dentro de él como si fuese un derrame infinitamente cálido y precioso penetrando en sus venas, semejante a un tóxico. Los brazos de ellas rodeaban su cuello, él la besaba y la mantenía perfectamente suspendida; ella estaba floja y fluyendo dentro de él, y él era la taza firme, fuerte, que recibía el vino de su vida. Así permaneció echada sobre él, varada, levantada contra él, derritiéndose y derritiéndose bajo sus besos, derritiéndose en los miembros y los huesos de él, como si él fuese hierro dulce que se fuese sobrecargando con la vida eléctrica de ella.

La mente de Gudrun progresó gradualmente hasta que pareció desmayarse y desapareció; todo en ella estaba derretido y fluido mientras permanecía inmóvil, contenida por él, durmiendo en él, como el relámpago duerme en una piedra dura, suave. Así desapareció ella en él, y él quedó perfecto.

Cuando abrió los ojos de nuevo y vio la franja de luces en la distancia, le pareció extraño que el mundo siguiese existiendo, que ella estuviese bajo el puente apoyando la cabeza sobre el pecho de Gerald. Gerald..., ¿quién era? Era la aventura exquisita, el deseable desconocido para ella.

Miró y vio en la oscuridad su rostro sobre el de ella, su rostro anguloso y viril. Parecía emitir una débil luz blanca, un aura blanca, como si fuese un visitante llegado de lo invisible. Ella se acercó -como Eva a las manzanas del árbol del conocimiento- y le besó, aunque su pasión fuese un miedo trascendente a la cosa que él era, tocándole el

rostro con sus dedos infinitamente delicados, que se acercaban rodeando, inquiriendo. Sus dedos fueron hacia el molde del rostro de él, sobre sus rasgos. ¡Qué perfecto y ajeno era él..., ah, qué peligroso! El alma de ella se estremeció de conocimiento completo. Esa era la manzana brillante, prohibida, ese rostro de un hombre. Ella le besó poniéndole los dedos sobre el rostro, sobre los ojos, la nariz, las cejas y las orejas, sobre su cuello, para conocerle, para reunirle mediante el tacto. El era tan firme y bien formado, con esa belleza inconcebible, tan satisfactoria, extraña aunque indescriptiblemente clara. Era un enemigo indescriptible, centelleante de misterioso fuego blanco. Ella deseaba tocarle, y tocarle, y tocarle, hasta tenerle todo entero en sus manos, hasta que le hubiese forzado a entrar en el conocimiento de ella. Ah, si ella pudiese tener el precioso conocimiento de él quedaría llena, y nada podría privarla de eso. Porque él era tan poco seguro, tan arriesgado en el mundo común del día.

-Eres tan bello -murmuró ella en su garganta.

El se sorprendió y quedó suspendido. Pero ella le notó temblar y se pegó involuntariamente más a él. El no podía evitarlo. Los dedos de ella hacían que estuviese bajo su poder. El deseo insondable, que podía evocar en él era más profundo que la muerte, donde no tenía elección.

Pero ella lo sabía ahora y bastaba. Por el momento, su alma estaba destruida con una conmoción exquisita del invisible rayo fluido de él. Ella sabía. Y ese conocimiento era la muerte de la cual necesitaba recobrarse. ¿Cuánto más de él quedaba por saber? Ah, mucho, mucho; muchos días cosechando sus manos grandes, pero perfectamente sutiles e inteligentes, sobre el campo de su cuerpo viviente, radiactivo. Ah, las manos de ella eran ávidas, codiciosas de conocimiento. Pero por el momento bastaba, bastaba; era todo cuanto su alma podía soportar. Un poco más y se rompería, llenaría demasiado rápidamente el fino vial de su alma y se rompería. Bastaba ahora..., bastaba por el momento. Había todos los otros días en que sus manos, como pájaros, podrían picotear sobre los campos de su mística forma plástica..., bastaba hasta entonces.

E incluso él quedó contento de verse detenido, rechazado. Porque desear es mejor que poseer, la radicalidad del fin era tan profundamente temida como deseada.

Caminaron hacia la ciudad, donde las lámparas se disponían en fila india, a largos intervalos, siguiendo la oscura carretera del valle. Acabaron llegando a la esquina de la calle.

-No me sigas -dijo ella.

-¿Preferirías que no lo hiciese? -preguntó él aliviado.

No deseaba caminar por la calle con ella, desnuda e iluminada su alma como entonces estaba.

-Lo preferiría con mucho..., buenas noches -le tendió la mano.

El la cogió y luego tocó los dedos peligrosos, potentes, con sus labios.

-Buenas noches -dijo él-. Mañana.

Y se separaron. El se fue a su casa lleno de la fuerza y el poder del deseo vivo.

Pero al día siguiente ella no vino, envió una nota diciendo que un catarro le obligaba a quedarse en su casa. ¡Eso fue un tormento! Pero él poseía su alma con una especie de paciencia; escribió una breve respuesta contándole lo apenado que se encontraba por no verla.

Al día siguiente se quedó en casa..., parecía tan trivial ir a la oficina. Su padre no sobreviviría a esa semana. Y él deseaba estar en casa, en suspenso.

Gerald se sentaba en una silla junto a la ventana en el cuarto de su padre. El paisaje exterior era negro y estaba empapado de invierno. Su padre yacía gris y ceniciento sobre la cama. Una enfermera se movía silenciosamente con su traje blanco, limpio y elegante, incluso hermoso. Había un aroma a agua de colonia en el cuarto. La enfermera salió y Gerald quedó solo con la muerte, con el rostro vuelto hacia el paisaje negro de invierno.

-¿Queda todavía mucha más agua en Denley? -llegó la voz débil, resuelta, quejumbrosa, desde la cama.

El moribundo estaba preguntando sobre una filtración desde Willey Water a uno de los pozos.

-Algo más..., tendremos que desaguar el lago -dijo Gerald.

-¿Querrás hacerlo? -la débil voz se filtró hasta la extinción.

Hubo una quietud muerta. El enfermo de rostro gris yacía con los ojos cerrados, más muerto que la muerte. Gerald miró hacia otra parte. Sintió que su corazón se secaba, que perecería si esto continuaba mucho más tiempo. De repente escuchó un ruido extraño. Al volverse vio los ojos de su padre abiertos de par en par, desorbitados y moviéndose en un frenesí de lucha inhumana. Gerald se puso en pie de un salto y quedó transfigurado de horror.

-¡Uua-a-ah-h-h! -brotó el aullido horrible y ahogado desde la garganta de su padre; los ojos aterrados, frenéticos, girando terriblemente en su salvaje y estéril búsqueda de ayuda, pasaron ciegos sobre Gerald, luego llegó la sangre oscura bombeando en un vómito sobre el rostro del agonizante. El cuerpo tenso se relajó, la cabeza cayó a un lado, fuera de la almohada.

Gerald permaneció transfigurado, resonando su alma de horror. Quería moverse pero no podía. Era incapaz de mover sus miembros. Su cerebro parecía repetir el eco, como un pulso.

Entró suavemente la enfermera de blanco. Miró a Gerald y luego a la cama.

-¡Ah! -sonó su exclamación' suave, casi sollozante, mientras se apresuraba a llegar al hombre muerto-. ¡Ah-h! -fue el leve ruido de su agitada aflicción mientras permanecía inclinada sobre la cama.

Entonces se recobró, se dio la vuelta y vino a buscar toalla y esponja. Estaba limpiando cuidadosamente el rostro muerto y murmurando, casi sollozando, muy suavemente:

-¡Pobre señor Crich!... ¡Pobre señor Crich!... ¡Oh, pobre señor Crich!

-¿Ha muerto? -sonó con estrépito la voz áspera de Gerald.

-Oh, sí, se ha ido -repuso la voz suave y gemebunda de la enfermera mientras miraba el rostro de Gerald.

Era joven, bella y temblorosa. Una extraña especie de sonrisa cruzó el rostro de Gerald sobre el horror. Y salió del cuarto.

Iba a decírselo a su madre. En el rellano encontró a' su hermano Basil.

-Se ha ido, Basil -dijo, apenas capaz de someter su propia voz, de impedir que un júbilo inconsciente y asustador se filtrase.

-¿Qué? -exclamó Basil palideciendo.

Gerald asintió. Entonces fue al cuarto de su madre. Ella estaba sentada con su bata púrpura cosiendo, cosiendo muy lentamente, dando una puntada y luego otra. Miró hacia Gerald con sus ojos azules impávidos.

-Padre se ha ido -dijo él.

-¿Está muerto? ¿Quién lo dice?

-Oh, se sabe, madre, solamente con verle.

Ella apartó la costura y se incorporó lentamente.

-¿Vas a verle? -preguntó él.

-Sí -dijo ella.

Los niños ya estaban junto a la cama en un grupo sollozante.

-¡Oh, madre! -exclamaron las hijas casi histéricas, llorando en voz alta.

Pero la madre fue hacia adelante. El muerto yacía en reposo, como gentilmente dormido, tan gentil y pacífico como un joven durmiendo en la pureza. Estaba todavía caliente. Ella se le quedó mirando con un silencio tenebroso y denso durante algún tiempo.

-¡Ay! -acabó diciendo con amargura, hablando como a los testigos invisibles del aire-. Estás muerto -quedó en silencio algunos minutos, mirando hacia abajo-. Hermoso -afirmó-, hermoso, como si la vida no te hubiese tocado jamás. ., como si jamás te hubiese tocado. Espero de Dios que yo tenga un aspecto distinto. Espero parecer mis años cuando esté muerta. Hermoso, hermoso -canturreó sobre él-. Podéis verle en su adolescencia, con su primera barba sobre el rostro. Un alma hermosa, hermosa...

Hubo entonces un desgarramiento en su voz cuando gritó:

-¡Que ninguno de vosotros se le parezca cuando muera! Que no vuelva a suceder.

Era una orden extraña y salvaje proveniente de lo desconocido. Sus hijos se agruparon inconscientemente en un conjunto más denso ante el terrible imperativo de su voz. Sus mejillas estaban arrebatadas de color, la anciana parecía terrible y maravillosa.

-Culpadme, culpadme si queréis porque él yazca allí como un adolescente, con su primera barba sobre el rostro. Culpadme si queréis. Pero ninguno de vosotros sabe.

Quedó silenciosa en silencio intenso. Entonces brotó una voz baja, tensa:

-Si pensara que los hijos que parí tendrían ese ros- tro en la muerte, los estrangularía mientras eran cría turas, sí...

-No, madre -llegó la voz extraña, como de clarín de Gerald desde el fondo-, somos diferentes, no te culpamos.

Ella se giró y le miró de lleno a los ojos. Luego le. vantó sus manos en un extraño medio gesto de loca de- - sesperación.

-¡Rezad! -dijo con fuerza-. Rezad a Dios por vosotros mismos, porque ya no hay ayuda para vosotros que venga de vuestros padres.

-¡Oh, madre! -exclamaron salvajemente sus hijas.

Pero ella ya se había dado la vuelta y desaparecido, y todos ellos se fueron rápidamente lejos los unos de los otros.

Cuando Gudrun supo que el señor Crich estaba muerto se reconvino. Había permanecido lejos a fin de que Gerald no la considerase demasiado fácil de conquistar. Y ahora él estaba en el corazón del trastorno mientras ella se encontraba fría.

Al día siguiente fue como de costumbre a ver a Winifred, que se alegró de verla y de irse al estudio. La muchacha había llorado y luego, demasiado asustada, se había girado para evitar cualquier otra eventualidad trágica más. Ella y Gudrun reanudaron el trabajo como de costumbre en el aislamiento del estudio, .y esto parecía una felicidad inconmensurable. Un mundo puro de libertad tras el despropósito y la miseria de la casa. Gudrun se quedó hasta la noche. Ella y Winifred hicieron que les trajeran la cena al

estudio, donde comieron en libertad, lejos de todas las gentes de la casa.

Gerald llegó después de la cena. El gran estudio estaba lleno de sombra y con un aroma a café. Gudrun y Winifred tenían una mesita cerca del fuego, en uno de los extremos, con una lámpara blanca de luz concentrada. Eran un mundo minúsculo para sí mismas las dos muchachas rodeadas por sombras encantadoras, ensombrecidas las vigas y traviesas del techo, los bancos e implementos del estudio.

-Esto está muy acogedor -dijo Gerald acercándose.

Había una chimenea de ladrillos llena de fuego, una vieja alfombra turca azul, la pequeña mesita de roble con la lámpara, el mantel blanco y azul, el postre y Gudrun haciendo café en una vieja cafetera de cobre mientras Winifred calentaba un poco de leche en un minúsculo cazo.

-¿Has tomado café? -dijo Gudrun.

-Sí, pero tomaré algo más con vosotras -repuso.

-Entonces tendrás que tomarlo en un vaso..., solo hay dos tazas -dijo Winifred.

-Me da lo mismo -dijo él cogiendo una silla y acercándose al círculo encantado de las dos muchachas.

¡Qué felices eran, qué acogedor y agradable era estar con ellas, en un mundo de altivas sombras! El mundo exterior, donde había estado tratando negocios funerarios todo el día, quedo completamente borrado. En un instante respiro esplendor y magia.

Tenían todas sus cosas muy primorosamente; dos tacitas raras y encantadoras, escarlata y con el borde de oro solido, y una pequeña jarrita negra con lunares escarlata, y la curiosa cafetera, cuya llama votiva fluía de modo continuo, casi invisible. Se creaba el efecto de una riqueza más bien siniestra, hacia la cual escapo al punto Gerald.

Todos ellos estaban sentados y Gudrun sirvió cuidadosamente el café.

-¿Tomarás leche? -pregunto tranquila, aunque acercase nerviosamente la pequeña jarrita negra con los grandes lunares rojos.

Estaba siempre tan completamente controlada, aunque tan amargamente nerviosa.

-No, lo tomaré sin leche -contesto él.

Entonces, con una curiosa humildad, ella le entregó la tacita de café, quedándose con el inconveniente vaso. Parecía desear servirle.

-Dame el vaso..., es tan basto para ti -dijo él.

Prefería con mucho tenerlo él y verla a ella primorosamente servida. Pero ella estaba silenciosa, complacida con la oscuridad, con su autodegradacion.

-Estáis bastante en ménage -dijo él.

-Sí. No estamos realmente en casa para visitantes -dijo Winifred.

-¿No? ¿Soy entonces un intruso?

Porque había sentido una vez que su traje convencional se encontraba fuera de lugar, que era un desplazado.

Gudrun estaba muy silenciosa. No se sentía arrastrada a hablarle. En este estadio el silencio era lo mejor... o meras palabras leves. Era mejor apartar las cosas serias. Por lo cual hablaron jovial y superficialmente hasta que oyeron al hombre traer el caballo abajo y retenerle con un «soo» en la tartana que iba a llevar a Gudrun a su casa. Se puso sus cosas y le dio la mano a Gerald, sin toparse en ningún momento sus ojos con los de él. Y desapareció.

El funeral fue detestable. Después, ante la mesa de té, las hijas seguían diciendo:

-Fue un buen padre para nosotras..., el mejor padre del mundo.

O bien:

-No encontraremos fácilmente otro hombre tan bueno como padre.

Gerald asentía a todo esto. Era la actitud convencional correcta, y él creía en las convenciones para tratar con el mundo. Lo daba por supuesto. Pero Winifred odiaba todo y se escondía en el estudio a llorar de corazón, deseando que Gudrun viniese.

Por suerte, todos se estaban yendo. Los Crich nunca se quedaban mucho en casa. Para la hora de cenar, Gerald se encontró prácticamente solo. Incluso Winifred fue llevada a Londres para pasar unos pocos días con su hermana Laura.

Pero cuando Gerald quedo completamente solo no pudo soportarlo. Paso un día y otro. Y estaba todo el tiempo como un hombre encadenado al borde de un abismo. Luchase como luchase no podía volverse hacia la tierra sólida, no podía encontrar asidero. Estaba suspendido sobre el borde de un vacío, retorciéndose. El abismo ocupaba todo su pensamiento..., fuese que estuviera con amigos o extraños, trabajando o jugando; todo cuanto aparecía ante él era sólo el mismo vacío sin fondo donde su corazón perecía en un movimiento pendular. No había escapatoria, no había nada a lo cual aferrarse. Debía retorcerse sobre el borde de la cima, suspendido en cadenas de invisible vida física. Al principio quedó silencioso, inmóvil, esperando que la agudísima crisis pasase, esperando encontrarse liberado en el mundo de los vivientes tras ese exceso de dolor. Pero no sucedió y fue sobrecogido por lo que temía.

Cuando se acercaba la noche del tercer día su corazón retumbó con miedo. No podía soportar otra noche. Estaba llegando otra noche, otra noche más se encontraría suspendido en la cadena de vida física sobre el abismo insondable de nada. Y no podía soportarlo. No podía soportarlo., Estaba profundamente asustado, fríamente, en su alma. Ya no creía en su propia fuerza. No podía caer en ese vacío infinito y brotar de nuevo. Si caía, desaparecería para siempre. Debía retirarse, debía buscar refuerzos. Ya no creía en su propio ser singular más allá de esto.

Tras cenar, enfrentado a la experiencia última de su propia nada, giró hacia otro lado. Se puso sus botas y el abrigo y se lanzó a pasear en la noche.

Era una noche oscura y neblinosa. Cruzó el bosque, tropezando y encontrando a tientas el camino hacia el molino. Birkin estaba fuera. Bien..., eso medio le alegraba. Subió por la colina y tropezó ciegamente en las abruptas laderas, perdiendo el sendero en la oscuridad completa. Era aburrido. ¿Dónde iba? Daba igual. Tropezó y siguió tropezando hasta desembocar de nuevo en un sendero. Entonces cruzó otro bosque. Su mente se oscureció, continuaba automáticamente. Sin pensamiento o sensación tropezaba irregularmente ya de nuevo en campo abierto, tanteando en busca de portillas con escalones, perdiendo el sendero y siguiendo los setos de los campos hasta llegar a la desembocadura.

Y llegó al fin a la carretera. Le había distraído luchar ciegamente a través de la maraña de oscuridad. Pero ahora tenía que tomar una dirección. Y ni siquiera sabía dónde estaba. Pero debía tomar una dirección ahora. Y nada se resolvería andando simplemente, alejándose. Necesitaba tomar una decisión.

Quedó quieto sobre la carretera en la noche radicalmente oscura y no sabía dónde estaba. Era una sensación extraña su corazón latiendo, circundado por la oscuridad radicalmente desconocida. Así permaneció algún tiempo.

Entonces oyó pasos y vio una pequeña luz que se balanceaba. Fue inmediatamente hacia allí. Era un minero.

-¿Puede decirme -dijo- dónde va esta carretera?

-¿Carretera? Ah, va a Whatmore.

-¿Whatmore? Oh, gracias, es cierto. Pensé que estaba equivocado. Buenas noches.

-Buenas noches -repuso la voz ancha del minero.

Gerald sospechaba dónde estaba. Lo sabría desde luego cuando llegase a Whatmore. Le gustaba estar en una carretera. Caminaba hacia adelante como en un sueño de decisión:

¿Eso era Aldea Whatmore...? Sí, King's Head..., y allí las puertas del vestíbulo. Bajó la empinada colina corriendo. Serpenteando a través del hueco cruzó la escuela y llegó a la iglesia de Willey Green. ¡El cementerio! Se detuvo.

Un momento después había trepado el muro y se paseaba entre las tumbas. Incluso con la oscuridad reinante podía ver la palidez apilada de viejas flores blancas a sus pies. Esa era la tumba entonces. Se agachó. Las flores estaban frías y viscosas. Había un aroma húmedo de crisantemos y nardos amortiguado. Palpó la arcilla de debajo y la tierra se hundió, horriblemente fría y pe gajosa. Se incorporó asqueado.

. Aquí estaba entonces un centro, en la oscuridad completa ante la tumba invisible, húmeda. Pero no. había nada para él allí. No, no había ninguna razón para que él estuviese allí. Sentía como si algo de la arcilla se pegase frío y sucio sobre su corazón. No, bastaba ya de esto.

-¿Dónde entonces? ¿A casa? ¡Jamás! No servía ir allí. Era menos que inútil. No podía hacerse. Había algún otro sitio donde ir. ¿Dónde?

Una decisión peligrosa se formó en su corazón como una idea fija. Estaba Gudrun..., se encontraría a salvo en su casa. Pero él podía llegar a ella..., llegaría. No se iría de vuelta esa noche hasta haber llegado a ella, aunque le costase la vida. Se apostó entero a ese golpe de dados.

Comenzó a caminar derecho, cruzando los campos hacia Beldover. Estaba tan oscuro que nadie habría podido verle. Sus pies estaban húmedos y fríos, pesados de arcilla. Pero continuó persistentemente, semejante a un viento, perpendicular y como impulsado por su destino. Había grandes lagunas en su conciencia. Era consciente de que se encontraba en el poblado de Winthorpe, pero no sabía del todo cómo había llegado allí. Y entonces, como en un sueño, se encontró en la calle larga de Beldover, con sus farolas.

Hubo un ruido de voces, una puerta cerrándose con un portazo y el sonido de hombres hablando en la noche. El «Lord Nelson» acababa de cerrar, y los bebedores se estaban yendo a su casa. Podría preguntar a uno de ellos dónde vivía Gudrun..., porque no conocía para nada las calles laterales.

-¿Puede decirme dónde queda Somerset Drive? -preguntó a uno de los borrachos.

-¿Dónde qué? -replicó la voz jocosa del minero.

-Somerset Drive.

-¡Somerset Drive!... Me suena, pero no podría decir dónde está. ¿A quién busca?

-Al señor Brangwen... William Brangwen.

-¿William Brangwen?

-Que enseña en la escuela de Willey Green..., su hija es profesora allí también.

-¡O-o-ooh, Brangwen! Ahora le tengo. Naturalmente ¡William Brangwen! Sí, tiene dos chicas como profesoras además de él. ¡Es él..., es él! Pues desde luego sé donde vive, ¡a fe mía! Oiga, ¿cómo se llama el sitio?

-Somerset Drive -repitió pacientemente Gerald.

Conocía bastante bien a sus propios mineros.

-¡Seguro que es Somerset Drive! -dijo el minero haciendo girar el brazo como si cazase algo-. ¡Somerset Drive! A fe mía que me era imposible recordar... Sí, conozco el sitio, seguro...

Giró con poco equilibrio sobre sus pies y apuntó hacia el camino oscuro y casi desierto.

-Sube por ahí arriba... y toma la primera... y luego gira por la primera a la izquierda... de ese lado..., pasando la tienda de Withamses...

-La conozco -dijo Gerald.

-Baja un poco, pasando donde vive el hombre del agua..., y luego Somerset Drive, como le llaman, sale a mano izquierda..., y ahora sólo hay tres casas allí, no más de tres me parece..., y estoy casi seguro de que la suya es la última..., la última de las tres...

-Muchas gracias -dijo Gerald-. Buenas noches.

Y partió dejando al hombre achispado que echase raíces allí.

Gerald pasó las tiendas y casas oscuras, la mayoría de las cuales ahora dormían, y torció hacia el pequeño camino sin salida que terminaba en un campo de oscuridad. Se detuvo al acercarse a su meta, sin saber cómo iba a proceder. ¿Qué pasaría si la casa estaba envuelta en oscuridad?

Pero no lo estaba. Vio una gran ventana iluminada y oyó voces. Luego sonó un portón. Sus rápidos oídos captaron el sonido de la voz de Birkin, sus ojos agudos lograron distinguir a Birkin con Ursula, que llevaba un vestido pálido y permanecía en los escalones del jardín. Entonces Ursula bajó y llegó al camino del brazo de Birkin.

Gerald se escondió en la oscuridad y ellos pasaron ante él sin verle, hablando felices; Birkin, en voz baja, y Ursula, con la suya, alta y nítida. Gerald se dirigió rápidamente hacia la casa.

Las persianas estaban corridas ante la gran ventana iluminada del comedor. Mirando el sendero lateral pudo ver que la puerta había quedado abierta, permitiendo que pasase un filete de luz coloreada proviniente de la lámpara del vestíbulo. Recorrió rápida y silenciosamente el sendero y espió el vestíbulo. Había cuadros en los muros y la cuerna de un antílope... Las escaleras subían a un lado..., y justamente junto al pie de las escaleras se encontraba la puerta entreabierta del comedor.

Con el corazón resuelto, Gerald pisó el vestíbulo, cuyo suelo era de baldosa coloreada; fue rápidamente y espió el cuarto grande y cómodo. El padre estaba sentado -dormido- en una silla junto al fuego, inclinada hacia atrás su cabeza contra la gran repisa de roble de la chimenea; su rostro rubicundo en escorzo, abiertas las aletas nasales y algo caída la boca. Se despertaría con el más leve de los ruidos.

Gerald quedó en suspenso un segundo. Miró por el pasillo que había detrás. Estaba completamente oscuro. De nuevo quedó en suspenso. Luego subió rápidamente las escaleras. Sus sentidos estaban tan afinados, casi sobrenaturalmente agudos, que pareció lanzar su propia voluntad sobre la casa medio inconsciente.

Llegó al primer piso. Quedó allí sin respirar apenas. Correspondiendo con la puerta de abajo había allí también una puerta. Ese sería el cuarto de la madre. Podía escucharla moviéndose a la luz de las velas. Esperaba sin duda que subiese el marido. Miró el oscuro pasillo.

Entonces, silenciosamente, con pies infinitamente cuidadosos, , recorrió el pasillo

tocando la pared con las yemas de sus dedos. Abrió una puerta. Se detuvo y escuchó. Pudo oír la respiración de dos personas. No era allí. Siguió de puntillas hacia adelante. Había otra puerta, levemente abierta. El cuarto estaba oscuro, vacío. Entonces se encontró con el cuarto de baño, pudo oler el jabón y el calor. Y al final, otro dormitorio..., una respiración suave. Era ella.

Con un cuidado casi mágico giró el picaporte y abrió una pulgada la puerta. Crujió levemente. Luego la abrió otra pulgada... y luego otra. Su corazón no latía, él parecía crear un silencio a su alrededor, un olvido.

Estaba en el cuarto. Pero el durmiente seguía respirando suavemente. Estaba muy oscuro. Fue abriéndose paso a tientas, pulgada a pulgada, tocando con los pies y las manos. Tocó la cama, pudo escuchar al durmiente.

Se acercó más, inclinándose tomó si sus ojos pudiesen revelar a la persona que estaba allí. Y entonces, muy cerca de su rostro, para su miedo, vio la cabeza redonda y oscura de un muchacho.

Se incorporó, dio la vuelta, miró la puerta distante revelada una débil luz. Y se retiró ágilmente, cerró la puerta de modo incompleto y cruzó rápidamente el pasi
llo. Se detuvo al comienzo de las escaleras. Tenía tiempo todavía para escapar.

Pero era impensable. Mantendría su voluntad. Pasó ante la puerta del dormitorio de los padres como una sombra y empezó a trepar el segundo tramo de peldaños. Crujían bajo su peso..., era exasperante. ¡Ah, qué desastre si se abría la puerta de la madre, justamente debajo de él, y ella le veía! Así sucedería necesariamente. Pero conservó el control.

No había terminado de subir cuando oyó abajo un ruido rápido de pasos, cerrarse la puerta de la calle, la voz de Ursula y la somnolienta exclamación del padre. Se encaramó rápidamente hasta el rellano superior.

De nuevo había una puerta distante, un cuarto estaba vacío. Tanteando su camino con las yemas de los dedos, viajando rápidamente como un ciego, temeroso de que Ursula subiese las escaleras, encontró otra puerta. Allí, con sus sentidos preternaturalmente finos en estado de alerta, escuchó. Oyó a alguien que se movía en la cama. Tenía que ser ella.

Suavemente ahora, como alguien que sólo tiene un sentido, el táctil, movió el picaporte. Hizo un clic. El se mantuvo inmóvil. Las ropas de la cama hicieron el ruido de moverse. El corazón de él no latió. Luego movió de nuevo el picaporte y abrió muy suavemente la puerta. Hizo un ruido pegajoso al ceder.

-¿Ursula? -dijo la voz asustada de Gudrun.

El abrió rápidamente la puerta y la cerró tras él.

-¿Eres tú, Ursula? -se oyó la voz asustada de Gudrun.

El escuchó cómo se sentaba en la cama. Un momento más y gritaría.

-No, soy yo -dijo él abriéndose camino con el tacto hacia ella-. Soy yo, Gerald.

Ella se sentaba inmóvil en la cama, absolutamente atónita. Estaba demasiado estupefacta, demasiado tomada por sorpresa para tener siquiera miedo.

-¡Gerald! -repitió como un eco, en vacío asombro.

El había encontrado el camino hacia la cama, y su mano extendida tocó ciegamente su seno cálido. Ella se retiró.

-Déjame encender la luz -dijo ella saltando.

El quedó perfectamente inmóvil. Oyó cómo tocaba la caja de cerillas, oyó sus

dedos en movimiento. Luego la vio a la luz de una cerilla, que ella acercó a la vela. Brotó la luz en el cuarto, luego se redujo a una pequeña. claridad al contraerse la llama de la vela y por último aumentó nuevamente. El quedaba al otro lado de la cama y ella le miró. Tenía la gorra bien calada, su abrigo negro estaba abrochado casi hasta la barbilla. Su rostro era extraño y luminoso. Era inevitable como un ser sobrenatural. Ella lo supo al verle. Sabía que había algo fatal en la situación y debía aceptarlo. Pero al mismo tiempo debía desafiarle.

-¿Cómo subiste? -preguntó.

-Por las escaleras..., la puerta estaba abierta. Ella le miró.

-Tampoco he cerrado esta puerta -dijo él.

Ella caminó ágilmente cruzando el cuarto y cerró con suavidad su puerta, pasando luego el cerrojo. Después volvió.

Ella estaba maravillosa, con ojos atónitos y mejillas arrebatadas, cayéndole su mata de pelo más bien corto y espeso por la espalda, colgándole hasta los pies su camisón blanco, largo y hermoso.

Ella vio que sus botas estaban todas llenas de barro, que incluso sus pantalones estaban manchados de arcilla. Y se preguntó si habría dejado huellas por toda la escalera. Era una figura muy extraña en su dormitorio junto a la cama deshecha.

-¿Por qué has venido? -preguntó casi quejumbrosa.

-Lo deseaba -repuso él.

Y esto ella podía verlo en su rostro. Era destino.

-Tienes tanto barro -dijo ella con desagrado pero gentilmente.

El se miró los pies.

-Estuve caminando en la oscuridad -repuso.

Pero se sentía vivamente alegre. Hubo una pausa. El estaba a un lado de la cama en desorden, ella al otro. El no se había quitado siquiera la boina.

-¿Y qué deseas de mí? -retó ella.

El miró hacia otra parte y no respondió. Si no hubiese sido por la extrema belleza y el atractivo místico de ese rostro nítido, extraño, ella le habría mandado salir. Pero su rostro era demasiado maravilloso y no descubierto para ella. La fascinaba con la fascinación de la belleza pura, lanzando un hechizo sobre ella, como nostalgia, un dolor.

-¿Qué deseas de mí? -repitió con una voz ajena.

El se quitó la gorra con un movimiento de liberación onírica y fue hacia ella. Pero no pudo tocarla porque estaba descalza, en camisón, y él estaba embarrado y calado. Sus ojos amplios, grandes e inquisitivos le contemplaron, haciéndole la pregunta definitiva.

-Vine... porque lo necesitaba -dijo él-. ¿Por qué lo preguntas?

Ella le miró con duda y asombro.

-Debo preguntar -dijo.

El sacudió levemente su cabeza.

-No hay respuesta -repuso con extraña ausencia.

Había alrededor de él un aura curiosa y casi divina de simplicidad y sencillez ingenua. El le recordaba una aparición, al joven Hermes.

-¿Pero por qué viniste a mí? -persistió.

-Porque... tiene que ser así. Si no existieses en el mundo entonces tampoco yo estaría en el mundo.

Ella quedó mirándole con ojos grandes, amplios, inquisitivos, alcanzados. Los

ojos de él miraban continuamente los de ella, y él parecía fijado en una extraña firmeza sobrenatural. Ella suspiró. Estaba perdida ahora. No tenía elección.

-¿No vas a quitarte las botas? -dijo ella-. Deben estar mojadas.

El dejó caer la gorra sobre una silla, se desabrochó el abrigo levantando la barbilla para soltar los botones del cuello. Su pelo corto y agudo estaba despeinado. Era hermosamente rubio, como trigo. Se quitó el abrigo. Rápidamente se liberó de la chaqueta, soltó su corbata negra y estaba desabrochando los botones de su pechera, cada uno de los cuales llevaba engastada una perla. Ella escuchó temerosa, esperando que nadie oiría el. crujido del hilo almidonado. Chasqueaba como tiros de pistola.

El había venido a reivindicar. Ella dejó que la sujetase en sus brazos, que la apretase con fuerza contra él. El hallaba en ella un alivio infinito. Derramaba sobre ella toda su oscuridad reprimida y su muerte corrosiva, quedando de nuevo completo. Era asombroso, maravilloso, era un milagro.

Era el milagro siempre renovado de su vida, ante cuyo conocimiento él estaba perdido en un éxtasis de alivio y asombro. Y ella, sometida, le recibía como un bajel lleno con su posición amarga de muerte. Gudrun no tenía poder para resistir en esta crisis. La terrible violencia friccional de la muerte la llenaba, y ella la recibía en un éxtasis de sometimiento, en dolorosos espasmos de sensación aguda, violenta.

A medida que él fue acercándose a ella se hundió más profundamente en la suave calidez que la envolvía, un maravilloso calor creativo que penetraba en sus venas y le devolvía la vida. Se sintió disolviéndose y hundiéndose para su descanso en el baño de la fuerza viviente de ella. Parecía como si el corazón de Gudrun en su seno fuese un segundo sol inconquistable, en cuyo resplandor y fuerza creadora se hundía él más y más. Todas sus venas muertas y laceradas cicatrizaban suavemente a medida que entraba pulsando la vida, insinuándose invisiblemente dentro de él como si fuese el derramarse todopoderoso del sol. Su sangre, que parecía haberse retirado en la muerte, refluía de vuelta segura, hermosa, poderosamente.

El notó que sus miembros crecían y se hacían flexibles con la vida, que su cuerpo ganaba una fuerza desconocida. Era un hombre de nuevo, fuerte y redondeado. Y era un niño tan calmado y restaurado, lleno de gratitud.

Y ella, ella era el gran baño de vida, la adoraba. Era madre y sustancia de toda vida. Y él, niño y hombre, recibía de ella y se hacía de ese modo completo. Su cuerpo puro estaba casi muerto. Pero el humor milagroso y suave de su seno se derramaba sobre él, sobre su cerebro seco y herido como una linfa curativa, como un flujo suave y balsámico de la vida misma, perfecto como si él estuviese bañándose de nuevo en el útero.

Su cerebro estaba herido, abrasado; el tejido estaba como destituido. El no se había dado cuenta de lo herido que estaba, de cómo el tejido de su cerebro estaba lesionado por la inundación corrosiva de muerte. Ahora, a medida que la linfa sanante del humor de Gudrun fluía
a través de él, supo cuán destruido estaba, como una planta cuyo tejido estalla desde dentro por una helada.

Escondía su cabeza pequeña y dura entre los senos de ella y apretaba esos senos contra él con sus manos. Y ella apretaba contra sí con manos temblorosas su cabeza mientras él yacía traspuesto y ella plenamente consciente. El encantador calor creativo fluía a través de él como un sueño de fecundidad dentro del útero. Ah, si ella,

sencillamente, le garantizase el flujo de ese humor viviente, él quedaría restaurado, sería completo de nuevo. El temía que ella se lo negaría antes de haber terminado. Como un niño de pecho se colgaba intensamente de ella, y ella no podía apartarle. Toda su membrana ajada, arruinada, se relajaba, se suavizaba; lo que estaba marchito, tieso y estallado cedía de nuevo, se hacía suave y flexible, palpitando con nueva vida. El se sentía infinitamente agradecido, como hacia Dios o como un niño que se encuentra en el seno de su madre. Estaba contento y agradecido, como en un delirio, a medida que iba sintiendo volver de nuevo sobre él su propia totalidad, a medida que sentía llegar el sueño pleno, inefable. el sueño del agotamiento completo y la restauración.

Pero Gudrun yacía completamente despierta, destruida en conciencia completa.

Yacía inmóvil, con los ojos de par en par mirando inmóviles en la oscuridad mientras él se perdía en el sueño rodeándola con sus brazos.

Ella parecía estar escuchando un rompiente de olas sobre una orilla escondida, de olas largas, lentas, tenebrosas, rompiendo con el ritmo del destino, con un ritmo tan monótono que parecía eterno. Este incesante romper de olas lentas, sombrías de destino aferraba la vida de Gudrun como una posesión mientras ella yacía tumbada, con ojos oscuros y abiertos de par en par a la oscuridad. Ella podía ver muy lejos, hasta la eternidad..., pero nada vio. Estaba suspendida en una conciencia perfecta..., ¿y de qué era consciente?

Mientras yacía mirando la eternidad, radicalmente suspendida y consciente de todo hasta los últimos límites, esta extrema intensidad del ánimo pasó dejándola desasosegada. Llevaba tanto tiempo inmóvil. Se movió, se azoró. Deseaba mirarle, verle. Pero no se atrevía a encender una luz, porque sabía que eso le despertaría y no deseaba romper su sueño perfecto obtenido de ella, como ella sabía.

Se soltó suavemente y se incorporó un poco para mirarle. Había una luz difusa en el cuarto, le pareció. Podía justamente distinguir sus rasgos mientras él se entregaba al sueño perfecto. En esa oscuridad parecía verle muy nítidamente. Pero él estaba lejos, en otro mundo. Ah, ella podía gritar de tormento, él estaba distante y perfeccionado en otro mundo. Gudrun parecía mirarle como se mira un guijarro distante bajo oscura agua transparente. Y allí estaba, cargada con toda la angustia de la conciencia, mientras él se hundía en el otro elemento de sombra-destello sin mente, remoto, vivo. El era hermoso en su distancia y perfeccionado. Jamás estarían juntos. ¡Ah, esa horrible distancia inhumana que para siempre se interpondría entre ella y el otro ser!

No había nada que hacer sino quedarse quieto y soportar. Ella sintió una abrumadora ternura hacia él y un odio celoso y oscuro moviéndose por debajo ante el hecho de que él pudiera yacer tan perfecto e inmune, en otro mundo, mientras ella era atormentada por la vigilia violenta, lanzada a la oscuridad exterior.

Gudrun yacía en intensa y viva conciencia. Una superconciencia agotadora. El reloj de la iglesia fue dando las horas, le pareció, en rápida sucesión. Las oyó nítidamente en la tensión de su viva conciencia. Y él durmió como si el tiempo fuese de un momento, incambiante e inmóvil.

Ella estaba agotada, fatigada. Sin embargo, debía continuar en ese estado de violenta y activa superconciencia. Era consciente de todo..., de su infancia, de su adolescencia, de todos los incidentes olvidados, de todas las influencias sin realizar y de todos los acontecimientos que no había entendido pertenecientes a sí misma, a su familia, a sus amantes, a sus amigos, a sus conocidos, a todos. Era como si pasase una red

refulgente de conocimiento por el mar de oscuridad, tirando y tirando y tirando desde las insondables profundidades del pasado, aunque sin llegar a un término, sin haber final, teniendo que tirar y tirar de la red de la centelleante conciencia, sacarla fosforescente de las interminables profundidades del inconsciente, hasta que se sentía fatigada, dolorida, exhausta y presta a estallar, pero sin terminar todavía.

¡Ah, si solamente pudiese ella despertarle! Se dio la vuelta con desasosiego. ¿Cuándo podría despertarle y mandarle a su casa? ¿Cuándo podría molestarle? Y volvió a caer en su actividad de conciencia automática, que jamás terminaría.

Pero se acercaba el momento de poder despertarle. Era como una liberación. El reloj había tocado las cuatro en la noche exterior. Gracias a Dios la noche estaba casi pasada. A las cinco él debía irse, ella quedaría liberada. Podría entonces relajarse y llenar su propio lugar. Ahora se veía empujada contra el perfecto movimiento durmiente de él como un cuchillo calentado al rojo sobre una piedra de moler. Había algo monstruoso en él, en su yuxtaposición a ella.

La última hora fue la más larga, pero al fin pasó. Su corazón saltaba de alivio..., sí; se oyó el golpe lento y fuerte del reloj de la iglesia... al fin, tras esa noche de eternidad. Deseaba capturar cada reverberación lenta, fatal. «Tres... Cuatro... ¡Cinco!» Estaba terminado. Quedó descargada de un peso.

Se levantó, se inclinó tiernamente sobre él y le besó. Le daba pena despertarle. Tras unos pocos momentos le besó de nuevo. Pero él no se movió. ¡El pobrecito dormía tan profundamente! Qué vergüenza sacarle de allí. Le dejó dormir un poquito más. Pero debía irse..., realmente debía irse.

Llena de una desbordante ternura le tomó el rostro entre las manos y besó sus ojos. Los ojos se abrieron. El permaneció inmóvil, mirándola. El corazón de ella quedó en suspenso. Para ocultar el rostro de sus espantosos ojos abiertos, en la oscuridad, ella se inclinó y le besó susurrante:

-Debes irte, mi amor.

Pero estaba enferma de terror, enferma.

El la rodeó con sus brazos. El corazón de ella se hundió.

-Pero debes irte, mi amor. Es tarde.

-¿Qué hora es?*-dijo él.

Extraña, su voz de hombre. Ella se estremeció. Le resultaba una opresión intolerable.

-Las cinco pasadas -dijo ella.

Pero él se limitó a cerrar los brazos alrededor de ella nuevamente. El corazón de Gudrun gritó desde su interior, torturado. Ella se liberó firmemente.

-Realmente debes irte -dijo.

-Un minuto más -dijo él.

Ella yacía quieta, cobijada contra él pero sin ceder. -Un minuto más -repitió él acercándose más.

-Si -dijo ella sin ceder-. Tengo miedo si te quedas
más.

Cierta frialdad en su voz hizo que él la soltase, y ella aprovechó para levantarse y encender la vela. Eso entonces fue el fin.

El se levantó. Estaba caliente y lleno de vida y deseo. Sin embargo, se sentía algo avergonzado, humillado por ponerse la ropa delante de ella, a la luz de la vela. Porque se

sentía revelado, expuesto a ella en un momento en que ella estaba de algún modo contra él. Era todo muy difícil de entender. Se vistió rápidamente, sin cuello ni corbata. Sin embargo, se sentía lleno y completo, pero seccionado. Ella consideró humillante ver a un hombre vestirse: la ridícula camisa, los ridículos pantalones y calzoncillos. Pero una idea la salvó de nuevo.

-Es como un obrero levantándose para ir al trabajo -pensó-. Y yo soy como la mujer de un obrero.» Pero tenía encima un dolor como náusea: una náusea ante él.

El se metió el cuello y la corbata en el bolsillo del abrigo. Luego se sentó y se enfundó las botas. Estaban empapadas, como sus calcetines y la parte de atrás de sus pantalones. Pero él se sentía rápido y caliente.

-Quizá hubieras debido ponerte las botas después de bajar -dijo ella.

Sin contestar, él se las quitó al instante y quedó sujetándolas en la mano. Ella se había puesto unas zapatillas y se había echado una bata suelta. Estaba preparada. Le miró mientras él estaba allí esperando, abrochado su abrigo negro hasta la barbilla, bajada la capucha, con las botas en la mano. Y revivió en ella por un momento la fascinación apasionada, casi odiosa. No estaba agotada. Su rostro tenía un aspecto tan cálido, sus ojos eran tan grandes y llenos de novedad, tan perfectos. Ella se sintió vieja, vieja. Fue hacia él pesadamente para ser besada. El la besó rápidamente. Ella deseó que su belleza cálida e inexpresiva no la hechizase tan fatalmente, no la forzase y la subyugase. Era una losa para ella, que detestaba sin lograr rehuir. Sin embargo, cuando miró el entrecejo recto del hombre y su nariz tirando a pequeña, bien formada, y sus ojos azules indiferentes supo que su pasión por él no estaba aún satisfecha, que quizá nunca podría estarlo. Sólo que ahora estaba fatigada, con un dolor semejante a la náusea. Deseaba que él no estuviera.

Bajaron rápidamente las escaleras. Pareció que hicieron un ruido prodigioso. El iba detrás, mientras Gudrun -envuelta en su prenda color verde intenso- le precedía con la luz. Ella estaba aterrada pensando que alguien podía despertarse. A él apenas le importaba. No le importaba ahora quién pudiera saberlo. Y ella odiaba eso en él. Uno debe ser cauteloso. Uno debe preservarse.

Ella abrió camino hasta la cocina. Estaba limpia y cuidada, tal como la dejara la mujer. El miró el reloj: ¡las cinco y veinte! Se sentó entonces en una silla para ponerse las botas. Ella esperaba, contemplando cada uno de sus movimientos. Deseaba terminar, representaba un gran esfuerzo nervioso .para ella.

El se levantó..., ella corrió el cerrojo de la puerta trasera y miró. Una noche fría y húmeda, sin aurora todavía, con un trozo de luna en el cielo vago. Gudrun se sintió contenta por no tener que salir.

-Adiós entonces -murmuró él.

-Iré hasta el portón -dijo ella.

Y de nuevo corrió por delante de él para indicarle los escalones. Y en el portón de nuevo se subió al escalón mientras él quedaba más abajo que ella.

-Adiós -susurró ella.

El la besó debidamente y se alejó.

Ella sufría tormentos oyendo su paso firme alejándose tan nítidamente por la calle. ¡Ah, la insensibilidad de ese paso firme!

Cerró el portón y se deslizó de nuevo rápida y sin ruido en la cama. Cuando estuvo en su cuarto con la puerta cerrada, segura por completo, respiró libremente y se libró de un gran peso. Se cobijó en la cama, en el hueco que había hecho el cuerpo de él,

en el calor que había dejado. Y excitada, agotada pero satisfecha, pronto cayó en un sueño profundo y denso.

Gerald caminó rápidamente atravesando la húmeda oscuridad de la inminente aurora. No se encontró con nadie. Su mente estaba bellamente inmóvil y sin pensamientos, como un estanque quieto, y su cuerpo, cálido y rico. Llegó rápidamente a Shortlands con una agradecida autosuficiencia.

25. MATRIMONIO O NO

La familia Brangwen iba a abandonar Beldover. Era necesario para el padre irse a residir a la ciudad.

Birkin había sacado una licencia de matrimonio, pero Ursula lo retrasaba día tras día. No quería fijar ningún momento definido..., seguía vacilando. El plazo mensual de preaviso para abandonar la escuela se encontraba en su tercera semana. Las navidades no estaban lejos.

Gerald esperaba el matrimonio Ursula-Birkin. Era algo crucial para él.

-¿Haremos un asunto de dos cañones? -dijo un día a Birkin.

-¿Quién para el segundo tiro? -preguntó Birkin.

-Gudrun y yo -dijo Gerald con una chispa de atrevimiento en los ojos.

Birkin le miró fijamente, como algo retraído.

-Oh, en serio. ¿Deberá hacerlo? ¿Deberemos entrar Gudrun y yo a vuestro lado?

-Hacedlo, desde luego -dijo Birkin-. No sabía que hubieseis llegado a ese punto.

-¿Qué punto? -dijo Gerald mirando al otro y riendo-. Oh, sí, hemos llegado a todos los puntos.

-Queda por situarlo sobre una amplia base social y lograr un propósito moral elevado -dijo Birkin.

-Algo así: la longitud, la altura y la anchura de ello -repuso Gerald sonriendo.

-Oh, bien -dijo Birkin-, es un paso muy admirable, desde luego.

Gerald le miró con detenimiento.

-¿Por qué no te muestras entusiasta? -preguntó-. Pensé que eras un partidario acérrimo del matrimonio.

Birkin se sacudió de hombros.

-Uno podría igualmente ser partidario acérrimo de las narices. Hay toda clase de narices, respingadas y de otro tipo...

Gerald rió.

-¿Y toda clase de matrimonios también, respingados y de otro tipo?

-Eso es.

-¿Y piensas que si yo me caso seré respingado? -preguntó burlonamente Gerald, ladeando levemente la cabeza.

Birkin rió rápidamente.

-¡Cómo lo sabría yo! -dijo-. No me fustigues con mis propias metáforas...

Gerald reflexionó un rato.

-Pero me gustaría conocer tu opinión exactamente -dijo.

-¿Sobre vuestro matrimonio? ¿O sobre el matrimonio? ¿Por qué deseas mi opinión? No tengo opiniones. No estoy interesado en el matrimonio legal de un tipo u otro. Es una mera cuestión de conveniencia.

Sin embargo, Gerald le observaba cuidadosamente.

-Es más que eso, pienso -dijo seriamente-. Sin embargo, a uno puede aburrirle la ética del matrimonio, aunque casarse realmente en el caso personal de uno sea algo crítico, definitivo...

-¿Quieres decir que hay algo definitivo en ir a ver al registrador con una mujer?

-Si sales con ella, así lo creo -dijo Gerald-. Es irrevocable de algún modo.

-Sí, estoy de acuerdo -dijo Birkin.

-Piense uno lo que quiera del matrimonio legal, lo cierto es que entrar en el estado de casado resulta definitivo en el caso personal de uno...

-Así lo creo -dijo Birkin-, de algún modo.

-La cuestión sigue siendo entonces si uno debe hacerlo -dijo Gerald.

Birkin le contempló atentamente con ojos entretenidos.

-Eres como lord Bacon, Gerald -dijo-. Lo presentas como un abogado o como el ser-o-no-ser de Hamlet. Si yo fuese tú no me casaría, pero pregunta a Gudrun, no me preguntes a mí. No te estás casando conmigo, ¿verdad?

Gerald no prestó atención a la última parte de ese discurso.

-Sí -dijo-, uno debe meditarlo fríamente. Es algo crítico. Se llega al punto de tener que dar un paso en una dirección u otra. Y el matrimonio es una dirección...

-¿Y cuál es la otra? -preguntó rápidamente Birkin.

Gerald le miró con ojos cálidos, extrañamente conscientes, incomprensibles para el otro.

-No puedo decirlo -repuso-. Si supiese eso...

Se movió con desasosiego y no terminó.

-¿Quieres decir si supieras la alternativa? -preguntó Birkin-. Y que como no la conoces el matrimonio es un pis aller.

Gerald miró a Birkin con los mismos ojos calientes, constreñidos.

-Uno siente efectivamente que el matrimonio es un pis aller -admitió.

-Entonces no lo hagas -dijo Birkin-. Te digo lo mismo que te dije antes: el matrimonio me parece repulsivo en su sentido antiguo. El egoisme d deux no es nada comparado con él. Es una especie de tácita caza por parejas: el mundo está todo en parejas, cada pareja en su propia casita, guardando sus propios interesitos y guisando en su propia pequeña intimidad.... es la cosa más repulsiva de la Tierra.

-Estoy bastante de acuerdo -dijo Gerald-. Hay algo inferior en ello. Pero, como dije, ¿cuál es la alternativa?

-Uno debería evitar siempre ese instinto casero. No es un instinto, sino un hábito de cobardía. Uno no debería tener una casa nunca.

-Estoy realmente de acuerdo -dijo Gerald-. Pero no hay alternativa.

-Hemos de encontrar una. Creo en una unión permanente entre hombre y mujer. Andar por ahí es sencillamente un proceso agotador. Pero una relación permanente entre un hombre y una mujer no es la última palabra—, desde luego que no.

-Conforme -dijo Gerald.

-De hecho -dijo Birkin-, porque la relación entre hombre y mujer se considera la

relación suprema y exclusiva vienen toda la tirantez, la maldad y la insuficiencia.

-Sí, te creo -dijo Gerald.

-Hay que bajar el ideal amor-y-matrimonio de su pedesta!. Queremos algo más amplio. Yo creo en la relación perfecta adicional entre hombre y hombre..., adicional para el matrimonio.

-Nunca puedo ver cómo podrían ser lo mismo -dijo Gerald.

-No lo mismo..., sino verdaderamente importante, igualmente creativa, igualmente sagrada si quieres.

-Lo sé -dijo Gerald-, sé que crees en algo semejante. Sólo que yo no puedo sentirlo.

Puso la mano sobre el brazo de Birkin con una especie de afecto desaprobatorio. Y sonrió como triunfantemente.

Estaba listo para ser condenado. El matrimonio era como una condena para él. Estaba deseando condenarse a! matrimonio, convertirse en un presidiario condenado a !as minas del mundo subterráneo, sin vida en el sol ni cosa distinta de una horrible actividad subterránea. Estaba deseando aceptar eso. Y el matrimonio era el sello de su condena. Estaba deseando ser sellado así en el mundo subterráneo, como un alma perdida pero viva para siempre en su perdición.

Sin embargo, no contraería ninguna relación pura con ninguna otra alma. No podía. El matrimonio no era comprometerse en una relación con Gudrun. Era un compromiso de aceptación del mundo establecido; él aceptaría el mundo establecido, en el cual no creía vivientemente, y luego se retiraría al submundo para su vida. Eso haría.

El otro camino era aceptar el ofrecimiento de una alianza con Rupert, entrar primero en el vínculo de pura confianza y amor con el otro hombre, y subsiguientemente con la mujer. Si se entregaba al hombre, luego podría entregarse a la mujer, no sólo en matrimonio legal, sino en matrimonio místico, absoluto.

Pero no podía aceptar el ofrecimiento. Había sobre él un entumecimiento, un entumecimiento de volición por nacer, ausente o atrofiado. Quizá era una ausencia de volición. Porque se sintió extrañamente regocijado ante el ofrecimiento de Rupert. Pero le puso todavía más contento rechazarlo, no verse comprometido.

26. UN SILLON

Había un mercadillo cada tarde de lunes en el lugar del viejo mercado de la ciudad. Ursula y Birkin pasearon por allí una tarde. Habían estado hablando de muebles y deseaban ver si había algo que les apeteciese comprar entre los montones de trastos viejos apilados sobre los adoquines.

La plaza del viejo mercado no era muy grande, era sólo una franja de bancos graníticos cubiertos generalmente con unos pocos puestos de frutas. Era en la parte pobre de la ciudad. A un lado se levantaban casas miserables, había una fábrica de calcetines y medias, un gran vacío con miles de ventanas oblongas al final; por el otro lado, una calle

de tiendecitas con pavimento adoquinado, y como monumento coronador, los baños públicos, de ladrillo rojo nuevo y con un reloj torre. Las personas que se movían por los alrededores parecían taradas y sórdidas, el aire parecía oler más bien a sucio, había una sensación de muchas calles viles que se ramificasen en laberintos de vileza. De cuando en cuando un gran tranvía chocolate y amarillo chirriaba tomando una curva difícil bajo la fábrica de calcetines.

Ursula estaba superficialmente emocionada por encontrarse rodeada por la gente común en el desordenado mercadillo, entre montones de camas viejas, chatarra, vajillas destartaladas en lotes pálidos, montones acolchados de ropa impensable, Birkin y ella recorrieron con desgana el estrecho pasillo entre cacharros oxidados. El iba mirando las cosas; ella, las personas.

Ursula contempló excitadamente a una joven embarazada que estaba dándose la vuelta sobre un colchón y haciéndoselo notar también a un joven con aspecto humilde y abatido. La joven parecía muy reservada, activa y ansiosa; el joven parecía renuente, con ganas de escabullirse. Iba a casarse con ella porque estaba embarazada.

Cuando palparon el colchón, la joven preguntó al anciano sentado en un taburete entre sus cacharros cuánto costaba. El se lo dijo y ella se volvió hacia el joven, que estaba avergonzado y azorado. Apartó el rostro, aunque dejara el cuerpo allí de pie, y musitó algo lateralmente. Y de nuevo palpó ansiosa y activamente el colchón la mujer, haciendo operaciones en la cabeza y discutiendo con el viejo sucio. Mientras tanto, el joven permanecía con rostro avergonzado y humilde, sometiéndose.

-Mira -dijo Birkin-, ahí tienes un sillón bonito.

-¡Encantador! -exclamó Ursula-. Oh, encantador.

Era un sillón con brazos de madera sencilla, probablemente abedul, pero con tal delicadeza y gracia allí sobre las piedras sórdidas que casi suscitaba las lágrimas. Era de forma cuadrada, con las líneas más puras y esbeltas, y cuatro breves barras de madera en el respaldo que le recordaban a Ursula las cuerdas del arpa.

-En tiempos -dijo Birkin- estuvo recubierto de pan de oro... y tuvo un asiento de mimbre. Alguien le metió luego ese asiento de madera. Mira, aquí hay una huella del rojo que estaba por debajo del pan de oro. El resto es todo negro, excepto en los lugares donde la madera aparece pura y brillante. Lo que resulta tan atractivo es la hermosa unidad de las líneas. Mira cómo discurren, se encuentran y actúan entre sí. Pero, naturalmente, el asiento de madera está mal..., destruye la levedad perfecta y la unidad en tensión proporcionada por el mimbre. A pesar de todo, me gusta...

-Ah, sí -dijo Ursula-, a mí también.

-¿Cuánto vale? -preguntó Birkin al hombre.

-Diez chelines.

-¿Y lo enviará usted...?

Fue comprado.

-¡Tan bello, tan puro! -dijo Birkin-. Casi me rompe el corazón.

Caminaron entre los montones de basura.

-Mi amada patria... tenía algo que expresar cuando hizo ese sillón.

-¿Y no lo tiene ahora? -preguntó Ursula.

Se enfadaba siempre que él adoptaba ese tono.

-No, no lo tiene. Cuando veo ese sillón claro, bello, y pienso en Inglaterra, incluso en la Inglaterra de Jane Austern..., tenía pensamientos vivos que desplegar, incluso

entonces, y felicidad pura al desplegarlos. Y ahora sólo podemos pescar entre los montones de basura los residuos de su vieja expresión. No hay ahora entre nosotros producción, sólo mecanicidad sórdida e inmunda.

-No es cierto -exclamó Ursula-. ¿Por qué debes estar siempre alabando el pasado a expensas del presente? Realmente, no pienso tan bien de la Inglaterra de Jane Austern. Era bastante materialista, si quieres...

-Podía permitirse ser materialista -dijo Birkinporque tenía el poder de ser otra..., poder del que nosotros carecemos. Nosotros somos materialistas porque no tenemos capacidad para ser ninguna otra cosa..., intentemos lo que intentemos, no podemos producir cosa distinta del materialismo: mecanicismo, el alma misma del materialismo.

Ursula se sometió a un silencio enfadado. No le interesaba lo que él decía. Se estaba rebelando contra otra cosa.

-Y odio tu pasado. Me pone furiosa -exclamó ella-. Creo que incluso odio ese viejo sillón, aunque sea bello. No es mi clase de belleza. Me gustaría que hubiese sido aplastado cuando pasó su época, en vez de quedar para predicarnos el querido pasado. Me pone enferma el querido pasado.

-No te enferma tanto como a mí el condenado presente -dijo él.

-Sí, justamente igual. Yo odio el presente..., pero no deseo que tome su lugar el pasado..., tampoco deseo ese sillón viejo.

El quedó bastante enfadado durante un momento. Luego miró el cielo que brillaba más allá de la torre de los baños públicos y pareció sobreponerse a todo ello. Rió.

-Muy bien -dijo él-, abandonémoslo entonces. A mí también me enferma. En cualquier caso uno no puede ir viviendo de los viejos huesos de la belleza.

-No -exclamó ella-. Yo no deseo cosas viejas.

-La verdad es que no deseamos para nada cosas -repuso él-. La idea de una casa y unos muebles propios me resulta odiosa.

Esto hizo que Ursula se sorprendiese durante un momento. Luego contestó:

-Lo mismo me pasa. Pero es preciso vivir en algún lugar.

-No en algún lugar..., en cualquier lugar -dijo él-. Uno debería sencillamente vivir en cualquier parte..., no tener un lugar definido. Yo no deseo un lugar definido. Tan pronto tienes una habitación y está completa deseas escapar de ella. Ahora mis cuartos del molino están bastante completos y los deseo en el fondo del mar. Un medio fijo es una tiranía horrible, donde cada mueble resulta ser una piedra-mandamiento.

Ella se colgó de su brazo y se alejaron caminando del mercado.

-Pero ¿qué vamos a hacer? -dijo ella-. Debemos vivir de algún modo. Y yo deseo alguna belleza en mis alrededores. Deseo incluso una especie de grandeur natural, incluso splendour.

-Nunca lo conseguirás con casas y muebles... o incluso con ropas. Casas, muebles y ropas son términos todos ellos de un viejo mundo ruin, una detestable sociedad del hombre. Y si tienes una casa Tudor y muebles antiguos, hermosos, es sólo el pasado que se perpetúa sobre ti. Todo ello es horrible. Son todas posesiones, posesiones, forzándote y convirtiéndote en una generalización. Tienes que ser como Rodin, como Miguel Angel, y dejar para figura tuya un trozo de roca viva sin terminar. Debes dejar difuminados tus alrededores, sin terminar, de manera que no estés contenido, confinado, dominado por el exterior.

Ella se quedó contemplando en la calle.

-¿Y no vamos a tener nunca un lugar completo nuestro..., nunca una casa? -dijo.

-Por Dios que no en este mundo -respondió él.

-Pero sólo hay este mundo -objetó ella.

El desparramó las manos con un gesto de indiferencia.

-Mientras tanto, evitaremos tener cosas propias -dijo él.

-Pero acabas de comprar un sillón -dijo ella. -Puedo decirle al hombre que no lo quiero -repuso él.

Ella reflexionó nuevamente. Luego un pequeño movimiento raro torció su rostro.

-No -dijo-, no lo queremos. Me ponen enferma las cosas viejas.

-Las nuevas también -dijo él.

Desandaron sus pasos.

Allí, frente a algunos muebles, estaba la joven pareja, la mujer que iba a tener un bebé y el joven de rostro estrecho. Ella era rubia, más bien baja y robusta. El tenía una estatura media y complexión atractiva. Su pelo oscuro caía a un lado sobre su ceja desde debajo de la gorra, mientras él permanecía extrañamente distante, como uno de los malditos.

-Démoselo a ellos -susurró Ursula-. Mira, están reuniendo una casa.

-No les ayudaré ni estimularé en ello -dijo él con petulancia, simpatizando instantáneamente con el joven distante y furtivo contra la mujer activa y procreante.

-Oh, sí -exclamó Ursula-. Es lo bueno para ellos..., no tienen ninguna otra cosa.

-Muy bien -dijo Birkin-, se lo ofreces tú. Yo miraré.

Ursula se dirigió algo nerviosa hacia la joven pareja, que regateaba por una palangana de hierro..., o más bien el hombre miraba furtiva e inquisitivamente, como un prisionero, el abominable artículo mientras la mujer regateaba.

-Compramos un sillón -dijo Ursula- y no lo queremos. ¿Lo querríais vosotros? Nos alegraría que así fuese.

La joven pareja se dio la vuelta para mirarla, sin creer que ella pudiese estarse dirigiendo a ellos.

-¿Os gustaría? -repitió Ursula-. Es realmente muy bonito..., pero... -sonrió casi deslumbradoramente.

La joven pareja se limitó a mirarla y a mirarse significativamente para saber qué hacer. El hombre se anuló curiosamente, como si pudiese hacerse invisible al modo de las ratas.

-Queríamos dároslo -explicó Ursula, sobrecogida ahora de confusión y temor ante ellos.

Se sentía atraída por el joven. Era una criatura quieta y sin mente, apenas hombre en sentido estricto; una criatura que han producido las ciudades, con casta de extraña pura sangre y figura en un sentido furtiva, rápida, sutil. Sus pestañas eran oscuras y largas sobre los ojos sin mente, llenos sólo por una especie horrible de conciencia sometida, interna, brillante y oscura. Sus cejas oscuras y todas sus líneas estaban bellamente dibujadas. Sería un amante horrible, pero maravilloso para una mujer, tan maravillosamente dotado. Sus piernas serían maravillosamente sutiles y vivas bajo los pantalones sin forma, tenía algo de la figura, la fijeza y la sedosidad de una rata silenciosa con ojos negros.

Ursula le había percibido con un agradable f risson de atracción. La mujer maciza estaba mirando ofensivamente. Ursula se olvidó de nuevo de él.

-¿No queréis el sillón? -dijo.

El hombre la miró con un gesto lateral de aprecio, pero muy distante, casi insolente. La mujer se preparó. Tenía cierta riqueza de vendedora ambulante a flor de piel. No sabía el propósito de Ursula, estaba en guardia, hostil. Birkin se aproximó, sonriendo maliciosamente al ver a Ursula tan aturdida y asustada.

-¿Qué pasa? -dijo sonriendo.

Sus párpados estaban levemente entornados, había a su alrededor el mismo secreto sugestivo y burlón que existía en el aspecto de las dos criaturas urbanas. El hombre echó la cabeza un poco a un lado como indicando a Ursula y dijo con un calor curiosamente amistoso, bromista:

-¿Qué quién ella?, ¿eh?

Una sonrisa singular rasgó sus labios.

Birkin le miró desde debajo de sus párpados sueltos-irónicos.

-Darte un sillón..., ése..., el que tiene etiqueta -dijo apuntando.

El hombre miró el objeto indicado. Había entre los
dos hombres una curiosa hostilidad en entendimiento masculino, proscrito.

-Pa qué quién dárnoslo a nosotros, tío -repuso él en un tono de libre intimidad que insultó a Ursula.

-Pensamos que os gustaría..., es un sillón bonito. Lo compramos y no lo queremos. No es necesario que os lo quedéis, no os asustéis -dijo Birkin con una sonrisa decepcionada.

El hombre le miró entre hostil y agradecido.

-¿Por qué no lo queréis si acabáis de comprarlo? -preguntó la mujer tranquilamente-. Ahora que lo habéis mira bien no os gusta. Os asusta que tenga algo, ¿eh?

Miraba a Ursula con admiración, pero también con cierto resentimiento.

-Nunca pensé en eso -dijo Birkin-. Pero no, la madera es demasiado fina por todas partes.

-Mirad -dijo Ursula con el rostro luminoso y complacido-., Nosotros vamos a casarnos y pensábamos comprar cosas. Luego acabamos de decidir que no tendremos muebles, que iremos al extranjero.

La recia y levemente desaliñada muchacha de la ciudad miró el agradable rostro de la otra mujer apreciativamente. Se apreciaban la una a la otra. El joven quedaba a un lado, con el rostro inexpresivo e intemporal, trazada de modo extrañamente sugerente la fina línea del bigote negro sobre su boca más bien ancha y cerrada. Estaba impasible, abstraído, como alguna presencia oscura y sugerente, una presencia del arroyo.

-Muchas gracias -dijo la muchacha de la ciudad volviéndose hacia su propio joven.

El no la miró, pero sonrió con la-parte inferior del rostro, apartando a un lado la cabeza con un gesto raro de asentimiento. Sus ojos permanecían igual, con una pátina de oscuridad.

-Cuesta pasta cambiá didea -dijo con acento increíblemente plebeyo.

-Sólo diez chelines esta vez -dijo Birkin.

El hombre le miró con una mueca de sonrisa furtiva, insegura.

-Es barato. macho -dilo-. No es como divorciarse.

-No nos hemos casado todavia -ario Birk

-Nosotros tampoco -dijo en voz alta la joven-.

Pero estaremos casados el sábado.

Miró de nuevo al joven con una mirada decidida, protectora, al mismo tiempo imperiosa y muy gentil. El sonrió enfermizamente, desviando la cabeza. Ella había conseguido su virilidad, ¡pero qué le importaba a él! Tenía
un extraño orgullo furtivo y una escurridiza singularidad.

-Buena suerte -dijo Birkin.

-Para vosotros también -dijo la joven.

Luego añadió de modo más vacilante:

-¿Cuándo será lo vuestro entonces? Birkin se dio la vuelta para mirar a Ursula.

-Incumbe a la dama decirlo -repuso él-. Iremos al registro tan pronto como esté lista.

Ursula rió, cubierta de confusión y aturdimiento.

-Sin prisa -dijo la joven sonriendo de modo sugestivo.

-Oh, no te rompas el cuello por llegar -dijo la joven-. Es como cuando estás muerto..., te pasas un largo
tiempo casado.

El joven se volvió como si esto le hubiese golpeado.

-Cuanto más largo, mejor; esperemos -dijo Birkin.

-Eso es, tío -dijo el joven con admiración-. Disfrútalo mientras dura..., nunca fustigues a un burro muerto.

-Sólo cuando se está fingiendo muerto -dijo la muchacha mirando a su hombre con acariciadora ternura de
autoridad.

-Hay una diferencia -dijo él satíricamente.

-¿Qué hay del sillón? -dijo Birkin.

-Sí, muy bien -dijo la mujer.

Se dirigieron al comerciante, con el joven apuesto pero abyecto algo apartado.

-Ese es -dijo Birkin-. ¿Os lo llevaréis con vosotros o preferís que le cambiemos la dirección?

-Oh, Fred puede llevarlo. Que haga lo posible, por la querida y vieja casa.

-Usale a él -dijo Fred con un humor ácido mientras
cogía el sillón que le daba el comerciante.

Sus movimientos tenían gracia, aunque fuesen curiosamente abyectos, resbaladizos.

-Aquí está el sillón cómodo de mamá -dijo-. Falta un almohadón.

Y lo depositó sobre las losas del mercado.

-¿No te parece bonito? -rió Ursula. -Oh, sí -dijo la joven.

-Siéntate, querrás habértelo quedado -dijo el joven. Ursula se sentó rápidamente en mitad del mercado.

-Terriblemente cómodo -dijo-. Pero más bien duro. Pruébalo tú.

Invitó al joven a sentarse. Pero él se puso a un lado grosera y extrañamente, mirándola con ojos rápidos y brillantes, raramente sugestivos, como una rata viva y rápida.

-No lo consientas -dijo la joven-, no está acostumbrado a las sillas con brazos.

El joven se alejó y dijo con una mueca apartada:

-Sólo le faltan piernas.

Los cuatro se separaron. La joven les dio las gracias.

-Muchas gracias por el sillón..., durará hasta que se rompa.

-Lo guardaremos como ornamento -dijo el joven.

-Buenas tardes..., buenas tardes -dijeron Ursula y Birkin.

-Buena suerte para vosotros -dijo el joven mirando y evitando los ojos de Birkin mientras volvía la cabeza hacia un lado.

Las dos parejas caminaron en direcciones distintas. Ursula iba colgada del brazo de Birkin. Cuando hubieron recorrido cierta distancia miró hacia atrás y vio al joven caminando tras la muchacha llena y suelta. Los pantalones se le arrugaban sobre los tobillos, se movía con una especie de evasión resbaladiza, más aplastado por un extraño azoramiento ahora que debía llevar el viejo sillón sobre la espalda, con las cuatro finas patas balanceándose peligrosamente cerca de las losas graníticas del pavimento. Y, sin embargo, era de algún modo indomable y separado, como una rata rápida, vital. Tenía una belleza rara, subterránea, repulsiva también.

-¡Qué extraños son! -dijo Ursula.

-Hijos de los hombres -dijo él-. Me recuerdan a Jesús: «Los mansos heredarán la tierra.»

-Pero no son los mansos -dijo Ursula.

-Sí, no sé por qué pero lo son -repuso él.

Esperaron el autobús de dos pisos. Ursula se sentó
en la parte de arriba y contempló la ciudad. El crepúsculo estaba justamente oscureciendo los huesos de las casas
apiñadas.

-¿Y van a heredar la tierra? -dijo ella.

-Sí..., ellos.

-¿Qué vamos a hacer nosotros entonces? -preguntó
ella-. No somos como ellos..., ¿verdad? ¿Verdad que no somos los mansos?

-No. Tenemos que vivir en los resquicios que nos dejen.

-¡Qué horrible! -exclamó Ursula-. No deseo vivir en resquicios.

-No te preocupes -dijo él-. Son los hijos de los hombres, lo que más les gusta son los mercados y las esquinas de las calles. Eso deja muchos resquicios libres.

-Todo el mundo -dijo ella.

-Ah, no tanto..., pero sí cierto espacio.

El autobús ascendió lentamente por la colina, donde los feos edificios color gris invierno parecían una visión infernal, fría y angular. Permanecían sentados observando. Lejos, en la distancia, había un airado escarlata del crepúsculo. Todo era frío, de algún modo pequeño, apiñado y semejante al fin del mundo.

-No me importa incluso entonces -dijo Ursula mirando lo repulsivo de todo ello-. No me concierne.

-Ya no -repuso él sujetándole la mano-. Uno no necesita ver. Uno sigue su camino. En mi mundo es un día soleado y lleno de espacio...

-¿Verdad que sí, mi amor? -exclamó ella pegándose a él tanto en el autobús que los otros pasajeros comenzaron a mirarles.

-Y vagaremos sobre la faz de la tierra -dijo élly miraremos sólo un poco al mundo situado más allá.

Hubo un largo silencio. El rostro de ella estaba radiante como el oro mientras

estaba allí sentada pensando.

-No deseo heredar la tierra -dijo-. No deseo heredar nada.

El cerró sus manos sobre las suyas.

-Yo tampoco. Quiero ser desheredado.

Ella aferró con fuerza los dedos de él.

-No nos preocupemos por nada -dijo ella. .El se mantenía sentado, inmóvil, y rió.

-Y nos casaremos y habremos terminado con ellos -añadió ella.

El rió de nuevo.

-Es un modo de librarse de todo -dijo ella- esto de casarse.

-Y un modo de aceptar al mundo entero -añadió él.

-Todo un otro mundo, si -dijo ella felizmente.

-Quizá están Gerald... y Gudrun... -dijo él.

-Si lo están lo están -dijo ella-. De nada sirve preocuparse. No podemos realmente alterarles, ¿verdad?

-No --dijo él-. Uno no tiene derecho a intentarlo... ni siquiera con la mejor intención del mundo.

-¿Intentas forzarles? -preguntó ella.

-Quizá -dijo él-. ¿Por qué desearía yo que él fuese libre, si no es su asunto?

Ella se detuvo durante algún tiempo.

-No podemos hacerle feliz en cualquier caso -dijo
ella-. Tendría que serlo por sí mismo.

-Lo sé -dijo él-. Pero deseamos tener a otras personas con nosotros, ¿no es así?

-¿Por qué? -preguntó ella.

-No lo sé -dijo él con desasosiego-. Uno tiene el anhelo de una especie de camaradería ulterior.

-Pero ¿por qué? -insistió ella-. ¿Por qué tendrías que ansiar otras personas? ¿Por qué habrías de necesitarlas?

Esto le llegó directamente al meollo. Su entrecejo se frunció.

-¿Acaso termina todo con nosotros dos? -preguntó tenso.

-Sí..., ¿qué más quieres? Si alguien desea venir, que venga. Pero ¿por qué vas a correr tú detrás de ellos?

El rostro de él estaba tenso e insatisfecho.

-Siempre imagino que somos realmente felices con unas pocas otras personas..., una pequeña libertad con personas.

Ella reflexionó durante un momento.

-Sí, uno desea efectivamente eso. Pero debe suceder.
No es posible hacer nada por ello con nuestra voluntad.
Tú siempre pareces pensar que puedes forzar a las flores a que broten. Las personas deben amarnos porque nos aman..., no puedes hacer que sea así.

-Lo sé -dijo-. Pero ¿es que uno no va a dar ningún paso? ¿De ir uno simplemente como si estuviese solo en el mundo..., como si fuese la única criatura del mundo?

-Me tienes a mí -dijo ella-. ¿Por qué tendrías que necesitar a otros? ¿Por qué has de forzar a las personas a que estén de acuerdo contigo? ¿Por qué no puedes ser singular y vivir solo, como estás diciendo siempre? Intentas forzar a Gerald... como intentaste forzar a Hermione. Debes aprender a estar solo. Y es tan horroroso para ti. Me tienes. Sin embargo, deseas forzar a otras personas a que te amen igualmente. Realmente intentas

forzarles a que te amen. E incluso entonces no deseas su amor.

El rostro de él estaba lleno de una verdadera perplejidad.

-¿No? -dijo-. Es el problema que no consigo resolver. Sé que deseo una relación perfecta y completa contigo, y casi la tenemos... realmente. Pero más allá de eso. ¿Deseo yo realmente una relación verdadera y definitiva con Gerald? ¿Deseo una relación final, casi extrahumana con él...; una relación basada sobre lo último de mí y de él... o no?

Ella le miró durante largo tiempo con ojos extraordinariamente brillantes, pero no respondió.

27. MUDANDOSE

Esa noche Ursula volvió a su casa con los ojos muy brillantes y maravillosos..., cosa que irritó a su familia. El padre llegó a la hora de cenar, cansado tras las clases vespertinas y el largo viaje a casa. Gudrun estaba leyendo; la madre se sentaba en silencio.

De repente Ursula dijo al grupo con una voz animada:

-Rupert y yo vamos a casarnos mañana.

El padre se dio la vuelta tiesamente.

-¿Qué? -dijo.

-¡Mañana! -repitió Gudrun como un eco.

-¡De verdad! -dijo la madre.

Pero Ursula sólo sonreía maravillosamente, sin responder.

-¡Casarte mañana! -gritó ásperamente el padre-. ¿De qué estás hablando?

-Sí -dijo Ursula-. ¿Por qué no?

Aquellas palabras provenientes de ella siempre le ponían loco.

-Todo está bien..., iremos ' al despacho del registrador...

Hubo un segundo silencio en el cuarto tras la alegre vaguedad de Ursula.

-¡Realmente, Ursula! -dijo Gudrun.

-¿Podríamos preguntar a qué se ha debido todo este secreto? -preguntó la madre con cierta altivez.

-No ha habido ningún secreto -dijo Ursula-. Ya lo sabíais.

-¿Quién lo sabía? -gritó ahora el padre-. ¿Quién lo sabía? ¿Qué quieres decir con tu «ya lo sabíais»?

Estaba en una de sus furias estúpidas y ella se cerró instantáneamente contra él.

-Naturalmente que lo sabíais -dijo tranquilamente-. Sabíais que íbamos a casarnos.

Hubo una pausa peligrosa.

-¿Sabíamos que ibais a casaros? ¡Sabíamos! ¡Nadie sabe nada sobre ti, perra cambiante!

-¡Padre! -exclamó Gudrun sonrojándose profundamente con violenta reprobación.

Entonces, con una voz fría pero amable, añadió, como para recordar a su hermana la necesidad de ser tratable:

-¿Pero no es una decisión temiblemente súbita, Ursula?

-No, no realmente -repuso Ursula con la misma irritante jovialidad-. El ha estado deseando que yo estuviese de acuerdo durante semanas..., tenía la licencia preparada. Sólo que yo... no estaba preparada en mí misma. Ahora estoy preparada..., ¿hay alguna razón en ello para ser desagradables?

-Desde luego que no -dijo Gudrun, pero en un tono de fría reprobación-. Eres perfectamente libre para hacer lo que te parezca.

-«Preparada en ti misma»..., ti misma, eso es todo lo que importa, ¿no es así? «No estaba preparada en mí misma» -imitó ofensivamente su frase el padre-. Tú y ti misma tenéis bastante importancia, ¿no?

Ella se recogió y preparó la garganta, brillando amarillos y peligrosos sus ojos.

-Yo soy mía -dijo ella herida y mortificada-. Sé que no soy de nadie más. Vosotros sólo deseabais forzarme..., nunca os importó mi felicidad.

El se inclinaba hacia ella contemplándola con el rostro como un ascua.

-¿Qué estás diciendo, Ursula? Mantén la lengua quieta -exclamó su madre.

Ursula giró en redondo y centellearon las luces de sus ojos.

-¡No, me niego! -exclamó-. No sujetaré la lengua ni me dejaré forzar. ¿Qué importa el día que me caso? ¡Qué importa! No afecta a nadie, excepto a mí misma.

Su padre estaba tenso y concentrado como un gato a punto de saltar.

-¿Verdad que no? -gritó acercándose a ella. Ella retrocedió.

-No, ¿cómo podría ser de otro modo? -replicó ella, retrocediendo pero terca.

-Entonces, a mí no me importa lo que tú hagas..., lo que llegue a ser de ti, ¿verdad? -exclamó él con una voz extraña como un grito.

La madre y Gudrun se echaron atrás como hipnotizadas.

-No -tartamudeó Ursula. Su padre estaba muy cerca de ella-. Tú sólo quieres...

Ella sabía que era peligroso, y se detuvo. El estaba concentrado, dispuesto cada músculo.

-¿Qué? -retó.

-Forzarme -musitó ella, y antes de que sus labios dejaran de moverse la mano de él había abofeteado un lado del rostro enviándola contra la puerta.

-¡Padre! -exclamó Gudrun con un grito agudo-. ¡Es imposible!

El permaneció sin moverse. Ursula se recobró, su mano estaba sobre el picaporte. Se incorporó lentamente. Parecía vacilar.

-Es verdad -declaró con lágrimas brillantes en los ojos, levantado su rostro en desafío-. ¿Qué ha significado tu amor, qué ha significado alguna vez?... Forzar y negar...

El estaba avanzando de nuevo con movimientos extraños, tensos, con los puños cerrados y el rostro de un asesino. Pero ella desapareció como el rayo tras la puerta y escucharon cómo subía las escaleras corriendo.

El miró un momento la puerta. Luego, como un animal derrotado, se dio la vuelta y regresó a su asiento junto al fuego.

Gudrun estaba muy pálida. Se oyó la voz fría y enfadada de la madre en el intenso silencio, diciendo:

-Bien, no deberíais ocuparos tanto de ella.

Cayó de nuevo el silencio, cada uno seguía un grupo separado de emociones y pensamientos.

-¡Adiós! -dijo en su tono enloquecedor, animado, casi burlón-. Me voy.

Y al instante siguiente la puerta se cerró, escucharon la puerta exterior, luego sus pasos rápidos recorriendo el sendero del jardín, después se escuchó el estrépito del portón y sus leves pisadas desaparecieron. Hubo un silencio como de muerte en la casa.

Ursula se fue directamente a la estación, apresurándose sin darse cuenta sobre pies alados. No había tren, debía caminar hasta el cruce. Mientras atravesaba la oscuridad empezó a llorar y lloró amargamente, con una angustia aturdida, punzante, infantil, todo el camino y aun en el tren. El tiempo pasó inconsciente y desconocido, no sabía dónde estaba ni qué estaba aconteciendo. Sólo lloraba desde profundidades insondables de desesperación, de aflicción desesperada, con el terrible pesar de una criatura que no conoce agotamiento.

Sin embargo, su voz tenía la misma animación defensiva cuando habló con el ama de llaves de Birkin en la puerta.

-¡Buenas noches! ¿Está el señor Birkin? ¿Puedo verle?

-Sí, está. Se encuentra en su estudio.

Ursula cruzó delante de la mujer. La puerta de él se abrió. Había escuchado su voz.

-¡Hola! -exclamó sorprendido, viéndola allí con la maleta en la mano y signos de lágrimas sobre el rostro.

Ella era una persona que lloraba sin dejar demasiadas huellas, como un niño.

-¿Tengo un aspecto horrible? -dijo apocándose.

-No..., ¿por qué? Entra.

Tomó el bulto de su mano y entraron en el estudio.

Allí, inmediatamente, los labios de ella empezaron a temblar como los de una criatura que vuelve a recordar y las lágrimas llegaron a borbotones.

-¿Qué pasa? -preguntó él tomándola en sus brazos.

Ella sollozó violentamente en su hombro mientras él la sujetaba, esperando.

-¿Qué pasa? -dijo él de nuevo cuando ella estuvo más tranquila.

Pero ella se limitaba a apretar su rostro más dentro de su hombro, dolida, como un niño que no puede contar.

-¿Qué ha sucedido entonces? -preguntó él.

Ella se alejó de repente, se secó los ojos, recupero la compostura y se sentó en una silla.

-Padre me pegó -anunció como un pájaro despeinado, muy brillantes sus ojos.

-¿Por qué?

Ella apartó la vista y no quiso responder. Había una lamentable rojez en torno a sus sensibles aletas nasales y a sus temblorosos labios.

-¿Por qué? -insistió él con su voz extraña, suave, penetrante.

Ella se dio la vuelta para mirarle con cierto desafío.

-Porque dije que iba a casarme mañana, y él quiso imponérseme.

-¿Por qué quiso imponerse?

La boca de ella volvió a abrirse, recordó la escena una vez más y llegaron las lágrimas.

-Porque dije que a él no le importaba..., y no le importa; es sólo su autoritarismo lo que se duele... -dijo ella, arrastrada su boca todo el tiempo por el llanto, con un aspecto tan infantil que él casi sonrió.

Pero no era infantil, era un conflicto mortal, una herida profunda.

-No es del todo cierto -dijo él-. E incluso entonces no deberías decirlo.

-Es cierto..., es cierto -sollozó ella-, y no me dejaré forzar por el hecho de que él pretenda llamarlo amor... cuando no lo es..., porque no le importa, cómo puede..., no, no puede...

El permanecía sentado, en silencio. Ella le conmovía abrumadoramente.

-Entonces no deberías provocarle, si no puede -Birkin tranquilamente.

-Y yo le he amado, le he amado -sollozó ella-. Le he amado siempre, y él siempre me ha hecho esto, él...

-Ha sido entonces un amor de oposición -dijo él-. No te preocupes..., todo acabará bien. No hay razón para desesperarse.

-Sí -sollozó ella-, hay, hay.

-¿Por qué?

-Nunca volveré a verle...

-No inmediatamente. No llores, tuviste que romper con él, era necesario..., no llores.

El fue hacia ella y besó el pelo fino y frágil, tocando suavemente sus mejillas húmedas.

-No llores -repitió-, no llores más.

La sujetó muy cerca de él, silenciosamente.

Al fin quedó ella inmóvil. Entonces miró hacia arriba, con los ojos abiertos de par en par y asustados.

-¿No me deseas? -preguntó.

-¿Desearte?

Sus ojos oscurecidos, fijos, desorientaban a Ursula, no le daban confianza.

-¿Desearías que no hubiese venido? -preguntó, ansiosa ahora, temiendo estar fuera de sitio.

-No dijo él-. Habría deseado que no se hubiese producido la violencia..., tanta fealdad..., pero quizás era inevitable.

Ella le contempló en silencio. Parecía mortecino.

-¿Pero dónde me quedaré? -preguntó sintiéndose humillada.

El pensó un momento.

-Aquí, conmigo -dijo-. Estamos tan casados hoy como lo estaremos mañana.

-Pero...

-Se lo diré a la señora Varley -dijo él-. No te preocupes ahora.

El estaba sentado mirándola. Podía percibir sus ojos, oscurecidos y fijos sobre ella todo el tiempo. Eso le asustaba un poquito. Se quitó el pelo de la frente nerviosamente.

-¿Estoy fea? -dijo.

Y se sonó otra vez.

Una pequeña sonrisa apareció alrededor de los ojos de él.

-No -dijo él-, afortunadamente.

Y tras decirlo cruzó en su dirección, recogiéndola como una pertenencia en sus brazos. Ella era tan tiernamente hermosa que no podía soportar verla, sólo podía soportar esconderla de sí mismo. Ahora,- lavada por sus lágrimas, era nueva y frágil como una flor recién abierta; una flor tan nueva, tan tierna, tan hecha perfecta por luz interior que no podía soportar mirarla, debía ocultarla ante sí mismo, cubrirse los ojos contra ella. Ella tenía el perfecto candor de la creación, algo traslúcido y simple, como una flor radiante,

brillante, desplegada ese momento en bendición primordial. Ella era tan nueva, tan nítida de asombro, tan falta de tinieblas. Y él era tan viejo, tan hundido en graves memorias. El alma de ella era nueva, indefinida y resplandeciente con lo no visto. Y el alma de él era oscura y tenebrosa, sólo poseía un grano de esperanza viva, como un grano de semilla de mostaza. Pero ese único grano vivo era comparable a la perfecta juventud de ella.

-Te amo -susurró él mientras la besaba temblando de pura esperanza, como un hombre que nace de nuevo a una esperanza maravillosa, viva, trascendente a los vínculos de la muerte.

Ella no podía saber cuánto significaba para él, cuánto quería él decir con esas escasas palabras.

Casi infantil, deseaba pruebas y afirmaciones sobre afirmaciones, porque todo parecía todavía incierto, sin fijar, para ella.

Pero la pasión de gratitud con la que él la recibió en su alma, la alegría extremada e impensable de saberse vivo y preparado para unirse con ella, él, que estaba tan cerca de la muerte, que estaba tan próximo a seguir con el resto de su raza la ladera descendente de la muerte mecánica, nunca podría ser comprendida por ella. El la veneraba como la vejez venera a la juventud, se gloriaba en ella porque en su único grano de fe era tan joven como ella, era su compañero adecuado. Ese matrimonio con ella era su resurrección y su vida.

Ella no podía saber todo esto. Deseaba ser exaltada, ser adorada. Había distancias infinitas de silencio entre ellos. ¿Cómo podría contarle a ella la inmanencia de su belleza, que no era forma, peso o color, sino algo como una luz extraña, dorada? ¿Cómo podría siquiera saber en qué reposaba la belleza de ella para él? Decía: «Tu nariz es bella, tu barbilla es adorable.» Pero sonaba a mentiras, y ella estaba decepcionada, herida. Incluso cuando dijo, suspirando con veracidad: «Te amo, te amo», no era la efectiva verdad. Era algo más allá del amor, era la alegría de haberse sobrepasado uno a sí mismo, de haber trascendido la vieja existencia. ¿Cómo podía decir él «yo» cuando era algo nuevo y desconocido, para nada él mismo? Ese yo, esa vieja fórmula de la edad, era algo muerto.

En el júbilo nuevo, en esa paz que sustituía al conocimiento, no había yo y tú, sólo existía la tercera e incumplida maravilla, la maravilla de existir no como uno mismo, sino en una consumación de mi ser y su ser en otro nuevo, una unidad nueva y paradisíaca recobrada desde la dualidad. ¿Cómo puedo decir «te amo» cuando yo he dejado de ser y tú has dejado de ser? Ambos estamos capturados y trascendidos en una nueva unidad, donde todo es silencioso porque no hay nada que responder, todo es perfecto y simultáneo. La palabra viaja entre las partes separadas. Pero en el Uno perfecto existe un perfecto silencio de fruición.

Se casaron por la ley al día siguiente y, siguiendo el consejo de él, ella escribió a su padre y a su madre. Su madre contestó, su padre no.

No volvió a la escuela. Se quedó con Birkin en su casa o en el molino, desplazándose con él cuando él se desplazaba. Pero no veía a nadie, excepto a Gudrun y Gerald. Seguía sintiéndose toda extraña y asombrada, pero estaba aliviada como por la aurora.

Gerald se sentaba hablándole una tarde en el estudio cálido del molino. Rupert no había vuelto todavía a casa.

-¿Eres feliz? -le preguntó Gerald con una sonrisa.

-¡Muy feliz! -exclamó ella, apocándose un poco en su resplandor.

-Sí, se nota.

-¿Se ve? -exclamó Ursula sorprendida.

El miró hacia ella con una sonrisa comunicativa.

-Oh, sí, fácilmente.

Ella estaba complacida. Meditó un momento.

-¿Y puedes notar que Rupert es feliz igualmente?

El bajó los párpados y miró hacia otra parte.

-Oh, sí -dijo.

-¡Realmente!

-Oh, sí.

El estaba muy silencioso, como si debiese callar algo. Parecía triste.

Ella era muy sensible a la sugestión. Hizo la pregunta que él deseaba.

-¿Por qué no sois felices vosotros también? -dijo ella-. Podíais serlo del mismo modo. El se detuvo un momento.

-¿Con Gudrun? -preguntó.

-!Sí! -exclamó ella, brillándole los ojos.

Pero había una tensión extraña, un énfasis, como si estuviesen aseverando sus deseos en contra de la verdad.

-¿Piensas que Gudrun me aceptaría y que seríamos felices? -dijo él.

-¡Sí, estoy segura! -exclamó ella.

Los ojos de Ursula estaban redondos de placer. Sin embargo, por debajo se sentía constreñida, conocía su propia insistencia.

-Oh, me alegro tanto -añadió.

El sonrió.

-¿Qué te alegra? -dijo él.

-Me alegra por ella -contestó-. Estoy segura de que tú... eres el hombre adecuado para ella.

-¿Lo estás? -dijo él-. ¿Y piensas que ella estaría de acuerdo contigo?

-¡Oh, sí! -exclamó rápidamente.

Entonces, tras reconsiderarlo, muy incómoda:

-Aunque Gudrun no sea tan sencilla. Uno no la conoce en cinco minutos, ¿cierto? Ella no es como yo en eso.

Rió con su rostro extraño, abierto, deslumbrado.

-¿Piensas que no se parece mucho a ti? -preguntó Gerald.

Ella frunció el entrecejo.

-Oh, sí, en muchos sentidos. Pero nunca sé lo que hará cada vez que llega algo nuevo.

-¿No lo sabes? -dijo Gerald.

Quedó silencioso durante algunos momentos. Luego se movió a tientas.

-En cualquier caso, iba a pedirle que se fuese conmigo por Navidades -dijo con una voz muy pequeña, cautelosa.

-¿Irse contigo? ¿Quieres decir por un tiempo?

-Todo el tiempo que ella quiera -dijo él con un movimiento desaprobador.

Ambos quedaron silenciosos durante algunos minutos.

-Desde luego -acabó diciendo Ursula-, ella podría estar sencillamente deseando correr al matrimonio. Ya lo averiguarás.

-Sí -sonrió Gerald-. Ya lo averiguaré. Pero en caso de que no..., ¿piensas que iría conmigo al extranjero durante unos pocos días..., cosa como de dos semanas?

-Oh, sí -dijo Ursula-. Yo se lo pediría.

-¿Piensas que podríamos quizás ir todos juntos?

-¿Todos nosotros?

El rostro de Ursula se iluminó nuevamente.

-Sería bastante divertido, ¿no crees?

-Muy divertido -dijo él.

-Y entonces sería la ocasión de que vieses -dijo Ursula.

-¿Qué?

-Cómo iban las cosas. Creo que lo mejor es celebrar la luna de miel antes de la boda..., ¿no crees?

Ella quedó complacida con su mot. El rió.

-En ciertos casos -dijo él-. Preferiría que fuese así en el mío propio.

-¡No me digas! -exclamó Ursula; luego, dubitativamente-. Sí, quizás estás en lo cierto. Uno debería complacerse a sí mismo.

Birkin llegó un poco después, y Ursula le contó lo que habían estado hablando.

-¡Gudrun! -exclamó Birkin-. Es una amante nata, tal como Gerald es un amante nato..., amant en titre. Si, como alguien dice, todas las mujeres son o esposas o amantes, Gudrun es una amante.

-Y todos los hombres, amantes o esposos -exclamó Ursula-. Pero ¿por qué no ambas cosas?

-Lo uno excluye lo otro -rió él.

-Entonces yo quiero un amante -exclamó Ursula.

-No, no lo quieres -dijo él.

-Sí -se lamentó ella.

El la besó y rió.

Fue dos días después de esto cuando Ursula tuvo que ir a recoger sus cosas de la casa en Beldover.

Habían hecho el traslado, la familia ya no estaba. Gudrun tenía un alojamiento en Willey Green.

Ursula no había visto a los padres desde su matrimonio. Lloraba pensando en la ruptura, aunque supiese que de nada servía. Para bien o para mal, ella no podía ir a ellos. Así que sus cosas quedaron atrás, y ella y Gudrun debían ir a buscarlas por la tarde.

Era una tarde invernal, con rojo en el cielo, cuando llegaron a la casa. Las ventanas estaban oscuras y vacías, el lugar era ya asustador. Un vestíbulo desnudo y vacío desencadenó un escalofrío en los corazones de las muchachas.

-No creo que me hubiese atrevido a venir sola -dijo Ursula-. Me da miedo.

-¡Ursula! -exclamó Gudrun-. ¡Es asombroso! ¿Puedes creer que viviste en este lugar sin sentirlo jamás? ¡No puedo concebir cómo viví aquí un solo día sin morir de terror!

Miraron en el gran comedor. Era un cuarto de tamaño considerable, pero ahora una celda habría sido más encantadora. Las grandes ventanas estaban desnudas, el suelo desnudado y un borde de betún oscuro rodeaba el parquet de madera pálida. En el

desvaído papel de las paredes se veían manchas oscuras en el lugar donde hubo muebles o cuadros colgados. La sensación de muros secos, delgados, aparentemente frágiles, y de un suelo igualmente frágil, pálido, con sus bordes negros artificiales, era neutralizante para la mente. Todo era nulo para los sentidos, había recipientes sin sustancia, porque los muros eran secos y como de papel. ¿Dónde estaban? ¿En la tierra o suspendidos en una caja de cartón? En la chimenea había papel quemado y fragmentos de papel a medio quemar.

-¡Imagina que pasamos aquí nuestros días! -dijo Ursula.

-Lo sé -exclamó Gudrun-. Es demasiado espantoso. ¡Cómo debemos ser si somos el contenido de esto!

-¡Vil! -dijo Ursula-. Es realmente vil.

Y reconoció portadas medio quemadas de Vogue, retratos medio quemados de mujeres con trajes reposando bajo la parrilla.

Fueron al cuarto de estar. Otra habitación de aire encerrado; sin peso ni sustancia, sólo una sensación de intolerable cárcel de papel en vaciedad. La cocina parecía más sustancial debido al suelo de baldosas rojas y al fogón, pero era fría y horrenda.

Las dos muchachas subieron huecamente las escaleras vacías. Cada sonido se repetía en ecos bajo sus corazones. Recorrieron el pasillo desnudo. Contra la pared del dormitorio de Ursula estaban sus cosas..., un baúl, una cesta de trabajo, algunos libros, chaquetas sueltas, una sombrerera, todo existiendo desolado en la vaciedad universal del ocaso.

-¿Verdad que son una visión alegremente estimulante? -dijo Ursula mirando sus abandonadas posesiones.

-Muy estimulante -dijo Gudrun.

Las dos muchachas se pusieron manos a la obra, llevándose todo a la puerta de entrada. Una y otra vez hicieron el camino hueco, resonante. Todo el lugar parecía resonar a su alrededor con un ruido de futilidad hueca, vacía. En la distancia, los cuartos vacíos, invisibles, lanzaban una vibración casi de obscenidad. Ellas casi corrieron con las últimas cosas para depositarlas fuera. Pero hacía frío. Estaban esperando a Birkin, que iba a venir con el coche. Entraron de nuevo en la casa y subieron al dormitorio de su padres, cuyas ventanas daban a la calle y también al campo, donde se producía el crepúsculo negro y rojo, sin luz.

Se sentaron en el alféizar a esperar.

Ambas miraban el cuarto. Estaba vacío, con una falta de sentido que era casi espantosa.

-Realmente -dijo Ursula-, este cuarto no podría ser sagrado, ¿verdad?

Gudrun lo recorrió con ojos lentos.

-Imposible -repuso.

-Cuando pienso en sus vidas..., en la de padre y madre, en su amor, en su matrimonio, en todos nosotros, sus hijos, y en nuestra crianza..., ¿tendrías tú una vida semejante, preciosa?

-No, Ursula.

-Todo parece tan nada..., sus dos vidas... carecen de significado. Realmente, si no se hubiesen encontrado, si no se hubieran casado y no hubiesen vivido juntos..., tampoco habría importado, ¿no crees?

-Naturalmente..., uno no puede saberlo -dijo Gudrun.

-No. Pero si yo pensase que mi vida iba a ser así.... preciosa -dijo cogiendo el brazo de Gudrun-, saldría corriendo.

Gudrun quedó silenciosa durante unos pocos momentos,

-De hecho, uno no puede contemplar la vida ordinaria..., uno no puede contemplarla -repuso Gudrun-. Contigo, Ursula, es bastante distinto. Estarás fuera de todo ello con Birkin. El es un caso especial. Pero con el hombre común, que tiene su vida fijada en un lugar, el matrimonio es sencillamente imposible. Puede haber y hay miles de mujeres que lo desean, incapaces de concebir ninguna otra cosa. Pero la sola idea del asunto me pone loca. Uno debe ser libre ante todo, uno debe ser libre. Uno puede hipotecar todo lo demás, pero debe ser libre...; unos no debe convertirse en el número de una calle, en el siete de Pinchbeck Street..., o Somerset Drive..., o Shorlands. Ningún hombre será suficiente para hacer aceptable eso..., ¡ninguno! Para casarse, uno debe tener una independencia o nada, un camarada de armas, un Glücksritter. Un hombre con una posición en el mundo social... bien, ¡es sencillamente imposible, imposible!

-¡Qué palabra encantadora, Glücksritter! -dijo Ursula-. Mucho más agradable que soldado de fortuna.

-¿Verdad? -dijo Gudrun-.Yo movería al mundo con un Glücksritter. ¡Pero una casa, un establecimiento! Ursula, ¿qué significaría?... ¡Piensa!

-Lo sé erijo Ursula-. Tuvimos una casa..., eso me basta.

-De sobra -dijo Gudrun.

-El pequeño hogar gris del Oeste -citó irónicamente Ursula.

-Suena a gris también -dijo Gudrun sin sonreír.

Se vieron interrumpidas por el sonido del automóvil. Birkin había llegado. Ursula estaba sorprendida de verse tan animada, de haberse liberado de los problemas de las casas grises en el Oeste.

Oyeron el ruido de sus tacones sobre el suelo del vestíbulo situado debajo.

-¡Hola! -llamó, resonando con vida su voz por la casa.

Ursula se sonrió. El también sentía miedo ante el lugar.

-¡Hola! Aquí estamos -gritó. Y le oyeron subir rápidamente.

-Este es un lugar fantasmal -dijo.

-Estas casas no tienen fantasmas..., jamás tuvieron personalidad alguna, y sólo un sitio con personalidad puede tener un fantasma -dijo Gudrun.

-Supongo. ¿Estáis llorando las dos sobre el pasado?

-Sí -dijo Gudrun severamente.

Ursula rió.

-No llorando lo que se fue, sino llorando que alguna vez fuese -dijo.

-Oh -repuso él aliviado.

Se sentó durante un momento. Ursula pensó que había algo ondulante y vivo en su presencia. Hacía incluso que la estructura impertinente de esa casa nula desapareciese.

-Gudrun dice que no podría soportar estar casada y metida en una casa -dijo Ursula con intención.

Sabían que esto se refería a Gerald. El quedó silencioso algunos momentos.

-Bien -dijo-, si sabes de antemano que no podrías soportarlo, ¿estás segura?

-¡Desde luego! -dijo Gudrun.

-¿Por qué piensa toda mujer que su meta en la vida es tener un maridito y una

casita gris en el Oeste? ¿Por qué es ésta la meta de la vida? ¿Por qué habría de serlo? -dijo Ursula.

-II faut avoir le respect de ses bétises -dijo Birkin.

-Pero uno no necesita respetar la bétise antes de haberla cometido -rió Ursula.

-Ah, ¿entonces son des bétises du papa?

-Et de la mama añadió satíricamente Gudrun.

-Et des voisins -dijo Ursula.

Rieron todos y se levantaron. Estaba oscureciendo. Llevaron las cosas al coche. Gudrun cerró la puerta de la casa vacía. Birkin había encendido los faros del automóvil. Todo parecía muy feliz, como si se marchasen de viaje.

-¿Te importa parar en casa de Coulson? Tengo, que dejar la llave allí -dijo Gudrun.

-De acuerdo -dijo Birkin, y se pusieron en marcha.

Se detuvieron en la calle principal. Las tiendas acababan de encenderse, los últimos mineros volvían a sus casas siguiendo las calzadas elevadas sobre el barrizal, sombras semivisibles en su polvo gris de los pozos atravesando el aire azul. Pero sus pies retumbaban ásperamente con un ruido múltiple sobre el pavimento.

¡Cómo le gustaba a Gudrun salir de la tienda y entrar en el coche con Ursula y Birkin para ser transportada velozmente por la cuesta de crepúsculo palpable! ¡Qué aventura parecía ser la vida en ese momento! ¡Qué profunda y súbitamente envidió a Ursula! La vida era para ella una puerta abierta, tan rápida, tan despreocupada, como si no sólo este mundo, sino el mundo ya sido y el venidero fuesen nada para ella. Ah, sería perfecto simplemente si ella pudiese ser justo así.

Porque sentía siempre -salvo en los momentos de excitación- que había una carencia dentro de ella. Se sentía insegura. Había creído que ahora, al fin, en el amor fuerte y violento de Gerald, estaba viviendo de modo pleno y definitivo. Pero ya al compararse con Ursula su alma quedaba celosa, insatisfecha. No estaba satisfecha, nunca estaría satisfecha.

¿Qué le faltaba ahora? Era el matrimonio... la maravillosa estabilidad del matrimonio. Lo deseaba realmente, dijese lo que dijese. Había estado mintiendo. La vieja idea del matrimonio era correcta incluso entonces, la idea del matrimonio y el hogar. Sin embargo, su boca se torcía un poco ante las palabras. Pensó en Gerald y Shortlands. ¡El matrimonio y el hogar¡ ¡Bueno, que esperase! El significaba mucho para ella, pero... Quizá no era lo suyo casarse. Gudrun era uno de los seres marginales de la vida, una de las vidas a la deriva y sin raíces. No, no..., no podía ser así. De repente conjuró un cuarto rosa, ella vestida con un hermoso traje y un hombre apuesto vestido de smoking que la tenía en sus brazos a la luz del fuego y la besaba. Tituló «hogar» a ese cuadro. Habría servido para la Real Academia.

-Ven con nosotros a tomar un té..., ven -dijo Ursula cuando se aproximaron al cottage de Willey Green.

-Muchísimas gracias..., pero debo irme a casa -dijo Gudrun.

Deseaba mucho seguir con Ursula y Birkin. De he» cho, eso le parecía vivir. Pero cierta perversidad no se lo permitía.

-Ven..., sí, seria tan agradable -suplicó Ursula.

-Lo siento muchísimo..., me encantaría..., pero no puedo... realmente...

Se bajó del coche con prisa, temblorosa.

-Vaya si no puedes -llegó la voz reprochadora de Ursula.

-No, realmente no puedo -respondieron las palabras patéticas y entristecidas desde la oscuridad del crepúsculo.

-¿Te encuentras bien? -gritó Birkin.

-¡Del todo! -dijo Gudrun-. ¡Buenas noches!

-Buenas noches -respondieron ellos.

-Ven siempre que quieras, nos encantará -gritó Birkin.

-Muchas gracias -gritó Gudrun con la voz extraña, vibrante, de una aflicción solitaria que a él le resultaba desorientante.

Se volvió hacia la puerta de su chalet y ellos reanudaron su marcha. Pero tan pronto como el coche se difuminó en la distancia ella miró en esa dirección. Mientras subía el sendero de su extraña casa su corazón estaba lleno de una amargura incomprensible.

En su recibidor había un reloj de pie, e insertado en su esfera había un rostro rubicundo, dedondo, de ojos oblicuos, que hacía el más ridículo de los guiños cuando el péndulo iba hacia un lado y cuando volvía al mismo absurdo ojo malicioso. La cada absurda, suave, rubicunda y tostada le ofrecía en todo momento un insolente gesto malicioso. Quedó mirándola durante varios minutos, hasta ser sobrecogida por una especie de enloquecido asco que le hizo reírse de sí misma trivialmente. Pero seguía guiñando, ofreciendo el ojo malicioso primero en un lado y luego en el otro. ¡Ah, qué infeliz era! En mitad de su felicidad más activa, ¡qué infeliz era! Echó una ojeada a la mesa: mermelada de jengibre y el mismo pastel casero con demasiada- A pesar de todo, la mermelada era buena y muy difícil de conseguir.

Se pasó toda la noche deseando ir al molino. Pero se lo negó fríamente. Fue la tarde siguiente. Le gustó encontrar allí a Ursula sola. Era una atmósfera encantadora, íntima, recluida. Hablaron sin cesar y encantadas.

-¿No eres terriblemente feliz aquí? -dijo Gudrun a su hermana, mirándose los ojos brillantes en el espejo.

Siempre envidiaba, casi con resentimiento, la extraña plenitud positiva que subsistía en la atmósfera alrededor de Ursula y Birkin.

-Realmente, qué bellamente está hecho este cuarto -dijo en voz alta-. Esta estera dura tiene un color encantador, el color de la luz fresca.

Y le pareció perfecto.

-Ursula -acabó diciendo con una voz interrogativa y distante-, ¿sabías que Gerald Crich ha sugerido que nos marchásemos todos juntos por Navidad?

-Sí, habló con Rupert.

Un profundo rubor tiñó la mejilla de Gudrun. Quedó silenciosa un momento, como atónita, no sabiendo qué decir.

-Pero ¿no crees -acabó diciendo- que es sorprendentemente descarado?

Ursula rió.

-El me gusta por eso -dijo.

Gudrun quedó silenciosa. Era evidente que la idea misma la atraía poderosamente, aunque estuviese casi indignada por el hecho de que Gerald se tomase la libertad de hacer semejante sugestión a Birkin.

-Hay en Gerald una sencillez que me parece bastante encantadora -dijo Ursula-, ¡de algún modo tan desafiante! Oh, pienso que es muy atractivo.

Gudrun no contestó durante algunos momentos. Tenía todavía que recobrarse de la sensación de insulto por la desconsideración con que era tratada su libertad.

-¿Sabes qué dijo Rupert? -preguntó.

-Dijo que podría ser divertidísimo -repuso Ursula. Gudrun miró de nuevo hacia abajo y quedó silenciosa.

-¿No te lo parece a ti? -dijo Ursula sondeándola.

Nunca estaba del todo segura de las defensas con que se rodeaba Gudrun.

Gudrun alzó el rostro con dificultad y lo mantuvo mirando hacia otra parte.

-Creo que podría ser terriblemente divertido, como decís -repuso-. Pero ¿no piensas que fue tomarse una libertad imperdonable... hablar de cosas semejantes con Rupert..., que después de todo..., entiendes lo que quiero decir? Podrían haber sido dos hombres arreglando una salida con alguna pequeña type que acabaran de encontrar. ¡Oh, me parece bastante imperdonable!

Usó la palabra francesa «type».

Sus ojos chispearon, su rostro suave estaba adusto y arrebatado. Ursula seguía mirándola algo asustada, sobre todo porque pensaba que Gudrun parecía bastante común, realmente como una pequeña type. Pero no tuvo valor para pensarlo realmente, sin ambages.

-Oh, no -exclamó tartamudeando-. Oh, no..., no es para nada eso..., ¡desde luego que no! No, pienso que la amistad entre Rupert y Gerald es bastante bella. Son sencillamente sencillos, se dicen todo el uno al otro como si fuesen hermanos.

Gudrun se sonrojó más profundamente. No podía soportar que Gerald la traicionase..., ni siquiera con Birkin.

-¿Pero piensas que incluso los hermanos tienen algún derecho a intercambiarse confidencias de ese tipo? -preguntó con rabia profunda.

-Oh, sí -dijo Ursula-. No se dijo nada que no fuese perfectamente honesto. No, lo que me sorprendió más en Gerald es lo perfectamente simple y directo que puede ser. Y ya sabes que eso exige talla de un hombre. La mayoría de ellos deben ser indirectos, son tan cobardes.

Pero Gudrun seguía aún silenciosa de rabia. Deseaba que se mantuviera un secreto absoluto con respecto a sus movimientos.

-¿No querrás ir? -dijo Ursula-. Hazlo, ¡podremos ser tan felices todos! Hay algo que amo en Gerald..., es mucho más atractivo de lo que pensé. Es libre, Gudrun, lo es realmente.

La boca de Gudrun seguía cerrada, hosca y fea. Acabó abriéndola al fin.

-¿Sabes dónde se propone ir? -preguntó.

-Sí..., al Tirol, a un sitio donde solía ir cuando estaba en Alemania..., un sitio delicioso donde van estudiantes, pequeño, áspero y encantador, para los deportes de invierno.

Por la mente de Gudrun cruzó el furioso pensamiento: «lo saben todo».

-Sí -dijo en voz alta-. A unos cuarenta kilómetros
de Innsbruck, ¿no es cierto?

-No sé exactamente dónde, pero ¿no crees que seria
encantador en la nieve perfecta?

-¡Muy encantador! -dijo Gudrun sarcásticamente.

Ursula estaba desconcertada.

-Desde luego -dijo-, pienso que Gerald habló con Rupert para que no pareciese todo hacer una salida con una type...

-Desde -luego -dijo Gudrun-, sé que él frecuenta habitualmente esa clase de mujeres.

-¡No me digas! -dijo Ursula-. ¿Cómo lo sabes?

-Sé de una modelo en Chelsea -dijo Gudrun fríamente.

Ursula quedó silenciosa ahora.

-Bueno -acabó diciendo con una risa vacilante-, espero que se lo pase bien con ella.

Gudrun pareció más triste al oírlo.

28. GUDRUN EN EL "POMPADOUR

Se aproximaba la Navidad, los cuatro se preparaban para partir. Birkin y Ursula estaba ocupados embalando sus escasos efectos personales, preparándolos para ser enviados a cualquier parte y país donde acabasen eligiendo quedarse. Gudrun estaba muy excitada. Le encantaba viajar.

Como Gerald y ella estuvieron listos primero, partieron vía Londres y París hacia Innsbruck, donde se encontrarían con Ursula y Birkin. Pasaron una noche en Londres. Fueron al music-hall y luego al café «Pompadour».

Gudrun detestaba el café, aunque siempre volviese a él, como hacían la mayoría de los artistas conocidos por ella. Le repugnaba su atmósfera de vicio mezquino, de celos mezquinos y de arte mezquino. Sin embargo, volvía siempre cuando estaba en la ciudad. Era como si tuviese que volver a ese pequeño remolino lento y central de desintegración y disolución: simplemente para echar una ojeada.

Se sentaba con Gerald bebiendo algún licor dulzón y mirando con ojos oscuros y severos los diversos grupos de personas sentados en las mesas. No saludaba a nadie, pero algunos hombres jóvenes le hacían con frecuencia gestos de saludo, con una especie de familiaridad burlona. Ella los cortó todos. Y les gustaba sentarse allí, arrebatadas las mejillas, con los ojos negros y severos, viéndolos a todos objetivamente como distantes, como criaturas en algún zoológico, sus almas simiescamente degradadas. ¡Dios, qué pandilla sucia eran! La sangre le latía negra y espesa en las venas por la rabia y el asco. No obstante, debía sentarse allí y mirar, mirar. Una o dos personas se acercaron para hablarle. Desde todos los puntos del café se volvían hacia ella ojos mitad furtivos y mitad burlones, los hombres mirando sobre el hombro y las mujeres desde debajo de sus sombreros.

Allí estaba la vieja muchedumbre: Carlyon, en su rincón, con sus pupilos y su chica; Halliday, y Libídnikov, y la Pussum..., todos. Gudrun observó a Gerald. Vio que sus ojos se detenían un momento sobre Halliday y su grupo. Ellos le estaban mirando y le saludaron, siendo contestados. Se reían y murmuraban entre sí. Gerald les contempló con

el brillo fijo de sus ojos. Estaban urgiendo a Minette para que hiciese algo.

Ella acabó levantándose. Llevaba un traje curioso de seda oscura con largos rayos pálidos que producía un curioso efecto estriado. Estaba más delgada, con los ojos quizá más amplios, más desintegrados. Por lo demás, se conservaba idéntica. Gerald la contempló con el mismo brillo fijo mientras se aproximaba. Ella le tendió su bella y delgada mano.

-¿Qué tal estás? -dijo.

El le dio la mano, pero quedó sentado, dejando que ella quedase cerca, recostada contra la mesa. Ella saludó fríamente a Gudrun, a quien sólo conocía de vista y de reputación.

-Estoy muy bien -dijo Gerald-. ¿Y tú?

-Oh, estoy bien. ¿Qué hay de Rupert?

-¿Rupert? Está muy bien igualmente.

-Sí, no quería decir eso. ¿Es-cierto que se casó?

-Oh, sí. Se casó.

Los ojos de Minette mostraron un destello caliente.

-Oh, lo logró entonces, ¿verdad? ¿Cuándo se casó?

-Hace una o dos semanas.

-¡Vaya! Nunca escribió.

-No.

-No. ¿No crees que estuvo muy mal?

Esto último lo dijo en un tono de desafío. Minette dejó saber por su tono que era consciente de ser escuchada por Gudrun.

-Supongo que no se sintió inclinado a ello -repuso Gerald.

-Pero ¿por qué no? -prosiguió Minette.

Esto fue recibido con silencio. Había una persisten cia fuerte y burlona en la pequeña figura hermosa de la muchacha de pelo corto mientras permanecía cerca de Gerald.

-¿Vas a quedarte mucho en la ciudad? -preguntó ella.

-Sólo esta noche.

-Oh, sólo esta noche. ¿Vas a venir a charlar con Julius?

-Esta noche no.

-Oh, muy bien. Se lo diré entonces.

En ese momento llegó su toque diabólico.

-Tienes un aspecto estupendo.

-Sí..., me siento bien.

Gerald estaba tranquilo y cómodo, con una chispa de diversión satírica en los ojos.

-¿Lo estás pasando bien?

Eso fue un golpe directo para Gudrun, proferido en una voz homogénea y sin timbre de áspera soltura.

-Sí -contestó él bastante inexpresivamente.

-Lamento muchísimo que no te acerques. No eres muy fiel con los amigos.

-No mucho -dijo él.

Ella les hizo un gesto de «buenas noches» y volvió lentamente a su grupo. Gudrun contempló su curiosa forma de andar, tiesa y sacudiendo las caderas. Oyeron

nítidamente su voz uniforme y sin timbres:

-No vendrá; está comprometido en otra cosa -dijo.

Hubo más risas y bromas en la mesa.

-¿Es amiga tuya? -dijo Gudrun mirando tranquilamente a Gerald.

-He vivido en casa de Halliday con Birkin -dijo él mirando los ojos lentos y tranquilos de ella.

Y ella supo que Minette era una de sus amantes... y supo que él sabía lo que ella sabía.

Ella miró alrededor y llamó al camarero. Ante todo, quería un cocktail helado. Esto advirtió a Gerald, que se preguntaba cómo acabaría todo.

El grupo de Halliday estaba embriagado y malicioso.

Hablaban en voz alta de Birkin, ridiculizándole por todo y especialmente a causa de su matrimonio.

-Oh, no me hagáis pensar en Birkin -chillaba Halliday-. Me pone perfectamente enfermo. Es tan malo como Jesús. «¡Señor, qué debo hacer para salvarme!»

Rió para sí ebriamente.

-Recuerda las cartas que solía mandar -llegó la voz rápida del ruso-. El deseo es sagrado...

-¡Oh, sí! -exclamó Halliday-. Oh, qué perfectamente espléndido. Pues mira, llevo una en el bolsillo. Estoy seguro.

Sacó varios papeles de su agenda.

-Estoy seguro de que..., ¡hiel..., ¡oh querido!..., tengo una.

Gerald y Gudrun estaban observando absortos.

-Oh, sí, qué perfectamente espléndido... ¡hic! No me hagas reír, Minette, que me da hipo. ¡Hic!...

Todos rieron.

-¿Qué decía en ésa? -preguntó Minette inclinándose hacia adelante, con su pelo corto y rubio balanceándose contra el rostro.

Había algo curiosamente indecente en su cráneo alargado y rubio, especialmente cuando quedaban al descubierto las orejas.

-¡Espera..., espera! No-o, no te la daré, la leeré en voz alta. Te leeré fragmentos escogidos, ¡hic! ¡oh querida! ¿Piensas que se me quitará el hipo bebiendo agua? ¡Hic! Oh, me siento totalmente desamparado.

-¿No es ésa la carta sobre unir lo oscuro y la luz... y el Flujo de Corrupción? -preguntó Maxim con su voz rápida y precisa.

-Creo que sí -dijo Minette.

-¿De verdad? Lo había olvidado..., ¡hic!..., cierto que es ésa -dijo Halliday abriendo la carta-. ¡Hic! Oh, sí. ¡Qué perfectamente espléndido! Es una de las mejores. «Hay una frase en cada raza -leyó con una voz lenta y nítida de clérigo leyendo la Escrituradonde el deseo de destrucción se sobrepone a cualquier otro deseo. En el individuo este deseo es en última instancia un deseo de destrucción en el sí mismo»...,

Se detuvo un momento y levantó los ojos del papel

-Espero que siga adelante con la destrucción de sí mismo -dijo la voz rápida del ruso.

Halliday lanzó una risita y echó la cabeza hacia atrás, vagamente.

-No hay mucho que destruir en él -dijo Minette-. Está ya tan delgado que se verá

obligado a empezar por una birria.

-¡Oh, qué hermoso es! ¡Me encanta leerle! ¡Creo que me ha curado el hipo! -chilló Halliday-. Déjame continuar. «Es un deseo del proceso reductor en uno mismo, una reducción hacia el origen, un retorno siguiendo el Flujo de Corrupción hasta las condiciones rudimentarias originales del ser... » Oh, pero pienso realmente que es maravilloso. Casi supera la Biblia...

-Sí..., Flujo de Corrupción -dijo el ruso-, recuerdo esa frase.

-Oh, siempre estaba hablando sobre Corrupción -dijo Minette-. Debe estar corrompido para tenerlo siempre en la cabeza.

-¡Exactamente! -dijo el ruso.

-¡Dejadle continuar! ¡Oh, es una pieza literaria perfectamente maravillosa! Escuchad: «Y en el gran retroceso, en el reducirse del cuerpo creado de vida obtenemos conocimiento, y más allá del conocimiento, el éxtasis fosforescente de la sensación aguda.» Pienso realmente que esas frases son demasiado absurdamente maravillosas. ¿No os lo parecen? Son casi tan buenas como las de Jesús. «Y si, Julius, deseas ese éxtasis de reducción con Minette, debes continuar hasta que se vea cumplido. Pero hay también con certeza en ti, en alguna parte, el deseo vivo de una creación positiva, de relaciones definitivamente fieles, donde ese proceso de corrupción activa, con todas sus flores de barro, se vea trascendido y más o menos terminado.... Me pregunto realmente qué son flores de barro. Minette, eres eres una flor de barro.

-Gracias. Y tú, ¿qué eres?

-¡Oh, seguro que yo soy otra, según la carta! Todos somos flores de barro... Fleurs..., ¡hic!, ¡du mal! Es per fectamente maravilloso el pavoroso Infierno de Birkin..., que aterra al «Pompadour»..., ¡hic!...

-Continúa..., continúa -dijo Maxim-. ¿Qué viene luego? ¿Es realmente muy interesante?

-Me parece que hay que tener mucha cara para escribir así -dijo Minette.

-Sí..., sí, lo mismo creo -dijo el ruso-. Es un megalomaníaco desde luego, una forma de manía religiosa. Piensa que es el Salvador del hombre... Sigue leyendo.

-«Con certeza» -entonó Halliday-, «con certeza, la bondad y la misericordia me han seguido todos los días de mi vida...» -se interrumpió lanzando una risita; luego empezó otra vez, adoptando la entonación de un clérigo-. «Con certeza llegará a su término en nosotros este deseo de la constante separación, esta pasión por el desparramamiento de todo..., reduciéndonos a partes..., reaccionando en intimidad sólo para la destrucción..., usando el sexo como gran agente reductor, reduciendo los dos grandes elementos de masculino y femenino desde su unidad altamente compleja..., reduciendo las viejas ideas, volviendo a los salvajes para nuestras sensaciones..., siempre intentando perdernos en alguna sensación negra definitiva, sin mente e infinita... ardiendo sólo en fuegos destructivos, alineándonos en la esperanza de ser abrasados radicalmente...»

-Quiero irme -dijo Gudrun a Gerald mientras señalaba al camarero.

Sus ojos lanzaban chispas, sus mejillas estaban arrebatadas. El extraño efecto de la carta de Birkin leída en voz alta como un perfecto canturreo clerical, claro y resonante, frase a frase, hacía que la sangre se le subiese a la cabeza como si estuviese loca.

Se levantó mientras Gerald pagaba la cuenta y caminó hasta la mesa de Halliday. Todos miraron hacia ella.

-Perdone -dijo-. La carta que está leyendo, ¿es auténtica?

-Oh, sí -dijo Halliday-. Del todo.

-¿Puedo verla?

El se la tendió sonriendo tontamente, como hipnotizado.

-Gracias -dijo ella.

Y le dio la vuelta saliendo del café con la carta, cruzando todo el cuarto brillante entre las mesas con su manera mesurada. Pasaron algunos momentos antes de que nadie comprendiese lo que estaba sucediendo.

Desde la mesa de Halliday llegaron gritos semiarticulados, luego alguien abucheó y un poco después todo el extremo lejano del lugar comenzó a abuchear la forma en retirada de Gudrun. Estaba vestida a la moda, de verde oscuro y plata, su sombrero era verde brillante como el brillo de un insecto, pero el borde del ala era de un color verde oscuro suave que terminaba en plata; su abrigo era verde oscuro, lustroso, con un cuello alto de piel gris y grandes puños de piel; el borde de su vestido dejaba ver terciopelo plata y negro; sus medias y zapatos eran gris plata. Se movía con una indiferencia lenta y elegante hacia la puerta. El portero abrió respetuosamente y, a un gesto suyo, corrió hasta el borde de la acera y silbó pidiendo un taxi. Las dos luces de un vehículo giraron casi inmediatamente hacia ella como dos ojos.

Gerald la había seguido, asombrado, entre todos los abucheos, sin captar el motivo. Oyó la voz de Minette diciendo:

-Ve y quítasela. ¡Jamás vi cosa igual! Ve y quítasela. Díselo a Gerald Crich..., por allí va..., haz que te la entregue.

Gudrun estaba de pie ante la puerta del taxi, que el portero le mantenía abierta.

-¿Al hotel? -preguntó ella cuando Gerald salía apresuradamente.

-Donde quieras -repuso él.

-¡Perfecto! -dijo ella-. Al Wagstaff, en la calle Barton -dijo al taxista.

El taxista inclinó la cabeza y bajó la bandera.

Gudrun entró en el taxi con el movimiento deliberadamente frío de una mujer que está bien vestida y tiene el alma despectiva. Sin embargo, estaba aterida por sentimientos agotadores. Gerald la seguía.

-Te has olvidado del portero -dijo ella tranquilamente, con un leve movimiento del sombrero.

Gerald le dio un chelín. El hombre saludó. Estaban en marcha.

-¿Qué fue todo ese escándalo? -preguntó Gerald vivamente asombrado.

-Me fui con la carta de Birkin -repuso ella, y él á vio el papel aplastado en su mano.

Sus ojos brillaron de satisfacción.

-¡Ah! -dijo-. ¡Espléndido! ¡Menuda pandilla de es-; túpidos!

-¡Podría haberles matado! -exclamó ella con pasión-. ¡Perros!, ¡son perros! ¿Cómo es Rupert tan tonto y como para escribirles cartas semejantes? ¿Por qué se abre a semejante canalla? Es una cosa que no puede soportarse.

Gerald se sorprendió ante su extraña pasión.

Y ella no pudo permanecer más en Londres. Tuvieron que partir en el tren de la mañana desde Charing Cross. Mientras pasaban por encima del puente, ya en el tren, captando destellos del río entre las grandes traviesas de hierro, ella exclamó:

-Siento que nunca podré ver otra vez esta sucia ciudad..., no podría soportar

volver a ella.

29. CONTINENTAL

Las últimas semanas antes de partir, Ursula fue presa de un desasosiego irreal. No era ella..., no era nada. Era algo que iba a ser... pronto..., muy pronto. Pero hasta entonces ella era sólo iminente.

Fue a visitar a sus padres. Resultó un encuentro un tanto envarado, triste, más semejante a la verificación de una separación que a una reunión. Pero todos estuvieron vagos e indefinidos unos con otros, envarados en el destino que les separaba.

Ella no entró en sí misma hasta encontrarse en el barco que cruzaba de Dover a Ostende. Había bajado oscuramente a Londres con Birkin; Londres había sido una vaguedad, como el viaje en tren hasta Dover. Era todo como si estuviese dormida.

Y ahora, al fin, desde la popa del barco en una noche negra como el azabache y ventosa, sintiendo el movimiento del mar y contemplando las luces pequeñas y más bien desoladas que parpadeaban en las orillas de Inglaterra como en las orillas de ninguna parte, viéndolas hacerse más y más pequeñas en la oscuridad profunda y viva, sintió que el alma comenzaba a despertar de su sueño anestésico.

-¿Te parece bien que vayamos a proa? -dijo Birkin.

Deseaba estar en la punta de su proyección. Se marcharon mirando las débiles chispas que brillaban desde la nada, en la remota distancia llamada Inglaterra, y volvieron los rostros hacia la insondable noche de delante.

Fueron derechos a la proa de la nave, que cabeceaba suavemente. En la oscuridad completa Birkin encontró un lugar relativamente abrigado donde se enroscaba una gran soga. Estaban muy cerca de la punta misma del barco, cerca del espacio negro y sin horadar de enfrente. Allí se sentaron, plegados juntos y rodeados por la misma manta, acercándose más y más el uno al otro hasta que parecieron fundirse en una sola sustancia. Hacía mucho frío y la oscuridad era palpable.

Alguien de la tripulación del barco se aproximaba desde la cubierta, oscuro como la oscuridad, no realmente visible. Ellos vieron entonces una debilísima palidez en su rostro. El notó su presencia y se detuvo, vacilante; luego se inclinó hacia adelante. Cuando su cara estaba cerca de ellos vio la débil palidez que emanaban. Entonces se retiró como un fantasma. Y ellos le contemplaron sin hacer ruido alguno.

Parecieron hundirse en la oscuridad profunda. No había cielo ni tierra, sólo una oscuridad intacta donde parecían caer con un movimiento suave y durmiente, como una semilla cerrada de vida cayendo a través del espacio oscuro, insondable.

Habían olvidado dónde estaban, todo lo que era y había sido, conscientes sólo en su corazón, y allí, conscientes sólo de esa trayectoria pura atravesando la abrumadora oscuridad. La proa del barco se hundió con un débil ruido de rasgar la noche completa, sin saber, sin mirar, sólo subiendo y bajando al ritmo de las olas.

En Ursula, la sensación del mundo irrealizado que había delante triunfó sobre todo. En medio de esa profunda oscuridad parecía brillar en su corazón el fulgor de un

paraíso desconocido e irrealizado. Su corazón estaba lleno de la luz más maravillosa, luz como miel de oscuridad, dulce como la tibieza del día; una luz que no se derramaba sobre el mundo, sino sólo sobre el paraíso desconocido hacia el que estaba yendo, una dulzura de morada, un deleite de vivir desconocido pero infaliblemente suyo. En su intensa emoción levantó el rostro súbitamente hacia él y lo tocó con sus labios. Tan frío, tan fresco, tan claro era su rostro que fue como besar una flor que crece cerca de los rompientes.

Pero él no conocía el éxtasis de júbilo en el conocimiento anticipado que ella conocía. Para él la maravilla de ese tránsito era abrumadora. Estaba cayendo a través de un abismo de oscuridad infinita, como un meteorito hundiéndose en la grieta entre los mundos. El mundo estaba rasgado en dos, y él buceaba como una estrella sin encender por la inefable hendidura. Lo que estaba más allá no era aún para él. Estaba vencido por la trayectoria.

Se mantuvo en trance, rodeando por todas partes a Ursula. Su rostro estaba apoyado contra el pelo fino y frágil de ella, respiraba su fragancia con el mar y la noche profunda. Y su alma estaba en paz, rendida, mientras caía en lo desconocido. Era la primera vez que entraba en su corazón una paz radical y absoluta, en ese tránsito definitivo fuera de la vida.

Hubo entonces cierto movimiento en cubierta que les sacudió. Se levantaron. ¡Qué tiesos y agarrotados estaban tras la noche! Y, sin embargo, el destello paradisíaco en el corazón de ella y la indescriptible paz de oscuridad en el de él eran todo.

Se levantaron y miraron hacia adelante. En la oscuridad se divisaban luces bajas. Era el mundo otra vez. No era el júbilo del corazón de ella ni la paz en el de él. Era el mundo superficial e irreal de los hechos. Pero no del todo el viejo mundo. Porque la paz y el júbilo de sus corazones eran duraderos.

Extraño y desolado sobre todas las cosas, como desembarcar de la laguna Estigia sobre el mundo subterráneo, fue esa llegada nocturna. Allí estaba la amplitud húmeda, iluminada a medias y cubierta del lugar oscuro, cubierto por listones y hueco por debajo, rodeado de desolación por todas partes. Ursula había captado en la oscuridad las letras grandes, pálidas y místicas de OSTENDE. Todos se apresuraban con una decisión ciega y como de insecto por el aire gris oscuro, los mozos gritaban con su inglés de pacotilla y luego trotaban con pesados equipajes, presentando sus blusines un aspecto fantasmagórico según desaparecían; Ursula estaba de pie ante una barrera larga y baja recubierta de cinc junto con centenares de otras gentes espectrales, y llenando la vasta oscuridad húmeda se veía esa franja baja de maletas abiertas y gentes espectrales,
mientras al otro lado de la barrera oficiales pálidos con gorras de pico y bigotes revolvían la ropa interior en las maletas para luego garabatear sobre ellas un signo con tiza.

Se hizo. Birkin cogió los bultos de mano, salieron con el mozo siguiéndoles. Cruzaron unas grandes puertas y se vieron de nuevo en la noche abierta... ¡Ah, una plataforma de ferrocarril! Las voces seguían sonando estridentes, con agitación inhumana a través del aire gris oscuro, corrían espectros por la oscuridad entre trenes.

«KöIn... Berlín...», vio Ursula los tableros del tren alto situado en un lado.

-Henos aquí -dijo Birkin.

Y ella vio los tableros de su lado: «Elsass..., Lothringen..., Luxembourg..., Metz..., Basle.»

-¡Basle, eso es!

El mozo llegó.

-A Bâle... deuxiéme classe?... Voilá!

Y se subió al alto tren. Le siguieron. Algunos de los compartimientos estaban ya tomados. Pero muchos estaban vacíos y en tinieblas. Colocaron el equipaje, dieron una propina al mozo.

-Nous avons encore...? -dijo Birkin mirando al mozo y a su reloj.

-Encore une demi-heure.

Con lo cual, en su blusa azul, desapareció. Era feo e insolente.

-Ven -dijo Birkin-. Hace frío. Comamos.

Había un coche-cafetería en la plataforma. Tomaron café caliente y aguado, comiendo grandes panecillos con jamón que casi dislocaron la mandíbula de Ursula de tan anchos como eran, y caminaron junto a los grandes trenes. Era todo tan extraño, tan extremadamente desolado, como el mundo subterráneo, gris, gris, gris de suciedad, desolado, gastado, ninguna parte... gris y monótona ninguna parte.

Al fin acabaron moviéndose a través de la noche. Ursula percibía los contornos de las llanuras lisas en la oscuridad, la oscuridad húmeda, lisa y monótona del Continente. Se detuvieron sorprendentemente pronto... ¡Brujas! Luego siguieron por la chata oscuridad, con destellos de granjas dormidas, álamos delgados y caminos desiertos. Se sentaba desfallecida, de la mano con Birkin. El, pálido, inmóvil como un revenant, miraba a veces por la ventana y otras cerraba los ojos. Luego volvía a abrirlos, oscuros como la oscuridad exterior.

El destello de unas pocas luces en la oscuridad..., ¡la estación de Gante! Unos pocos espectros más moviéndose sobre la plataforma..., luego la campana..., luego otra vez movimiento a través de la nivelada oscuridad. Ursula vio a un hombre con una linterna salir de una granja junto al ferrocarril y cruzar hacia las construcciones oscuras de la granja. Pensó en el Marsh, en su vieja e íntima vida granjera en Cossethay. ¡Dios mío, qué lejos se había proyectado desde la infancia y cuánto le quedaba aún por recorrer! En una vida se recorrían eones. El gran abismo de memoria desde su infancia en los alrededores rurales e íntimos de Cossethay y la granja Marsh...; recordó al criado Tilly, que solía darle pan y mantequilla rociada con azúcar moreno en el viejo cuarto de estar donde el reloj del abuelo tenía dos rosas en una cesta pintada sobre los números de la esfera..., y ahora que estaba viajando hacia lo desconocido con Birkin, un total extraño..., era un abismo tan grande que le parecía no tener identidad, que la niña que había sido, jugando en el cementerio de Cossethay, era una pequeña criatura de la historia, no realmente ella misma.

Estaban en Bruselas. Media hora para desayunar. Se bajaron. El gran reloj de la estación marcaba las seis. Tomaron café con bollos y miel en el vasto comedor, tan insulso, siempre tan insulso, sucio, tan espacioso, con tal desolación de espacio. Pero se lavó el rostro y las manos con agua caliente y se peinó; eso fue una bendición.

Pronto estaban en el tren, moviéndose. Comenzó la gran grisura del alba. Había diversas personas en el compartimiento, grandes y floridos hombres de negocios belgas con largas barbas marrones, hablando incesantemente en un francés feo que se sentía demasiado fatigada para seguir.

Parecía que el tren huyese gradualmente de la oscuridad hacia una luz débil y luego, golpe a golpe, hacia el día. ¡Ah, qué monótono era! Los árboles se mostraban débilmente, como sombras. Luego una casa blanca se presentó con curiosa nitidez.

¿Cómo era? Luego vio un pueblo..., siempre había casas cruzando por la ventanilla.

Estaba atravesando un mundo viejo todavía, denso de invierno y monótono. Había tierra de labranza y pastos, árboles y arbustos talados, granjas desnudas y sin cultivar. No había aparecido tierra nueva.

Miró el rostro de Birkin. Estaba blanco, quieto y eterno, demasiado eterno. Entrelazó implorantemente sus dedos con los suyos bajo la manta. Sus dedos respondieron, sus ojos miraron hacia ella. ¡Qué oscuros eran sus ojos, como una noche, como otro mundo situado más allá! ¡Oh, si él fuese el mundo también, si sólo fuese el mundo él! ¡Si simplemente pudiese llamar él a la existencia a un mundo, que sería el de ambos!

Los belgas se bajaron, el tren continuó, atravesando Luxemburgo, Alsacia-Lorena, Metz. Pero ella estaba ciega, era incapaz de ver más. Su alma no miraba hacia fuera.

Acabaron llegando a Basle, al hotel. Fue todo un trance a la deriva, del que nunca se despertaría. Salieron a la mañana antes de que el tren partiese. Vio la calle, el río, se acercó al puente. Pero no significaba nada. Recordaba algunas tiendas, una llena de cuadros, una con terciopelo naranja y armiño. Pero ¿qué significaban? Nada.

No estuvo a sus anchas hasta que volvieron al tren. Entonces se sintió aliviada. Estaba satisfecha con tal de que siguieran moviéndose hacia adelante. No pasó mucho antes de que llegaran a Zurich y corriesen bajo montañas con nieve profunda. Se estaban acercando al fin. Ese era el otro mundo ahora.

Innsbruck estaba maravilloso, profundo de nieve y de noche. Montaron en un trineo abierto sobre la nieve; el tren había sido demasiado caliente y sofocante. Y el hotel, con su luz dorada brillante bajo el porche, parecía un hogar.

Rieron con placer cuando estuvieron en el vestíbulo. El lugar parecía lleno y activo.

-¿Sabe si han llegado el señor y la señora Crich..., ingleses..., desde París? -preguntó Birkin en alemán.

El portero reflexionó un momento, y se disponía a contestar cuando Ursula vio a Gudrun bajando lentamente la escalera con su abrigo oscuro brillante de piel gris.

-¡Gudrun! ¡Gudrun! -llamó, saludando desde el fondo de la escalera.

Gudrun miró sobre el pasamanos y perdió al instante su aire lento y tímido. Sus ojos lanzaron destellos.

-¡Vaya..., Ursula! -exclamó.

Y empezó a bajar los peldaños mientras Ursula los subía corriendo. Se encontraron en un rellano y se besaron con risas y exclamaciones inarticuladas, intensas.

-¡Pero! -exclamó Gudrun mortificada-. ¡Pensábamos que llegabais mañana! Yo quería ir a la estación.

-¡Pues no, llegamos hoy! -exclamó Ursula-. ¡Es un sitio encantador!

-¡Adorable! -dijo Gudrun-. Gerald se acaba de ir a buscar algo. Ursula, ¿no te sientes pavorosamente cansada?

-No, no tanto. Pero seguro que parezco sucia, ¿verdad?

-No, no tanto. Tienes un aspecto de lozanía casi perfecta. ¡Me gusta inmensamente ese gorro de piel!

Miró sobre Ursula, que llevaba un gran abrigo suave con cuello de piel profunda, suave y rubia y un gorro de piel suave del mismo color.

-¡Y tú! -exclamó Ursula-. ¿Qué aspecto crees que tienes?

Gudrun adoptó un rostro despreocupado, inexpresivo.

-¿Te gusta? -dijo.

-¡Es magnífico! -dijo Ursula, quizá con un toque de sátira.

-Subid... o bajad -dijo Birkin.

Porque las hermanas se habían quedado cogidas del brazo en la escalera, obstruyendo el paso y proporcionando un completo pasatiempo al conjunto de personas que había en el vestíbulo, desde el portero hasta el rechoncho judío con ropa oscura.

Las dos jóvenes subieron lentamente, seguidas por Birkin y el botones.

-¿Primer piso? -preguntó Gudrun mirando sobre el hombro.

-Segundo, madame..., ¡el ascensor! -repuso el botones.

Y se lanzó al ascensor para anticiparse a las dos mujeres. Pero ellas le ignoraron como si, charlando sin prisa, se dispusiesen a subir andando hasta el segundo piso. El botones las siguió, algo contrariado.

Fue curioso el placer que proporcionó a las hermanas ese encuentro. Era como si se hubiesen encontrado en e! exilio y uniesen sus fuerzas solitarias contra todo e! mundo. Birkin lo observó con cierta desconfianza y asombro.

Cuando se hubieron bañado y cambiado entró Gerald. Parecía brillar como el sol sobre la escarcha.

-Vete con Gerald a fumar -dijo Ursula a Birkin-. Gudrun y yo queremos hablar.

Las hermanas se sentaron entonces en el dormitorio de Gudrun y hablaron de ropas y experiencias. Gudrun contó a Ursula la experiencia de la carta de Birkin en el café. Ursula quedó conmovida y asustada.

-¿Dónde está la carta? -preguntó.

-Me la quedé -dijo Gudrun.

-Me la darás, ¿verdad? -dijo ella.

Pero Gudrun quedó silenciosa algunos momentos antes de contestar:

-¿La quieres realmente, Ursula?

-Quiero leerla -dijo Ursula.

-Desde luego -dijo Gudrun.

Incluso entonces no podía admitirle a Ursula que deseaba conservar la carta como un recuerdo o símbolo. Pero Ursula lo sabía y no le gustó. Por eso cambiaron de tema.

-¿Qué hicisteis en París? -preguntó Ursula.

-Oh -dijo lacónicamente Gudrun-, las cosas habituales. Tuvimos una fiesta estupenda una noche en el estudio de Fanny Bath.

-¿De veras? ¡Y tú y Gerald estabais allí! ¿Quién más? Cuéntame.

-Bueno -dijo Gudrun-. No hubo nada especial que contar. Ya sabes que Fany está pavorosamente enamorada de su pintor, Billy Macfarlane. El estaba allí, de modo que Fanny no ahorró nada, gastó muy libremente. ¡Fue realmente notable! Por supuesto, todos se embriagaron espantosamente..., aunque de un modo interesante, no como esa repugnante muchedumbre londinense. El hecho es que todos eran personas que importan, lo cual marca toda la diferencia. Había un rumano, un tipo estupendo. Se emborrachó completamente, se encaramó a la punta de. una escalera del estudio y lanzó el más maravilloso de los discursos. ¡Estuvo realmente admirable, Ursula! Empezó en francés:

-La vie c'est une affaire d'âmes impériales- con la máshermosa de las voces..., y por cierto era un tipo de muy buen parecido..., pero antes de terminar se metió en rumano

y ni un alma le entendió. Pero Donald Gilchrist se vio llevado a un frenesí. Estampó su vaso contra el suelo y declaró por Dios que estaba contento de haber nacido, que era un milagro estar vivo. Y la verdad, Ursula, es que así era... -rió más bien huecamente Gudrun.

-Pero ¿cómo estaba Gerald entre todos ellos?

-¡Gerald! ¡Te aseguro que brotó como un diente de león al sol! Es todo un saturnal cuando se excita. No me gustaría decir qué cintura no rodeó su brazo. Realmente, Ursula, parece cosechar mujeres como una trilladora. No había una que pudiese habérsele resistido. ¡Era demasiado asombroso! ¿Puedes entenderlo?

Ursula reflexionó, y una luz danzarina apareció en sus ojos.

-Sí -dijo-. Puedo. Es un terrible acaparador.

-¡Acaparador! ¡Lo creo! -exclamó Gudrun-. Pero es cierto, Ursula, todas las mujeres del cuarto estaban prestas a rendírsele. Chanticleer no está en ello..., ¡incluso Fanny Bath, que está auténticamente enamorada de Billy Macfarlane! ¡Jamás algo me había asombrado tanto en la vida! Y, sabes, luego... sentí que yo era todo un cuarto lleno de mujeres. Para él no era más yo que la reina Victoria. Yo era todo un cuarto lleno de mujeres simultáneamente. ¡Fue de lo más asombroso! Pero te aseguro que habría cogido a un sultán entonces...

Los ojos de Gudrun lanzaban destellos, sus mejillas estaban calientes, tenía un aspecto extraño, exótico, satírico. Ursula quedó fascinada al instante, aunque incómoda.

Tuvieron que prepararse para la cena. Gudrun bajó con un vestido de seda verde intenso con hilos de oro, un cinturón de terciopelo verde y una extraña cinta blanca y negra rodeándole el pelo. Estaba realmente brillantemente bella y todos la miraban. Gerald se encontraba en ese estado resplandeciente y saludable que mejor le sentaba. Birkin les observó con ojos rápidos, sonrientes, medio siniestros; Ursula casi perdió la cabeza. Parecía haber un hechizo, un hechizo casi cegador, lanzado alrededor de su mesa, como si estuviesen iluminados más intensamente que el resto del comedor.

-¿No os encanta estar en este sitio? -exclamó Gudrun-. ¿Verdad que la nieve es maravillosa? ¿Os dais cuenta de cómo exalta todo? Es sencillamente maravillosa. Una se siente realmente übermenschlich, sobrehumana.

-Así es -exclamó Ursula-. Pero ¿no será eso en parte porque estamos lejos de Inglaterra?

-Oh por por supuesto -exclamó Gudrun-. Nunca podríamos sentirnos así en Inglatera, por la simple razón de que allí el regulador de tiro nunca se abre. Es imposible dejarse ir en Inglaterra, estoy segura.

Y volvió de nuevo a la comida que estaba tomando. Estaba agitada por una viva intensidad.

-Es bastante cierto -dijo Gerald-, nunca es del todo igual en Inglaterra. Pero quizá no queremos que lo sea, quizás es como acercar demasiado la luz al polvorín dejarse ir completamente en Inglaterra. Uno teme lo que podría suceder si todos los demás se dejasen ir.

-¡Dios mío! -exclamó Gudrun-. Pero ¿no sería maravilloso que toda Inglaterra se dispersase de repente como un despliegue de fuegos artificiales?

-No podría -dijo Ursula-. Los ingleses están demasiados húmedos, tienen la pólvora mojada.

-No estoy seguro de eso -dijo Gerald.

-Ni yo -dijo Birkin-. Cuando el inglés comience realmente a soltarse, en masse, será el momento de taparte las orejas y correr.

-Nunca lo harán -dijo Ursula.

-Veremos -repuso él.

-Es maravilloso -dijo Gudrun- lo gratificante que puede ser estar fuera del propio país. No me lo puedo creer, me emociono intensamente tan pronto como pongo el pie en una orilla extranjera. Me digo: «Aquí da sus primeros pasos en la vida una criatura..

-No seas demasiado dura con la pobre y vieja Inglaterra erijo Gerald-. Aunque la maldigamos, la amamos realmente.

A Ursula le pareció captar un fondo de cinismo en esas palabras.

-Puede ser -dijo Birkin-. Pero es un amor condenadamente incómodo: como el amor por un padre anciano que padece horriblemente un complejo de enfermedades sin salvación.

Gudrun le miró con ojos oscuros dilatados.

-¿Crees que no hay salvación? -preguntó con su manera precisa.

Pero Birkin se echó atrás. No quería contestar esa pregunta.

-¿Que si hay alguna esperanza de que Inglaterra se haga real? Dios sabe. Hoy es una gran irrealidad, un agregado de irrealidad. Podría ser real si no hubiese ingleses.

-¿Piensas que los ingleses tendrán que desaparecer? -persistió Gudrun.

Era extraño su marcado interés por esa respuesta. Pudiera ser que estuviese preguntándose por su propio destino. Sus ojos oscuros y dilatados permanecieron sobre Birkin como si ella pudiese conjurar la verdad del futuro extrayéndola de él como de algún instrumento adivinatorio.

Birkin estaba pálido. Luego, con desgana, repuso:

-Bueno..., ¿qué otra cosa tienen por delante sino la desaparición? Tienen que desaparecer de -su propia marca especial de anglicidad, en cualquier caso.

Gudrun le contempló como en estado hipnótico, con los ojos abiertos de par en par y fijos sobre él.

-Pero ¿en qué sentido dices «desaparecer»? -insistió.

-Sí, ¿quieres decir un cambio en el corazón? -añadió Gerald.

-No quiero decir nada en ningún sentido, ¿por qué
habría de quererlo? --dijo Birkin-. Soy un inglés y he pagado el precio de ello. No puedo hablar de Inglaterra..., sólo puedo hablar de mí mismo.

-Sí -dijo Gudrun lentamente-, amas a Inglaterra inmensamente, inmensamente, Rupert.

-Y la abandono -repuso él.

-No para siempre. Volverás -dijo Gerald, moviendo sabiamente la cabeza con signo de asentimiento.

-Dicen que los. piojos se arrastran lejos de un cuerpo moribundo -dijo Birkin con un fogonazo de amargura-. Así que dejo Inglaterra.

-Ah, pero volverás -dijo Gudrun con una sonrisa irónica.

-Tant pis pour moi -replicó él.

-¿Verdad que está enfadado con su patria? -rió Gerald, divertido.

-¡Ah, un patriota! -dijo Gudrun con algo de burla.

Birkin se negó a seguir contestando.

Gudrun le contempló unos pocos segundos. Su hechizo de adivinación con él

había terminado. Ella se sentía ya puramente cínica. Miró a Gerald. Era para ella maravilloso como un trozo de rádium. Notaba que podía consumirse y saber todo mediante ese metal vivo y letal. Se sonrió ante su fantasía. ¿Y qué haría consigo misma cuando se hubiese destruido? Porque si el espíritu, el ser total, es destructivo, la Materia es indestructible.

El tenía un aspecto luminoso y abstraído, desconcertado en aquel momento. Ella extendió su bello brazo envuelto en tul verde y tocó su barbilla con dedos sutiles, de artista.

-¿Cuáles son entonces? -preguntó con una extraña sonrisa conocedora.

-¿Qué? -repuso él, abriéndosele de repente los ojos por el asombro.

-Tus pensamientos.

Gerald parecía un hombre que estuviera despertando.

-Creo que no tenía ninguno -dijo.

-¡Vaya! -dijo ella con una risa grave en la voz.

Y para Birkin fue como si hubiese matado a Gerald
con ese toque.

-Ah -exclamó Gudrun-, a pesar de todo, bebamos por Britannia..., brindemos por Britannia.

Parecía haber una. desesperación salvaje en su voz. Gerald rió y llenó los vasos.

-Me parece que Rupert quiere decir -intervinoque nacionalmente todos los ingleses han de morir a fin de poder existir individualmente y...

-Supranacionalmente... -medió Gudrun, con una leve mueca irónica, alzando su copa.

Al día siguiente bajaron a la minúscula estación de ferrocarril de Hohenhausen, situada al final del minúsculo ferrocarril del valle. Había nieve por doquier, una cuna blanca y perfecta de nieve nueva y helada, alzándose a ambos lados peñascos negros y laderas plateadas apuntando hacia los cielos azul pálido.

Cuando se bajaron en la plataforma desnuda, rodeados de nieve por todas partes, Gudrun se encogió como si el corazón se le hubiese aterido.

-Dios mío, Jerry -dijo volviéndose hacia Gerald con súbita intimidad-, ahora los has hecho.

-¿Qué?

Ella hizo un leve ,gesto indicando el mundo a ambos lados.

-¡Míralo!

Ella parecía temer continuar. El rió.

Estaban en el corazón de las montañas. Desde lo alto, a cada lado, se extendía el pliegue blanco de nieve haciendo que las personas pareciesen pequeñas y minúsculas en un valle de puro cielo concreto, todo extrañamente radiante, inmutable y silencioso.

-Le hace a una sentirse tan pequeña y sola -dijo Ursula volviéndose hacia Birkin y poniendo la mano sobre su brazo.

-No te arrepientes de haber venido, ¿verdad? -dijo Gerald a Gudrun.

Ella pareció dubitativa. Salieron de la estación entre taludes de nieve.

-Ah -dijo Gerald oliendo el aire extasiado-, esto es perfecto. Allí tenemos el trineo. Caminaremos un poco..., subiremos por el camino.

Gudrun, siempre dubitativa, puso su pesado abrigo en el trineo, como él hizo con el suyo, y se pusieron en marcha. De repente ella lanzó la cabeza hacia arriba y salió

disparada por el camino de nieve, bajándose el gorro hasta las orejas. Su traje azul brillante chasqueó al viento, sus espesas medias escarlatas destacaban sobre la blancura. Gerald la contemplaba: parecía correr hacia su destino, dejándole atrás. Dejó que cobrase cierta ventaja y luego, soltando los miembros, fue tras ella.

Por doquier había nieve profunda y silenciosa. Grandes capas aplastaban los tejados anchos de las casas tirolesas, hundidas hasta los alféizares en nieve. Campesinas de faldas llenas, con un chal cruzado y gruesas botas de nieve, se giraban para mirar a la muchacha suave y decidida, corriendo con una rapidez tan grave del hombre que se le aproximaba, pero sin obtener poder alguno sobre ella.

Cruzaron por delante de la posada con sus batientes pintados de blanco y su balconada, unos pocos chalets medio enterrados en la nieve; luego, la silenciosa serrería enterrada en nieve, junto al puente techado que trasponía el torrente escondido, y al cruzarlo entraron en la profundidad misma de las sábanas intactas de nieve. Había un silencio y una blancura absoluta que era regocijante hasta la demencia. Pero el silencio perfecto era terrible, aislaba el alma, rodeaba el corazón de aire helado.

-Es un lugar maravilloso, desde luego -dijo Gudrun mirándole a los ojos de modo extraño, significativo.

El alma de él saltó.

-Estupendo -dijo.

Una feroz energía eléctrica pareció fluir por todos sus miembros, sus músculos estaban sobrecargados, sus manos se sintieron duras de fuerza. Caminaron rápidamente subiendo el camino nevado que se marcaba con ramas de árboles clavadas a intervalos. El y ella se sentían entes separados, polos opuestos de una energía feroz. Pero se notaban lo bastante fuertes como para saltar sobre los confines de la vida hasta los lugares prohibidos y retornar.

Birkin y Ursula corrían también sobre la nieve. El había dispuesto del equipaje y llevaban cierta ventaja a los trineos. Ursula estaba excitada y feliz, pero no dejaba de volverse de repente a agarrar el brazo de Birkin, para estar segura de él.

-Esto es algo que jamás habría esperado -dijo-. Es un mundo diferente.

Llegaron a una llanura de nieve. Allí les alcanzó el trineo, que rompía con sus campanillas el silencio. Hicieron otra milla antes de alcanzar a Gudrun y Gerald en la empinada ladera, junto al altar rosa medio enterrado.

Luego cruzaron una garganta donde había muros de roca negra y un río lleno de nieve con un inmóvil cielo azul en lo alto. Cruzaron el puente techado retumbando ásperamente sobre los listones de madera, caminando a buen paso los caballos, restallando el conductor su largo látigo mientras caminaba a un lado y gritando su ¡ju-ju! extrañamente salvaje, pasando lentamente los muros de piedra hasta que emergieron de nuevo entre laderas y masas de nieve. Subieron y subieron gradualmente, cruzando el frío resplandor ensombrecido de la tarde, silenciados por la inminencia de las montañas, las laderas luminosas y cegadoras de nieve que se alzaban sobre ellos y descendían hasta más abajo.

Llegaron luego al fin a un pequeño plató de nieve donde los últimos picos nevados se alzaban como los pétalos interiores de una rosa abierta. En medio de los últimos valles desiertos del cielo se levantaba un edificio solitario con paredes de madera marrón y un techo blanco cargado de nieve, profundo y desierto en el derroche de nieve, como un sueño. Se mantenía como una roca que hubiese rodado desde las últimas lateras

empinadas, una roca que hubiese adoptado la forma de una casa, ahora medio enterrada. Era increíble que fuese posible vivir allí sin ser aplastado por ese terrible despilfarro de nieve y frío silencioso, claro, superior.

Pero los trineos continuaban subiendo con buen estilo, algunas gentes aparecieron en la puerta riendo y excitadas, el suelo del albergue sonaba a hueco, el pasillo estaba mojado de nieve, era un interior real, cálido.

Los recién llegados subieron a trompicones las desnudas escaleras de madera, siguiente a la doncella. Gudrun y Gerald cogieron el primer dormitorio. En un momento se encontraron solos en un cuarto vacío, tirando a pequeño y perfectamente cerrado, hecho todo de madera color oro, suelo, paredes, techo, puerta, todo de los mismos paneles de pino aceitado con color de oro cálido. Había una ventana frente a la puerta, pero baja porque el techo era inclinado. Bajo la inclinación del techo estaba la mesa con la palangana y la jarra, y al otro lado, una mesa con un espejo. A cada lado de la puerta había camas cargadas con un edredón azul verdaderamente gigantesco.

Eso era todo. Ningún armario, ninguna de las comodidades de la vida. Aquí estaban encerrados juntos, en esa celda de madera dorada con dos camas cubiertas de azul. Se miraron el uno al otro y rieron, asustados por esa cercanía desnuda del aislamiento.

Un hombre llamó y entró con el equipaje. Era un tipo rubicundo de pómulos achatados, más bien pálido y con un áspero bigote rubio. Gudrun le miró mientras depositaba las maletas en silencio y cuando salió pesadamente.

-¿Te parece demasiado tosco? -preguntó Gerald.

-El dormitorio no estaba muy caliente y ella se sintió recorrida por un escalofrío.

-Es maravilloso -mintió ella-. Mira el color de esa madera..., es maravilloso, como estar dentro de una nuez.

El estaba de pie mirándole, tocándose el bigote ralo, inclinándose hacia atrás levemente y contemplándola con sus ojos agudos y audaces, dominado por la pasión constante que era sobre él una condena.

Ella se sentó delante de la ventana, curiosa.

-¡Oh, pero esto ...1 -exclamó involuntariamente, casi herida.

Delante había un valle cerrado bajo el cielo, las últimas e inmensas laderas de nieve y rocas negras y, al final, como el ombligo de la Tierra, un muro recubierto de blanco y dos picos resplandecientes bajo la luz tardía. Justo delante se extendía la cuna de nieve silenciosa entre las grandes laderas sombreadas por una pequeña aspereza de pinos, semejantes a pelos alrededor de la base. Pero la cuna de nieve corría hacia el eterno cerrarse, donde los muros de nieve y roca se alzaban impenetrables, inmediatos al cielo los picos de las montañas. Este era el centro, el nudo, el ombligo del mundo, donde la tierra pertenecía a los cielos, pura inabordable, infranqueable.

La visión llenó a Gudrun de una emoción intensísima y extraña. Se agazapó ante la ventana, aferrándose la cara con las manos como en una especie de trance. Había llegado al fin, había alcanzado su lugar. Allí, al fin, plegaba su ventura y se establecía como un cristal en el ombligo de nieve, desapareciendo.

Gerald se inclinó sobre ella y miraba desde su hombro. El sintió ya entonces que estaba solo. Ella se había ido. Se había ido completamente, y había un vapor gélico alrededor del corazón de él. Vio el valle cerrado, el gran callejón sin salida de nieve y picos montañosos bajo el cielo. Y no había salida. El terrible y frío silencio, la

deslumbrante blancura del crepúsculo le envolvieron mientras ella permanecía agazapada ante la ventana como ante un altar, una sombra.

-¿Te gusta? -preguntó él con una voz que sonaba desapegada y extranjera.

Ella podía cuando menos reconocer que estaba con él. Pero ella se limitó a desviar el rostro suave y mudo de su mirada. Y él sabía que había lágrimas en sus ojos, sus propias lágrimas, lágrimas de su extraña religión que le reducían a él a nada.

De modo algo repentino puso la mano bajo la barbilla de ella y levantó su rostro hacia él. Los ojos azul oscuro de ella, en su humedad de lágrimas, se dilataron como si estuviera atónita en su alma misma. Le miraron a través de las lágrimas con terror y un pequeño horror. Los ojos azul claro de él eran agudos, de pupila pequeña y no naturales en su visión. Los labios de ella se abrieron al respirar con dificultad.

La pasión surgió en él, golpe a golpe, como el tañido de una campana de bronce, tan fuertes, intactos e indomables. Sus rodillas se endurecieron como bronce mientras se mantenía inclinado sobre el rostro suave de ella, cuyos labios se entreabrían y cuyos ojos se dilataban en una extraña violación. En la presa de su mano la barbilla era indescriptiblemente suave y sedosa. Se sintió fuerte como el invierno, sus manos eran metal viviente, invencible, que no se dejaría apartar. Su corazón tañía como una campana que repicase en su interior.

La tomó en sus brazos. Estaba suave e inerte, inmóvil. Todo el tiempo sus ojos, donde las lágrimas no se habían secado aún, estaban dilatados como en una especie de desfallecimiento de fascinación e inermidad. El era absolutamente fuerte e intacto, como investido de fuerza sobrenatural.

Se la acercó en el aire, haciendo que ella se plegase a su alrededor. Su suavidad, su peso inerte y relajado yacía contra sus miembros sobrecargados y como de bronce en una gravedad de deseo que le destruiría de no saciarse. Ella se movió convulsivamente, retrocediendo. El corazón de él se incendió como una llama de hielo, se cerró sobre ella como acero. La destruiría antes que ser rechazado.

Pero el poder abrumador de él era demasiado para ella. Se relajó de nuevo y quedó suelta y suave, gimiendo en un pequeño delirio. Y para él fue tan dulce, tal éxtasis de abandono, que habría sufrido toda una eternidad de tortura antes de perder un solo segundo de ese espasmo de júbilo insuperable.

-¡Dios mío! -le dijo él con el rostro retraído y extraño, transfigurado-, ¿y luego qué?

Ella yacía perfectamente quieta, con un rostro inmóvil y como infantil, mirándole. Estaba perdida, derrumbada.

-Te amaré siempre -dijo él mirándola.

Pero ella no escuchó. La miraba como a algo que jamás, jamás comprendería, como , mira un niño a un adulto, sin esperanza de comprender, sólo sometiéndose.

El la besó, besó sus ojos cerrados para que ella no pudiese mirar más. Ahora deseaba algo, un reconocimiento, algún signo, alguna admisión. Pero ella sólo yacía silenciosa, infantil y remota, como un niño que se ve sobrepasado y no puede entender y sólo se siente perdido. El la besó de nuevo, desistiendo.

-¿Te parece que bajemos a tomar café y Kuchen? -preguntó él.

El crepúsculo caía azul pizarra en la ventana. Ella cerró los ojos, cerró el nivel monótono del asombro muerto, y los abrió .de nuevo al mundo cotidiano.

-Sí -dijo tan sólo, recobrando su voluntad con un clic.

Fue de nuevo hacia la ventana. Había caído una noche azul sobre la cuna de nieve y las grandes laderas pálidas. Pero en el cielo los picos nevados eran rosáceos, brillaban como espigas radiantes, trascendentes y florecidas en el celestial mundo superior, tan encantador y distante.

Gudrun vio todo su encanto, sabía lo inmortalmente hermosos que eran, grandes pistilos de fuego rosa alimentado de nieve en el ocaso azul del cielo. Podía verlo, lo sabía, pero no pertenecía a eso. Estaba divorciada, proscrita, era un alma cerrada.

Con una última mirada de remordimiento se apartó y empezó a arreglarse el pelo. El había abierto el equipaje y esperaba mirándola. Ella sabía que él estaba mirándola. Eso hizo que se pusiese algo apresurada y febril en su precipitación.

Fueron escaleras abajo, ambos con un extraño aspecto de otro mundo en sus rostros y con un resplandor en los ojos. Vieron a Ursula y Birkin sentados en un rincón de la larga mesa, esperándoles.

«Qué bien y qué sencillos parecen juntos», pensó Gudrun con celos. Envidiaba su espontaneidad, una suficiencia infantil a la que ella sería siempre incapaz de aproximarse. Le parecían unos niños.

-¡Buenísimos Kranzkuchen! -exclamó ávidamente Ursula-, ¡Buenísimos!

-Muy bien -dijo Gudrun-. ¿Podemos tomar Kaffee mit Kranzkuchen? -añadió dirigiéndose al camarero.

Y se sentó en el banco junto a Gerald. Birkin, al mirarles, sintió un aguijón de ternura hacia ellos.

-Creo que el lugar es realmente maravilloso, Gerald -dijo-; prachtvoll y wunderbar y wunderschö y unbeschreiblich y todos los otros adjetivos alemanes.

Gerald se sonrió levemente.

-A mí me gusta -dijo.

Las mesas de madera blanca cepillada estaban situadas alrededor de tres lados del cuarto, como en una Gasthaus. Birkin y Ursula se sentaban con la espalda
apoyada contra la pared de madera aceitada, y Gerald y Gudrun se sentaban en el rincón próximo a ellos, cerca de la estufa. Era un lugar considerablemente amplio con un pequeño bar, justo como una fonda rural, pero bastante sencillo y desnudo, y todo de madera aceitada, techo, paredes y suelo, siendo los únicos muebles las mesas y bancos que rodeaban tres lados, mientras en el otro estaban la gran estufa verde, el bar y las puertas. Las ventanas eran dobles y sin cortinas. Estaba empezando la noche.

El café llegó -caliente y bueno- con todo un anillo de pastel.

-¡Un Kuchen entero! -exclamó Ursula-. ¡Os dan más que a nosotros! Quiero algo del vuestro.

Había otra gente en el lugar, diez en total, según descubrió Birkin: dos artistas; tres estudiantes, un hombre y su esposa y un profesor con dos hijas; alemanes todos ellos. Los cuatro ingleses, siendo recién llegados, se sentaron en su atalaya para observar. Los germanos miraban por la puerta, decían algo al camarero y desaparecían otra vez. No era hora de cenar y por eso no aparecían en el comedor; se quitaban las botas y pasaban a la Reunionsaal.

Los visitantes ingleses podían oír las notas ocasionales de una cítara, el sonido de un piano, ráfagas de risa, gritos y cantos, una débil vibración de voces. Como todo el edificio era de madera parecía transportar los sonidos, pero en vez de incrementar cada ruido específico lo amortiguaba, con lo cual el sonido de la cítara parecía minúsculo,

como si en alguna parte estuviese sonando una cítara minúscula, y parecía que el piano debía ser pequeño, como una pequeña espineta.

El anfitrión llegó cuando terminaron el café. Era un tirolés ancho, de pómulos más bien achatados, de piel pálida y con huellas de viruela y bigotes florecientes.

-¿Les gustaría ir a la Reunionsaal para ser presentados a las otras damas y caballeros? -preguntó inclinándose hacia adelante y sonriendo mientras mostraba sus dientes grandes y fuertes.

Sus ojos azules fueron rápidamente de uno a otro..., no estaba seguro del suelo que pisaba con esa gente inglesa. También le molestaba no hablar su lengua, y no estaba seguro de si debía intentar o no su francés.

-¿Vamos a la Reunionsaal para que nos presenten a los demás? -repitió Gerald, riendo.

Hubo una vacilación momentánea.

-Supongo que sería mejor..., mejor romper el hielo -dijo Birkin.

Las mujeres se levantaron, algo ruborizadas. Y la figura negra, ancha de espaldas y como de escarabajo del Wirt abrió ignominiosamente camino hacia el ruido.
Cuando llegó a la huerta hizo entrar a los cuatro extranjeros.

Un silencio cayó al instante en el cuarto, el grupo se sintió invadido por una leve timidez. Los recién llegados tenían la sensación de ser mirados por muchos rostros rubios. Entonces el anfitrión hizo una inclinación de saludo a un hombre bajo de aspecto enérgico con grandes bigotes, diciendo en voz baja:

-Herr Professor, darf ich vorstellen...

El Herr Professor fue rápido y enérgico. Se inclinó mucho al saludar a los ingleses, sonriendo, y se convirtió al instante en un camarada.

-Nehmen die Herrschaften teil an unserer Unterhaltung? -dijo con una vigorosa suavidad, enroscando su voz en la pregunta.

Los cuatro ingleses sonrieron, moviéndose con un atento desasosiego en mitad de! cuarto. Gerald, que era el portavoz, dijo que con gusto tomaría parte en la diversión. Gudrun y Ursula, riendo, excitadas, notaron sobre ellas los ojos de todos los hombres, levantaron las cabezas y miraron hacia ninguna parte, sintiéndose imperiales.

El profesor anunció los nombres de los presentes, sans ceremonie. Hubo saludos a las personas equivocadas y a las no equivocadas. Todos estaban allí, salvo el hombre con su esposa. Las dos hijas del profesor, altas, de piel blanca y atléticas, saludaron inclinándose y retrocedieron con sus blusas sencillas color azul oscuro, sus faldas de loden, sus cuellos más bien largos y fuertes, sus transparentes ojos azules, el pelo cuidadosamente recogido por una cinta y sus rubores; los tres estudiantes se inclinaron mucho, con la humilde esperanza de dar la impresión de tener una educación extremadamente buena; había también un hombre menudo de pie! oscura y ojos llenos, una criatura rara semejante a un niño y a un troll escandinavo, rápido, desapegado; saludó inclinándose levemente; su compañero, un hombre grande y rubio, vestido con estilo, se sonrojó hasta los ojos y se inclinó mucho.

Terminó.

-Herr Loerke nos estaba haciendo un recitado en el dialecto de Colonia -dijo el profesor.

-Debe disculparnos por interrumpirle -dijo Gerald-, nos gustaría mucho escucharlo.

Hubo al instante una inclinación y un ofrecimiento de asientos. Gudrun y Ursula, Gerald y Birkin se sentaron en los mullidos sofás situados contra la pared. El cuarto tenía paneles de madera aceitada, como todos los demás. Había un piano, sofás, sillas y un par de mesas con libros y revistas. En su completa falta de decoración, excluyendo la gran estufa azul, era acogedor y agradable.

Herr Loerke era el hombrecillo con figura de muchacho y cabeza redonda, llena, de aspecto sensible, y los ojos rápidos, llenos como los de un ratón. Miró velozmente uno a uno a los extranjeros y se mantuvo distante.

-Siga con el recitado, por favor -dijo suavemente el profesor, con su leve autoridad.

Loerke, que estaba sentado algo encorvado en el taburete del piano, parpadeó y no contestó.

-Sería un gran placer -dijo Ursula, que llevaba algunos minutos preparando la frase en alemán.

Entonces, de repente, el hombrecillo renuente giró hacia su público previo y rompió a hablar exactamente como había roto a hablar antes, con una voz controlada y burlona, imitando una bronca entre una anciana de Colonia y un guarda de ferrocarril.

Su cuerpo era leve y poco formado, como el de un muchacho, pero su voz era madura, irónica; su movimiento tenía la flexibilidad de la energía esencial y de un entendimiento burlonamente penetrante. Gudrun no lograba entender una palabra de su monólogo, pero estaba hechizada contemplándole. Debía ser un artista, ninguna otra persona podía tener ese fino ajuste y singularidad. Los alemanes se partían de risa escuchando sus extrañas palabras, sus curiosas frases en dialecto. Y en mitad de sus paroxismos miraban con deferencia a los cuatro ingleses, los elegidos. Gudrun y Ursula se vieron forzadas a reír. El cuarto resonaba con gritos de risa. Los ojos azules de las hijas del profesor nadaban entre lágrimas de risa, sus mejillas blancas tenían color rojo oscuro de regocijo; su padre estalló en los más escandalosos alaridos de hilaridad; los estudiantes doblaban la cabeza hasta las rodillas en un exceso de júbilo. Ursula miraba alrededor atónita, la risa estaba burbujeando involuntariamente en su interior y pugnando por salir. Miró a Gudrun, Gudrun la miró y las dos hermanas estallaron en carcajadas, arrastradas. Loerke las miró rápidamente con sus ojos llenos. Birkin estaba sonriendo involuntariamente. Gerald se sentaba erecto, con un aspecto resplandeciente de diversión en el rostro. Y la risa retumbó de nuevo en salvajes paroxismos; las hijas del profesor se veían reducidas a una estremecida indefensión; las venas del profesor estaban hinchadas, su rostro tenía un color púrpura, estaba estrangulado por espasmos definitivos y silenciosos de risa. Los estudiantes gritaban palabras semipronunciadas que terminaban en explosiones irresistibles. Entonces el parloteo rápido del artista cesó de repente, hubo pequeños reductos de hilaridad recurrente; Ursula y Gudrun se estaban secando los. ojos, y el profesor gritaba en voz alta:

-Das war ausgezeichnet, das war (amos...

-Wirklicht (amos -repitieron como un eco sus exhaustas hijas, débilmente.

-Y nosotras no pudimos entenderlo -exclamó Ursula.

-Oh leider, leider -exclamó el profesor.

-¿No pudieron entenderlo? -exclamaron los estudiantes, soltándose por fin a hablar con los recién llegados-. Ja, das ist Wirklicht schade, das ist schade, gnädige Frau, Wissen Sie...

Se hizo la mezcla, los recién llegados se unieron a la fiesta como nuevos ingredientes; toda la habitación estaba viva. Gerald se encontraba en su elemento, hablaba libre y excitadamente, su rostro brillaba con una extraña diversión. Quizá incluso Birkin acabaría irrumpiendo. Se encontraba tímido y retraído, aunque lleno de atención. Convencieron a Ursula de que cantase «Annie Lowrie», como el profesor la llamaba. Hubo un chisst de extremada deferencia. Ella nunca se había sentido tan halagada en su vida. Gudrun la acompañó al piano, tocando de memoria.

Ursula poseía una voz hermosa y potente, pero como habitualmente carecía de confianza lo estropeaba todo. Esa noche se sentía vanidosa y sin trabas. Birkin andaba por el fondo; ella brillaba casi en reacción, los alemanes hacían que se sintiese bien e infalible, se encontraba liberada en una altiva autoconfianza. Se sentía como un pájaro volando en el aire mientras su voz se derramaba, disfrutando extremadamente con el equilibrio y el vuelo de la canción, como el movimiento de las alas de un pájaro que se encuentra bien arriba en el viento, deslizándose y jugando con el aire. Cantó con sentimiento apoyada en vivísima atención. Se encontraba muy feliz cantando, llena de una vanidad de emoción y poder, actuando sobre todas esas gentes y sobre ella misma, esforzándose con recompensa, proporcionando una recompensa inconmensurable a los alemanes.

Cuando terminó, todos los alemanes estaban tocados por una melancolía admirativa, deliciosa; la alabaron con voces suaves y reverentes, incapaces de exagerar.

-Wie schön, wie rührend! Ach, die Schottischen Lieder, sie haben so viel Stimmung! Aber die gnädige Fraul hat eine wunderbare Stimme; die gnädige Frau ist wirklich cine Künstlerin, aber wirklich!

Ella estaba dilatada y brillante, como una flor bajo el sol de la mañana. Notaba que Birkin estaba mirándola como algo celoso de ella, y sus senos fueron recorridos por la emoción, sus venas eran todas de oro. Se encontraba tan feliz como el sol que acaba de abrirse entre nubes. Todos parecían tan admirativos y radiantes, era perfecto.

Después de la cena quiso irse un minuto, para mirar al mundo. El grupo intentó disuadirla..., hacía un frío tan terrible. Pero ella dijo que se limitaría a mirar.

Los cuatro se abrigaron bien y se descubrieron en un paisaje vago e insustancial de nieve oscura, con fantasmas de un mundo superior creando sombras extrañas ante las estrellas. Hacía efectivamente frío, un frío que azotaba, asustador y no natural. Ursula no podía creer el aire que le entraba por la nariz. Parecía consciente, malévolo, intencional, en su intensa frialdad asesina.

Pero era maravilloso al mismo tiempo, era una inoxicación, un silencio de nieve oscura y sin realizar, del contacto invisible entre ella y lo visible, entre ella y las centelleantes estrellas. Pudo ver a Orión ascendiendo. Era maravillosa, lo bastante maravillosa como para hacer que uno gritase sonoramente.

Y todo alrededor se extendía esa cuna de nieve, nieve prieta que helaba las suelas de las botas. Era noche y silencio. Ella imaginó que podía oír las estrellas. Se imaginó nítidamente escuchando el celeste movimiento musical de las estrellas, bastante próximo. Ella parecía un pájaro volando entre su movimiento armonioso.

Y se pegó a Birkin. De repente se dio cuenta de que no sabía, en qué estaría él pensando. No sabía dónde estaría él.

-¡Amor mío! -dijo deteniéndose para mirarle.

El rostro de él estaba pálido, sus ojos oscuros, había una débil chispa de luz

estelar sobre ellos. Y vio el rostro de ella suave y vuelto hacia él, muy próximo. La besó suavemente.

-¿Qué hay? -preguntó.

-¿Me amas? -preguntó ella.

-Demasiado -repuso tranquilamente él.

Ella se acercó aún más.

-No demasiado -suplicó.

-Demasiado con mucho -dijo él casi tristemente.

-¿Y te pone triste que yo sea todo para ti? -preguntó ella afligidamente.

El la mantuvo cerca, besándola, y diciendo pon voz apenas audible:

-No, pero me siento como un mendigo..., me siento pobre.

Ella quedó silenciosa, mirando ahora las estrellas. Luego le besó.

-No seas un mendigo -suplicó afligidamente-. No es ignominioso que me ames.

-Pero es ignominioso sentirse pobre, ¿verdad? -repuso él.

-¿Por qué? ¿Por qué habría de serlo? -preguntó ella.

El se mantenía quieto en el aire terriblemente frío que se movía invisible sobre las cumbres de la montaña, abrazándola.

-No podría soportar este lugar frío y eterno sin ti -dijo él-. No podría soportarlo, mataría la médula de mi vida.

Ella le besó de nuevo, súbitamente.

-¿Lo odias? -preguntó sorprendida, asombrada.

-Si no pudiese acercarme a ti, si no estuvieses aquí, lo odiaría. No podría soportarlo -respondió él.

-Pero la gente es agradable -dijo ella.

-Quiero decir la fijeza, la eternidad fría, helada -dijo él.

Ella se sorprendió. Luego su espíritu volvió a su hogar con él, anidando inconscientemente en él.

-Sí, es bueno que estemos calientes y juntos -dijo ella.

Y volvieron hacia el albergue. Vieron las luces doradas del hotel centelleando en la noche de silencio nevado, diminutas en el vacío, como un enjambre de bayas amarillas. Parecían un manojo de centellas solares, minúsculas y naranjas en mitad de la oscuridad nívea. Detrás estaba la alta sombra de un pico, apuntando hacia las estrellas como un fantasma.

Se acercaron a su ¡asa. Vieron a un hombre salir del edificio oscuro, con una linterna que cabeceaba con luz amarilla y rodeaba con un halo de nieve sus pies oscuros. Era una figura pequeña y oscura en la nieve oscurecida. Corrió el pasador de la puerta de un cobertizo. Un olor a vacas ¡aliente, animal, apareció en el aire intensamente frío. Hubo el destello de dos reses en sus pesebres oscuros y luego la puerta se cerró de nuevo, sin dejar ningún resquicio de luz. Ursula se acordó nuevamente de su ¡asa, de Marsh, de su infancia y del viaje a Bruselas y, extrañamente, de Anton Skrebensky.

¡Oh, Dios mío, ¿podía uno soportar ese pasado que se había hundido en el abismo? ¡Podría ella soportar que alguna vez hubiese existido siquiera! Miró alrededor de ese mundo silencioso y elevado de nieves, estrellas y poderoso frío. Allí había otro mundo, como visiones provenientes de una linterna mágica; Marsh, Cossethay, Ilkeston, se encendieron con una luz común, irreal. Había una Ursula sombríamente irreal, todo un juego de sombras de una vida irreal. Era tan irreal y limitada como el espectáculo de una

linterna mágica. Ella deseaba que todas las diapositivas pudiesen romperse. Deseaba que pudiera desaparecer para siempre, como una diapositiva rota. Deseaba no tener pasado. Deseaba haber venido de las laderas del cielo a ese lugar con Birkin, no haber luchado por salir de su lóbrega infancia y crianza lentamente, toda manchada. Sentía que el recuerdo era un truco sucio que se le imponía. ¿Qué era ese decreto en cuya virtud ella debía «recordar»? ¿Por qué no un baño de puro olvido, un nuevo nacimiento sin recuerdo alguno ni la servidumbre de una vida pasada? Ella estaba con Birkin, acababa de brotar a la ida allí, en la nieve alta, contra las estrellas. ¿Qué tenía ella que ver con padres y antecedentes? Se sabía nueva y sin estirpe, no tenía padre ni madre ni conexiones anteriores, era ella misma, pura y plateada, sólo pertenecía a la unidad con Birkin, una unidad que tocaba notas más profundas, resonando en el corazón del universo, el corazón de la realidad donde ella nunca había existido antes.

Incluso Gudrun era una unidad separada, separada, separada, sin nada que ver con este sí mismo, estaba Ursula, en su nuevo mundo de realidad. Ese viejo mundo-sombra, la actualidad del pasado..., ¡ah, que desaparezca! Ella se alzó libre sobre las alas de su nuevo estado.

Gudrun y Gerald no habían regresado. Paseaban por el valle caminando rectos según salían de la ¡asa, no como Ursula y Birkin, que habían subido a la pequeña colina de la derecha. Gudrun era arrastrada por un extraño deseo. Deseaba hundirse y hundirse en la nieve hasta llegar al fin del valle. Luego deseaba trepar el muro de resolución blanca, escalar los picos que brotaban como pétalos agudos en el corazón de lo helado, misterioso ombligo del mundo. Percibía que allí, sobre e! muro extrañamente ciego y terrible de nieve rocosa, en el ombligo de! mundo místico, rodeada por el enjambre definitivo de picos, estaba su consumación. Si sólo lograse llegar allí, sola, y penetrar en el ombligo cóncavo de nieve eterna y picos inmortales de nieve y roca, se haría una con todo, sería ella misma el silencio eterno e infinito, el centro durmiente, intempora! y helado del Todo.

Volvieron a la casa, a la Reunionsaal. Tenía curiosidad por ver qué estaba sucediendo. Los hombres de allí hacían que se sintiese alerta, despertaban su curiosidad. Era algo nuevo, todos los hombres tan postrados ante ella, aunque tan llenos de vida.

La fiesta era estruendosa; estaban bailando todos juntos, danzando e! Schuhplatteln, la danza tirolesa de palmas, lanzado por e! aire a! compañero en e! momento de la crisis. Los alemanes eran expertos, provenían casi todos de Munich. Gerald era también bastante pasable. Había tres cítaras resonando en un rincón. Era un cuadro de gran animación y confusión. El profesor estaba iniciando a Ursula en el baile, golpeando el suelo con e! pie, dando palmas y lanzándola hacia arriba con sorprendente fuerza y entusiasmo. Cuando llegó la crisis hasta Birkin se estaba comportando varonilmente con una de las lozanas y fuertes hijas del profesor, que se encontraba extremadamente feliz. Todos bailaban, había el más tumultuoso de los alborotos.

Gudrun miró encantada. El sólido suelo de madera resonaba con los tacones de los hombres, el aire se estremecía con las palmadas y la música de cítaras, había un polvo dorado rodeando las lámparas colgantes.

De repente, la danza terminó; Loerke y los estudiantes corrieron a traer bebidas. Hubo un clamor excitado de voces, un tintinear de vasos y jarras, grandes gritos de ¡Prosit! ¡Prosit! Loerke estaba en todas partes al mismo tiempo, como un gnomo, ofreciendo bebidas a las mujeres, haciendo un chiste oscuro y levemente arriesgado con

los hombres, confundiendo y tomando el pelo al camarero.

Deseaba mucho bailar con Gudrun. Desde el primer momento deseaba establecer una conexión con ella. Ella lo notó instintivamente y esperó que él llegase. Era una especie de hosquedad lo que le mantenía apartado de ella, por lo cual Gudrun pensó que no le gustaba.

-¿Querrá usted Schuhplatteln, Gnädige, Frau? -dijo el joven gran y rubio, compañero de Loerke.

Era demasiado suave, demasiado modesto para el gusto de Gudrun. Pero deseaba bailar, y el joven rubio llamado Leitner era bastante apuesto a su manera incómoda y levemente abyecta, la humildad le tapaba cierto miedo. Le aceptó como compañero.

Las cítaras resonaron de nuevo, el baile empezó. Gerald les conducía, riendo, con una de las hijas del profesor. Ursula bailaba con uno de los estudiantes; Birkin, con la otra hija del profesor; el profesor, con Frau Kramer, y el resto de los hombres bailaban juntos, con entusiasmo no inferior al que mostrarían si hubiesen tenido compañeras femeninas.

Como Gudrun había bailado con el joven suave y bien hecho, su compañero Loerke estaba más irritable y exasperado que nunca y ni siquiera se dignaba percibir la existencia de Gudrun en el cuarto. Esto la picó, pero volvió a sí misma bailando con el profesor, que era fuerte como un toro maduro y lleno de energía áspera. Ella no podía soportarle con sentido crítico, pero disfrutó de verse arrastrada durante la danza y lanzada por el aire por su ímpetu áspero y poderoso. El profe- sor disfrutó también, le lanzó una mirada con grandes ojos extraños y azules, llenos de fuego galvánico. Le odiaba por el maduro y semipaternal animalismo con el que él la contemplaba, pero admiraba la talla de su fuerza.

El cuarto estaba cargado de excitación y de emoción fuerte, animal. Loerke se veía mantenido lejos de Gudrun, con quien deseaba hablar, como por un seto de zarzas y sentía un odio burlón y despiadado hacia su joven compañero de amor, Leitner, que era su indigente subordinado. Se burlaba el joven ridiculizándole acremente, cosa que hizo a Leitner sonrojarse con resentimiento impotente..

Gerald, que para entonces dominaba perfectamente la danza, estaba bailando de nuevo con la más joven de las hijas del profesor, que agonizaba casi de excitación virginal por considerar a Gerald tan apuesto, tan soberbio. El la tenía en su poder como si fuese un pájaro palpitante, una criatura temblorosa, arrebatada, aturdida.

Y eso le hacía sonreír mientras ella se hundía convulsivamente entre sus manos, violentamente, cada vez que él debía lanzarla al aire. Al final estaba tan abrumada de rendido amor hacia él que apenas podía hablar sensatamente siquiera.

Birkin estaba bailando con Ursula. En sus ojos había raros fuegos pequeños; parecía haberse convertido en algo malicioso y sinuoso, burlón, sugestivo, casi imposible. Ursula estaba asustada de él y fascinada. Ante sus ojos, nítida como en una visión, podía ver la burla irónica y licenciosa en los ojos de él. Birkin se movía hacia ella con una aproximación sutil, animal, indiferente. La extrañeza de sus manos, que llegaban rápidas y astutas, inevitablemente, al lugar vital bajo sus senos levantándola con impulso burlón, intencionado, la transportaban por el aire como sin fuerza, mediante magia negra, haciéndola: desfallecer de temor. Se rebeló durante un momento, era horrible. Quería romper el hechizo. Pero antes de que se formase su decisión se había sometido de nuevo, rendida a su miedo. El sabía todo el tiempo lo que estaba haciendo; ella podía verlo en

sus ojos sonrientes, concentrados. Era su responsabilidad, ella se la dejaba a él.

Cuando quedaron solos en la oscuridad, ella sintió la extraña licenciosidad de él cerniéndose. Se sentía turbada y repelida. No entendía por qué debía cambiar él de ese modo.

-¿Qué hay? -preguntó aterrada.

Pero el rostro de él se limitó a brillar desconocido, horrible. Y, sin embargo, ella estaba fascinada. Su impulso era repelerle violentamente, arrancarse de ese hechizo de brutalidad burlona. Pero estaba demasiado fascinada, deseaba someterse, deseaba saber. ¿Qué le haría él?

El era tan atractivo y repulsivo al mismo tiempo. El gesto intencionadamente irónico que ondulaba sobre su rostro y miraba desde sus ojos entornados hacía que Ursula desease esconderse, esconderse lejos de él y contemplarle desde algún lugar invisible.

-¿Por qué eres así? -preguntó ella de nuevo, alzándose contra él con fuerza y animosidad súbitas.

Los fuegos aleteantes de los ojos de él se concentraron cuando miró los suyos. Luego los párpados bajaron con un leve movimiento de desprecio satírico. Luego se alzaron de nuevo con la misma milicia sin remordimiento. Y ella cedió, él podía hacer lo que quisiera. Su licenciosidad era repulsivamente atractiva. Pero él era el único responsable, ella vería de qué se trataba.

Podían hacer lo que quisieran..., esto lo comprendió ella cuando se fue a dormir. ¿Cómo podía excluir alguna cosa que proporcionase al otro satisfacción? ¿Qué era degradante? ¿A quién le importaba? Las cosas degradantes eran reales, con una realidad diferente. Y él estaba tan desbocado y sin recato. ¿No era más bien horrible que un hombre capaz de ser tan espiritual y lleno de alma fuese ahora tan, tan... -retrocedió ante sus propios pensamientos y recuerdos, luego añadiótan bestial? ¡Tan bestiales ellos dos!..., ¡tan degradados! Se estremeció. Pero, después de todo, ¿por qué no? Le gustaba también exaltadamente. ¿Por qué no ser bestial y recorrer toda la experiencia? Se gozaba en ello. Era bestial. ¡Qué bueno era ser realmente vergonzoso! No habría cosa vergonzosa que no hubiese experimentado. Y, sin embargo, ella no tenía recato, era ella misma, ¿por qué no? Era libre al saber todo, y ninguna cosa oscura y vergonzosa se le negó.

Gudrun, que había estado contemplando a Gerald en la Reunionsaal, pensó de repente:

«El debería tener todas las mujeres que pueda..., es su naturaleza. Es absurdo llamarle monógamo..., él es naturalmente promiscuo. Esa es su naturaleza.»

Ese pensamiento llegó involuntariamente; La escandalizó de algún modo. Era como si hubiese visto algún nuevo ¡Mene! ¡llene! sobre el muro. Sin embargo, era sencillamente cierto. Una voz pareció hablarle con tanta claridad que por un momento creyó en la inspiración.

«Es realmente cierto», se dijo de nuevo.

Sabía bastante bien que lo habían creído siempre. Lo sabía intrínsecamente. Pero debía mantenerlo oscuro..., casi ante sí misma. Debía mantenerlo completamente secreto. Era un conocimiento para ella sola que apenas podía admitirse.

Se formó en ella la resolución profunda de combatirle. Uno de ellos debía triunfar sobre el otro. ¿Cuál habría de ser? Su alma se endureció como el acero de fuerza. Casi rió dentro de sí ante su confianza. Despertó cierta lástima aguda y medio despectiva, cierta

ternura hacia él: ella era tan despiadada.

Todos se retiraron pronto. El profesor y Loerke fueron a un pequeño cuarto a beber. Ambos contemplaron a Gudrun subir por el rellano de la escalera con pasamanos.

-Ein schönes Frauenzimmer -dijo el profesor.

-Ja! -asintió brevemente Loerke.

Gerald caminaba con sus pasos extraños y largos, como de lobo, desde la cama hasta la ventana; se inclinó, miró hacia afuera, se incorporó de nuevo y se volvió hacia Gudrun, agudos sus ojos con una sonrisa abstracta. Parecía muy alto, ella vio el destello en sus cejas blanquecinas que se unían en el entrecejo.

-¿Qué te parece? -preguntó él.

El parecía reír por dentro, inconscientemente. Ella le miró. El era un fenómeno para ella, no un ser humano: una especie de niño codicioso.

-Me gusta mucho -repuso ella.

-¿Quién te gusta más de los del piso de abajo? -preguntó él permaneciendo de pie, alto y reluciente sobre ella, con su pelo tieso y reluciente.

-¿Qué quién me gusta más? -repitió ella, deseando responder a su pregunta y encontrando difícil concentrarse-. Bueno, pues no lo sé, no los conozco bastante todavía para poder decir. ¿Quién te gusta a ti más?

-Oh, me da igual..., ni me gustan ni me disgustan. A mí no me importan. Deseaba saberlo de ti.

-Pero ¿por qué? -preguntó palideciendo.

La sonrisa abstracta e inconsciente de los ojos de él se intensificó.

-Deseaba saber -dijo él.

Ella se apartó, rompiendo el hechizo. De algún modo extraño notaba que él estaba obteniendo poder sobre ella.

-Bueno, no podría decirlo todavía -dijo.

Fue al espejo a quitarse las horquillas del pelo. Quedaba delante del espejo todas las noches algunos minutos, cepillándose el bello pelo oscuro. Era parte del ritual inevitable de su vida.

El la siguió y quedó detrás de ella. Ella tenía la cabeza inclinada, se sacaba las horquillas y abría su cálido pelo. Cuando miró hacia arriba le vio en el cristal detrás de ella, mirando inconscientemente, sin verla conscientemente, pero contemplando con ojos de pupila minúscula que parecían sonreír y no sonreían realmente.

Gudrun se sobresaltó. Necesitó todo su coraje para continuar cepillándose el pelo como de costumbre, para fingir que estaba cómoda. Estaba muy lejos de sentirse cómoda con él. Buscó ávidamente algo que decirle.

-¿Cuáles son tus planes para mañana? -preguntó con despreocupación mientras su corazón latía tan furiosamente, sus ojos brillaban tanto de extraña nerviosidad que le parecía imposible no delatarse. Pero ella sabía también que él estaba completamente ciego, ciego como un lobo mirándola. Era una extraña batalla entre la conciencia ordinaria de ella y la conciencia misteriosa y de arte negro de él.

-No sé -repuso él-. ¿Qué querrías tú hacer?

Hablaba vacuamente, su mente estaba hundida lejos.

-Oh -dijo ella con fácil solemnidad-, estoy dispuesta a cualquier cosa..., lo que sea estará bien para mí, estoy segura.

Y se estaba diciendo a sí misma: «Dios, por qué estaré tan nerviosa..., por qué

estarás tan nerviosa, tonta. Si él lo ve, estoy lista para siempre..., sabes que estás lista para siempre si él ve tu absurdo estado.»

Y ella se sonrió para sí como si todo fuese un juego de niños. Mientras tanto su corazón estaba zozobrando, se sentía casi desfallecer. Podía verle en el espejo mientras permanecía allí detrás de ella, alto e imponente..., rubio y terriblemente asustado. Ella miró su reflejo con ojos furtivos, deseando dar cualquier cosa para evitar que él supiese que ella podía verle. El no sabía que ella podía ver su reflejo. Estaba mirando inconscientemente, centelleantemente, hacia la cabeza de ella con el pelo cayendo suelto mientras lo cepillaba con mano salvaje, nerviosa. Ella mantenía la cabeza inclinada cepillando y cepillando locamente su pelo. Era vital no darse la vuelta y hacerle frente. Era vital que no lo hiciera. Y saberlo hacia que casi se hundiese hasta el suelo en un desmayo, indefensa, gastada. Era consciente de la figura asustadora e imponente de él situada muy cerca detrás de ella, era consciente de su pecho duro, fuerte, indómito, próximo por la espalda. Y sentía que no podría soportarlo más, que en unos pocos minutos caería a sus pies, arrastrándose a sus pies suplicante, dejándole destruirla.

El pensamiento espoleó toda su inteligencia aguda y su presencia de ánimo. No osaba darse la vuelta, y él permanecía allí inmóvil, intacto. Haciendo acopio de toda su fuerza ella dijo con una voz llena, resonante, despreocupada, que extraía de todo cuanto le quedaba de autocontrol:

-Oh, ¿te importaría mirar en mi bolso y darme mi...?

Aquí su poder cayó inerte. «¿Mi qué?..., ¿mi qué...?», gritó ella en silencio para sí.

Pero él había dado ya un brinco, sorprendido y atónito de que ella le pidiese mirar en su bolso, que siempre mantenía tan privado. Ella se volvió entonces, con el rostro blanco y los ojos oscuros lanzando destellos de excitación misteriosa, exhausta. Le vio inclinándose sobre el bolso, desatando la cinta, distraído.

-¿Tu qué? -preguntó.

-Oh, una pequeña caja de esmalte... amarilla... con el dibujo de un cormorán picándose el pecho...

Fue hacia él bajando su hermoso brazo desnudo y hábilmente dio la vuelta a alguna de sus cosas descubriendo la caja, que estaba exquisitamente pintada.

-Es esto, mira -dijo retirándolo de los ojos de él.

Y él estaba perplejo ahora. Le quedó atar el bolso mientras ella se recogía rápidamente el pelo para la noche y se sentaba a desabrocharse los zapatos. Ella no le dio la espalda más.

El estaba atónito, frustrado, pero inconsciente. Ella tenía ahora sobre él la mano con el látigo. Sabía que él no se había dado cuenta de su terrible pánico. Su corazón seguía pulsando pesadamente aún. ¡Estúpida, estúpida era por caer en semejante estado! Cuánto agradecía a Dios la obtusa ceguera de Gerald. Gracias a Dios que no podía ver nada.

Se sentó a desabrocharse lentamente los zapatos, y él empezó también a desvestirse. Gracias a Dios que esa crisis estaba superada. Ella sentía casi afecto hacia él ahora, se sentía casi enamorada de él.

-¡Ah, Gerald! -rió acariciadora, tentadoramente-. Vaya jueguecito el que te trajiste con la hija del profesor, ¿verdad?

-¿Qué juego? -preguntó él mirando alrededor.

-¡Vaya si no está enamorada de ti! ¡Oh, querido, vaya si no está ella enamorada de

ti! -dijo Gudrun con su ánimo más jovial y atractivo.

-No lo pensaría yo así -dijo él.

-¡No lo pensarías así! -dijo ella maliciosamente-. Pues la pobre chica está tumbada en este momento abrumada, muriendo de amor por ti. Piensa que eres maravilloso..., oh, maravilloso, más allá de lo que un hombre lo haya sido nunca. Realmente, ¿no es divertido?

-¿Por qué divertido?, ¿qué es divertido? -preguntó él.

-Bueno, pues verte trabajando con ella -dijo Gudrun con un reproche a medias que confundió la vanidad viril en él-. ¡Realmente, Gerald, la pobre chica...!

-No le hice nada -dijo él.

-Oh, fue demasiado vergonzoso el modo en que sencillamente la levantaste por los aires.

-Eso era Schuhplatteln -repuso él con una sonrisa animada.

-¡Ja-ja ja! -rió Gudrun.

Su burla recorrió estremecedoramente los músculos de él con curiosas resonancias. Cuando dormía pareció acurrucarse en la cama envuelto en su propia fuerza, que, sin embargo, era hueca.

Y Gudrun durmió fuerte, un reposo victorioso. De repente estaba casi salvajemente despierta. Un pequeño cuarto de madera iluminado por el alba que ascendía desde la ventana baja. Podía ver el valle levantando la cabeza: la nieve con una magia rosada y semirrevelada, la orla de pinos en el fondo de la ladera. Y una figura minúscula se movía sobre el espacio difusamente iluminado.

Echó una ojeada a su reloj. El seguía completamente dormido. Y ella estaba tan despierta, era casi asustador..., una vigilia dura, metálica. Quedó tumbada mirándole.

El durmió en el sometimiento de su propia salud y derrota. Ella estaba sobrecogida por una sincera preocupación referida a él. Hasta entonces sentía miedo ante él. Permanecía tumbada y pensaba en él, en lo que era y representaba en el mundo. Tenía una bella e independiente voluntad. Ella pensaba en la revolución que había operado en las minas en tan poco tiempo. Sabía que si se enfrentaba a cualquier problema, a cualquier dificultad dura y efectiva, la superaría. Si se apoderaba de alguna idea, la llevaría adelante. Tenía la facultad de extraer orden de la confusión. Bastaba dejarle tomar las riendas de una situación para que él suscitase una conclusión inevitable.

Durante unos pocos momentos se sintió transportada por las alas salvajes de la ambición. Con su fuerza de voluntad y su poder para aprehender el mundo efectivo, Gerald debería ponerse a resolver los problemas del día, el problema del industrialismo en el mundo moderno. Ella sabía que, con el curso del tiempo, él efectuaría los cambios deseados, reorganizaría el sistema industrial. Ella sabía que él podía hacerlo. Era maravilloso como un instrumento en esas cosas. Jamás había visto a hombre alguno con su potencia. El no se daba cuenta, pero ella lo sabía.

El sólo necesitaba un empujón, necesitaba que su mano fuese puesta a la tarea, porque era demasiado inconsciente. Y esto lo podía hacer ella. Ella se casaría con él, él entraría en el Parlamento entre los conservadores, aclararía el gran embrollo de trabajo e industria. Era tan soberbiamente arrojado, tan magistral, sabía que todo problema podía resolverse tanto en la vida como en la geometría. Y no se preocuparía para nada de si mismo ni de ninguna otra cosa, excepto la pura solución del problema. Era realmente muy puro.

El corazón de Gudrun latió velozmente, se dejó llevar por las alas del júbilo imaginando el futuro. El sería un Napoleón de la paz o un Bismarck, y ella, la mujer detrás de él. Había leído las cartas de Bismarck y se había sentido profundamente emocionada- por ellas. Y Gerald sería más libre y más intrépido que Bismarck.

Pero incluso entonces, mientras yacía en un transporte ficticio, bañada en la extraña y falsa luz. solar de esperanza en la vida, algo parecía romperse en ella y un terrible cinismo empezó a apoderarse de ella soplando como un viento. Todo se convirtió en ironía dentro de ella. El último aroma de todo era irónico. Cuando notó su retortijón de realidad innegable fue cuando supo la dura ironía de esperanzas e ideas.

Estaba tumbada y le miraba mientras dormía. El era radicalmente hermoso, era un instrumento perfecto. Para la mente de ella era un instrumento puro, inhumano, casi sobrehumano. Su instrumentalidad la atraía fuertemente, ella deseaba ser Dios para usarle como una herramienta.

Y al mismo tiempo llegaba la pregunta irónica: «¿para qué?». Pensó en las mujeres de los mineros, con su linóleum y sus cortinas de puntilla y sus hijas con botas abotonadas. Pensó en las mujeres e hijas de los directores de pozo, en sus fiestas tenísticas y sus terribles luchas por ser superiores a los demás en la escala social. Allí estaba Shortlands con su distinción sin sentido, con la muchedumbre sin sentido de los Crich. Allí estaba Londres, la Casa de los Comunes, el mundo social existente. ¡Dios mío¡

Aunque era joven, Gudrun había pulsado toda la escala social de Inglaterra. No tenía pretensiones de ascender. Con el cinismo perfecto de la juventud cruel, sabía que elevarse en el mundo significaba tener un espectáculo externo en vez de otro, que el avance era como poseer una media corona espúrea en vez de un penique espúreo. Todas las monedas de evaluación eran espúreas. Sin embargo, naturalmente, su cinismo sabía en medida suficiente que en un mundo donde era habitual la moneda falsa un soberano malo era mejor que un penique malo. Pero despreciaba por igual a ricos y pobres.

Ya se burlaba dé ella misma por sus sueños. Podían cumplirse con bastante facilidad. Pero en su espíritu ella reconocía demasiado bien la burla de sus propios impulsos. ¿Qué le importaba a ella que Gerald hubiese creado una industria floreciente a partir de una ocupación desfasada? ¿Qué le importaba a ella? La ocupación desfasada y la industria rápida, espléndidamente organizada, eran moneda mala. Pero, por supuesto, le importaban mucho exteriormente..., y exteriormente era todo lo que importaba, pues por dentro era un mal chiste.

Todo era intrínsecamente un trozo de ironía para ella. Se inclinó sobre Gerald y dijo en su corazón, compadecida:

«Oh, mi querido, mi querido, el juego no te merece. Eres realmente algo hermoso, ¿por qué habrías de ser usado en un espectáculo tan pobre?»

Su corazón se estaba rompiendo de lástima y pesar hacia él. Y en el mismo momento llegó a su boca una mueca de ironía burlona ante sus palabras no proferidas. ¡Ah, qué farsa era! Pensó en Parnell y Katherine O'Shea. ¡Parnell! Después de todo, ¿quién podía tomar en serio la nacionalización de Irlanda? ¿Quién podía tomar en serio a la Irlanda política, hiciera lo que hiciera? ¿Y quién podía tomar en serio a la Inglaterra política? ¿Quién podía? ¿Y a quién le importaba un pito, realmente, el calafateado de la vieja y parcheada Constitución? ¿A quién le importaban un pimiento nuestras ideas nacionales, a quién le importaban más que nuestro sombrero hongo nacional? ¡Ajá, es

todo un viejo sombrero, todo un viejo sombrero hongo!

Eso es todo, Gerald, mi joven héroe. En cualquier caso, nos libraremos de la náusea de remover el viejo caldo en lo sucesivo. Eres hermoso, Gerald mío, y temerario. Hay momentos perfectos. Despierta, Gerald, despierta, convénceme de los momentos perfectos. Oh, convénceme, lo necesito.

El abrió los ojos y la miró. Ella le saludó con una sonrisa burlona, enigmática, donde había una jovialidad intensa. El reflejo de la sonrisa recorrió su rostro, rió él también, con la más pura inconsciencia.

Ver la sonrisa cruzando su rostro, reflejada desde el suyo, llenó a Gudrun de una satisfacción extraordinaria, radiante.

-Lo has hecho -dijo ella.

-¿Qué? -preguntó él' aturdido.

-Convencerme.

Y se inclinó besándole apasionadamente, apasionadamente, por lo cual él quedó estupefacto. No le preguntó de qué se había convencido, aunque quería hacerlo. Le alegraba que ella estuviese besándole. Parecía estar palpando en busca del corazón mismo de él para tocar su médula. Y él deseaba que ella tocase la médula de su ser, lo deseaba más que ninguna otra cosa.

Fuera alguien estaba cantando con una voz varonil, despreocupada y bonita:

Mach mir auf, mach mir auf,
du Stolze Mach, mir ein Feuer von Holze.
Vom Regen bin ich nass
Vom Regen bin ich nass...

Gudrun sabía que esa canción resonaría a través de su eternidad, cantada por una voz viril, despreocupada, burlona. Marcó uno de sus momentos supremos, los espasmos supremos de su gratificación nerviosa. Allí estaba, fijada en eternidad para ella.

El día surgió hermoso y azulado. Un leve viento soplaba entre las cumbres, agudo como una espada allí donde tocaba, transportando un fino polvo de nieve. Gerald salió con el rostro hermoso y ciego de un hombre que se encuentra en un estado de cumplimiento. Gudrun y él eran una unidad estática perfecta esa mañana, pero ciega y sin lucidez. Salieron con un trineo, dejando a Ursula y a Birkin.

Gudrun iba toda de rojo y azul real; jersey y gorro escarlata, falda y medias azul real. Caminó alegremente sobre la nieve blanca con Gerald a su lado de blan- co y gris, arrastrando el pequeño trineo. Se fueron haciendo pequeños en la distancia de nieve mientras trepaban la pronunciada ladera.

A Gudrun le parecía que pasaba, fundiéndose, a la blancura de la nieve, que se convertía en un cristal puro y sin pensamiento. Cuando alcanzó el final de la ladera, en el viento, miró alrededor y vio pico tras pico de roca y nieve, azulados, trascendentes en el cielo. Y le pareció un jardín donde los picos eran flores puras y su corazón las recogía. No tenía conciencia separada para Gerald.

Se sujetó a él mientras bajaron veloces la inclinada cuesta. Notaba los sentidos como afilados en alguna fina piedra de moler que fuese aguda como la llama. La nieve se abría a ambos lados como chispas de una hoja al ser afilada, la blancura circundante se hizo más y más veloz, la ladera blanca en pura llama voló contra ella y ella se fundió

como un glóbulo derretido y danzante, empujando a través de una intensidad blanca. Describieron una gran curva en el fondo hasta quedarse oscilando como si hubieran caído a tierra en el movimiento disminuyente.

Acabaron parándose. Pero cuando ella se puso en pie no pudo permanecer así. Lanzó un grito extraño, giró sobre sí y se sujetó a él, hundiendo el rostro sobre su pecho, desmayándose en él. La invadió un olvido absoluto mientras yacía en la hondonada durante unos pocos momentos contra él.

-¿Qué pasa? -estaba diciendo él-. ¿Ha sido excesivo para ti?

Pero ella no escuchaba nada.

Cuando volvió en sí se levantó y miró alrededor, atónita. Su rostro estaba blanco; sus ojos, brillantes y grandes.

-¿Qué te pasa? -repetía él-. ¿Te ha molestado?

Ella le miró con sus ojos brillantes, que parecían haber sufrido alguna transfiguración, y rió con un regocijo tremendo.

-No -exclamó con júbilo triunfante-. Fue el momento completo del día.

Y le miró con su risa deslumbrante, altiva, como alguien poseído. Una fina espada pareció penetrar en el corazón de él, pero no le importó ni se dio por enterado.

Pero treparon la ladera otra vez y volaron bajándola nuevamente a través de la llama blanca, espléndida, espléndidamente. Gudrun reía y lanzaba destellos, empolvada por cristales de nieve; Gerald actuaba perfectamente. Sentía que podía guiar el trineo con absoluta precisión, que casi podía hacerle hendir el aire y penetrar hasta el corazón mismo del cielo. Le parecía que el trineo volador no era sino su fuerza desparra- mada, que le bastaba mover los brazos porque el movimiento era el suyo. Exploraron las grandes laderas para encontrar otra pista. El sentía que debía haber algo mejor de lo que ya conocían. Y encontró lo que deseaba, una pista perfectamente larga, salvaje, que descendía más allá del pie de una roca hasta los árboles situados en la base. Sabía que era peligrosa. Pero sabía también que dirigiría el trineo entre sus dedos.

Los primeros días transcurrieron en un éxtasis de movimiento físico, montando en trineo, esquiando, patinando, moviéndose en una intensidad de velocidad y luz blanca que sobrepasaban a la vida misma y transportaban las almas de los seres humanos más allá, en una abstracción inhumana de velocidad y peso, de nieve eterna, helada.

Los ojos de Gerald fueron haciéndose duros y extraños, y sobre sus esquíes era más una visión perfecta y fatídica que un hombre; elásticos sus músculos en una trayectoria perfecta, proyectado su cuerpo al puro vuelo, sin mente y sin alma, haciendo remolinos a lo largo de una perfecta línea de fuerza.

Afortunadamente llegó un día de nevada donde todos debieron permanecer dentro de la casa; Birkin dijo que en otro caso perderían sus facultades y empezarían a expresarse con gritos y alaridos, como alguna especie extraña y desconocida de criaturas de las nieves.

Durante la tarde resultó que Ursula se sentaba en la Reunionsaal hablando con Loerke. Este último había parecido infeliz últimamente. Se encontraba animado y lleno de humor malicioso, como de costumbre.

Pero Ursula había pensado que estaba taciturno por algo. También su compañero, el joven grande, rubio y apuesto estaba incómodo; se movía como si no pert-. neciese a ninguna parte y fuese mantenido en alguna especie de sujeción contra la cual se estuviese rebelando.

Loerke apenas había cruzado palabra con Gudrun. Su asociado, en cambio, le había dado muestras de una atención constante, suave y rendida. Gudrun deseaba hablar con Loerke. Era un escultor, y ella deseaba oír
su opinión de! arte. Y su figura la atraía. La intrigaba su aire de pequeño inútil y le interesaba su aspecto de hombre mayor, y, además, una misteriosa singularidad, una cualidad de ser por sí y no por contacto con nadie más, que para ella indicaba un artista. Era un charlista, un homosexual, un autor de juegos de palabras maliciosos, que a veces eran muy agudos y frecuentemente no. Y ella podía ver en sus ojos pardos de gnomo la mirada negra de miseria inorgánica que yacía tras toda su pequeña bufonería.

Su figura le interesaba..., la figura de un muchacho, casi un árabe callejero. El no intentaba esconderlo. Llevaba siempre una chaqueta sencilla de loden con pantalones hasta la rodilla. Sus piernas eran delgadas y no intentaba ocultar el hecho, cosa notable en sí tratándose de un alemán. Nunca trataba de congraciarse en lo más mínimo; se mantenía en sí mismo, a pesar de toda su travesura aparente.

Leitner, su compañero, era un gran deportista, muy apuesto, con grandes miembros y ojos azules. Loerke iba a veces a montar en trineo o a patinar a ratos perdidos, pero le era indiferente. Y sus finas y delgadas aletas nasales, las aletas de un árabe callejero de pura sangre, se estremecían de desprecio ante los despliegues gimnásticos de Leitner. Era evidente que los dos hambres, que habían viajado y vivido juntos, compartiendo el mismo dormitorio, alcanzaban ahora el estadio del horror. Leitner odiaba a Loerke con un odio herido, tortuoso, impotente, y Loerke trataba a Leitner con tembloroso desprecio y sarcasmo. Pronto tendrían que separarse ambos.

De hecho, ya estaban rara vez juntos. Leitner corría vinculándose a uno y otro, siempre aplazando; Loerke se pasaba gran parte del tiempo solo. Cuando estaba fuera llevaba un gorro de Westfalia, una prenda de terciopelo marrón con grandes aletas que caían sobre las orejas y le daban un aspecto de conejo con las orejas gachas o de troll escandinavo. Su rostro era marrón rojizo, con una piel seca y brillante que parecía resquebrajarse con sus expresiones móviles. Sus ojos eran notables, marrones, llenos, como los de un conejo o un troll, o como los ojos de un ser perdido que tuviese una mirada extraña, embotada y depravada de conocimiento y una chispa rápida de fuego misterioso. Cada vez que Gudrun había intentado hablar con él se había alejado con timidez, contemplándola con sus ojos oscuros y vigilantes, pero sin entrar en relación con ella. Hacía que ella pensase que su francés lento y su alemán aún más lento le resultaban odiosos. En cuanto a su propio inglés inadecuado, él era demasiado torpe para intentarlo siquiera. Pero entendía gran parte de lo que se decía, a pesar de todo. Y Gudrun, picada, le dejó solo.

Sin embargo, esa tarde entró en el vestíbulo mientras él estaba hablando con Ursula. Su pelo fino y negro le recordaba de algún modo a un murciélago, aunque fuese escaso sobre su cabeza llena, de aspecto sensible, y apareciese gastado en las sienes. Se sentaba encorvado, como si su espíritu fuese semejante al del murciélago. Y Gudrun pudo ver que estaba haciendo alguna lenta confidencia a Ursula, alguna confesión indeseada, lenta, desganada y escasa. Fue y se sentó junto a su hermana.

El la miró, luego miró hacia otra parte nuevamente, como si no la tomase en cuenta. Pero, de hecho, ella le interesaba profundamente.

-Mira qué interesante, preciosa -dijo Ursula volviéndose hacia su hermana-, Herr Loerke está haciendo un gran friso para una fábrica de Colonia, para el exterior, la calle.

Ella le miró, miró sus manos finas, marrones y nerviosas, que eran prensiles y de algún modo como garras, como griffes, inhumanas.

-¿En qué? -preguntó.

-Aus was -repitió Ursula.

-Granit -repuso él.

Se había convertido inmediatamente en una serie lacónica de preguntas y respuestas entre camaradas artesanos.

-¿Cuál es el relieve? -preguntó Gudrun.

-Alto relieve.

-¿Y a qué altura?

Para Gudrun era muy interesante pensar que estaba haciendo el gran friso en granito para una gran fábrica de granito en Colonia.

Obtuvo de él alguna idea del dibujo. Era la representación de una feria, con campesinos y artesanos, en una orgía satisfecha, ebrios y absurdos en su traje moderno, arremolinándose ridículamente en grupos, mirando espectáculos boquiabiertos, besándose, tambaleándose y rodando abrazados, balanceándose en columpios y disparando en galerías de tiro; un frenesí de movimiento.

Hubo una rápida discusión de aspectos técnicos. Gudrun estaba muy impresionada.

-¡Pero qué maravilloso tener semejante fábrica! -exclamó Ursula-. ¿Es bello todo el edificio?

-Oh, sí -repuso él-. El friso es parte de la arquitectura total. Sí, es una cosa colosal.

Pareció entonces ponerse tieso, sacudió los hombros y continuó:

-La escultura y la arquitectura deben ir juntas; se acabaron los días de las estatuas irrelevantes y de los retratos murales. De hecho, la escultura siempre parte de una concepción arquitectónica. Y puesto que las iglesias son todas ellas cuestión de museo ya, puesto que la industria es nuestro negocio ahora, hagamos de nuestros lugares industriales nuestro arte..., de nuestra área fabril nuestro Partenon, ¡ecco!

Ursula reflexionó.

-Supongo -dijo- que no hay necesidad de que nuestras grandes obras sean tan horrendas.

El entró en movimiento instantáneamente.

-¡Exactamente! -exclamó-, ¡exactamente! No sólo no hay necesidad de que nuestros lugares de trabajo sean feos, sino que a la larga su fealdad arruina el trabajo. Los hombres no seguirán sometiéndose a esa fealdad intolerable. Al final les herirá demasiado y se estremecerán de horror ante ello. Y esto hará que el trabajo se estremezca también. Pensarán que el trabajo mismo es feo: las máquinas, el acto mismo de trabajar. Cuando la maquinaria y los actos laborales son extremada, enloquecedoramente bellos. Pero esto será el fin de nuestra civilización; cuando las gentes no trabajen, cuando el trabajo se haya hecho tan intolerable para sus sentidos, tan nauseabundo, que prefieran perecer de hambre. Entonces veremos el martillo usado sólo para aplastar, entonces lo veremos. Sin embargo, aquí estamos..., tenemos la oportunidad de hacer fábricas bellas, casas de maquinaria bellas...; tenemos la oportunidad...

Gudrun sólo podía entender parcialmente. Habría podido gritar de vejación.

-¿Qué dice? -preguntó a Ursula.

Y Ursula tradujo, tartamudeando y resumiendo. Loerke contempló el rostro de Gudrun para ver su juicio.

-¿Y piensa entonces -dijo Gudrun- que el arte debiera servir a la industria?

-El arte debería interpretar la industria, como en tiempos interpretó a la religión -dijo él.

-Pero ¿interpreta la industria su feria? -le preguntó.

-Ciertamente. ¿Qué está haciendo el hombre cuando asiste a una feria como ésa? Está cumpliendo la contrapartida del trabajo..., la máquina trabaja para él en vez de él para la máquina. Disfruta del movimiento mecánico en su propio cuerpo.

-Pero ¿acaso no hay nada sino trabajo..., trabajo mecánico? -dijo Gudrun.

-¡Nada sino trabajo! -repitió él inclinándose hacia adelante, dos oscuridades sus ojos, minúsculas puntas de luz-. No, no hay nada sino eso, servir a una máquina o disfrutar el movimiento de una máquina. Movimiento, eso es todo. No ha trabajado usted nunca por hambre, en otro caso sabría qué Dios nos gobierna.

Gudrun se estremeció y se sonrojó. Por alguna razón estaba casi a punto de estallar en lágrimas.

-No, no he trabajado por hambre -repuso-, ¡pero he trabajado!

-Travaillé..., lavorato? -preguntó él-. E che lavoro... che lavoro? Quel travail est-ce que vous avez fait?

Irrumpió en una mezcla de italiano y francés, usando instintivamente una lengua extranjera cuando hablaba con ella.

-Nunca ha trabajado como trabaja el mundo -le dijo con sarcasmo.

-Sí -dijo ella-. Sí. Y trabajo..., trabajo ahora por mi sustento diario.

El tema por completo. Le pareció que ella estaba bromeando.

-Pero ¿ha trabajado usted alguna vez como trabaja el mundo? -le preguntó Ursula.

El la miró con desconfianza.

-Sí -repuso con un hosco gruñido-. Sé lo que es yacer en la cama durante tres días porque no tenía nada que comer.

Gudrun estaba mirándole con ojos grande y graves que parecían extraer la confesión de él como si fuese el tuétano de sus huesos. Toda su naturaleza le retenía ante esta confesión. Pero los ojos grandes y graves de ella sobre él parecían abrir alguna válvula en sus venas, e involuntariamente él contaba.

-Mi padre era un hombre a quien no le gustaba trabajar, y no tuvimos madre. Vivimos en Austria, en la Austria polaca. ¿Que cómo vivíamos? ¡Ja!..., ¡de algún modo! La mayor parte de las veces en un cuarto con otras tres familias, una puesta en cada rincón y con el retrete en mitad del cuarto...; una sartén con una tapadera encima... ¡Ja! Tenía dos hermanos y una hermana... y podía haber alguna mujer con mi padre. El era un hombre libre a su manera..., lucharía con cualquier hombre de la ciudad..., una ciudad de guarnición..., y era un hombrecillo pequeño también. Pero no quería trabajar para nadie..., dispuso su corazón contra ello y se negó.

-¿Y cómo vivían entonces? -preguntó Ursula.

El la miró y luego, de repente, a Gudrun.

-¿Comprende? -preguntó.

-Lo bastante -repuso ella.

Sus ojos se encontraron durante un momento. Entonces él miró hacia otra parte. No quería decir más.

-¿Y cómo llegó a ser un escultor? -preguntó Ursula.

-¿Cómo me convertí en un escultor...? -se detuvo-. Dunque... -continuó con un tono cambiado y empezando a hablar en francés-, me hice lo bastante mayor..., acostumbraba robar en el mercado. Una tarde fui a trabajar..., grababa el sello sobre botellas de arcilla antes de que las pasasen al horno. Era una
fábrica de botellas de porcelana. Allí empecé a hacer modelos. Un día me harté. Me tumbé al sol y no fui a trabajar. Entonces caminé hasta Munich..., luego caminé hasta Italia..., pidiendo limosna, mendigando todo. Los italianos fueron muy buenos conmigo... muy buenos y honorables conmigo. Desde Bozen hasta Roma casi todas las noches tuve una comida ' y una cama, quizá de paja, en casa de algún campesino. Amo al pueblo italiano de todo corazón. Dunque, adesso..., maintenant... gano mil libras al año, o quizá dos mil.

Miró hacia el suelo, desapareciendo su voz en el silencio.

Gudrun miró su piel fina y brillante, marrón rojiza por el sol, estirada sobre sus sienes llenas, y miró también su pelo fino y el mostacho espeso, áspero como un cepillo, corto, sobre su boca móvil y más bien informe.

-¿Qué edad tiene? -preguntó.

El la miró con sus ojos llenos, de elfo, atónitos.

-Wie alt? -repitió él.

Y vaciló. Era evidentemente uno de sus puntos de reticencia.

-¿Qué edad tiene usted? -repuso sin contestar.

-Tengo veintiséis -respondió ella.

-Veintiséis -repitió mirándola a los ojos.

Se detuvo. Luego dijo:

-Und Ihr Herr Gemahl, wie alt is er?

-¿Quién? -preguntó Gudrun.

-Tu marido -dijo Ursula con cierta ironía.

-No tengo marido -dijo Gudrun en inglés.

En alemán contestó:

-Tiene treinta y uno.

Pero Loerke estaba observando de cerca, con sus ojos misteriosos, llenos, cargados de sospecha. Algo en Gudrun parecía armonizar con él. Era realmente como una de las «pequeñas gentes» que no tienen alma, que han encontrado su compañero en un ser humano. Pero él sufría en su descubrimiento. También ella estaba fascinada por él, fascinada como por una criatura extraña, un conejo, un murciélago o una foca marrón que hubiera empezado a hablar con ella. Pero sabía también que él era inconsciente de su poder tremendo de comprensión, de su capacidad para aprehender el movimiento vivo de ella. El no sabía su propio poder. No sabía cómo con sus ojos llenos, sumergidos y observadores podía mirar dentro de ella y verla, ver lo que era, ver sus secretos. El sólo desearía que fuese ella misma..., la conocía realmente, con un conocimiento sub-consciente, siniestro, falto de ilusiones y esperanzas.

Para Gudrun en Loerke estaba el fondo rocoso de toda vida. Cualquier otra persona tenía su ilusión, debía tener su ilusión, su antes y después. Pero él, con un estoicismo perfecto, prescindía de cualquier antes y después, de toda ilusión. No se engañaba a sí mismo en el asunto final. En última instancia no le importaba nada, no le inquietaba nada, no hacía el más leve intento de unirse a cosa alguna. Existía como una

voluntad pura, desconectada, estoica y momentánea. Sólo existía su trabajo.

Era curioso también cómo atraía a Gudrun su pobreza, la degradación de su vida previa. Había algo insípido y din gusto para ella en la idea de un caballero, un hombre que había atravesado el curso habitual, pasando por la escuela y la universidad. Sin embargo, cierta simpatía violenta brotaba en ella hacia esa criatura del barro. El parecía ser la pasta misma del mundo subterráneo de la vida. No había manera de trascenderle.

Ursula también se sentía atraída por Loerke. El obtenía un cierto homenaje de ambas hermanas. Pero había momentos en que a Ursula le parecía indescriptiblemente inferior, falso, un ser vulgar.

Tanto Birkin como Gerald no sentían aprecio por él; Gerald le ignoraba con cierto desprecio; Birkin, exasperado.

-¿Qué impresionará tanto a las mujeres en ese renacuajo? -preguntó Gerald.

-Sólo Dios lo sabe -repuso Birkin-, salvo que se trate de alguna especie de apelación que él les haga, que las halaga y tiene ese poder sobre ellas.

Gerald levantó los ojos con sorpresa.

-¿Crees que apela a ellas? -preguntó.

-Oh, sí -replicó Birkin-. Es el ser perfectamente
sometido, que existe casi como un criminal. Y las mujeres corren hacia eso como una corriente de aire hacia un vacío.

-Es curioso que deban correr hacia eso -dijo Gerald.

-Le pone a uno loco también -dijo Birkin-. Pero él tiene la fascinación de la lástima y la repulsión para ellas, es un pequeño monstruo obsceno de la oscuridad.

Gerald quedó quieto, suspendido en pensamientos.

-¿Qué quieren las mujeres en el fondo? -preguntó.

Birkin se encogió de hombros.

-Sabe Dios -dijo-. Me parece que encuentran cierta satisfacción en la repulsión básica. Parecen bajar reptando por algún horrible túnel de oscuridad y no quedar satisfechas nunca hasta haber llegado al final.

Gerald miró la neblina de fina nieve que el viento desparramaba. Todo estaba ciego ese día, terriblemente ciego.

-¿Y qué es el final? -preguntó.

Birkin sacudió la cabeza.

-No he llegado allí todavía, no lo sé por eso. Pregunta a Loerke, él está bastante cerca. Está bastantes etapas más allá de lo que tú o yo podemos ir.

-Sí, pero ¿etapas más allá de qué? -exclamó Ge, raid irritado.

Birkin suspiró y frunció el ceño con un nudo de rabia.

-Etapas más allá en odio social -dijo-. El vive como una rata en el nido de corrupción, justamente allí donde cae hacia el pozo sin fondo. El está más allá que nosotros. Odia el ideal con mayor agudeza. Odia absolutamente el ideal, pero aún le domina. Supongo que es judío... o parcialmente judío.

-Probablemente -dijo Gerald.

-Es una pequeña negación roedora, que roe las raíces de la vida.

-Pero ¿por qué suscita el interés de alguien? -exclamó Gerald.

-Porque odian el ideal también en sus almas. Quieren explorar las alcantarillas, y él es la rata sabia que nada por delante.

Gerald seguía inmóvil, mirando la ciega bruma de nieve en el exterior.

-Realmente no entiendo tus términos -dijo en una voz plana, condenada-. Pero parece un tipo raro de deseo.

-Supongo que deseamos lo mismo -dijo Birkin-. Sólo que nosotros deseamos dar un rápido salto hacia abajo, en una especie de éxtasis..., y él flota con la corriente, la corriente de la cloaca.

Mientras tanto, Gudrun y Ursula esperaban la siguiente oportunidad de hablar con Loerke. No servía de nada empezar cuando sus hombres estaban allí. Entonces no podían entrar en contacto con el pequeño escultor aislado. El tenía que estar sólo con ellas. Y prefería que Ursula estuviese allí, como una especie de transmisor para Gudrun.

-¿Sólo hace escultura arquitectónica? -le preguntó Gudrun una noche.

-Ahora sí -repuso-. He hecho todo tipo de escultura..., excepto retratos..., nunca hice retratos. Pero otras cosas...

-¿Qué tipo de cosas? -preguntó Gudrun.

El se detuvo un momento, luego se levantó y salió del cuarto. Volvió casi inmediatamente con un pequeño rollo de papel que le tendió. Ella lo desenrolló. Era una reproducción en fotograbado de una estatuilla. firmada F. Loerke.

-Esta es una cosa bastante antigua..., no mecánica -dijo él-, no es popular.

La estampilla representaba a una muchacha desnuda, pequeña, hecha con finura y sentada sobre un gran caballo desnudo. La muchacha era joven y tierna, un mero capullo. Estaba sentada de lado sobre el caballo, con el rostro entre las manos, avergonzada o pesarosa, en un pequeño abandono. Su pelo, que era corto y debía ser rubio, caía dividido hacia adelante, cubriendo parcialmente sus manos.

Sus miembros eran jóvenes y tiernos. Sus piernas, escasamente formadas aún; las piernas de una doncella que está justamente pasando a la cruel femineidad, colgaban infantilmente sobre el costado del poderoso caballo, patéticamente, plegados los pequeños pies uno sobre el otro, como tratando de esconderse. Pero no había ningún escondrijo. Estaba expuesta y desnuda sobre el flanco desnudo del caballo.

El caballo se mantenía inmóvil, estirado en una especie de comienzo. Era un garañón magnífico y colosal, rígido de poder contenido. Su cuello era arqueado y terrible como una hoz, sus flancos estaban apretados hacia, atrás, rígidos de poder.

Gudrün palideció y cayó sobré sus ojos una oscuridad como vergüenza; miró hacia arriba con cierta súplica, casi servil. El lanzó una ojeada hacia ella y sacudió un poco la cabeza.

-¿Qué tamaño tiene? -preguntó ella con una voz sin tonos, intentando parecer casual y no afectada.

-¿Qué tamaño? -repuso él volviendo a mirarla rápidamente-. Sin pedestal..., esta altura -midió con su mano-; con pedestal, ésta...

El la miró fijamente. Había un desprecio un poco brusco y pomposo hacia ella en su rápido gesto, y ella pareció acobardarse un poco.

-¿Y cuál es el material? -preguntó, echando hacia atrás la cabeza, mirándole con frialdad fingida.

El seguía mirándola fijamente, y su dominio no fue conmovido.

-Bronce..., bronce verde.

-¡Bronce verde! -repitió Gudrun, aceptando fríamente su desafío.

Estaba pensando en los miembros esbeltos, inmaduros, tiernos de la muchacha, suaves y fríos en bronce verde.

-Sí, hermoso -murmuró levantando los ojos hacia él con cierto homenaje oscuro.

El cerró sus ojos y miró hacia un lado, triunfante.

-Pero -dijo Ursula-, ¿por qué hizo tan rígido al caballo? Es rígido como un bloque.

-¿Rígido? -repitió él, al punto en armas.

-Sí. Mire qué corriente, estúpido y brutal es. Los caballos son sensibles, bastante delicados y realmente sensibles.

El alzó los hombros, desparramó las manos en un gesto de lenta indiferencia, lo suficiente para informarla de que era una amateur y una impertinente nulidad.

-Wissen Sie -dijo con una paciencia y condescendencia insultantes en la voz-; ese caballo es cierta forma, parte de una forma total. Es parte de una obra de arte, un trozo de forma. No es el retrato de un caballo amistoso a quien uno ofrezca un terrón de azúcar; ve usted..., es parte de una obra de arte, no tiene relación con nada fuera de esa obra de arte.

Ursula, furiosa por ser tratada de modo tan insultante, de haute en bas, desde la altura del arte esotérico hasta la hondura del amateurismo esotérico general, replicó con calor, arrebatándose y levantando la cabeza.

-Pero es el retrato de un caballo, a pesar de todo.

El se encogió de hombros nuevamente.

-Como quiera..., desde luego no es el retrato de una vaca.

Aquí intervino Gudrun, arrebatada y brillante, ansiosa por cortar el curso de la conversación, la persistencia estúpida de Ursula en delatarse.

-¿Qué quieres decir con «es el retrato de un caballo»? -exclamó dirigiéndose a su hermana-. ¿Qué quieres decir con un caballo? Quieres decir una idea que tienes en tu cabeza y que quieres ver representada. Allí hay otra idea completamente, una idea distinta. Llámala caballo, si quieres, o di que no es un caballo. Yo tengo el mismo derecho a decir que tu caballo no es un caballo, que es una falsedad construida por ti.

Ursula vaciló, desconcertada. Luego sus palabras llegaron:

-Pero ¿por qué tiene él esa idea de un caballo? -dijo-. Sé que es su idea. Sé que es, en realidad, un retrato de sí mismo...

Loerke resopló con rabia.

-¡Un retrato de mí mismo! -repitió sarcásticamente-. Wissen sie, gnädige Frau, eso es una Kunstwerk, una obra de arte. Es una obra de arte, un retrato de nada, absolutamente nada. No tiene nada que ver con el mundo cotidiano de esto y lo otro, no hay conexión entre ellos, absolutamente ninguna, son dos planos diferentes y distintos de existencia, y traducir uno al otro es peor que una estupidez, es el oscurecimiento de todo consejo, la creación de una confusión general. No debe confundir el trabajo relativo de la acción con el mundo absoluto del arte. Eso no debe hacerlo.

-Eso es bien cierto -exclamó Gudrun, fluyendo en una especie de rapsodia-. Las dos cosas se mantienen permanentemente separadas, no tienen nada que ver una con la otra. Yo y mi arte no tenemos nada que ver el uno con el otro. Mi arte permanece en otro mundo, yo estoy en éste.

Su rostro estaba arrebatado y transfigurado. Loerke se sentaba con la cabeza inclinada, como alguna criatura distante; miró hacia ella rápidamente, casi furtivo, y murmuró:

-Ja... so ist es, so ist es.

Ursula quedó silenciosa tras este estallido. Estaba furiosa. Deseaba abrir un agujero en ambos.

-No hay una palabra de verdad en toda esa arenga que me habéis hecho -repuso llanamente-. El caballo es un retrato de su propia brutalidad vulgar y estúpida, y la muchacha fue una muchacha que amó, torturó y luego ignoró.

El miró hacia ella con una pequeña sonrisa de desprecio en los ojos. No iba a tomarse el trabajo de responder a ese último cargo.

Gudrun estaba también silenciosa, con exasperado desprecio. Ursula era una desplazada insufrible que se metía allí donde los ángeles temían penetrar. La cosa es que resultaba necesario soportar a los estúpidos, aunque no fuera alegremente.

Pero Ursula era persistente también.

-En cuanto a su mundo de arte y su mundo de realidad -repuso-, tiene que separar a ambos porque no puede soportar saber lo que es. No puede soportar comprender qué brutalidad vulgar, rígida y abocada a la ocultación es usted realmente, por lo cual dice es el mundo del arte. El mundo del arte es sólo la verdad acerca del mundo real, eso es todo..., pero usted está demasiado hundido para verlo.

Estaba pálida y temblorosa, resuelta. Gudrun y Loerke se sentaban con tieso disgusto ante ella. Gerald, que había llegado al comienzo de la conversación, la miraba también con completa desaprobación y oposición. Sentía que ella perdía dignidad, que imponía una especíe de vulgaridad sobre el esoterismo que proporcio- naba al hombre su última distinción. Unió sus fuerzas con las de los otros dos. Los tres deseaban que ella se fuese. Pero ella se sentó en silencio, llorando su alma, palpitando violentamente, retorciendo su pañuelo con los dedos.

Los otros mantuvieron un silencio muerto, dejando que pasase el despliegue de obnubilación de Ursula. Entonces Gudrun preguntó con voz bastante tranquila y de circunstancias, como si reanudase una conversación casual:

-¿Era modelo la muchacha?

-Nein, sie war kein Modell. Sie war eine kleine Malschülerin.

-¡Una estudiante de arte! -repuso Gudrun.

¡Y cómo se reveló ante ella la situación! Vio a la estudiante informe y de perniciosa temeridad, demasiado joven, corto su lacio pelo rubio, colgando justamente hasta su cuello y curvándose hacia adentro levemente porque era bastante espeso; y a Loerke, el conocido maestro escultor, y a la muchacha, probablemente bien criada y de buena familia, pensándose tan importante al ser su amante. Oh, qué bien conocía la aspereza común de todo ello. Dresde, París o Londres, ¿qué importaba? Ella la conocía.

-¿Dónde está ahora? -preguntó Ursula.

Loerke alzó los hombros para expresar su completa ignorancia e indiferencia.

-Eso fue hace ya seis años -dijo él-; tendrá ahora veintitrés años, ya no sirve.

Gerald había cogido el retrato y lo miraba. También él se sentía atraído. Vio sobre el pedestal que la pieza se llamaba Lady Godiva.

-Pero ésta no es lady Godiva -dijo sonriendo, con buen humor-. Lady Godiva era la esposa ya madura de un conde, que se cubría con su pelo largo.

-A la Maud Allan -dijo Gudrun con una mueca burlona.

-¿Por qué Maud Allan? -repuso él-. ¿No es así? Siempre pensé que la leyenda era ésa.

-Sí, querido Gerald, estoy segura de que conoces perfectamente la leyenda.

Ella se estaba riendo de él con un desprecio pequeño y acariciador.

-Desde luego, prefiero ver la mujer que el pelo -rió él como respuesta.

-¡Seguro que sí! -bromeó Gudrun.

Ursula se levantó y desapareció, dejando a los tres juntos.

Gudrun tomó el retrato nuevamente de Gerald y se sentó, mirándolo detenidamente.

-Desde luego -dijo volviéndose para tentar ahora a Loerke-, usted comprendía a su pequeña Malschülerin.

El alzó las cejas con un gesto de complacencia.

-¿La muchachita? -preguntó Gerald indicando la figura.

Gudrun estaba sentada con el retrato en su regazo. Miró a Gerald de lleno a los ojos para que pareciese quedar cegado.

-¡Que si la entendía! -dijo a Gerald con un aire de travesura burlona, humorística-. Te basta mirar los pies..., ¿verdad que son tan bonitos y tiernos?..., oh, son realmente maravillosos, realmente...

Ella levantó lentamente los ojos con una mirada caliente, llameante, sobre los ojos de Loerke. El alma de él estaba llena de su ígneo reconocimiento, parecía crecer y hacerse más dominador.

Gerald miró los pequeños pies esculpidos. Estaban vueltos juntos, cubriéndose parcialmente el uno al otro en una patética timidez temerosa. Los miró largo tiempo, fascinado. Luego, con cierto dolor, apartó el retrato de sí. Se sentía lleno de esterilidad.

-¿Cuál era su nombre? -preguntó Gudrun a Loerke.

-Annete von Weck -repuso Loerke recordando-. Ja, sie war hübsch. Era bonita, pero aburrida. Era un engorro, no se quedaba quieta un minuto, no hasta que la hubiese abofeteado con fuerza haciéndola llorar, y ni siquiera entonces se quedaba sentada más de cinco minutos.

El estaba pensando en el trabajo, su trabajo, lo único importante para él.

-¿La abofeteaba realmente? -preguntó serenamente Gudrun.

El miró hacia ella, leyendo su desafío.

-Sí, lo hice -dijo él como sin darle importancia-, más fuerte que a nadie en mi vida. Era necesario, era necesario. Era el único modo de terminar el trabajo.

Gudrun le contempló con ojos grandes y llenos de oscuridad durante algunos momentos. Parecía estar considerando su alma misma. Luego miró hacia abajo en silencio.

-¿Por qué tenía entonces una Godiva tan joven? -preguntó Gerald-. Ella parece tan pequeña; además, sobre el caballo... no es lo bastante grande para él, tan infantil.

Un extraño espasmo recorrió el rostro de Loerke.

-Sí -dijo-. A mí no me gustan mayores. Son hermosas a los dieciséis, diecisiete, dieciocho..., después ya no me sirven.

Hubo una pausa momentánea.

-¿Por qué no? -preguntó Gerald.

Loerke se encogió de hombros.

-No las encuentro interesantes... o hermosas..., no me sirven para mi trabajo.

-¿Quiere decir que una mujer no es hermosa después de los veinte? -preguntó Gerald.

-No para mí. Antes de los veinte es pequeña y fresca, tierna y leve. Después de eso..., sea lo que fuere, no tiene nada para mí. La Venus de Milo es una burguesa, como todas ellas.

-¿Y a usted no le importan para nada las mujeres con más de veinte años? -preguntó Gerald.

-No me sirven para nada, no son útiles para mi arte -repitió Loerke con impaciencia-. No las encuentro hermosas.

-Es usted un epicúreo -dijo Gerald con una risa levemente sarcástica.

-¿Y qué hay de los hombres? -preguntó de repente Gudrun.

-Sí, son buenos en todas las edades -repuso Loerke-. Un hombre debería ser grande y poderoso; poco importa que sea joven o viejo, mientras tenga el tamaño, algo de volumen y... estúpida forma.

Ursula salió sola al mundo de nieve pura y nueva. Pero la deslumbrante blancura pareció golpearla hasta
herir, sintió que el frío estrangulaba lentamente su alma. Su cabeza se sentía embotada y aturdida.

De repente deseó marcharse. Le pareció como un milagro que pudiese irse a otro mundo. Se había sentido tan condenada allí en la nieve eterna, como si no hubiese más allá.

Ahora, de repente, como gracias a un milagro recordó que más allá, abajo, yacía la oscura y fructífera tierra, que hacia el Sur había extensiones de tierra oscurecidas por naranjos y cipreses, grises de olivos, donde los olmos levantaban maravillosos macizos emplumados en sombra contra un cielo azul. ¡Milagro de los milagros! ¡Este mundo absolutamente silencioso y helado de las cumbres no era universal! Uno podía abandonarlo y olvidarse de él. Uno podía marcharse.

Deseaba realizar al punto el milagro. Deseaba en ese mismo instante haber terminado con el mundo de nie- ve, con las terribles cumbres estáticas construidas en hielo. Deseaba ver la tierra oscura, oler su fecundidad terrenal, ver la paciente vegetación invernal, notar cómo los capullos respondían al toque de la luz solar.

Retornó alegremente a la casa, llena de esperanza. Birkin estaba leyendo, tumbado en la cama.

-Rupert -dijo estallando sobre él-. Quiero irme.

El la miró lentamente.

-¿Quieres? -repuso suavemente.

Ella se sentó junto a él y le rodeó el cuello con los brazos. Le sorprendía que él estuviera tan poco sorprendido.

-¿No lo deseas tú? -preguntó turbada.

-No había pensado en ello -dijo él-. Pero estoy seguro de que sí.

Ella se incorporó, erecta de repente.

-Lo odio -dijo-. Odio la nieve y lo no natural de ello, la luz artificial que arroja sobre todos, el terrible atractivo y los sentimientos artificiales que impone a todos.

El quedó quieto y rió, meditando.

-Bueno -dijo-,, podemos irnos..., podemos irnos mañana. Nos iremos mañana a Verona, encontraremos a Romeo y Julieta y nos sentaremos en el anfiteatro..., ¿te parece?

De repente, ella escondió su rostro contra el hombro de él con perplejidad y timidez. El yacía tan despojado de trabas.

-Sí -dijo suavemente, llena de alivio.

Notó que su alma tenía alas nuevas ahora que él se mostraba tan despreocupado.

-Me encantará ser Romeo y Julieta -dijo-. ¡Amor mío!

-Aunque sople un viento espantosamente frío en Verona -dijo él- desde los Alpes. Tendremos el olor de la nieve en nuestras narices.

Ella se incorporó y le miró.

-¿Te alegra marcharte? -preguntó preocupada.

Los ojos de él eran inescrutables y sonrientes. Ella escondió el rostro contra su cuello, juntándose a él y suplicando:

-No te rías de mí..., no te rías de mí.

-¿Cómo? -rió él rodeándola con sus brazos.

-Porque no me gusta que se rían de mí -susurró ella.

El rió más mientras besaba su pelo delicado y perfumado.

-¿Me amas? -susurró ella con salvaje seriedad.

-Sí -repuso él riendo.

Ella levantó de repente la boca para ser besada. Los labios de ella eran tensos, temblorosos y agotadores; los de él, suaves, profundos y delicados. El esperó unos pocos momentos en el beso. Luego una sombra de tristeza penetró en su alma.

-Tu boca es tan dura -dijo con débil reproche.

-Y la tuya es tan suave y agradable -dijo ella alegremente.

-Pero ¿por qué pones siempre tiesos los labios? -preguntó él pesaroso.

-No te preocupes -dijo ella rápidamente-. Es mi modo.

Ella sabía que él la amaba; estaba segura de él. Pero no podía abandonar cierto control sobre sí misma, no podía tolerar que él la supiese en cuestión. Se daba a sí misma con placer para que él la amase. Sabía que, a pesar de su júbilo cuando ella se abandonaba, él estaba también un poco entristecido. Ella podía abandonarse a la actividad de él; pero no podía ser ella misma, no se atrevía a adelantarse desnuda a la desnudez de él, abandonando todo ajuste y hundiéndose en pura fe con él. Ella se abandonaba a él o bien se apoderaba de él y reunía su júbilo desde él. Y le disfrutaba plenamente. Pero nunca estaban del todo juntos, en el mismo momento. Uno estaba siempre un poco marginado. Sin embargo, estaba alegre de esperanza, gloriosa y libre, llena de vida y libertad. Y él estaba inmóvil, suave y paciente por el momento.

Hicieron sus preparativos para partir al día siguiente. Fueron primero al cuarto de Gudrun, donde ella y Gerald acababan de vestirse para pasar la noche en el interior.

-Preciosa -dijo Ursula-, creo que nos iremos mañana. No puedo soportar más la nieve. Hace daño a mi piel y a mi alma.

-¿Realmente le hace daño a tu alma, Ursula? -preguntó Gudrun con cierta sorpresa-. Puedo creer que le haga daño a tu piel..., es terrible. Pero pensaba que era admirable para el alma.

-No, no para la mía. Simplemente le hace daño -dijo Ursula.

-¡Sorprendente! -exclamó Gudrun.

Hubo un silencio en el cuarto. Y Ursula y Birkin pudieron notar que Gudrun y Gerald quedaban aliviados por su marcha.

-¿Iréis al Sur? -dijo Gerald con un pequeño eco de incomodidad en la voz.

-Sí -dijo Birkin dándose la vuelta.

Había una extraña e indefinible hostilidad entre ambos hombres últimamente. Birkin estaba en conjunto oscuro e indiferente, dejándose llevar en un flujo oscuro y fácil, distraído y paciente desde el momento de abandonar Inglaterra, mientras Gerald parecía intenso y contraído en luz blanca, agonistes. Se anulaban el uno al otro.

Gerald y Gudrun fueron muy amables con los dos que iban a partir, se mostraron solícitos por su bienestar como si fueran dos niños. Gudrun fue al dormitorio de Ursula con tres pares de las medias de colores por las cuales era tan notoria y las tiró sobre la cama. Pero se trataba de medias de seda gruesa: bermellón, azul flor de maíz y gris, compradas en París. Las grises estaban tejidas, no tenían costuras y eran gruesas. Ursula estaba emocionadísima. Sabía que Gudrun debía sentirse muy amorosa para dar semejantes tesoros.

-No puedo aceptarlas, preciosa -exclamó-. Me es imposible privarte de ellas, de estas joyas.

-¡Verdad que son joyas! -exclamó Gudrun mirando sus regalos con ojos envidiosos-. ¡Verdad que son auténticos carneros!

-Sí, debes conservarlas -dijo Ursula.

-No las quiero, tengo tres pares más. Deseo que te las quedes..., deseo que las tengas. Son tuyas, tómalas...

Y con manos temblorosas, excitadas, puso las codiciadas medias bajo la almohada de Ursula.

-No hay placer comparable al de unas medias realmente encantadoras -dijo Ursula.

-Es cierto -repuso Gudrun-; es el mayor de los placeres.

Y se sentó en la silla. Era evidente que había venido para una última conversación. Ursula, no sabiendo lo que deseaba, esperó en silencio.

-Ursula, ¿sientes -comenzó Gudrun de modo un tanto escéptico- algo del tipo de irse para siempre, sin jamás volver?

-Oh, volveremos -dijo Ursula-. No es una cuestión de horarios de tren.

-Sí, lo sé. Pero espiritualmente, por así decirlo, ¿te estás alejando de todos nosotros?

Ursula se estremeció.

-No tengo ni idea de lo que vaya a suceder -dijo-. Sólo sé que estamos yendo a alguna parte. Gudrun esperó.

-¿Y estás contenta? -preguntó.

Ursula meditó durante un momento.

-Creo que estoy muy contenta -repuso.

Pero Gudrun leyó el brillo inconsciente sobre el rostro de su hermana más que los tonos inciertos de sus palabras.

-Pero ¿no piensas que desearás la vieja conexión con el mundo..., padre, el resto de nosotros y todo lo que significa, Inglaterra y el mundo del pensamiento?, ¿no crees que necesitas eso para hacer realmente un mundo?

Ursula estaba silenciosa, intentando imaginar.

-Pienso -acabó diciendo involuntariamente- que Rupert está en lo cierto: uno desea un nuevo espacio donde estar y abandona el antiguo.

Gudrun contempló a su hermana con rostro impasible y ojos fijos.

-Estoy de acuerdo en que uno desea un nuevo espacio donde estar -dijo-. Pero yo pienso que un nuevo mundo es un desarrollo a partir de este mundo y que aislarse con algún otro no es para nada encontrar un nuevo mundo, sino únicamente asegurarse uno sus propias ilusiones.

Ursula miró por la ventana. Empezaba a luchar en su alma y estaba asustada. Le

asustaban siempre las palabras, porque sabia que la mera fuerza de las palabras podía hacerla creer lo que no creía.

-Quizá -dijo llena de desconfianza ante ella misma y todos los demás-. Pero -añadió- pienso que una no podrá obtener nada nuevo mientras siga preocupándose por lo viejo..., ¿entiendes lo que quiero decir? Hasta luchar contra lo antiguo implica pertenecer a ello. Ya lo sé, uno se ve tentado a cortar con el mundo, a luchar con él. Pero entonces no vale la pena.

Gudrun reflexionó.

-Sí -dijo-. En cierto modo uno pertenece al mundo si vive en él. Pero ¿no es realmente una ilusión pensar que puede uno salir de él? Después de todo, un caserío en los Abruzzos, o donde sea, no es un nuevo mundo. No, lo único que puede hacerse con el mundo es recorrerlo.

Ursula miró hacia otra parte. Estaba muy asustada ante la conversación.

-Pero puede haber alguna otra cosa, ¿no? -dijo-. Una puede recorrerlo en su propia alma mucho antes de haberlo recorrido realmente. Y entonces, cuando una ha visto su propia alma, es distinta.

-¿Puede una recorrerlo en su alma? -preguntó Gudrun-. Si quieres decir que puedes ver hasta el final lo que sucederá, no estoy de acuerdo. Realmente no puedo estar de acuerdo. Y, en cualquier caso, no puedes volar de repente hacia un nuevo planeta simplemente porque piensas que puedes ver el fin de éste.

Ursula se enderezó de repente.

--Sí -dijo-. Sí, una sabe. Una ya no tiene conexiones aquí. Tiene una especie de otro yo que pertenece a un nuevo planeta, no a éste. Es preciso saltar fuera.

Gudrun reflexionó durante unos pocos momentos. Luego apareció en su rostro una sonrisa de ridículo, casi desprecio.

-¿Y qué sucederá cuando te encuentres en el espacio? -exclamó sarcásticamente-. Después de todo, las grandes ideas del mundo son idénticas allí. Tú, por encima de todos, no puedes alejarte del hecho de que el amor, por ejemplo, es la cosa más suprema, tanto en el espació como sobre la tierra.

-No -dijo Ursula-, no es así. El amor es demasiado humano y pequeño. Yo creo en algo inhumano del cual el amor es solamente una pequeña parte. Creo que lo que debemos cumplir proviene de lo desconocido para nosotros, y que es algo infinitamente mayor que el amor. No es tan meramente humano.

Gudrun miró a Ursula con ojos fijos que sopesaban. Admiraba y despreciaba a su hermana demasiado. ¡Al mismo tiempo! Entonces desvió de repente el rostro diciendo fría, feamente:

-Bueno, por ahora no tengo nada más allá del amor.

En la mente de Ursula surgió como un relámpago el pensamiento «Porque nunca has amado te es imposible ir más allá de ello».

Gudrun se levantó, se acercó a Ursula y puso el brazo alrededor de su cuello.

-Ve y encuentra tu nuevo mundo, querida -dijo con un tono de falsa benignidad en la voz-. Después de todo, el viaje más feliz es la búsqueda de las Islas Afortunadas de Rupert.

Su brazo permaneció sobre el cuello de Ursula, sus dedos sobre la mejilla de Ursula durante unos pocos momentos. Ursula se sentía supremamente incómoda todo ese rato. Había un insulto en el aire protector de Gudrun que era realmente demasiado

doloroso. Notando la resistencia de su hermana, Gudrun se alejó de modo torpe, derribó la almohada y descubrió nuevamente las medias.

-¡Ja-ja! -rió de modo más bien vacuo-. ¡Vaya cómo hablamos..., nuevos mundos y viejos mundos...!

Y pasaron a los temas comunes y mundanos.

Gerald y Birkin habían caminado por delante, esperando que el trineo les cogiese por el camino. -¿Cuánto más piensas quedarte aquí? –preguntó Birkin mirando el rostro muy rojo y casi vacío de Gerald.

-Oh, me es imposible decirlo -repuso Gerald-. Hasta que nos cansemos.

-¿No temes que se derrita la nieve antes?

Gerald rió.

-¿Se derrite?

-¿Van bien las cosas entre vosotros entonces? –dijo Birkin.

Gerald torció un poco los ojos.

-¿Bien? -dijo él-. Nunca sé lo que quieren decir esas palabras comunes. «Bien» y «mal», ¿no acaban siendo sinónimos en alguna parte?

-Sí, supongo. ¿Qué te parece volver? -preguntó Birkin.

-Oh, no sé. Quizá no volvamos nunca. No me importan ni el antes ni el después -dijo Gerald.

-Ni consumirse por lo que no es -dijo Birkin.

Gerald miró a lo lejos con los ojos abstraídos y pupilas pequeñas de un águila.

-No. Hay algo definitivo en esto. Y Gudrun me parece el final. No lo sé..., pero parece tan suave: como la seda su piel, pesados y suaves sus brazos. Y de alguna manera estremece mi conciencia, me quema la médula de la mente.

Dio unos pasos más con los ojos fijos y un aspecto de máscara como las usadas en religiones terribles de los bárbaros.

-Hace estallar el ojo de tu alma -dijo- y te deja ciego. Pero deseas estar ciego, deseas estallar, no deseas ninguna otra cosa.

Estaba hablando como en un trance, verbal y vacío. Luego, de repente, se recompuso con una especie de rapsodia y miró a Birkin con ojos vengativos, atemorizados, diciendo:

-¿Sabes lo que es sufrir cuando estás con una mujer? Ella es tan bella, tan perfecta, tú la encuentras tan bien; te desgarra como una seda y cada golpe y corte hiere a fondo... ¡Ja, esa perfección cuando te haces estallar a ti mismo, cuando te estallas a ti mismo! Y entonces... -se detuvo sobre la nieve y abrió de repente sus manos apretadas- no es nada...; tu cerebro puede haberse achicharrado y... -miró alrededor el aire con un extraño movimiento histriónico- está estallando...; entiendes lo que quiero decir..., es una gran experiencia, algo, definitivo..., y entonces... te carbonizas como si hubieses recibido una descarga eléctrica.

Siguió caminando en silencio. Parecía jactancia, pero era como un hombre jactándose verídicamente de la forma más extremada.

-Desde luego -continuó- ¡no me lo habría perdido! Es una experiencia completa. Y ella es una mujer maravillosa. Pero... ¡cómo la odio en alguna partel Es curioso...

Birkin le miró, vio su rostro extraño, apenas consciente. Gerald parecía vacío ante sus propias palabras.

-Pero ¿has tenido bastante ya? -dijo Birkin-. Tuviste tu experiencia. ¿Por qué continuar sobre una vieja herida?

-Oh -dijo Gerald-, no lo sé. No está terminado...

Y los dos siguieron caminando.

-Te he amado tanto como Gudrun, no lo olvides -dijo amargamente Birkin.

Gerald le miró de modo extraño, abstraído.

-¿Es eso cierto? -dijo con escepticismo gélido-. ¿O acaso piensas que es así?

Era apenas responsable de lo que decía.

Llegó el trineo. Gudrun se bajó y todos se despidieron. Todos querían separarse. Birkin tomó su lugar y el trineo se alejó dejando a Gudrun y a Gerald sobre la nieve, saludando. Algo se heló en el corazón de Birkin viéndoles allí en el aislamiento de la nieve, haciéndose más pequeños y más aislados.

30. EN LA NIEVE

Cuando Ursula y Birkin se fueron, Gudrun se sintió libre en su competición con Gerald. A medida que se acostumbraban el uno al otro él parecía presionar más y más sobre ella. Al principio, Gudrun lograba dirigirle de manera que su propia voluntad quedaba siempre libre. Pero muy pronto él empezó a ignorar sus tácticas femeninas, abandonó el respeto por sus caprichos y sus intimidades, comenzó a ejercer ciegamente su propia voluntad, sin someterse a la suya.

Ya había comenzado un conflicto vital que asustaba a ambos. Pero él estaba solo, mientras ella había empezado a recurrir al entorno en busca de recursos externos.

existencia se había hecho absoluta y elemental. Fue y se acurrucó sola en su dormitorio, mirando por la ventana las estrellas grandes y centelleantes. Frente a ella estaba la débil sombra del nudo montañoso. Ese era el eje. Ella se sentía extraña e inevitable, como si estuviese centrada sobre el eje de toda existencia, como si no hubiese realidad ulterior.

Gerald abrió entonces la puerta. Ella sabía que no tardaría en venir. Rara vez estaba sola, él se apretaba contra ella como una escarcha, alejándola.

-¿Estás sola en la oscuridad? -dijo él.

Y ella supo por su tono que le molestaba, que le molestaba este aislamiento del que ella se rodeaba. Sin embargo, sintiéndose estática e inevitable, era amable con él.

-¿Querrías encender la vela? -preguntó ella.

El no contestó, pero se acercó y quedó en pie detrás de ella, en la oscuridad.

-Mira -dijo ella- esa encantadora estrella de allí. ¿Sabes su nombre?

El se agachó junto a ella para mirar a través de la ventana baja.

-No -dijo-. Es muy hermosa.

-¡Verdad que es bella! Observa cómo lanza fuegos de diferentes colores..., centellea de un modo realmente soberbio...

Permanecieron en silencio. Con un gesto mudo y pesado ella puso la mano sobre la rodilla de él y le cogió una mano.

-¿Estás echando de menos a Ursula? -preguntó él.

-No, para nada -dijo ella.

Luego preguntó con un ánimo lento:

-¿Cuánto me amas?

El se puso más tieso contra ella.

-¿Cuánto crees tú? -preguntó.

-No lo sé -replicó ella.

-Pero ¿cuál es tu opinión? -preguntó él.

Hubo una pausa. Por último llegó la voz de ella dura e indiferente en la oscuridad:

-Realmente muy poco -dijo ella con frialdad, casi descortés.

El corazón de él se tornó gélido ante el sonido de su voz.

-¿Y por qué no te amo? -preguntó él como si admitiese la verdad de su acusación, aunque la odiase por hacerla.

-No sé por qué... he sido buena contigo. Te encontrabas en un estado espantoso cuando viniste a mí.

El corazón de Gudrun latía hasta el punto de asfixiarla, pero ella era fuerte.

-¿Cuándo estaba yo en un estado espantoso? -preguntó él.

-Cuando viniste a mí por primera vez. Tuve que compadecerme de ti. Pero nunca fue amor.

Fue esa afirmación de «nunca fue amor» lo que sonó con locura en sus oídos.

-¿Por qué has de repetir tan a menudo que no hay amor? -dijo él con una voz estrangulada por la rabia.

-Bueno, tú no lo piensas como amor, ¿no es cierto? -preguntó ella.

El quedó silencioso, con una pasión fría de cólera.

-No piensas que puedes amarme, ¿no es cierto? -repitió ella casi con burla.

-No -dijo él.

-Sabes que nunca me has amado, ¿no es cierto?

-No sé lo que quieres decir con la palabra «amor» -replicó él.

-Sí lo sabes. Sabes perfectamente que nunca me has amado. ¿Acaso piensas otra cosa?

-No -dijo él impulsado por algún espíritu estéril de veracidad y obstinación.

-Y que nunca me amarás -dijo ella finalmente-, ¿no es así?

Había, en ella una frialdad diabólica, insufrible.

-No -dijo él.

-Entonces -repuso ella-, ¿qué tienes contra mí?

El se quedó silencioso en una rabia fría y asustada, con desesperación. «Si sólo pudiese matarla -susurraba repetidamente su corazón-. Si solamente pudiese matarla... sería libre.»

Le parecía que la muerte era el único modo de cortar ese nudo gordiano.

-¿Por qué me torturas? -dijo él.

Ella le echó los brazos al cuello.

-Ah, no quiero torturarte -dijo compasivamente, como si estuviese consolando a un niño.

La impertinencia hizo que las venas de él se enfriasen, quedó insensible. Ella mantuvo los brazos rodeando su cuello en un triunfo de la lástima. Y su lástima hacia él era fría como la piedra, tenía como motivo más profundo el odio hacia él, el miedo a su

poder sobre ella, que ella debía siempre contrapesar.

-Di que me amas -suplicó ella-. Di que me amarás siempre..., ¿lo harás?, ¿lo harás?

Pero sólo le urgía la voz de ella. Los sentidos de Gudrun estaban totalmente separados de él, fríos y destructivos para con él. Era sólo la voluntad imperiosa de ella quien insistía.

-¿No vas a decirme que me amarás siempre? -insistió ella-. Dilo, aunque no sea cierto..., dilo, Gerald, hazlo.

-Te amaré siempre -repitió él en una verdadera agonía, sacándose las palabras a la fuerza.

Ella le dio un rápido beso.

-Imagina que lo has dicho realmente -dijo con un toque de burla

El quedó como si hubiese sido golpeado.

-Intenta amarme un poco más y desearme un poco menos -dijo ella en un tono 'entre despectivo y apelativo.

La oscuridad parecía desparramarse en ondas a través de la mente de él, en grandes olas de oscuridad. Le parecía que estaba degradado en su esencia misma, que se prescindía de él.

-¿Quieres decir que no me deseas? -dijo él.

-Eres tan insistente y tienes tan poca gracia, tan poca finura. Eres tan áspero. Me rompes..., simplemente me echas a perder...; para mí es horrible.

-¿Horrible para ti? -repitió él.

-Sí. ¿No piensas que podría haber tomado un cual= to, ahora que Ursula se ha ido? Puedes decir que quieres un vestidor.

-Haz lo que quieras..., puedes marcharte si lo deseas -logró articular él.

-Sí, sé eso -repuso ella-. Tú también. Puedes dejarme cuando desees..., sin advertirlo siquiera.

Las grandes oleadas de oscuridad surcaban la mente de él, apenas lograba mantenerse derecho. Le sobrecogió un terrible cansancio, sintió que debía tumbarse sobre el suelo. Quitándose las ropas se metió en la cama y quedó allí, como un hombre abrumado de repente por la ebriedad, alzándose y hundiéndose en la oscuridad como si estuviese yaciendo sobre un mar ver. tiginoso, negro. Quedó inmóvil en ese extraño y horrendo cabeceo durante algún tiempo, puramente inconsciente.

Al final ella salió de su cama y se acercó a él. El permanecía rígido, con la espalda vuelta hacia ella. Pero era todo menos inconsciente.

Ella puso los brazos alrededor de su cuerpo insensible, aterrorizante, y apoyó la mejilla contra su hombro mudo.

-Gerald -susurró-. Gerald.

No hubo contestación en él. Ella le tomó contra sí. Apretó sus senos contra sus hombros, le besó el hombro a través del pijama. La mente de ella vagaba sobre su cuerpo rígido, no viviente. Ella estaba aturdida, era insistente, sólo su voluntad deseaba que él le hablase.

-¡Gerald, querido mío! -susurró inclinándose sobre él, besándole la oreja.

Su suave aliento, jugando, volando rítmicamente sobre su oreja, pareció relajar la tensión. Ella pudo sentir que su cuerpo se relajaba gradualmente un poco, perdiendo su rigidez espantosa, artificial. Las manos de ella aferraron sus miembros, sus músculos,

recorriéndole espasmódicamente.

La sangre caliente empezó a fluir de nuevo a través de las venas de él, sus miembros se relajaron.

-Date la vuelta hacia mí -susurró ella desgarrada de insistencia y triunfo.

Y así fue entregado él nuevamente al fin, cálido y flexible. Se volvió y la abrazó. Y sintiéndola suave contra él, tan perfecta y maravillosamente suave y receptiva, sus brazos se cerraron sobre ella. Ella estaba como aplastada, indefensa en él. El cerebro de Gerald parecía duro e invencible ahora, como una joya, no había posibilidad de resistirle.

Su pasión era horrenda para ella, tensa, espantosa, impersonal, como una destrucción, definitiva. Ella sintió que la mataría. Estaba siendo muerta.

-Dios mío, Dios mío -exclamó angustiada en su abrazo, notando que mataban la vida dentro de ella.

Y cuando él estaba besándola, calmándola, el aire volvió a ella lentamente como si estuviese realmente gastada, moribunda.

-¿Moriré, moriré? -se repetía ella.

Y ni en la noche ni en él había respuesta a la pregunta.

Sin embargo, al día siguiente el fragmento de ella que no estaba destruido permaneció intacto y hostil; no se fue, se quedó a terminar la vacación sin admitir nada.

El apenas la dejaba sola, la seguía siempre como una

sombra o una condena, un continuo «debes» y «no debes». A veces era él quien parecía más fuerte, mientras ella desaparecía casi por completo, arrastrándose junto a la tierra como un viento gastado; a veces sucedía lo inverso. Pero había siempre esta oscilación de columpio, uno destruido para que el otro pudiese existir, uno ratificado porque el otro estaba anulado.

«Al final -se dijo ella misma- le abandonaré.»

«Puedo verme libre de ella», se decía él a sí mismo en sus paroxismos de sufrimiento.

Y él se dispuso a ser libre. Incluso se preparó para partir, para dejarla plantada. Pero por primera vez hubo un defecto en su voluntad.

«¿Dónde iría yo?», se preguntó.

«¿Es que no puedes ser autosuficiente?», se contestó, convirtiéndolo en una cuestión de orgullo.

« ¡Autosuficiente! », repitió él.

Le parecía que Gudrun era suficiente en sí misma, cerrada y completa como una cosa en una caja. En la razón tranquila y estática de su alma él reconocía esto y admitía que ella estaba en su derecho cerrándose sobre sí misma, siendo completa en sí, sin deseo. El lo comprendía, lo admitía, sólo necesitaba un último esfuerzo por su parte a fin de obtener para sí la misma completitud. El sabía que sólo era necesaria una convulsión de su voluntad para que él también se volviese sobre sí, se cerrase como una piedra se cierra sobre sí y se hace impermeable, completa, cosa aislada.

Este conocimiento le lanzaba a un terrible caos. Pues, aunque pudiese desear mentalmente ser inmune y completo en sí mismo, carecía del deseo de semejante estado y no podía crearlo. Podía ver que para existir sencillamente necesitaba ser perfectamente libre de Gudrun, dejarla si ella quería ser dejada, no pedirle nada, no reclamar nada de ella.

Pero para no reclamarle nada él debía valerse por sí mismo, en radical nulidad. Y

su cerebro se rebelaba ante la idea. Era un estado de anulación. Por otra par.
te, podría ceder y adularla. O, finalmente, podría matarla. O bien hacerse sencillamente indiferente, sin propósitos, disipado, momentáneo. Pero su naturaleza era demasiado seria, no lo bastante jovial y sutil para la licenciosidad burlona.

Padecía un extraño desgarramiento; como una víctima que es rasgada y entregada a los cielos, así se había desgarrado él entregándose a Gudrun. ¿Cómo podría cerrarse de nuevo? Esa herida, esa abertura extraña e infinitamente sensible de su alma donde se encontraba expuesto como una flor abierta a todo el universo y en la cual era entregado a su complemento, el otro, el desconocido; esa herida, esa abertura, ese despliegue de su propia cubierta dejándole incompleto, limitado, interminado, como una flor abierta bajo el cielo, era su júbilo más cruel. ¿Por qué entonces habría de soportarlo? ¿Por qué habría de cerrarse haciéndose impermeable, inmune, como una cosa parcial en una vaina, cuando se había abierto camino como una semilla germinada para brotar al ser, abrazando los cielos irrealizados?

El mantenía el éxtasis interminado de su propio anhelo incluso a través de la tortura que ella le infligía. Le poseía una extraña obstinación. No se alejaría de ella, hiciese o dijese ella lo que fuera. Una nostalgia extraña y mortífera le mantenía junto a ella. Ella era la influencia determinante de su ser mismo, aunque le tratase con desprecio, con negativas y rechazos repetidos; aun entonces él no se iría, porque estando cerca de ella sentía acelerarse, abrirse en él la liberación, el conocimiento de su propia limitación y la magia de la promesa, así como el misterio de su propia destrucción y aniquilación.

Ella torturaba su corazón abierto incluso cuando él se volvía hacia ella. Y también ella estaba torturada. Pudo ser que su voluntad fuese más fuerte. Gudrun sentía con horror como si él desgarrase el capullo de su corazón, lo abriese a la fuerza como un ser irreverente y tenaz. Como un muchacho que arranca las alas de una mosca o rasga un capullo para ver lo que hay en la flor, así rasgaba él su intimidad, su vida misma, así la destruiría como se destruye un capullo inmaduro al abrirlo.

Ella podría abrirse a él en el futuro, en sus sueños, cuando fuese un puro espíritu. Pero por ahora no se dejaría violar y arruinar. Se cerraba salvajemente contra él.

Subieron juntos por la tarde la empinada ladera para ver la puesta de sol. En el viento agudo y puro permanecieron contemplando el sol amarillo hundirse en carmesí y desaparecer. Entonces hacia el Este brillaban con un rosa vivo los picos y cordilleras, incandescentes como flores inmortales contra un cielo marrón violeta, un milagro, mientras abajo el mundo era una sombra azulada, y arriba, como una anunciación, se flotaba una intensidad rosada en mitad del aire.

Para ella era tan hermoso, era un delirio, deseaba recoger los picos brillantes y eternos junto a su pecho y morir. El los vio, vio que eran hermosos. Pero no brotó clamor alguno en su pecho, sólo una amargura que era visionaria en sí misma. Deseó que los picos fuesen grises y feos para que ella no pudiese obtener apoyo de ellos. ¿Por qué traicionaba ella a ambos tan terriblemente abrazando el destello de la tarde? ¿Por qué le abandonaba allí, con el viento gélido soplando sobre su corazón como la muerte, para satisfacerse entre las rosadas cumbres de nieve?

-¿Qué importa el crepúsculo? -dijo él-. ¿Por qué te humillas ante él? ¿Acaso es tan importante para ti?

Ella dio un respingo, violada y enfurecida.

-Vete -exclamó- y déjame con él. Es hermoso, hermoso -canturreó con tonos

extraños, rapsódicos-. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida. No intentes interponerte entre él y yo. Aléjate, estás fuera de lugar.

El se echó atrás un poco y la dejó allí como una estatua, transportada en el oriente que centelleaba místicamente. Ya se desvanecía el rosa, grandes estrellas blancas centelleaban. Esperó. Soportaría todo • excepto la nostalgia.

-Ha sido la cosa más perfecta que jamás contemplé -dijo ella en tono frío, brutal, cuando al fin se dio la vuelta para hacerle frente-. Me asombra que quieras destruirla. Si no puedes ver, ¿por qué tratas de impedírmelo?

Pero en realidad él había destruido la visión; ella se esforzaba en recobrar un efecto muerto.

-Un día -dijo él suavemente, mirándola- te destruiré mientras mires el ocaso, porque eres una mentirosa tan grande.

Había para él una promesa suave y voluptuosa en esas palabras. Ella estaba helada pero arrogante.

-¡Ja! -dijo-. ¡No me asustan tus amenazas!

Se le negó, mantuvo su cuarto rígidamente privado. Pero él esperaba con una paciencia curiosa, perteneciendo a su nostalgia de ella.

«Al final -se dijo él con una promesa realmente voluptuosa-, cuando alcance ese punto terminaré con ella.»

Y temblaba delicadamente en cada uno de sus miembros anticipándolo, como temblaba en sus más violentos accesos de aproximación apasionada a ella, temblando con demasiado deseo.

Ella tenía un curioso tipo de relación con Loerke mientras tanto, algo insidioso y traicionero. Gerald lo sabía. Pero en su estado anormal de paciencia y en la desgana de endurecerse contra ella donde se encontraba no quería percibirlo, por más que la suave amabilidad de ella hacia el otro hombre, a quien él odiaba como a un insecto pernicioso, le hiciese estremecerse de nuevo con un acceso del extraño temblor que le sobrevenía repetidamente.

Sólo la dejaba sola cuando iba a esquiar, deporte que a él le encantaba y que ella no practicaba. Entonces él parecía borrarse de la vida, ser un proyectil lanzado al más allá. Y ella hablaba a menudo con el pequeño escultor alemán cuando él se iba. Tenían un tema invariable de conversación en su arte.

Tenían casi las mismas ideas. El odiaba a Mestrovic, no estaba satisfecho con los futuristas, le gustaban las figuras en madera de África occidental, el arte azteca, el mejicano y el de América Central. Veía lo grotesco y una especie curiosa de movimiento mecánico le intoxicaba, una confusión en la naturaleza. Gudrun y Loerke se traían un curioso juego de sugerencias infinitas, extraño y ambiguo, como si tuviesen algún conocimiento esotérico de la vida, como si sólo ellos estuviesen iniciados a los terribles secretos centrales que el mundo no osaba conocer. Toda su relación se basaba en sugerencias extrañas, apenas comprensibles; se calentaban en la sutil lujuria de los egipcios o los mejicanos. Todo su juego era una sutil intersugestividad y deseaban mantenerlo en el plano de la sugestión. De sus matices verbales y físicos obtenían la más alta satisfacción en los nervios, venida de un extraño intercambio de ideas, miradas, expresiones y gestos semisugeridos, que eran intolerables aunque incomprensibles para Gerald. El no tenía términos con los cuales pensar su comercio; sus conceptos eran demasiado groseros.

La sugestión del arte primitivo era su refugio, y los misterios internos de la sensación su objeto de culto. El Arte y la Vida eran para ellos la Realidad y la Irrealidad.

-Desde luego -dijo Gudrun- la vida no importa realmente..., lo central es el arte de uno. Lo que uno haga en la vida tiene peu de rapport, no significa mucho.

-Sí, así es, exactamente -repuso el escultor-. Lo que uno hace en su arte es la anchura de su propio ser. Lo que uno hace en su vida es una bagatela para que los extraños se entretengan.

Era curiosa la sensación de júbilo y libertad que Gudrun obtenía en esa comunicación. Se sentía establecida para siempre. Naturalmente, Gerald era bagatelle. El amor era una de las cosas temporales de su vida, por lo menos mientras fuese una artista. Pensaba en Cleopatra... Cleopatra debió haber sido una artista; cose. chaba lo esencial de un hombre, se hacía con la última sensación y tiraba la paja; y María Estuardo, y la gran Raquel jadeando con sus amantes después del teatro; ellas eran los exponentes esotéricos del amor. Después de todo, ¿qué era el amor sino combustible para el transporte de ese conocimiento sutil, combustible para el arte femenino, el arte del conocimiento puro y perfecto en el entendimiento sensual?

Una noche, Gerald estaba discutiendo con Loerke sobre Italia y Trípoli. El inglés se encontraba en un estaco extraño, inflamable; el alemán estaba excitado. Era una competición de palabras, pero implicaba un conflicto espiritual entre ambos hombres. Y todo el tiempo Gudrun podía ver en Gerald un arrogante desprecio inglés hacia un extranjero. Gerald estaba temblando, lanzando destellos sus ojos y arrebatado el rostro; en su argumentación había una brusquedad, un desprecio salvaje que encendía la sangre de Gudrun y mortificaba a Loerke. Gerald golpeaba como un martillo pilón con sus afirmaciones; todo cuanto dijera el pequeño alemán era sólo despreciable basura.

Al final Loerke se volvió hacia Gudrun alzando las manos en ironía indefensa, con un gesto de abandono irónico algo apelativo e infantil.

-Sehen sie, gnädige Frau... -comenzó.

-Bit te salten Sie nicht immer, gnädige Frau -exclamó Gudrun con los ojos chispeantes y ardiéndole las mejillas.

Parecía una viva Medusa. Su voz era fuerte y clamorosa, las otras personas del cuarto quedaron sorprendidas. ,

-Por favor, no me llame señora Crich -gritó en voz alta.

En la boca de Loerke especialmente, el hombre representaba una intolerable humillación y restricción para ella durante todos esos días.

Ambos hombres la miraron asombrados. Gerald palideció en los pómulos.

-¿Qué debo decir entonces? -preguntó Loerke con una insinuación suave, burlona.

-Sahen Sie nur das -musitó ella con las mejillas arrebatadas intensamente-. No eso, al menos.

Por la mirada que apareció sobre el rostro de Loerke vio que él había comprendido. ¡Ella no era la señora Crich! Eso explicaba mucho.

-Soll ich Fräulein Sahen? -preguntó él con malevolencia.

-No estoy casada -dijo ella con cierta altivez.

El corazón de Gudrun se estremeció ahora, latiendo como un pájaro aturdido. Sabía que había infligido una herida cruel y no podía soportarlo.

Gerald se sentaba tieso, perfectamente quieto, pálido y sereno el rostro, como si fuese el de una estatua. No era consciente de ella, ni de Loerke, ni de nadie más. Se

sentaba perfectamente inmóvil, en una calma inalterable. Mientras tanto, Loerke se acurrucaba y lanzaba miradas desde su cabeza inclinada.

Gudrun estaba torturada buscando algo que decir, algo que aliviase el suspense. Torció el rostro en una sonrisa y miró con conocimiento, casi burlonamente, hacia Gerald.

-La verdad es lo mejor -le dijo con una mueca.

Pero ahora estaba de nuevo bajo el dominio de él; lo estaba porque le había dado ese golpe, porque lo había destruido y no sabía cómo se lo habría tomado él. Le contempló. Le resultaba interesante. Había perdido su interés por Loerke.

Gerald acabó levantándose y se alejó con un movimiento perezosamente rígido hasta el profesor. Los dos comenzaron una conversación sobre Goethe.

Ella estaba intrigada más bien por la simplicidad de la conducta de Gerald esa noche. No parecía furioso ni disgustado, sólo curiosamente inocente y puro, realmente hermoso. A veces caía sobre él ese gesto de clara distancia que la fascinaba siempre.

Ella esperó preocupada durante la noche. Pensó que él la evitaría o le daría algún signo. Pero le habló de modo sencillo y sin emoción, como haría con cualquier otra persona del cuarto. Cierta paz, una abstracción poseía su alma.

Ella fue a su cuarto caliente, violentamente enamorada de él. El era tan hermoso e inaccesible. La besó, fue un amante para ella. Y ella obtuvo un placer extremado con él. Pero él no se recobró, permaneció remoto y sincero, inconsciente. Ella deseaba hablarle. Pero ese estado inocente y bello de inconsciencia que había caído sobre él se lo impidió. Gudrun se sintió atormentada y oscura.

Sin embargo, por la mañana él la miró con un poco de aversión, con cierto horror y odio oscureciendo sus ojos. Ella se retrajo a su viejo terreno. Pero él seguía sin prepararse contra ella.

Loerke la estaba esperando ahora. Aislado en su envoltorio completo, el pequeño artista sentía que al fin tenia allí una mujer de la cual podría aprender algo. Se movía incómodo todo el rato esperando hablar con ella, intentando sutilmente estar cerca de ella. Su presencia le llenaba de agudeza y excitación, oscilaba astutamente hacia ella como si tuviese alguna fuerza atractiva e invisible.

El no dudaba para nada de si mismo por cuanto se refería a Gerald. Gerald era uno de los espectadores. Loerke sólo le odiaba por ser rico, orgulloso y apuesto. Pero todas esas cosas, la riqueza, el orgullo de la posición social y la belleza física eran aspectos exteriores. Cuando se trataba de la relación con una mujer como Gudrun él, Loerke, tenía un modo de aproximarse y un poder que Gerald no había conocido ni en sueños.

¿Cómo podía esperar Gerald satisfacer a una mujer del calibre de Gudrun? ¿Pensaba él acaso que el orgullo, la fuerza de voluntad o el poder físico le ayudarían? Loerke sabia un secreto más allá de esas cosas. El poder mayor es el poder sutil que se ajusta a sí mismo, no el que ataca ciegamente. Y él, Loerke, tenía entendimiento allí donde Gerald era un simple ternero. El, Loerke, podía penetrar en profundidades que trascendían por completo el conocimiento de Gerald. Gerald quedaba atrás como un postulante en la antesala de ese templo de misterios, esa mujer. Pero él, Loerke, podía penetrar en la oscuridad interior, encontrar el espíritu de la mujer en sus pliegues internos y luchar allí con él, luchar allí con la serpiente central que se enrosca en el núcleo de la vida.

Después de todo, ¿qué es lo que una mujer deseaba? ¿Era sencillamente éxito social, cumplimiento de ambiciones en el mundo social, en la comunidad humana? ¿Era siquiera una unión en el amor y en la bondad? ¿Quería ella «bondad»? ¿Quién sino un estúpido creería eso de Gudrun? Eso no era sino una visión superficial de sus deseos. Cruzad el umbral y la descubriréis completa, completamente cínica en cuanto al mundo social y sus ventajas. Una vez dentro de la casa de su alma había una atmósfera intensa de corrosión, una oscuridad inflamada de sensación y una conciencia viva, sutil, crítica que veía al mundo distorsionado, horrendo.

¿Qué haría entonces, qué era lo próximo? ¿Acaso era la fuerza ciega y absoluta de la pasión aquello que la satisfacerla ahora? Eso no, más bien las emociones sutiles de la sensación extrema en reducción. Era una voluntad intacta reaccionando contra la voluntad intacta de ella en una miríada de emociones sutiles de reducción, las últimas actividades sutiles de análisis y descomposición desarrolladas en la oscuridad de ella, mientras la forma exterior, el individuo, permanecía absolutamente inmodificado, incluso sentimental en sus actitudes.

Pero entre dos personas específicas, cualesquiera dos personas sobre la tierra, el campo de pura experiencia sensitiva es limitado. El clímax de reacción sensual, una vez alcanzado en cualquier dirección se alcanza de modo definitivo, no tiene término ulterior. Sólo es posible la repetición, la separación de los dos protagonistas, la sujeción de una voluntad a la otra o la muerte.

Gerald había penetrado en todos los lugares externos del alma de Gudrun. El era para ella la instancia más crucial del mundo existente, el ne plus ultra del mundo del hombre tal como existía para ella. En él ella conocía el mundo y terminaba con él. Conociéndole definitivamente ella era el Alejandro en busca de nuevos mundos. Pero no había nuevos mundos, no había ya hombres, sólo había criaturas pequeñas y últimas, criaturas como Loerke. El mundo se había terminado ahora para ella. Sólo existía la sensación interna e individual de oscuridad dentro del ego, el obsceno misterio religioso de la reducción última, las actividades friccionales místicas de una reducción diabólica, desintegrando el cuerpo orgánico de la vida.

Todo esto lo sabía Gudrun en su subconsciente, no en su mente. Conocía su paso siguiente..., sabía que debería ponerse en movimiento cuando dejase a Gerald. Tenía miedo a Gerald, temía que pudiese matarla. Pero no pretendía ser asesinada. Un fino hilo seguía uniéndola a él. No debería ser la muerte de ella quien lo rompiese. Antes de quedar aniquilada, ella tenía que ir más lejos, le esperaba una experiencia más lejana, lenta y exquisita, impensables sutilezas de la sensación.

Gerald no era capaz para la última serie de sutilezas. No era capaz de tocarle la médula. Pero allí donde sus golpes más toscos no lograban penetrar, la lámina fina e insinuante del entendimiento como de insecto de Loerke sí podía. Por lo menos era ya tiempo de que se pasase al otro, a la criatura, al artesano definitivo. Sabia que Loerke, en lo más profundo de su alma, estaba desvinculado del todo, que para él no existían ni el cielo, ni la tierra, ni el infierno. No admitía pactos, no se adhería a nada. Era singular y, por abstracción el resto, absoluto en sí mismo.

En cambio, en el alma de Gerald se mantenía cierta vinculación con el resto, con la totalidad. Y ésta era su limitación. Era limitado, borné, sujeto en última instancia a su necesidad de bondad, rectitud, unidad con el propósito final. No le estaba permitido saber, que el propósito último podría ser la experiencia perfecta y sutil del proceso de la

muerte mientras la voluntad se mantenía intacta. Y ésa era su limitación.

Había un triunfo expectante en Loerke desde que Gudrun negó su- matrimonio con Gerald. El artista parecía volar inmóvil, como una criatura alada esperando encontrar un lugar donde establecerse. Nunca se acercaba violentamente a Gudrun, jamás era inoportuno. Pero, impulsado por un instinto seguro en la oscuridad completa de su alma, correspondía a ella mística, imperceptible pero palpablemente.

Habló con ella durante dos días, continuó las conversaciones sobre el arte y la vida donde ambos disfruta. ban tanto. Alabaron las cosas pasadas, disfrutaron sentimental e infantilmente con las perfecciones logradas del pasado. Amaban especialmente los finales del siglo XVIII, el período de Goethe, Shelley y Mozart.

Jugaron con el pasado y con las grandes figuras del pasado, una especie de pequeño juego de ajedrez o de marionetas, todo para complacerse ellos mismos. Tenían a todos los grandes hombres como marionetas suyas, y ellos dos eran el dios del espectáculo, quienes manejaban todo. En cuanto al futuro, no lo mencionaban nunca, salvo que uno expusiese, riendo, algún sueño burlón sobre la destrucción del mundo por una ridícula catástrofe de la inventiva humana: un hombre inventaba un explosivo tan perfecto que partía la Tierra en dos, y las dos mitades se lanzaban en diferentes direcciones a través del espacio para desolación de los habitantes; o bien las gentes del mundo se dividían en dos mitades y cada una de las mitades decidía que ella era perfecta y justa mientras que la otra mitad estaba equivocada y debía ser destruida, con lo cual se lograba otro fin del mundo. O bien se complacían en el temeroso sueño de Loerke, donde el mundo se enfriaba y caía nieve por todas partes, persistiendo sólo en la crueldad gélida criaturas blancas, osos polares, zorros blancos y hombres como horrendos pájaros de nieve.

Prescindiendo de esas historias, nunca hablaban del futuro. Lo que más les encantaba era crear imágenes burlonas de destrucción o montar representaciones sentimentales de marionetas pasadas. Era un deleite sentimental reconstruir el mundo de Goethe en Weimar, o el de Schiller con la pobreza y el amor fiel, o ver de nuevo a Jean-Jacques en sus estremecimientos, o a Voltaire en Ferney, o a Federico el Grande leyendo su propia poesía.

Hablaban durante horas de literatura, escultura y pintura, divirtiéndose con Flaxman, Blake y Fuseli, con ternura, y con Feuerbach y Bocklin. Sentían que les tomaría una vida entera revivir in petto las vidas de los grandes artistas. Pero preferían permanecer en los siglos XVIII y XIX.

Hablaban en una mezcla de lenguas. La base era francés en todo caso. Pero él terminaba la mayoría de sus frases con un disparate en inglés y una conclusión en alemán, y ella terminaba habilidosamente cualquier frase que le llegara. Disfrutaba especialmente con estas conversaciones. Estaban llenas de una expresividad rara, fantástica, de dobles sentidos, evasivas y sugestiva vaguedad. Era un verdadero placer físico para ella crear ese hilo de conversación a partir de los ovillos de diferentes colores representados por las tres lenguas.

Y durante todo el tiempo ambos esperaban, vacilando alrededor de la llama de alguna declaración visible. El lo deseaba, pero se echaba atrás debido a alguna renuencia inevitable. Ella lo deseaba también, pero prefería apartarlo, apartarlo indefinidamente, guardaba todavía cierta lástima hacia Gerald, cierta conexión con él. Y, peor aún, conservaba una compasión sentimental reminiscente hacia ella misma en conexión con él.

Debido a lo que había sido se sentía vinculada a él por lazos inmortales, invisibles..., debido a lo que había sido, por el hecho de que viniese a ella esa primera noche en su propia casa, tan dramáticamente, debido a...

Gerald se veía gradualmente sobrecogido por una sensación de asco ante Loerke. No le tomaba en serio, se limitaba a despreciarle, aunque sentía en las venas de Gudrun la influencia de la pequeña criatura. Eso era lo que le ponía loco, sentir en las venas de Gudrun la presencia de Loerke, el ser de Loerke fluyendo dominante a través de ella.

-¿Qué te prenda tanto de ese pequeño gusano? -preguntó realmente atónito.

Porque él, varonil, era incapaz de ver algo atractivo o importante para nada en Loerke. Gerald esperaba encontrar alguna belleza o nobleza que explicase el sometimiento de una mujer. Pero no veía allí nada, sólo una repulsividad como de insecto.

Gudrun se sonrojó profundamente. Esos ataques eran lo que nunca perdonaría.

-¿Qué quieres decir? --repuso-. ¡Dios mío, que bendición no estar casada contigo!

Su voz de burla y desprecio le hirió profundamente. Pero se recobró.

-Dímelo, simplemente dímelo -insistió con una voz peligrosa, reducida-; dime qué te fascina en él.

-No estoy fascinada -dijo ella con una inocencia fría, repelente.

-Sí lo estás. Estás fascinada por esa pequeña culebra seca, como un pájaro presto a caer por su garganta. Ella le miró con negra furia.

-No elegí ser puesta en cuestión por ti -dijo ella.

-No importa si lo elegiste o no -repuso él-; eso no altera el hecho de que estás dispuesta a caer al suelo para besarle los pies a ese pequeño insecto. Y yo no quiero impedirlo..., hazlo, cae al suelo y bésale los pies. Pero quiero saber qué es lo que te fascina..., ¿qué es?

Ella quedó silenciosa, poseída de rabia negra.

-¿Cómo te atreves a intentar intimidarme? -exclamó-, ¿cómo te atreves, pequeño escudero, gallito?

-¿Qué derecho crees tener sobre mí?

El rostro de él estaba blanco y brillante; ella sabía por la luz de sus ojos que estaba en su poder, que él era el lobo. Y porque estaba en su poder le odiaba con un poder que, para su asombro, no le mataba. En su voluntad le mataba allí mismo, le borraba.

-No es una cuestión de derecho -dijo Gerald sentándose en una silla.

Ella observó el cambio en su cuerpo. Vio su cuerpo apretado, mecánico, moviéndose allí como una obsesión. Su odio hacia él estaba teñido de un desprecio fatal.

-No es una cuestión de derechos sobre ti..., aunque tenga algún derecho, recuérdalo. Quiero saber, sólo deseo saber qué te subyuga en esa pequeña hez de escultor, qué es lo que te arrastra como un humilde gusano en adoración hacia él. Quiero saber qué es lo que andas buscando.

Ella se mantenía contra la ventana, escuchando. Entonces se dio la vuelta.

-¿De verdad quieres saberlo? -dijo en su voz más fluida y cortante-. ¿Quieres saber lo que hay en él? Es porque comprende algo a una mujer, porque no es estúpido. Por eso es.

Una sonrisa extraña, siniestra, como animal, apareció sobre el rostro de Gerald.

-¿Pero qué entendimiento es ése? -dijo él-. Es el entendimiento de una mosca, una mosca saltadora con una trompa. ¿Por qué habrías de arrastrarte abyectamente ante el entendimiento de una mosca?

Cruzó la mente de Gudrun la representación que Blake hacía dei alma de una mosca. Deseaba aplicársela a Loerke. También Blake era un payaso. Pero era necesario responder a Gerald.

-¿Piensas que el entendimiento de una mosca no es más interesante que el entendimiento de un estúpido? -preguntó.

-¡Un estúpido! -repitió él.

-Un estúpido, un estúpido vanidoso..., un Dummkopf -repuso ella, añadiendo la palabra alemana.

-¿Me llamas estúpido? -repuso él-. Y bien, ¿no preferiría yo ser el estúpido antes que la mosca que hay escaleras abajo?

Ella le miró. Cierta estupidez roma y ciega en él fatigaba su alma, sirviéndola de limite.

-Te delatas con eso último -dijo.

El se sentó y reflexionó.

-Me iré pronto -dijo.

Ella se volvió hacia él.

-Recuerda -dijo- que soy completamente independiente de ti..., completamente. Tú haces tus planes y yo los míos.

El sopesó esto.

-¿Quieres decir que somos extraños desde este momento? -preguntó él.

Ella se detuvo, sonrojándose. El le estaba tendiendo una trampa, forzándole la mano. Le dio la espalda.

-Extranjeros -dijo- jamás podremos serlo. Pero si deseas hacer algún movimiento que te aleje de mí, quiero que sepas que eres perfectamente libre de hacerlo. No me tomes en cuenta para nada.

Hasta una suposición tan leve de que ella le necesitara y dependiese de él era suficiente para despertar su pasión. Allí sentado sintió que un cambio invadía su cuerpo. La corriente caliente y derretida ascendió involuntariamente por sus venas. Gruñó hacia dentro bajo su servidumbre, pero la amaba. Miró hacia ella con ojos transparentes, esperándola.

Ella se dio cuenta al instante y quedó conmovida por una fría repulsión. ¿Cómo podía mirarla con esos ojos transparentes, cálidos, esperanzados, que la aguardaban incluso entonces? ¡Lo que se habían dicho no era bastante para ponerles en mundos separados, para mantenerles eternamente distantes! Y, con todo, él estaba todo transfigurado y excitado, esperándola.

Eso la confundía. Volviendo la cabeza dijo:

-Siempre advertiré de antemano cualquier cambio que decida...

Y con esto salió del cuarto.

El quedó suspendido en un afilado rechazo de decepción que parecía destruir gradualmente su entendimiento. Pero persistía en él el estado inconsciente de paciencia. Permaneció inmóvil, sin pensamientos o conocimiento, durante largo tiempo. Luego se levantó y bajó las escaleras para jugar al ajedrez con uno de los estudiantes. Su rostro era abierto y claro, con cierto inocente laissez-aller que turbaba a Gudrun más que nada, haciéndola sentirse temerosa ante él, aunque le disgustase profundamente por eso mismo.

Fue después de esto cuando Loerke -que nunca le había hablado en tono personal- empezó a preguntarle sobre su estado.

-No está casada para nada, ¿verdad? -preguntó él.

Ella le miró de lleno.

-Para nada -repuso ella con su tono mesurado.

Loerke rió, arrugando de modo extraño el rostro. Una fina guedeja de pelo se desparramaba sobre su frente; ella observó que su piel era de color marrón claro, como sus manos y sus muñecas. Y sus manos parecían prensiles. Parecía como el topacio, tan extrañamente amarronado y diáfano.

-Bien -dijo él.

Pero seguía necesitando cierta audacia para proseguir.

-¿Era hermana suya la señora Birkin? -preguntó.

-Sí.

-¿Y está ella casada?

-Está casada.

-Entonces, ¿tiene usted padres?

-Si -dijo Gudrun-, tenemos padres.

Y le contó breve, lacónicamente, su posición. El la observó detenidamente, con curiosidad todo el tiempo.

-¡Vaya! -exclamó con cierta sorpresa-. ¿Y herr Crich es rico?

-Sí, es rico, propietario de minas de carbón. -¿Cuánto ha durado su amistad con él? -Algunos meses.

Hubo una pausa.

-Sí, estoy sorprendido -acabó diciendo él-. Pensaba que los ingleses eran tan... fríos. Y ¿qué piensa hacer cuando se vaya de aquí?

-¿Que qué pienso hacer? -repitió ella.

-Sí. No puede volver a la enseñanza. No -se encogió de hombros-, eso es imposible. Déjelo a la canaille incapaz de hacer ninguna otra cosa. Usted, por su parte, ya lo sabe, es una mujer maravillosa, eine seltsame fräu. Por qué negarlo. Por qué discutirlo. Es una mujer extraordinaria, ¿por qué tendría que seguir el curso normal, la vida ordinaria?

Gudrun se sentaba mirándose las manos, ruborizada. Le complacía lo que él decía con tanta sencillez, que ella era una mujer notable. El no lo diría por halagarla..., era demasiado obstinado y objetivo por naturaleza. Lo decía como diría que una escultura era notable, porque sabía que era así.

Le agradaba por eso oírselo decir. Otras personas tenían pasión por hacer todo de un grado, de una pauta. En Inglaterra era chic ser perfectamente ordinario. Y era un alivio para ella que la reconociesen como extraordinaria. No necesitaba entonces preocuparse por las normas comunes.

-Lo que pasa -dijo ella- es que no tengo ningún dinero.

-¡Ah, dinero! -exclamó él levantando los hombros-. Cuando uno es mayor, el dinero se desparrama al servicio de uno. Sólo falta cuando se es joven. No se preocupe por el (linero..., eso está siempre a mano.

-¿Es así? -dijo ella riendo.

-Siempre. El, Gerald, le dará una suma si se lo pide...

Ella se sonrojó profundamente.

-Se lo pediría a cualquier otra persona -dijo con cierta dificultad- antes que a él.

Loerke la miró detenidamente.

-Bien -dijo él-. Pues que sea a otra persona. Pero no vuelva a esa Inglaterra, a esa escuela. No, eso es estúpido.

Hubo una pausa de nuevo. El temía pedirle sin más que se fuese con él, no estaba seguro siquiera de que la desease, y ella temía que se lo pidiese. El protegía su propio aislamiento, era muy cauteloso a la hora de pensar en compartir su vida, siquiera durante un día.

-El único otro lugar que conozco es París -dijo ella- y no puedo aguantarlo.

Miró con sus ojos amplios y fijos de lleno hacia Loerke. El bajó la cabeza y desvió el rostro.

-¡París, no! -dijo-. Entre la _religión d'amour y el último ismo y el nuevo giro hacia Jesús sería mejor que uno se pasase todo el día en un carrusel. Pero venga a Dresde. Tengo allí un estudio..., puedo darle un trabajo...; oh, eso sería bien fácil. No he visto ninguna de sus cosas, pero creo en usted. Venga a Dresde..., es una ciudad agradable para vivir, con una vida todo lo buena que se puede esperar de una ciudad. Tendrá usted de todo allí, sin la majadería de París ni la cerveza de Munich.

El estaba sentado, mirándola fríamente. Lo que a ella le gustaba de él es que le hablaba de modo sencillo y llano, como para sí mismo. Era un camarada artesano, ante todo un compañero para ella.

-No..., París continuó él- me pone enfermo. Pah..., l'amour. Lo detesto. L'amour, l'amore, die liebe..., lo detesto en todas las lenguas. Mujeres y amor, no hay mayor tedio -exclamó.

Ella quedó ligeramente ofendida. Sin embargo, era su propio sentimiento básico. Los hombres y el amor..., no había mayor tedio.

-Pienso lo mismo -dijo ella.

-Un aburrimiento -repitió él-. No importa que lleve este sombrero u otro. Así sucede con el amor. No necesito para nada llevar sombrero, sólo por conveniencia. Tampoco necesito amar, salvo por conveniencia. Le diré, gnädige fräu -dijo inclinándose hacia ella y haciendo entonces un gesto rápido y raro, como de apartarse algo-, gnädige fräulein, no importa, le diré que daría todo, todo, todo su amor por un pequeño compañerismo en la inteligencia...

Sus ojos brillaron oscura, malignamente.

-¿Me entiende? -preguntó con una débil sonrisa-. No me importaría que ella tuviese cien años, mil..., a mí me daría lo mismo siempre que pudiese entender.

Cerró los ojos con un pequeño chasquido.

Gudrun quedó de nuevo algo ofendida. ¿No pensaba él entonces que ella era guapa?

Rió de repente.

-Me faltan todavía unos ochenta años para estar a la altura de sus deseos -dijo-. Soy lo bastante fea, ¿no es cierto?

El la miró con el ojo súbito, crítico, evaluador de un artista.

-Es hermosa -dijo-, y me alegra. Pero no es eso..., no es eso -exclamó con un énfasis que la halagaba-. Se trata de que tiene cierto ingenio, es el tipo de entendimiento. En cuanto a mí, soy pequeño, chétif, insignificante. ¡Bien! No me pida entonces que sea fuerte y guapo. Pero es el yo -dijo él acercándose de modo extraño los dedos a la boca-, es el yo quien está buscando una amante, y mi yo está esperando al tú del amante que case con mi específica inteligencia. ¿Me entiendes?

-Sí -dijo ella-, entiendo.

-En cuanto a lo otro, ese amour -dijo haciendo un gesto con la mano como de apartar algo molesto- carece de importancia, no tiene importancia. ¿Importa que beba vino blanco esta noche o que no beba? No importa, no importa. Lo mismo sucede con ese amor, ese amour, ese baiser. Sí o no, soit ou soit pas; hoy, mañana o nunca; es todo lo mismo, no importa..., no más que el vino blanco.

Terminó con una rara inclinación de la cabeza, en un gesto desesperado de negación. Gudrun le contempló fijamente. Había palidecido.

De repente ella alargó la mano y tomó una de las suyas.

-Es cierto -dijo en una voz más bien alta, vehemente-, eso es cierto para mí también. Lo que importa es el entendimiento.

El la miró casi asustado, furtivo. Luego asintió con un poco de hosquedad. Ella le soltó la mano: él no le había respondido para nada. Y permanecieron sentados en silencio.

-Usted sabe -dijo él mirándola de repente con ojos oscuros, solemnes, proféticos-, su destino y el mío correrán juntos hasta que...

Y se interrumpió con una pequeña mueca.

-¿Hasta cuándo? -preguntó ella palideciendo, poniéndosele blancos los labios.

Era terriblemente susceptible a esas profecías malignas, pero él se limitó a sacudir la cabeza.

-No lo sé -dijo él-, no lo sé.

Gerald no volvió de esquiar hasta la noche, perdió el café y el pastel que ella se tomó a las cuatro. La nieve estaba en perfecto estado y él caminó largamente, solo, entre las cordilleras nevadas sobre sus esquíes; subió tan alto que pudo ver la cumbre del paso a cinco millas, con la hostería de Marienhütte sobre la cresta del puerto, medio enterrada en nieve, y más allá, hasta el valle profundo y el color oscuro de los pinos. Uno podía irse a casa por ese camino, pero Gerald se estremeció de náusea ante el pensamiento de casa; uno podía bajar en sus esquíes hasta allí y llegar hasta la antigua carretera imperial bajo el puerto. Pero ¿por qué ir a ninguna carretera? Se rebelaba ante el pensamiento de encontrarse de nuevo en el mundo. Debía quedarse allí, en la nieve, para siempre. Había sido feliz allí solo, viajando rápidamente sobre los esquíes, dando rápidos saltos y cruzando las rocas oscuras surcadas por venas de nieve brillante.

Pero notaba algo gélido congregándose en su corazón. El extraño ánimo paciente e inocente que había persistido en él durante algunos días estaba desapareciendo, quedaría de nuevo presa de las horribles pasiones y torturas.

Así que bajó con desgana, quemado por la nieve y exilado por ella hasta la casa situada en el hueco, entre los nudillos de las cumbres montañosas. Vio sus luces amarillas y se detuvo, deseando no necesitar enfrentarse a esas personas, escuchar el tumulto de voces y notar la confusión de otras presencias. Estaba aislado, como si hubiese un vacío alrededor de su corazón o una lámina de hielo puro.

Tan pronto como vio a Gudrun algo dio una sacudida en su alma. El aspecto de ella era más bien altivo y soberbio, sonriendo lenta y graciosamente a los alemanes. En el corazón de Gerald brotó un deseo súbito de matarla. Pensó en el absoluto y voluptuoso cumplimiento que sería matarla. Su mente había estado ausente toda la tarde, exilada por la nieve y su pasión. Pero mantenía constante esa idea en su interior, la idea de la consumación perfecta y voluptuosa que sería estrangularla, estrangular cada chispa de vida de ella hasta que quedase completamente inerte, suave, relajada para siempre; un montón

suave yaciendo muerto entre sus manos, absolutamente muerto. Entonces la poseería de modo definitivo y final; habría una irrevocabilidad perfectamente voluptuosa.

Gudrun no percibía lo que él estaba sintiendo; parecía tranquilo y amigable, como de costumbre. Su amabilidad hizo incluso que ella se sintiese brutal con él.

Entro en su cuarto, donde él estaba parcialmente desvestido. No noto el destello curioso y alegre de puro odio con el que la miro. Gudrun quedo cerca de la puerta, con la mano detrás.

-He estado pensando, Gerald -dijo con una despreocupación insultante-, que no volveré a Inglaterra.

-Oh -dijo él-, ¿dónde irás entonces?

Pero ella ignoro su pregunta. Tenía su propia afirmación lógica que hacer y debía hacerla tal como la pensaba.

-No puedo ver de qué serviría volver -continuó-. Todo ha terminado entre tú y yo...

Se detuvo para dejarle hablar. Pero él no dijo nada. Solo se estaba hablando a sí mismo, diciendo: «¿Está terminado? Creo que sí. Pero no está concluido. Recuerda, no está concluido. Hemos de añadirle alguna especie de conclusión. Debe haber un cierre, debe haber irrevocabilidad.»

Así se hablaba él, pero en voz alta no dijo nada.

-Lo que fue fue -continuo ella-. No me arrepiento
de nada. Espero que tú no te arrepientas de nada...

Ella espero para que le hablase.

-Oh, no me arrepiento de nada -dijo él acomodaticiamente.

-Bien entonces -repuso ella-, muy bien. Entonces ninguno de nosotros alimenta remordimiento alguno, como debe ser.

-Bastante como debe ser -dijo él sin propósito.

Ella se detuvo para coger el hilo otra vez.

-Nuestro intento ha sido un fracaso -dijo-. Pero podemos intentarlo de nuevo en algún otro lugar.

Un pequeño estremecimiento de rabia atravesó la sangre de él. Era como si ella estuviese excitándole, aguijoneándole. ¿Por qué había de hacerlo?

-¿Intento de qué? -pregunto él.

-De ser amantes, supongo -dijo ella algo sorprendida, aunque intentando hacer que todo pareciera trivial.

-¿Ha sido un fracaso nuestro intento de ser amantes? -repitió él en voz alta.

Se estaba diciendo para sí: «Debería matarla aquí. Solo me queda eso, matarla.» Un deseo pesado y sobrecargado de producir su muerte le poseía. Ella no se daba cuenta.

-¿No es así? -pregunto ella-. ¿Piensas que ha sido un éxito?

De nuevo el insulto de la pregunta impertinente recorrió su sangre como una corriente de fuego.

-Nuestra relación tenía alguno de los elementos del éxito -repuso él-. Podría... haber salido adelante.

Pero se detuvo antes de terminar la última frase. Incluso cuando empezó a pronunciarla no creía en lo que acabo diciendo. Sabia que nunca habría podido ser un éxito.

-No -repuso ella-. No puedes amar.

-¿Y tú? -preguntó él.

Los ojos amplios y llenos de oscuridad de ella estaban fijos sobre él como dos lunas de tinieblas.

-Yo no podría amarte a ti -dijo ella con veracidad brutal, fría.

Un relámpago cegador cruzo el cerebro de él, su cuerpo recibió una descarga. Su corazón se había incendiado. Su conciencia desapareció en sus muñecas, en sus manos. El era un deseo ciego, incontinente, de matarla. Sus muñecas estaban estallando, no obtendría satisfacción hasta que sus manos se hubiesen cerrado sobre ella.

Pero antes de que su cuerpo se desviase siquiera hacia ella una comprensión brusca y misteriosa se expresó en el rostro de ella, que desapareció por la puerta como un relámpago. Corrió de un salto hasta su cuarto y se encerró allí. Tenía miedo, pero estaba confiada. Sabía que su vida temblaba sobre el borde de un abismo. Pero estaba curiosamente segura de su apoyatura. Sabía que su astucia le superaría.

Mientras permanecía en su cuarto tembló de excitación y horrenda alegría. Sabía que le superaba en ingenio. Podía confiar en su presencia de ánimo y en su mente. Pero era una lucha a muerte, ahora lo sabía. Un resbalón y estaba perdida. Tenía un extraño malestar tenso y jubiloso en el cuerpo, como alguien que está en peligro de caer desde una gran altura, pero que no mira hacia abajo ni admite el miedo.

«Me marcharé mañana», se dijo.

No deseaba que Gerald pensase que le temía, que se iba por miedo a él. Básicamente no le temía. Sabía que para ella resultaba necesario evitar su violencia física. Pero incluso físicamente no le tenía miedo. Deseaba probárselo a él. Cuando le hubiese probado que ella, fuese él quien fuese, no le temía; cuando ella hubiese probado eso podría dejarle para siempre. Pero mientras tanto estaba sin concluir la lucha entre ellos, que ella sabía terrible. Y deseaba confiar en sí misma. Por muchos terrores que tuviese no se asustaría ni se acobardaría ante él. Nunca podría acobardarla, ni dominarla, ni tener derecho alguno sobre ella; eso lo mantendría hasta haberlo probado. Una vez probado estaría libre de él para siempre.

Pero no lo había probado todavía, ni a él ni a ella misma. Y esto seguía atándola a él. Estaba atada a él, no podía vivir más allá de él. Se sentó en la cama envuelta por las mantas durante muchas horas, pensando sin cesar para sí. Era como si nunca hubiese entrelazado la gran provisión de sus pensamientos.

«No es como si él me amase realmente -se dijo-. No es así. Desea que toda mujer que se cruce en su camino se enamore de él. Ni siquiera sabe que es así. Pero ahí está, ante cualquier mujer despliega su atractivo masculino, exhibe todo lo deseable que es, intenta hacer que toda mujer piense lo maravilloso que sería tenerle como amante. El hecho mismo de ignorar a las mujeres es parte del juego. Nunca es inconsciente con respecto a ellas. Debía haber nacido gallo para poderse pavonear ante cincuenta hembras,' todas ellas súbditas suyas. Pero, realmente, este don Juan no me interesa. Yo podía jugar a doña Juanita un millón de veces mejor de lo que él juega a don Juan. Me aburre. Su virilidad me aburre. Es tan tedioso, tan esencialmente estúpido y vano. Realmente, la vanidad insondable de esos hombres es ridícula..., pequeños pavos reales.

»Son todos iguales. Mira Birkin. Están hechos a partir de la limitación de la vanidad, y nada más. Realmente, nada podría hacerles sentirse tan orgullosos como su ridícula limitación y su insignificancia intrínseca.

»En cuanto a Loerke, tiene mil veces más contenido que Gerald. Gerald es tan

limitado como un callejón sin salida. Molería para siempre en los viejos molinos y, realmente, ya no hay grano entre las piedras de molienda. Siguen moliendo cuando no hay nada que moler.... diciendo las mismas cosas, creyendo las mismas cosas, realizando las mismas cosas. Oh, Dios mío, acabarían con la paciencia de una piedra.

»No venero a Loerke, pero, en cualquier caso, es un individuo libre. No está lleno de vanidad ante su propia hombría. No está moliendo, obediente, en los viejos molinos. Oh Dios, cuando pienso en Gerald y en su trabajo, en esas oficinas de Beldover y en las minas, me enferma el corazón. ¡Qué tengo yo que ver con ello! ¡Y él pensando que puede ser el amante de una mujer! Uno podría preguntárselo igualmente de un farol presumido. ¡Esos hombres, con sus trabajos eternos... y sus eternos molinos de Dios que siguen moliendo nada! Es demasiado aburrido, sencillamente aburrido. ¿Cómo habré podido llegar a tomarle en serio siquiera?

»En Dresde, por lo menos, habré vuelto la espalda a todo ello. Y habrá cosas entretenidas que hacer. Será entretenido ir a esas exhibiciones eurítmicas, y a la ópera, y al teatro alemán. Será divertido tomar parte en la vida bohemia alemana. Y Loerke es un artista, es un individuo libre. Me escaparé de muchas cosas; eso es lo importante, escapar de tanta odiosa repetición aburrida de acciones vulgares, frases vulgares, posturas vulgares. No me engaño pensando que encontraré un elixir de la vida en Dresde. Sé que no será así. Pero me alejaré de personas que tienen sus propias casas, sus propios hijos, sus propios conocidos, su propio esto y su propio aquello. Estaré entre personas que no detentan cosas, que no tienen una casa ni un sirviente al fondo, que no tienen una posición, y un status, y una graduación, y un círculo de amigos idénticos. Oh Dios, los engranajes dentro de los engranajes de la gente; hacen que la cabeza de una haga tic-tac como un reloj, con una verdadera vehemencia de monotonía mecánica muerta y falta de sentido. Cómo odio la vida, cómo la odio. Cómo odio a los Geralds, incapaces de ofrecer nada más.

»¡Shortlandsl ¡Cielos! Pensar en vivir allí una semana, luego la siguiente y luego la tercera...

»No, no pensaré en ello..., es demasiado...»

Y se interrumpió realmente aterrada, realmente incapaz de soportar nada más.

Una de las cosas que hacían palpitar su corazón, acercándolo realmente a la locura, era pensar en la sucesión mecánica de los días ad infinitum. La terrible servidumbre de ese tic-tac del tiempo, ese girar las manecillas del reloj, esa repetición eterna de horas y días... Oh Dios, era demasiado horrible de contemplar. Y no había modo de escapar, no había escapatoria.

Casi deseaba que Gerald estuviese con ella para salvarla del terror de sus propios pensamientos. Oh, cómo sufría tumbada allí sola, confrontada por el terrible reloj con su eterno tic-tac. Toda la vida se resolvía en eso: tic-tac, tic-tac, tic-tac; luego el sonido de la hora; luego el tic-tac, tic-tac y el ir pasando de las manecillas del reloj.

Gerald no podía salvarla de ello. El, su cuerpo, su movimiento, su vida... eran ese mismo tic-tac, el mismo dar vueltas dentro de una esfera, un horrible giro mecánico hacia adelante sobre el rostro de las horas. Así eran sus besos, sus abrazos. Ella podía oír su tic-tac, tic-tac.

Ja, ja, rió para sí, tan asustada que intentaba liberarse de ese modo... ¡Ja, ja! ¡Qué enloquecedor era estar segura, estar segura!

Entonces, con un movimiento fugaz de azoramiento, se preguntó si la

sorprendería mucho al despertarse por la mañana y comprobar que el pelo se le había puesto blanco. Tantas veces había sentido que se volvía blanco bajo la losa intolerable de sus pensamientos y sus sensaciones. Pero allí permanecía, marrón como siempre, y allí estaba ella como un vivo retrato de la salud.

Quizá era saludable. Quizá era sólo su indómita salud quien la dejaba tan expuesta a la verdad. Si hubiese sido enfermiza tendría sus ilusiones, sus sueños. Tal como era no había escapatoria. Debía ver y saber siempre, sin escapar jamás. Nunca podría escapar. Allí estaba, situada frente al rostro cronométrico de la vida. Y si se daba la vuelta, como en una estación de tren, para mirar el puesto de revistas, seguía viendo con su columna vertebral misma el reloj, siempre el gran rostro blanco del reloj. En vano hojeaba las páginas de libros o hacía estatuillas en arcilla. Sabía que no estaba realmente leyendo. No estaba realmente trabajando. Estaba contemplando cómo recorrían los dedos el rostro eterno, mecánico, monótono y como de reloj del tiempo. Nunca vivía realmente, se !imitaba a contemplar. De hecho, era como un pequeño reloj de doce horas contrastado con el enorme reloj de la eternidad..., allí estaba, como Dignidad e Impudicia o Impudicia y Dignidad.

El cuadro !e gustaba. Su rostro parecía realmente una esfera de reloj: más bien redondeado y a menudo pálido, impasible. Tendría que ir a mirar a! espejo, pero la idea de ver su propio rostro como la esfera de un reloj la llenaba de un terror tan profundo que se apresuró a pensar en otra cosa.

Oh, ¿por qué no era alguien amable con ella? ¿Por qué no había alguien que !a tomase en sus brazos y la mantuviese cerca de su pecho, proporcionándole descanso puro, profundo, curativo? Oh, ¿por qué no había alguien que la tomase en sus brazos y la mantuviese allí, segura y perfecta, para que durmiera? Ella deseaba tanto ese sueño perfecto y protegido. En el sueño, ella yacía siempre tan descubierta. Siempre yacería descubierta en el sueño, inconsolada, sin salvar.

Oh, cómo podía ella soportar ese desconsuelo interminable, ese desconsuelo eterno.

¡Gerald!, ¿podría él abrazarla y protegerla en su sueño? ¡Ja! El necesitaba lograr dormir..., pobre Gerald. Eso es todo cuanto necesitaba. Lo único que hacía era agravar la losa de ella, hacer más intolerable la losa de su sueño cuando estaba allí. E! era una monotonía añadida a sus noches sin madurez, a sus sueños estériles. Quizá obtenía cierto reposo de ella. Quizá era así. Quizá por eso !a estaba siempre acosando como una criatura famélica pidiendo el pecho. Quizá ése fuese el secreto de su pasión, e! secreto de su deseo jamás saciado hacia ella..., que la necesitaba para dormirse, para proporcionarse reposo.

¡Pero qué! ¿Acaso era ella su madre? Había pensado que sería un amante y era sólo una criatura a quien debía cuidar durante las noches. Ella le despreciaba, le despreciaba; su corazón se endureció. Era un niño llorando en la noche ese don Juan.

O-o-h, cómo odiaba al niño que lloraba en la noche. Lo mataría con gusto. Lo ahogaría y lo enterraría, como hizo Hetty Sorrell. Es indudable que el niño de Hetty Sorrell lloraba en la noche..., es indudable que lo haría la criatura de Arthur Donnithorne. Ja..., los Arthur Donnithorne, los Gerald de este mundo. Tan varoniles de día pero niños llorones durante la noche. Que se conviertan en mecanismo, que pasen a ser instrumentos, meras máquinas, puras voluntades que trabajan como el reloj, en repetición perpetua. Que sean así, que se vean absorbidos enteramente por su trabajo, que sean

partes perfectas de una gran máquina con un sueño de repetición constante. Que Gerald dirija su firma. Allí estará satisfecho, tan satisfecho como una carretilla que va hacia adelante y hacia atrás sobre una plancha todo el día...; ella lo había visto.

La carretilla... con su única y humilde rueda..., la unidad de la firma. Luego el carro con dos ruedas, luego el camión con cuatro, luego la máquina-burro con ocho, luego la máquina bobinadora con dieciséis y así sucesivamente hasta llegar al minero, con mil ruedas, y al electricista, con tres mil, y al director subterráneo, con veinte mil, y al director general, con cien mil ruedecitas, funcionando para completar su maquillaje, y luego Gerald, con un millón de ruedas con dientes y ejes.

¡Pobre Gerald, tantas ruedecitas para componer su maquillaje! ira más intrincado que un cronómetro. Pero ¡cielos, qué monotonía!; ¡qué monotonía, Dios mío! Un cronómetro..., un escarabajo... El alma de Gudrun se desfallecía de insufrible tedio pensándolo. ¡Cuántas ruedas para contar, considerar y calcular! Basta, basta..., había un término incluso en la capacidad humana para las complicaciones. O quizá no había término alguno.

Mientras tanto, Gerald se sentaba en su cuarto, leyendo. Cuando Gudrun desapareció quedó atónito de deseo suspendido. Se sentó sobre el borde de la cama durante una hora, estupefacto, apareciendo y reapareciendo pequeñas guedejas de conciencia. Pero no se movió, permaneció inerte largo tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Entonces miró hacia arriba y comprendió que se iba a la cama. Tenía frío. Pronto estaba tumbado en la oscuridad.

Pero lo que no podía soportar era la oscuridad. Le ponía loco la oscuridad sólida que le hacía frente. Se levantó por eso y encendió una luz. Permaneció sentado durante algún tiempo, mirando al frente. No pensaba en Gudrun, no pensaba en nada.

Entonces, de repente, bajó al piso de abajo a buscar un libro. Toda su vida había estado aterrorizado por las noches futuras donde no podría dormir. Sabía que eso llegaría a ser demasiado para él, que no podría soportar hacer frente a noches de insomnio y contemplación horrorizada de las horas.

Quedó, pues, durante horas sentado en la cama, como una estatua, leyendo. Su mente, dura y aguda, leía rápidamente mientras su cuerpo no comprendía nada. En un estado de inconsciencia rígida leyó toda la noche hasta la mañana, cuando, fatigado, y asqueado en su espíritu, asqueado ante todo consigo mismo, durmió durante dos horas.

Se levantó entonces duro y lleno de energía. Gudrun apenas le habló salvo en el desayuno, cuando dijo:

-Me marcharé mañana.

-¿Iremos juntos hasta Innsbruck, para guardar las apariencias? -preguntó él.

-Quizá -dijo ella.

Ella dijo «quizá» entre los tragos de su café. Y el sonido que hizo al proferir la palabra le resultó nauseabundo. Se levantó rápidamente para alejarse de ella.

Fue a hacer preparativos para el viaje del día siguiente. Luego, comiendo algo, se preparó a pasar el día sobre los esquíes. Dijo al Wirt que quizás subiría hasta el Marienhütte, quizá hasta la aldea situada debajo.

Para Gudrun ese día estaba lleno de una promesa, como la primavera. Sentía una liberación inminente, que brotaba en ella una nueva fuente de vida. Le daba placer haraganear mientras preparaba el equipaje, le daba placer abrir y cerrar libros, probarse

sus distintas ropas, mirarse en el espejo. Sentía que estaba llegando un nuevo préstamo de vida, y se encontraba feliz como una criatura, muy atractiva y hermosa para todos, con su figura suave, lujuriante, y su felicidad. Pero por debajo estaba la propia muerte.

Tenía que salir por la tarde con Loerke. Su mañana era absolutamente vago para ella. Eso es lo que le daba placer. Podía ir a Inglaterra con Gerald, ir a Dresde con Loerke, ir a Munich con una amiga que tenía allí. Cualquier cosa podría pasar al día siguiente. Y hoy era el umbral blanco, níveo, iridiscente, de toda posibilidad. Esa posibilidad abierta era el encanto para ella, el hechizo encantador, iridiscente, indefinido..., pura ilusión. Posibilidad abierta porque la muerte era inevitable, y nada era posible sino la muerte.

No deseaba que las cosas se materializasen, que adoptasen ninguna forma definida. De repente deseó en un momento que la jornada de mañana se viese absolutamente alterada y llevada a un curso nuevo, por algún hecho o movimiento perfectamente imprevisto. Por lo mismo, aunque deseaba salir con Loerke por última vez a la nieve, no deseaba estar seria ni como de no gocios.

Y Loerke no era una figura seria. En su gorro de terciopelo marrón que redondeaba su cabeza como una avellana, con las orejeras-de terciopelo marrón sueltas y disparatadas y un mechón de pelo negro fino, como de elfo, flotando sobre sus ojos llenos y oscuros, arrugándose su piel marrón brillante y transparente en raras muecas sobre su rostro de rasgos pequeños, parecía un extraño hombrecillo-muchacho, un murciélago. Pero en su cuerpo, con la chaqueta de loden verdoso, parecía chétif y encanijado, extrañamente distinto todavía del resto.

El había cogido un pequeño trineo para dos y ascendieron trabajosamente por las cegadoras laderas de nieve, que quemaba sus ahora endurecidos rostros, riendo en una secuencia interminable de chanzas, bromas y fantasías políglotas. Las fantasías eran la realidad para ambos, estaban muy felices lanzándose las pequeñas pelotas coloreadas de humor verbal y extravagancia. Sus naturalezas parecían centellear en plena interacción, disfrutaban un juego puro. Y querían mantener su relación al nivel de un juego: un juego tan excelente.

Loerke no se tomaba muy en serio el trineo. No ponía fuego e intensidad en la cosa, como Gerald. Eso le gustaba a Gudrun. Estaba cansada, oh, tan cansada de la intensidad agarrotada de Gerald para el movimiento físico. Loerke dejaba que el trineo fuese disparatada y jovialmente, como una hoja voladora, y cuando en una curva él y ella salían despedidos contra la nieve, sólo esperaba a que se levantasen ambos indemnes del agudo suelo blanco para ponerse a reír con la vivacidad de un duendecillo. Ella sabía que él haría observaciones irónicas y juguetonas mientras se pasease por el infierno... si estaba de humor. Y eso la complacía inmensamente. Le parecía como alzarse por encima de la monotonía de la realidad, la monotonía de contingencias.

Jugaron hasta que el sol descendió puramente divertidos, despreocupados e intemporales. Entonces, cuando el pequeño trineo giró arriesgadamente hasta descansar en el fondo de la ladera:

-¡Espere! -dijo él de repente, sacando de alguna parte un gran termo, un paquete de galletas y una botella de schnapps.

-Oh, Loerke -exclamó ella-. ¡Vaya inspiración! ¡Vaya comble de joie realmente! ¿Qué es el schnapps?

El la miró y rió.

-¡Heidelberg! -dijo él.

-¡No! Viene de arándanos bajo la nieve. Parece destilado a partir de la nieve. ¿No huele... -dijo ella oliendo y oliendo la botella- a arándanos? ¿Verdad que es maravilloso? Es exactamente como si una pudiese olerlos a través de la nieve.

Golpeó levemente con el pie en el suelo. El se arrodilló y silbó, apoyando la oreja contra la nieve. Al hacerlo sus ojos negros parpadearon:

-¡Ja, ja! -rió ella, encendida por el modo caprichoso con el cual él se burlaba de sus extravagancias verbales.

Siempre la estaba picando, burlándose de sus maneras. Pero como en su burla era aún más absurdo que ella en sus extravagancias, no era posible hacer otra cosa que reír y sentirse liberado.

Ella oía sus voces tañendo plateadas como campanas en el aire helado e inmóvil del primer ocaso. ¿Qué perfectos eran, qué absolutamente perfectos, este aislamiento plateado y esa comunicación.

Ella bebió el café caliente, cuya fragancia voló alrededor de ellos como abejas murmurando en torno a flores, en el aire níveo; bebió pequeños sorbos del Heidelbeerwasser, comió las galletas suaves y cremosas. ¡Qué bueno estaba todo) Qué perfectamente sabía, olía y sonaba todo allí, en esa absoluta quietud de la nieve y el crepúsculo que caía.

-¿Se va mañana? -acabó llegando su voz.

-Sí.

Hubo una pausa cuando la tarde pareció alzarse en su palidez silenciosa infinitamente alta, hasta el infinito que estaba próximo.

-¿Wohin?

Esa era la pregunta..., whin? ¿Marchitarse? ¿Wohin? ¡Qué palabra encantadora! No deseaba que fuese contestada nunca. Que tañese para siempre.

-No lo sé -dijo sonriéndole.

El captó su sonrisa.

-Siempre es así -dijo él.

-Siempre es así -repitió ella.

Hubo un silencio mientras él comía rápidamente galletas, como si fuese un conejo comiendo hojas.

-Pero -rió él- ¿para dónde tiene billete?

-¡Cielos¡ -exclamó ella-. Es preciso conseguirse un billete.

Eso era un golpe. Se vio a sí misma en la puerta de la estación. Luego le llegó un pensamiento consolador. Respiró libremente.

-Pero no es necesario marcharse -exclamó.

-Desde luego que no -dijo él.

-Quiero decir que no necesita uno marcharse donde dice el billete.

Eso le alcanzó. Uno podía sacar el billete, pero sin viajar hacia el destino indicado. Uno podía escaparse y evitar el destino. Un punto localizado. ¡Esa era una ideal

-Tome entonces un billete para Londres -dijo él-. No debería uno nunca ir allí.

-Cierto -repuso ella.

El sirvió un poco de café en un cuenco de estaño.

-¿No me dirá dónde va a ir? -preguntó él.

-Verdadera y sinceramente -dijo ella- no lo sé. Depende de cómo sople el viento.

El la miró algo desconcertado y luego hizo una mueca con los labios, como Zéfiro, soplando sobre la nieve.

-Sopla hacia Alemania -dijo él.

-Lo creo -rió ella.

De repente notaron una vaga figura blanca cerca de ellos. Era Gerald. El corazón de Gudrun saltó con un terror súbito, profundo. Se puso en pie.

-Me dijeron dónde estabas -llegó la voz de Gerald como un juicio en el aire blanquecino del crepúsculo.

-¡Jesús y María! Llega como un fantasma -exclamó Loerke.

Gerald no respondió. Su presencia no era natural, era fantasmagórica para ellos.

Loerke sacudió la botella manteniéndola invertida sobre la nieve. Sólo salieron unas pocas gotas marrones.

-¡No queda nada¡ -dijo.

Para Gerald, el cuerpo pequeño y raro del alemán era nítido y objetivo, como visto a través de gemelos.

Y le molestaba extremadamente la pequeña figura, deseaba que fuese apartada.

Loerke sacudió entonces la caja que contenía las galletas.

-Quedan galletas -dijo.

Y estirándose desde su postura sentada sobre el trineo se las tendió a Gudrun. Ella musitó algo y cogió una. Le hubiera tendido las galletas a Gerald, pero Gerald no deseaba ninguna de un modo tan definitivo que, de manera algo vaga, Loerke apartó la caja. Luego cogió la pequeña botella y la mantuvo suspendida contra la luz.

«Hay también algo de schnapps», se dijo.

Entonces, de repente, elevó galantemente la botella en el aire, inclinándose como una figura extraña y grotesca hacia Gudrun, diciendo:

-Gnädiges fräulein -dijo-, whol...

Hubo un ruido violento, la botella estaba volando y Loerke había saltado hacia atrás; los tres se mantenían temblando de emoción violenta.

Loerke se volvió hacia Gerald con una mirada oblicua y diabólica sobre su rostro de piel brillante.

-¡Bien hecho! -dijo con un frenesí demoníaco, satírico-. C'est le sport, sans doute.

Al instante siguiente se sentaba de un modo absurdo en la nieve, tras recibir el puño de Gerald contra un lado de su cabeza. Pero logró levantarse, temblando, mirando de lleno a Gerald con su cuerpo débil y furtivo, pero con ojos demoníacos de sátira.

-Vive le héros, vive...

Pero retrocedió cuando, como un relámpago negro, el puño de Gerald cayó sobre él golpeando el otro lado de su cabeza, lanzándole a un lado como una paja quebrada.

Pero Gudrun se adelantó. Levantó bien alta su mano cerrada y la hizo bajar con un gran golpe sobre el rostro y el pecho de Gerald.

Un gran asombro estalló en él, como si en el aire se hubiese roto. Su alma se abrió ancha, ancha, atónita, sintiendo el dolor. Luego rió, girando con manos fuertes y extendidas, para tomar al fin la manzana de su deseo. Al fin podría concluir su deseo.

Cogió la garganta de Gudrun entre su manos, que eran duras e indomablemente poderosas. Y su garganta era hermosa, hermosamente suave si no fuese porque, dentro, podía notar los acordes resbaladizos de su vida. Y él aplastaba eso, podía aplastarlo. ¡Qué júbilo! ¡Oh, qué júbilo al fin, qué satisfacción al fin! El puro placer de la satisfacción

llenaba su alma. Estaba contemplando cómo aparecía la inconsciencia en el rostro abotargado de ella, contemplando cómo se ponían en blanco sus ojos. ¡Qué fea era! ¡Qué cumplimiento, qué satisfacción! ¡Qué bueno era eso, pero qué bueno, qué gratificación divina al fin! No se daba cuenta de los mo vimientos y la lucha de ella. Esa lucha era la pasión lujuriosa recíproca de ella en ese abrazo, que se hacia más violenta mientras crecía el frenesí de deleite hasta alcanzar el cenit, la crisis, donde la lucha quedó atrás y su movimiento se hizo más suave, apaciguado.

Loerke se incorporó sobre la nieve, demasiado aturdido y herido para levantarse. Sólo sus ojos eran conscientes.

-Monsieur -dijo con su voz fina, excitada-, quand vous aurez fini...

Una náusea de desprecio y disgusto invadió el alma de Gerald. El asco le llegó hasta su fondo mismo, era una náusea. ¡Ah, qué estaba haciendo, hasta qué punto se estaba dejando ir! Como si le importase ella tanto como para matarla, para tener la vida de ella en sus manos!

Le recorrió una debilidad, una relajación terrible, un deshielo, una desintegración de la fuerza; sin darse cuenta había soltado su presa y Gudrun cayó de rodillas. ¿Debía él ver, debía saber?

Una terrible debilidad le póseía, sus articulaciones se habían convertido en agua. Se trastabilló como si estuviese inmerso en un viento, giró y se alejó a la deriva.

«Realmente no lo deseaba», fue la última confesión de asco de su alma y mientras erraba subiendo la ladera, débil, acabado, sólo apartándose inconscientemente de cualquier contacto ulterior. «He tenido bastante..., quiero irme a dormir. He tenido bastante.» Estaba abrumado bajo una sensación de náusea.

Se sentía débil, pero no deseaba descansar, deseaba seguir y seguir hasta el fin. Nunca volver a permanecer hasta que llegase al fin, ése era todo el deseo que le quedaba. Vagó y vagó, inconsciente y débil, sin pensar en nada mientras pudiese mantenerse en acción.

El crepúsculo derramaba una luz rara, no terrenal, de color rosado, la fría noche azul iba penetrando en la nieve. En el valle situado abajo, detrás, en el gran lecho de nieve había dos pequeñas figuras; Gudrun arrodillada, como alguien ejecutado, y Loerke sentado apoyándose junto a ella. Eso era todo.

Gerald fue dando traspiés por la ladera de nieve en la oscuridad azulada, trepando siempre, siempre trepando inconscientemente, aunque estuviese cansado. A su izquierda había una ladera muy pronunciada, con rocas negras y masas caídas de roca con nieve surcando como venas la negrura de la piedra. Sin embargo, no había sonido alguno, todo eso no hacía ruido.

Para añadirse a la dificultad de él, una pequeña luna !luminosa brillaba con intensidad justo delante, algo a la derecha, como una dolorosa cosa brillante que estaba allí siempre, sin cesar, de la cual no había escapar toria. El deseaba tanto llegar al fin..., había tenido bastante. Pero no dormía.

Ascendía dolorosamente, teniendo a veces que cruzar una ladera de roca negra desnuda de nieve por el viento. Aquí tuvo miedo de caer, mucho miedo de caer. Y en la cima, en lo más alto, soplaba un viento que casi le abrumaba con una gelidez cargada de sueño. Sólo que el fin no estaba allí, debía continuar aún. Su náusea indefinida no le permitía permanecer.

Cuando coronó una cresta vio la sombra vaga de algo más e!evado frente a él.

Siempre más alto, siempre más alto. Sabía que estaba siguiendo la pista hacia la cima, donde se encontraban el Marienhütte y la ladera de descenso hacia el otro lado. Pero no se daba realmente cuenta. Sólo deseaba continuar, continuar mientras pudiera, moverse, seguir yendo; eso era todo, seguir yendo hasta que se terminase. Había perdido todo su sentido de la orientación. Sin embargo, con el instinto vital restante sus pies buscaban la pista por donde habían pasado los esquíes.

Resbaló por una pronunciada pendiente de nieve. Eso le asustó. No llevaba bastón de alpinista ni nada. Pero una vez que se detuvo en lugar seguro comenzó a caminar en la oscuridad iluminada. Hacía tanto frío como en el sueño. Estaba en el hueco entre dos crestas. Se había desviado. ¿Debería escalar la otra ladera o caminar siguiendo la garganta? ¡Cuánto se había estirado el hilo de su ser y qué fino era! Treparía quizá por la ladera. La nieve era firme y simple. Continuó. Había algo que sobresalía en la nieve. Se aproximó con la más oscura de las curiosidades.

Era un crucifijo semienterrado, un pequeño Cristo bajo un tejadillo inclinado en la punta de un mástil.

Se alejó. Alguien iba a matarle. Sentía un gran temor a ser asesinado. Pero era un terror que quedaba fuera de él, como su propio fantasma.

Sin embargo, ¿por qué temer? Era inevitable que aconteciese. ¡Ser asesinado! Miró con terror la nieve circundante, las laderas onduladas, pálidas, tenebrosas, del mundo superior. Estaba condenado a ser asesinado, podía verlo. Ese era el momento en que se alzaba la muerte, y no había escapatoria.

Señor Jesús, estaba entonces escrito que sucedería... ¡Señor Jesús! Podía sentir cómo descendía el golpe, sabía que estaba siendo asesinado. Tanteando vagamente por delante, sus manos se levantaron como para palpar lo que iba a suceder; estaba esperando el momento en que se detendría, en que cesaría. No había terminado aún.

Había llegado al cuenco hueco de nieve, rodeado por escarpadas laderas y precipicios, desde el cual ascendía una pista que llevaba hasta la cumbre de la montaña. Pero él vagó inconsciente hasta resbalar y caer, y mientras caía algo se rompió en su alma, e inmediatamente se puso a dormir.

31. ESCENARIO DESPEJADO

Cuando trajeron el cuerpo la mañana siguiente, Gudrun estaba encerrada en su cuarto. Vio desde su ventana a varios hombres transportando una carga sobre la nieve. Quedó sentada, inmóvil, y dejó que los minutos pasasen. Alguien llamó a la puerta. Abrió. Había una mujer diciendo suavemente, oh, con demasiada reverencia:

-¡Le han encontrado, señora!

-¿Il est mort?

-Sí..., hace horas.

Gudrun no sabía qué decir. ¿Qué podía decir? ¿Qué debía sentir? ¿Qué debía hacer? ¿Qué esperaban de ella? Estaba fríamente perpleja.

-Gracias -dijo cerrando la puerta de su cuarto.

La mujer se alejó apesadumbrada. Ni una palabra, ni una lágrima... ¡Ja! Gudrun era fría, una mujer fría.

Se sentó en su cuarto, con el rostro pálido e impasible. ¿Qué iba a hacer? No podía llorar y montar una escena. No podía alterarse. Quedó inmóvil, escondiéndose de la gente. Su único motivo era evitar un contacto real con los acontecimientos. Se limitaba a escribir un largo telegrama a Ursula y Birkin.

Sin embargo, por la tarde se incorporó de repente para buscar a Loerke. Miró con aprensión la puerta del cuarto que había sido de Gerald. No entraría allí por nada del mundo.

Encontró a Loerke sentado solo en el vestíbulo. Fue derecha hacia él.

-¿Verdad que no es cierto? -dijo ella.

El la miró. Una pequeña sonrisa de miseria torció su rostro. Se encogió de hombros.

-¿Cierto? -repitió él.

-¿Verdad que no le hemos matado? -preguntó ella.

A él le disgustaba que ella le abordase de semejante modo. Alzó cansinamente los hombros.

-Ha sucedido -dijo él.

Ella le miró. El se sentaba aplastado y frustrado, tan vacío de emoción y estéril como ella. ¡Dios mío!, era una tragedia estéril, estéril, estéril.

Ella volvió a su cuarto para esperar a Ursula y a Birkin. Deseaba marcharse, sólo marcharse. No podía pensar o sentir hasta haberse marchado, hasta verse liberada de esa posición.

Pasó el día, llegó el siguiente. Oyó el gran trineo, vio a Ursula y a Birkin bajarse y se hundió pensando en ellos también.

Ursula fue derecha a su cuarto.

-¡Gudrun! -exclamó mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas.

Y tomó a la hermana en sus brazos. Gudrun escondió su rostro en el hombro de Ursula, pero aún no podía escapar al demonio frío de ironía que helaba su alma.

«Ja, ja -pensó-, ésta es la conducta correcta.»

Pero no podía llorar, y la visión de su rostro frío, pálido, impasible, detuvo pronto la fuente de las lágrimas de Ursula. En pocos momentos las hermanas quedaron sin nada que decirse.

-¿Fue muy vil arrastraros aquí de nuevo? -acabó preguntando Gudrun.

Ursula la miró con cierto aturdimiento.

-Jamás lo habría pensado -dijo.

-Me sentí mal al llamaras -dijo Gudrun-. Pero, sencillamente, no podía ver a nadie. Esto es demasiado para mí.

-Sí -dijo Ursula aterida.

Birkin llamó a la puerta y entró. Su rostro -era blanco e inexpresivo. Ella sabía que él sabía. El le dio la mano diciendo:

-El fin de este viaje, en cualquier caso.

Gudrun le miró asustada.

Hubo silencio entre los tres, no tenían nada que decirse. Ursula acabó preguntando con una voz pequeña:

-¿Le has visto?

El devolvió la mirada a Ursula con ojos duros, fríos, y no se tomó el trabajo de contestar.

-¿Le has visto? -repitió ella.

-Sí -dijo él fríamente.

Miró entonces a Gudrun.

-¿Has hecho algo? -dijo.

-Nada -repuso ella-, nada.

Ella se retrajo de hacer ninguna declaración por trío asco.

-Loerke dice que Gerald llegó cuando estabais sentados sobre el trineo en el fondo del Rudelbahn, que discutisteis y que Gerald se marchó. ¿Por qué discutisteis? Sería mejor que lo supiese para satisfacer a las autoridades, en caso de ser necesario.

Gudrun le miró blanca, infantil, muda de preocupación.

-No hubo siquiera discusión -dijo ella-. El golpeó a Loerke y le dejó sin sentido, casi me estranguló y luego se fue.

Para sí se estaba diciendo:

«¡Una bonita muestra del eterno triángulo!» Y se apartó irónicamente, porque sabía que la lucha fue entre Gerald y ella, y que la presencia de la tercera persona había sido una mera contingencia..., quizás una contingencia inevitable, pero una contingencia en cualquier caso. Sin embargo, que lo pensasen como un ejemplo del eterno triángulo, la trinidad del odio. Sería más sencillo para ellos.

Birkin se fue, frío y abstraído. Pero ella sabía que haría los trámites a pesar de todo, que la ayudaría. Se sonrió levemente para sí, con desprecio. Que hiciese él el trabajo, ya que era tan extremadamente bueno cuidando de otras personas.

Birkin volvió con Gerald. Le había amado. Y, sin embargo, sentía fundamentalmente asco ante el cuerpo inerte allí yacente. Era tan inerte, tan fríamente muerto que las entrañas de Birkin parecieron helarse. Necesitaba mirar el cuerpo helado que había sido Gerald. Era el cadáver congelado de un varón muerto. Birkin recordaba un conejo que encontró en tiempos, congelado como una tabla sobre la nieve. Estaba rígido como una plancha seca cuando lo recogió. Y ahora eso era Gerald, y eso como un palo, enroscado como para dormir pero con la horrible dureza de algún modo evidente. Le llenaba de horror. Era preciso calentar el cuarto, deshelar el cuerpo. Los miembros se romperían como cristal o madera al enderezarlos.

Alargó la mano y tocó el rostro muerto. Y la gelidez aguda y grave del hielo arañó sus entrañas. Se preguntó si también él no se estaría helando, helándose desde dentro. En el bigote corto y rubio el aliento vital estaba congelado en un bloque de hielo bajo las silenciosas aletas de la nariz. ¡Y eso era Gerald!

Tocó de nuevo el pelo áspero y casi centelleante del cuerpo congelado. Tenía el frío del hielo, era un pelo gélido, casi venenoso. El corazón de Birkin empezó a congelarse. Había amado a Gerald. Ahora miraba el rostro anguloso y extrañamente colorado, con la nariz pequeña y hermosa, las mejillas masculinas; lo vio helado como un guijarro de hielo... y, sin embargo, le había amado. ¿Qué debía uno pensar o sentir? Su cerebro estaba empezando a congelarse, su sangre se convertía en aguanive. Tanto frío, tanto frío, un frío pesado, magullante, que apretaba su brazos desde fuera, y un frío más pesado que le congelaba desde dentro, que congelaba su corazón y sus entrañas.

Fue hacia las laderas de nieve para ver el lugar don de ocurrió la muerte. Llegó al fin a la gran cuenca entre los precipicios y laderas, cerca de la cumbre del paso. Era un

día gris, el tercer día de grisura y fijeza. Todo era blanco, gélido, pálido, salvo los montones de rocas negras que brotaban a veces como raíces y otras como rostros desnudos. En la distancia, una ladera descendía desde un pico jalonada por muchas piedras negras.

Era como una cazuela vacía entre la piedra y la nieve del mundo superior. En esa cazuela se había puesto a dormir Gerald. En el extremo más lejano los guías había clavado profundamente estacas de hierro en el muro de nieve para, con ayuda de una gran cuerda, poder izarse por el colosal frente de nieve y poder llegar hasta la dentada cumbre del puerto, desnuda ante el cielo, donde se ocultaba el Marienhütte entre las rocas desnudas. Alrededor, picos puntiagudos y veteados de nieve hendían el cielo.

Gerald pudo haber encontrado esa cuerda. Pudo haber ascendido por sí mismo hasta la cresta. Pudo haber escuchado los perros del Marienhütte y encontrado cobijo. También pudo haber bajado por la ladera muy escarpada del lado Sur, descendiendo al valle oscuro con sus pinos, llegando a la gran carretera imperial que conducía en dirección Sur hasta Italia.

¡Podría! ¿Y entonces qué? ¡La carretera imperial! ¿El Sur? ¿Italia? ¿Qué entonces? ¿Era una escapatoria? Una vez más, era sólo un camino. Birkin se mantuvo alto en el aire doloroso, mirando los picos y el camino hacia el Sur. ¿Servía de algo ir hacia el Sur, hacia Italia? ¿Siguiendo la vieja, vieja carretera imperial?

Se alejó. O bien se le rompía el corazón o dejaba de preocuparse. Mejor dejar de preocuparse. Fuese cual fuese el misterio que produjo al hombre y al universo, era un misterio no humano que tenía sus propios grandes fines; el hombre no es el criterio. Mejor dejárselo todo al misterio vasto, creativo, no humano. Mejor luchar con uno mismo solamente, no con el universo.

«Dios nada puede sin el hombre.» Era una frase de algún gran pedagogo religioso francés. Pero era indudablemente falsa. Dios no necesita para nada al hombre. Dios no necesitaba para nada a los ictiosaurios y los mastodontes. Esos monstruos no pudieron desarrollarse creativamente, y Dios -el misterio creador- prescindió de ellos. Del mismo modo podía prescindir del hombre el misterio, si no lograba transformarse y desarrollarse creativamente. El eterno misterio creador podía disponer del hombre y sustituirle por un ser mejor creado. Tal como el caballo ocupó el lugar del mastodonte. Para Birkin era muy consolador pensar eso. Si la humanidad corría a un callejón sin salida y se gastaba, el misterio creador intemporal suscitaría otro ser mejor, más maravilloso, alguna raza nueva y más encantadora que asumiese la creación encarnada. El juego no terminaba nunca. El misterio de la creación era insondable, infalible, inacabable, para siempre. Iban y venían las razas, pasaban las especies, pero siempre brotaban nuevas especies más encantadoras o al menos tan encantadoras como las precedentes, ensanchando sin cesar la maravilla. La fuente era incorruptible e inencontrable. No tenía límites. Podía producir milagros, crear razas absolutamente nuevas y nuevas especies, nuevas formas de conciencia, nuevas formas de cuerpo; nuevas unidades de ser. Ser hombre no era nada comparado con las posibilidades del misterio creador. La satisfacción inefable, la perfección, era tener sincronizado el pulso de uno directamente con el misterio. Humano o inhumano, no importaba. El pulso perfecto palpitaba con ser indescriptible, con especies milagrosamente no nacidas.

Birkin volvió de nuevo con Gerald. Penetró en el cuarto y se sentó junto a la cama. ¡Muerto, muerto y frío!

«César imperial muerto y convertido en arcilla taparía un agujero para mantener alejado el viento.»

No hubo respuesta desde aquello que había sido Gerald. Sustancia extraña, congelada, gélida..., nada más. ¡Nada más!

Birkin se alejó terriblemente asqueado para cumplir las tareas del día. Hizo todo tranquilamente y sin preocuparse. Desvariar, delirar, ser trágico, crear situaciones..., era demasiado tarde para todo. Mejor quedar silencioso, llevando el alma de uno en paciencia y plenitud.

Pero por la noche fue de nuevo a mirar a Gerald entre las velas, y debido al hambre de su corazón, de su corazón repentinamente contraído, casi se le cayó la vela de la mano cuando estallaron las lágrimas con un extraño grito sollozante. Se sentó en una silla conmovido por un acceso súbito. Ursula, que le había seguido, retrocedió aterrorizada ante él, mientras Birkin se sentaba con la cabeza hundida y el cuerpo sacudido convulsivamente, haciendo un ruido extraño y terrible de lágrimas.

«No deseaba que fuese así..., no deseaba que fuese así», exclamó él para sí.

Ursula sólo podía pensar en la frase del Kaiser: Ich habe es nicht gewollt. Miró a Birkin casi con horror.

El quedó de repente silencioso. Pero se mantuvo sentado, con la cabeza agachada para esconder el rostro. Luego se secó la cara furtivamente con los dedos. Entonces levantó de repente la cabeza y miró de lleno a Ursula con ojos oscuros, casi vengativos.

-El debió amarme -dijo él-. Se lo ofrecí.

Ella, asustada, blanca, con labios mudos contestó:

-¿Qué diferencia habría podido representar?

-¡Habría sido diferente! -dijo él-. Habría sido diferente.

La olvidó y volvió a mirar a Gerald. Con la cabeza levantada de un modo extraño, como un hombre que retrocede ante un insulto, en parte altivamente, contempló el rostro frío, mudo, material. Tenía un áurea azulada. Lanzó un dardo como hielo a través del corazón del hombre vivo. ¡Frío, mudo, material! Birkin recordó cómo en tiempos había aferrado Gerald su mano con una presa cálida y momentánea de amor definitivo. Fue durante un segundo..., luego le soltó, le soltó para siempre. Si se hubiese mantenido fiel a ese apretón, la muerte no habría importado. Los que mueren y al morir pueden aún amar, aún creer, no mueren. Siguen viviendo en los amados. Gerald podría seguir viviendo en espíritu con Birkin, incluso tras la muerte. Pero estaba muerto ahora, como arcilla, como hielo azulado y corruptible. Birkin miró los dedos pálidos, la masa inerte. Le recordaba un garañón muerto que había visto: una masa muerta de virilidad, repugnante. Recordó también el rostro hermoso de alguien a quien había amado y que había muerto teniendo la fe de rendirse al misterio. Aquel rostro muerto era hermoso, nadie podría haberlo llamado frío, mudo, material. Nadie podía recordarlo sin obtener fe en el misterio, sin calentarse el alma con una confianza vital nueva y profunda.

¡Y Gerald! ¡El denegador! Dejaba el corazón frío, congelado, apenas capaz de latir. El padre de Gerald había parecido pesaroso hasta el punto de romper el corazón, pero jamás tuvo ese último aspecto terrible de Materia fría, muda. Birkin contemplaba y contemplaba.

Ursula se mantenía a un lado, contemplando al hombre vivo mirar el rostro

congelado del hombre muerto. Los dos rostros estaban inmóviles y no movían a emoción alguna. La llama de las velas temblaba en el aire gélido del intenso silencio.

-¿No has visto ya bastante? -dijo ella.

El se levantó.

-Es una cosa amarga para mí -dijo él.

-¿Qué?..., ¿que esté muerto? -dijo ella.

Los ojos de él se encontraron con los de ella justamente un instante. No respondió.

-Me tienes a mí -dijo ella.

El sonrió y la besó.

-Si yo muero -dijo él-, sabrás que no te he abandonado.

-¿Y yo? -exclamó ella.

-Y tú no me habrás abandonado -dijo él-. No tendremos ninguna necesidad de desesperarnos en la muerte.

Ella le cogió una mano.

-Pero ¿necesitas desesperarte por Gerald? -preguntó.

-Sí -respondió él.

Se marcharon. Llevaron a Gerald a Inglaterra para enterrarlo. Birkin y Ursula acompañaron el cuerpo junto con uno de los hermanos de Gerald. Fueron los hermanos y hermanas Crich quienes insistieron en hacer el entierro en Inglaterra. Birkin deseaba dejar el muerto en los Alpes, cerca de la nieve. Pero la familia fue estridente, insistió mucho.

Gudrun se marchó a Dresde. No mandó noticias. Ursula se quedó en el molino con Birkin durante una semana o dos. Ambos estaban muy silenciosos.

-¿Necesitabas a Gerald? -preguntó ella una noche.

-Sí -dijo él.

-¿No soy yo bastante para ti? -preguntó ella.

-No -dijo él-. Eres bastante para mí por lo que respecta a una mujer. Eres para mí todas las mujeres. Pero yo deseaba un amigo hombre, tan eterno como somos tú y yo.

-¿Por qué no soy bastante? -dijo ella-. Tú eres bastante para ml. No quiero nada más que tú. ¿Por qué no te pasa a ti lo mismo?

-Teniéndote, puedo vivir toda mi vida sin nadie más, sin ninguna otra intimidad absoluta. Pero para hacerlo completo, realmente dichoso, deseaba también unión eterna con un hombre: otra clase de amor -dijo.

-No lo creo -dijo ella-. Es una terquedad, una teoría, una perversión.

-Bien... -dijo él.

-No puedes tener dos clases de amor. ¿Por qué habrías de tenerlas?

-Parece que no puedo -dijo él-. Sin embargo, lo deseaba.

-No puedes tenerlo porque es falso, imposible -dijo ella.

-No creo eso -respondió él.